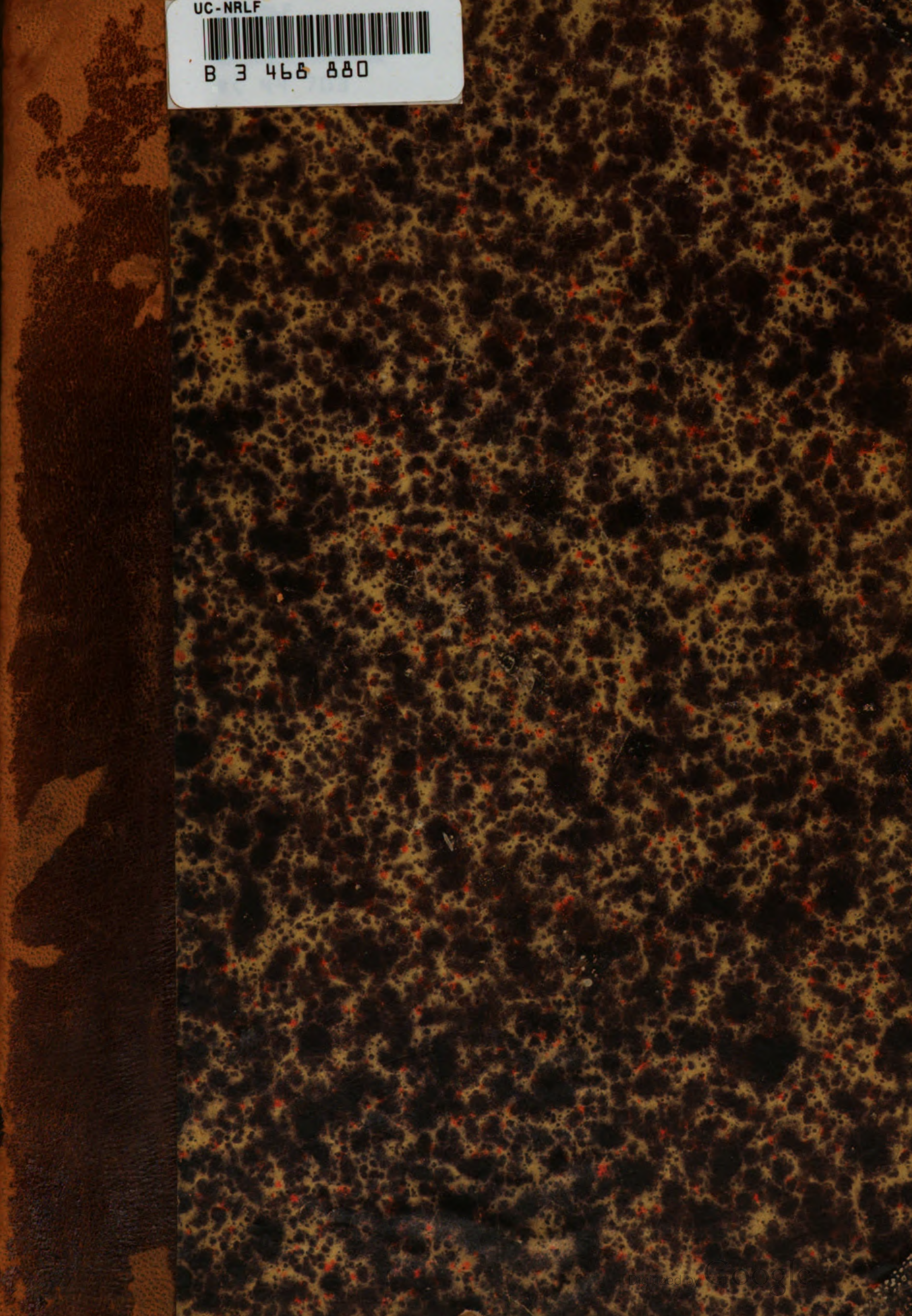
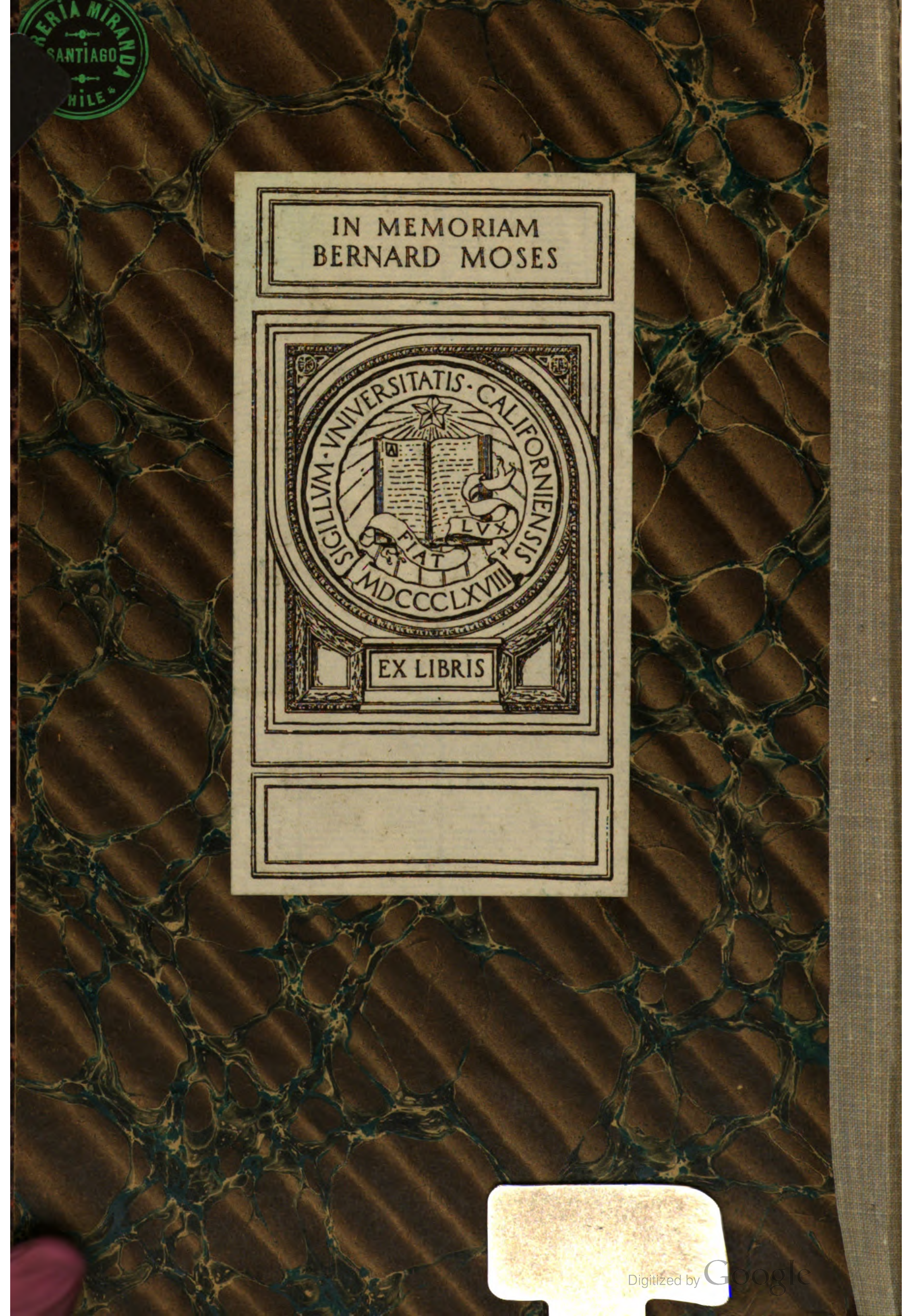

UC-NRLF
B 3 466 880



LIBRERIA MIRANDA
SANTIAGO
CHILE
IN MEMORIAM
BERNARD MOSES
SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS
Digitized by Google



HISTORIA

DE LAS MISIONES

DE

LOS LLANOS DE CASANARE

Y

LOS RIOS ORINOCO Y META

ESCRITA EL AÑO DE 1736

POR EL PADRE JUAN RIVERO

DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

BOGOTA

IMPRENTA DE SILVESTRE Y COMPAÑIA

1883

Publicación hecha por la empresa del *Papel Periódico Ilustrado*, con [illegible] privilegio concedido por el Gobierno de los Estados Unidos de Colombia.

PRÓLOGO

EN el pasado año de 1882 los periódicos de Colombia denunciaron repetidas matanzas de gentes civilizadas, ejecutadas por salvajes antropófagos en la grande hoya del Caquetá, pintando con los más vivos colores las horrorosas escenas de sangre y ferocidad en las cuales los *blancos* han sido pasto de los *indios* habitadores de las selvas.

La sociedad estremecida pide con instancia un remedio eficaz contra ese mal que poco á poco va acercándose á los centros civilizados de la nación; nuestros gobernantes, animados de los más vivos deseos de hacer el bien, se muestran prontos á poner de su parte lo que sea de su resorte para contener la barbarie; pero muy pocos serán los que en este país puedan saber con precisión de dónde vienen esas hordas salvajes, cuáles son los parajes donde habitan, cuáles sus costumbres, cómo podrán ser reducidos á la vida civilizada, en una palabra, cuál es el remedio apropiado para ese mal, y cuál la manera de aplicarlo.

Todo eso lo explica y desarrolla con admirable sencillez el Padre Juan Rivero en el libro que hoy damos á luz por la primera vez, después de haber estado sumido en el polvo cerca de ciento cincuenta años.

En la *Historia de las Misiones* describe el sabio Jesuíta el inmenso y desconocido territorio comprendido entre el Amazonas y el Orinoco, haciéndonos conocer sus producciones vegetales y animales, las tribus y parcialidades de indios que habitan allí, con sus costumbres propias, sus rivalidades y guerras desastrosas, sus puntos de semejanza y las diferencias entre ellos, las facilidades que hay para civilizarlas, los obstáculos que tienen

que vencerse, y los medios de que deben valerse los q la obra. Este libro, salpicado de chistes y anécdot datos científicos traídos naturalmente entre la sencill de sucesos interesantes, parece escrito expresamen leído en estos tiempos, y lo publicamos seguros de ha vicio á la patria.

No basta que el Padre Juan Rivero haya sido cit todos los cronistas del siglo pasado, y vamos á decir extractando una carta que el Padre Gumilla escribió y fué publicada allí en Julio de 1739.

EL PADRE JUAN RIVERO.

En la pequeña villa denominada "Miraflores de la Sierra," perteneciente al reino de Toledo en España, nació el ilustre Juan Rivero el 15 de Agosto de 1681, y en su casa aprendió la gramática y algunas otras artes rudimentarias. Mandáronlo sus padres á Alcalá de Henares á estudiar filosofía, pero el travieso niño se dedicó más á la música que á los libros, de lo cual resultó que en los certámenes al fin del año salió tan deslucido, que sus maestros, después de señalarle el último puesto, lo entregaron á la rechifla, y permitieron que sus despiadados condiscípulos le convirtieran en objeto de mofa y escarnio. Cuéntase que entre las burlas que usaron con él, la más terrible fué la del manteamiento, la cual consistía en acostar al paciente sobre una manta cuyas orillas estaban sostenidas por las manos de los más robustos y atrevidos, y éstos estirándola de pronto, hacían levantar al manteado por los aires, como una pelota, y recibiéndolo al caer, repetían la operación hasta quedar cansados y desfallecidos. En una de estas ocasiones, fuera por cansancio ó por impericia, dejaron que el joven Rivero cayera en las piedras en vez de la manta, y el violento golpe lo dejó privado de sentido y como muerto. Los rapazuelos huyeron, dejando abandonado el cuerpo del mísero estudiante, y allí hubiera muerto si unas gentes piadosas no lo hubiesen recogido y curado. Juan Rivero creyó entonces y siguió creyendo toda su vida, que aquella curación la había obte-

nido milagrosamente de la Virgen Santísima, porque en lo humano su muerte era inevitable.

Fuése por cariño al médico que lo asistió, ó por el deseo de instruirse en la ciencia que aquél profesaba, lo cierto es que se hizo estudiante de medicina, y obtuvo en poco tiempo la plaza de practicante con uno de los más afamados profesores de la ciudad. Acompañaba un día á su maestro á visitar á sus enfermos, cuando encontraron el acompañamiento de un cadáver que los obligó á suspender su precipitada marcha. Tan luégo como pudieron seguir, oyó Rivero que su maestro le decía en voz apenas perceptible:—"Yo, hijo mío, quité la vida á ese buen padre de familia á quien van á enterrar."—¿Cómo así? preguntó el joven admirado. No fué culpa mía, repuso el médico, pues los síntomas me hicieron creer que era una enfermedad diferente de la que lo aquejaba, y cuando salí del error y quise volver sobre mis pasos ya era tarde, y su muerte irremediable."

¿Esas tenemos? pensó el practicante. ¿Tan falaces son los principios de esta ciencia? ¿No será mejor dedicarme á ser médico del alma? Dijo, y lo puso por obra. Solicitó y obtuvo que se le admitiese en la Compañía de Jesús, mereciendo que el Padre Juan Martínez de Ripalda, Procurador general, lo destinase á las misiones del Nuevo Reino de Granada. Pasó á Madrid, y de allí al Noviciado de San Luis en Sevilla, siendo de notarse que no quiso entrar al pueblo de su nacimiento, que se halla en el camino, por temor de flaquear en su resolución á la vista de su madre á quien amaba con ternura.

Una tarde avisó el portero del Colegio que la madre del joven Juan Rivero solicitaba licencia para ver á su hijo. Pálido y tembloroso bajó el novicio, y cayendo de rodillas besó las manos de su madre y le pidió su bendición para pasar á la América. —"A eso vengo, contestó la matrona sin inmutarse, á darte mi bendición, que ojalá confirme Dios en el Cielo, pues tu resolución me ha llenado de tanta dicha cual no puedo explicar."

De este Colegio pasó al Juniorado de Carmona, y habiendo recibido las Ordenes Sagradas y hecho los votos, emprendió viaje para Santa Fe de Bogotá, á donde llegó maltratado por el largo camino y aquejado de una enfermedad crónica de dolor de estómago, que no lo dejaba vivir. Sin embargo, era tan grande

la escases de sacerdotes que se experimentaba entonces en el país, que á pesar de su enfermedad tuvo que ir á Tunja y á Pamplona á dar misiones.

En esta última ciudad se agravó tanto su mal que no podía estar en pie, y para aprovechar los momentos en que le era posible estar sentado, se dedicó á aprender la pintura al oléo, en la cual desplegó una habilidad tan grande, que con sus obras, en los años subsiguientes, adornó los altares de diez y siete pueblos de las misiones y sus contornos.

Como los climas frios le habían probado tan mal fué destinado á la ciudad de Honda, y después á la de Mompóx, como catedrático en los colegios que tenía en ellas la Compañía de Jesús.

Nos extenderíamos demasiado si quisiésemos pormenorizar las virtudes, el talento y la elocuencia persuasiva que desplegó en todas partes. Son numerosísimos los casos que se refieren de conversiones de pecadores empedernidos á la virtud cristiana. A un sacerdote que había estado escandalizando con su mala vida le dijo un día, acercándosele en la calle y en voz baja: "basta ya, señor mío; es tiempo de arreglar cuentas con Dios." Palabras que causaron tan benéfica impresión al sacerdote descarriado, como las de "*tole lege*" á San Agustín, y desde ese momento el que había sido piedra de escándalo se convirtió en modelo de virtud.

Extraviado una vez en un mal camino llegó á una choza en donde había un enfermo de mucha gravedad.—¿Quieres confesarte? le preguntó el Padre.—Señor, contestó el enfermo, hoy mismo me ha sacramentado el Cura.—Verdad es, replicó el Jesuita, pero el corazón me dice que no has quedado en gracia de Dios.—Así es! así es! contestó el enfermo derramando un torrente de lágrimas, pues por vergüenza he callado toda mi vida un gran pecado.—Confesóse de nuevo, y de allí á poco murió consolado y tranquilo.

Como su constante anhelo era dedicarse á la conversión de los indios salvajes, instó é importunó á los Superiores con súplicas y ruegos, que lo mandasen á las Misiones de los Llanos, siendo digno de tenerse presente el hecho de haber recuperado su salud tan luégo como llegó á ese territorio que tan mala fama tiene en lo tocante á salubridad.

En el mes de Diciembre de 1720 se puso en marcha para Casanare, lleno de entusiasmo y de fe.

Hay un punto en el camino que siguió el Padre Rivero, llamado "El Volador de Cravo," que es un estrecho desfiladero en la cima de un cerro escarpado, el cual forma un precipicio horroroso, que ha ocasionado la muerte á muchos pasajeros, cuando por descuido de ellos ó torpeza de las bestias llegan á dar un paso falso. En el hondo abismo se levanta un bosque enmarañado que sirve de albergue á las fieras del desierto, y aumenta el terror que aquel paso forzoso causa á los transeuntes. En aquel punto se hallaba el Misionero cuando notó que sus compañeros lo habían abandonado, y que estaba enteramente solo. El eco repetía á lo lejos los gritos del Padre llamando á sus guías; pero éstos no oyeron nada y siguieron apurando el paso, persuadidos de que aquél se había adelantado en el camino. Llegaron al pueblo de Cravo y supieron la verdad: que ellos habían dejado solo al inexperto Padre, el cual podía estar en esas horas sirviendo de pasto á las fieras. Retrocedieron llenos de angustia y sobresalto, y cerca de la média noche encontraron la mula del Padre atada á un arbol. A su vez dieron innumerables gritos llamando al Padre, pero sólo fueron contestados por el eco.

Mientras tanto, el desconsolado viajero estaba, por decirlo así, zozobrando en un mar de amarguras. No atreviéndose á seguir en aquella mula que, asustada con sus gritos, rehusaba poner los cascos en donde el jinete quería, echó pie á tierra y se deslizó por la pendiente agarrándose con pies y manos de las puntas de la roca y de las raíces que salían de las grietas, y al llegar á la honda sima, sudando y desgarrado el vestido, y manando sangre por muchas lastimaduras recibidas en el largo descenso, se halló completamente desorientado y perdido en el espeso bosque. La noche había extendido su oscuro manto en aquellas soledades, y las tinieblas rodeaban por todas partes al viajero. La sed lo devoraba, y la angustia crecía por momentos. Sin embargo su viva fe en la protección de la Santísima Virgen lo sostenía, y aun le dió aliento para emprender la marcha sin sáber para dónde. Al rayar el día se encontró en las primeras casas del pueblo de Cravo, en donde los angustiados habitantes oían la relación de los mozos que regresaban con la mula, y hacían cál-

culos sobre la muerte del Padre. Un grito de terror se dejó oír entre los circunstantes al percibir al Jesuita que se aproximaba, pues todos estaban tan persuadidos de que no podía salir con vida, que se imaginaban ser sus manes los que se acercaban; pero al oír la voz calmada y apacible del Misionero, se le rodearon para tocarlo y abrazarlo, con una alegría loca.

Este suceso, al parecer accidental y hasta cierto punto casual, fué como el pasaporte que Dios le dió al sabio Misionero para hacerlo admirar y estimar de los indios á quienes iba á evangelizar. La fama de un hecho tan inaudito produjo, desde luego, la curiosidad de ver al que había escapado de tantos peligros reunidos, y el respeto y cariño que él sabía inspirar con sus virtudes y afable trato ganaron el corazón de aquellos salvajes que tan díscolos se habían mostrado hasta entonces. El Padre Rivero solía decir, que así como los militares tienen su bautismo de sangre el día de la primera batalla, él había tenido su bautismo de misiones en aquella aventura.

El primer cuidado del Misionero fué aprender los idiomas de los indios, y en menos de un año de estudio permanente se posesionó de tres de ellos, á saber: el *airico*; el *botoye*, que se divide en dos dialectos, *arauca* y *elé*; y el *achagua*, habiendo escrito en ellos volúmenes enteros de sermones, pláticas doctrinales, etc. De la misma manera se aplicó al estudio de la lengua *saliva*, que es la más difícil de todas las que se hablan en esas comarcas, pues si bien las dos primeramente mencionadas ahogan la articulación en el fondo de la garganta, ésta confunde la mayor parte de las sílabas entre las narices, reemplazándolas con una especie de sonido musical que no todos pueden imitar. El estudio de ésta era tanto más interesante cuanto que la tribu ó nación que la usa era la más apacible y dócil, la más numerosa y sociable, y por lo mismo la que parecía más dispuesta á recibir la doctrina evangélica. Aprendió también los idiomas *goagiro* y *chiruva*, aunque no con tanta perfección como los mencionados antes.

Reconvenido un día por otro misionero por la nimia escrupulosidad con que estudiaba estos idiomas bárbaros, contestó: —"*Yo, Padre mío, miro cada palabra, cada modismo, como granos de oro que recojo con codicia, porque regados después entre estos*

gentiles producen frutos de vida eterna." Y no sólo entre los indios sacó buen fruto de su continuado estudio, sino que hizo un bien positivo, de incalculable valor para la humanidad, escribiendo las Gramáticas de aquellas lenguas, con un método tan perfecto que de allí en adelante los misioneros no tuvieron dificultad ninguna en su aprendizaje.

El Padre Rivero recorrió todo el campo que abrazaban las misiones de Jesuitas, y entró varias veces á los territorios ocupados por las tribus salvajes, haciendo siempre anotaciones y apuntamientos sobre todo lo que le llamaba la atención respecto del inmenso espacio de terrenos que hasta el día de hoy permanecen desconocidos; sus producciones en los tres reinos de la naturaleza, sus ventajas y defectos, comparados con el resto del país; las costumbres de sus moradores, en fin cuanto pudiera servir á los otros misioneros, y á los que, sin serlo, se dedicasen en lo sucesivo á civilizar aquellas hordas salvajes para convertirlas en naciones cultas y útiles á la humanidad. Con estos elementos escribió el libro que publicamos; y con los recursos de su inagotable imaginación escribió otros varios dignos de sus estudios, entre ellos uno que llamó "Theatro," el cual fué admirado de los sabios de esa época.

La muerte de este sabio sacerdote acaeció á 15 de Agosto de 1736, el mismo día que completaba 55 años de una vida llena de virtudes y merecimientos.

Traspasaríamos nuestros límites si quisiéramos hablar de las virtudes poco comunes de este Misionero, de sus trabajos apostólicos, de sus conquistas en las misiones para Dios y para la civilización humana, pues lo único de que hemos tratado es de que se forme alguna idea del autor de este curioso escrito que publicamos tal cual salió de su pluma, sin que hayamos hecho corrección ni enmendatura notable, salvo las que prescribe la ortografía que actualmente ha puesto en uso la Real Academia Española.

RAMÓN GUERRA AZUOLA.

DEDICATORIA

A LA EMPERATRIZ SUPREMA DE LOS CIELOS Y REINA GLORIOSA DE LOS ÁNGELES

MARÍA MADRE DE DIOS Y SEÑORA NUESTRA

FUNDADORA DE LAS MISIONES DE LOS LLANOS Y DE LOS RÍOS ORINOCO Y META

EJECUTANDO la santa obediencia y propendiendo al lustre de la Compañía de Jesús, á la honra de las misiones y al deseo de encender en los corazones la mayor honra de Dios y conversión de los gentiles, ¿á quién debía yo consagrar esta obra sinó á vos, oh Emperatriz soberana de Cielo y tierra, siendo vos como lo sois, la fundadora de estas misiones? Así lo publican las cuatro reducciones de Tame, Pature, Cravo y la primera de los Salivas que se fundó en el Orinoco, y no era justo elegir otro patrono. Basta, Señora, para hacer acepto este libro á vuestros ojos piadosos, el tener por asunto la conversión de los infieles: ministerio para el cual bajó de los Cielos vuestro Hijo enviado por el Eterno Padre, siendo Él el primero de los misioneros que convirtió infieles. Este fué el objeto de vuestro Santísimo Hijo, y éstas serán las regiones para donde convidaba á sus Apóstoles.

Nadie sabe como vos, Señora, la importancia de la lectura de libros tan importantes como éste, de los cuales se puede decir sin ponderación, que son los talleres en donde se forman los Apóstoles, que imitando á los doce primeros en el ministerio y oficio, se emplean en la conversión del gentilismo como lo hicieron aquéllos.

Verdad es que la cortedad de mi pluma no ha podido conseguir la perfección de esta obra, ni dar la viveza que merecían los hechos ilustres de vuestros misioneros ó hijos; y que si hubiera caído en otras manos, como cayó en las mías, hubiera resultado digna de ser obsequiada á tan gran Señora. Pero, acordándome de que no tanto miraís el obsequio cuanto el afecto que lo tributa, me resolví á consagrarle á vuestras aras á título de agradecido:

y aunque el holocausto es corto, lo abrillanta la voluntad que hace el sacrificio grato.

Por esto los Lacedemonios no ofrecían cosas de mucho precio sino víctimas muy cortas y escasas, porque querían más el afecto humilde que la ofrenda más estimable. Lo será para mí la aceptación de esta obra; como tal, Señora, la ofrezco; y deseo verla aumentada con nuevos y fervorosos misioneros, y en un extendido campo; se logrará este fin, si vos, con vuestra intercesión poderosa, allanais las dificultades y facilitais las entradas al territorio gentil, y en especial el que tenemos á la vista en el río Orinoco, en donde vos, como aurora precursora del día, dísteis las primeras luces y sacásteis en su hemisferio, luciendo entre las tinieblas lóbregas de la Nación Saliva.

De vuestra Majestad el más humilde Capellán y rendido esclavo.

JUAN RIVERO,
de la Compañía de Jesús.

PROTESTA DEL AUTOR

OBEDECIENDO y venerando el breve de la Santidad de Urbano VIII de feliz memoria, acerca de la impresión de libros que tratan de algunas personas que tienen fama de santidad y opinión de virtud, y aun no están canonizadas ni beatificadas, declaro y protesto: que cuando hablo en esta historia de semejantes personas y de sus acciones, no es mi intención que se les dé más crédito que el de una probabilidad prudente, no queriendo en ellas más que una fe humana falible; y aunque parezcan milagrosos algunos casos, sólo pretendo se les dé el crédito que suele darse á cosas averiguadas con diligencia, y que sólo estriban en autoridad de hombres que como falibles pueden engañarse; y así estas palabras *Santo Varón. Varón apostólico, mártir, martirio* y otras semejantes que contiene tal vez la piedad de mis escritos, ú otra cualquiera frase que indique veneración, no las entiendo ni pretendo que las entienda alguno en ese sentido, cuando se atribuyen á persona que no esté beatificada ó canonizada. Cuanto digo y escribo lo sujeto á la corrección de la Sede Apostólica, á quien toca calificar la verdadera santidad y permitir la veneración; y en todo se rinde mi fe á sus determinaciones y me sujeto á ellas como fiel hijo de la Santa Iglesia.



AL LECTOR

PERMÍTASEME por esta vez el dar una justa queja (si bien nacida de mi mucho afecto y estimación como de hijo á madre) á esta religiosa Provincia del Nuevo Reino de Granada, á quien como á tal miro; es, pues, que habiendo fallecido en ella tantos y tan heróicos hijos, así en la sabiduría como en los gloriosos ministerios de las misiones de gentiles, haya tenido sepultados en las urnas y polvo de los archivos muchos años, y si cogemos el agua desde su origen, há más de un siglo noticias tan apreciables que podían haber añadido, participadas al común, nuevo y no pequeño lustre al cuerpo de la Compañía, y edificación al mundo. No sé si lo atribuya á su modestia, ó á no apetecer otro teatro en que se representen sus hazañas, que aquellos anales indelebles de la divina sabiduría en quien sin la injuria de los años perseveran impresas; pues diciendo esto mismo: *sic luceat lux vestra coram hominibus*, etc. había desde luego de haber cedido su modestia á la gloria del mismo Dios, y á la utilidad pública.

La historia es, como dice Cicerón, vida de la memoria y maestra de la vida. Con esto sólo se hace ver claramente la utilidad de estas noticias reducidas á un libro, en el cual se enriquece y alimenta la memoria, supliendo con su lectura la falta de experiencia de muchos años, para los casos que ocurran; pues enseña al entendimiento como maestra, para discurrir en lo presente con la luz que le comunica de los pasados lances; inflama la voluntad haciéndola propender á lo que lee de acuerdo con las materias que trata, de suerte que si son guerras se conmueve el espíritu por empresas militares; si trata de anacoretas luego al punto vuela á los desiertos el ánimo aficionado al yermo; si es la materia de martirios, se aficiona al martirio; si de cosas profanas se inclina á la profanidad y locura; y si la materia de que trata fuese de misioneros y misiones, luégo se aficiona el ánimo, émulo santamente de tan prodigiosas hazañas, á seguir los pasos y la vida evangélica de los que, militando valerosos bajo las banderas del Rey de los Cielos, se coronaron con los triunfos, y se ennoblecieron con la victoria.

Estas razones quizas, y las quejas que se oyeron en Europa, de que no daba noticias el nuevo Reino de lo trabajado por sus hijos en las misiones gentiles, movieron al padre Diego de Tapia, como Provincial de estas Provincias, á poner haldas en cinta en el año pasado de 1728, y mandar se sacasen con cuidado del archivo de Santafé los papeles que podían conducir para escribir esta historia. Se sacaron varios papeles de ambas relaciones, y

cartas escritas por hombres doctos y verídicos, y por los mismos misioneros que fundaron los pueblos, en donde como testigos de vista dan noticia puntual de lo que pasó entonces. Añádase á esto, la práctica de algunos años de misionero, en los cuales por obediencia he recorrido varias poblaciones y sitios así de los ya cristianos como de naciones bárbaras, entrando á sus propias tierras para reducirlas á pueblos. Con esta ocasión y con haber hecho estudio particular de observar sus acciones hasta las más menudas, sus costumbres y ritos, usanzas y territorios y otras cosas curiosas, hice mis anotaciones de todas estas noticias, así de las que saqué de los papeles dichos como de las que fuí adquiriendo, y compuse mi historia. Quien revolviese atentadamente los papeles y cartas del archivo, pertenecientes á las misiones, me cogería con el hurto en las manos á cada paso, hallando al pie de la letra lo que se escribe aquí; verdades que restituyo fielmente á sus dueños mejoradas y enriquecidas, no con el engaste y riqueza de palabras doradas (que no las tengo), sino reducidas á método y puestas en su lugar, habiéndolas entresacado de muchos papeles sueltos, en lo que sudé no poco, atendiendo á la serie de los años, y á otras circunstancias necesarias en semejante obra.

Mi estilo es tosco y sin arte; sírvame de disculpa, sobre mi corta habilidad, el sitio donde se ha escrito, sobremanera incómodo: las riberas del río Meta han sido el taller en que se forjó esta obra. Aquí, las incomodidades de la casa en que vivo; el concurso de los indios con sus importunas demandas; las visitas de los indios gentiles Chiricoas, sobremanera vocingleros, y otros varios estorbos, que fuera largo referir, han sido el retiro que he tenido y la quietud que se me ha dejado para semejante empresa. No es pequeño estorbo el poco uso de la lengua castellana que por acá se hace, pues con la necesidad de tratar á estas gentes en sus idiomas bárbaros, se beben insensiblemente sus modos tosquísimos de hablar, y se olvidan los propios.

Pero lo que falta al estilo he procurado suplirlo y compensarlo con la verdad, no queriendo escribir cosas inciertas sino lo que de cierto me consta. La historia está dividida en seis libros: en el primero se da noticia del país, su conquista y primeros misioneros que tuvo; en el segundo de las nuevas reducciones que se fundaron en los Llanos; en el tercero de los progresos que alcanzaron; en el cuarto de las misiones del Orinoco y del martirio de algunos Padres; en el quinto de las misiones del Airico y Betoyes; y en el sexto de las misiones del Meta. Si consiguiese con esta obra inclinar el ánimo de los lectores á favor de las misiones, hasta el punto de resolver dedicarse á ellas, daréme por bien pagado y será bien empleada mi fatiga.

HISTORIA DE LAS MISIONES

DE LOS LLANOS DE CASANARE Y LOS RIOS ORINOCO Y META.

LIBRO PRIMERO

CAPITULO I

DASE NOTICIA DE ESTOS TERRITORIOS Y DE SUS VECINDADES.

La esplendidez y magnificencia de los Llanos no puede comprenderse sino viéndolos. La pluma es impotente, las palabras y las frases son inadecuadas, y todas las descripciones demasiado pálidas para dar á conocer este inmenso territorio que, semejante á la mar en calma, se extiende hasta donde la vista no alcanza, y confunde sus límites con la bóveda azulada en el horizonte.

La región de los Llanos propiamente dicha se extiende desde los territorios del Perú hasta el mar del Norte, en una longitud de quinientas leguas castellanas, desde la cordillera hasta el mar del Norte, y una latitud de cuatrocientas leguas, desde la serranía de Morcote hasta las cordilleras del río Marañón y Amazonas.

La extensa llanura se encuentra cortada por bosques que siguen la caprichosa dirección de las corrientes de infinidad de ríos y quebradas, dándole al paisaje una agradable variedad.

Las aguas se desprenden de la serranía y van en derechura á buscar los raudales del Meta y del Orinoco para llegar á la mar del Norte.

Innumerables tribus de indios bárbaros se alojan en las márgenes de dichos ríos, sin conocer á su Creador, sin leyes, sin sociedad, en una palabra, disfrutando de los dones de la tierra á manera de las bestias, las cuales, privadas de razón, no saben el fin para que fueron creadas.

Imposible sería dar ahora noticia de todos esos ríos que están ocultos por los bosques, y plagados de indios bárbaros y bravíos con quienes no hemos podido todavía entrar en comunicación, á pesar de los esfuerzos que han hecho nuestros misioneros. Para una mies tan abundante los segadores han sido pocos, y éstos han tenido que fijar sus miradas en los puntos más favorables, porque, aun cuando están favorecidos por el poder de Dios, que es infinito, ellos, como hombres, han tenido que proveer á su seguridad, situándose desde el principio en los ríos Orinoco y Meta que salen á la mar, y en el Casanare que da entrada á la parte más poblada del Nuevo Reino. Por tal motivo trataré con más preferencia de estos tres, dejando los otros para cuando se ofrezca el caso.

El río Casanare tiene sus cabeceras cerca de una laguna grande que hay en la cordillera, y tendrá de longitud y latitud ocho cuadras al parecer; es hermosa á la vista por lo ameno y frondoso de los árboles con que se mira coronada; llámase del "Sacrificio" porque los indios de Chita y otros pueblos comarcanos iban en romería á esta laguna á hacer sacrificios al demonio. A ocho días de navegación río abajo se incorpora el Casanare con el Meta, célebre también por lo caudaloso de sus aguas. Dentro de otros doce días de navegación desaguan entrambos sus corrientes en el famoso río Orinoco, después de haber aumentado sus caudales con otros muchos ríos de menor importancia, aunque navegables también, y que tienen sus cabeceras y primeras vertientes muy cercanas á las reducciones que tenemos fundadas.

Por este río Casanare suben y bajan los maestres de plata cada año, para fomentar con el situado que paga la caja real, el presidio de Santo Tome de Guayana, cuyo Señor es nuestro Católico Rey de España, y su Gobierno está incluso en la Real Audiencia y Cancillería de Santafé, aunque en lo eclesiástico pertenece al Obispado de Puerto-Rico, de pocos años á esta parte. Este Presidio y ciudad de la Guayana ha sido varias veces asaltado y robado por enemigos Holandeses é Ingleses mancomunados con los indios Caribes de Amacuro, nación fiera, belicosa y brava, en cuyas invasiones no ha estado libre de sus robos la Custodia del Santísimo Sacramento, que sacrílegamente se han llevado dos ó tres veces de las costas del Orinoco y Guayana y aun de las del Brasil.

Tienen los Holandeses é Ingleses, y también los Franceses, algunas fortificaciones, en especial en los ríos Essequibo, Berbío, Mirare y Guarabiche, y tienen trabada amistad con los indios Caribes, Araucas, Tibibitives y Chaguanes, naciones populosísimas y de extraño valor y esfuerzo, aunque los más de ellos son inconstantes y traidores, y casi de tan poca fe humana como

divina; y cuyos rastros han conducido á sus países á nuestros fervorosos misioneros, entre quienes se cuenta al apostólico Padre Antonio de Monteverde, fundador de Tame y Macaguane, á los Padres Julián de Vergara é Ignacio Cano, y otros que estuvieron en la Guayana algún tiempo, con el designio de reducir gentiles, empresa que no tuvo buen éxito por entonces á causa de innumerables infortunios.

Además de los ríos ya dichos, hay otros muchos en esta Provincia dilatada, cuyas riberas y malezas han sido las madrigueras y guaridas de innumerables naciones de gentiles, de donde han salido ya algunos millares de almas, trocada su natural fiereza en la mansedumbre de corderos humildes, á sujetar sus cervices al yugo de la ley santa de Dios, á costa de fatigas inmensas con que los sacaron y poblaron nuestros fervorosos misioneros. Los más notables entre estos ríos son el Apure, Arauca, Macaguane, Tame y Cuiloto. Algunos de ellos ofrecen paso por sus corrientes, permitiendo la comunicación entre muchas ciudades y lugares, tales como Barinas, San-Cristóbal, Pamplona, La-Grita y Mérida, y con la gran laguna de Maracaibo y Puerto d Gibraltar. En muchos de estos sitios hay muchas naciones de indios hasta las cuales no han llegado los ecos del evangelio.

Basta esta breve noticia de los ríos y países del Orinoco y Llanos, dejando muchas cosas para evitar prolijidades, y para ocuparnos en el capítulo siguiente de otras materias que pienso darán gusto á la curiosidad, imitando en esto el estilo de otras historias de misiones.

CAPITULO II

DE ALGUNOS ÁRBOLES Y FRUTAS QUE SE HALLAN EN ESTOS PAÍSES Y DE LOS CUALES SE MANTIENEN LOS NATURALES.

Supuesta ya la noticia de los sitios donde se extienden los Llanos, y lo demás que queda dicho, no será fuera de propósito indicar algo de lo que se cría en ellos, como los frutos de la tierra, los peces, las aves, los animales, y arbitrios de los indios para cazarlos, y otras cosas que pueden conducir mucho á formar algún concepto de lo que produce el país, como de la industria de los naturales.

Todo este inmenso cuerpo de llanuras está bañado de ríos y quebradas, como se dijo ya, en lo cual ostentó Dios lo grande de su sabiduría y lo admirable de su divina Providencia. Su sabiduría, en el orden y concierto con el cual, repartidas las cosas y puesta cada una en su lugar, se hace habitable esta región, que de otra manera fuera imposible vivir en ella ni aun los mismos

brutos. Su Providencia, en haber criado, para la mantención de tantos bárbaros, nada aplicados al trabajo, la multitud de frutos y animales que les sirven de sustento.

La distancia que hay de ríos á ríos y de quebradas á quebradas es tan proporcionada, que á dos ó tres leguas de camino se suceden las unas á las otras, de manera que el caminante tiene el consuelo de que pasado un río ó quebrada, á corta distancia encontrará con otra, para no rendir la vida á los rigores de la sed, ocasionada por la sequedad de las llanuras y por los ardores del sol, y así se van continuando por toda su longitud hasta llegar al Orinoco.

No son estériles los ríos, pues además de los muchos peces, aves y animales que viven á expensas suyas, se crían muchos palmares de diversas especies y varios árboles frutales. La más célebre planta y la más estimada del español es la que cría las vainillas. Es esta planta á manera de un sarmiento delgado, que se enreda en los árboles y sube hasta sombrearse en su copa. Sale de su flor la fruta á manera de *habas verdes*, muy semejantes al plátano cuando es tierno y por esto las llaman vainillas ó platanillos. Los naturales, que saben ya el aprecio y estimación que de ese fruto hacen los españoles, lo buscan con gran cuidado en las riberas del Meta y en otros sitios en donde se cría para vendérselo después. No es tan abundante la cosecha como lo piensan muchos: es fruto muy precioso y por lo mismo muy raro. Tropas enteras de indios, tanto Chiricoas como Achaguas, suelen salir en los veranos en busca suya, y después de haber trasegado muchas malezas y arcabucos, apenas pueden alcanzar á veinte libras lo que han hallado al cabo de muchos días de fatiga.

Otro árbol muy celebrado entre los indios, especialmente Goagibos y Chiricoas, es la Palma, de la cual hay muchísima abundancia tanto en ésta como en la otra ribera del Meta, hasta llegar al Airico. Este es el paraíso terrenal de los Goagibos y Chiricoas; esta es su delicia, su despensa universal y su todo; en esto piensan; esta es la materia de sus conversaciones; en esto sueñan, y sin esto no podrían tener gusto en esta vida.

Así como son diversas estas palmas lo son también sus productos. El más agradable entre éstos es una fruta parecida al dátil, que los Achaguas llaman *Becirris*. Hay otro á manera de aceituna silvestre, tanto en el color como en el sabor, que los naturales llaman *Abay* y los españoles *Cuñama*. Tanto éste como aquél se crían en racimos grandes y tan pesados, que pueden llegar á dos arrobas, los cuales salen de la parte superior de la palma, como los dátiles. Esta fruta la cuecen ó la asan y de esta suerte la comen, ó hacen con ella cierto brebaje, como de huevos batidos, y de eso llenan los vientres hasta no poder más; con

esto se ceban y engordan los tres ó cuatro meses del año, empezando desde Abril hasta fines de Julio, que es el tiempo de esta bellota. Cuando vuelven de sus correrías hacia el mes de Agosto, vienen tan gordos y rollizos que apenas caben en el pellejo, y tal vez no hay una palma desde el Meta hasta el Airico, que no muestre señales recientes de haber estado por allí los Chiricoas, los Ranchos y los Bugíes, pues á cada paso se encuentran en los palmares los montones de huesos de la *Cunama* y *Becirris*, despojos de su voracidad.

No sólo usan de la fruta Cunama y Abay para comer, también tienen arbitrio los Chiricoas para sacar aceite muy semejante al de castilla, y de buen gusto, pues como dije ya, es la fruta muy parecida á la aceituna. Para esto majan las cunamas en un pilón ó mortero de madera, las ponen en una bolsa larga como de dos varas, que tejen de ciertas cañas sutiles y dóciles, aprietan después este instrumento que les sirve de prensa, con lo cual va destilando poco á poco el aceite que guarda, y éste lo envasan en calabacillos pequeños para venderlo á otras tribus, especialmente á los Achaguas, para ungirse el cabello, de lo cual se precian mucho, y para alumbrarse de noche.

Críanse otras muchas frutas silvestres en estos montes, y, dejando aparte los plátanos, fruta muy común en las Indias, pero regalada y gustosa, es mucha la abundancia de piñas en estos países, especialmente en las orillas del Guanapalo y Orinoco. Esta es de las frutas más sazonadas y gustosas que se han descubierto en la América. En la apariencia exterior se asemeja á las de Europa, que por eso los españoles le dieron el nombre de piña, viendo su semejanza. Su olor es como el de membrillo, su cáscara amarilla, su jugo dulce y sazonado como el de las uvas y melones. Las plantas que producen esta fruta son unas pencas espinosas como las de la pita, que rematan en una espina larga; del centro de estas pencas sale un tronco verde y desnudo, del cual brota una flor como de cardo; de aquí sale la piña, fruta que por lo tocante al gusto puede sin duda competir con las mejores de Europa, y exceder también á cuantas se crían en las Indias.

Otros muchos frutos se crían en estos montes, que por ser comunes y producirse también en muchas partes de América, dejo de referirlos, y sólo hablaré de otros que son peculiares de estas tierras. Uno de ellos es el *Camuirro*, muy semejante á las uvas, tanto en lo redondo de los granos y en el color negro cuando éstos se hallan en sazón, como en lo suave del gusto. Lo produce un árbol semejante á la palma en la gallardía de su copa y desnudez de su tronco: la hoja de esta planta es un agraciado ramillete compuesto de trece hojas largas de media vara ó poco menos,

y de la hechura de un plumaje; tienen por base todas trece un vástago verde y dócil como el tronco de las coles, con lo que trabadas entre sí é inclinadas á la tierra con su natural peso, se asemejan á la rueda que hace con sus plumas el pavo real. Todo el árbol está poblado en su copa de estos graciosos ramilletes, de los cuales se componen las ramas; de la raíz de éstas pende un racimo grande colmado todo de estos granos, regalo de la nación Achagua, la cual desde los montes del Airico condujo la semilla de esta planta, que es como los granos de la pimienta, la sembraron en las orillas del Guanapalo, y allí han logrado su estimado fruto.

Ultímamente se cría otra fruta en estas tierras que los Achaguas llaman *Emau*, y es oriunda del Airico; es á manera de una bola de billar por su color y redondez; la planta no es muy grande, será de dos varas cuando más, su hoja muy semejante á la del melocotón ó durazno.

De todos estos frutos, y otros innumerables, ha provisto Dios á estas tierras, supliendo con su variedad y multitud la falta de capacidad y aplicación al trabajo que tienen los naturales. Con ellos mantiene su Providencia el inmenso gentío que anda vagando en tropas por esos campos y montañas, especialmente Goagibos y Chiricoas. Estas son sus labranzas, como dicen los indios, y este es el patrimonio que han heredado de sus padres.

CAPITULO III

DASE NOTICIA DE LOS PECES Y AVES Y DE LA INDUSTRIA QUE USAN LOS INDIOS EN SUS PESQUERÍAS.

No es inferior á la abundancia de los frutos la multitud de peces de que abundan sus ríos y lagunas, y la diversidad de aves peregrinas de que abundan sus montes. Todos los ríos de estos Llanos son despensas provistas de peces; pero el que excede á todos en abundancia es el río Meta.

Entre las muchas especies de pescados que se crían en él está el Bufeo, peje que tiene mucha semejanza con el Delfín, tanto en el tamaño de su cuerpo como en su inclinación por la música. Déjase ver entre el oleaje, frecuentemente, de los que navegan en sus piraguas, formando entre sí cierto juguete y danza, con la cual van siguiendo y como galanteando á las canoas, especialmente cuando los navegantes, que conocen muy bien la inclinación del Bufeo, los entretienen con silbos para gozar más tiempo de tan graciosa vista.

El peje Buey, muy celebrado en el Marañón y Amazonas, se halla también aquí, pero es un pescado del cual hacen poco caso

los de la nación Achagua, que son por naturaleza muy melindrosos, y les parece que semejante carne más es para los Chiricoas que para gentes como ellos. No tienen razón á la verdad en despreciar esa carne, pues no se halla diferencia en su gusto con el de la ternera ó del cabrito, sin sabor de pescado. El sale á paser yerba como el buey á las orillas del río. Tiene dos manos, de las cuales usa para poder nadar; la hembra tiene ubres para criar á sus hijos; es de tanta pujanza, que ha habido veces de burlarse de los navegantes trastornándoles las embarcaciones, haciéndolos caer al agua y perder muchas cosas de las que llevaban.

Críase otro pescado llamado Temblador, muy parecido á un culebrón horrible. En tocando á alguno este pez, sea hombre ó bestia, le hace crugir los huesos y le derriba de su estado, sintiendo un dolor vehemente pero que pasa pronto. Llámase Temblador porque á tiempo de crugir los huesos parece que está temblando la persona ó bestia á quien tocó.

Las pesquerías que hacen por el verano los naturales son abundantísimas, pues además de la multitud de pescados que matan con sus flechas, en cuyo tiro son muy diestros, pues se ejercitan en él desde niños, son innumerables los que cogen en sus pesquerías generales, función muy plausible entre los indios, y á la cual concurre todo el pueblo. El modo es algo curioso, y por eso me detendré algún tanto en referirlo.

Algunos días antes de la pesquería atraviesan un brazo del río por lo más estrecho, con unas cañas que para ello buscan y ponen contiguas entre sí, para impedir el paso á los peces. Sobre este encañado, que tendrá de altura como vara y media, fabrican una barbacoa ó zarzo, también de cañas muy unidas, capaz y ancho, y con sus barandillas y pretiles. Llegado el día señalado para la función, y teniendo prevenidos de antemano sus arcos, flechas, lanzas y arpones, que tienen en grande estima, y que adornan y visten con variedad de plumas, se sigue lo principal de todo: sacan de sus calabacillos y botes lo más fino de sus embijados y barnices, para salir de gala, pintándose muy despacio con variedad de matices, negros unos, colorados otros, amarillos y tal vez blancos, como les parece mejor.

No es uniforme en todos el modo que tienen para pintarse; unos suelen salir á plaza con el ojo derecho en medio de un círculo encarnado, que forman con achote ó chica, otros el ojo izquierdo, otros los matizan entrambos al rededor con dos círculos, de modo que parecen con anteojos, á otros les parece más gala salir con dos chapas negras en uno y otro carrillo, otros atraviesan una raya negra por medio de la nariz, los cabellos y cabeza y lo restante del cuerpo desnudo casi en un todo. Lo que les

parece más de gala es imitar de arriba abajo un cuerpo al cual hubieran despojado de su piel, y lo consiguen cargándole la mano á la chica, * y untando todo su cuerpo con un color rojo y sangriento que causa horror. Síguese después el adornar su cabeza con variedad de plumas, siendo su mejor librea y su mayor adorno el salir muy ufanos compitiendo en quién quedó más horrible, costumbre muy antigua entre ellos, heredada en su gentilismo de padres y abuelos, y que es preciso disimularles al principio por no perderlo todo con la apretura demasiada, especialmente no conteniendo esto cosa de superstición, como no la contienen tampoco otras composturas y afeites de que usan los españoles.

Puestos ya de gala, y concluida esta función del modo que queda dicho, salen por el pueblo en tropas, haciendo diversidad de figuras, unas más feas que otras, pero todas horribles, y si no se supiese que eran hombres, se podría imaginar que era un conjunto de Faunos, ó alguna legión entera de espíritus infernales vestidos de carne humana.

Van al río después, y por la parte superior del atajadizo de caña, algo lejos, como un tiro de bala de mosquete, majan una raíz llamada *Cuna*, con la cual embriagan el pescado, échanla después en el agua, y los peces, huyendo por natural instinto de tan venenosa raíz, bajan con velocidad; pero como se hallan impedidos por el atajadizo de caña, y preocupados con el temor del veneno, se amontonan todos, dejándose ver la multitud turbada, ó discuriendo difusamente por el río, dando repetidos saltos; el aprieto en que se hallan los pescados se aumenta más al llegar el agua inficionada con la *Cuna;* entonces con la cercanía de su muerte, que miran vecina, hacen el último esfuerzo por escapar del peligro: saltan con grande ímpetu á lo alto; pero como está preparado el zarzo ó barbacoa que pusieron sobre el atajadizo, quedan burlados en seco sobre la misma trampa, en donde se amontonan y mueren, siendo muy raro el que escapa. Concurren después los indios contra los que quedaron en el agua, disparando un diluvio de flechas sobre el montón casi embriagado. Así sacan los pescados á millares, y vuelven contentos á sus casas bien provistos para muchos días, consiguiendo con este arbitrio, aprendido de la nación Saliva, lo que no pudieran conseguir sin él en mucho tiempo.

Entre el número de los peces podemos contar también las tortugas y otros animales anfibios, como las Iguanas y Babillas que son muy parecidas al Caimán, pero de buena carne, los *Buíos ó Güíos*, que son unas serpientes muy largas y gruesas, y son el mayor regalo de los Chiricoas, y en fin otras especies semejantes

* Llaman *Chica* la resina de un árbol que da un tinte rojo oscuro muy estimado en Europa.—N. E.



que paso en silencio por no alargarme demasiado. De todo esto se halla con abundancia en estos sitios, y en el verano se ven andar tropas de indios trasegando lagunas y quebradas y los ríos Meta, Crabo, Guanapalo y otros.

Viniendo ya á tratar de las aves diré, que en estos montes habría muchas más de las que hay, si los indios no hubieran consumido su gran variedad y multitud con cierto veneno de yerbas que usan para preparar sus flechas. Críanse en las lagunas muchos patos de diversas especies, en las orillas de los ríos muchas pavas, paujiles y gallinas de monte. Abundan sus riberas en loros y papagayos, á los cuales se aficionan mucho los indios, especialmente los de la nación Achagua, y no sólo los crían para su diversión y recreo, sino también por el interés de las plumas con que adornan sus *Llautos*. * Tienen sus industrias los Achaguas para que sus loros críen plumas de muy diversos colores, con lo cual aumentan su valor y estimación, sea para venderlas ó para usarlas en sus galas, y lo consiguen de la manera siguiente:

Cogen un sapo vivo, al cual punzan repetidas veces con una púa hasta que le salga sangre; pónenle después entre una totuma ó vasija, y con ají y pimienta molida van cubriendo las heridas al animal, el cual rabioso con medicina tan cruel, va destilando poco á poco lo más activo de su humor revuelto con ponzoña y sangre; revuelven con esto ciertos polvos encarnados que llaman *Chica*, y mezclados tan inauditos ingredientes, queda hecho un barniz. Arrancan luego al papagayo las plumas; y le untan el barniz, introduciéndolo con la punta de un palito en los huecos que dejaron las plumas en la cutis, y no deja de recibir el loro su molestia, pues queda por muchos días como gallina clueca, muy encrespado y triste. Después de algún tiempo vuelve á recobrar sus plumas, pero tan mejoradas y vistosas, que es cosa de admiración ver la hermosura y gallardía con que salen entonces, dejándose notar en ellas un bello encarnado en manchas, sobre campo amarillo, el cual campea en admirable variedad entre las plumas verdes.

Basta esta breve noticia sobre los peces y las aves, y las industrias de los indios; con que pasaremos ahora á decir en el capítulo que sigue alguna cosa acerca de los animales terrestres.

CAPITULO IV

DE LOS ANIMALES TERRESTRES QUE SE CRÍAN EN ESTOS PAÍSES, Y DEL MODO QUE TIENEN DE CAZARLOS LOS INDIOS.

La variedad de animales de que proveyó Dios á estas Indias

* Delantales con los cuales se cubren.—N. E.



es indecible; aquí parece que ostentó como Soberano artífice la sabiduría de su arte, pues así como es nuevo este mundo, quiso también que fuesen nuevas las especies y variedades de animales, que se hicieran admirar de todos si se condujeran á la España; pues aquí se hacen comunes y no hay quien los admire. Críanse también muchos que se encuentran en Europa. Es increíble la multitud de ciervos que pacen en estos Llanos y no es poca la ganancia que hacen con ellos los cazadores, quienes enriquecen no sólo con las pieles sino con las piedras vecicales. Después de tanto consumo de venados como cazan por centenares en los veranos los españoles y los indios, es caso de admiración ver cómo al verano siguiente se cazan otros tantos y aun más: prueba de lo fecundo de la tierra, que parece inagotable en este género.

Las manadas de puercos de monte, muy semejantes á los jabalíes de España, son en tiempo de invierno el mayor alivio y socorro de los naturales, porque estando crecidos los ríos por entonces, y no pudiendo pescar por esta causa, salen á estas cacerías, siendo muy notable la cantidad de carne de que vuelven cargados, la cual les duraría muchos meses, si su natural desperdicio, junto con su innata voracidad y falta de providencia, no les hiciera consumir en breve tiempo, en sus borracheras y convites, la provisión de muchos días.

Aunque todos los montes de América abundan en demasía en monos, las orillas del Meta y Pauto, el monte de Macaguane y las selvas del Airico, podrían proveer de monos á muchos Reinos y Provincias. Tantos son los que se ven por los árboles traveseando y saltando por su natural viveza é inquietud, que se embarazan las flechas en la muchedumbre, y la vista también con sus figuras y mudanzas. Cázanlos á montones los indios, quienes, por no tener sal para beneficiarlos, se valen del fuego, donde los secan y ahuman; y cierto que causa horror ver un animal como éste después que ha pasado por el fuego, porque como tiene tanta semejanza con una criatura humana, así en el rostro y manos como en lo demás de su figura, parecen después de ahumados un montón de muchachos asados y negros como un carbón.

No tanto se debe á la destreza de los indios el coger este género de animales, cuanto á la actividad del veneno llamado *Curare* con que preparan sus flechas. El mono es uno de los animales más duros y tardíos en morir; suele recibir un tiro ó dos de escopeta con munición ó bala, y quedarse muy sereno, sin moverse de su sitio, mirando á los cazadores; pues este animal tan duro se rinde y cae en breve, con sólo hacerle sangre con una punta untada de *Curare*.

Críanse también otras especies de animales entre las malezas

de estos sitios; conviene saber: Osos, Leones bastardos y *Rabubos*, muy parecidos al puerco de monte, que suelen habitar en el agua. Lo más común en estas sabanas es un animal pequeño llamado *Armadillo*, muy celebrado no sólo de los indios por lo regalado de su carne, sino también por los españoles, por lo particular de su figura. Está armado todo él de varias piezas movibles como las mallas de un peto, sirviéndole de espaldar su misma concha. y de rodela dos piecesitas que abre. La cabeza es como la de un cochinillo de leche, al cual imita mucho en la inclinación y propiedades, así en el alimento que usa, como en hozar la tierra. Este es el animal más perseguído de los Chiricoas y Goagibos, pues aun cuando es verdad que esta parcialidad de indios come sin distinción cuantos animales encuentra, ahora sean Leones, Zorros y otras inmundicias, no todas las veces puede conseguirlos, por la dificultad de cazarlos; mientras que los armadillos los cogen sin otra diligencia que prender fuego á las sabanas en donde tienen sus cuevas, y acabada la quemazón se encuentran los Vivares á cada paso, y con unas macanas puntiagudas que traen consigo, cavan en las madrigueras, y con poco trabajo los sacan de allí.

No quiero omitir la noticia de otro animalillo pequeño que se cría en los Llanos, en las selvas de Tame y Macaguane, muy distinto en un todo del que se dijo poco há, porque aun cuando sea tan vil éste, y de tan ruines propiedades, que no merecía ser nombrado, es razón que sepamos lo que es, para que también se advierta, que así como el Autor del Universo crió muchas cosas en este mundo que testifican su misericordia, así también crió otras que recuerdan su justicia. Este es un animalillo al cual llaman los naturales *Mapurito*, pequeño de cuerpo y algo parecido al gato, gracioso á la vista por la variedad de manchas y colores, ya negros, ya blancos, con que se hermosea su piel; pero tan hediondo, en tal extremo, que no sé yo haya cosa en esta vida más á propósito para explicar las hediondeces del abismo que la fetidez de este animal. Basta decir que así como á otros animales los ha provisto Dios de uñas, dientes y otras armas para su conservación y defensa, así le dió al Mapurito esta terrible hediondez por única defensa, siendo su espada y su rodela, su escopeta y trabuco, de cuya arma usa solamente cuando lo pide la ocasión, y consiste en el aire corrompido que deposita en sus entrañas, al cual le da la dirección que quiere, como si usara de una flecha. A veces los perros, como más atrevidos, han querido probar fortuna con su natural intrepidez, y salir al campo contra el Mapurito para ostentar sus fuerzas y valor; pero han salido tan mal en la contienda, que sin esperar á hacer rostro al enemigo, vuelven más que de paso las espaldas en atropellada fuga, rin-

diendo las armas desde luégo á tan vil contrario. Quedan en esta función los perros tan abominables y hediondos, que se hacen insufribles por muchos días, é intolerables á sus amos, quienes se ven obligados á untarles el cuerpo con barro para que no mueran y para purificarles el aliento.

No le parecerá ponderación esto que se ha dicho á quien haya visto este animal y haya percibido su pestilencial hediondez. Esta es cosa muy sabida y experimentada en los Llanos: no há muchos años que en la reducción de los Betoyes se desmandó de la montaña hasta la casa del Padre misionero un animalillo de estos: el Padre, poco práctico en las propiedades y gracias de semejante aparición, convidó á los muchachos, y entre todos lo mataron, pero les costó bien caro á todos, porque las casas quedaron inhabitables por muchos días, y bien escarmentado el misionero que quedó insufrible, no obstante las diligencias que hizo para purificarse de la hediondez, la cual le duró por mucho tiempo. Estas son las propiedades y astucias de tan asqueroso animalillo, las armas de que se vale y los ardides de que usa, porque con tales propiedades hasta los mismos tigres y leones le dejan el campo libre, por el horror con que lo miran, con lo cual vive quieto y seguro allá en sus montes, sin recelo de enemigos, pues con sólo volverles las espaldas y usar del derecho que le concedió la naturaleza para desahogo de su vientre, queda señor del campo, y sus contrarios confusos.

CAPITULO V

SE DA NOTICIA DE OTROS ANIMALES.

Así como las montañas del Africa son y han sido temidas por la fiereza de sus leones, así lo son las de América por la fiereza de sus tigres. Apenas hay monte ni sabana por donde no vaya sobresaltado el ánimo, receloso siempre de tan horrible fiera, porque como abundan tanto, y han sido tantos los estragos que han causado, y su crueldad así en hombres como en brutos, no puede menos que caminar medroso y acobardarse con imaginaciones funestas el más alentado espíritu. Todavía perseveran recientes las memorias de acontecimientos lastimosos causados por su fiereza: pocos años hace que un pobre indio fué lamentable presa de sus garras, cerca del río Pauto. Todavía lloran los Achaguas la desgraciada muerte de una niña, parienta de la mujer de su Cacique, á quien despedazó un tigre, de noche, sacándola arrastrando de entre los demás indios, presa de la cabeza, para cebarse con su sangre.

Lo mismo sucedió en tiempo del Padre Neira. Yendo este

Padre á la otra banda del Meta á sus acostumbradas correrías entre los gentiles, encontró al Cacique principal de la nación Achagua muy lastimado y triste por la muerte de su hermano, á quien poco antes había despedazado un tigre que lo acometió en el monte.

Muchos casos lastimosos podría traer semejantes á éstos; basten los ya referidos para dar á entender así la fiereza de esta bestia, como el continuo sobresalto de los que se hallan precisados á caminar por estos desiertos, y á dormir en los montes, con riesgo tan conocido. La defensa más ordinaria para dormir con alguna seguridad es encender mucha leña cerca de las rancherías; es providencia de Dios que los tigres tengan tanto horror al fuego como lo tienen los leones al canto del gallo; esa llama de fuego es la que refrena su osadía, y éste el medio de que usan los caminantes en el monte cuando se recogen á dormir; y desgraciados si olvidan atizar bien el fuego; porque ó experimentan la fiereza del tigre, ó cuando menos se ponen en manifiesto peligro de morir.

No obstante la arrogancia de tan insolente bestia, y las armas tan ventajosas con las cuales triunfa de muchos, suele ser el juguete de los indios cuando se les presenta en tierra limpia; y hay algunos indios tan diestros en este punto, que le esperan cuerpo á cuerpo como quien espera á un toro; el tigre entonces nada cobarde aun con la cercanía de su enemigo, da un salto en el aire para acometer al cazador; éste, que ha estado observando muy atento sus movimientos y ademanes, enristra con presteza la lanza, é hiriéndole con ella en el cuerpo, lo abate en la tierra en donde lo vence y mata. El medio más ordinario de que usan los indios para cazar el tigre es el arco y la flecha envenenada, tiro el más seguro y cierto del cual ninguno escapa después de herido.

Los más diestros en esta materia, y á quienes se les debe en gran parte la disminución de esta especie, son los Chiricoas y Goagibos, porque como estos indios caminan en tropas numerosas, en divisando algún tigre le cercan por todas partes y disparan sobre él un diluvio de dardos y flechas hasta que queda hecho un puerco espín. Algunos de estos tigres cazados por los indios se han traído muertos y enteros á esta reducción de Guanapalo: dos especialmente trajeron tan grandes y horribles que aun muertos causaban horror y espanto á cuantos estaban cerca. Midieron en otra ocasión una cabeza de tigre que trajeron cortada, y hallaron que tenía cerca de tres cuartas de circunferencia, por donde se pudo colegir la longitud de su cuerpo, la deformidad de las manos y las garras y los colmillos y dientes, que todo ello hace un compuesto terrible, y uno de los brutos más fieros que se han descubierto y visto.

No es justo que pasemos en silencio á la danta, animal que si bien no es tan fiero como el anterior, es célebre por su figura y propiedad. Es algo parecido al mulo, aunque en la formación de la cabeza y piés tiene más semejanza con el puerco; si bien no tiene trompa como éste, sino un labio grande, largo y encorvado en el cual remata la nariz. Sobresale en su frente un hueso duro, cubierto de la misma piel á manera de peto; con él troncha los árboles y se abre camino por donde quiere. Sobre el cerviguillo ó cuello campea con gallardía una pequeña crin, como la tienen las mulas, tiesa y derecha siempre. El pelo de todo el cuerpo es pardo oscuro; la longitud del animal es de dos varas y cuarta, por lo menos, y remata en un rabillo tan delgado y corto que apenas se le nota. Su altura no corresponde á la longitud, porque las piernas son excesivamente cortas. Sus cuatro manos rematan en cuatro uñas, en cada una, divididas como las del puerco.

Las armas que tiene son los dientes, con los cuales se defiende, especialmente de los perros cuando la acometen y persiguen, porque sin más diligencia que agarrarlos y hacer presa en la superficie de la piel, tiran de golpe y los despojan de ella. Los tigres, como más astutos, huyen de la dificultad cogiéndola á traición, saltando sobre sus espaldas; no por eso salen mejor librados que los perros, porque la danta sintiéndose presa de un enemigo al cual no puede hacer daño con los dientes, por tenerlo cargado en las espaldas, corre por las malezas y espesuras del monte con la velocidad del rayo, y oprimiendo al tigre fuertemente contra los troncos de los árboles medio caídos ó inclinados, lo descoyunta y derriba, venciendo de esta manera á tan carnicero enemigo que á nadie teme y á nadie perdona.

Este animal es el más codiciado de los indios, porque da mucho de sí. Salen los indios por los inviernos á las orillas de los ríos, especialmente del Meta, y á pocas diligencias suelen encontrar el rastro de la danta, bien conocido de todos por la figura de la huella; empiezan los cazadores á fingir otra danta con el remedo de su voz, que es un bramido lento y ahogado que apenas se percibe, y les sirve de reclamo; van repitiendo este bramido á pausas hasta que responde ella, y es la señal que tienen de que está cercana, y en el acto preparan las flechas de veneno en una mano y los arcos en la otra, sin cesar el reclamo. La danta mientras tanto permanece quieta, porque como ha oído una voz semejante á la suya, no se recela de los pasos que percibe, pensando ser alguno de su especie el que se acerca. No bien la descubren los indios, cuando á proporcionada distancia, unos tras otros, ó todos juntos le dan una carga cerrada de flechas. No eran necesarias tantas siendo, como son, de veneno; una sola bastaba para lograr el lance: herida la danta empieza á discurrir por el monte

sobresaltada con el natural espanto; á pocos momentos muestra, por el sudor frío de que se cubre, y el desmayo de las fuerzas, la cercanía de su muerte, y como á un tiro de bala cae sin aliento en el suelo, y al punto espira.

Cerrará este capítulo la noticia de otro animal muchas veces visto en la montaña, especialmente en la de Macaguane y Betoyes: es el salvaje, tan parecido en todo á una criatura racional, que visto de lejos apenas se puede distinguir si es bruto ó algún indio de los que salen á cazar. Tiene tanta semejanza con el hombre, que la cabeza, piés y manos, y el modo de caminar, pone en confusión á muchos sobre la naturaleza de la especie. Esta es la razón por la cual han tenido entre sí los de la nación Betoya muchas y largas discusiones sobre la naturaleza de este bruto, porque como lo ven por una parte que tiene figura humana, y por otra que guarda tanto silencio, se quiebran las cabezas y disputan por averiguar la razón y el por qué de tan continuado callar. Muchas veces se han dejado ver en las montañas como he dicho; pero omitiendo por ahora el testimonio de los indios, sólo traeré uno que valga por muchos, y es el de un español que aún vive con el cargo de Capitán de la escolta, hombre de todo crédito, el cual lo vió en la montaña de Macaguane cuando entró en los Betoyes, y de su boca lo supe después en la manera que sigue: Venía dicho Capitán, D. Domingo Zorrilla, de vuelta de la montaña, cuando al caminar por una senda vió no muy lejos de sí, junto á la maleza del monte, una bestia parada en los dos piés con la cabeza y brazos como si fuera hombre, de mediana estatura, gruesa la cabeza y poblado de pelo todo el cuerpo. Quedóse tan admirado el Capitán, y tan fuera de sí con semejante encuentro, que estuvo como yerto un gran rato pensando en lo que miraba y que apenas creía. Recobrándose un poco de la admiración y pasmo, acordó meterle el punto de escopeta para tirarle; con este designio se inclinó hacia la tierra para levantar el gatillo, pero el salvaje percibió el ruido de la llave, puso los ojos en el Capitán, partió con velocidad de allí, desapareciéndose en un punto, y emboscándose en el interior de la montaña se perdió de vista.

Toda esta variedad que queda dicha de plantas, frutos, aves, peces, y animales se abrigan en los senos dilatados de estos países, obra muy digna de su autor y argumento de su sabiduría y providencia siempre admirable, en todo digna de atenderse y alabarse, y que merece más dilatada relación; pero basta lo dicho para dejar lugar á otras noticias no menos útiles, acerca de las naciones que han poblado y pueblan aún estos sitios.

CAPITULO VI

NOTICIA GENERAL DE LAS MUCHAS NACIONES Y GENTÍO QUE SE DESCUBRIÓ EN LOS LLANOS.

Las innumerables naciones y gentío que, como arenas, poblaban las riberas de los ríos, y como los astros las serranías y montañas de esta dilatada provincia, prometían desde su principio un inmenso campo para satisfacer el celo ardiente de la Compañía de Jesús, y abría al mismo tiempo una gran puerta para otras innumerables naciones. Así como nos lo prometíamos entonces, nos lo prometeríamos ahora, si las estorciones y tiranías que se han ejecutado por muchos años sobre tan miserable gente, no hubieran despoblado en gran parte estos Llanos, ahuyentando á sus habitadores hasta lo más retirado del mundo, en donde se han escondido como fieras para verse libres de tan injusta servidumbre. No obstante todo esto, perseveraban todavía, cuando entraron á las Misiones nuestros primeros operarios, gran número de gentes de varias naciones, bien que oprimidas como otros israelitas bajo un yugo cruelísimo de que se hablará después.

Dando principio por la Serranía de Morcote, se contaban en sólo tres pueblos como seis mil almas, que juntas con otras dos mil y quinientas de la nación Tuneba, y otras muchísimas repartidas por otras rancherías y pueblos de aquel territorio, ofrecían en esa cordillera una dilatada provincia para los cuidados apostólicos de nuestros fervorosos misioneros.

No tienen número las capitanías y parcialidades de todo el Chiricoismo y de la nación Goagiba. Todas estas sabanas, tan parecidas á los mares por su extensión y longitud, manifiestan con los repetidos humos que se divisan á lo lejos por distintas partes y sitios, el inagotable gentío que anda repartido en tropas, trasegando todos los ríos y montañas. Es tan numerosa esta nación, y tan multiplicada en capitanías y cacicazgos, que apenas se le halla término, Por cualquiera parte que se camine por el Airico, el Orinoco, Barinas, ó cualquier otro sitio, se verán caminos trillados y señales recientes de gentes tan desgraciadas: llámolas desgraciadas, porque si como son tantas en número tuvieran la fidelidad de otras naciones, no serían tan cerriles y altaneras y atraerían á su seno muchísimos misioneros y hombres de buen espíritu, que atenderían á su cultura y educación.

Otras naciones que se descubrieron en el río Cuiloto, y de las cuales da noticia el Padre Antonio Monteverde, no son inferiores en número á los Chiricoas y Goagibos. Más de cien mil indios, dice el Padre, que abrigaba en sus riberas ese río hasta

llegar á la Guayana. La empresa de catequizar una nación tan crecida hubiera sido una de las más gloriosas para la Compañía de Jesús, pero impidió su ejecución la falta de medios temporales y el corto número de misioneros que había en la Provincia. Dándose la mano el río Cuiloto con otras naciones de las montañas, y el río Apure con otros sitios poblados de Chinatos, Airicos, Giraras y Betoyes, se hubiera podido entablar una cristiandad muy numerosa, en servicio de ambas Majestades.

No es razón que pasemos en silencio las Amazonas que, según la tradición de los antiguos Achaguas, venida de padres á hijos, pueblan también estos países; diré lo que hallé sobre este punto en una relación de las misiones escrita por el Padre Neira. Cuentan los indios, dice el Padre, que entre el río Meta y Orinoco hay una isla, y en ésta un pueblo tan grande que tendrá de longitud una legua, en el cual las casas, fabricadas de piedra, están unidas entre sí como en una ciudad. Allí viven las Amazonas, mujeres tan varoniles y guerreras, que no solamente mantienen guerras contra otras naciones de menor espíritu, como son los Achaguas, sino con las naciones más carniceras, como son los Caribes. No permiten entrar á su isla á los varones sino en cierto tiempo del año, en el cual su Gobernadora ó Capitana da licencia para ello. En esa ocasión entran á comerciar otras naciones, como los Quirrubus, y entonces compran y venden los géneros que allí se encuentran, dándoles permiso para pasar la noche en la isla, pero en llegando la mañana despiden á los extranjeros y los echan de la ciudad con tanto rigor, que si por ventura un mercader se resiste á salir, contrariando el mandato de la Gobernadora, luégo al punto empuñan el arco ó la macana y le quitan la vida, para castigar su atrevimiento. Otras cosas notables cuentan de estas mujeres, y entre ellas, que quitan la vida á sus hijos varones luégo que nacen, reservando únicamente las hijas. Los indios Achaguas cuentan que de estas mujeres atroces han recibido muchos y pesadísimos agravios, según lo refieren sus abuelos.

No por lo que queda dicho se ha de entender que las Amazonas tienen su origen en estos sitios; se sabe que fueron Scitas de nación, y que habiendo pasado á Capadocia junto con sus maridos, fueron éstos vencidos y muertos en la batalla, con lo cual, tomando las armas las mujeres, no sólo aseguraron con ellas esa tierra, sino que conquistaron otras. Fueron al fin vencidas, y huyendo de las armas enemigas se dividieron y retiraron á varios sitios, unas pasaron á Africa, otras á Francia y otras al río que hoy se llama de las Amazonas, con que es poco verosímil que llegasen también á la isla que queda dicha, entre el Meta y el Orinoco.

Cobró, sin embargo, esta noticia tanto cuerpo, que un buen

clérigo, Cura de la ciudad de Santiago de la Atalaya, olvidando las obligaciones de su estado, y abandonando sus ovejas propias, quiso recoger las ajenas, haciéndose Maestre de Campo general y conquistador de Amazonas, y pillar al mismo tiempo, si podía, toda la Provincia del Dorado. Hallábase á la sazón con 30,000 pesos en plata, que fuera mejor haberlos empleado en los pobres, ó en alhajar su iglesia que en semejantes desatinos tan ajenos de su profesión. Aplicó todos sus sentidos y potencias con tanto empeño á la conquista de las Amazonas, que sacó para ello título de Gobernador y Capitán general, el cual le fué concedido por el Marqués de Sofraga, Presidente entonces de la ciudad de Santafé. Trajo de Cartagena, á su costa, dos capitanías de soldados con muchos instrumentos de guerra; levantó á tres leguas de Pauto la *Gran ciudad de Sofraga*, pero allí se le descontentaron los soldados y Capitanes, quienes hurtándole cuanto pudieron agarrar, dieron media vuelta, bien aviados con el pillaje, para la ciudad de Cartagena. Reconoció con esto el señor Cura, Gobernador y Capitán general de las Amazonas y del Dorado, que estaba ya muy solo para tamaña empresa, con lo cual hubo de pedir aláfia y dividir su Gobierno con D. Martín de Mendoza, encomendero de Casanare; dióle á D. Martín el título de Capitán general, y quedóse el Cura con el de Gobernador. Edificaron un castillo á dos jornadas del Casanare y á tres del Meta, en medio de dos poblaciones de Achaguas, y desde él hacían algunas invasiones contra los miserables indios, quienes horrorizados del señor misionero Gobernador se hubieron de retirar tierra adentro.

Finalmente, no parece que iba tan recta la intención como debiera, ni que se servía á Dios con semejante empresa. Si ésta se hubiera tomado con aquel orden y término que pide la caridad, se hubieran empleado mejor aquellos 30,000 pesos sin pensar en conquistar Amazonas; por eso el efecto mostró cuánto disonó á todos atentar las circunstancias, pues viniendo al castillo cuatro clérigos, por orden del Arzobispo, prendieron al Cura Gobernador, y se lo llevaron, dando en tierra con la pretendida conquista.

CAPITULO VII

PROSIGUE EL DESCUBRIMIENTO DE OTRAS NACIONES ENTRE EL ORINOCO Y META.

Son tantas y tan diversas las naciones que viven sepultadas en la barbaridad del gentilismo, entre los ríos Orinoco y Meta, que se embaraza la pluma al describirlas, al mismo tiempo que lastimada se lamenta por la perdición de tantas almas. Ya se ha dicho algo de los Chiricoas y Goagibos, trasegadores de estos

sitios; hay además otras naciones tales como los Yururas, Maibas, Araparabas, Goarinaos, Achaguas, Totumacos y Salibas, de todas las cuales diré alguna cosa, por no sepultar del todo su noticia.

Empezando por la nación Yarura, digo que se descubrieron estos indios cerca de Onocutare, población antigua de los Achaguas, tan miserables y desdichados y de tan corto espíritu, que no solamente no sabían valerse de las manos para las rocerías y labranzas, sino que no tenían boca para pedir. Solían salir á Onocutare cargados de pescado para venderlo á los Achaguas, única habilidad que tienen, sin la cual morirían de necesidad; la paga se reducía á unas pocas hojas de tabaco, ó á unas cañas delgadas que usan para las flechas, con lo cual quedaban tan contentos como si se les hubiese dado un potosí.

En años pasados sacaron una porción considerable de estos indios, y se poblaron con su encomendero á un cuarto de legua de Pauto; pero como allí no tenían la libertad de que gozaban en sus tierras, para andarse de río en río y de sabana en sabana, en sus aventuras y pesquerías, y les faltaba habilidad para rozar y sembrar, como hacen otros, se fueron muriendo de hambre poco á poco, quedando de toda la tropa sólo siete.

No son inferiores en el número, á los que quedan dichos, los de la nación Maibas, en las riberas del Cañapurro, río caudaloso y grande, que recibe el Onocutare para desaguar en el Orinoco. Viven estos indios en casas portátiles, á manera de tiendas de campaña, hechas de paja de Quiteve, que es cierto árbol muy semejante á la palma, del cual sacan estos materiales. En los veranos andan trasegando de unas partes en otras, y en los inviernos se ocupan en labrar *Quiripa*, que es á la manera de lentejuelas hechas de caracoles, moneda de mucha estimación en estas naciones bárbaras, y con la cual compran maíz, plátanos, yucas y otros géneros de frutos á las naciones vecinas que los cultivan.

Otras cuatro naciones hay, bajo una lengua, á la otra banda del Meta, muy numerosas y célebres, que son los Chiripas, Goarinaos, Araparabas y Totumacos; las tres primeras son gentes trabajadoras que hacen labranzas y viven en ellas, cuya lengua entienden algunos de la nación Achagua. Había un pueblecillo de Achaguas entre los Chiripas, á unos cinco días de camino del primer lugar de los españoles.

Algunos años hace que estos indios tenían amistad con los Giraras y Airicos, en cuya conformidad pasaban de un pueblo á otro á sus cambalaches. Sucedió, pues, que viniendo estos Airicos hacia los Araparabas, hallaron en el camino muchos cuerpos muertos de indios Caribes, y sospechando, como era verdad, que los Araparabas habían ejecutado aquella carnicería, se volvieron

del camino, y abandonando sus propias tierras, se retiraron á los ríos Tame y Arauca, cesando toda amistad desde entonces.

Son los Araparabas los indios más brutos é insolentes, y de menos vergüenza de cuantos se han descubierto en estos sitios; baste decir que en su porte y maneras en nada se diferencian de las bestias.

Los Totumacos, que mencionamos arriba, son los que sobresalen entre las demás Naciones, no sólo por lo innumerable del gentío, sino también por su valor, por su piedad con los desvalidos y pobres, cuando lo pide la ocasión, y por la terrible venganza que toman por sus agravios. No son estos indios quienes temen los arcabuces, como les temen los otros; ellos saben acometer intrépidos al soldado español que va á caballo, y quitarle el arcabuz de la mano, y romperle la cabeza en presencia de otros españoles.

Suelen salir de tres en tres, ó de cinco en cinco detrás de las Piraguas que suben y bajan de la Guayana, como si fueran piratas. El año de 1664 atacaron estos indios á más de 200 hombres que pasaban á la Guayana, disparándoles no sólo flechas sino arpones con cuerdas, para apresar las Piraguas, cosa que han logrado hacer no pocas veces en años pasados.

Todo lo que queda dicho lo confirman y publican los Achaguas: nosotros somos malos indios, dicen ellos, no hay gente de mayor piedad que la totumaca; esto lo dicen porque habiéndosele huído una tropa de Achaguas al Capitán Pedro Navarro, y entrádose á la tierra de los Totumacos, éstos, viéndolos salir del poder de los blancos, flacos como esqueletos por el maltratamiento y rigor, lloraban de lástima, y cogiéndoles los brazos les decían: mirad cómo os han tratado esos feroces blancos; y no se quedó sólo en palabras, les dieron sus comidas, les prestaron perros para que cazasen con ellos, les regalaron mucha quiripa, que es la moneda de que usan, y otros géneros de estimación que tenían en sus tierras; en fin, fué tan grande el agasajo que les hicieron, que no sabían hablar de otra cosa los Achaguas, sino de la piedad y compasión con que los trataron los Totumacos.

La otra Nación que sigue después es la de los Sálibas; pero como de estos indios se trata en otros lugares, por haber sido uno de nuestros principales objetos en las misiones del Orinoco, omito por ahora su noticia.

Existe la creencia en los Llanos de que hay una Nación que habita en unos lugares sobre los cuales se ve, por las tardes, cuando está el cielo despejado, una nubecilla resplandeciente llamada la Gran Manoa, y dicen que allí se retiró el hermano del Inca con su gente. Pero dejando estas tradiciones, que no merecen la pena de detenernos en ellas, pasemos á dar noticia del descubri-

miento de la Nación Achagua, que, sin hacer agravio á nadie, ha sido de las más numerosas y dóciles de cuantas pueblan esas comarcas, y también la más ajada y perseguida de todos, siendo su docilidad y mansedumbre el cebo de la insolencia de los otros.

Empezaba á extenderse esta Nación desde muy cerca de Barinas hasta San Juan de los Llanos, y desde allí hasta Popayán, sin que se les haya descubierto términos hasta ahora. Es verdad que hay algunas interpolaciones en el gentío, ya por la vecindad de otras Naciones, ya por lo inhabitable de las tierras por ser estériles. Desde el puerto de San Salvador de Casanare iba una gran manga de estas gentes, con poblaciones hasta el Ariporo y hasta las orillas del Meta. Más de veinte Naciones ó Provincias contaban los Achaguas bajo un mismo idioma; si bien había y aun hay ahora, algunas diferencias, como las que existen en Castilla entre portugueses y gallegos, asturianos y otros. Aunque por lo común son los Achaguas de mediana estatura, se descubrió una Provincia de éstos llamada de los Quenabenís, que tenían de estatura tres varas. Así lo han afirmado hombres que los vieron con sus propios ojos, y que cogieron á uno, lo tuvieron preso, y pudieron medirlo cómodamente.

Esta Nación, la más numerosa en otro tiempo, y que poblaba todos esos sitios, por su natural tan dócil y apacible prometía ser una sazonada mies, en donde nuestros operarios pudieran con menos afanes y zozobras poner la hoz de la predicación evangélica, con esperanzas bien fundadas de una lucida cristiandad; pero ha venido á reducirse á parcialidades tan cortas, que de ellas se podía decir lo que se dijo en otro tiempo de los que escaparon de un naufragio y fluctuaban en el mar: "*Apparent rari nantes in gurgiti vasto.*" *

Tales han sido las tiranías de los primitivos españoles, y tales las hostilidades de los Chiricoas y Goagibos, ejecutadas en esta gente, que han hecho perecer á muchísimos, y retirarse á los que quedan al centro de las selvas, poniendo gravísima dificultad á la empresa de reducir á pueblos á los pocos Achaguas que han quedado.

Pero las noticias de estas hostilidades y tiranías, ejecutadas no sólo por los bárbaros sino por los españoles, merece capítulo aparte; con lo cual se conocerá desde luego el origen y la raíz de las hostilidades y calumnias que padecieron los misioneros, por haberse opuesto como Ministros de Dios á tales excesos indignos del nombre cristiano, pues como pastores cuidadosos debían defender el rebaño que les encomendó Dios contra la tiranía de los lobos.

* Aparece uno que otro que nada en un inmenso piélago.—Virg. *Eneida*, Lib. 1.º—N. E.



CAPÍTULO VIII

ENTRADA DE ALGUNOS ESPAÑOLES Á LA NACIÓN ACHAGUA Y TIRANÍA CON QUE LOS CAUTIVARON.

Raíz de todos los males es la codicia, y si hay algún vicio al cual se pueda apropiar el nombre monstruoso de la *Hidra* es éste, pues así como este monstruo ha sido pintado con siete cabezas y otros tantos cuellos, así la codicia tiene tantos cuellos y cabezas cuantos son los vicios capitales. Esta fué la que desde el principio de la conquista de los Llanos precipitó á muchos hasta perder el respeto á Dios y á sus Ministros, á la justicia, á la razón y á los buenos consejos, todo lo cual debían haber atendido y profesado los que, apropiándose el título de conquistadores, faltaban á las obligaciones de tan honroso título, para conseguir sólo un fin que estaba envuelto en el polvo de la tierra y de su interés personal, olvidando sus deberes de caballeros y de cristianos que eran los que debían atender.

De aquí se siguió que, oponiéndose muchos años después los Ministros de Dios á algunos desórdenes consiguientes al mal ejemplo de los conquistadores antiguos, no pudieron sufrir los modernos el yugo, ni la sujeción del freno, y se desbocaron furiosos contra tan severos fiscales, hasta prorrumpir en calumnias y faltas de respeto, gajes ordinarios que cosecha quien predica la verdad.

Todavía están vivas las memorias, aún en lo más retirado del Airico, de las tiranías y opresiones que ejecutaron con los indios estos establecedores de la paz, no obstante haber pasado más de ciento veinte años. En su fantasía creen oír los estallidos de la pólvora y el estruendo militar, y ver las argollas y dogales, pues todo esto se imprimió de tal manera en su cortedad y pequeñez de ánimo, que aun en los arcabuços y malezas les parece no estar seguros de los antiguos invasores; los troncos se les figuran soldados, las ramas arcabuces y lanzas, y el ruido de los árboles al soplo de los vientos les parece el de un ejército que se acerca. Tal fué el terror de estos pobres bárbaros, producido por la tiranía de los conquistadores.

Hacia el año de 1606 el Capitán Alonzo Jiménez entró por el río Meta con toda su infantería. Los Achaguas salieron de paz á recibirlo. Más de cuatro mil indios con sus Caciques y Capitanes se presentaron con aquel agrado y afabilidad natural en esa Nación. Reconoció el Capitán Jiménez las ventajas de los indios, por su número y sus armas, contra los cuales no podían prevalecer sus soldados y arcabuces. Trató entonces de ocultar el veneno que traía en el corazón, para vomitarle más tarde, y fingió con cautelosa alevosía que aceptaba su amistad.

Propúsoles que levantasen una iglesia grande y capaz en la cual cupiesen todos, para que aprendiesen la doctrina ; traza verdaderamente diabólica, indigna del nombre de cristiano. Los inocentes indios, que con sencillez de palomas no penetraban entonces aquel corazón de tigre y carnicero lobo vestido de piel de oveja, obedecieron puntuales con docilidad de niños. Era grande el regocijo alborozado con que se pusieron todos á traer en hombros los materiales necesarios para levantar la iglesia. Concluida la obra, mandó éste misionero de la maldad que vinieran á rezar todos los días, sin que quedase ninguno en el pueblo ; así lo ejecutaron puntuales todos, entrando á la iglesia en donde se les enseñaba la doctrina.

¿Quién no calificaría esta acción de un fervoroso celo y caridad heróica ? pero para que se vea la lamentable ceguedad y el abismo profundo á donde precipita la codicia, sépase que un día que estaban rezando adentro los Achaguas y cantando las oraciones que no entendían, y con las cuales alababan á Dios á su modo, bien ajenos de lo que les había de suceder, mandó el Capitán Jiménez cercar las puertas, y quitándose la máscara que hasta entonces había ocultado su dañada intención, y vomitando la ponzoña que tantos días había guardado en su alevoso pecho, con barbaridad diabólica dispuso que atacaran sus soldados de improviso á los inocentes indios. Allí los gritos de los niños, los alaridos de las madres, la justa indignación de los desarmados indios, el ruido de los arcabuces, el horror de las argollas y colleras, y el insolente orgullo de los soldados, formaban una confusa Babilonia, y convirtió la casa de Dios en habitación de demonios, cueva de ladrones y casa de contratación. Sin que fueran poderosas las lágrimas para ablandar aquel corazón de hierro, mandó aprisionarlos á todos poniéndolos en argollas y colleras sin perdonar ni aun á las afligidas madres con sus tiernos hijuelos en sus brazos ; sacólos violentamente de la iglesia, y embarcando cuantos pudo en las piraguas traídas para este fin, dió con ellos en las minas donde perecieron todos. Así se vió triunfar de la inocencia la malicia, valiéndose de medios tan indignos, con descrédito y menoscabo de la Religión Católica.

Si esto lo hubiera ejecutado algún pagano ciego en las tinieblas del error, podría tal vez disculparse su extravío ; pero ¿ qué disculpa podía tener una crueldad tan maligna, ejecutada por hombres nacidos y criados en el seno de la Iglesia Católica ? Usar de la casa de Dios para injuriar á Dios, tomar por instrumento el Evangelio para ultrajar el Evangelio, llamar al cristianismo á los gentiles para perder á los gentiles, y sujetarlos, no para que sirviesen á Cristo, sino á la insolencia, la codicia y la crueldad !

A quién no se le parten las entrañas de dolor al considerar la dócil sujeción de cuatro mil indios, la fábrica de su iglesia, su puntualidad á la doctrina y sus disposiciones al bautismo, y lo que pensarían al verse cruelmente acometidos y estropeados con durísimas prisiones, en la casa de Dios, de aquellos mismos que se preciaban de cristianos. ¿Qué concepto harían de la religión Católica, cuál de la doctrina y del bautismo? Ya no me admiro á la verdad de la resistencia que hacen y del horror que muestran para reducirse al cristianismo, porque como al fin son racionales y saben discurrir á su modo, sospechan, no sin fundamento, que las instancias que se les hacen para que se reduzcan á pueblos y vivan entre cristianos, entrañan alguna solapada traición, y nacen no del deseo de su bien sino de la codicia y engaño.

Quedó tan horrorizada esta Nación con el crimen referido, que ya no podía mirar á los españoles como á hombres sino como á monstruos del abismo nacidos para su mal y para destrucción del mundo. La noticia de esa crueldad voló y se extendió á lo más remoto; así fué que, cuando el Capitán Lázaro Cruz, grande imitador de Jiménez en sus tiranías y crueldades, entró con sus soldados á la otra banda del Meta en solicitud de los Achaguas, éstos le envenenaron los caminos para impedirle el paso. No dejó de manifestar Dios entonces cuán ofensivas le son las violencias y extorsiones, enviando en este tiempo un severo fiscal de su justicia á uno de los soldados.

Fué el caso, que habiéndose acogido el Capitán y sus soldados á una isla del Meta, uno de ellos, que se llamaba Fuertes, iba pasando el río y al llegar á la orilla encontró en las arenas de la playa un disforme caimán que poniendo los ojos en el infeliz soldado y abriendo la boca, que había de ser puerta de su sepulcro, partió como si fuera una flecha, disparada sin duda del arco de la divina justicia, y haciendo presa con los dientes en el triste soldado, que llenaba de clamores y repetidos ayes las concavidades de la isla, á vista de todos y de su Capitán mismo, lo sepultó en su vientre.

No por este castigo y manifestación tan cierta de la indignación divina se dió por entendido el Capitán; pasó con su infantería á la otra banda, ciego por la codicia que no le daba lugar á reparar en los avisos con que lo aterraba Dios para que desistiese de su intento. A pocos lances y jornadas dió con gran tropa de la Nación Achagua, y como si fueran negros de la Guinea, cerró contra ellos y los cautivó á todos.

Ya se deja comprender la rabia y despecho de los miserables indios viéndose tan perseguidos de los blancos, avasallados en sus propias tierras, privados de su libertad, sin más motivo para ello que la poca riqueza en que los crió Dios. Con esta presa tan cuan-

tiosa se volvió el Capitán con sus soldados, muy ufanos todos con los afligidos cautivos, cuando uno de los Achaguas, despechado sin duda por tan injusta opresión, resolvió poner á riesgo su vida y la de sus compañeros por desfogar su enojo, pero le costó bien caro.

Habíanse acuartelado los soldados, y recogido la gente en medio de una sabana: cuando advirtió el indio que estaba dormido el Capitán Lázaro de la Cruz, ciego de cólera y enojo cogió con intrepidez una escopeta de las que traían los soldados, no para dispararla, que no sabía hacerlo, sino para servirse de ella como de una macana, y levantándola en alto para matar al Capitán, al dejarla caer con toda la fuerza é impulso que le dictaba el corazón, erró el golpe que le dirigía á la cabeza y le quebró solamente un brazo. El grito del Capitán y el alboroto de la gente fué como el toque de alarma para los soldados.

¿Qué harían y qué no dirían soldados que hasta al inocente atropellaban, viendo ahora culpado y hecho reo al más vil y bajo en su concepto, cual era un pobre indio, que más por despecho que por malicia había cometido este crimen contra su caudillo y Capitán? Como toros punzados en el Coso, y como perros rabiosos cogieron al punto las espadas, y como si el delito de uno fuera de participantes, arremetieron con furor diabólico á todos (los cuales temerosos del castigo se retiraban ya), matando y destrozando cuantos habían á las manos, sin perdonar á nadie especialmente á los que iban adelante huyendo, para que tropezando en los destrozados cadáveres los que quedaban vivos, se detuviesen sin huír.

No fué inferior el caso que sucedió después, aunque por nacer de un equívoco podía tener disculpa.

Había sacado un Capitán una gran partida de indios de esta desgraciada Nación, y venía ya con ellos cerca del río Pauto; como los indios fatigados querían parar á sus orillas para beber y descansar, dijeron en su lengua *mata*, *mata*, que quiere decir en nuestro idioma aguarda, aguarda. Oyendo esto los *conquistadores de indefensos*, pensaron que la palabra *mata* era exhortación para matar, y sin aguardar razones ni averiguar lo que significaba la palabra, dieron con crueldad sobre ellos, y los mataron á todos. Ahí permanecían los huesos de esos inocentes destrozados, el año de 61, y podía haberlos visto el padre Alonso de Neira cuando pasó por allí, si el dolor que le atravesaba las entrañas, y el vivo sentimiento de tanta inhumanidad, le hubieran dado lugar para mirarlos.

A este caso podemos juntar otro que sucedió en el río Duya, que desagua en el Meta, y á cuyas orillas tenemos una reducción de Chiricoas, cuyo Cacique es Chaguamare, bien conocido en es-

tos Llanos, y de quien hablaremos á su tiempo. Había un encomendero no menos conocido por la nobleza de su sangre que por su condición precipitada, con la cual avasallaba á todos. Este encomendero, que lo era en ese tiempo de los indios Achaguas, les mandó que hiciesen una pesquería para agasajar á unas monjas, y corresponderles por unos dulces y conservas con que lo habían regalado. No le obedecieron los indios, no sé por qué razón, lo cual le pareció al caballero ser éste un grande desacato y crimen de lesa Majestad, y que no podía borrar la mancha de su honor sino con sangre y horrores. Por esta culpa tan ridícula, y que tal vez no fué culpa sino descuido, sin examinar testigos y sin esperar descargos dió sentencia de horca luego al punto, y se ejecutó justicia tan injusta en veinte indios Achaguas en las arenas del Duya, las cuales abrirán su boca no tanto para sepultar los cadáveres cuanto para pedir venganza al cielo por tiranía tan cruel. Por otra causa tan ridícula como la que se ha dicho le hizo pasar el cuerpo con un estoque á un miserable indio. Estas y otras muchas vejaciones que sería muy largo referir ejecutó con sus encomendados los Achaguas, las cuales hicieron que muriera como murió.

Sería nunca acabar si hubiera de contar por menudo todas las extorsiones y molestias padecidas por éstos miserables indios, no entre los alarbes africanos, ni entre los alfanjes de Turquía. sino entre hombres católicos, nacidos y criados en los brazos de la Iglesia Romana ; basta por ahora lo dicho para que se vea la tiranía é insolencia con que eran tratados estos pobres, como si fueran brutos, y no criaturas racionales hechas á semejanza de Dios como los demás hombres.

CAPÍTULO IX

ENTRADA DE LOS ESPAÑOLES, Y PENETRAN LA TIERRA ADENTRO HASTA LLEGAR AL AIRICO. DESCUBREN MUCHAS NACIONES Y CAUTIVAN Á MUCHOS.

Ya quedan dichas arriba algunas de las invasiones y entradas que se hicieron á la otra banda del Meta, y lo que en ellas sucedió, lo cual dió motivo á los naturales para que desamparando sus territorios propios, se retirasen tierra adentro, buscando la seguridad en los montes, huyendo del español ; pero como el amor de las riquezas sabe trastornar montañas y vencer imposibles, no faltó arbitrio á los españoles para intentar por otro rumbo lo que les negaba el Meta casi despoblado en un todo por las invasiones pasadas. Por esta causa, y por la luz que ya tenían del inmenso gentío y diversidad de Naciones, retiradas unas, y nacidas

otras entre lo escondido del país, cogieron la derrota por la ciudad de la Guayana, presidio de nuestros Reyes, hasta llegar á Barragua.

Es Barragua una serranía y monte grande, distante de la ciudad de Pore trece ó catorce días de camino; tiene su origen de muy arriba, y desciende hasta la Guayana; por sus faldas y arboledas corre el río Orinoco cerca de los Guayaneses. Por la parte que mira más arriba, tiene á la otra banda, como á medio día de camino, un río muy caudaloso llamado Uva, y á las márgenes de éste dicen era muchísimo el gentío.

A esta serranía, pues, salieron de la Guayana setenta españoles y mestizos, acompañados de doscientos cincuenta caribes amigos, muy orgullosos todos, pensando dar la vuelta á su patria coronados de triunfos, y ricos también con el pillaje que esperaban. Llegaron á Barragua después de un penosísimo viaje, que no se sabe si lo hicieron por Bichada ó por tierra; vieron y reconocieron por los caneyes vacíos que era muchísimo el gentío, pero retirado ya, porque habiendo tenido noticias de que venía el español huyeron tierra adentro.

Hicieron no obstante algunas presas de Caquetíos y Achaguas. Amenazados y flajelados éstos para que dijesen la verdad, confesaron llanamente que en la otra banda del río Uva era muchísimo el gentío que había, y poquísimos todos ellos para vencerlo y sujetarlo, no obstante que constaban de trescientos veinte soldados de infantería, número que aunque pequeño se puede reputar por grande si se atiende al poco ánimo y malas armas de esas miserables gentes, inferiores en un todo á las demás Naciones, y cuya falta de valor no alcanza á ser compensada con la multitud del gentío.

En esta conformidad, y por las noticias que ya tenían muchos de estos soldados prácticos en la tierra, porque en años anteriores hicieron otras entradas al Meta, desde la ciudad de San José de Cravo, no se atrevieron á acometer ni aun á inspeccionar aquel gentío, sino que enterados de la multitud de gente y de las dificultades de esta empresa, se volvieron á la Guayana vacíos en un todo, y bien escarmentados del viaje.

Hízose después otra entrada semejante á la que ya se ha dicho, desde la ciudad de Santiago de la Atalaya, en la cual el maestre de Campo Antonio de Tapia salió con su infantería, y fué cuando se alargaron más, pero sin atreverse á penetrar el Airico, ó Barragua, por el recelo del gentío; embarcóse, pues, con sus soldados dicho maestre de Campo en el río Tua, junto á la ciudad de Santiago, bien prevenidos todos de municiones y pertrechos muy necesarios para tamaña empresa, porque como ya Barragua estaba, como dicen, sobre aviso de las extorsiones y violencias

ejecutadas, se podía temer y recelar que mancomunados los bárbaros tomasen alguna resolución para defender sus tierras, y venvengar sus agravios, irritados justamente por tan continuas invasiones.

A dos días de navegación por el río Tua llegaron al Meta, y por éste navegaron agua abajo medio día, hasta llegar á un caño llamado Mago: de aquí prosiguieron hasta la boca del río Manacasía, después de otro día de navegación, y atravesando éste, pusieron en cobro las piraguas, asegurándolas á la orilla del río para la vuelta. Dispuestas así las cosas, y repartidos los víveres y todo lo necesario que habían de cargar á hombros por no ser camino traginable para bestias, empezaron á marchar por tierra á pie todos. Después de dos días de viaje y de grandísimas fatigas, ocasionadas ya de los tiempos rigurosos, ya de sabandijas y plagas de que están inficionadas todas aquellas tierras, ya de los muchos pantanos y quebradas que era necesario pasar, aquéllos pisando barro, y éstos saltando por las ramas de sus orillas, ó por un palo que les servía de puente, llegaron al río Moco. No es muy caudaloso este río por el punto por donde lo pasaron atravesando un leño que les sirvió de puente, de donde colijo que tomaron la derrota por muy arriba, cerca de sus cabeceras, que son unos pantanos grandes, y palmares, porque cogiendo este río por más abajo es muy ancho y hondo, tanto que sustenta piraguas de las que vienen del Orinoco, y traginan los Salibas para llegar al Meta.

Volviendo, pues, á nuestros conquistadores, habiendo pasado el río Moco se encaminaron á Bichada por tierra. Marcharon dos días con los mismos estorbos y molestias, después de los cuales llegaron á Bichada, que es un río caudaloso y grande. Aquí fué preciso detenerse, porque como no había embarcaciones, ni era posible hacer puentes, ni mucho menos fiarse de sus aguas pasando á nado, por el riesgo de los caimanes, que hay muchos en demasía, tuvieron que formar balsas, que es un género de embarcación que usan los naturales, y se compone de varios palos atados unos con otros, embarcación bien arriesgada por no ser capaz de gobernarse. Concluídas ya las balsas, y habiendo pasado el río con felicidad, tomaron el camino de tierra, y á pocos pasos dieron con unas poblaciones de Achaguas, ya vacías por haber sido sentidos de los indios, y haberse retirado tierra adentro. Siguieron no obstante el rastro, con que á poca distancia dieron con los fugitivos.

No puede fácilmente ponderarse el terror y asombro de esta miserable gente, al ver delante de sí, cuando se juzgaban más seguros, aquel escuadrón de blancos que iba en su seguimiento, armado de lanzas y arcabuces. Quedaron helados del susto y casi sin movimiento, por lo repentino del caso; grande fué la confu-



sión y el alboroto que se levantó entonces, porque discurrían despavoridos unos por la maleza de la montaña, lanzando gritos desentonados, y persiguiendo los otros en seguimiento de la presa: querían defender los bárbaros á sus afligidas mujeres y á sus pequeños hijos, de la inhumanidad y fiereza de los españoles, enternecidos con sus lágrimas y lastimosos alaridos, con que clamaban al cielo; pero les acobardaba el temor á la vista de tantas armas. Querrían siquiera escaparse y verse libres de tan pesada servidumbre, pero cerraba la puerta á su esperanza el verse cercados por todas partes; de manera que, obligados más por su cobardía que por las armas enemigas, dieron la paz que no querían, y la obediencia que abominaban, más de trescientas personas entre hombres y mujeres de la Nación Achagua.

Allí plantaron sus reales y se detuvieron por algún tiempo; mientras tanto algunos de los soldados más esforzados, deseosos de examinar á Barragua y llevar adelante la conquista, penetraron parte de la montaña, no muy espesa sino clara y á trechos con algunas sabanas, ó prados, que es lo mismo, y dieron con otra Nación que los Achaguas llaman *Tamudes* y los españoles *Caquetíos*, de los cuales aprisionaron veinte, y por ellos supieron los soldados, que eran sin número los indios de Barragua ó Airico.

No se atrevieron ni en esta ocasión los españoles, aunque eran tantos, á darle vista á la Barragua, temerosos del mucho gentío, no obstante lo expertos que eran para semejantes entradas. Supieron también de los prisioneros Caquetíos que de la otra banda de la montaña, ó sierra, corre un río muy grande, á cuyas orillas había infinidad de indios, y muchos de ellos vestidos. Parecióles á los españoles que este río debía ser el Orinoco, que nace en otra banda de la sierra, y corre por los Llanos saliendo por alguna abra de la Cordillera.

Creyendo terminado su proyecto, y averiguadas también las dificultades de Barragua, trató el maestre de Campo Antonio de Tapia de volver para Santiago, llevando por despojos de sus conquistas más de trescientos veinte prisioneros de Achaguas y Caquetíos. De este modo se doblaron los temores y crecieron las dificultades para la predicación evangélica, la cual no se ha de ejecutar con temores, ni con amenazas, ni estrépito, sino con blandura y suavidad, como lo hicieron los Apóstoles.

Semejante á esta entrada fué la que hizo, por los años de 1657, después de la que va referida, el Capitán Juan López Picón, al Airico, de donde sacó cautivos más de ciento cuarenta indios *Macos;* * invasión que por ser muy semejante á la pasada en las circunstancias y en el modo, dejo de referirla; pero ésta añadió montaña sobre montaña, mayor que las de Barragua y Airico, no

* Esclavos.—N. E.

para facilitar á esta desdichada Nación su entrada al cielo, sino para hacer casi imposible que subiesen á él.

No por esto condeno las conquistas de indios, especialmente cuando se hacen según el orden y medida que pide la caridad, y cuando intervienen aquellas circunstancias y casos que ya se saben, con la autoridad del príncipe; porque cuando van ordenadas, y se hacen como se debe, la reducción de los gentiles, y la propagación de la fe, en servicio de ambas majestades, son loables y justas, y muy dignos de ser premiados los que con ánimo cristiano y verdadero celo salen á estas empresas. Lo que se reprueba es la tiranía y el desorden con que abusando muchos de su poder y armas, salían á estas conquistas para servir á sus propios intereses, á costa de la piedad y libertad ajena.

Fué un golpe de rayo que hirió vivamente los oídos piadosos de nuestros católicos Reyes, la noticia que sobre este punto voló desde la América hasta la Corte de España. Por eso su majestad, como verdadero padre, que mira con tanta piedad y celo la conversión de los gentiles, despachó desde la Corte repetidas cédulas prohibiendo estas entradas para cautivar indios, y mandando á los Gobernadores y Capitanes, que á los indios conquistados los tratasen no como á esclavos sino como á libres, pues lo son, poniendo gravísimas penas á los que los compran ó venden como á esclavos; y en la instrucción que dió á D. Nicolás Obando para gobernar las islas de Tierra-firme, le mandaba que "con gran vigilancia y cuidado procurase que todos los indios de la isla española fuesen libres de servidumbre, y que no fuesen molestados de alguno, sino que viviesen como vasallos libres." Hasta aquí la cláusula de la cédula.

Y cuando Colón envió á España trescientos indios de los primeros conquistados, para presentarlos á sus amigos y que se sirvieran de ellos, la Católica y Santa Reina D.ª Isabel mandó bajo pena de la vida que los recogieran y volvieran á Santo Domingo, y los pusieran en libertad. Y en cuanto á defender esta libertad y encargarla su Majestad á los Ministros que en su nombre gobiernan estas partes, son sin número las cédulas en que lo mandó, las cuales se pueden ver en muchos autores que tratan de la materia; y para complemento de este punto basta la bula del Papa Paulo III en la que, haciendo mención de las Ordenanzas de Carlos V, mandó que los indios nuevamente conquistados en las Indias Orientales y Occidentales, no se den por esclavos, sino que sean libres y tengan verdadero dominio sobre sus cosas.

Todo esto lo he traído para que se vea lo injusto de estas entradas con las opresiones dichas. Pero para que se sepa mejor la intención y designios que gobernaban las acciones de estos hombres, no conquistadores de indios sino agresores de inocentes,

me ha parecido cortar el hilo de la historia, é interrumpir la narración de los nuevos descubrimientos y Naciones, para decir algo en el capítulo siguiente, de la durísima servidumbre en que tenían á los indios, y en qué los ocupaban después de haberlos conquistado.

CAPÍTULO X

DE LA SERVIDUMBRE QUE PADECÍAN LOS ACHAGUAS, Y DE CÓMO ERAN VENDIDOS Y REPARTIDOS POR EL REINO PARA SERVIR DE *Macos*, Y OTRAS NOTICIAS PERTENECIENTES Á ESTO.

Como las entradas al Meta y al Airico, en busca de las Naciones ya dichas, no se dirigían á otro fin que á los intereses mundanos, no es raro que, dados de mano como ajenos, y abandonados como inútiles, aquellos dictámenes cristianos que sirven de peso á la razón, y tienen por blanco la justicia, se inclinase la balanza al lado de la codicia é interés, y dirigiesen sus acciones á saciar, si acaso se podía, aquella execrable hambre de oro que obliga á los pechos de los mortales á atropellarlo todo.

Es increíble la opresión y servidumbre lastimosa á que fué reducida esta miserable gente de la Nación Achagua, porque perdidos los respetos divinos y humanos, la hacían gemir bajo las tareas y obrajes, como á los del pueblo de Israel, y además eran vendidos como esclavos (diferencia bien grande entre los Hebreos y los Achaguas), y apenas había blanco ni mestizo que no se sirviese de ellos en penosísimas tareas.

Público y notorio es lo que se hacía sobre este punto en la ciudad de Santiago de la Atalaya. Era mucho el obraje que había entonces sobre beneficiar el algodón: para eso tenían ramadas muchas y muy capaces, y en ellas, como si fueran cárceles ó mazmorras, de Berbería, tenían encerradas á estas gentes, atareadas todo el día en desmotar é hilar el algodón, más oprimidos y sujetos que si fueran esclavos. No perdonaban sexo ni persona para semejante ejercicio, pues no solamente las mujeres, para quienes es más propio esta ocupación, se empleaban en ella, sino hasta los varones, para quienes es indigna la operación de hilar, la cual desdeñan aun los bárbaros; y hasta los niños tiernos, cuya delicadeza y edad pedía dispensación en el trabajo; todos sacaban fuerzas de flaqueza para hilar el día entero y cumplir su tarea, sobreponiéndose á la falta de vigor, el temor del castigo, y la crueldad de los amos.

No se limitaba este abuso á la ciudad de Santiago; apenas había mestizo en estos Llanos, por pobre que fuese, que no se sirviese de *Macos* Achaguas, y se consideraban más ricos los que tenían mayor número de ellos á su servicio. Sucedía salir alguna

parcialidad á poblarse de nuevo, y al punto hacían de ellos presa los españoles y los cautivaban, haciendo partición de los indios entre sí, para que fuesen sus esclavos. Era tanto el desorden, que no solamente se cautivaban estos Macos para servirse de ellos, sino para venderlos á otros, y hacían sacas muy cuantiosas para proveer á todo el Reino, como es notorio.

Andaba tan insolente la codicia, que aun después de muchos años de esta persecución, cuando ya tenían misionero que los cuidase y amparase, no reparaban en entrarse á su pueblo, de mano armada, para conquistarlos, ya que no para *Macos* por no poder, á lo menos para que los reconociesen por señores, por la codicia de su tributo y servicio personal; lo cual hacían con dádivas para engañarlos como á niños, para ganarles su voluntad, aunque se opusiese el Padre y saliese con valor á defenderlos como á hijos.

Entre otros fué muy señalado en esto D. Francisco de Unsueta, de quien hablaremos después. Entró á Casanare, como *red barredera*, este precipitado caballero, turbando la tierra toda con su intrepidez y desgarro, que lo tenía grande. Iba acompañado de españoles escogidos según su génio, y acomodados á su talle en un todo; quiso extender sus fimbrias más de lo que podía, introduciéndose como Señor absoluto de los indios, para lo cual traía mucha sal para repartirles y ganarles por este medio su voluntad, para que le reconociesen por Señor, como lo hicieron algunos que tenían apariencias de ser conocidos suyos desde tiempos antiguos. Advertidos los más por el Padre misionero, no quisieron recibir sus dádivas, diciendo que no se vendían por interés tan vil.

Muy caro les pudo haber costado á estos indios semejante repulsa, si consideramos el natural precipitado de Unsueta; pero le detuvo, ya que no el respeto del Padre misionero, á quien no le tenía ninguno, el temor bien fundado de que viniese contra él un rayo de la Real Audiencia, si se supiera en Santa Fe la resulta de todo este alboroto y turbación. El mal que hizo fué muy grande, sin embargo, porque temerosos muchos indios de caer en manos nada piadosas como las de D. Francisco de Unsueta, desampararon el pueblo y se volvieron á tierra de gentiles, con indecible dolor del Padre Misionero.

Imitó en esto á D. Francisco de Unsueta el Capitán Navarro, quien entrando con mano poderosa á la población de *Baruri*, cogió cuanta gente pudo, y no contento con este pillaje para satisfacer su codicia, apresó después cinco piraguas de Achaguas gentiles que subían á Casanare con sus mujeres y la chusma, llamada por los Misioneros de allí; y porque el Padre Ellauri, cuando bajaba á la Guayana, apretó á este Capitán con quien iba embarcado, sobre que diese libertad á unos Achaguas que había cogido

injustamente, le respondió Navarro con desatención y aspereza, diciéndole que se metiese en rezar y decir misa, y lo dejase gobernar á él. Gran cabeza por cierto para el Gobierno, que no reparaba en injusticias semejantes. Cabezas como esta tienen arredrados á los gentiles, deterioradas las misiones, despoblados los Llanos, desacreditada la fe, lleno de infieles el Infierno, y la tierra de tantas dificultades y estorbos para predicar á Jesucristo, que sólo puede dar voto en este punto quien trata con los gentiles escandalizados y aterrados por iniquidades semejantes.

Buen testimonio es de este horror, que las extorsiones de los blancos infundían en los indios, especialmente los que habían sido sus amos y señores, es el dicho de un Achagua de Casanare. Servía de intérprete este indio al Padre Alonso de Neira, y como advirtiese que en el Credo figuraba el nombre de amo ó Señor en aquellas palabras que dicen "creo en Jesucristo Nuestro Señor," el indio le dijo: borre ese nombre Padre, porque los indios dirán después, que si Dios es Nuestro amo nos tratará como á perros. Tanto era el horror que habían concebido del nombre de amo y Señor, que hasta el mismo Dios les disonaba que lo fuese.

Vistas ya las opresiones, y habiendo tratado de la servidumbre que padecían los indios, dejando otras muchas cosas de estas para su lugar y tiempo, será bien volver la proa hacia los montes de Barragua y al río Uva, donde estuvimos antes, y proseguir el hilo de la historia con nuevos descubrimientos. Ya se dijo en el capítulo anterior, cómo noticiados los españoles del mucho gentío de Barragua ó Airico, y de la otra banda del caudaloso Uva, no se atrevieron á penetrar, por más expertos que fuesen en semejantes entradas. Vencidos del temor y del recelo á pesar de su valentía y armas, con las cuales turbaban todo, y contentándose con el pillaje de más de trescientos veinte presos, el Maestre de Campo Antonio de Tapia se volvió á Santiago, sin atreverse jamás, como ninguno otro de los españoles, por este tiempo, á penetrar en sus montañas. Ahora veremos en el capítulo siguiente vencidos estos gigantes y encadenada esta hidra, no por un Hércules famoso, sino por un pobre indio desarmado, y algunos de sus compañeros que penetraron en la tierra y averiguaron, si no todas, muchas de sus Naciones, sabiendo poner un *plus ultra* sin el estruendo de las armas, en los mismos términos en que la arrogancia española fijó el *non plus ultra* como término de sus proezas.

Verdad es que este descubrimiento se hizo más de cuarenta años después de que dieron vista á Barragua los conquistadores dichos, pero por no defraudar á la curiosidad de la noticia de este gentío, y de la temida multitud, me ha parecido poner aquí como en su propio lugar la entrada y exploración de este indio á Barragua y á Uva, y el resultado del viaje, en el cual averiguó mu-



chas Naciones y pueblos, que los va contando y señalando con sus nombres, los sitios y las distancias, y cuanto se puede desear para formarse una idea de ese Territorio.

CAPÍTULO XI

EXPLÓRASE Á BARRAGUA Y SU DISTRITO. NOTICIA DE MUCHAS NACIONES QUE SE DESCUBRIERON EN ÉL.

Antes de dar principio al descubrimiento de Barragua y su Distrito, será bien que sepamos primero la calidad y propiedades de su explorador, para que sean apreciados y atendidos sus pasos; atención bien merecida á sus fatigas y sudores, en los muchos que empleó al lado de nuestros Misioneros, en cuya demanda perdió la vida, consumido de trabajos, como se dirá después.

Era un mozo este indio á quien tocaba el Cacicazgo, después de la muerte de su padre, que fué Cacique de los Salibas; pero Dios que le tenía destinado para los altos fines de su divina Providencia, lo sacó del gentilismo, valiéndose de los Chiricoas, quienes lo cautivaron y vendieron como á otro José que había de venir á ser protector y cabeza de sus hermanos.

Tuvo por amo á un español de la ciudad de Guayana, de aquí vino rodando fortuna hasta encontrar con un Misionero nuestro, que lo fué el Padre José Cavarte, quien lo instruyó en las cosas de nuestra santa fe, después de lo cual lo bautizó y honró con su propio nombre, al cual añadieron los que le trataban el sobrenombre de Cavarte, por haberlo educado el Padre. Hízose muy célebre este indio entre las demás Naciones, que no le sabían otro nombre que el de Chepe Cavarte; así lo llamaban todos y su nombre era conocido entre los gentiles del Meta, Orinoco y Airico, por el continuo tragín de este indio con ocasión de las Misiones; pero como en el discurso de esta historia hemos de hacer mención muchas veces de este noble y cristiano indio, que tanto favoreció nuestras empresas, bastará lo que llevamos dicho para que se sepa quién fué el que exploró á Barragua.

Hallábase nuestro Chepe Cavarte (así lo habremos de llamar) en el pueblo de Quirasiveni el año de 1701 acompañando al Padre José Cavarte, su Misionero entonces. Deseoso el Padre de que se adelantase la Misión, envió á Chepe, acompañado de algunos indios, á explorar á Barragua y Uva, para que, habida noticia de las Naciones de estos sitios, se solicitase con nuevo empeño el entable de su pueblo y Misión, enviando informe de todo á la ciudad de Santa Fe, como se hizo desde Guayana, que dista de Quirasiveni dos días.

Salió con sus compañeros el indio el año dicho, con su arco

y sus flechas, sin más avío para tan largo viaje que unas tortas de cazabe y cierta masa de maíz que, desleída en agua, sirve de comida y bebida. Después de mucho espacio de camino que anduvieron tierra adentro, descubrieron una población grande, no sin recelo de enemigos, pero por la forma y hechura de las casas conocieron que era de Achaguas. Era Chepe versado en el lenguaje de esta gente, y conociendo los indios que era de la parcialidad Quirasiveni, por el estilo y propiedad de las frases de que usa esta Nación, le recibieron de paz, con aquel agasajo y ceremonias que acostumbran para cortejar á sus huéspedes.

Habiendo descansado algún tiempo, y reforzado los víveres que le ofrecieron para proseguir su derrota, salieron de ese pueblo. A poca distancia, que sería de dos á tres leguas, tirando hacia el Orinoco, encontró con la Nación de *Curruau*, después con la de *Mazata*, luego la de *Chubuave;* vió y registró estos pueblos, que distan entre sí como medio día de camino; en ellos hablan la misma lengua con muy corta diferencia; en ellos recibió el mismo agasajo que en el primer sitio; y habiendo tratado y reconocido la gente que había en estas poblaciones, y demarcado las distancias, prosiguió adelante.

No muy lejos de allí dió con otras tres poblaciones, algo distantes unas de otras, y eran la de *Marraiberrenais*, *Guachurriberrenais* y *Manuberrenais*, y después de estos, otros cinco; conviene á saber: *Atarruberrenais*, *Charaberrenais*, *Juadavenis*, *Quirichanies* y *Guadevenis;* y por no detenernos en tan prolija narración y peregrinación tan larga, por tantos ríos y malezas, habremos de levantar el vuelo, y registrar en breve por el aire las otras poblaciones que descubrieron, en las cuales gastaron muchos días. Fueron éstas las que siguen: *Duberretaquerris*, *Chubacanamis*, *Virraliberranais*, *Murriberrenais*, *Yurredas*, *Majurrubitas*, *Neriohen*, *Chevades* y *Cuchicavas.*

Todo este gentío, repartido en 21 pueblos, que abrigaba Barragua entre sus montañas, lo descubrió Chepe Cavarte en la distancia de quince días de camino que hay desde las orillas del Vichada hasta las bocas del Guaviare, que entra en el Orinoco. Todos eran Achaguas, hablaban la misma lengua con alguna variedad como se dijo ya, y por este motivo obtuvo el indio tanta caridad entre ellos, porque como era lenguarás le miraban como si fuera su pariente.

No solamente tuvieron noticia de estas gentes nuestros exploradores; tuviéronla también de la Nación *Bamigua*, que es muy numerosa hasta el día de hoy, y que se va extendiendo hasta la otra banda del Guaviare; averiguaron igualmente que en aquellos sitios había otra Nación, que es la de los *Cavarris*, muy celebrada por lo numeroso del gentío y por su valor: corren sus po-

blaciones hasta las márgenes del Inirricha, cuyas bocas están habitadas por innumerables *Cavarris*; son muy conocidos estos indios no sólo en el Orinoco, por la resistencia que hacen á los Caribes, sino también en los Llanos, por el buen entendimiento y habilidades que han mostrado algunos que han salido á Santiago.

No hay duda que serían muchas más de las referidas las Naciones de Barragua y Airico, pero como el intento de los descubridores era, principalmente, averiguar el gentío de la Nación Achagua, que era el blanco y fin principal de la exploración, por ser esa gente la que se trataba de reducir, se contentaron por entonces con la averiguación hecha, y dieron la vuelta para Quirasiveni su pueblo, en donde dieron cuenta de todo al Padre Misionero. Trajéronle en esa ocasión á un Cacique, hermano de Chepe Cavarte, quien habló con el Padre José y le dió palabra de sacar en el verano siguiente al sitio de Guayaima á toda su gente, para poblarse allí, á las orillas del Vichada, cerca de Quirasiveni.

Este fué el descubrimiento de Barragua y Uva, éstas las Naciones temidas que no se atrevieron á explorar, ni aun á mirar de lejos los 70 españoles que salieron de Guayana con 250 Caribes, ni el Maestre de Campo Tapia que salió con toda su gente de la ciudad de Santiago; ahora las vemos descubiertas y averiguadas casi todas por un pobre indio, que entró á ellas casi desarmado y solo, para que entendamos aquí, que con este género de gentes, por su naturaleza pusilánime, más se consigue con agasajo y buen modo (aunque siempre es necesario algún temor) que con el ruido de las armas, con las cuales se espantan y ahuyentan.

Otras muchas Naciones había en aquellos sitios, las cuales se habrían descubierto entonces, si como pusieron la proa en explorar á los Achaguas solamente, la hubieran puesto también en descubrirlas todas. Había en los contornos de Barragua y Airico otros muchísimos gentiles, que han salido después y comunicado con los Achaguas. Estaban allí los *Pamis*, numerosos y de mejores facciones y color que los demás indios. Además poblaban aquellos sitios los de la Nación *Enagua*, en un río llamado Igidia ó Igiya, no muy distante del Guavire, si bien están retirados ya de esta banda y de la del Inirricha. Cerca del río Etari tenían sus poblaciones otros indios llamados *Chanapes*, los cuales ponen especial cuidado en tener buen cabello; asisten principalmente en las cabeceras del Inirricha, son muy mañosos y en sus tierras abundan los minerales de alabastro. Los *Curicurivenis* es otra Nación del Airico, muy nombrada y conocida de los Achaguas; tienen alguna mayor policía que los demás, y los que son ricos se sirven de criados de la misma Nación (cosa bien rara entre los indios que ni á sus padres se sujetan) pagándoles su trabajo muy bien, como lo hacen los cristianos.

Pasando en silencio otras Naciones como son los *Orejones*, los *Curiberrenais*, y otros innumerables del Guaviare, sólo haré mención para concluir este capítulo de los llamados *Camoniguas*, que son bárbaros, enemigos crueles de la especie humana, peores que los tigres y los leones, y más inhumanos que las fieras; aborrecen especialmente á aquellos que tienen más de afables y de mansos, por cuya razón es muy declarado su odio á los *Chanapes;* persíguenlos de mil maneras, y su mayor cuidado es cogerlos vivos para desfogar su rabia, átanles las manos atrás y les ponen trabas en los muslos para asegurarlos mejor; llévanlos de esta suerte á sus caneyes y casas, con tanta algazara y alborozo como si llevaran un venado, cacería tan celebrada entre ellos, y sus hijos salen al encuentro con señales de júbilo grandísimo por la presa con que vienen sus padres; al punto los matan como se hace con la res, y con las macanas les aprietan y dan garrote fuertemente por el vientre y las costillas, para que desangren bien; córtanles después las cabezas y las ponen en público, á la puerta de sus caneyes, para que todos las vean y se alegren. Hecho este sacrificio tan cruel, ponen la carne y la cabeza en unas ollas grandes para cocerlas dentro. Sólo desechan del cuerpo los labios y extremidades de la nariz; todo lo demás lo comen sin asco alguno, como si comieran un ternero. Cocida ya la olla y sazonada á su modo brutal y bárbaro, ponen la carne aparte, y traen gran cantidad de cazabe, que es el pan que usan; pónense sentados en cuclillas todos, chicos y grandes, formando una rueda al rededor de la olla, y allí van muy despacio mojando su cazabe en el caldo, saboreándose con la carne, celebrando con muchas risotadas y chacota inhumanidad tan grande, tan bárbaro y bestial convite.

Visto ya Barragua, y examinados sus Distritos y los pueblos de la Nación Achagua, resta señalar otras razones que declaren las causas de la disminución de esta Nación, tan numerosa antes, y tan acabada ya, pues habiendo sido uno de nuestros principales empleos la reducción de esa tribu, será bueno dejar desde ahora explicado el por qué del reducido número de habitantes que hoy tiene.

CAPÍTULO XII

GUERRAS DE LOS CHIRICOAS CONTRA LOS ACHAGUAS. CRUELDADES DEL CACIQUE CHACUAMARE CON LOS HIJOS DE LOS ACHAGUAS.

Ya quedan referidas las extorsiones de los blancos ejecutadas por largo tiempo con la Nación Achagua, matando á unos, cautivando á otros y ahuyentando á los más con las continuas invasiones. Además de eso, como ha sido tan pusilánime, no sólo

fué atropellada de los españoles que abusaron de su mansedumbre, sino también de los Chiricoas, que la han perseguido, matando á los grandes y cautivando á los chicos para venderlos á menosprecio á las demás Naciones. Entre las guerras que sostuvieron con los Chiricoas fueron las más sangrientas y continuas las que les promovió el Cacique Chacuamare, padre del que hoy vive del mismo nombre, el cual cubrió de cadáveres de Achaguas las arenas del Meta, haciendo que corriesen sus espumas enrojecidas con sangre de inocentes, por la causa que aquí diré.

Vivía un gran número de Achaguas en sus poblaciones á la otra banda del caudaloso Meta, y allí comerciaban con los Caribes, con quienes tenían amistad, los cuales subían del Orinoco á sus tiempos, con hachas y otras herramientas, que vendían á los Achaguas á trueque de quiripa, que, como dije ya, son unas lantejuelas hechas de caracoles, moneda muy estimada de estos bárbaros y que la aprecia el Holandés. Tenían amistad al mismo tiempo Chacuamare y los suyos con la Nación Achagua; pero el Caribe, que no sabe tener amistades sino donde halla su interés, viendo el poco jugo de los Chiricoas, más aplicados al latrocinio que á trabajar, y teniendo noticia que pasaba por aquellos sitios Chacuamare y su gente, determinó hacerles guerra hasta destruirlos á todos y quitarles sus hijos para Macos.

No fué tan secreta la resolución que no la supiesen los Achaguas, á quienes, como á camaradas, comunicaba sus intentos. Los Achaguas entonces, movidos por una parte de su compasión natural, y queriendo por otra conservar la vida de los Chiricoas, sus amigos, les comunicaron en secreto la determinación, y le rogaron á Chacuamare que se retirase con su gente. Este no dió crédito á lo que decían los Achaguas, antes bien haciendo burla del aviso y celebrando con risotadas lo que debía temer, atribuyó este consejo á estratagema y ardid, con que querían los Achaguas que desamparase el sitio y se retirase con los suyos tierra adentro, lejos de sus labranzas y roserías, para evitar por este medio los hurtos de los Chiricoas, quienes se las robaban y comían.

Con esta falsa persuasión, y confiado por otra parte en lo fino de sus armas y lo numeroso de sus tropas, se estuvo con los suyos en las orillas del Meta, que habían de ser en breve tiempo teatro funesto de tragedias para la Nación Chiricoa. Bien pudiera el Cacique Chacuamare haber dado crédito á quien le avisaba del peligro, y evitado con la fuga el abrasado incendio que se originó de esta centella, el cual no pudo apagarse en muchos años, ni aun con torrentes de sangre. Los Caribes, que no habían abandonado un punto su proyecto, salieron un día con sus macanas y arcos, y cerrando de pronto contra el desprevenido Chacuamare, le ma-

taron toda su gente, sin que quedasen con vida sino el Cacique y tal cual de los suyos, que librándose más por la ligereza de sus piés, que por la de sus dardos y saetas, huyeron tierra adentro, llevando bastante qué contar á las Naciones sobre las macanas de los Caribes.

Es indecible la indignación y rabia que concibió este bárbaro desde entonces contra la Nación Achagua, á la cual miraba como cómplice de esa invasión y guerra, porque como los Achaguas tenían amistad con los Caribes, juzgaba que debía haber sido invención de aquéllos para vengarse de los hurtos que los Chiricoas hacían en sus labranzas y roserías, y que por influjo de ellos habían acometido los Caribes. Determinó desde ese tiempo Chacuamare perseguir á los Achaguas á sangre y fuego, hasta consumirlos á todos, sin quedar chico ni grande en quien no se cebase su crueldad. Era este Cacique Chiricoa uno de los indios más temidos que poblaban el Meta y sus contornos, á quien respetaban las Naciones, tanto por su valor, como por tener sujetos á su dominio muchos Capitanes que le reconocían por Jefe. Al emprender la fuga este bárbaro, se dirigió á los lugares donde estaban los suyos, y les dirigió un *mirray* ó razonamiento contra la Nación Achagua, dictado por su rencor y por la rabia de su pecho, que despedía volcanes encendidos para abrasar la tierra.

No era menester tanta retórica ni tanto artificio de palabras para mover aquellos ánimos, siendo el asunto la venganza, y el fin á donde tiraba, la crueldad. No bien hubo concluído su razonamiento Chacuamare, cuando amotinados todos contra la Nación Achagua, se pusieron en armas, esperando tiempo oportuno para el rompimiento de las hostilidades, cuando se retirase el Caribe. Llegó por fin el día en que había de desfogar su enojo aquel bárbaro, y amortiguar con ríos de sangre las llamas de su rencor y saña. Juntó un numerosísimo escuadrón de Chiricoas, repartido con buen orden con sus Capitanes y Cabos, bien instruídos todos por su experto caudillo en el ejercicio de las armas en semejantes guerras. Venían bien armados con sus arcos y flechas, y los carcases bien provistos de dardos, á lo cual añadían más terror con lo que usan en estos lances, que consiste en agregar á su fealdad natural, y á la fiereza de sus rostros, variedad de matices, que siendo negros unos y colorados otros, causan horror á los contrarios con lo terrible de su aspecto, aun antes de acometer con las armas.

Encaminóse el escuadrón, con este orden y aparato, contra los Achaguas que estaban muy descuidados, é ignorantes de lo que venía sobre ellos, unos en el pueblo, otros en las roserías; cuando se aparece Chacuamare capitaneando sus tropas, proclamando su victoria aun antes de la batalla. La algazara de los Chi-

ricoas y la gritería que resonó en el monte puso en alarma á los Achaguas, quienes sacando con presteza sus armas para defender la vida, aceptaron la batalla, no obstante su inferioridad en armas, en número y en valor, y trabaron el combate cerca del pueblo, el cual duró desde la mañana hasta la noche.

Ya se deja comprender el estrago que ejecutaría esta fiera irritada contra tan desdichada gente, que sobre ser tan pusilánime estaba desprevenida y aterrada, por encontrarse con un enemigo tan cruel, que respiraba fuego y despedía rayos.

Los dardos y saetas que se cruzaban silbando por el aire, los golpes de las macanas, y la confusa gritería que parecían truenos, formaban una horrorosa tempestad que, desatándose á pocos instantes en arroyos de sangre, terminó por dejar en el río Meta el color rojizo, y en su playa innumerables cadáveres de Achaguas destrozados por la iniquidad.

No quedó saciada esta fiera con tanta sangre derramada, antes bien cebado como el tigre con esta carnicería, llevó adelante sus designios de consumir á los Achaguas, y por muchos años se repitieron los combates, llevando éstos casi siempre la peor parte.

Son indecibles las crueldades que ejecutó en esa gente, pues no satisfecho con destrozar á los grandes, llevaba su crueldad contra los niños, á quienes cogía vivos, y con inhumana fiereza, á unos picaba los ojos con agujas, á otros los metía en unos pilones ó morteros y los hacía majar y moler como si fueran trigo, á otros los estacaba con agudos palos, atravesándoles el cuerpo hasta romperles las entrañas; sólo perdonaba á aquellas mujeres que les parecían bien para tenerlas por suyas; una de ellas fué la llamada Catalina, Achagua perteneciente á Casanare, bautizada no sé si entonces ó después, con quien se casó Chacuamare y tuvo un hijo que aun vive y se llama Chacuamare también; éste, á ejemplo de su madre, recibió el bautismo á la edad de cien años, y fué todo el amparo de la Nación Achagua, como veremos ahora.

Lastimado este indio desde joven, y viéndose perseguido en cada Achagua, porque por tener sangre suya los miraba á todos como parientes, hizo su oficio el sentimiento y la simpatía natural que había mamado de su madre y repartido por sus venas, y habló al viejo con aquella libertad que le concedían sus años, sintiéndose capaz de empuñar el bastón y hacerse cargo del Gobierno. "¿Hasta cuándo has de querer, padre, le decía, perseguir á los Achaguas? Si las razones que te mueven á perseguir á esta Nación, son los agravios que dijiste que habías recibido por su causa de los Caribes de Orinoco, podías ya considerar que están satisfechos y vengados, y que lo que intentas nuevamente es propasando los

términos de la razón: mira que soy Achagua, y esta mujer también, y que persigues mi sangre. Basta ya, padre, basta, que no puede sufrir mi corazón lo que he mirado con mis ojos, y lo que mi madre me ha contado de tus antiguas tiranías."

Estas y otras semejantes razones, que repetía el joven entre severo y tierno, rindieron el pecho del Cacique, que hasta entonces se mostraba más duro que el acero. Dejó de perseguirlos desde entonces, y trató de establecer las paces con la Nación Achagua, para lo cual, y para dar muestras desde luégo de su verdadera amistad, buscó con qué regalar á la parte contraria, y le hizo un presente de cuatro Macos. Partióse para Casanare con su gente, y como los del pueblo tenían ya antecedentes de las ideadas paces, y de la venida del Cacique, lo recibieron todos sin turbación alguna; pero como el estilo de estos bárbaros es asentar las paces con nuevos ruidos y alborotos, y aun con derramamientos de sangre, apenas entraron al pueblo cuando cogiendo sus macanas y poniéndose en dos filas unos y otros, hundieron el cielo á gritos.

Ibanse refiriendo los agravios hechos en otro tiempo, con aquella retórica de palabras y ademanes terribles que usan en estos lances, gritando todos á una como si fuesen locos, y pasando de las palabras á las obras, los de ésta y esa otra fila levantaron en alto las macanas (que son de una madera dura y la forma como la de catana ó alfanje), y con bárbara fiereza se descargaban unos á otros, en amistad, descompasados golpes y porrazos; repitiendo el eco las voces, los gritos y el ruido de las macanas. Dábanse estos golpes no por el filo, sino por el plan, pero tan recios y terribles, que quedaron de la función bien maltratados y molidos. Este fué el refresco y el convite con que se brindaron unos á otros, para ajustar la paz, tan bárbara como ellos, y tan brutal como sus usos.

No fueron sólo los varones los que hicieron su fiesta; las mujeres también, así Chiricoas como Achaguas, puestas sin orden ni concierto, hicieron su duelo al mismo tiempo que los varones estaban haciendo su paz; es decir, que ellas hicieron su guerra, envistiéndose unas á otras como tigres; dábanse recios golpes con las manos á puño cerrado, y bofetones, y se arañaban y repelaban los cabellos; cogían lo primero que topaban, ahora fuese azote ó vara, y se azotaban sin cesar sobre las espaldas desnudas, como las traen siempre; decíanse baldones y oprobios, y se referían los agravios hechos por sus maridos, y aunque esta paz bélica de las mujeres no es tan peligrosa como la de los hombres, es de más confusión y grima, porque de suyo son vocingleras, y como de ordinario es mayor su número, con facilidad ensordecen con sus estruendos.

Así ajustaron sus paces las mujeres con esa zambra y bulla

que parecía de entremés, y con aquel sonsonete y tonadilla con que hablan. A ese tiempo los varones echaron las macanas en tierra, se dieron sus palmadas en las espaldas (que es señal de amistad entre ellos) y se fueron unos con otros á las casas y caneyes del pueblo, en donde remató todo con una solemne bebezón que hicieron á su usanza los Achaguas con los forasteros y amigos, trocándose la mortal enemistad en una amistad tan firme, que dura hasta el día de hoy; debiéndose esta paz á las razones y al afecto con que aplacó á su padre el mozo Chacuamare, á quien parece que premia Dios con haberlo hecho cristiano, como lo es, y á quien se le dió por nombre D. Fortunato Chacuamare, después de cien años de gentil, de donde se colige que esta persecución del viejo contra la Nación Achagua fué muchos años antes de que entrasen nuestros misioneros á Casanare y poco más ó menos en el mismo tiempo en que se verificaba la persecución de los españoles, viniendo una y otra á destruírlos, y á ahuyentar á los que quedaron vivos, los cuales se retiraron á Barragua huyendo de los españoles por un lado y de Chacuamare por el otro. Este Cacique lleno de años y de maldades murió como un bruto en la Sabana, en la ceguedad del gentilismo, y harto de sangre como las fieras.

CAPÍTULO XIII

DEL RÍO ORINOCO, SUS NACIONES, FRUTOS, PECES Y SU COMUNICACIÓN CON OTROS INDIOS. NOTICIAS PERTENECIENTES Á ÉL, ETC.

Son dos ejes en que se mueve este cielo dilatado de las misiones del Nuevo Reino, los Llanos y el famoso río Orinoco; y habiendo discurrido por toda la extensión de aquéllos en los capítulos anteriores y dado noticia de sus ríos, sus sitios, con lo que se cría en ellos, y de las muchas Naciones que quedan dichas, resta pasar al Orinoco, á investigar sus espumas y registrar sus tierras, para que teniendo noticia previa de su situación y temperatura, y de las Naciones que allí habitan, podamos formar algún concepto del campo que nos ofreció Dios para que trabajaran nuestros misioneros, regando esa inculta tierra no sólo con el sudor de sus rostros, sino con su misma sangre, hasta rendir la vida.

Ya hemos insinuado antes, que los términos de los Llanos suben á las vecinas tierras del Perú y descienden al mar del Norte por el río Orinoco; de manera que es muy probable que el nacimiento de ese río se halle en dichas tierras. Por la otra banda tiene el Orinoco, aunque no inmediatas, unas eminentes cordilleras que son fronteras del río de las Amazonas y Marañón. Da una gran vuelta el Orinoco del Sur al Poniente, acercándose á la línea equinoccial, como se ve desde una peña muy alta á la cual los naturales llaman Apiaro.

Esta cumbre de Apiaro es una de las mejores y más deliciosas vistas que se han descubierto en este Nuevo Mundo, la cual si se hallara en Europa habría sido adornada con las delicias que trae consigo el arte, realzando su belleza natural, pues se descubren desde su altura las riberas del río en continuadas vueltas, coronadas de frondosos árboles que á porfía dibujan verdes y preciosos paisajes, sobre floridos prados, con unos esmeros de la naturaleza que no puede imitar el arte. Desde allí se divisan por aquellas campiñas muchas poblaciones de indios bárbaros, cerca de sus riberas unas, y otras lejos, á distancia de dos, de seis y de ocho leguas. Se goza allí de una temperatura apacible, porque la altura y las brisas que corren templan los ardores del sol. originados de la proximidad de la línea equinoccial.

No gozan de esta benignidad de temperatura las riberas del río, húmedas en extremo y cálidas, porque siendo muy bajas, las aguas continúan por las orillas, y estancándose en muchas lagunas y pantanos, humedecen la tierra y producen un destemple desapasible, al paso que la aglomeración de los árboles impide que los rayos del sol sequen la tierra. Por esta causa son sin número las plagas, y las varias especies de mosquitos, unos grandes y otros pequeños, pero crueles todos; cruz sin duda la más penosa y pesada de cuantas se hallan en estos sitios, porque no se encuentra defensa contra tan sangrientos enemigos, que á veces calan la ropa con sus trompetillas hasta sacar la sangre.

A esto se agrega la persecución de los sapos, ranas y otras sabandijas de agua, que quiebran la cabeza con sus porfiados gritos y descompasada música, en la cual se oye todo género de voces, tenores, tiples, bajos y contra-altos, función en la cual gastan toda la noche sin parar, como quien va de apuesta. Esto se pudiera tolerar si no se añadiera otra plaga peor, para que no falte ninguna de cuantas hubo en Egipto, y son las culebras y otras sabandijas ponzoñosas, tan insolentes y porfiadas, que hasta á las casas se entran, y es menester andar á caza por las noches, registrando los rincones, donde suelen guarecerse, especialmente las culebras en tiempo de lluvia, y ponen la vida en tanta contingencia, que es infalible la muerte, por la actividad de su veneno, si al ser picado no se acude con la contra, que lo es, y muy eficaz, el cuerno de venado tostado al fuego y aplicado á la mordedura, sin otra preparación, pues tiene tanta eficacia, que va embebiendo la ponzoña en sus poros, poco á poco, hasta sacarla toda, con lo cual queda bueno el doliente en el trascurso de dos ó tres días. Su efecto se ha experimentado innumerables veces en los indios, quienes sin otro remedio sanan en breve con esa contra.

El destemple del ambiente produce accidentes de muchas enfermedades, especialmente dolores en el cuerpo y en las entra-

ñas, lo cual, junto con las plagas dichas y los calores insufribles, hacen esa tierra inhabitable á todos, excepto á los nacidos y criados en él, y á los que abandonando las comodidades temporales, lo arrostran todo por la gloria de Dios, la exaltación de la fe Católica, y la conversión de los gentiles.

No obstante las incomodidades dichas, hay algunas comodidades en estos sitios, pues fuera de los frutos de la tierra como son yucas, plátanos, piñas y otros muchos de los que se hallan en los Llanos, es mucha la abundancia de peces, que por ser los mismos que se hallan en Casanare y el Meta no los menciono, como también los animales de monte como monos, puercos, dantas, tigres, aves y otros de este jaez, en los cuales convienen todas las tierras de esta América. Los terrenos son muy á propósito para criar ganado vacuno, yeguas y caballos, por lo pingüe de sus pastos.

El río es muy dilatado, caudaloso y profundo, por los innumerables que le entran y aumentan su caudal; y si es celebrado el Marañón por las ochenta leguas de amplitud que dicen tiene su boca al entrar al mar, es digno de celebrarse el Orinoco por entrar al Océano por setenta bocas.

El inmeso gentío y multitud de Naciones que abriga este famoso río, sepultadas en las oscuras sombras del gentilismo, no menos que entre sus arcabucos y malezas, excede sin hipérbole á lo que ya se ha dicho; tanto, que no dudó uno de nuestros misioneros antiguos, el Padre Antonio de Monteverde, decir en una carta suya, que se abría una puerta en Orinoco para una misión tan considerable como otra China y un nuevo Japón. Fuera muy prolijo referir este gentío y Naciones, por lo cual sólo trataré de algunas de las más célebres, omitiendo las otras para evitar el fastidio que ocasiona siempre cuando se trata de cosas muy parecidas entre sí.

Una de las islas más conocidas y celebradas en este río es la de los Adoles, y sus raudales son muy nombrados porque se oponen como una muralla al paso de las embarcaciones, por sus precipitadas corrientes, sus oleajes encrespados y sus horrorosos remolinos. Desde este sitio, pues, como tan conocido y celebrado, reconoceremos las Naciones de río arriba y otras de tierra adentro, cosa que debe saberse y observarse, especialmente de aquellos á quienes Dios ha escogido para el Apostólico Ministerio de la conversión de los gentiles. Después volverémos la proa río abajo hasta las orillas del mar, en busca de las otras Naciones, para mencionarlas solamente, dejando sus ritos y costumbres para cuando llegue el caso.

Habitan en esta Isla de los Adoles muchos indios llamados *Adoles* también, con los cuales se podría formar un famosísimo

pueblo como Morcote ó Tame. Pasada esta Isla como á un día de navegación, agua arriba, está el afamadísimo pueblo de los *Catarubenes*, indios Achaguas como lo indica el nombre, pues está pluralizado al modo que pluralizan los Achaguas sus nombres, si bien está tan corrupto su lenguaje que ya parece otro. Es muy conocido este pueblo por la política y arte con que lo tienen formado; está cercado de murallas, fabricadas de árboles, maderas y tierra; al rededor del muro no se halla más que una puerta, y ésta muy alta, sobre la cual tienen prevenidos, como si fuera artillería, varios instrumentos de guerra á su modo y usanza, para defenderse del enemigo, cuando lo pide la ocasión, arrojándolos desde lo alto.

Tienen los Catarubenes á media legua de distancia el dilatado Airico, que son unas montañas grandes que llegan muy cerca de la jurisdicción de Santiago de la Atalaya, pobladas todas de gentiles, como se dijo ya, y á pocas leguas de distancia los *Barrias* y *Ucataquerris* (Achaguas todos), de los cuales podrán formarse cuatro numerosos pueblos. Después sigue otra montaña muy grande llamada Chubune Nuirre, y en una y otra banda de ella hay tres Naciones muy numerosas, que son los *Quirruvas*, los *Mugirris* y los *Abanis*, los cuales sirven solamente para proveer de Macos á todos los demás.

Tirando más acá, como ocho leguas, está la Nación *Pizarva*, que sirve también de dar Macos. De estas cuatro jerarquías de gente han salido innumerables Macos; lo menos que sacaban para Orinoco abajo, eran ciento cada año, y para los sitios de los otros ríos, más de doscientos; argumento incontestable de ser muy crecidas y numerosas estas cuatro Naciones, pues á no ser así, no habrían podido conservarse en pie como se conservan hasta hoy, con el consumo de tanta gente que ha salido de ellas para tierras extrañas.

Así se van continuando las Naciones sin que se les halle término, tanto por el río Orinoco arriba, cuanto por los ríos que le entran, y por los montes y campiñas, hasta llegar al Marañón.

CAPÍTULO XIV

DE OTRAS NACIONES DEL RÍO ORINOCO HASTA LLEGAR AL MAR. LEALTAD DE LOS ARACUAS Y BARBARIDAD DE LOS CARIBES.

Hemos registrado de un vuelo los sitios y Naciones del río Orinoco arriba, las montañas con quienes se da la mano, y los indios que las habitan, para lo cual tomamos la derrota desde la isla de los Adoles; ahora volveremos la proa desde este sitio, y navegaremos río abajo, visitando como de paso sus principales

poblaciones, hasta llegar al mar. Las Naciones más nombradas en este río son los *Salibas*, *Catatíos*, *Adoles* y *Yaruros*. Todos estos indios tienen amistad entre sí, y son por naturaleza dóciles para convertirse á la fe; y aunque estas tres últimas Naciones son grandes y numerosas, las excede en esto, lo mismo que en la docilidad y entendimiento, la Nación Saliba, cuyas poblaciones vienen corriendo por las Costas del Orinoco, á una y otra banda, con más ó menos número de caneyes, según son las familias, hasta las bocas del Meta.

Aquí, en la boca del Meta, hay otros indios repartidos en varias poblaciones y caseríos, llamados *Duniberrenais*, que son Salibas también, y de aquí siguen río abajo esparcidos los Salibas por sus orillas, en muchos pueblos y distritos, en los cuales se habla el lenguaje puro, sin la confusión que hay en los de Vichada.

Síguense después los *Totomacos*, *Totos* y *Mapoyes*, gente muy belicosa, y que pone en gran cuidado á los demás indios, por ser muy atrevidos y de gran valor. Luégo siguen los *Tibibitibes*, *Chaguanes* y *Aracuas*, populosísimas Naciones, y de notable esfuerzo; con éstos tienen amistad los holandeses, ingleses y franceses, que viven y tienen sus fortificaciones especialmente en los ríos Esequibo, Bervis, Mirare y Guaraniche. Estos indios *Aracuas* son por lo común generosos y de corazón noble, y se han mostrado muy leales á la Nación española, en muchas ocasiones que se han ofrecido, en las cuales han sabido sacar la cara y vengar las injurias hechas á los europeos. Referiré sólo una, que aunque sucedió el año de 1663, después de nuestro primer entable en los Llanos, la pongo en este lugar por venir á cuento, y fué de la manera siguiente:

Entre las Naciones confederadas con la Caribe, fué una, la de los Mapoyes, que por ser enemigos declarados de los españoles, no perdían ocasión de manifestar su rabia contra ellos. Sucedió, pues, que subía un Religioso en este tiempo el Orinoco arriba, cargado con algunas cosas de valor para adorno de los templos, especialmente ropa. Iba con otros pasajeros en una piragua, y cuando más descuidados se encontraban, salieron los *Mapoyes*, cogieron al Religioso, y á pocos lances le robaron lo que tenía, y le quitaron la vida á él y á sus compañeros todos. Sólo escapó una pobre india pasajera, á quien sin duda defendió Dios de la tiranía de estos indios, para que sirviese de instrumento, por medio del cual habían de llevar su merecido castigo, por tan execrable arrojo y temerario sacrilegio.

Estaba esta india á las orillas del Orinoco buscando huevos de tortuga en la playa, cuando divisó desde lejos las velas de dos piraguas, y persuadiéndose de que en ellas venían indios *Aracuas*,

les hizo señas para que arrimasen á la playa. Saltaron éstos á tierra, y la india les dió noticia muy por menudo de cuanto habían hecho los *Mapoyes* con el Religioso Europeo y los compañeros que llevaba, matándolos y robándoles, y al mismo tiempo les indicó el sitio en donde se habían ocultado los agresores. No bien había acabado su razonamiento la india, cuando irritados los *Aracuas* contra tan insolente atrevimiento, tomaron las armas, encamináronse á los *Mapoyes*, y al dar con ellos los flecharon á todos, sin perdonar á nadie, pues á algunos que quedaron vivos les echaron dogales al cuello, y suspendiéndolos á los árboles, los ahorcaron en castigo de su culpa.

Ya los indios *Mapoyes* tenían hechas pedazos las telas hurtadas, y de las más vistosas y ricas habían hecho *pampanillas* para sí y para sus mujeres; son estas pampanillas á manera de unas bandas muy largas, con las cuales no sólo se cubren una parte del cuerpo, sino que también les arrastra á manera de Cauda, por gala y ostentación, traje muy usado en Orinoco, especialmente de los Caribes. Recuperaron los Aracuas algo de lo hurtado, como damasco negro, cotonía y listones, con lo cual prosiguieron su viaje río arriba, y al llegar al puerto de Casanare, que era el término de su viaje, dieron cuenta de todo al Misionero de allí.

La otra Nación del Orinoco, y la más temida de todas, tanto por el número de los indios como por su barbaridad y fiereza, es la de los Caribes. Apenas hay sitio en este río donde no lloren sus márgenes y se lamenten sus arenas, testigos de los insultos y repetidas tiranías de esta rebelde y numerosísima Nación, la cual se extiende por las márgenes hasta llegar al mar, y en las costas tiene su principal asiento. Allí, con el trato de los holandeses, ingleses y franceses, están tan insolentes y limados sobre su natural fiereza, que saben componer una armada y gobernarla, y manejan las armas de fuego como el mejor soldado; así recorren las márgenes del río, turbándolo todo y ahuyentando de sus riberas á los naturales, obligándolos á vivir escondidos, para escapar de su crueldad. Es tanto el horror y miedo que tienen á los Caribes los otros indios, que sucedió una vez esconderse éstos dentro de las lagunas, como los gansos, para librarse de ellos, y allí estuvieron zabullidos largo tiempo, entre la humedad y cieno corrompido, y hediondo en tanto grado, que muchos de ellos enfermaron y rindieron la vida, ya que no á las manos del *Caribe*, á la infección y hediondez de estas lagunas y pantanos.

Las dos bases en que estriban todas las operaciones de esta canalla bárbara, son robar y matar; en eso piensan, de eso hablan, ese es su modo de vivir, como piratas y ladrones; esa es la causa de sus continuas correrías y entradas á las demás Naciones. Cuando entran á los pueblos que van á acometer, su principal

cuidado es matar á todos los de edad crecida, así hombres como mujeres, sin perdonar á nadie; sólo reservan á los muchachos y niñas, para venderlos á los piratas, por el vil interés de una hacha ó de un cuchillo; y á veces es tan crecido el número de Macos, que se recelan los Caribes de algún tumulto, especialmente si los Macos llegan á la edad de las fuerzas; y el modo de prevenir este trance, es matar á los más alentados y que muestren mayor brío, especialmente si están bien gordos, pues entonces aprovechan la carne en sus convites y borracheras, y así se salvan del peligro.

Uno de sus principales dictámenes, en el cual han sido instruídos por los piratas herejes con quienes tratan, es, que no comercien con los españoles, ni tengan amistad con ellos, sino que los persigan y maten, para que no vengan con el tiempo á caer en su potestad y dominio, quitándoles la libertad de que gozan para sus correrías é invasiones. De aquí nace el odio tan entrañable que tienen todos ellos á la Nación española, principalmente á los Jesuitas y Sacerdotes, como la han mostrado siempre en las ocasiones que se han ofrecido, y de que trataré después, porque siendo sus maestros los herejes, no podía esperarse otra cosa de las doctrinas que van encaminadas al aborrecimiento y odio á los Católicos, y especialmente á los Sacerdotes, porque les prohiben sus desórdenes.

El descaro y despejo de estos indios, tan ajeno de las demás Naciones de la América, es tan desvergonzado, que se ponen á la vista de los españoles sin temor ninguno, mirándolos con tanta soberbia y altivez como pudiera el soldado más desgarrado y fanfarrón delante de un negro de Guinea. Salieron en una ocasión veinte Caribes con su Cacique, en una piragua, á un sitio del Orinoco donde á la sazón estaban algunos españoles pasajeros, cerca de las bocas del Casanare. Venían los Caribes con sus escopetas muy buenas, y carabinas, y con el mayor descaro saltaron á tierra, y, en presencia de los blancos, dispararon sus armas, para darles á entender lo poco que les temían, ó para hacer alarde de su valor y destreza.

Subieron en otra ocasión, inmediata á la que queda dicha, catorce piraguas de Caribes contra los *Catarubenes*, y habiéndolo sabido el Capitán Tiburcio Medina que estaba allí cerca, los envió á llamar; ellos entonces, oído el recado del Capitán, sin andar en cumplimientos ni ceremonias, le enviaron á decir lisamente con el mensajero, *que no querían ir*; tuvo por bien el Capitán de callar y quedarse con el *no quiero* que le estrellaron en la ...ra. Todo este descaro é insolencia nace de no haberles humillalas servicos con un ejemplar castigo y escarmiento, como lo recían sus delitos, y como lo hizo Vielma antiguamente: entró

este caballero con sus soldados á la Nación Caribe para castigar sus insultos; aprisionó cuantos pudo á las orillas del Orinoco, y á todos los fué estacando con agudos palos, hasta atravesarles las entrañas. Con este género de muerte dolorosa é infame, murieron muchísimos Caribes, y fué tal el escarmiento, que duró muchos años, y aun hasta el día de hoy suena el apellido Vielma con ecos de mucho asombro; pero como en su concepto no hay otro Vielma semejante, y por otra parte se hallan apadrinados de los extranjeros de la Costa, *encaribados* también hasta en el traje y *embiges* con que se pintan, como si fueran indios, se hacen más altivos, crece su atrevimiento é insolencia, y también los impedimentos para la predicación evangélica en el río Orinoco, la cual se solicitó después por medio de muchos y fervorosos operarios, enviados por los Superiores desde la ciudad de Santa-Fe, á donde recurriremos ahora para dar noticias de todo. principiando por la fundación del Colegio máximo.

CAPÍTULO XV

BREVE NOTICIA DE LA FUNDACIÓN DEL COLEGIO MÁXIMO EN LA CIUDAD DE SANTA-FE, Y DE LOS MINISTERIOS EN QUE SE EJERCITABA LA COMPAÑÍA DE JESÚS ANTES DE ENTRAR Á LAS MISIONES DE LOS LLANOS.

He dado alguna noticia, en los capítulos pasados, de lo que convenía saber, antes de hablar de las misiones de nuestros operarios evangélicos, dejando para otro lugar muchas circunstancias particulares, y cosas dignas de saberse. Vimos también la situación de los Llanos, su latitud de cuatrocientas leguas castellanas desde la serranía de Morcote hasta la cordillera que los divide de las tierras que miran al Marañón ó Amazonas, su longitud de quinientas leguas; y de paso hemos notado, así en los Llanos como en el Orinoco, los árboles y plantas, los muchos y caudalosos ríos que los bañan y fecundan, los frutos que produce el país, la variedad de peces, aves y animales extraños, y la industria de los naturales para cogerlos y pescarlos; hemos explorado las Naciones que habitan en los Llanos, el Airico y el famoso Orinoco, las extorsiones de los españoles en sus conquistas y las guerras de los Chiricoas con los Achaguas; con que, registrado el país, averiguadas sus Naciones, y explorados sus ríos y distritos, debo recurrir ahora á Santa-Fe con la noticia de lo descubierto y visto en todo este nuevo mundo. Porque aunque mi intento principal es tratar de las misiones de gentiles que fundaron los nuestros en esta Provincia de los Llanos y del río Orinoco, no será fuera de propósito dar alguna noticia de la fundación del Colegio

máximo de la ciudad de Santa-Fe, y de los empleos en que se ocupaban antes los Jesuítas; porque, siendo este Colegio como el Castillo de armas en donde se han adiestrado los soldados del Gran Loyola, para combatir las supersticiones gentílicas, y los excesos y vicios de los falsos cristianos, será razón conocerlo, para que se sepa el origen de tantos y tan insignes varones como ha dado en todos tiempos para esas gloriosas empresas.

Más de ochenta años se contaban en todo este Nuevo Reino, desde que se conquistó, sin que se hubiera fundado en todo él casa alguna de la Compañía de Jesús, por más que lo habían deseado y pedido á nuestros Católicos Reyes el Deán y Cabildo Eclesiástico de la Iglesia Metropolitana de la ciudad de Santa-Fe. Por los repetidos informes que para ello hicieron á Su Majestad el Presidente y Real Audiencia, el Arzobispo y Cabildo Eclesiástico y Secular de dicha Corte y de otras ciudades, juzgaron todos, no sin fundamento, que vendrían las licencias para las fundaciones, en cuya conformidad, y para dicho efecto, pasaron de la Corte de España, en las galeras de 1600, el Padre Alonso de Medrano y el Padre Francisco de Figueroa.

Vistos los informes que para ello llevaron dichos Padres, dió la Majestad de nuestro Católico Monarca D. Felipe III grata licencia, el 30 de Diciembre de 1602, para que se fundase la Compañía en ese Nuevo Reino de Granada, como consta de la Real Cédula, cuyo tenor es el siguente:

"EL REY:

"Por cuanto por cartas que me han escrito el Presidente y Oidores de mi Audiencia Real del Nuevo Reino de Granada, el Arzobispo y Cabildo Eclesiástico, y los seculares de las ciudades de Santa-Fe, Tunja y Pamplona, que se han visto en mi Consejo Real de las Indias, se ha entendido lo mucho que importa para el bien de aquel Reino, que los religiosos de la Compañía de Jesús funden en él, para que con su buena doctrina ayuden á la conversión y enseñanza de los indios, y la juventud se ocupe en ejercicios virtuosos y necesarios para su buena crianza, por haber mucha gente moza y clérigos criollos que tienen necesidad de estudios y doctrina; y que Alonso de Medina y Francisco de Figueroa de la Compañía vienen á estos Reinos, y tienen casa en la misma ciudad de Santa-Fe, á darme cuenta de ello y á llevar más religiosos; y Fernando de Espinosa, Procurador General de la dicha Compañía, me ha representado, que el General de ella por constarle de lo dicho, ha dado licencia á los dichos religiosos para que lleven ocho para la dicha fundación, suplicándome le mandase dar licencia para ello. Y habiéndoseme consultado aca-

tando lo susodicho lo he tenido por bien, y por la presente doy licencia á los religiosos de dicha Compañía para que puedan fundar en el dicho Nuevo Reino de Granada, sin embargo de cualquiera orden que haya en contrario, y mando al Presidente y Oidores de mi dicha Audiencia y al Arzobispo de dicho Reino, y otras justicias y Jueces eclesiásticos y Seglares, que no lo impidan que así es mi voluntad.

"Fecha en Valladolid, á 30 de Diciembre de 1602 años.

YO EL REY.

Por mandado del Rey Nuestro Señor, *Juan de Ibarra.*"

Hasta aquí la Cédula de nuestro Católico Monarca D. Felipe III, digna de eterna memoria y de nuestro agradecimiento, en la cual muestra bien claramente su celo real y su católica piedad en la propagación de la fe, conversión de los gentiles y enseñanza de la juventud por medio de la Compañía, como quien sabía la gracia de su instituto, y la aplicación á semejantes ministerios; expedición en que tuvieron mucha parte la Real Audiencia, el Arzobispo, los Cabildos y las ciudades, con los nuevos informes que para ello enviaron á España, y se representaron en el Consejo.

Efectuóse la fundación no sólo del Colegio máximo, sino del de Tunja y otros, el año de 1603, con tanto aplauso de las ciudades cuanto habían sido las ansias con que lo solicitaron antes. Además de la cátedra de Gramática que ya regentaban los pocos sujetos que había en Santa-Fe, empezaron á dictarse las de artes y Teología. Fundóse después el insigne Seminario de San Bartolomé, el cual goza del honroso título de Colegio Mayor; obra muy digna de la piedad y celo de su fundador el Ilustrísimo señor D. Bartolomé Lobo Guerrero, dignísimo Arzobispo de Santa-Fe.

De cuánta utilidad haya sido la fundación de este Colegio lo manifiestan bien los muchos sujetos ilustres que ha dado para mitras, togas, canongías y cátedras, y para poblar las religiones, aplicándose después al apostólico ministerio entre gentiles, tan propio de la Compañía de Jesús. Entre los muchos que ha dado para tan gloriosas empresas este Colegio Mayor y Seminario de San Bartolomé, fué el venerable Padre Pedro Suárez, Cartaginés, quien trocando la púrpura de la toga por la humilde ropa de la Compañía de Jesús, rindió su vida en las misiones de Quito á manos de los Abigiras, por predicar la fe. Cuéntale este Colegio entre los mayores héroes, y se honra con su retrato, no sólo de colegial, sino de mártir Jesuíta, cuya semejanza y primor representa muy al vivo su valerosa constancia entre las lanzas Abigiras que le quitaron la vida: exhortación muda que persuade á la

juventud muy vivos desengaños del mundo y aprecio de las misiones.

Encargóse el cuidado de este Colegio á la Compañía de Jesús, y le asisten de ordinario tres ó cuatro sujetos, para la educación y enseñanza de esta noble juventud: el Rector, Ministro y Pasante, y un Coadjutor que cuida de lo temporal. Aquí se les enseñan letras y virtudes, de donde como de fuente caudalosa se difunden después por todo este nuevo campo, para su cultura y fomento.

Estos eran los Ministerios en que se ocupaba entonces la Compañía, no obstante el número tan corto de sujetos que había en ella, por ser recién nacida en este Reino, estando aun entre la cuna en sus primeras fajas; pero como el cielo es fuego que está propendiendo á convertir en sí mismo lo inmediato á que se aplica, no obstante los pocos sujetos, se extendía su llama á otros muchos Ministros, en quienes se cebaba también. Mientras crecían los deseos de la conversión de los gentiles, motivo principal de la fundación de Colegios en las Indias, entablóse en Cartagena el Ministerio de los negros, al cual asistió por muchos años el Venerable Padre Pedro Claver, con tanto fruto de las almas como se sabe ya.

También se trataba en esos tiempos de la enseñanza de los indios, especialmente de los que poblaban la Sabana de Bogotá, quienes como más próximos á la ciudad de Santa-Fe podían con mayor comodidad ser instruídos de los Padres. El que más se señaló entre todos para la predicación y enseñanza, de la Nación Muisca, fué un fervoroso Misionero, venido de Italia, llamado el Padre José Dadey. Tan luégo como llegó á este Reino, con el venerable Padre Diego de Torres Bollo, primer provincial de esta Provincia, se aplicó con extraño fervor y valentía á todo género de ministerios sagrados, y con mucha especialidad al ministerio de los indios, cuya lengua aprendió con el inmenso trabajo que se deja comprender, por no haber hallado cosa alguna escrita de ella, ni directorio: y la aprendió con tan eminente propiedad y elegancia, que causaba admiración á los mismos indios, y les ganó con esto la voluntad; mas no se contentó el Padre con saberla, sino que quiso enseñarla, y fué el primer inventor de su arte y de los vocabularios y escritos que tenemos hoy, y que están difundidos por el Reino; enseñóla públicamente en Santa-Fe por muchos años. Fundó también el estudio de Gramática en la misma ciudad, á lo cual dió principio con una elocuente oración, en presencia de la Real Audiencia con su Presidente, del señor Arzobispo, de ambos Cabildos, Secular y Eclesiástico, y de innumerable vulgo. Leía juntamente con la Gramática una Cátedra de moral, bien necesaria en aquellos tiempos en que estaba la ciudad muy á sus princi-

pios; leía también los Meteoros y la Esfera á muchos de la ciudad que sacaron grandes ventajas de esa enseñanza, por la viveza de sus ingenios, en lo cual han sido muy felices en las Indias y sólo les ha faltado enseñanza.

Supuesta ya esta breve noticia de nuestro Colegio máximo, su fundación y sus empleos, y dejadas muchas otras cosas que pertenecen más á la Historia general que á la de las Misiones de gentiles, paso á dar principio á mi principal intento, tratando de nuestro primer entable en la Serranía de Morcote, Chita y otros circunvecinos pueblos, que fué la primera línea con que demarcaron los nuestros este dilatado campo, para hacer cruda guerra, con la espada de su predicación, al infierno todo, y librar de su tiranía á aquel inmenso gentío.

CAPÍTULO XVI

DEL SITIO Y NACIONES Á LAS CUALES FUERON ENVIADOS NUESTROS PRIMEROS MISIONEROS.

Mientras se disponen para su viaje nuestros fervorosos misioneros, será bueno que sepamos el sitio y naciones que habían de doctrinar, para que habida esta noticia, se conozcan mejor las muchas fatigas y trabajos que tuvieron que padecer, con los cuales se labraron coronas inmortales, por premio de su paciencia.

La inmensa Serranía que, como dijimos ya, ciñe las dos Américas hasta sepultarse en el mar por la parte que mira al Norte, era el sitio que tenía Dios señalado á nuestros primeros operarios. Es esta Serranía sumamente áspera, los caminos difíciles, frecuentes sus precipicios, y era el alcázar escogido por el demonio para tener en dura servidumbre á todo aquel gentilismo, pues estando resguardado por tantos muros y fosos cuantas cumbres y profundidades tienen, bien se comprende cuán difícil sería la entrada á los extraños, cuando cerraba el paso á los mismos naturales.

Es el temperamento algo frío, á causa de la altura de la cordillera, en la cual hace asiento la nieve, no obstante la cercanía de la línea equinoccial. La tierra es fértil, y donde quiera que siembran cogen varios frutos muy útiles para la vida humana, especialmente el algodón, del cual hay mucha abundancia en Morcote, para cuyo beneficio tienen muchos telares el día de hoy, para tejer sus lienzos; es muy á propósito para sembrar trigo, especialmente en Chita, y no hay duda de que se darían muchos de los que se producen en Europa, si se pusiera cuidado en sembrarlos y cultivarlos.

No es uniforme el temperamento en todos los sitios de la

Serranía, porque aunque es verdad que es algo frío, según se dijo ya, el temple cambia á medida que se baja ó se sube; por esta razón es sumamente frío en lo muy alto, en el medio templado y en lo bajo caliente. Tiene varios arroyos y quebradas que descienden y forman las cabeceras de los ríos.

Las Naciones que habitan toda esta cordillera son muchas, á saber: Morcotes, Guaceos, Tunebos, Chitas y los del pueblo de la Sal con otros muchos. A la falda de la Sierra están los Támaras á la orilla del río Pauto, y estaban los Cacatíos y otros por ese tiempo; pero se mudaron poco há á otro sitio mejor de la Sierra, no muy distante del antiguo. El gentío era mucho y no deja de serlo todavía, pues en sólo Morcote, Pauto y Támara se contaban como seis mil almas cuando entraron á ella los Padres, y junto con los Tunebos y los del pueblo del Chita formaban un gentío muy cuantioso y difícil de doctrinar, por la variedad de lenguas.

El genio y natural de estos indios por lo general es humilde y manso, y muestra docilidad para recibir la fe; nada inclinados á alborotos y hostilidades, como los Giraras y otros indios de los que se crían en las montañas; pero los más señalados en esta docilidad y mansedumbre son los que se hallaron en Pauto, Cacatíos de nación, de los cuales perseveran todavía muchos; es Nación de lindo natural, de color algo blanco, bien parecidos tanto los hombres como las mujeres, muestran nobleza y generosidad de ánimo en su proceder y acciones, son amigos de tratar con los españoles y comunicarles sus cosas, y toman consejo de ellos, se precian de tener buenos vestidos y de salir con lucimiento á la calle; reciben con amor la enseñanza de las cosas de la fe y se aplican á ella.

Muy al contrario de este gentío es la Nación Tuneba: no se ha conocido gente más bruta ni más inmunda, ni más amiga de cuentos y de chismes en toda esta Serranía; tanto hombres como mujeres andan vestidos con unos sacos de lienzo basto y sucio, algo parecido al traje de los Armenios, que les cubre de arriba á abajo; de nada cuidan menos que de peinarse, por lo cual tienen los cabellos desgreñados y llenos de unos animalillos inmundos, siendo su mayor recreo ponerse muy despacio sentados al sol á cogerlos y comérselos todos, sin que se pierda ninguno; no hay plato más regalado para ellos que un pedazo de carne podrida, y mientras más hedionda más se saborean con ella.

Adolecen de cierta enfermedad sucia y asquerosa llamada carate, y es á manera de lepra, de que están cubiertos hasta el rostro y las manos, con unas manchas azules y blancas que da horror al verlos; y son tan salvajes en un todo, que se precian y hacen gala de semejante enfermedad, en tanto grado, que si algu-

na moza de su pueblo no tiene carate, nadie la quiere por mujer, con que por vía de buen convenio y porque no pierda casamiento le dan cierta bebida con que le nace carate, y luégo sin más patrimonio ni dote que éste, encuentra su conveniencia á propósito, y tantos pretendientes, como si tuviera en el carate un mayorazgo, ó marquesado, ó los Estados de Flandes.

Précianse de muy entendidos estos brutos, y aun de más entendimiento que los blancos; dicen que habiendo Dios criado el mundo, y repartido sus dones á todas las gentes, les dió á los blancos riqueza, á los Giraras Cura, porque lo han bien menester para que los azote, y á los Tunebos entendimiento. Este su grande entendimiento ha sido y es la mayor cruz que tienen los que tratan con ellos, porque como se tienen por entendidos y son grandes habladores, muelen la cabeza con chismes de todo el género humano. Tienen uno ó dos de los principales entre ellos que entienden algo de castellano, y que ellos llaman habladores, á quienes miran como oráculos y archivos de sabiduría; cuando va el Provincial á la visita bien puede prevenirse de paciencia por muchas horas para sufrir sus necedades, porque apenas saben ellos que llegó el Provincial, luégo al punto va á cumplir su obligación el hablador; síguele todo el pueblo, los varones principales entran á la casa del Padre, el vulgo y las mujeres se asoman por las ventanas, callados todos y muy atentos á lo que dice su hablador. Este comienza exabrupto su razonamiento, el cual se reduce á censurar á los blancos, dando mil quejas de sus vacas porque les comen el maíz; pasan luégo á delatar á su Cacique, y á quejarse de su Cura porque los azota mucho, y el fin de toda la plática consiste en decir que no han menester de Cura, porque ellos son buenos indios, y que les basta tener Corregidor. Con estas y otras muchas boberías están molestando al Padre muchas horas, hasta que con buenas razones, acomodadas á su tosquedad y rudeza, les da buenas esperanzas de que se compondrá todo.

Después de lo que se ha dicho de la Nación Tuneba es justo agregar que no deja de tener algunas buenas propiedades para reducirlos y doctrinarlos, porque son sumamente desdichados y sobremanera humildes y cobardes, no son borrachos con exceso, ni tampoco ladrones ni polígamos, y todo ello sirve de consuelo y da mayor facilidad para su conversión, aunque son tan broncos y de tan corto entendimiento.

Tienen dos idiomas estos indios, el uno muy cerrado y difícil pero universal, y que lo entienden todos; el otro llamado Subasque es más fácil pero no tan general, pues no lo entienden los indios de tierra adentro; es gracioso este lenguaje, y tanto los verbos como los nombres tienen la asonancia de esdrújulos, y los indios hacen ostentación de hablarla delante de quien no los en-

tiende, y lo hacen con cierta sonrisa disimulada y melindrosa que muestra su vanidad.

Sacan del monte mucha miel, cera negra, cueros de tigres, y algunas veces de lobos de agua que cogen en sus pesquerías, y con estos artículos compran de los españoles mantas y lienzos para vestirse.

Estaban poblados, pero distantes unos de otros, más por cortas parcialidades y familias que por vía de pueblo. Distaba un bogío ó caney de otro, dos, cuatro y hasta diez leguas, diseminados por la serranía; en algunos de éstos adoraban al Sol y á la Luna como á dioses, pero esto no era común en todos; el uso de la *yopa*, que es el instrumento principal de sus adivinanzas y supersticiones, á lo cual son muy inclinados, estaba muy entablado entre ellos, y aun se usa todavía entre otras Naciones de gentiles, como se dirá después; tenían su Academia, en la cual era catedrático el demonio, y no se sabe si todavía prosiguen en estas consultas, que eran de la siguiente manera.

Enfrente del sitio en donde están actualmente, cerca del río Tame, á la parte que cae al Norte, hay una Sabana grande, que está hacia la mitad de la distancia que media entre el sitio de los Tunebos y el pueblo de Tame, y es á manera de una mesa esta Sabana, en medio de la cual hay una laguna cuyas aguas sirven de Cátedra á Satanás. Aparece allí aquella serpiente antigua, en forma de una gran culebra, que los españoles llaman Guío, y habita de ordinario en las lagunas y ciénagas. A ella solían ir los indios Tunebos á consultar sus dudas y negocios, haciéndole á la culebra sus preguntas, y oían sus respuestas y consejos con grande acatamiento y reverencia. Otro adoratorio hay, según la voz común, en una alta sierra que cae á la otra banda del Macaguane; á su cumbre suben los Tunebos, y allí le ofrecen al demonio oro y algunas cosas según su posibilidad, para tenerlo grato en sus necesidades y aprietos.

De las costumbres y ritos de las demás Naciones que habitan la Cordillera, son muy cortas las noticias que han quedado, bien por no haber tenido la curiosidad de notarlas en aquellos tiempos antiguos en que andaba todo alborotado con ocasión de las conquistas, ó porque las borró de la memoria el tiempo; sólo se sabe, por lo que toca á los indios de Chita y sus comarcanos, que reconocieron al demonio como si fuera Dios, y que iban en romería en cierto tiempo del año á una laguna grande que está en el páramo ó serranía, de la cual nace el río Casanare, y en ella ofrecían sacrificios al demonio, arrojando cerca de la laguna cosas de precio y estima, según la devoción de cada uno.

El lamentable estado á que estaban reducidas estas miserables Naciones de las serranías y faldas, antes de que entraran á

ellas nuestros misioneros, se puede colegir de lo que queda dicho, y de que habiendo precedido muchos años, después de su pacificación y conquista, siendo tributarios ya, y haber residido clérigos entre ellos por espacio de ochenta años, antes de nuestra primera entrada, no habían aprendido sus Curas ni una palabra de su lengua, para catequizarlos; cosa tan necesaria, que sin ella no puede darse paso alguno en la conversión de los gentiles, mucho más cuando no saben éstos la lengua castellana, como sucede por lo general, ó si la saben es tan diminuta y corta, que en sacándolos de lo más común es como si se les hablara en griego; y lo peor es que han sido y son rarísimos los indios que se han hallado de quienes pudieran fiarse para que sirviesen de intérpretes en materias de fe, pues en semejantes ocasiones, como lo tengo experimentado, no interpretan aquello que el Padre dice, sino lo que les parece mejor, venga ó no venga al intento, sobre el misterio de que se habla, y todo se vuelve confusión, y quedan los catecúmenos, después de la instrucción por intérprete, tan incapaces para el bautismo como antes, y, quizás, llenos de errores contrarios á nuestra fe, por ignorancia de su intérprete.

Por lo que toca á vivir juntos en un pueblo para ser doctrinados de sus Curas, eran muy raros los que tenían poblaciones; por lo común estaban repartidos por la serranía en sus caneyes, hilando y tejiendo para pagar sus tributos. Los que se mostraban más cerriles y dificultosos para poblar, eran los indios Támaras, que andaban repartidos como fieras por los Arcabucos y montes, en distancia y contorno de cinco á seis leguas de camino, y allí se estaban hilando para pagar los tributos, y trasegando esos sitios para pescar y sustentar la vida, con menos cuidado de sus almas que el que tuvieran de una bestia.

Sólo se juntaban los domingos y fiestas grandes, y entonces llegaba á la mitad la gente que venía á misa; y en llegando cierto tiempo del año se ausentaban todos, quedando apenas algún indio en el pueblo, porque cada cual se iba con su familia por los ríos y quebradas, á buscar que comer y pescar, como lo hacen los Chiricoas, y duraba la caminata desde la Navidad hasta la Semana Santa; así estaba en todo ese medio tiempo el Distrito de Támara sin más habitante que tal cual, que por alguna causa particular se quedaba allí.

Los que estaban algo más de asiento eran los indios de Pauto; pero todo tan sin orden, que estaba repartida esa doctrina en cinco ó seis pueblecitos, distantes unos de otros por el distrito de cuatro á cinco días de camino, y en cada pueblo se hablaba distinta lengua, todo lo cual aumentaba los imposibles para catequizarlos y asistirlos. Las tierras muy dilatadas, las Naciones numerosas, los trabajos inmensos, los ríos caudalosos, los caminos horribles, y

todo ello convidando á los ánimos fuertes y fogosos, y á los corazones alentados, para la conversión de tan numerosa gentilidad, y para vencer estas dificultades, como se allanaron y vencieron con la entrada á la Serranía de nuestros primeros misioneros, que llenos de espíritu y fervor, acometieron esta empresa; para que sepan todos que no hay dificutad ni imposible, donde arde el amor de Dios, la caridad del prójimo y el verdadero celo.

CAPÍTULO XVII

ENTRAN NUESTROS PRIMEROS MISIONEROS Á LA SERRANÍA DE MORCOTE. PUEBLOS QUE FUNDAN Y TRABAJOS QUE PADECIERON.

Las noticias que tenemos de los primeros Padres que entraron á la Serranía de Morcote, y de lo que trabajaron con estos indios en los años que estuvieron en las misiones, son tan diminutas y cortas, por haber pasado casi un siglo hasta hoy, que me habré de limitar á las pocas que hallé registradas en diversos papeles que por casualidad encontré, en los cuales consta que esta entrada tuvo lugar antes del año de 1629.

Teniendo los Superiores noticia, en la ciudad de Santa-Fe, de las muchas Naciones que ocultaba el demonio en esta Cordillera y sus circunvecinos sitios, determinaron enviar allá para su predicación y enseñanza, á algunos sujetos, de los pocos que tenía la Provincia entonces, no obstante la falta que habían de hacer en los Colegios. Consultaron sus designios con el Presidente y Arzobispo de Santa-Fe, á quienes propusieron sus razones, encaminadas todas al remedio y buen logro de toda aquella gentilidad, en la cual apenas había rayado la luz del Santo Evangelio, después de ochenta años de su conquista, por falta de aplicación á su enseñanza y lengua.

Oyeron ambos Príncipes las razones y motivos de los Superiores, y entendiendo muy bien que no tenía otra pretensión la Compañía en esto, que el logro de aquellas almas, y el conquistar esta frontera y escala, que lo era, de innumerables Naciones repartidas por los Llanos y sus extendidos distritos, dió á la Compañía el cuidado de la doctrina de Morcote, Chita, Támara y Pauto, con todos sus anexos, que eran muchos, y de otros innumerables gentiles que, como ovejas sin Pastor, andaban vagando por la Sierra y los valles, descarriadas.

En esta conformidad, fueron escogidos para esta empresa cinco sujetos bien señalados en esta Provincia, por lo fogoso de su espíritu y religiosos procederes, amadores de la pobreza, celosos de las almas, despreciadores del mundo, dados á la oración, y

adornados de aquellas cualidades que debe tener un misionero bien preparado para tamaño empleo, á saber: el Padre Diego de Molina, el Padre José Dadey y el Padre Miguel Jerónimo de Tolosa, fueron los señalados, á los cuales se agregaron otros dos: el Padre Domingo de Acuña y el Padre José de Tabalina, varones Apostólicos todos cinco, como lo mostró el efecto en la conversión de los gentiles, y se hubiera mostrado mucho más, si el demonio que pronosticaba ya la guerra que le habían de hacer tan valerosos soldados, no hubiera levantado una borrasca que lo frustró todo.

Bien se deja entender el júbilo y alborozo que recibieron los misioneros, con la designación de su Provincial para tan Apostólico empleo, que era el objeto de sus ansias, entretenidas por muchos años, y como violentadas con la dilación de tanto tiempo. Pronto se pusieron en camino, no viendo la hora en que habían de empuñar los aceros de su espíritu, contra el infierno todo. Después de un viaje dilatado, por caminos peligrosos, llegaron á la deseada Serranía, campo de sus proezas y pretendido Apostolado, y conferidas entre sí varias materias conducentes al establecimiento de la Misión, se repartieron por la Cordillera, tomando á su cuidado los Padres Diego de Molina y Miguel Jerónimo de Tolosa la doctrina de Chita y sus anexos; el Padre José Dadey á Támara, Paya y Pisba; el Padre Domingo de Acuña á Morcote; y el Padre Tabalina á Pauto. Así quedó repartido tan dilatado campo entre los cinco misioneros, ayudándose éstos mútuamente, por lo cual asistían ya en una, ya en otra doctrina, según lo necesitaban.

No había ni una palabra escrita sobre el idioma de estos indios, con que su primer cuidado fué la aplicación á estas lenguas, formando vocabularios, y componiendo directorios, para aprenderlos y enseñarlos. Gastaron en esto muchos días, con el inmenso trabajo que se deja entender, y más teniendo por maestros para tan difíciles idiomas, á unos indios bárbaros, que todo lo entienden al revés. Era cosa de grande edificación, y espectáculo digno de los Angeles, ver á unos hombres de aventajadas prendas y de lucidísimos talentos, hechos niños por Jesucristo, discípulos de unos bárbaros, y preguntarles como á maestros sus dudas, y atender á sus respuestas con la pluma en la mano, para escribir en sus cuadernillos vocablos tan inauditos; ponerse á estudiar los nombres y á discurrir sobre los verbos, los que podían ser maestros, ocupando las primeras cátedras y púlpitos; pero el amor de Dios, y el celo por la salvación de las almas, les hizo vencer este imposible, y emprender este trabajo y penitencia que, en mi estimación, es la mayor de todas, y como la piedra de toque en que se prueba el misionero.

Con esta aplicación y trabajo, y con su feliz ingenio, adquirieron nociones suficientes de la lengua, escribieron muchas notas y reglas, y compusieron gramáticas, con lo cual, hechos ya capaces de las frases y modismos, tradujeron los catecismos de doctrina cristiana, cada cual en el lenguaje de su partido y departamento.

Vencida esta dificultad, que era la principal de todas, empezaron su Apostolado discurriendo por las serranías en busca de los esparcidos indios; entrábanse por sus tierras y caneyes, distantes unos de otros muchas leguas, de montes y precipicios, juntaban á los niños que podían, y les enseñaban la doctrina cristiana en su lengua propia; pasaban luego á los adultos, para desvastar su rudeza como de duros troncos, enseñábanles la doctrina, y los instruían principalmente en los misterios necesarios para recibir el bautismo. Así discurrieron estos varones Apostólicos, recorriendo la Serranía toda, á costa de indecibles afanes, sin perdonar trabajo, alumbrando con los resplandores de su doctrina á aquella gentilidad ciega, convirtiendo en un paraíso de virtudes aquel inculto campo, que había sido poco antes selva de errores y de vicios. Levantaron muchas iglesias, en donde era reverenciado y conocido el verdadero Dios, adornándolas de imágenes y de ornamentos, para aficionar á los indios, y enseñarlos á hacer aprecio de las cosas sagradas.

Esto ejecutaron los Padres en sus misiones, atrayendo por este medio á muchas almas al amor y conocimiento de su Criador, ganando innumerables gentiles, que por medio del bautismo poblaron el Cielo; y sin duda ejecutaron mucho más que sabríamos ahora, si tan estimables noticias no hubieran quedado sepultadas en los desiertos de Morcote y Chita, privándonos de ese tesoro.

Del que sí las tenemos más individuales es del Padre Domingo de Molina. Ya dijimos lo retirados que estaban los Tunebos, regados por la Serranía, distantes unos de otros muchas leguas; costumbre que seguían los de Morcote y Támara; no obstante esta distancia y aspereza de caminos, ó por mejor decir, despeñaderos, salía el buen Padre Molina á recorrer los bogíos, y doctrinar á los indios, especialmente en los veranos, residiendo ya en unas ya en otras partes, y allí les enseñaba el catecismo y oraciones, con lo cual pudo bautizar á muchos gentiles, después de bien instruídos, sacando por este medio innumerables almas de la tiranía del demonio.

Dejó tan arraigadas memorias el Padre Molina, y tan edificado el país, que en todas partes era llamado el Padre Santo, título que supo ganarse con sus heróicas virtudes y su ardiente caridad. Todavía conservaban su recuerdo los indios, cuando entraron nuestros exploradores para el segundo entable en los Llanos: en

ellos se encontraron muchos cristianos, bautizados por el Padre Domingo, y entre ellos dos viejos Tunebos que, á pesar de haber pasado treinta años, se acordaban todavía de su Santo Padre Molina, y del Catecismo que les enseñó, el cual repitieron en presencia de los exploradores, con no menos admiración que edificación, viendo tan estampadas las verdades católicas en estos indios, sin que las borrase el tiempo, ni su adelantada edad.

Estos dos viejos, en quienes duraban los recuerdos, no sólo del Padre Molina, sino también de los demás Padres sus compañeros, y de la enseñanza y amor con que los trataban, mostraban grande aprecio de los misioneros Jesuítas, y como les duraba el buen concepto, lo habían estampado también en los mozos, y unos y otros deseaban grandemente verlos otra vez en sus tierras, y tenerlos de asiento en sus poblados para ser doctrinados.

No estrechaba este buen Sacerdote á los Tunebos solamente; extendíase su predicación por toda esa tierra, y á pesar del trascurso de treinta años, todavía duraba en ella el olor de sus virtudes. No quiero callar lo que advirtieron sobre este punto los Padres, á quienes he llamado exploradores, cuando entraron por segunda vez á esas tierras, después de treinta años de haber salido los primeros. Ellos aseguran haber encontrado en todas partes panegiristas de los primeros misioneros, así españoles como indios, que se hacían lenguas en alabanza suya: de unos alababan los viejos su penitencia, de otros la devoción, en otros el cuidado de acudir á sus feligreses, no temiendo riesgos de ríos, ni asperezas de caminos, y deteniéndose en sus pobres ranchos para servirles en sus enfermedades. Se admiraban de aquel celo con que bajaban á los Llanos á catequizar, bautizar, confesar y administrar los otros Sacramentos, enseñando el camino del Cielo, y deteniéndose en los poblados según que necesitaban de doctrina los indios. Tal era el celo y los trabajos de tan fervorosos misioneros, suficientes para rendir á un gigante.

Eran tan desmedidos sus afanes, por ser la miés mucha y los operarios pocos, que se juzgaba por imposible poder acudir á tantos indios, desparramados y divididos en tan diversas reducciones y pueblos; pero el valor y constancia, y la grandeza de su alma les ponía alas en los piés para romper con ligereza, y volar por sobre los mayores imposibles. Con estos afanes y sudores formaron la primera cristiandad los cinco misioneros dichos, en Chita, Tame, Pauto, Morcote, Paya, Pisba, Tunebos, el pueblo de la Sal y Guase. Hicieron iglesias y atrajeron al culto del verdadero Dios á muchas Naciones y familias de gentiles, y cuando se caminaba con prosperidad entre aquella espesura de malezas; cuando iban nuestros fervorosos misioneros fertilizando aquellas campiñas tan incultas y tan escabrosas, más por los

abrojos del gentilismo que por las espinas de sus montañas; cuando con sudores de sangre habían logrado la traducción de catecismos y doctrina cristiana, en esos idiomas bárbaros, se levantó una tormenta sediciosa y una borrasca muy sensible para el ardiente celo de la Compañía de Jesús. Fué de tal calidad el huracán desecho de la persecución, que se tuvo por forzoso y acordado desamparar los sitios, tanto por la falta de Sacerdotes, como por las siniestras informaciones que alteraron el ánimo del señor Arzobispo que había entonces en este Nuevo Reino.

Dejónos el caso bien lastimados, y sólo con las esperanzas de que con el tiempo se mejorarían las cosas, para conseguir nuestros fines, los cuales deseaban y apetecían tantos ánimos ardientes, y tantos celos ansiosos, especialmente los misioneros sobredichos, quienes, nada acobardados con los bramidos de la tempestad, pretendieron con mucho empeño la restauración de las doctrinas; indicios claros de corazones generosos y alentados, de espíritus semejantes al rayo, que aumenta la violencia de su fuerza cuanto mayor es la resistencia que encuentra.

CAPÍTULO XVIII

CALUMNIAS CONTRA LOS MISIONEROS. DÉJANSE LAS REDUCCIONES. SENTIMIENTO QUE HICIERON DE ELLO LOS INDIOS Y LOS ESPAÑOLES Y LA REAL AUDIENCIA. INSTANCIA DE LOS MISIONEROS PARA VOLVER Á SUS AMADOS INDIOS.

Los juicios incomprensibles de Dios, y la providencia con que lo gobierna todo, se hacen tanto más admirables cuanto más se ocultan sus caminos al entendimiento humano, y se ignoran los rumbos por donde guía al universo; razones que deben hacernos callar y tener por acertado cuanto dispone y permite, sin prorrumpir en quejas. Ya se hallaba el Apóstol del Oriente á las puertas de la gran China, á la vista de aquel gentilismo lleno de innumerables individuos, cuando le atajó Dios sus pasos, llamándolo á su seno, y permitiendo que muriese en las arenas de Sancho, más por las calumnias de Ataide y sus aliados, que por las fatigas que había sufrido.

Hallábanse nuestros misioneros, como se ha visto, á las puertas de un innumerable gentilismo, rendida ya la principal fortaleza y alcázar del demonio en la Serranía, puerta y escala para las demás Naciones. Ya habían conquistado para Cristo nueve reducciones, instruído y bautizado muchas almas, edificado iglesias, mejorado el país, y cuando pensaban pasar adelante en sus empresas, conquistando todos aquellos montes y llanuras, navegando en mar bonancible por todo aquel ancho gentilismo, se levantó la tempestad que concluyó con todo.

Empezaron nuestros émulos (que nunca le han faltado á la Compañía de Jesús) á maquinar calumnias horribles, hijas de su envidia é interés contra los misioneros; pasaron á tomar la pluma contra los siervos de Dios, disparando tal carga cerrada de testimonios y pesadumbres por sus cañones, como si fuera artillería, que llegando el estallido y estruendo á la ciudad de Santa-Fe, oscurecieron con el humo su fama, é hicieron tal impresión en la fantasía del Arzobispo, que trocando éste el buen concepto que tenía antes de los misioneros Jesuítas, en recelos y sospechas, fué de parecer, sin más averiguación, que desamparasen el puesto y se saliesen de los Llanos; golpe bien duro á la verdad para su caridad y celo, que les atravesó el alma.

No se contentaron nuestros émulos con desacreditarnos en Santa-Fe; pasó volando la calumnia por los mares hasta la Corte de España, y entrándose en el Concejo, batió sus infames alas, levantando tal polvareda de falsedades y mentiras contra los misioneros, que oscurecida la vista de los señores Concejeros, empezaron á mirar á los Jesuítas muy de otro modo del que los miraban antes. Oyóse en el Concejo, que los misioneros de los Llanos trataban y contrataban, especialmente el Padre José Dadey, cosa tan falsa y tan ajena de la verdad, como lo sabían en los Llanos los que miraban á los Padres sin pasión. No es justo pasar en silencio lo que escribió sobre este particular el Padre Miguel Jerónimo de Tolosa, después de dejadas las doctrinas, en carta que envió desde Pamplona al Padre Luis de Santillán, Provincial entonces del Nuevo Reino y de Quito, su fecha 12 de Marzo de 1629.

"Representando á Vuestra Reverencia (dice el Padre) si será bien se sirva mandar el Padre Rector de Santa-Fe se haga información del modo de proceder de los Padres en los Llanos, y mío en Chita, y de lo que en aquellos indios se hizo, y en el adorno de sus iglesias, pues al Padre Molina y al Padre Acuña, todos, españoles é indios, los tenían y respetaban como á santos; y aunque lo que se hizo de informaciones de que los Padres trataban y contrataban era directamente contra el Padre José Dadey, son calumnias, á las cuales el Padre si fuere menester responderá, y no faltan personas desapasionadas, como lo son Lorenzo de Artajona, y otros, que asistieron con los Padres, que vuelvan por la verdad. Lo que yo hice en Chita con los indios, y en la iglesia, á todos es notorio, y todos, españoles é indios, y las cosas mismas, lo dirán; y el amor que los indios me tuvieron y tienen, nacido fué del bien que les hice."

Hasta aquí la cláusula de la carta del Padre Tolosa, en la cual muestra con ingenuidad, cuán tranquilas estaban su conciencia, y la de sus compañeros, en las calumnias que les imponían, pues

hacía jueces sobre este punto, no sólo á los españoles, sino hasta á los mismos indios, nada escasos en mentir, como en publicar la verdad cuando redunda en contra de su Cura, sin reparar en nada; pero la seguridad de su conciencia le daba aliento para pisar descalzo sobre esta brasa encendida, y para sacar en limpio la verdad, aun de la boca mentirosa de un indio. Todo esto lo he traído aquí para que se vea la falsedad con que nos infamaban en Santa-Fe y en el Concejo.

Ya se deja comprender el sentimiento de los misioneros, de los Superiores, y de la Provincia toda, no tanto por las calumnias, cuanto por ver frustrados sus intentos en las misiones, y cerrada la puerta que habían abierto, rompiendo esta tierra nueva á costa de indecibles afanes y muchos gastos, para la conversión de los gentiles. Miradas, pues, las cosas, y atendidas despacio con mucho acuerdo las circunstancias, tuvieron por acertado los Superiores el arrojar á Jonás entre las ondas para que cesase la tempestad, que iba creciendo cada día más hasta las nubes, y que lo turbaba todo con sus repetidos bramidos, causados por la violencia de los vientos que levantaban la emulación y el interés, esperando tiempo más oportuno para el segundo entable. Por esto enviaron á llamar á los misioneros, quienes vistas las cartas de los Superiores, estimando más la obediencia que la conversión del mundo, dejaron la labor comenzada y se restituyeron á los Colegios.

El dolor universal que hirió vivísimamente á todos, así españoles como á indios, al ausentarse sus amados Padres, fué á la medida de su amor y respeto, y una información general de su santidad é inocencia. Lamentábanse los españoles de que se les quitase su amparo; y lloraban su orfandad los indios, viéndose sin el arrimo de los que miraban como á Padres. Todos culpaban á los Superiores de que se quitase de sus tierras á los que miraban como á santos bajados del Cielo para su bien. Los que expresaron más su sentimiento, como que conocían bien y experimentaron más presto la falta que hacía la Compañía en los Llanos, fueron los Encomenderos y los señores Oidores de Santa-Fe. Eran repetidas las cartas que escribían de los Llanos contando mil lástimas que se experimentaban ya, desde la ausencia de los Padres, y prorrumpían en sentidas quejas contra la Compañía, y aun la culpaban de haber abandonado el puesto y desamparado tantas almas necesitadas de doctrina. Todos deseaban, en fin, que volviesen los misioneros á las doctrinas, y no paró la Real Audiencia hasta dar la posesión de los Llanos á la Compañía, como veremos á su tiempo. Pero como lo dicho en este punto lo expresa en un informe el Padre José Dadey, me ha parecido poner aquí sus mismas palabras, que son como sigue:

"Sea la otra razón (se entiende de admitir otra vez las doctrinas) el común sentimiento y deseo de esta República, de que vuelva la Compañía á esa Misión, y particularmente del señor Marqués y de los señores Oidores, y de los Encomenderos de allá, y las lástimas que cuentan y escriben, así ellos, como otras personas que viven en los Llanos, culpando á la Compañía porque desamparó almas tan necesitadas; y estos señores también nos culpaban."

Esto dice el Padre José Dadey en su informe, en el cual declara muy bien el aprecio que hacían los desapasionados, del proceder de los hijos de la Compañía, al mismo tiempo que nuestros émulos la roían y despedazaban con sus viperinas lenguas.

No fué menor la expresión de los mismos indios, quienes solían conocer, aunque bárbaros, el bien que tenían en los Padres, y que perdieron después. Cuando pasó el Padre Tolosa por Chita, para la ciudad de Mérida, habiendo dejado las doctrinas, luego que lo supieron los indios, corrieron desalados á la casa del Padre, todos, grandes y pequeños, á verle; lloraban de gusto y de contento, se arrodillaban á sus piés y le abrazaban, y no se hartaban de mirar en su tierra á su Pastor y Misionero, que los amaba como á hijos con la ternura de un padre.

Las instancias de los misioneros para volver otra vez á sus amados indios, fueron tan repetidas á los Superiores, no obstante las calumnias ya dichas, que ellas solas fueron una prueba de la valentía de su espíritu y celo, que no sabe rendirse ni ceder á los trabajos más sensibles, pasando por la gloria de Jesucristo, por la infamia y por la buena fama como dice San Pablo. Volver á sus amadas misiones otra vez era el mayor anhelo de su corazón.

No dejaré de poner aquí algunas expresiones suyas, hijas de su espíritu y celo, para que se entienda por ellas lo fino de sus deseos, y el aprecio de las misiones. Entre las muchas razones que alegaba el Padre José Dadey para que se admitiese á los Jesuítas segunda vez en estos pueblos, están las que siguen:

"Digo, que principalmente para la conversión de los indios se fundan las casas y Colegios en las Indias: esto quiere nuestra madre la Compañía; esto, lo que más encargan los que la gobiernan; luégo esto se ha de preferir á lo demás, como lo principal á lo accesorio, y por este medio lucirá la Provincia y alcanzará muchas misericordias del Señor. Suplico á Su Majestad lo disponga como más sea servido.

"Fecha en Tunjuelo, á 27 de Abril de 1631."

No se mostró inferior en este celo y deseo el Padre Miguel Jerónimo de Tolosa, como tampoco en la invencible constancia de padecer trabajos por Jesucristo, y la conversión de las almas. Ya



dimos arriba la cláusula de una carta suya en que volvía por la inocencia de los misioneros; pero como iba dirigido todo eso á que no se desamparasen las reducciones, para facilitar esta empresa y se admitiesen otra vez, no obstante las muchas dificultades que se oponían, y trabajos insuperables para tan pocos operarios, añade en la misma carta y dice:

"La primera razón que suelen dar de que no le está bien á esta Provincia tener aquella misión, es, que es muy trabajosa, lo cual es verdad, pero no son los trabajos tan insuperables como á algunos les parece, que el favor divino y su gracia les dan mucha dulzura y facilidad; ni llegan á las incomodidades que los primeros Padres padecieron en la India Oriental, en sus misiones, y en el Brasil. También es cosa muy cierta, que no hay nada grande en el servicio de Dios Nuestro Señor que no vaya vestido y adornado de dificultades, trabajos é incomodidades. Y como la conversión de aquellas pobres gentes es de tan grande servicio de Dios Nuestro Señor, no es maravilla que vaya acompañada de trabajos é incomodidades; antes bien es razón esta que á los hijos de la Compañía les debe animar á desear semejante empresa, y juzgar que le está muy bien á la Provincia tener puestos en los cuales hay trabajos é incomodidades que padecer por amor de Jesucristo y por el bien de las almas."

No se podía dibujar con colores más vivos el espíritu del Padre Tolosa, el deseo de padecer trabajos, y el celo de las misiones, sus ansias de que se procurasen otra vez, y el aprecio que hacía de tan difíciles empresas; á lo cual añadiremos ahora, para coronar este capítulo, otra cláusula sobre el mismo intento, que escribió el Padre José de Tabalina, para que se vea por ella la conformidad de espíritu con que procedían y anhelaban todos cinco misioneros, la conversión de los gentiles.

"En estas doctrinas, dice el Padre, hay ocasión de padecer mucho por la gloria de Nuestro Señor y la salvación de las almas, que es tan propio de los varones Apostólicos é hijos de la Compañía, así por la soledad como por la comida y vestido; peligros de ríos, caminos doblados y fragosos, y por vivir tan apartados de la comunicación de la Provincia."

Estas y otras muchas razones propusieron á los Superiores, los Padres, para que se intentasen estas reducciones otra vez; mas aunque eran eficaces todas, y estaba la razón de nuestra parte, tuvieron sin embargo por acertado entonces dar tiempo al tiempo, y esperar oportunidad mejor; que es prudencia muy grande en el Piloto cambiar el rumbo de la nave en medio de la tormenta, hasta que se sosieguen las olas.

Así se ejecutó por este tiempo en los años de 1629, y dejadas las doctrinas, y repartidos por la Provincia los Padres, se tomó

otro rumbo, el cual será preciso que tome yo también, para seguir mi historia, siguiendo la serie de los años, hasta el de 1660, en que se intentaron otra vez; y mientras tanto daré noticia de algunas vidas y muertes de varones insignes, que se emplearon en los indios, y de sus ministerios con ellos; dejando, por no pertenecer á mi historia, los otros ministerios que se ejercitaron entre españoles.

CAPÍTULO XIX

BREVE NOTICIA DE LA VIDA Y VIRTUDES DEL PADRE DOMINGO DE MOLINA, FUNDADOR DE NUESTRAS PRIMERAS MISIONES DE LOS LLANOS.

Son las obras heróicas de los varones insignes una exhortación muda que mueve á la imitación. Verdad es esta, que aun hasta los gentiles la alcanzaron; por esto refiere Plinio la costumbre antigua que tenían, y apreciaban en sus casas los nobles, de fijar en las portadas de los palacios las estatuas é imágenes de los héroes más insignes, y esculpir en duro mármol los blasones de sus victorias, para que los mancebos nobles y de generosos sentimientos, que mirasen en las portadas aquellos mudos simulacros, ennoblecidos con sus proezas é ilustrados con sus hazañas, se avergonzasen de sí mismos por su cobardía, y, espoleados de la fama, y reprendidos con las mudas voces que oían de los retratos, concibiesen generosos espíritus, no queriendo ser inferiores en las hazañas y valor.

Siendo, pues, mi principal intento sacar á luzen esta histora los trabajos Apostólicos de nuestros misioneros, y sus gloriosas hazañas, hechas en las misiones de los Llanos y del río Orinoco, para ornamento y lustre de esta Provincia del Nuevo Reino, y para aficionar los ánimos á tan gloriosas empresas, me ha parecido poner aquí, aunque concisamente, las vidas de algunos misioneros señalados, que se emplearon en los indios en este medio tiempo, hasta el segundo entable, y principalmente de los que fundaron las misiones primeras, para que fijadas estas imágenes y colocadas estas estatuas á la portada de este edificio y fábrica de las misiones, se muevan los que las miran con santa emulación, á la imitación de sus hechos.

Muchos son los héroes que ha concedido Dios á esta Provincia del Nuevo Reino, colmándola de eminentes sujetos en todo género de buenas prendas y virtudes, de casi todas las Naciones, y que han sido su mayor lustre, la honra más grande y el crédito más crecido; pero, porque no es mi intento tratar (como ya dije) de otros varones ilustres, ni de otros ministerios, que los que pertenecen á los indios, trataré solamente de éstos.

Ya dije que el Padre Domingo de Molina y el Padre José Dadey fueron los fundadores de nuestros primeros Ministerios aquí en los Llanos, con que habrán de ser éstos preferidos á los demás, en orden á escribir sus virtudes; pues habiendo sido los primeros que, rompiendo valerosamente por el campo de los enemigos, fijaron el estandarte de Jesucristo en las murallas de los Llanos, será razón que sean atendidos los primeros. Mucho se pudiera decir sobre las virtudes y empleos del Padre Molina, pero como pretendo ser conciso, diré solamente lo que he encontrado escrito, sin extenderme más.

Toda la vida del Padre Domingo de Molina fué una honra continuada de la Compañía, y en él tuvo esta Provincia un tesoro. Escribió un Padre de la Provincia de Milán, á otro que estaba ya en las Indias, cuando vino el Padre Molina, diciéndole, " le enviamos á Vuestra Reverencia la perla preciosa que tenía esta Provincia, y bien podrá el Nuevo Reino dar cuanto tiene por merecerla."

Fácilmente se creerá haber tenido el colmo de las virtudes en supremo grado, si se considera cuán íntima y continuamente era dado al ejercicio de la oración, que es la fragua de la virtud, en donde se acrisola la santidad, y cuantos mayores empeños se hagan en ella, mayores frutos se cogerán en la vida. La de nuestro Venerable Padre fué un continuado ejercicio de esta virtud divina: tres horas eran las que tenía de distribución todos los días, las cuales terminaban á las seis de la mañana, mas no por eso dejaba el continuado ejercicio de la contemplación, de manera que el día entero lo pasaba embebido en Dios, y en la oración mental, de donde sacaba las demás virtudes con tan elevada perfección.

Con ese espíritu alentado, y su ardiente celo, andaba en los desiertos de los Llanos, arrostrando trabajos tan inmensos y excesivos, para dar la primera luz á aquellas gentes, teniendo que aprender sus lenguas dificultosas y bárbaras, y fundar los pueblos de Pauto, Chita, Morcote y sus agregados que son de los mejores que tiene este Reino en esas comarcas.

Aun cuando muchas materias filosóficas y teológicas le eran familiares, en la teología moral fué eminente. Sus resoluciones y pareceres fueron siempre atendidos y aplaudidos, aun de nuestros mismos maestros.

Fué Rector varias veces del Colegio de Mérida, y lo hubiera sido de otros muchos, sin un achaque del que padeció muchos años y del cual sólo en el temperamento de Mérida encontraba alivio. De allí lo sacó la obediencia, con ocasión de la fundación de nuestro Colegio en la ciudad de Santo Domingo, en la Isla española. Parecióle al Padre Provincial que para intentar nuevas fundaciones era necesario echar mano de hombres de relevantes prendas, de espírtiu ardiente y de sabiduría conocida, y como

todo junto se hallaba en alto grado en el Padre Domingo, le propuso si quería ir á la Isla española, dejándolo á su voluntad; pero la sola insinuación le bastó para cerrar los ojos y atropellar con el conocido impedimento de sus muchos años, de sus achaques continuos y su salud delicada. En nada de eso hizo reparo sino únicamente de obedecer con toda puntualidad, y partió, sirviendo en la isla de Santo Domingo de objeto de veneración de toda clase de gentes, y acreditando á la Compañía con sus actos de fervor. Allí obtuvo el nombramiento de Roma para Provincial de esta Provincia, y cuando estaba preparándose para emprender viaje, quiso Dios que lo hiciese para la gloria, mandándole un accidente que le quitó la vida, el 29 de Septiembre de 1662, á la edad de 72 años, 56 de ser Jesuíta y 40 de profeso.

CAPÍTULO XX

VIDA Y MUERTE DEL PADRE JOSÉ DADEY, UNO DE LOS PRIMEROS FUNDADORES DEL PUEBLO DE MORCOTE.

El venerable Padre José Dadey fué uno de los primeros fundadores de nuestro Colegio de Santa-Fe, á donde lo trajo Dios para gloria suya y bien de las almas, el año de 1604. Nació en la deliciosa Italia en la ciudad de Mondovi, Estado de Milán, de padres muy nobles. El amor y estimación que tuvo á nuestra Compañía se conoció muy bien por los imposibles que venció para entrar en ella. Sus padres y nobles deudos sintieron profundamente su separación, porque con ella se cortaban esperanzas bien fundadas de aumentos temporales y honras terrenas, que tanto se apetecen en el mundo. Y como á éstas y á pretensiones humanas tiene cerradas las puertas la Compañía, quisieron sacar de ella á nuestro José, para lo cual no perdieron diligencia ni estratagema alguna, hasta llegar á pedir judicialmente que se pusiese en libertad al muchacho. Para examinar si había alguna violencia nuestra ó puerilidad suya lo entregó la Compañía á sus padres, quienes creyeron asegurar su victoria por ser la batalla con un niño.

Mas el valiente José se mostró como varón consumado en la lucha tan gloriosa que sostuvo; asestáronle toda la artillería de persuasiones, pero como él estaba amurallado en el amor á Dios, estuvo invencible, y les habló con tanto fervor, mostrando tan gran firmeza en sus gloriosos designios, que sus padres tuvieron que entregarlo otra vez á la Compañía, quedando él sumamente gustoso de verse en su tan deseada gloria.

Después de hechos ya los votos de la Religión, tuvo otro combate riguroso y no de menor peligro, y fué el caso que tenía

dos tíos, hermanos de su padre, el uno Mayordomo del Sumo Pontífice y Dean de Santa María la Mayor de Roma, y el otro Obispo de una de las ciudades de Milán, y cada uno por su parte deseaba el mayor lustre de su sobrino para lo cual lo pusieron en crueles amarguras; el uno poniéndolo en la dignidad de Deán, y el otro nombrándolo sucesor en el Obispado: terrible lluvia de honras para los hijos de este siglo, pero que para el religioso mancebo eran agonías y congojas mortales, mucho más cuando supo que sus tíos, para facilitar sus intentos, trataban de que el Sumo Pontífice le dispensase los votos religiosos. Entonces no se fió de sí mismo, aunque bien pudiera hacerlo por su mucha virtud y abundantes gracias conque Dios lo mantenía; parecióle conveniente para su alma mudar de residencia, y habiendo tenido noticia del dilatado campo que ofrece la América para la salvación de las almas, determinó pasarse á las Indias en busca de los tesoros del Cielo, los cuales no se le habían de negar cuando por ellos dejaba tantas dignidades.

Cúpole la suerte de tan estimable prenda á este Nuevo Reino, á donde llegó con el Venerable Padre Diego de Torres Bollo, primer Provincial de esta Provincia, y acababa de serlo de la Provincia del Perú. Apenas llegó se aplicó con extraño fervor á todo género de ministerios sagrados, especialmente á los de los indios, poco plausibles á los ojos humanos, aunque muy estimables á las atenciones divinas. Aprendió, como se dijo ya, la lengua de los indios de este Reino, con inmenso trabajo por no haberse escrito cosa alguna sobre ello; compuso artes y vocabularios, y los enseñó públicamente en Santa-Fe por muchos años. Fundó y mantuvo los estudios de Gramática, de Moral, de los Meteoros y de la Esfera, no faltándole tiempo para confesar y predicar, como lo hizo toda su vida con admirable constancia y fervor. Todas estas cosas, como nuevas, como nunca oídas ni vistas, tenían asombrado á Santa-Fe, y edificados á todos, aumentando la estimación de la Compañía, y derramando la fama de los religiosos y maestros, que tantas ventajas les trajo, por la bondad de Dios.

Sin embargo de tantos empeños gloriosos, y de haber fundado en la Sabana de Bogotá algunos pueblos y doctrinas de indios, le pareció al Padre Dadey estrecho el círculo para su fervor, y, tendiendo las alas de su caridad, se partió á los desiertos de los Llanos, y se arrojó entre innumerables naciones de bárbaros gentiles, que hasta entonces no habían oído los ecos de la predicación evangélica, y fué uno de los primeros fundadores de los pueblos de Morcote, Chita, Pisba, Támara y Paya, de los cuales hemos hablado ya.

En aquellas montañas y desiertos, y en apuellos peligros tan continuos, hubiera gastado todos sus años, si no le hubiera saca-

do de ellos la Santa Obediencia, y era de tal calidad su espíritu que en todas partes hacía falta. Fué Superior varias veces en diversas partes de la Provincia, y en todas mostró su ardiente celo por la obediencia religiosa, de modo que con su ejemplo introducía en todos más que con su imperio, la eficacia de los mandatos superiores; por eso decía Santo Tomás que el mejor principio de mandar es saber obedecer; doctrina bien entendida y ejecutada del Padre Dadey.

Era puntualísimo en el cumplimiento de las órdenes de nuestros Padres Generales, y disposiciones de los Padres Provinciales, y en todas las virtudes religiosas se esmeró altamente. Su pobreza fué suma, su castidad singular, rara su mortificación, fraguado todo con hermosos quilates en el crisol de la Santa Oración, á la que fué muy dado, casi hasta que murió. Sus achaques y muchos años lo redujeron á una especie de caduquez y delirio, como demencia, en los cuales se vió lo fundamental de su espíritu, pues aun los delirios fueron siempre de cosas santas, y de materiales espirituales. Murió en Santa-Fe el 30 de Octubre de 1660, teniendo 86 años de edad, 70 de Compañía y 43 de profeso de tres votos.

CAPÍTULO XXI

VIDA DEL VENERABLE PADRE JOSÉ DE HURTADO, OPERARIO INFATIGABLE DE LOS PUEBLOS Y DOCTRINAS DE LA SABANA DE BOGOTÁ.

El Gran Padre de indios, y eminente operario de ellos, Venerable Padre José Hurtado, nació en la ciudad de Cuenca, Obispado de Quito, en donde le recibieron para la Compañía en los primeros años de sus estudios, y le enviaron á Santa-Fe para que los continuase en su Colegio. Bien hubieran querido los Superiores que se adelantase en las letras, para las cuales había mostrado muy buenas disposiciones; pero era tanta la falta de sujetos entonces, que se vieron obligados á ocuparle en oficios domésticos y empleos humildes, en los cuales se ejercitó con grande elogio de todos, y satisfacción de los Superiores, pues para todo se daba maña, y con su capacidad le daba eficacia, no cansándose en servir y ayudar á todos en sus cuidados, como si él no tuviese ningunos.

La misma falta de sujetos obligó á que le ocupasen en el servicio de Procurador del Colegio de Santa-Fe; y en la asistencia de sus haciendas y estancias se portó como Procurador, visitándolas, y como Mayordomo y jornalero, sirviéndolas, aumentándolas con extremado cuidado, y fundando algunas de nuevo, pues miraba en estos bienes el patrimonio de Cristo. Después de muchos años de estos empleos, quisieron los Superiores que volviese

á los estudios, mas como eran ya sus años muy crecidos, mostró deseo de quedarse en el estado de Coadjutor espiritual, deseoso del bien y salud de las almas.

Desde ese tiempo tendió las velas su espíritu, empleándose toda su vida en los Ministerios de indios, para cuyo efecto aprendió la lengua, y la supo con eminencia, y fué gran lenguaraz de ella, como lo había sido de la general del Perú. Con su diligencia continua y fervor, ganó muchos indios para Dios, y con la continuación de predicarles en su lengua, es indecible lo mucho que les aprovechó, y la grandeza con que entabló entre esta gente el uso de los Sacramentos. Al fervor del Padre José Hurtado deben todos los pueblos de la Sabana de Bogotá, en los contornos de Santa-Fe, su buena enseñanza y trato humano, el conocimiento de las cosas sagradas, estimación y afecto de la fe cristiana, pues á pesar de trabajos é incomodidades de su persona, supo cultivar las almas de estos pobres indios, encaminándolas á su salvación.

Hacía sementeras comunes, para que los pobres y desvalidos tuviesen el sustento necesario; andábase en continuo movimiento por los ranchos de los enfermos, haciendo con sus propias manos los medicamentos, y tratando de que no faltase algún alivio á estos pobres destituídos, aun exponiéndose á evidentes riesgos de perder la vida, como sucedió en tres ó cuatro ocasiones, de contagios pestilentes que padeció este Reino, en los cuales estuvo el Padre deshauciado, por la asistencia continua con que curaba á los indios apestados.

Fundó en el pueblo de Fontibón una escuela de música, y como tan diestro en ella, compuso muchas obras para celebrar con solemnidad las fiestas y oficios divinos, y á esta enseñanza del Padre Hurtado debe todo el Reino la música de que hoy goza en todos los pueblos. En este de Fontibón hizo la hermosa iglesia que tenemos, y la dotó de retablos y pinturas excelentes, y de muchos ornamentos ricos, alhajándola de vasos é instrumentos de plata, y de todo lo necesario para servir con lucimiento.

A todos estos empleos, verdaderamente grandes, é hijos de un espíritu muy calificado, y de una virtud suprema, dió la última perfección y hermosura, el esmalte de muchos y variados achaques que padeció, y que en los últimos años de su vida fueron creciendo hasta rendirle á la cama: insufribles eran los dolores cólicos de que padecía, y que le formaban un continuo martirio, que él sufría con tan uniforme tolerancia, que se hizo ejemplar su extremada paciencia, con la cual le labró Dios una corona, llevándoselo al Cielo el 4 de Agosto de de 1660, á los 82 años de edad, 62 de Compañía y 39 de Coadjutor espiritual formado.

CAPÍTULO XXII

VIDA DEL VENERABLE PADRE FRANCISCO BARAIZ, FUNDADOR DE LA INSIGNE HERMANDAD DE NUESTRA SEÑORA DEL SOCORRO, Y OPERARIO CELOSO DE LA SALVACIÓN DE LOS INDIOS.

La vida del Padre Francisco Baraiz fué tan admirable en todo, y tan llena de virtudes, que daría materia suficiente para un volumen; pero ciñéndome á la brevedad que intento, copiaré lo que escrito ha llegado á mis manos, sin variar el estilo de su autor.

"Gloríese muy en hora buena, que muy bien puede, el ínclito y nobilísimo Reino de Valencia; celebre su antigua y aquilatada nobleza; goce de los ingenios sublimes que le tributa su florido y peregrino clima; aplauda tan celebrada hermosura como influye su cielo, que para toda esta grandeza junta, y para crédito de verdad tan notoria, le bastaba haber tenido por hijo suyo al Venerable Padre Francisco Baraiz, quien nació en una villa tan populosa como noble, cercana á la gran ciudad de Valencia. Nació en ella para lustre suyo, para crecida honra de la Compañía de Jesús, y para mayor gloria y corona de esta Provincia del Nuevo Reino, en donde vivió 50 años continuos, y casi todos en el Colegio de Santa-Fe, empleado totalmente en nuestro ministerio.

"Puede decirse con toda verdad, que fué modelo de la perfección más aquilatada, pues era el remedio de los pobres, médico de los enfermos, consuelo de los desvalidos, amparo de los desconsolados, alegría de los tristes, medicina de los hospitales, libertador de los presos, gozo de las cárceles, maestro de los ignorantes, luz de los ciegos, guía de los Seglares, desahogo de los Eclesiásticos, y ejemplar de los Religiosos; y siéndolo todo en grado superior, sólo él, como verdadero humilde, se tenía por pecador y por nada. Y aunque con todo género de gentes ejercitaba su ardiente caridad, con los indios, los negros y los pobres echaba el resto de sus fervores, teniendo con ellos todas las dulzuras de su espíritu, y habiéndoles infundido tanto amor por los Sacramentos, que llegaron á ser los indios confusión de muchos blancos españoles.

"Cuando estaban enfermos, el Padre los buscaba por los arrabales, en sus ranchos y rincones, llevándoles en el canto de su manto el alimento, los remedios y los regalillos que para ellos solicitaba su ardiente caridad.

"En busca de los indios se iba en todas las vacaciones por los pueblos circunvecinos, y en ellos hacía prodigios, ejercitando todos nuestros ministerios con la administración continua de Sa-



cramentos. Para esto le servía de grande auxilio la perfección con que aprendió el idioma de los indios; de la cual tuvo siempre una cátedra en nuestro Colegio, y en ella enseñó á muchos que, como buenos sucesores suyos, siguieron catequizando y llamando á los indios á la Iglesia de Dios.

"Así como al sol nunca le han faltado nubes que se atrevan á ocultar su inapagable claridad, no faltaron tampoco émulos que quisieran oponerse á esa cátedra, movidos, no de su celo, sino del interés, por lo que nos tenía asignado por ella el Rey; pero las razones alegadas por éstos fueron tan vanas, que nunca pudieron sobreponerse al verdadero mérito del Padre Baraiz, quien la tuvo á su cargo casi 50 años.

"A su devoción se debe la introducción de la hermandad de Nuestra Señora del Socorro, en favor de las almas del purgatorio, establecida y extendida ya por casi toda la Europa.

"Por su ardiente amor á la Madre de Dios mereció de esta Soberana Señora singularísimos favores, y repetidos milagros, siendo uno de ellos, la noticia anticipada que tuvo de su muerte.

"Despidióse de los Superiores y de sus amigos para ir á la ciudad de Tunja, asegurando á muchos de ellos que pronto iba á morir; en el camino extravió la vía más de dos leguas, para ir á visitar á un clérigo amigo suyo, á quien estimaba, y admirándose éste de un favor tan singular, le dijo el Padre: "como voy á morir á Tunja he venido á despedirme de ti." Y fué cosa notoria é inteligencia común, que esto lo había conseguido de Dios, para no morir en Santa-Fe, en donde habrían sido muy notables las honras y aplausos que se le hubieran tributado. No por eso fué menor el mar de lágrimas que se derramó en Santa-Fe con la noticia de su muerte, siendo común el sentimiento entre los Príncipes, las Religiones, los Monasterios de Monjas, los Ciudadanos Nobles, los plebeyos, y los humildes, y hasta los niños, pues todos se hicieron un deber de hacerle á su modo honras y funerales, para mostrar su agradecimiento.

"Los indios y los negros hicieron demostraciones tan piadosas y sentidas, que no pararon hasta conseguir traer de la ciudad de Tunja las venerables reliquias del Padre, cuyo recibimiento fué solemne, celebrándole con pompa fúnebre y gran concurso de todos.

"A la misma hora en que murió el Padre, vió una persona religiosa, de muy acreditada virtud, abierto el Cielo, y reconoció á nuestro Gran Padre y Patriarca San Ignacio que vestido de Sacerdote, y bien acompañado de espíritus celestiales, recibía en sus manos una cosa en forma de globo de fuego, sacrificio que ofrecía á Dios y se colocaba en un suntuoso trono. Quien conociera al Padre Francisco Baraiz, con su alma tan abrasada en el

amor divino, no podía dudar ser él á quien recibió el Gran Padre, para que gozase del Reino de los Cielos. Su muerte acaeció en la ciudad de Tunja el 11 de Enero de 1658, á los 77 años de edad, y 61 de Religión."

A estos cuatro varones insignes podían agregarse otros muchos, que darían gran lustre á esta historia, como el Padre Diego de Acuña, el Padre Miguel Jerónimo de Tolosa y el Padre José de Tabalina, de quienes podía escribirse mucho, por su gran celo y constantes trabajos en las misiones, como también del Padre Francisco de Ellaury, insigne doctrinero del pueblo de Tópaga; pero porque este último tiene su lugar propio después, cuando se trate de la Guayana, se omite por ahora su noticia, como el haber entrado á los principios algunos de nuestros misioneros en busca de gentiles á las montañas del río de la Magdalena, y otras, extendiéndose también á las de Guanacas, hasta que se entablaron las reducciones de los Llanos y de Orinoco. Y porque, de lo hasta aquí dicho, consta sumariamente lo que se desea saber de la Provincia de los Llanos, y del río Orinoco, y de nuestros primeros ministerios en la cordillera de Morcote, sus anexos y otras doctrinas, y de los que se ejercitaron en Santa-Fe y su distrito con los indios hasta el año de 1659, en que entraron nuestros exploradores á la tierra de los Llanos, para el segundo entable, y, hasta el de 61 en que se entablaron las misiones, daremos fin aquí al primer libro de esta historia, y pasaremos al segundo, en donde veremos entrar á dos fervorosos Padres á investigar los Llanos, y oiremos las individuales noticias que adquirieron de los ritos, abusos y costumbres de las naciones, y otras semejantes cosas, conducentes á la noticia completa que debe tener de todo una historia. Veremos últimamente entrar á nuestros Misioneros, á quienes seguiremos los pasos, guardando la serie de los años en cuanto fuere posible.

LIBRO SEGUNDO.

Entable de las reducciones de Casanare, Tame, Pauto, Macaguane, Goagibos y otros pueblos.

CAPÍTULO I

DEL ESTADO QUE TENÍAN LOS LLANOS Y LAS NACIONES QUE EN ELLOS HABITABAN EL AÑO DE 1659, ANTES DE ENTRAR NUESTROS EXPLORADORES.

Con el intervalo de 30 años que habían corrido desde que dejamos las reducciones mencionadas, fruto de nuestra primera entrada á los Llanos, se variaron las cosas, hubo algunas disposiciones nuevas, y se entabló la población de Tame, bien que sin orden ni concierto, y sin aquella asistencia que se requiere para el mejor logro de las almas y conversión de los gentiles, fuera por falta de Sacerdotes que quisiesen tomar este cuidado por su cuenta, ó por la inconstancia de los indios, y braveza de la Nación Girara, que dió mucho cuidado siempre á los españoles. La noticia de todo esto conviene que preceda á la entrada de nuestros exploradores, pues sucedieron antes las cosas que diré para mayor claridad.

Dando, pues, principio, y dejadas aparte nuestras primeras reducciones de Chita, Morcote y demás pueblos, antigua feligresía nuestra, bien asistida el día de hoy por Sacerdotes celosos y Religiosos Agustinianos ejemplares, trataré del principio de poblaciones que había ya de Achaguas, Giraras y Tunebos el año de 1759, bien que estos últimos estaban casi en la misma positura en que los dejó el Padre Domingo de Molina.

Comenzando por el pueblo de Tame, que era el más célebre en ese tiempo, y que doctrinó también, aunque de paso, el Padre Molina, había ya poblados el dicho año de 1759 algunos indios Airicos y de la Nación Girara, cerca del mismo río. Componíase la población de 18 caneyes ó casas grandes, en las cuales se alojaban como 450 almas por todas; éstos los pobló el Capitán Alonso Pérez de Guzmán en el dicho sitio, á la ceja del monte, á media legua de distancia de una ciudad pequeña, de españoles, llamada de "Espinosa de las Palmas," advocación de nuestra Señora de Rosario. Vivió dicho Capitán entre ellos cosa de cuatro años, hasta que le arrebató de las manos el bastón la muerte que

le dió la belicosa Nación de los indios Giraras, como diré luego, permitiéndome esta pequeña digresión, para hacer ver la valentía y braveza de estos bárbaros, y la suma dificultad que hubo para reducirlos y sujetarlos.

Muchos días hacía que estaban disgustados los Giraras con el Capitán Alonso y con los otros españoles de la ciudad de "Espinosa de las Palmas." Sobre la causa de este desabrimiento de los indios hay variedad de pareceres: unos lo atribuyen al maltrato que daba el Capitán á los Giraras; otros á que los desnaturalizaba de sus tierras, remitiendo á Chita y Pamplona algunas indias y muchachos, para el servicio de sus casas, lo cual tiene alguna probabilidad; otros, con menos fundamento, echaban toda la culpa á los Giraras, acusándolos de traidores contra la Nación española.

No fué tan secreto el motín, ni el humo del incendio que se empezaba á levantar de las centellas ya dichas, que no llegase á la noticia del Capitán, y aun de que habían hecho ya algunas demostraciones los indios; pero era su ánimo de aquella jerarquía de espíritus que juzgan ser contraria á la magnanimidad y valor, la prudencia y la cautela en los riesgos; escollo en que han zozobrado los más arrogantes galeones, Scila en que se han perdido las naves más presumidas. Parecióle que no se le habían de atrever los indios, y aunque avisado varias veces de sus soldados, y aconsejado prudentemente de sus amigos, de que anduviese sobre aviso, porque los indios urdían contra los españoles, poco advertido Alonso Pérez, sobreconfiado y arrogante, los motejaba de pusilánimes, y de apocado corazón, como si el temor prudente, y la debida cautela, en semejantes ocasiones, no tuviera su lugar en el Coro de las virtudes. Por esta causa se le disgustaron algunos soldados y lo abandonaron.

El, que tenía prevenida desde días anteriores una entrada tierra adentro, en busca de otros indios de la montaña, emprendió marcha con los únicos 30 soldados que le quedaron, despreciando, como dije, los riesgos y los consejos. Los Giraras, que no deseaban otra cosa que ver desunidas las fuerzas del enemigo y desamparado el campo, para la traición que maquinaban, salieron de Tame, armados con sus macanas y flechas, turbando la campiña toda con su natural fiereza, y entrando mancomunados á la desprevenida ciudad, mataron á cuantos había dentro, chicos y grandes, hombres y mujeres, niños y gentes de servicio; sólo escaparon dos soldados que se habían ido á cazar aquel día, y otros que se habían ausentado de antemano. Era la ciudad muy corta, como dije ya, y casi á los principios de su fundación, y desde entonces quedó desolada hasta el día de hoy, sin que haya más rastro de ella que tres cruces que se levantaron después en

dicho sitio, á manera de Calvario, á lo cual se podía haber añadido una columna con su inscripción, semejante á la que se puso en la abrasada Troya.

Encarnizados los Giraras con el estrago, desocuparon la ciudad, y tomando la derrota para la montaña, dieron á pocos lances con el Capitán Alonso Pérez y sus soldados, por todos 30, cómo dijimos ya. Aquí mostró la belicosa Nación de los Giraras, no ser de tan pequeño valor como lo pensaba Alonso Pérez, porque apenas le divisaron con sus treinta soldados, cuando embrazando las macanas y flechando los arcos dieron sobre él y los soldados con tan extraño valor, que mataron al Capitán y á los treinta españoles, y los hicieron pedazos, á pesar de los arcabuces y de la arrogancia con que marchaban por el monte.

Voló la noticia de este estrago á la ciudad de Santa-Fe, y sabida por la Real Audiencia, cometió la ejecución del castigo á D. Martín de Mendoza y Berrío, Gobernador de los Llanos en este tiempo. Entró éste á los Giraras agresores, con suficiente número de soldados, en compañía del Padre Fray Miguel de Cabrera, Religioso de Santo Domingo, para castigar á los delincuentes por tan enorme insulto. No quiso Dios que se quedasen sin castigo los rebeldes homicidas de la Nación Girara, porque habiendo penetrado la tierra dentro de la montaña D. Martín, halló entre sus arcabucos y malezas á los rebeldes indios, que deseando eternizarse en los montes como fieras, habían levantado casas, ó por mejor decir, calabozos, donde los tenía Dios asegurados y presos, con la cadena de su culpa. Hizo el Gobernador á los suyos la seña de acometer, y cerraron contra los Giraras al punto, con tal ímpetu y valor, que no les dieron lugar para defenderse, ni aun para librarse con la fuga; apresaron á los que pudieron de los fugitivos matadores, y puestos á buen recaudo, les quemaron las casas y poblaciones que habían levantado ya.

Hízoles cargo D. Martín de la enormidad de su culpa, pues sobre haber destruído una ciudad, aunque pequeña, eran reos al mismo tiempo de sesenta y una muertes, y entre ellas la del Capitán Alonso; intimóles sentencia de muerte, justamente merecida por sus delitos; y en esta conformidad rogó D. Martín al Padre Fray Miguel de Cabrera que los dispusiese para morir, catequizándolos é instruyéndolos para recibir el bautismo. Hízolo así el Padre, con aquella caridad y celo que acostumbra su religión sagrada, y que se requería en semejante lance; instruyó y bautizó á los que quisieron recibirle, y habían de ser ajusticiados; digo á los que quisieron, porque tres de los sentenciados al dogal, despechados á la vista del suplicio que tenían delante, y dejados de la mano de Dios en justo castigo de sus atrocidades, no quisieron recibir el bautismo, sin que fuesen poderosas las palabras, espíritu

y eficacia del Padre para que le recibiesen; verdad es que decían ellos que se convertirían á la fe si les perdonaba el Gobernador, pero si no les perdonaba no querían ser cristianos; no era justo admitir este partido, ni aceptar esta condición, especialmente siendo como lo eran estos tres, cabezas de la traición pasada, y levantadores del motín; de manera que hubo de hacer su oficio la justicia, ahorcando, á las orillas del río de Arauca, á 15 ó 16 indios, y entre ellos aquellos tres infelices que no se quisieron convertir.

Hubiera proseguido en la demanda D. Martín de Mendoza, ajusticiando muchos más; pero la blandura del religioso y compasivo Padre Fray Miguel, templó con caritativas razones la justa indignación del Gobernador, que era clemente y piadoso, para que cesase el castigo, y se contentase con lo ejecutado hasta allí; así lo hizo este piadoso caballero, teniendo por suficiente castigo haberle ejecutado en las cabezas y Capitanes de la Nación Girara. Le cobraron tal amor á D. Martín los que quedaron vivos, por tan piadoso término, que fué siempre querido y estimado de ellos, como lo fué el Padre Fray Miguel de Cabrera.

Pobló los países el Gobernador nuevamente junto al río Arauca, donde se ejecutó el castigo, y á los pobladores asistió por algunos días un clérigo llamado Párraga, que les servía de Cura, y algunos años después, que fueron los de 47 á 48, se volvieron á poblar al primitivo sitio, donde estaban antes, y en donde los había poblado el Capitán Alonso Pérez, con lo cual, restituídos otra vez á su sitio, se encomendaron estos Giraras al dicho Gobernador D. Martín, y el doctor Diego Carrasquilla los puso después en la Corona real.

Sucedió en el Gobierno á D. Martín de Mendoza, Alonso Sánchez Chamorro, quien puso á riesgo de perderse la fundación de Tame, y á que subiesen á los montes los indios, con la ocasión que apuntaré en breve. Ya vimos cómo la causa de la rebelión de los Giraras fué la demasiada licencia del Capitán Alonso Pérez, en sacar indios y muchachos del pueblo para que sirviesen en Pamplona y Chita, pues no obstante este ejemplar, de que podía estar escarmentado Chamorro, entró de mano armada á Tame, y fué el año de 50, tres años después de pacificados y reducidos al sitio antiguo en donde los puso antes el Capitán Alonso Pérez, con el pretexto de haber sido cómplices los Giraras en la muerte del dicho Capitán y de los 30 soldados españoles, y sacó del pueblo para la ciudad de Santa-Fe más de cien muchachos, sin contar las mujeres y la chusma, para que fuesen castigados como decía él. Quiso atajar Dios este riesgo por medio de un buen Clérigo, Cura de Pauto, llamado Anquera, gran estimador de los indios, el cual se fué á la ciudad de Santa-Fe con la

presteza que pedía el caso, y representando en la Real Audiencia el caso, é injusticia tan manifiesta que hacía á los indios, resolvió ésta que se restituyesen á sus pueblos, como se hizo, y de esto quedaron tan agradecidos los Girarás, que era común voz de los blancos y españoles, que los del pueblo de Tame tenían por Dios á Antequera; ponderación con que á su modo bárbaro se explicaban los indios, para dar á entender lo mucho que hacía por ellos este Clérigo.

Esta y otras tropelías semejantes vinieron á reducir al Gobernador Alonso Sánchez Chamorro al desgraciado fin con que acabó la vida, pues habiéndole herido muy mal los indios Girarás, en cierto descubrimiento de la montaña, y escapado con la vida esta vez, le mataron después en San Martín del Puerto, de donde era Gobernador, dos indios Achaguas, pajes suyos, cuando dormía la siesta.

Supuesta esta digresión en que me he detenido más de lo que pensaba, y volviendo al establecimiento de nuestro Tame, pacificada la Nación y restituída ya al primitivo estado en que la había poblado D. Alonso Pérez, se trató de buscarles Sacerdotes que les asistiesen y doctrinasen. Había por este tiempo en Santa-Fe un Clérigo llamado Damián Ugarte, á quien, por grande lenguaraz en los idiomas de los Llanos, ordenó el señor Arzobispo D. Fray Cristóbal de Torres, y mandole á éste que hiciese juramento de que iría á Tame, como con efecto lo hizo, y cumplió, asistiendo á los Girarás. Después de la asistencia de ocho meses que estuvo entre ellos, se volvió Ugarte á Santa-Fe, por lo cual se quedaron sin Cura como lo estaban antes, y para que no careciesen de doctrina totalmente, proveyó Dios de que fuese á vivir entre ellos el año de 57 un mestizo devoto, llamado Hernando de Ortiz, que se hizo célebre entre los Girarás, como lo veremos luego; éste los gobernaba con el cargo de Teniente de Corregidor, y les servía de doctrinero; les fabricó una iglesia bastantemente capaz, que procuró se adornase y se pintasen las paredes con variedad de barnices, y colores, de los que da la tierra, aunque con pobreza todo, y sin más imágenes que una de la Santísima Virgen, que se decía haber sido del Capitán Alonso Pérez.

Todos los días á mañana y á tarde los juntaba Hernando de Ortiz, para que rezasen en la iglesia; función á la cual acudían gustosos los indios, y cuando algún español iba á su pueblo, le pedían que les enseñase las oraciones llevándole para este efecto á la iglesia, y diciéndole Santa María, Santa María, que era el modo con que les pedían les rezase, por no saber explicarse de otro modo. Los miércoles y sábados encendían luces á esta celestial Señora, prueba todo ello de su inclinación á la piedad, derivada sin duda de la que demostraban tener á esta divina Señora y Reina Celestial.

Con los benignos influjos de esta Soberana estrella fueron creciendo los deseos de la Nación Girara de tener Sacerdotes que le asistiesen y doctrinasen. En esta conformidad determinaron los del pueblo enviar á Santa-Fe á pedir Padre, como lo hicieron, partiendo á esta ciudad tres indios principales, en solicitud suya. Ya iban instruídos desde Tame de lo que habían de hacer, y era de pedir á Ugarte en primer lugar, por ser diestro éste, como se dijo, en la lengua Girara, y de no ir este Sacercote, pedirían un Jesuíta. Había muerto á la sazón Ugarte, y hubo de ser la Compañía la que entrase á doctrinar esta gente.

Pasamos ya á dar noticia del estado, y situación de los demás pueblos, conviene á saber de los Tunebos, y de la Nación Achagua. No había cosa especial de fundación todavía por este tiempo, pero estaban ya algo más sazonados para poblarse, con la comunicación y comercio con los españoles; y con estar encomendados los Tunebos, unos en D.ª Serafina de Orosco, viuda de D. Martín de Mendoza, y otros en el Capitán D. Diego Calderón, íbase ya introduciendo algún género de policía entre ellos, señalándose mucho en ésta, como en el deseo de mandar, un Tunebo, á quien bautizó el Padre Diego de Molina, bien ladino y capaz, y conocido en la Serranía por el nombre de Felipito, con el cual le llamaban todos. Salió para Santa-Fe este indio el año de 59, y se supo dar tal maña, que ganó para sí título de Gobernador de los Tunebos de toda la Serranía, y con él era más respetado y obedecido de todos que los mismos Caciques naturales.

Los indios de la Nación Achagua, encomendados también á D.ª Serafina de Orosco, tenían una población pequeña á orillas del río Casanare, que constaba de cien almas por todas; verdad es que cuatro años antes se habían contado como 800 almas en este sitio, los cuales se retiraron á tierra adentro horrorizados de los blancos que se entraban por sus bogíos y ranchos, para quitarles los hijos, á quienes vendían después en diferentes sitios del Reino. A estos indios los doctrinaron también, aunque de paso, nuestros antiguos misioneros, aunque sólo se habían mejorado en estar agregados al Cura de Pauto, á quien pagaban de estipendio $ 80 cada año, para que los doctrinase; pero como la distancia era mucha, por ser de doce leguas de muy malos caminos y peligrosos ríos, no se podía atender á su asistencia sin notable quebranto, y esto rarísimas veces entre año, y entonces entraba el Cura y les administraba los Sacramentos, y por esta causa, y por falta de doctrina, no tenían más que el nombre y apariencia de cristianos, siendo en lo demás gentiles; finalmente, morían muchos niños sin bautismo, los cristianos sin sacramentos, y todos carecían de doctrina por falta de misiones y Curas.

Fundáronse en este tiempo medio, que fué por los años de

50, dos ciudades muy cortas pero muy útiles, para tener á raya y refrenar á los indios: una fué la ciudad de San José de Cravo, que fundó y fomentó D. Adrián Suárez de Vargas; otra fué la ciudad de Punapuna, entre Casanare y Tame, que constaba de 16 ó 17 vecinos ó ciudadanos, y vino sobre ella una epidemia de que murieron siete, con que acabada la mitad de la populosa Punapuna, desampararon el sitio los que quedaron vivos, y se acabó del todo á los tres años de su fundación. Fundóse otra ciudad llamada Chire, como á medio día de distancia del río de Pauto, que subsiste hasta hoy día. Tanto ésta, como la ciudad de Pore, proveen de soldados á la escolta que sirve de rèsguardo á los misioneros, especialmente cuando se dispone entrada á los gentiles, la cual mantiene Su Majestad á costa de su real caja.

En este estado se encontraban los Llanos, sus poblaciones y los indios, el año de 59, antes de la entrada de nuestros exploradores. A éstos ocurriremos ahora para seguir sus pasos en el viaje dilatado de 17 días de camino hasta Pauto, desde la ciudad de Santa-Fe.

CAPÍTULO II

ENTRAN Á EXPLORAR LOS LLANOS DESDE LA CIUDAD DE SANTA-FE EL PADRE FRANCISCO JIMENO Y PADRE FRANCISCO ALVAREZ.

Como los deseos de la Compañía de Jesús han sido siempre la conversión de los gentiles, para cuyo fin principalmente se fundan los Colegios de indios, y para cuyos intentos han dejado sus miembros las provincias de Europa, no pudiendo sufrir más la interrupción de sus fervores violentos, contenidos por espacio de 30 años desde el primer entable, intentó segunda vez las misiones en los Llanos; llegóse el año de 59 con los empleos ya dichos entre los indios de Bogotá, entretenidos sus fervores mientras se abría la puerta que nos cerró la calumnia, el año de 28 ó 29. Gobernaba por este tiempo el Padre Hernando Cavero, quien deseando abrir en esta parte de los Llanos el nuevo campo que nos ofrecía Dios para la conversión de tantas almas, trató con la Real Audiencia y Presidente sus intentos, quienes viendo por una parte los deseos de la Compañía, y por otra la falta que hacían en las misiones, por los repetidos informes que habían salido de los Llanos para la ciudad de Santa-Fe, fué bien admitida la propuesta, y se consiguió el año siguiente de 1661.

Gobernaba en este año el Reino el señor doctor D. Dionisio Pérez Manrique, caballero de la orden de Santiago, Presidente de la Real Audiencia y Cancillería del Reino, Gobernador y Capitán general de todo él, caballero de gran capacidad, de muchas letras, y de grande espíritu y celo del servicio de Dios y aumentos de la

real corona, en lo que, como vasallo fidelísimo de nuestros católicos Reyes, se desvelaban sus cuidados; gobernaba lo eclesiástico, por sede vacante, el señor doctor Lucas Fernández de Piedrahita, Chantre entonces de la Catedral Metropolitana de Santa-Fe, y Obispo después de la Provincia de Santamarta, y gloria siempre de todo este Reino, y especialmente de la ciudad de Santa-Fe, patria suya, por sus elevadas prendas, sabiduría, discreción, piedad y talentos escogidisímos de que Dios le dotó. Uno y otro Príncipe fueron muy afectuosos estimadores de la Compañía, con que fácilmente tuvo aceptación nuestra solicitud y propuesta, en materia de esta entrada y asistencias en los Llanos: como el fin era conquistar almas para el Cielo y ganarles nuevos vasallos á nuestros católicos Reyes, ninguna dificultad hubo en su aprobación; algunas tuvo la ejecución y el modo, sobre lo cual se tuvieron juntas, se repitieron consultas, y se fueron facilitando de tal modo las materias, que luego se determinó la Compañía á enviar exploradores que viesen y tratasen, ó tanteasen, la parte por donde sería más conveniente fundar nuestras entradas.

Así se ejecutó el día 13 de Abril del año de 59, día del glorioso Rey y mártir de España San Hermenegildo, misterioso sin duda en que habiendo rendido la vida este glorioso mártir por defender la fe, saliesen en ese mismo día nuestros exploradores para predicar entre gentiles. Fué escogido en primer lugar para esta empresa el Padre Bartolomé Pérez, en cuya cabeza se puso la instrucción y patente del Provincial Hernando Cavero; no pudo ir el Padre Bartolomé entonces, y hubo de ir en su lugar el Padre Francisco Jimeno, á quien se dió por compañero al Padre Francisco Alvarez.

No será justo omitir aquí un capítulo del Provincial Hernando Cavero, al principiar la instrucción que dió á los Padres sobredichos, antes de partir á los Llanos, que declara muy al vivo su fervoroso celo, y los deseos ardientes de su espíritu para la conversión de los gentiles; dice así el Padre:

"El fin principal que tengo para enviar á Vuestra Reverencia en esta ocasión, con el Padre Francisco Alvarez, es á explorar y reconocer toda aquella tierra, con intento de entablar en esta parte de la Provincia del Nuevo Reino, una misión de infieles, en donde los nuestros se puedan ocupar empleando su santo celo en ayudar á los indios y sacarlos de la idolatría en que viven, por ser este ministerio de tanta importancia, y tan propio de nuestra Religión, y que tan repetidamente lo tiene encargado en sus cartas nuestro Padre general; y porque este negocio tiene de suyo muy grandes dificultades en la práctica, ha parecido conveniente, antes de hacer nuevo empeño en materia tan grave, enviar á Vuestra Reverencia, para que con la experiencia larga que tiene

de misiones, me informe del estado que ésta puede tener, y del fruto espiritual que nos podemos prometer en adelante, tomando todas las noticias necesarias que se requieren para este efecto."

Con tanta prudencia como esta enviaba sus soldados este experimentado Capitán, á la exploración del campo, y con tan encendidas expresiones exhortaba á los suyos para tan gloriosas empresas, que es bueno tantear primero las fuerzas del enemigo, antes de entrar en la batalla, para no volver las espaldas con ignominia propia, después, á vista de los contrarios.

Salieron, pues, en el día ya dicho, de la ciudad de Santa-Fe los Padres Francisco Jimeno y Francisco Alvarez, para la Provincia de los Llanos, con la orden y patente de su Provincial, Padre Hernando Cavero; sujetos de muy escogidas prendas, activos y fervorosos, y de muy buen celo, cual convenía, para dar principio á lo que había labrado nuestros corazones por tantos años, con inmensos desvelos. Emprendieron gozosos este viaje como verdaderos hijos de la Compañía, sin que los amedrentara la dureza de los trabajos, que eran forzosos, en los caminos ásperos, de páramos recios, de ríos caudalosos, de barriales continuos, de calores ardientes, y de un sin número de sabandijas venenosas y mortíferas de que abundan estas tierras, por ser calientes por lo general.

Con las incomodidades dichas atravesaron las cordilleras y páramos, y sobrevinieron otros trabajos nuevos, porque se levantó un recio temporal, que fatigaba las mulas, y muertas algunas de ellas, se vieron precisados á detenerse, y dar aviso con un arriero al Cacique del pueblo de la Sal, pidiendo socorro y mulas, las que les envió el Cacique, y pudieron proseguir su viaje. Lo mismo hizo D. Jerónimo Luis de Berrío, Corregidor y Justicia mayor de los Llanos y Tame. Sabiendo este piadoso y grande caballero, estimador de la Compañía, la cercanía de los Padres, y el fracaso de las mulas muertas, unas como se dijo despeadas, otras por la aspereza de los caminos y temporal recio, les remitió avío, en un todo, con lo cual pudieron proseguir el viaje, en lo que les restaba de la Sierra.

Fuera nunca acabar si se hubieran de contar por menudo las penalidades y trabajos que padecieron en este tiempo rigurosísimo entonces, á causa de las muchas aguas; creció de manera el Casanare en sus cabeceras, que se llevó el puente del pueblo de la Sal, por lo cual se vieron en mil perplegidades y ahogos para pasar á la otra banda, con cargas y mulas, con tan penosos pasos, y con incomodidades tan grandes; vencieron lo restante de la Serranía y camino los Padres, pero muy gozosos de que á los primeros pasos de su apostolado y misión encontrasen con la Cruz de Cristo, que iban á predicar á los gentiles.

Llegaron al pueblo de Pauto que era ya doctrina de Clérigos, y de donde pasaron á Casanare, á doce ó catorce leguas; atravesaron los caudales de este río, tomando la derrota para Tame, por dilatadas sabanas, entretejidas de montes, clima muy abrasado todo ello por la proximidad á la línea.

Había ya corrido la noticia de la cercanía de los misioneros á Tame, y con ella salió D. Jerónimo Luis de Berrío á ocho leguas de distancia á recibirlos, con Hernando de Ortiz y otros muchos de los principales indios del pueblo; desde luego empezaron estas gentes á dar muestras de su estimación y afecto á la Compañía de Jesús, de la cual tenían ya muchas y anticipadas noticias, aun desde los tiempos antiguos de nuestro primer entable. Trajeron á los peregrinos en señal de afecto algunos regalillos de los que lleva el país, como plátanos, piñas, papayas y otras frutas semejantes, que aceptaron y estimaron los Padres, reconociendo por ello la buena y sencilla voluntad de estas miserables gentes.

Media legua antes del río de Tame habían levantado para el recibimiento una ramada con sus asientos dentro por si se quería hacer noche allí; habiendo descansado en este sitio algún tanto, pasaron adelante, y vadearon el río Tame, bien caudaloso, que se divide en doce ó trece brazos. Los otros indios de Tame, que estaban ya sobre aviso, así de la llegada de los misioneros á sus tierras, como de que habían de entrar ése mismo día á su pueblo, salieron casi todos, con sus Caciques, á recibirlos, excepto la chusma de mujeres y niños y algunos otros.

Con estos acompañamientos se fueron acercando nuestros exploradores al pueblo de Tame, hasta que le dieron vista, un poco antes de llegar, por estar éste fundado en un sitio alto, al remate de la subida; á la entrada de la plaza estaba la chusma de los demás indios, indias, niños y niñas, con mucho orden en sus hileras, esperando á los Padres: apenas se acercaron éstos cuando todos á una levantaron la voz, y repetían "Alabado sea el Santísimo Sacramento." No se puede creer fácilmente el consuelo y ternura de nuestros peregrinos al oír estas voces, viendo alabado y conocido al verdadero Dios, aun de los mismos gentiles, y en unas tierras tan remotas, poseídas todavía en su mayor parte de la tiranía del demonio. Con estas voces y esta música, más apreciable á los oídos piadosos, que la de los coros más diestros, prosiguieron su camino hasta llegar á la iglesia; aquí, delante de la imagen de Nuestra Señora, que era la única que había, cantaron el *Te Deum Laudamus*, del mejor modo que se pudo, por no haber cantores en ese tiempo.

Dadas las gracias á Dios y á su Santísima Madre por haberlos conducido con bien á aquel pueblo, después de tantos riesgos y peligros, se encaminaron con toda la comitiva á una casa bastan-



temente capaz que habían prevenido para los Padres misioneros, cerca de la misma iglesia. Desde luego empezaron éstos á ostentar las finezas de su caridad y celo con sus amados indios, agasajándolos con entrañable afecto, repartiéndoles algunos donecillos de los que llevaban de Santa-Fe, y que ellos, como tan pobres y miserables, estimaban mucho: agujas, alfileres, peines, cascabeles, cuentecillas de vidrios, y semejantes bujerías, con que les iban ganando las voluntades, que se rinden, aun las más broncas, con dádivas y beneficios; así consiguieron como cazadores diestros, hacer por este medio mucho fruto en sus almas, de lo cual, y de lo que trabajaron no sólo en los Llanos sino también en el camino, desde que salieron de Santa-Fe, diremos algunas cosas en el capítulo que sigue.

CAPÍTULO III

DEL FRUTO QUE HICIERON EN ESTA PEREGRINACIÓN, Y EXPLORACIÓN LOS PADRES FRANCISCO JIMENO Y FRANCISCO ALVAREZ.

Con mucha razón son comparados á las nubes los Apostólicos varones, porque así como éstas fecundan la tierra por donde pasan, con lo apacible de su sombra y el beneficio de sus lluvias, de la misma suerte los operarios evangélicos fertilizan por donde pasan con las saludables aguas de su doctrina, la tierra dura de los corazones, para que fructifique en ellos la semilla evangélica. Así lo hicieron nuestros exploradores como veremos ahora, queriendo, á fuerza de tales, y de volantes nubes, no volverse á Santa-Fe vacíos y sin colmados frutos, propio efecto de los que viven codiciosos del bien de las almas.

Apenas se pusieron en viaje desde la ciudad de Santa-Fe, cuando empezaron á ejercitar su oficio, sin que bastasen á impedir, ó retardar sus fervores, las incomodidades del camino, y los referidos quebrantos; fueron muchas las confesiones que oyeron, así de españoles como de indios, á quienes administraron la sagrada comunión, hasta llegar á Tunja. Lo mismo hicieron en varios caseríos y estancias del camino por donde pasaban, muchas en número en esta América, en las que viven regados, no sólo los indios, sino muchos españoles también, tan necesitados de doctrina, por este retiro y distancia de las ciudades y pueblos, como necesitados de los bienes naturales, razón por la cual viven en los desiertos para mantener la vida; en todas partes dejaban centellas de su espíritu estos varones fervorosos, encendiendo con ellas los corazones en fuego del amor divino, y alumbrando sus entendimientos con la claridad de sus luces.

Donde dieron mayores muestras de la fineza de su celo y

caridad heróica, fué cuando llegaron á la Serranía, cerca de los Llanos, con la ocasión del sabio que dije arriba, y de los recios temporales. Pararon en una estancia del Cacique de la Sal, en donde encontraron á muchos indios, que sobre pasar de veinticinco y treinta años de edad, no habían recibido todavía, siendo cristianos, la Sagrada Eucaristía en toda la vida, como si el convite celestial de la Sagrada Comunión se hubiese instituido solamente para los blancos. Aquí se detuvieron los Padres algunos días, y después de haber instruído y hecho capaces á muchos indios de lo que debían saber, los confesaron y admitieron á esta sagrada Mesa.

No tardó mucho en extenderse la voz de este abrasado celo de tan apostólicos varones, y el buen olor y fama de su caridad ardiente; enamorados del buen trato, y atraídos de la suave fragancia de tan excelentes virtudes, se iban tras ellos los indios en busca de su remedio, y muchos de éstos fueron en seguimiento suyo, desde el pueblo de la Sal y Río-Negro, hasta un sitio llamado Samacá, población pequeña de indios; aquí, como mercaderes solícitos, se detuvieron lo que bastaba para no malograr el fruto que les ofrecía Dios. Confesaron á todos ellos, y los instruyeron también para la segunda comunión, que les administraron (que casi ninguno de ellos había recibido jamás), con grande gozo de los indios, é igual consuelo de los Padres, viendo tan bien logrado su trabajo.

Pero donde creció su consuelo con mucha especialidad, fué en otro sitio llamado Sabana-Grande, donde pasaron despúes. Con la noticia de su venida, tenían levantadas los indios unas ermitas pequeñas, cubiertas de hojas de árboles, donde vieron á los primeros gentiles, y en donde, como sacres generosos, al divisar la presa, volaron en alas de sus ansias, para sacarlos para Dios, y no sufriendo más dilaciones su fervor, los instruyeron luego, y encontrándolos capaces de los misterios de nuestra santa fe, les admitieron en el gremio de los hijos de Dios, por el santo bautismo, cogiendo desde luego las primicias de esta sazonada mies. Todos los viejos de estos sitios estaban ya bautizados por el Padre Domingo de Molina, desde tiempo en que Chita, el pueblo de la Sal, Guaseco y las otras reducciones estaban á cargo de la Compañía; muchos de estos viejos, no se habían confesado ni comulgado desde este tiempo, y ellos los confesaron por intérprete, y dispusieron á trece de los más capaces para la comunión, casaron á algunos, y rivalidaron los bautismos de otros, por la razonable duda que hallaron, de no ser válidos, porque los caminantes que por allí pasaban, en viendo algún gentil, lo bautizaban luego, sin darles á entender el fin, utilidad y provecho del sagrado bautismo. Dejando, por semejantes á éstas, otras cosas y ministerios que ejercita-

ron nuestros caminantes en estos sitios con la Nación Tuneba, hasta llegar á Tame, referiré un caso que sucedió á los Padres en el mismo Tame, con dos Tunebos, que mostró bien lo dócil de esta Nación, y la estimación que hacían del sagrado bautismo.

Bajaron algunos Tunebos al dicho pueblo de Tame, deseosos de ver y comunicar á los misioneros: entre ellos vinieron dos gentiles de esta Nación, y pidieron con mayor ansia y muestras de mucha estimación, el bautismo. Entendiendo los nuestros que el uno de ellos era gentil, y cristiano el otro, empezaron á instruír al menor de ellos, sirviendo de intérprete el mayor; después de bien instruído en los misterios de la fe, le llevó el Padre Jimeno á la iglesia para bautizarle, cuando advirtió que el Tunebo mayor, que había servido de intérprete y de quien se pensaba era cristiano, iba muy triste y melancólico, acompañando al otro á quien habían de bautizar; preguntóle la causa de su tristeza, á que respondió el Tunebo: "¿cómo quieres que no esté triste mi corazón, si mi hermano ha de ser cristiano, y yo que le he dicho tantas cosas buenas me tengo de volver á mi tierra, triste y judío como antes?" Por estas palabras se reconoció que era gentil también, y disponiéndole fácilmente, y preguntándole antes de recibir el bautismo, si le quería recibir de buena gana, y que si estaba contento por haber de ser cristiano, respondió que "estaba tan contento como cuando nace el sol, que toda la tierra se alegra, así toda mi alma está contenta, por haber de ser cristiano;" movióle el Padre á este indio á dolor de sus pecados, con motivos acomodados á su capacidad para la contrición y atrición, y á un propósito firme de no volver á cometerlos jamás, á lo que replicó el gentil: "Mirad, nosotros los Tunebos pocos ó ningún pecado hacemos, y ya que sé que es malo y contra Dios el hacerlos, en siendo cristianos no los cometeremos más." Esto dijo aquel gentil, nacido y criado entre las costumbres bárbaras del paganismo, para confusión de los cristianos, que pierden el respeto á Dios después de nacidos y criados, no entre las tinieblas de los gentiles, sino entre las claras luces de la Católica Iglesia.

Así uno como otro indio le dijeron al Padre que muchas cosas de las que les enseñaba acerca de los misterios de la fe, les contaban á ellos sus viejos, ó porque eran cristianos, ó porque se las decían los españoles, y que por eso las creían, pero que de allí adelante las creerían porque Dios las dijo, y Él no puede mentir, como decía el Padre: oyeron el razonamiento los nuestros con grande júbilo de sus almas, y bautizaron á los dos con grande consuelo suyo, viendo por este caso que Dios no es aceptador de persona y admite para su gloria todo género de naciones, sin desechar á nadie, con tal de que le busquen con voluntad buena y corazón sincero.

Ya que hemos empezado á tratar con esta individualidad, del fruto que se hizo en la Nación Tuneba, será razón proseguir y dar alguna noticia de lo que se hizo en ellos por algún tiempo. Habiendo, pues, planteado su Real en Tame, como buenos soldados, nuestros exploradores empezaron á hacer su correría desde este sitio á la Nación Tuneba, que, como se dijo, no estaban poblados todavía sino dispersos, aunque tributarios ya; salía de ordinario á ello el Padre Jimeno, quien viendo la docilidad de la Nación, y los deseos que mostraban de ser cristianos, instruyó á cuantos pudo, y bautizó por este tiempo como ciento treinta por todos; casó á muchos y confesó á no pocos, de los cuales advirtió con admiración suya, que muchos vivían en la ley natural, especialmente á los que estaban apartados del trato de los españoles; señaloles sitio á tres leguas de Tame para que fundasen su pueblo, en donde ya habían fabricado una pequeña ermita y un bogío para el misionero, cuando los fuera á visitar; allí, á la vista del Padre Jimeno, se levantó una cruz, fundación á que asistieron casi todos los indios resueltos ya para ir á pedir un Sacerdote á la ciudad de Santa-Fe, que les doctrinase en su pueblo.

No es mucho que entre tantos naturales dóciles, como los que quedan dichos, se hallase uno rebelde, que se resistiese con obstinado empeño á las caritativas exhortaciones que le hacían, en orden á recibir el bautismo. Fué este un Cacique viejo de la Nación Tuneba, más envejecido en las maldades y errores que en el crecido número de sus años; habiendo salido este indio con los suyos de tierra adentro á visitar á los recién venidos Padres, más por la curiosidad ó interés que por el bien de su alma, le propusieron si quería ser cristiano (bautizado), á que respondió el Cacique "que no lo quería ser porque era ya viejo para eso;" respuesta tan bárbara como suya, y más conociendo, como realmente conocía, ser la Religión cristiana muy santa y el verdadero camino para salvarse. "Por eso mismo, le replicaron entonces, habías de ser cristiano, por ser ya tan viejo como eres, para salvar tu alma;" respondió con obstinada resolución el bárbaro: "que no había que tratar de eso, y que no había de mudar de vida, porque mi amo D. Martín de Mendoza y Berrío (así se llamaba su encomendero difunto) nos persuadió de que no nos hiciésemos cristianos."

Fué este dicho tan ajeno de la verdad, de la piedad, religión y celo de D. Martín, que antes bien consumió su hacienda y mucha parte de su vida, en la reducción de los gentiles á nuestra santa fe, como lo habían hecho sus antecesores, por cuya causa se les encomendaron los Tunebos, Giraras y Airicos, y es entre ellos el nombre de este caballero acatado, amado y bien oído aun después de muerto, tanto, que hasta el día de hoy, para explicar su estimación y afecto los Tunebos, dicen en su estilo tosco y

bárbaro, que son el tuétano de Berrío. En esta conformidad, cuando pasó á España le premió Su Majestad por estas cristianas conquistas, con el Gobierno de la Guayana, porque en ellas sólo miraba á Dios y á ganar almas á Su Majestad, más que á interés propio, como se vió en haber traído, y sustentado á su costa al Padre Dionisio Molano, de nuestra Compañía, que predicó á los de Guayana, y fundó dos pueblos de los recién convertidos, cerca de la misma Guayana.

Volviendo, pues, á nuestro Cacique Tunebo, fué convencido de mentiroso, y no siendo poderosas las persuaciones del Padre Jimeno para que abrazase nuestra santa fe y se hiciese cristiano, se quedó obstinado en sus errores y en la ceguedad del gentilismo, con sumo dolor y sentimiento de los siervos de Dios, por no haber hecho mella sus razones en el empedernido pecho de este indio y obstinado gentil.

Echados ya estos primeros fundamentos, y puestas las primeras bases en la población y doctrina de *Patute* ó Tunebos, se volvió el Padre Jimeno á Tame, bautizó á todos los bárbaros de ambas parcialidades, Airicos y Giraras, reservando el bautismo de los adultos para cuando estuviesen instruídos. Rezábales cada día las oraciones en español, hasta que tradujeron catecismos en sus propias lenguas; tomó por su cuenta á los Giraras el Padre Jimeno, y el Padre Alvarez á los Airicos; así uno como otro tradujeron el catecismo que les tocaba, y recogían su gente en la plaza en distinto sitio para evitar confusión; y de esta manera repartían el trabajo y catequizaba cada uno á los suyos; todos los días acudían á oír misa hombres y mujeres, niños y niñas, y á la tarde, después de doctrina, rezaban el rosario de Nuestra Señora á coros.

Para que se fuesen arraigando en su devoción, colocaron después en la iglesia, el día 18 de Julio, una imagen de la Purísima Concepción, pintada al temple, de una vara de alto; limosna que ofreció el Padre Francisco Castaño. Hicieron para este efecto una solemne procesión al rededor de la plaza, función muy plausible á la que asistieron todos llevando muchas velas de cera negra, encendidas (que es de la que se cría en el país); siguióse después la misa cantada con grande admiración del pueblo, que mostraba mucho gusto, especialmente con la imagen de la Santísima Virgen, con la cual, y algunas estampas de papel, se adornó el altar: estas eran sus riquezas y alhajas.

Remató la solemnidad de este día en un convite que hicieron los Padres á los Capitanes y Caciques de una y otra parcialidad, y todo él se redujo á una olla de tasajo y tocino, y un poco de bizcocho; regalo el mayor que se les pudo hacer, y que apreciaron mucho estas miserables gentes, poco acostumbradas á semejantes banquetes y platillos; repartiéronles después de acabado el

convite, cascabeles, anzuelos y otras niñerías semejantes á éstas; cebando como cazadores diestros, estas aves, que con ninguna otra cosa se cogen mejor, que con este cebo, aunque de tan poca importancia.

Mayor fué la solemnidad y mucho más plausible la fiesta que hicieron poco después los misioneros á la Virgen, por el mes de Agosto. Trazas divinas todas con que iban atrayendo insensiblemente á estos gentiles y nuevos cristianos al amor y conocimiento del verdadero Dios.

Mandaron para este efecto que levantasen cuatro ermitas en los cuatro ángulos de la plaza; así lo ejecutaron los indios, y las pintaron por dentro á su modo con variedad de colores; pusieron en ellas cruces, y levantaron sus altares; añadióse el adorno ordinario que era las estampas que dijimos. Cantáronse las vísperas por la tarde, y se encendieron luminarias por la noche, y concurrieron con sus tamboriles y flautas los indios, para mayor celebridad; al otro día, para celebrar la fiesta, cercaron la plaza con muchos y vistosos arcos, adornados todos ellos con variedad de frutas. Después de la procesión, á la cual asistieron con velas encendidas, como en la pasada, se celebró la misa con la mayor solemnidad que se pudo, de músicos instrumentales, y salva de arcabucería, con lo que alegraron la función algunos españoles de los que concurrieron este día. Lo que les llamó más su atención fué una danza de indios Tunebos, que danzaron á su usanza ese día, cargados de cascabeles, de lo cual quedaron más pagados, como cosa muy rara y nunca vista en su tierra.

Aquí mostraron los Giraras su piedad y devoción para la Santísima Virgen, pues habiendo de salir en procesión esta celestial Señora, trajeron á porfía varios plumajes, muy hermosos y de diferentes colores, para adornar las andas, y que ofrecían ellos con mucho gusto. Acabóse últimamente la función como la vez pasada, con un convite, y repartiéndoles donecillos, quedaron tan pagados de la fiesta los indios Tunebos y Giraras, que vinieron después á dar las gracias á los Padres, añadiendo que no habían visto otra tal en toda su vida.

Al octavo día de la fiesta trajeron de su voluntad su ofrenda, en obsequio y reverencia de la Virgen; toda ella se redujo á lo más apreciable que tenían ellos, que era cera negra y quiripa; de todo hicieron donación los nuestros para servicio de la iglesia, que admiró mucho á los indios esta ocasión, y que les hizo formar mayor concepto de los Padres viendo su desinterés, que semejante virtud hasta los bárbaros la admiraron.

En esto y otros semejantes ministerios se ocuparon nuestros peregrinos en Tame y Patute el poco tiempo que allí estuvieron en ellos, y zanjadas estas cosas, puesto en alguna forma

el entable, é instruido Hernando de Ortiz sobre lo que había de hacer en el Gobierno del pueblo, principalmente con los indios que enfermasen de muerte, mientras se daba providencia de misionero, se partieron á Casanare con mucho sentimiento de los Airicos y Giraras, viendo que se les iban de su pueblo los Padres. Fué mucho el empeño, y repetidas las instancias que hicieron para que se quedasen de asiento en su pueblo; pero advertidos de que la ida á su tierra había sido de prestado sólo, y consolados con buenas esperanzas de que se les remitiría Padre á su tiempo, se partieron de Tame, de donde salieron acompañándoles el Teniente Hernando y los principales del pueblo.

En el puerto de Casanare, en donde dijimos yá había cien almas por todas, asistieron algunos días los Padres y bautizaron algunos, é instruyeron en las cosas de la fe, de que estaban sumamente necesitados, por no podérseles asistir desde Pauto á causa de la inmensa distancia. Muy poco hubo que hacer en este sitio, y así averiguadas las cosas, y habiéndose informado de los prácticos sobre lo que convenía saber para la fundación de Casanare, salieron de esta población y caminaron hacia el río Crabo, tomando la derrota para Santa-Fe. En casi todas las estancias, hasta llegar á dicho río, encontraron Macos Achaguas, gentiles unos, cristianos otros, y casaron á los cristianos con las ceremonias eclesiásticas: muchos de éstos vivían cristianamente y sujetos á sus amos, aunque tan oprimidos de ellos.

En un sitio de este camino, salieron bien al caso, de tierra adentro, doce indios Gandules, de la Nación Guagiva, que venían á comprar sal á trueque de totumas y piedras de Chiguaná; habláronles por medio de intérprete acerca de las cosas de nuestra Santa Fe, lo cual oyeron con admiración y atención; mostráronles algunas imágenes de Cristo Señor Nuestro y de su Santísima Madre, y causóles mayor devoción su vista: hicieron que las adorasen y venerasen algunos españoles de los que se hallaban presentes, y los Guagivos hicieron lo mismo á imitación suya: apenas percibieron los misterios esenciales de nuestra fe y demás cosas pertenecientes á su salvación, cuando querían que los bautizasen luego. Defirióse el bautismo para otro lugar á donde habían de ir los Padres de allí á tres días, con tal de que saliesen á este sitio todos con sus mujeres é hijos; aceptaron esta condición, y agasajados todos ellos con cuchillos, puyas, cascabeles, anzuelos y navajas, y señalado el día, se fueron á llamar á sus parientes.

Volvieron puntualmente con sus mujeres los demás y sus hijos, en el día, y al sitio señalado, é instruidos ellos, y hechos bastantemente capaces de las verdades católicas, fueron bautizados treinta y nueve Guagivos, de todos estados y edades y casa-

ron á seis. Estaban encomendados éstos á José Martínez, y se supo por relación suya, que el número de estos indios era de ciento cincuenta personas por todo, chicos y grandes; no tenían población alguna entonces, pero ofrecieron poblarse estos cristianos nuevos junto á una estancia de un vecino que allí había, llamado Juan Durán, quien para poderles poblar pidió le alcanzasen los Padres una provisión Real.

Echados estos primeros fundamentos en la Nación Guagiva para la fundación que se premeditaba, corrieron nuestros caminantes por Morcote, Tocaría, Cravo y San-José, y en todas partes administraron los Sacramentos, sin dejar estancia que no alumbrasen con los resplandores de su doctrina, y abrazasen en amor de Dios, con el fuego de su celo y fervoroso espíritu. No quiero omitir aquí el remate y despedida de los Llanos, que fué una tempestad horrible de truenos y rayos, de las mayores que se han experimentado en aquellos sitios, en donde son muy frecuentes en tiempo de lluvias. Sucedió esto el día del Apóstol y Evangelista San Mateo, como á las cuatro de la tarde, hallándose los Padres en el pueblo de Cravo. Fueron tan horribles los truenos, y tan pavorosos los relámpagos, y tan desmedido el aguacero, que aterrorizados los indios contra su común estilo, (por lo acostumbrados que están) se acogían á la iglesia, y á la casa del Padre; todos se hallaban asustados, y como fuera de sí, pidiendo á Dios misericordia; y creció el espanto al oír unos tras de otros cuatro horrorosos truenos á que siguieron cuatro rayos, que cayeron allí cerca, en diferentes sitios. Uno de éstos cayó en la casa del Cacique, á donde se había recogido mucha gente, abrasada la casa toda y reducida á cenizas, maltrató é hirió á cinco personas de las que estaban dentro. Confesaron aquella noche á los heridos del rayo, y se les acudió con remedios, á favor de los cuales ninguno murió; así supo concurrir Dios á los ministerios de nuestros misioneros con este sermón de juicio, sirviendo de cátedra las nubes y los truenos de voces, caldeadas en la fragua de su divino furor, que penetraron como rayos los más obstinados corazones.

CAPÍTULO IV

DAN LA VUELTA PARA SANTA-FE NUESTROS EXPLORADORES.—INFORMAN SOBRE LAS MISIONES DE LOS LLANOS, Y SE PERMUTA NUESTRA DOCTRINA DE TÓPAGA CON LA DE PAUTO.

Hemos visto ya la peregrinación de los Padres á la provincia de los Llanos por orden del Padre Hernando Cavero, su provincial, para que explorasen, tanteasen y viesen la cantidad de las

materias en orden á entablar las misiones. Á todo dieron expedición y cumplimiento entero, y procedieron en este punto según las instrucciones que llevaban, tomando su parecer y confiriendo las cosas con personas capaces, prácticas y experimentadas en estos sitios, sin que les sirviese de estorbo para la exacta averiguación de todo, los dichos ministerios que hemos dicho; y enterados plenamente de las Naciones y gentío, de sus ritos y costumbres, y todo lo demás que trataremos después, dieron la vuelta para la ciudad de Santa-Fe, habiendo residido en los Llanos cuarenta y nueve días.

No descansaron en la vuelta, como no descansaron en la ida los embajadores del gran Dios; iban evangelizando, á la vuelta, en todas las estancias y sitios de muchos vecinos que están derramados por estos desiertos, como lo están en los Llanos; generalmente los más de ellos casi tan montaraces, y ajenos de enseñanza cristiana, como los más retirados hombres, sin policía humana, montaraces, y míseros, cuanto retirados en aquellos montes ajenos de los consuelos divinos que se franquean por medio de la predicación evangélica y el uso de los Santos Sacramentos: en todos éstos hicieron muy apostólicos empeños nuestros buenos exploradores, administrando á todos los Santos Sacramentos de la confesión y Sagrada Eucaristía, dejándoles reglas de bien vivir, enseñadas también en pláticas comunes, como en conversaciones particulares, de donde se siguió entre ellos tan grande estimación de nuestros ministerios sagrados, y tanto conocimiento (especialmente en los Llanos) de la utilidad de nuestra residencia en los Territorios, que ya les parecía que tardábamos siglos en fundarnos entre ellos.

Vueltos á Santa-Fe los Padres hicieron sus informaciones; dieron razón de los sitios, y de los principales que había entre los pocos indios que habían hallado de las Naciones dichas, para que sirviesen de escala á aquellos puestos, para ir agregando otros infinitos gentiles, no sólo de esas Naciones sino de otras muchas, que se dan la mano unas á otras.

Con esto, y con la consideración de que el puerto de Casanare, lo era para la navegación y comercio de Santo Tomás de la Guayana, provincia numerosísima de casi infinitas Naciones de gentiles que pueblan las riberas del caudalosísimo río Orinoco, se determinó que se tomase por sitio de nuestra misión en esta parte, como se hizo, para cuyo buen fundamento pareció conveniente que fuese nuestra la doctrina del pueblo de Pauto, que, como se dijo ya, fué feligresía y curato nuestro, fundado entre el gentilismo.

Con este pensamiento ó discurso de utilidad para la misión, se trató de permutar nuestra doctrina de Tópaga con la de

Pauto. Está fundada la de Tópaga en la corona de los montes, y en el centro de los páramos que ciñen el último valle de Sogamoso, en jurisdicción y casi en las goteras de la ciudad de Tunja. Esta doctrina tuvimos muchos años, y la fundó con tanta grandeza el venerable Padre Francisco de Ellauri, quien murió gloriosamente en la misión de Guayana. Estaba, pues, esta doctrina, en tanta grandeza por el lucimiento de su iglesia y por la apasibilidad y buen espíritu de los Padres que comunmente asistieron allí, que se atraían gran parte del innumerable gentío que habita el celebrado valle de Sogamoso, en el cual hay muchas poblaciones de indios, muchísimas estancias de españoles, y no pocas familias de encomenderos, unos en las cimas de los montes, otros en sus faldas hacia el valle, y otros en el valle mismo, cercado todo de varias poblaciones de indios cristianos, servidos de varios sacerdotes, así seculares como regulares; y aunque todos con divino espíritu y ardiente celo tenían sus iglesias y feligresías religiosa y santamente gobernadas, con todo eso reconocían á nuestro pueblo por ejemplar á los suyos, estimando todos el gran beneficio que hacían desde Tópaga los nuestros, á las almas de tantos estancieros como cultivaban el valle, y de tantos indios como habitaban en el monte, concurriendo casi todos á nuestra doctrina en varios tiempos del año para gozar la buena dirección y enseñanza de los Padres.

Esta doctrina permutamos con la de Pauto por las conveniencias espirituales que en la ocasión se premeditaron bien, por acertados y prudentes juicios, no por intereses humanos, como han imaginado diabólicos calumniadores, porque es ciertísimo, y sin duda alguna que eran mucho mayores las utilidades de la doctrina de Tópaga, como se puede considerar si se reputa bien el estado y altura á que había llegado esta doctrina cuando la dejamos, respecto de la que tenía antes cuando entramos en ella. Cuando el Padre Ellauri entró en el pueblo de Tópaga, halló una iglesia de paja, con poco ó ningún aseo, y con su actividad y desvelo, que era grande, y con mucho trabajo, sacó desde sus cimientos, y perfeccionó una iglesia de calicanto, y la cubrió de teja; hizo en ella tres tabernáculos hermosamente dorados, adornola de ricos ornamentos, de imágenes preciosas de bulto que llevó desde Santa-Fe; hermoseó la iglesia con colgaduras ricas, con ciriales é incensario de plata, lámparas y candeleros de lo mismo; y lo que admira más es que, á costa de su estipendio y cuidados solícitos, llevó maestros de música que enseñasen á cantar, y habiendo comprado órgano y chirimías y otros muchos instrumentos músicos de todo género, parecía aquélla en sus festividades una Catedral, y era nuestro gran Dios servido en aquellos montes con tanta reverencia y devoción, que

los vecinos de aquel valle, para tener una buena Semana Santa, fiestas del Corpus Cristi y de la Inmaculada Concepción y otras solemnidades, se recogían á nuestro pueblo de Tópaga, y las procesiones de Semana Santa se hacían con tanta grandeza, devoción, ternura y penitencia, que parecía el pueblo una ciudad populosa de españoles.

Para que la procesión del Corpus Cristi se celebrase con la solemnidad posible, y también las procesiones que hacía todos los primeros domingos del mes en honra del Santísimo Sacramento del Altar, levantó y fabricó en las cuatro esquinas de la plaza cuatro ermitas ó Capillas hermosas, que cubrió de teja, todo lo cual movía mucho los ánimos á la frecuencia de Sacramentos que se introdujo en aquel valle por este venerable y fervoroso operario, y que tenía á sus indios tan santamente fervorizados que parecían religiosos en sus procedimientos, cosa admirable de decirse, y que causó perpétuas aclamaciones del fervor y celo del Padre.

Esta doctrina, pues, levantada y perfeccionada por los nuestros casi desde sus primeras zanjas, puesta ya en la altura que hemos visto, á costa de muchos gastos y fatigas, con tan conocidas mejoras así en lo espiritual como en lo temporal, fué la que se permutó por la doctrina de Pauto, situada en un desierto, deshalajada la casa, y en un todo la iglesia; los indios sin policía, sin comodidades temporales el sitio, y que sólo se podía aceptar por la gracia de Dios y conversión de los gentiles; éstas eran las comodidades que buscó en esta permuta la Compañía de Jesús, no las que soñaron nuestros émulos, y con que pretendieron deslucir esta función, sin duda heroica, como haber dejado la doctrina de Tópaga con las calidades dichas, por una desdichada población como la de Pauto.

Ajustóse la permuta por el señor Gobernador del Obispado, colose por el Patronasgo Real de su Gobierno, honrónos el brazo eclesiástico despachando sus títulos de Vicario al Superior de la misión, autorizólo más el Santo Tribunal de la Inquisición de Cartagena, enviando título en forma de Comisario del Santo oficio al Superior que era, ó al que adelante fuese, de nuestras misiones, autorizando con esto nuestros empleos, que necesitan á las veces de estas autoridades exteriores, y más para con gente montaraz y cerrera, como los feligreses (que llaman blancos) de estos Llanos, y se componen de mulatos mestizos, y algunos negros, á quienes por no ser indios los llaman blancos, nombre impuesto de los mismos indios gentiles para distinguirlos de los suyos; si bien es verdad que hay en el día de hoy gente de obligaciones en estos sitios, blancos por todos cuatro costados, no sólo los venidos de España, sino de otros muchos y que autorizan los Llanos con policía y Gobiernos.

CAPÍTULO V

ENTRAN NUESTROS MISIONEROS Á LOS LLANOS, Y PRINCIPIAN SUS FERVORES CON LOS GENTILES.

Ya es tiempo de que veamos salir á campo contra las potestades del infierno á nuestros valerosos soldados y fervorosos misioneros, y de que notemos también los prodigiosos empeños de valor con que dieron principio á nuestras misiones de los Llanos, y del Orinoco después: su constancia en las adversidades, el espíritu fogoso con que, como verdaderos hijos de Ignacio, acometieron esta empresa, y los montes de dificultades que vencieron para entablar la reducción; circunstancias todas que habían de haber notado nuestros émulos para no precipitarse, como se precipitaron, en decir temerariamente, que no había hecho nada la Compañía en los Llanos; razones hijas de la envidia y de la pasión, como se irá viendo, y se conocerá claramente que estaban poseídos sus ojos de aquel humor infame y desgraciado de las aves nocturnas, á quienes la luz más clara la sirve de nube y estorbo para percibir el objeto.

Hecha, pues, la permuta de Tópaga con la doctrina de Pauto, se dispuso la primera misión y envío de operarios, y aquí fué de reconocer el mucho fervor y espíritu de nuestros sujetos, saltando las llamas interiores con que arden todos, en muy vivas centellas que salieron á lo exterior en muchos que se ofrecían de grado á estos empleos, tan propios como más principales de nuestra Sagrada Compañía; Padres ancianos, que tenían gastados los años y la salud en servir á la religión; maestros de teología actuales, con no menos achaques que desvelos en sus tareas y ocupaciones, deseaban con ansia ocuparse en este glorioso ministerio; alguno de éstos pidió ser enviado á esta empresa, con repetidas instancias á los superiores.

El Venerable Padre Gaspar de Cujía, cuando era Provincial y Rector del Colegio máximo de Santa-Fe, suspiraba ardientemente por este empleo, deseando trocar el aplauso de estos oficios honrosos, por lo humilde y trabajoso del empleo entre gentiles; y vez hubo en que manifestó la verdad de estos apostólicos deseos con lágrimas vivas; todos se alentaron, todos se movieron, y como generosos hijos de Ignacio se ofrecieron muchos á arriesgar la vida por ganar almas para el cielo. Cúpoles la suerte y apostolado á tres fervorosos misioneros, sujetos de todas prendas, y que sólo pudo por entonces enviar la Provincia por la carestía de sacerdotes: fueron éstos los Padres Alonso de Neira, Ignacio Cano y Juan Fernández Pedroche, á los cuales añadió la divina

Providencia otro insigne misionero, que valió por muchos, para que no faltase la cuarta rueda á este carro misterioso de la gloria de Dios, á quien trajo desde la Francia á estos Llanos, con la ocasión que se dirá después, y fué el Padre Antonio de Monteverde, nacido en los países viejos de Alemania y criado en Francia.

Salieron de Santa-Fe los tres Padres con el alborozo que se deja entender de su fervoroso espíritu, dejando su asignación y afortunada suerte y santamente envidiosos á muchos en el Colegio máximo. Pusiéronse en viaje bien aviados en un todo, no sólo de lo necesario para sus personas, sino de ornamentos y cálices, con todo lo demás para el adorno de cuatro iglesias, lo cual franqueó liberalmente la Compañía como lo acostumbra siempre, y más interviniendo, como intervenía en esto, la conversión de los gentiles. Ya presumía el demonio desde entonces la guerra que le venían á hacer tan valientes soldados, y por esta causa, y para prevenir como astuto los ánimos de los gentiles contra los que pretendían su bien, previno su artillería de antemano, avisando por medio de sus hechiceros y ministros á los demás gentiles, que no creyesen á los Padres.

Ya dijimos en el Libro primero, cómo entre los Tunebos y Tame hay una gran laguna, Cátedra en este tiempo de Satanás, en donde se les aparecía á los *Petates* en forma de una horrible serpiente, de cuya mortífera boca, como de Oráculo, recibían respuestas y consejos los indios, encaminados todos á su perdición. Poco antes de entrar nuestros misioneros en los Llanos, fueron los Tunebos á la laguna á consultar al demonio; halláronla turbada toda en tormenta desecha, porque las olas que levantaba ponían horror con sus bramidos, y parecía quererse rozar con las estrellas. Quedaron los indios atónitos y espantados, y suspendiéndoles el temor en las márgenes de la laguna, á breve rato salió de entre sus senos la serpiente, con cuya vista se recobraron de sus temores; habloles entonces la serpiente y les dijo: "Que pronto vendrían á sus tierras unos hombres blancos con ropas largas y negras, y venían á enseñarles cosas diferentes y contrarias á las que ella les había dicho siempre; que no les creyesen, porque eran embusteros y engañadores; y que aunque ella no podría hacer nada contra los de ropas largas, ni les podía estorbar que viniesen, que no se desconsolasen ni dejasen de recurrir á ella en sus necesidades, que les ayudaría como hasta allí;" con estos diabólicos consejos y promesas de tal autor, se zabulló la sierpe entre las olas, dando silbos horribles.

Desearon los Padres después, cuando llegaron á las misiones, comprobar la verdad de este caso, del cual tuvieron noticia, y para esto hicieron apretadas diligencias para haber á las manos

alguno ó algunos indios de quienes con más probabilidad se sospechaba este aviso. Quiso Dios darnos esta buena suerte, trayendo á algunos de ellos, ya con la fama de que tratábamos con amor á los otros, ya con la noticia de que les repartían machetes, hachas y otros donecillos, que paladean mucho á sus naturales codiciosos. A estos hablaron los misioneros muy despacio, propusiéronles la verdad de nuestra santa fe, la inmortalidad del alma, la certeza de que hay otra vida; que Dios es el Supremo Gobernador del mundo, que el demonio es criatura suya, y que, como Juez Supremo lo echó á los infiernos por sus pecados: que es embustero y engañoso, y que les prometía mentiras para llevarlos al abismo, y otras cosas de esta cualidad, todas las cuales oyeron con atención, hasta que llegando el Padre á baldonar al demonio y á probar que era Padre de mentiras, interrumpió el razonamiento uno de ellos, de los más principales, y con furia diabólica empezó á defender al demonio con tales palabras, y empeño de razones exquisitas, que se mostraba bien el magisterio de donde salían, y que era Satanás el que las dictaba. Confesaron hablarles éste en la laguna; y como el Padre les fué satisfaciendo, por último quedaron amigos, y llevando algunos donecillos, se partieron con promesa de venirse á agregar con nosotros y asistir á la iglesia.

Todo esto lo he traído para que se vea por aquí cuánto sentía Satanás la entrada de nuestros misioneros á los Llanos, como quien presumía desde entonces las innumerables almas que habían de sacar éstos, con su predicación y doctrina, de su tiranía y servidumbre para poblar el cielo; gloria grande de la Compañía de Jesús, que sea tan temida su enseñanza, su celo, fervor y espíritu, hasta del mismo infierno, que tan de antemano se previene para resistir á su fuerza.

Ahora, pues, antes de que lleguen nuestros misioneros á la provincia de los Llanos, será bien que se sepa la ocasión con que vino á ellos, desde Francia, el Padre Antonio de Monteverde, quien, según se colije de una carta, llegó á estos sitios algún tiempo antes que llegasen los Padres de Santa-Fe. Hallábase un Padre francés misionero de Matalino, doctrinando á los indios Araucas; este Jesuíta, pues, deseoso del mayor fomento de la reducción de los gentiles, pasó á Francia en busca de compañeros que le ayudasen. Los bárbaros en ese tiempo, valiéndose de la oportunidad y de la ausencia de su doctrinero, hurtaron sacrílegamente los ornamentos de la iglesia, y añadiendo maldades á maldades, quitaron bárbaramente la vida, instigados del demonio, á un muchacho á quien había dejado el Padre por guarda de su casa é iglesia. Dió la vuelta de Francia algún tiempo después, y trajo en su compañía al Padre Antonio; salieron al recibimiento

los indios, entre quienes salió uno muy ufano, vestido para mayor autoridad de una sobrepelliz hurtada, en lugar de camiseta; viendo esta indecencia tan intolerable los nuestros, como era ver á un bruto con tan venerable insignia, procuraron con buen modo trocársela por otra cosa más útil para él; de aquí empezaron á filosofar los indios que habían de ejercitar los Padres en ellos algunos castigos.

Para prevenir este lance trataron de dar la muerte á los misioneros, y hubiéransela dado, si ellos entonces, con la escolta francesa que tenían, no se hubieran defendido, con muertes no pocas de los contrarios, entre los cuales hallaron Flamencos tocados de herejía, embijados como indios, que así se disfrazan aquellos herejes. Salieron huyendo los misioneros, no tan bien librados, que no le alcanzase una bala en la refriega al Padre Antonio de Monteverde, de la cual salió mal herido; en fin, después de tres meses de asistencia entre estos indios, y después de muchas calamidades, y naufragios padecidos por la gloria de Dios, salió á los Llanos el Padre Antonio, en donde, con el beneplácito de los superiores, se quedó, para tanto bien de las almas, como iremos viendo en el discurso de esta historia.

Volviendo ya á nuestros caminantes, llegaron por último de la ciudad de Santa-Fe y se hallaron en sus deseados desiertos, habiendo hecho muchas proezas por el camino, en las estancias y pueblos: luégo se dividieron como apóstoles cada uno á la Nación y pueblo para el cual vino destinado. Al Padre Ignacio Cano se le entregó la doctrina de Pauto, á cuyas expensas (bien cortas) se habían de mantener los misioneros. El sitio ó pueblo de Casanare fué el que le cupo al Padre Alonso de Neira; los Tunebos al Padre Juan Fernández Pedroche, y la reducción de Tame, ó por mejor decir, las reducciones todas, por cuenta del Padre Antonio de Monteverde, cuyo fervor, celo y agigantado espíritu abrazaba en su seno muchos mundos para convertirlos á Dios.

De cuánta gloria suya ha sido esta empresa se puede colegir de lo que queda dicho del miserable estado de estas almas en que se hallaban por este tiempo en Pauto, en donde había doctrinero; estaban los indios tan ignorantes en un todo, después de tantos años de asistencia, que ni las cosas necesarias para la salvación sabían, porque ignoraba el doctrinero su lengua, contra lo que está decretado por los Sinodales de Santa-Fe y Lima, que mandan apretadamente que se aprendan las lenguas, sin cuya noticia ni puede cumplir con su obligación el Párroco, especialmente no habiendo intérprete de satisfacción, ni puede doctrinar las almas de los que están á su cuidado; y si en este pueblo se hallaba tanta ignorancia después de la asistencia de su Pastor, qué sería

la población de Casanare, en donde rarísima vez entraba el Cura, por lo que se dijo ya, y entonces lo hacía sólo por decirles misa algún Domingo ó día de fiesta, sin otra doctrina y enseñanza.

Había á la sazón en el puerto, cuando entró el Padre Neira, cuarenta indios, y otros que no lo eran, pero tan montaraces y libres, que no se podían llamar poblados; y en nada se distinguían de los gentiles más remotos: con la falta de doctrina se habían quedado en sus ritos gentílicos, ignorantes del verdadero Dios; no usaban de Sacramentos ni aún los moribundos, y morían miserablemente, unos sin bautismo y otros sin confesión: si tal vez se casaban conforme á los ritos de la iglesia, era sin conocimiento del Sacramento que se les administraba: de aquí se seguía que repudiaban á su voluntad, y tomaban otra mujer, y á veces dos juntas, pues sólo tenían de cristianos el nombre y el bautismo, aunque dudoso en muchos por falta de conocimiento de lo que recibían, siendo en lo demás gentiles.

Yá dijimos el estado en que se hallaban Tame y los Tunebos cuando entraron á éstos sitios los exploradores. Sólo debo advertir ahora que de los 450 indios de Tame, que se hallaron entonces, sólo se hallaron esta vez 60 ó 70 indios; de donde se colije haberse retirado á los montes los demás, llevados de su natural indómito, desde que salieron de los Llanos los Padres Francisco Jimeno y Francisco Alvarez. En la población de los Tunebos halló el Padre Juan Fernández como 40 ó 50 indios por todos, iglesia y algunas casas hechas á diligencia del Padre Antonio. Este fué el estado triste en que hallaron nuestros misioneros las reducciones de los Llanos, y los fundamentos sobre los cuales levantaron la fábrica de esta iglesia y cristiandad nueva.

Apenas llegaron á estos sitios, y ocuparon sus puestos, cuando cada uno comenzó á hacer alarde de su fervoroso celo, y luego, sin detención alguna, trataron de ir recorriendo las montañas, buscando las madrigueras, y recorriendo los rincones más retirados de aquellos países, para ir agregando cuantos pudieran, y formar las poblaciones con fundamento: bien se dejan entender las calamidades y miserias que pasarían los Padres en éstos principios, en tierras incultas, aguas, montañas, entre tanta penetración de ríos, lagunas y ciénagas, sembrados los caminos de espinas y abrojos, encontrándose á cada paso leones fieros, tigres formidables; tropezándose con víboras y culebras en numerosa multitud de especies diferentes, todas venenosas y mortíferas, que aunque son mucho más apacibles estos territorios que los del Marañón y los Mainas, pero con todo, son comunes las inclemencias en estas soledades.

No por estas correrías dejaron de atender á lo principal de

este ministerio, que es el estudio de las lenguas, para desbaratar con ella, como lo hace la Osa con sus cachorros, la tosquedad informe de los bárbaros, conculcar sus errores, deshacer sus tinieblas y supersticiones, y los ritos gentílicos, abominaciones bárbaras, y todo lo demás que se requiere para arrancarlos de sus vicios y formar perfectos cristianos; pero como esta materia pide mayores capítulos aparte, por ser muy necesaria su noticia para los que se dedican á este empleo, me ha parecido poner aquí los ritos, usanzas y costumbres de estas Naciones, mientras dejamos á nuestros misioneros por ahora bien empleados en recorrer los montes, y en el estudio de la lengua, formando vocabularios y traduciendo catecismos.

CAPÍTULO VI

DE LOS RITOS, COSTUMBRES, USANZAS Y SUPERSTICIONES DE LA NACIÓN ACHAGUA.

Aunque dí noticias generales de los indios de estos Llanos en el Libro primero, no descendí en particular á tratar de sus ritos y costumbres, usanzas y supersticiones, ocupada por entonces la pluma en otras noticias no menos útiles que las que dí ahora, como fueron, demarcar los sitios, referir las Naciones y las extorsiones del español en su conquista; algo se dijo de otros indios y en especial de los Tunebos, con que viniendo en particular á tratar de estas cosas, diré lo que he hallado sobre esto, averiguado por larga experiencia de los fundadores de estos pueblos, y lo que se ha ido notando y averiguando después con el manejo de estas gentes.

Ya se ha dicho lo numeroso y extendido de la Nación Achagua, la cual se enseñoreaba en otro tiempo desde el principio de estos sitios hasta los fines más remotos. Es esta gente bien dispuesta, de forma gallarda y de buen talle; usan las cabelleras bien pobladas y dilatadas casi hasta la cintura, no sólo las mujeres sino también los hombres. Sus armas son arcos y flechas. Estas las retocan con yerbas venenosas y mortíferas (este veneno es el *curare* de que se habló arriba), de manera que en haciendo sangre la flecha, es mortal y sin remedio la herida. Son tan certeros en sus tiros, que dan en un mismo punto del objeto, cuando está firme, ó parado, y enseñan este primor á sus hijos desde su tierna edad, de dos ó tres años, haciéndoles sus arquillos y flechuelas proporcionadas á la pequeñez de sus brazos; y en este ejercicio, por vía de juguetes, se entretienen los niños flechando lagartijas, pájaros y otras sabandijas pequeñas, y tal vez no perdonan los pollos de sus vecinos por emplear su tiro. Se prueba su des-

treza con lo que sucedió con un niño Achagua de diez años: aparecióse una lechuza de noche junto á la casa del Padre; díjole por donaire al muchacho que cogiese el arco y la flecha, y la flechase; sacó el arco, y trajo de allí á poco ensartada en la flecha la lechuza, y la ofreció á su misionero.

En esta destreza tienen asegurado el mantenimiento de sus personas, hijos y mujeres, siendo su patrimonio y hacienda los peces de los ríos, las aves de los montes, y los animales de la sabana, como ellos dicen: "á nosotros los indios (dijo uno de los Achaguas) no nos ha concedido Dios el entendimiento de los blancos para granjear haciendas, pero nos ha dado otra hacienda que son las dantas y los monos, venados, aves y peces que flechamos y con ellos mantenemos nuestra vida." Mas, como esta habilidad y destreza no es sólo de los Achaguas, sino de las demás Naciones, basta lo que queda dicho sobre este punto.

El vestido por lo común es el natural, como en las demás Naciones de estos sitios; desnudos nacen, y desnudos mueren, si bien cubren esta desnudez con variedad de matices y colores con que se pintan desde los pies hasta la cabeza. Salen algunas veces tan prolijamente pintados, y dispuestos con tal orden los colores, que parecen que están vestidos con telas de rayadillo por todo el cuerpo; las cabezas de ordinario las tienen teñidas de encarnado, de suerte que vermejean los cabellos, como si los tiñeran con almagre; úntanlos con cierto aceite otras veces, como lo hacían los Hebreos; para las manos usan del sumo de una fruta que se las pone negras como una pez, y quedan como con guantes.

Dije que el vestido es por lo común el natural, pero debo advertir que aunque los varones andan desnudos, con lo que basta en algún modo para cubrirlos en parte con algún género de decencia, las mujeres, aun las que viven en su gentilismo todavía, se cubren con cierto tejido de esterilla dócil, labrada curiosamente de unos hilos como de pita, que sacan de los cogollos de una palma; tiene de largo dicha estera cosa de una vara, y ancho tres cuartas con poca diferencia; ésta la prenden con una cuerda por el hombro á manera de talabarte, y quedan decentes; pero yá el día de hoy están reducidos á la modestia cristiana, así hombres como mujeres, en lo cual han trabajado no poco los Padres, y han gastado y gastan todavía las pocas limosnas que alcanzan, para proveerlos de camisetas, mantas y un pedazo de lienzo con que se cubran, y muchas veces quitándose las sabanas de la cama y mantas con que duermen, para repartirlas á pedazos entre sus indios.

Es muy raro el indio de esta Nación á quien le nazcan las barbas; al cabo de la vejez suelen apuntarles algunas, lo cual puede

ser que provenga de la guerra continua que traen contra ellas desde mozos, arrancándoselas de raíz. Han inventado varios modos para arrancarlas cuando apuntan, que si se tomaran por penitencia sería una de las más horribles que se podían hacer; buscan para este efecto una resina de árbol muy pegajosa y blanca, con ésta se cubren todo el rostro, sin perdonar á las cejas; después que está incorporada esta resina con la barba, si la hay, y con el vello y cejas, van tirando este betún con fuerza, al redopelo, con que van arrancando á repelones la barba, vello y cejas; remirándose muy despacio en el espejo, mientras tan cruel sacrificio; sólo perdonan á las pestañas, para que no parezcan sus ojos "ojos de iguana ó de pescado," como respondió uno; usan también tenacillas de palo para este efecto, función en la cual gastan mucho tiempo para arrancarlos uno á uno; otros se valen de mano ajena para este efeite y rasura, y entonces coge un hilo el que hace oficio de barbero, tuerce este el hilo muy despacio á raíz del pelo y vello, y cuando está bien trabado con el hilo á fuerza de torcer, tira de golpe, hasta arrancarlo todo.

No adoran ídolos los Achaguas, ni se ha conocido este despeñadero en las demás Naciones que tenemos; agoreros sí tienen muchos, y adivinadores de los sucesos futuros, ya por el canto de los pájaros, ya por el encuentro de animales terrestres, y ya por los peces que flechan en las mismas corrientes de los ríos, en lo que son diestros y admirables, como se dijo yá. De los primeros que flechan y sacan, se pronostica el bueno ó mal suceso de las pesquerías, ó de otras cosas, á lo cual concurre con sus diabólicas sutilezas el demonio, y en aconteciendo el suceso, ó algunas cosas de las que ellas pronostican, se persuaden que son los sucesos hijos de sus supersticiones.

Con lo que más usan de estos engaños es con unos polvos que benefician ellos mismos de las frutillas de ciertos árboles coposos y crecidos: llaman á estos polvos *yopa*, con los cuales hacen ellos sus adivinanzas; pongamos el ejemplo: quieren salir á una guerra, ó hacer un viaje, y desean saber el fin que tendrá la empresa; para esto juntan y convocan á muchos y comienzan á darles la yopa, cuyo uso es por las narices, tomándolo á manera de tabaco, y es de tan grande fortaleza, que á breve rato los priva de juicio; con la fortaleza suma hace gran llamamiento de humor á las narices y aquí entra la adivinanza y la señal de sus presagios, porque si comienza la evacuación de la asquerosa biscosidad por la ventana derecha de la nariz, lo tienen por gran señal y se pronostican buenos sucesos; y si por la ventana izquierda, lo tienen por ruin presagio, é indicios manifiestos de sucesos infaustos; si por ambas ventanas á un mismo tiempo, queda indecisa la materia: y como el que sea por ambas juntas es lo ordinario,

suelen estarse un día entero, sorbiendo yopa, con su duda, hasta que les dé á conocer el efecto por una ventana de las narices. En el ínterin se están hablando con recios y desentonados gritos á manera de locos, haciendo gestos disformes, y aunque están muchos juntos, no hablan unos con otros, sino cada uno á solas, con acciones y meneos, preguntas y repreguntas, que muestran hablar con el demonio á quien piden consejo en sus determinaciones y dudas, y la declaración de los sucesos futuros.

Hase trabajado con fervorosísimo empeño en derribar este abuso, que está entre nuestros Achaguas casi apagado del todo, especialmente entre los cristianos antiguos, con las contínuas pláticas de los nuestros, con las frecuentes visitas, con quebrarles los instrumentos; y vez hubo que fué esto con notorios peligros de nuestros operarios, por haberlos cogido ya demasiadamente embriagados por la yopa, y querer defender sus ritos; pero siempre han salido con el favor divino victoriosos los nuestros.

Entre otras supersticiones que tienen, es una y muy principal la que llaman *chaca*, que se reduce á bendecir el pescado al principio del verano, cuando se empiezan las pesquerías: reúnense para esto los indios de noche, y en una olla grande juntan y echan gran cantidad de peces, y entre ellos un pececillo pequeño, al cual llaman *chaca* en su lengua, y de quien toma nombre la función; cuécenlo todo junto, y previenen para esto muchas hojas de tabaco, y una porción considerable de tortas de cazabe, que es su pan ordinario; ya que está bien cocido el pescado, lo apartan del fuego, su sacerdote, á quien llaman *Piache*, empieza con muchas ceremonias á ejercitar su oficio, para lo cual encienden uno tras otro variedad de tabacos; después el venerable sacerdote, sirviéndole su propia boca de incensario, va incensando poco á poco con muchas ceremonias y gestos y con ciertos ensalmos, el pescado y cazabe; pasan en esta función toda la noche, y con esto queda santificado todo, y preservados los que le comen de muchas enfermedades. No á todos les es lícito comer semejantes ofrendas; han de comer de ellas los niños que empiezan á comer pescado para que no les haga daño éste en toda su vida, aunque le coman hasta reventar; también las doncellas han de comer de él para no engordar demasiado cuando lleguen á grandes; con estos y otros semejantes desatinos tiene engañada el demonio á esta miserable gente como si fuera dogma de fe esta multitud de disparates; extiéndese esta creencia hasta á sus mismos sueños.

Ya se sabe que su primera distribución por la mañana al rayar el día ha de ser ir refiriendo todos cuantos disparates han soñado, y esto en cada caney ó casa, empezando el primero de todos su Cacique ó Capitán; van contando el sueño en tono de lamentación muy á la larga, con un sonsonete tan triste y melancólico, que pone en confusión á todo el pueblo.



Aunque no adoran ídolos los Achaguas, como se dijo ya, no obstante se ha visto llevarlos ya en procesión tal vez, y hacer fiesta á sus dioses, la cual se reduce á una danza, en que se disfrazan todos á manera de matachines, y llaman *Chuvay;* no há dos años que hicieron semejante fiesta en uno de estos pueblos nuevos en ausencia del Padre; pero aunque es verdad que hubo estos disfraces y mascaradas, como lo hacían en su gentilismo, no se pudo averiguar que sacasen ídolos.

Remataremos este Capítulo con otra superstición bien perjudicial que tienen los Achaguas en su gentilismo. Como son tan pusilánimes los indios, por una parte, y tan vengativos por otra, les ha inspirado el demonio una astucia para quitar la vida al ausente, sin peligro de ser conocido el que ejecuta el daño. Procuran haber á las manos para este fin alguna prenda de aquel á quien desean matar; conviene saber: cabellos, saliva, ó cosas semejantes; esto lo revuelven con unos polvos encarnados que llaman *Chica,* que meten después dentro de un calabazo pequeño; llaman á esta mixtura *Carrage*, *Mojan* ú *Camerico.* Hecha esta diligencia, invoca el hechicero en grandes voces al demonio, y permitiéndolo Dios así, muere el ausente, más por malicia de Satanás, que por virtud y eficacia del hechizo, que, como se ve claramente, no puede tener actividad para quitar la vida, ni aún al que está cerca, por no contener veneno alguno estos polvos.

No es menos perjudicial que el que queda dicho, si bien no contiene pacto con el demonio, otro modo que tienen de vengarse de su enemigo. Críase una culebra en estos sitios, larga como de cuarta y media, á la cual llaman *barbarí* los Achaguas; está poblada esta sabandija de pelo corto y bermejo, como menudas cerdas, pues los que entienden de este arte, que suelen ser los viejos ordinariamente, guardan con gran cuidado este pelo, y cuando llega el caso de quererse vengar de su contrario, echan con grande disimulo en la comida ó bebida de su enemigo parte de este pelo y cerdillas, algo semejantes á las que crían las hortigas; de allí á poco tiempo empieza á enfermar el sujeto que come de ésto, y á vomitar sangre; váse enflaqueciendo poco á poco hasta quedar como un esqueleto, y al cabo de tres ó cuatro meses de enfermedad, muere sin remedio el doliente.

Esta suele ser la raíz de las disenciones y discordias que ocurren entre las parcialidades, porque como ven la piedra y no pueden saber ciertamente la mano que la tiró, todo se reduce á sospechas, como sucedió pocos días há, que quitaron la vida los Achaguas á uno de su misma Nación, siendo gentil, por una sospecha semejante, que se arraiga de tal manera en su pecho, que aunque muera el indio de otra cosa, y de alguna enfermedad de las que envía Dios, han de decir que fué *Moján* ó *hechicero* el que lo mató.

CAPÍTULO VII

PROSIGUE LA MATERIA DE LA NACIÓN ACHAGUA.—SUS MANTENIMIENTOS Y BEBIDAS.—RITOS DE LOS ENTIERROS Y OTROS USOS Y COSTUMBRES SUYAS.

Siendo como son ateístas estos miserables gentiles, y no adorando Dios alguno, aunque conocen al Creador de todo muchos de ellos, aún en su gentilismo, como se dirá después, es fácil su reducción al conocimiento de Dios. Los Achaguas son por naturaleza dóciles, agradables y blandos, y más capaces y vivos de ingenio que otras Naciones; y se ha experimentado esta verdad con el hecho de que de las Naciones que tenemos en nuestras reducciones han sido más en número los adultos que se han bautizado, no obstante tener dos bajíos formidables que hacen dificultosísimas sus conversiones, y son la embriaguez y la poligamia, ó sea la multitud de mujeres con quienes están á un mismo tiempo casados á su modo: tres y cuatro suelen ser las ordinarias que tienen, y muchos de ellos ha habido que tienen seis y ocho: á éstas comunmente las tratan con igualdad, aunque en las labranzas que hacen tienen sus diferencias, y ponen sus divisiones con estacas, y otras señales, para que unas no lleguen á disfrutar las labranzas de las otras, y son en esto cuidadosas, aunque están las labranzas contiguas unas á otras.

El beber es su vivir, toda su felicidad y su gloria; son entregadísimos á la embriaguez; del beber se sustentan, esto comen y con sólo esto viven; y aunque tienen vianda racional de que usan siempre, es sólo por lo que ésta les aviva el apetito, para beber insaciablemente, y se compone de lo que en España llaman pimientos, y en las Indias ají: seis ú ocho de estas frutas las dividen en pedazos, y echándolos en una olla con agua, los hierven muy bien, y en esta agua de ají, que de ordinario está sin sal, porque no la tienen, mojan el pan que usan, y llamamos cazabe nosotros; abrásanse las bocas por el mucho picante, y para apagar el ardor van continuando á cada paso la bebida; esto es por lo que toca á su ordinario estilo, y al común de todos los días, porque cuando se hace la bebezón solemne, á la que concurre todo el pueblo, salen como río de madre en inundaciones de bebida. Es función muy plausible y deseada de todos la de este día, como el mayor del año; de ésta hablan, y en éste sueñan mucho tiempo antes, como de fiesta tan solemne entre ellos. En llegando el día señalado se ponen de gala para beber según su estilo y usanza: toda la gala se reduce á esforzar cada uno la valentía de su pincel en sus rostros y cuerpos, así hombres como mujeres, inventando

rayas y exquisitas figuras á fuerza de inauditos barnices, gastando largo espacio al espejo donde se miran y remiran; y son tan bárbaros éstos, que entonces les parece estar más gallardos y galanes, cuando quedan más fieros y más espantables á la vista. Puestos ya de gala los convidados, como se ha dicho, se van derecho al caney como á las siete de la mañana; ya están prevenidas las viandas de pescado y de monos y otras comidas semejantes, los asientos, ó el suelo que suele ser lo ordinario, los instrumentos músicos, y son unas flautillas que tocan sin concierto y sin arte; ya tienen prevenida su chicha en una ó dos canoas bien capaces, pero muy llenas y provistas para beber.

Siéntanse por su orden en el suelo, en cuclillas, ó en unos asientos bajos que ocupan los Caciques y nobles, luego empiezan sus sirvientes, que son los mozos del pueblo, á repartir la chicha en una vasija á manera de arteza que llamamos *Muriques*, y son muy semejantes á las calabazas de España; así van ofreciendo la bebida hasta recorrerlos todos, y empezando la tanda otra vez, y otras repetidas en contínua faena, se están bebiendo sin cesar hasta que se agotan las canoas del todo, que suele ser por la noche.

Apenas empieza á hacer su oficio este brebaje, por ser tan fuerte, cuando se sigue lo mejor de la función, y es una zambra confusa, por hablar todos á una, sin concierto, sin orden y á gritos que parece un retrato del infierno el caney, y siguiendo cada uno entonces el ímpetu de su genio, ríen unos, lloran otros, allí cantan y tañen sus pífanos, allá se esfuerzan, y se repiten sus agravios, pero sin cesar la bebida un punto, entrando y saliendo todo el día en una continua confusión hasta que llega la noche; aquí rendidas y atormentadas las cabezas por la fortaleza de la chicha, y continuos gritos, se van saliendo del caney, y sin acertar el camino de sus casas, quedándose muchos por esos suelos como troncos, dormidos, otros en horribles arcadas que se dejan oír por todo el pueblo, hasta prorrumpir en vómitos; no pocas veces, sino muchas, suelen parar en riñas y porrazos lo que empezó en fiestas, y en otras indecencias indignas que no pueden decirse.

Este es un abuso de los más perjudiciales que hay, por las consecuencias tan malas que trae consigo, contra el cual han trabajado y trabajan nuestros misioneros, no sólo en la Nación Achagua, sino en las demás Naciones de estos sitios, por ser este vicio común á todos; pero aunque es verdad que se ha reducido á alguna moderación en este punto, ha sido y será imposible el desarraigarle del todo; ellos beben, y han de beber aunque le pese al Padre, y si temerosos del castigo, ó de las amenazas de su Cura, dejan de beber en el pueblo, han de buscar donde beber, sin que lo sepa el misionero. Los montes y las labranzas serán su asilo y

rochela, como suelen hacerlo, donde serán mayores los desordenes, mayores las indecencias, con menor recato los delitos, y más en número las culpas, con que por vía de buen gobierno es preciso el permitirles aquestas bebezones, tal vez para no perderlo todo con el demasiado aprieto.

Pero porque deseará saber el curioso de qué se fabrica esta bebida tan eficaz y fuerte, que les priva del juicio, diré aquí el modo como se hace, y los materiales que para ello usan. Esta se hace del mismo pan ó cazabe que dijimos arriba, para cuya inteligencia diré cómo se hace éste, cómo se cierne, cómo se amasa y cómo se cuece y forma, que para todo ha dado la altísima providencia de Dios modos muy sutiles á estos barbáros para el sustento de sus personas.

Este pan ó cazabe se hace de unas raíces (á manera de nabos) llamadas *yuca*, y es tradición y sentir muy común, que las plantó en estas Indias el glorioso Apóstol Santo Tomás cuando las honró con sus sagradas plantas: hay dos especies de esta yuca, la una llaman *yuca mansa*, la cual asada ó cocida es de mucho sustento, y tiene el sabor de las castañas; la otra se llama *yuca brava*, porque el humor y jugo es tan fuerte y venenoso, que bebiéndole, ahora sean hombres, ahora brutos, estando sin cocer, revientan luego, de que hay ejemplares muy frescos todavía. Poco tiempo há que reventaron, por haberlo bebido, dos bestias caballares y tres gatos, y lo que causa mayor lástima, una india, que despechada y rabiosa por cierto acaecimiento, cogió unas totumas de este sumo y se las echó á pecho y murió desesperada. Este jugo tan venenoso y activo pierde toda su fuerza y valentía cociéndole al fuego, y forman de él los Achaguas una bebida que usan, y vinagre también con que sazonan sus comidas; de una y otra yuca fabrican el cazabe, pero lo más común es de la que llaman *brava*. Esta la rallan para hacer su pan, y no teniendo ellos rallos, inventaron sus ingenios unos bien peregrinos: toman una tabla de dos tercias de largo y una cuarta de ancho, y buscando en las playas de los ríos unas piedrecitas bien pequeñas, afiladas y agudas, las van clavando con sutileza y buena proporción en el un lado ó plan de la tabla, y luego le dan un barniz con un betún resinoso que sacan de algunos árboles, tan pegajoso y fuerte, que dura ocho y diez años, y antes se quiebran á pedazos las tablas, que saltar las piedrecillas. En este instrumento rallan la yuca, y como ésta es tan acuosa y jugosa, es menester purificarla de este sumo, por ser tan venenoso como se ha dicho, para lo cual era necesario la prensa; no les faltó industria para esto, como no les faltó para el rallo: de unas cañitas muy sutiles que van sacando, tejen una grande bolsa como de dos varas de longitud y media de circunferencia, que tiene su boca por lo alto y remata en una



presilla por la parte inferior; en éste van echando de aquella masa ó yuca rallada, hasta dejarla casi llena: cuelgan después este instrumento en un árbol ó palo, y por la presilla que se dijo, y en que remata esta bolsa, meten una palanca bien fuerte, siéntasé sobre ésta la india, y haciendo peso con el cuerpo va despidiendo todo el humor la masa hasta dejarla como estopa. Puesta ya en este estado la masa, la van desmenuzando entre las manos, y cerniendo en unas cribas que hacen de caña muy sutiles; sigue el cocer el pan, y esto lo hacen con facilidad las indias; labran unas planchas de barro redondas, muy lisas y aseadas, de vara y media de circunferencia, que cuecen al fuego como se cuecen los ladrillos: ponen esta plancha sobre tres piedras en el suelo, en figura de triángulo, apartadas con proporción unas de otras; encienden leña debajo hasta que coge el *budare* (así se llama la plancha) el calor y temple necesario para cocer el cazabe; van echando en él esta harina, y extendiéndola proporcionalmente en todo lo que coge el *budare;* vuelven y revuelven de un lado y de otro la torta, y á breve rato queda ya cocido su pan; y hacen esto con tanta presteza las indias, que en el espacio de una hora hace diez ó doce tortas cada una: este es el pan tan celebrado en estos territorios, y el único que se goza en ellos. De estas tortas de cazabe componen los Achaguas aquella bebida fuerte que dijimos y es de esta manera: sobre unos zarzos de caña ponen al humo estos panes; allí los dejan estar hasta que se ponen mohosos, y de ordinario muy llenos de gusanos; en este estado y con esta sazón y punto echan á hervir en unas ollas el cazabe medio podrido ya; tapan después la olla, apartada del fuego, con unas hojas, después de un rato de tiempo van colando este cocimiento por cedazos y cayendo lo líquido, y acendrado en unas grandes totumas ó calabazos que tienen sólo para este fin, déjanlo acedar y avinagrar mucho, y queda con tanta fortaleza y vigor, sin otro beneficio alguno, que basta para embriagar. Llámase *berría* esta bebida en su lengua, y se deriva de la palabra *berri* que significa *cazabe*, por fabricarse de él, y á la misma bebezón llaman también *berría*. Esta bebida, como he dicho, es el vivir de estos indios, en esto consiste la celeridad de sus bailes, toda la prevención de sus fiestas; con ella se disponen para sus batallas, con ella celebran sus casamientos, y con ella festejan á sus parientes y amigos cuando vienen á verlos de otras tierras. Como dejo apuntado, esto y la poligamia son dos bajíos muy dificultosos que para su conversión tienen estos gentiles, pero contra esto es á donde acestan nuestros misioneros sus artillerías (con la prudencia que se ha dicho) y el celo y valor de su espíritu, y el fervor de su ardimiento, venciendo insuperables dificultades, y exponiéndose á continuos peligros, como los han tenido varias veces, y expresaremos en su

lugar, porque como son estos vicios tan nacionalmente heredados, y como les hace alto el apetito, y éste entre estas naciones tiene á la razón de todo punto tiranizada, sienten vivamente el enfrenamiento; y finalmente, como la ley de Dios se opone tan totalmente á la del mundo y la carne, y estas gentes se han connaturalizado con ésta, es arrancarles el corazón y el alma el quererles quitar sus preceptos é introducirles los divinos.

Estas arduidades tan notorias las veremos vencidas en alguna parte por nuestros fervorosos misioneros, á costa de muchos desvelos y trabajos, especialmente en el pueblo de Casanare, en donde desde la antigüedad son conocidas las mejores y más raras borracheras, por lo menos las públicas y de comunidad que usaban antes. La poligamia no se usa ya en ninguno de los pueblos, y es muy raro (hablo de los gentiles que están poblados) el que tenga más de una mujer, siendo así que cuando entraron los nuestros, no había alguno que no las tuviese multiplicadas, extendiéndose este abuso hasta en los cristianos que hallaron, de quienes había muchos casados con dos mujeres.

En sus enfermedades y entierros han tenido y tienen no menor abuso que los que hemos visto. En estando el enfermo moribundo le ponen á un lado, muy junto de la cama (luego diré de lo que ésta consta) el arco, las flechas y la macana; es ésta otro género de armas usual y común entre ellos, y la labran de una madera durísima y espinosa; sírveles como de alfanje, y es tan fiero su golpe, que parte á un hombre por medio, porque le hacen unos filos como de una hoja toledana. Estas armas le ponen allí cerca, para que se defienda de la muerte y de la enfermedad, y lo suelen dejar totalmente sólo y desamparado, en la cual barbaridad no hay padres para hijos, ni hijos para padres: es verdad que hay algunos más humanos que otros para con los enfermos, y entonces muestran su piedad en soplarle por todo el cuerpo y sahumarlo con humo de tabaco. La hija mayor, ó la mujer del enfermo (si por ventura la tiene) suele sacar un peine, y aunque el miserable doliente esté rabiando de dolores, y dando las últimas boqueadas, se pone con mucha flema y espacio á peinarlo, y á alisar sus cabellos, ya que no puede consolarle con otra cosa en aquel trance.

Expirando el enfermo, aquí es donde se abrasa Troya, porque lo primero que hacen es llorar sobre el difunto con gritos tan descompasados, todos juntos, hombres y mujeres, chicos y grandes, que parecen confusiones del infierno. Y para que puedan convocarse y juntarse todos, señalan uno que sirve de campana, el cual puesto en la puerta de la casa donde murió el enfermo, da tan horrendas voces, en tono de llanto y sentimiento, que causa asombro, y al oírlas, se van avisando unos á otros, y dentro de

media hora están todos juntos, y hacen el llanto en comunidad. Luego le lloran de uno en uno, diciéndole sus requiebros al muerto, preguntándole que para qué se murió y los dejó solos, besándole las manos, haciendo memoria de su valentía, y de que jugaba bien con ellos el arco y flecha y macana; y descienden también á los pies, alabando su ligereza, que corría bien, que seguía mucho la caza, y así le van refiriendo sus virtudes, y repitiéndolas muchas veces con terribles lamentos y aullidos; proporcionalmente hacen con las mujeres difuntas las mismas demostraciones, alabando aquellas manos que hacían tan buen cazabe, que sazonaban tan buena bebida y tan fuerte, para sus bebezones y fiestas, y otras semejantes cosas propias de las mujeres: en esta forma gastan tres y cuatro días con estos lamentos, de cuerpo presente, y para endulzarlos algo tienen presentes también muchos *muriques* ó grandes calabazas llenas de chicha fuerte, y al fin se reduce el llanto y sentimiento á una solemne borrachera. Luego proceden al entierro: abren en medio de la casa un hoyo, en él echan el cuerpo, y con él la macana, arco y flechas, y también la rodela si la tenía (y es defensa de que también usan, y las fabrican muy curiosas y fuertes, de cañas delgadas y flexibles) echan en el hoyo también la cama que usaba, cazabe, comida, y todos los demás trastes del difunto, como caracoles, cuentas de vidrio y baratijas; después de todo esto, terraplenan bastantemente el hoyo: todas estas cosas que echan tienen su misterio, porque el enterrarlos con las armas, es para dar á entender que fueron valientes y guerreros; costumbre usada también en nuestra España con los caballeros militares, aunque estos indios lo hacen para que en el camino de la otra vida tengan con qué defenderse, si encontraren enemigos; el mantenimiento, para tener en el camino su matolotaje y provisión; los demás trastes y baratijas, para tener de qué servirse en el otro mundo, como la cama también para tener en qué dormir. Esta cama es á manera de una red larga de dos varas, y ancha como una vara y cuarta, que tejen ellos de un hilo que sacan de los cogollos de las palmas, y las cuelgan de los dos puntos para dormir, y cuando hacen viaje las cuelgan bien alto de los árboles para estar seguros de los tigres.

De lo que acabamos de decir se colije claramente confesar estos indios la inmortalidad de las almas, como el que hay otra vida después de esta para los hombres; creen, pues, que hay otra vida, y que son las almas inmortales, como el haber un Supremo Señor que lo crió todo, á quien llaman *Cuaygerri* en su lengua, que quiere decir *el que todo lo sabe*, y esto enseñan á sus hijos, y cuando se ofrece hablar entre ellos sobre el que crió el Cielo y las demás cosas, dicen que fué el mismo *Cuaygerri* quien lo crió. Bajo este nombre conocen á su modo al verdadero Dios, pero no

por eso le adoran, como á ninguno otro de los dioses de que les daban noticia sus viejos; lo cual ha sido, y es, una disposición muy grande, para darles á conocer á estos indios lo que nos enseña la fe.

Tienen tradición también, derivada de padres á hijos, acerca del Diluvio Universal, que llaman *Catana* en su lenguaje. Verdad es que yerran sobre este punto, el modo, aunque no la sustancia; dicen que les contaron sus antepasados cómo se anegó el mundo antiguamente con aguacero muy grande que cubrió la tierra, é hizo perecer á todos; pero que uno de nuestros antiguos abuelos (así llaman á Noé), viendo que se anegaba la tierra, se subió para escapar con la vida él y su familia á un monte muy alto, á donde no pudieron alcanzar las aguas, y con esto se salvaron.

A estas verdades que quedan dichas se allegaban muchos errores, porque aunque es verdad que reconocían al Criador de todo, como á supremo Señor, pero reconocían otros dioses de menor jerarquía, no para adorar en ellos, sino como una pura tradición y fábula que les contaban sus viejos, y todos ellos tenían su especial nombre: á los dioses particulares de los Achaguas los llamaban así: *Jurrana-minari*, al de las labranzas; *Baraca*, al de las riquezas; *Cuisiabirri*, al del fuego; *Pruvisana*, al causador de los temblores; *Achacató*, dios tonto: y así iban haciendo un catálogo de dioses y diosas, que omito por no alargarme, y porque basta lo dicho para formar algún concepto de las supersticiones y abusos de esta Nación. Con ocasión de las excursiones que se han ido haciendo á Tierra-adentro en busca de estos gentiles, trataré de otros usos y costumbres suyas, no menos curiosas que las pasadas, en donde se hablará de sus *Mirrayes*, que son la oración retórica con que reciben á sus huéspedes, y del cortejo que se les hace, ora sean españoles, ora indios.

CAPÍTULO VIII

ABUSOS, COSTUMBRES Y SUPERSTICIONES DE LA NACIÓN GIRARA Y LOS AIRICOS.

Toda la gentilidad de los Llanos y del río Orinoco es tan parecida en sus abusos y ritos, costumbres y supersticiones, que parece haber cursado todos en una Escuela bajo de un mismo preceptor; así lo que se dice de los unos se puede aplicar á los otros. Pero como suele haber en unas naciones algunas cosas particulares que no se hallan en las otras, dejando por muy parecidas y comunes las que lo son, trataré de lo particular de las Naciones Girara y Airicos.

Son los indios Giraras una jerarquía de gente muy de otro genio que las Naciones Achaguas. Vivos, alegres, trabajadores y de valor extraño, si bien les sobrepujan en esto los Chivatos, como se dirá luego. Son tan inclinados á la guerra, ó por mejor decir á la crueldad, que tienen por felicidad grande matar á otros, no sólo á sus enemigos, sino á los de su misma Nación. Ya se dijeron los estragos que hicieron contra los españoles en los tiempos antiguos, á que se añadirán algunos otros ejecutados después en los indios, efecto todo ello de su barbaridad y fiereza: su traje en el gentilismo es el mismo casi que el que dijimos de los Achaguas: desnudos andan casi todos, así hombres como mujeres, aunque para la decencia éstas usan de las hojas de los árboles. Las casas en que viven son muy largas y angostas, porque tendrán de ancho treinta pies y casi doscientos de longitud, y en los dos cabos hacen dos puertecillas ó boquetes tan pequeños, que casi no se puede entrar por ellos á los Caneyes sino arrastrando. Todo lo demás está cerrado por todas partes, siguiéndose forzosamente tanta oscuridad que cada caney parece una zahurda de marranos, y á la verdad, entrar en ellas cuando están en sus borracheras y algazaras, es entrar en un vivo retrato del infierno, porque están todos desnudos totalmente, y pintadas las caras y los cuerpos con unos rasgos disformes de un barniz encarnado, y es el que se dijo ya con que se pintan los Achaguas; luego se ponen unos llautos, y guirnaldas en la cabeza, formadas de plumas de pájaros de varios colores, y á la vista hermosísimas; siéntanse los varones en ringlera, uno inmediato á otro, por una y otra banda, distantes como de vara y media la una hilera de la otra, en este hueco se colocan los *Muriques* ó cántaros de la bebida, que la hacen de la masa de la yuca, y no de las tortas del cazabe como los Achaguas, pero la hacen tan fuerte, como la *berría* que se dijo usaban éstos en sus bebezones y fiestas.

En poniéndose á beber tienen siempre estos Giraras las armas y macanas en las manos, porque de allí resultan sus pendencias, haciéndose recordación unos á otros, entre el calor de la bebida, de los agravios que se han hecho en otros tempos, de los que se hicieron sus abuelos y antepasados, y de una y otra comienza á arder el furor, y pára en macanazos y heridas toda la fiesta. Son grandes borrachos estos Giraras; ocho días con sus noches se llevan de una sentada en sus borracheras, y en ellas usan también de sus instrumentos músicos, y señalan por horas á los ministriles que los han de tocar; unos tocan ciertos fotutos, que son á manera de trompetas, que forman de unos calabacillos y despiden un sonido ronco; para que salga este sonido, ajustan unas cañas huecas, de dos varas de largo, por donde arrojan el soplo, que haciendo eco en el calabacillo, despide el tal sonido ron-

co, y tocando con violencia veinte ó treinta juntos, ya se deja entender qué horrorosa confusión causará, y cómo les quedarán las cabezas, y más cuando al mismo tiempo les llevan el compás los atambores, tan horribles en el estruendo, que se oyen sus ecos y porrazos á cuatro y seis leguas de distancia (como lo tienen experimentado nuestros misioneros). Estos los hacen de unos árboles muy gruesos y durísimos, descortezándolos y dejándoles dos varas de circunferencia, les dan tres de longitud, y luego lo socaban ó ahuecan un poco con fuego manso, y quedan así socabados, hechos sus atambores; en cada uno de éstos repican dos indios, que también se remudan por sus turnos para no perder tiempo en el beber; los palillos con que los tocan, son dos mazas á manera de pértigas, que tendrá cada una á lo menos una arroba de peso; con éstas van descargando golpes, con cuyo estruendo se les sube más presto la bebida á los cascos. El moderar estas borracheras, el estorbar las riñas y pendencias que á ellas se subsiguen, cuesta infinito trabajo á los Padres hasta el día de hoy, y se ven á cada paso en muchos peligros; metidos en medio de ellos en el mayor furor de jugar sus armas; pero como lo hacen por la causa de Dios, les ayuda visiblemente su divina Majestad. Se ve en medio de diez indios borrachos, bravos y belicosos un pobre Religioso solo, sin armas, más que el celo de la honra de Dios en su espíritu, un bordón en la mano, causando sólo con esto en los bárbaros temor y respeto, y tratándolos con tanto dominio, que les hacen pedazos las vasijas, derramándoles la bebida, y con un grito que les dé un Padre amainan sus belicosos bríos y altivos naturales, como sucede cada día en estas pendencias; pero sin embargo de este dominio y respeto, se han perdido algunas veces, y á uno de los Padres le dió en una ocasión un indio de estos gentiles una gran bofetada, que llevó el buen Religioso con extraña constancia y paciencia, doliéndole más la barbaridad gentílica de estos miserables, que la recibida injuria; no desmayando por eso el buen Padre en su empeño, ni en su doctrina, sabiendo ser éstos los gajes que sacan los servidores de Dios en premio de sus trabajos.

En los entierros y mortuorios tienen los mismos ritos que los Achaguas, si bien es verdad que son muy especiales las demostraciones de sentimiento que hacen con sus difuntos las mujeres que quedan viudas, y los hijos. Entre los Airicos sale la mujer del muerto por la mañana, al amanecer, dando gritos, á la quebrada ó arroyo cercano al pueblo, por espacio de nueve días, á donde está llorando; córtase el cabello en señal de dolor, y en lugar de los barnices encarnados con que se pintan, usa la viuda de una tinta negra con que se pinta y enluta á su modo; échanles en el sepulcro totumas, bebidas, bollos, las flechas y el arco y el

hacha con que trabajaba; no se puede recabar de los vivos que usen de las cosas del difunto, y así sucede que si deja algunas sementeras de maíz, nadie las quiere tocar, la dejan perder toda aunque esté ya en sazón y para cogerse. Usan también éstos de la yopa como los Achaguas para sus adivinanzas y supersticiones.

No adoran ídolos pero confiesan que hay dos dioses hermanos, uno mayor que otro en la edad; del dios hermano mayor dicen, que lo crió todo de nada, y que destruyó con el Diluvio todos los hombres en castigo de sus pecados; pero que después el dios menor bajó de los cielos á la tierra á propagar el linaje humano que pereció en el diluvio, y que vivió en el mundo siendo Emperador de todos. A éste atribuyen los temblores, diciendo que mueve la tierra con el impulso de su brazo. Juzgan tan vaguísimamente de los dos dioses hermanos, y de las cosas del Cielo, que piensan que hay bebezones por allá arriba, y que se embriagan y riñen los dos, teniendo sus dares y tomares; por esta causa cuando llueve dicen que el agua que cae es el vino de los dioses que derraman desde lo alto, después de bien bebidos y embriagados y encolerizados entre sí cuando se acaba la bebezón. Juzgan que viven en las estrellas, como también que el demonio es el Señor absoluto de los puercos de monte.

Fácil es colegir por lo que queda dicho, que tuvieron estos indios en otro tiempo mucha luz de los misterios de nuestra santa Fe, en especial de la Trinidad y Encarnación, que por ventura les enseñó alguno de los Apóstoles, y que con la falta de enseñanza, hayan degenerado estas verdades en los errores dichos: puede servir de confirmación sobre este punto lo que dijo un Betoy, que vivió en el mismo monte donde vivían los Giraras: dijo, pues, este indio, que por tradición de sus viejos corría entre ellos, que rezában antiguamente las oraciones en el monte sus antepasados como las rezan los cristianos ahora; por esta causa, y no tener ídolos estas gentes, es mucho más fácil que entre otras Naciones el imprimir en sus almas las verdades católicas, como el hacerles asistir á la doctrina y obligaciones de cristiano.

El modo de celebrar sus casamientos es con algún género de mayor policía del que usan otras Naciones. Algunos días antes de la boda salen á montear las dos parentelas de la novia y el novio; unos se ocupan en pescar, y en la caza otros: ya que está todo prevenido para celebrar el convite, el padre del novio (si por ventura lo tiene) lleva su hijo á casa de la novia el mismo día del casamiento; si es huérfano lo lleva otro de sus parientes. La madre de la que se ha de casar saca á su hija á la antesala ó portal del caney, entonces el suegro echa á la nuera una sarta de *quiripa* al cuello, y la suegra al yerno otra, y luego los asientan juntos; pone la madre junto de su hija un tinajón grande

bien provisto de chicha fuerte, para que la vaya repartiendo entre los convidados de las dos parentelas, y beben y comen de la montería y pesca. El novio en el ínterin está muy grave, sin moverse del asiento, y sin dejar de las manos el arco, flechas y macana, ni la lanza tampoco, gozando del cortejo que le hacen, y participando del convite. Dánles padrino y madrina que de ordinario son sus padres, ó los mismos que les echan las sartas de *quiripa*, y con estas ceremonias y convite queda celebrado el casamiento.

Son estos indios, y especialmente los Giraras, grandes labranceros de la yuca y el plátano, su ordinaria comida, pero se alimentan también de carnes, por ser muy dados á la cacería, especialmente de ciervos y de jabalíes ó puercos de monte, de que hay grandísima abundancia. También comen varias especies de culebras, á las cuales solamente quitan la cabeza y última extremidad, y lo demás se lo comen, dando á todo el sainete, con el demasiado pimiento y ají, para que sea el continuo despertador de la *berría*. Comen también lagartos hasta el día de hoy ; son estos lagartos mucho mayores que los que se crían en España, tanto, que persiguen á los pollos y se los comen ; éstos son el mejor platillo, grandemente celebrado de los Airicos y Giraras ; no perdonan tampoco á los ratones que se crían en el monte, y en encontrando alguno de ellos hacen el mismo alboroto para cogerlo, que si encontraran una liebre ó conejo ; persíguenle de mil modos hasta verle en las manos, y se lo comen tan sin asco, como si se comieran un pollo. Es verdad que no solamente los Giraras y Airicos comen esta sabandija, también los indios Achaguas son muy aficionados á ella : no há mucho tiempo que estaba uno de nuestros misioneros diciendo misa en el monte, en una entrada que hizo, y mientras el Padre decía misa, se apareció en un árbol uno de estos ratones, tan grande como los lirones de España ; los indios que le vieron en el árbol estaban más atentos á la presa que á la misa que oían, y apenas se acabó ésta, cuando se abalanzaron á cogerle, como lo hicieron á pocos lances, y se lo comieron ; uno de ellos, que era cristiano ya, dijo con donaire al Padre :—" En premio de la misa que oí, me concedió Dios este ratón ; " á tanto pudo llegar el aprecio y estimación que hizo este Achagua de tan asquerosa sabandija, que llegó á juzgar ser premio de tan excelente obra, lo que podía ser digna retribución de un gato en premio de sus servicios.

Pasando ya á tratar de las supersticiones de los indios de Tame y Macaguane, especialmente de los Airicos, es notable la propensión que á esto tienen, sin que baste para desarraigarles este vicio, el celo de los misioneros, ni su vigilancia en este punto, ni los desengaños que á cada paso oyen. Hállanse muchos

entre ellos (hablo de los tiempos pasados, y quiera Dios no lo sea en los presentes) que tienen familiaridad y pacto explícito con el demonio, á quien hablan y tratan visiblemente, dejando por herencia á sus hijos este infernal abuso: este es, en mi concepto, uno de los mayores impedimentos que tienen de veras para abrazar la fe, de donde se sigue ser en lo exterior cristianos, para encubrir mejor sus maldades, y ser en el interior de sus almas grandes y famosos hechiceros.

Para lo que principalmente usan de esta familiaridad con Satanás es para el tiempo de las enfermedades, haciéndose médicos de oficio por los intereses que ellos saben, y esto aunque el enfermo no guste de tan diabólica medicina: Va, pues, el *Moján* donde el enfermo, y empieza á soplarle por todo el cuerpo muy despacio; y si acontece no poder ir el médico á curar, envía en su lugar uno, dos ó tres demonios, que se aparecen visiblemente, y le soplan al doliente por largo tiempo. Llega tanto la propensión de estos indios á las supersticiones ya dichas, que para que se inclinen á ellas sus hijos desde la tierna edad, les ponen en los pechos de sus madres ciertos embustes y maleficios que ellos llaman *Moján*, para que mamen con la leche tan pestilencial doctrina, y los instruyen cuando muchachos en estos infernales dogmas, que son los misterios de su fe, y el alcorán de sus errores.

El daño tan notable que han hecho, y por ventura hacen todavía estos ministros de maldad en muchas almas buenas y escogidas de Dios, es muy digno de advertirse, para poner remedio. Ha sucedido muchas veces estar un cristiano bien dispuesto para con Dios, por medio de los Sacramentos, cuando está enfermo de peligro, y acudir luego estos discípulos del diablo, haciendo cuanto es posible para pervertirle y perderle, persuadiendo que renuncie los Sacramentos y sus mujeres y familia si quiere conseguir la salud: y como esto del vivir es tan amable á todos, especialmente á los estólidos y carnales, como lo son estos pobres, es muy fácil el persuadirles esto, y que admitan el partido á trueque de no morir, que es lo que pretende Satanás con la medicina tan ridícula de los soplos por medio de los hechiceros; y lo que causa gran lástima es que raro, ó ninguno de éstos que tiene pacto, quiere reconocer sus errores, ni arrepentirse, ni confesarse de esta culpa, ni aun en la hora de la muerte; ellos han negado, niegan y negarán siempre, por persuasión del demonio, y mueren como gentiles con sólo la careta de cristianos, justo castigo de sus culpas.

CAPÍTULO IX

MODO COMO SE FUNDARON LOS PUEBLOS DE CASANARE Y TUNEBOS, Y SE ADELANTÓ EL DE TAME.

Dejamos á nuestros misioneros estrenando los filos de sus fervores en el estudio de la lengua, en recorrer los rincones y guaridas del monte, y en padecer calamidades, que fueron tan grandes en aquellos principios (como sucede siempre en las fundaciones nuevas) que sin más exageraciones, quedan, con sólo referirlas, bastantemente ponderadas. Padecieron muchas hambres, no sólo en sus peregrinaciones y correrías, sino aun estándose á pie quedo en los ranchos, en donde habían asentado sus reales, atenidos á que aquellos pocos indios bárbaros y no conocidos les diesén de sus raíces, ó algunos plátanos ó frutas, poco sustanciosas y jugosas, siendo no pocas veces, no sólo frugal alimento, sino comida muy nociva, por la extrañeza y novedad; todo lo pasaban nuestros operarios fervorosos con alegría y gusto, y más cuando les fué dando Dios el consuelo de ir descubriendo nuevas familias, y logrando sus deseos de sacarlas de sus madrigueras, como lo iban haciendo cada día, unas veces por sí, otras por medio de los parientes, quienes entraban á sus tierras y los llamaban para que se poblasen con los Padres.

Fué notable la mudanza y mejora que se experimentó en poco tiempo con el celo y eficacia de los nuestros en todas estas Naciones, y con sus inmensos trabajos. Ya dijimos lo repartidos que estaban los Tunebos por toda la serranía; á éstos tomó por su cuenta el Padre Juan Fernández Pedroche, quien para reducirlos á pueblo, penetró á costa de indecibles afanes, sus ásperos Territorios, entrándose por sus bogíos y ranchos, acariciándolos con amor de padre, como si fuesen sus hijos, para que lo fuesen de Dios, manteniéndose de sus comidas asquerosísimas por extremo, por ser asquerosos ellos con la enfermedad del carate, de que se habló ya. No correspondió el fruto á su trabajo por entonces, porque empeñado el demonio que les había hablado en la laguna contra las ropas largas y negras, esforzó sus astucias por medio de los hechiceros, sus Ministros, para que se resistiesen á los Padres, y por esta causa, aunque fueron muchos los que á persuasiones del Padre Pedroche, salieron de sus guaridas, era muy poco ó nada lo que paraban en el pueblo; á veces asistían trescientos indios, otras ciento cincuenta, otras, cuarenta solamente, rendidos como flacos y altaneros á las persuasiones de sus hechiceros mojanes.

Pero como es tan flaco y limitado el poder del demonio con-

tra los altos designios de Dios, se vieron logrados los deseos del Padre, y coronada su constancia, con la fundación de los Tunebos en un pueblo bien numeroso, situado en la banda occidental de la Serranía, distante cuatro leguas de Tame. Fuéronse agregando después otras muchas familias, y fabricando muchas casas con una iglesia bien capaz, y adornada de pinturas curiosas, y se le dió por título el pueblo de *Patate* de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, de quien fué siempre devotísimo el Padre Juan Fernández, recibiendo singulares favores de esta celestial Señora; y no fué el menor de ellos, el haber recibido en su Capilla del Pilar los deseos y vocación á la Compañía de Jesús. Ya que hemos tocado este punto, no quiero pasar en silencio el peligro de morir despedazado, de que le libró la Virgen recién venido á los Llanos.

Caminaba el Padre de un pueblo á otro, en una mula indómita y espantadiza, y á pocos lances hizo lo que solía la bestia, y fué dar con el jinete en el suelo, quedando engargantado y preso en el estribo un pie; llevóle arrastrando más de media cuadra, sin cesar de correr y multiplicar á pares las coces; en este conflicto se hallaba el buen Padre, sin haber quien pudiese socorrerle en tan manifiesto riesgo, acordose de su Señora la Virgen del Pilar, á quien invocó entonces con aquel afecto que pedía tan apretado lance: apenas resonó su nombre cuando se detuvo inmóvil la mula, como si fuera de piedra; sacó entonces el Padre del estribo el pie, que halló sano y bueno, con admiración de los que supieron el caso después. Este afecto á Nuestra Señora del Pilar, fué el que movió al Padre Pedroche á dedicarle su pueblo y fundación de *Patate*.

En este tiempo andaba en continua faena, sin descansar un punto, el Padre Alonso de Neira, sobre la fundación de su pueblo de San-Salvador del Puerto, agregando cada día muchas familias y parcialidades de la Nación Achagua. Fundóle en el mismo puerto de Casanare, á la banda del río que mira hacia el Nuevo Reino. Trató luego de fabricar iglesia, como lo hizo en pocos meses, valiéndose de la habilidad de sus indios, curiosos sobremanera, y prolijos en la fábrica de sus casas. No se puede negar haber sido el Padre Alonso uno de los más activos y eficaces misioneros que conocieron estos Llanos. Empeñado el Padre en la fundación de su iglesia, á pesar de las innumerables contradicciones de los encomenderos, que padeciera allá por entonces, levantó en mes y medio un templo muy capaz y curioso, y de una fabricación bien rara, trazas todas de su fervoroso celo, para atraer á sus Achaguas al punto y conocimiento del verdadero Dios. Fué muy aplaudida y celebrada de todos, y aun admirada también de los que vinieron de España, la iglesia del Padre

Neira; componíase de cuatro naves en cuadro, largas y anchas, á proporción, en medio de las cuales sobresalía la Capilla mayor, á manera de media naranja, que estribaba y se mantenía sobre doce vistosas columnas de madera, en el espacio de cincuenta pies de ancho y otros tantos de longitud; en lo alto de la media naranja colocó por fuera una bien alta y curiosa cruz, la cual daba á la obra mayor realce; adornóla de pinturas y altares; hermoseó las paredes con vários colores y barnices. Todas estas cosas, y otras muchas disposiciones de que constaba la fábrica, y que omito por la brevedad, se hacían más admirables, al atender los materiales de que constaba toda, toscos, y de poco valor, y de los que usan en sus casas los indios; pero la buena disposición y arte del Padre, dábales realce y suplía á todo. Fué notable el fervor con que se aplicaron los indios á esta obra, no obstante su natural flojedad, á fuerza de tenerlos tan ganados como los tenía su misionero; no solamente los antiguos trabajaban entonces en ella, hacíanlo también los nuevos con notable alegría, por la que sentía el Padre viéndolos tan aplicados, y aun hasta los niños tiernos se esforzaban entonces haciendo cuanto podían y les permitía sus fuerzas; niños hubo trayendo el barro que apenas sabían caminar. Toda esta obra de romanos, y que parecía quimérica, la concluyeron los indios en mes y medio, como se dijo ya. Dedicóse después con gran solemnidad la Iglesia, el día de la transfiguración del Señor, en la cual predicó el Padre Neira en lengua Achagua un sermón, con pasmo y admiración de los indios, oyendo predicar en su idioma propio la palabra de Dios, cosa muy nueva entre ellos, y esto en tan poco tiempo, como á los seis meses de llegado el Padre á sus misiones.

Entre otras demostraciones de alegría que hubo en la dedicación, fué muy especialmente una que se llevó los ojos de todos: ciertas danzas de niños indiecitos, engalanados con sus camisetas, muy vistosas y labradas, que les buscó el Padre. Danzaron con tan linda gracia y donaire los niños, instruidos por su misionero, que causaron admiración no menos que ternura á los pechos católicos, viendo festejado y honrado al verdadero Dios, de unos niños tiernos, poco antes gentiles, y sin más policía que las costumbres heredadas de sus bárbaros padres, y en un sitio poco antes habitado de gentiles y fieras, sin conocer á Dios. Con tales principios como éste empezó á florecer la reducción de Casanare, pronóstico sin duda de lo mucho que había de fructificar en virtud y cristiandad esta peregrinación, como se verá después.

Eran muchos los que se iban agregando cada día, y hubieran sido sin duda más, si la peste por una parte y los encomenderos por otra, hubieran dado á ello lugar. Cuatrocientos indios por lo menos eran los que se contaban haber muerto de peste en la Nación Acha-

gua, antes de que entrase el Padre; otros muchos apalabrados ya, y deseosos de poblarse mudaron de parecer horrorizados de los blancos, y en especial de don Francisco de Unzueta, encomendero de los Achaguas, que entró por este tiempo como red barredera en Casanare, para avasallarlo todo sin respetar al Padre, haciéndose por esta causa muchos al gentilismo, y los cuales arredraron á los de tierra adentro, diciéndoles que Casanare estaba lleno de encomenderos; no por eso desmayó el Padre Alonso, inventando cada día nuevas trazas y modo para adelantar su pueblo.

No mostraba menos eficacia en el suyo de *Tame* el Padre Antonio de Monteverde, quien tuvo no menores dificultades que vencer en su sitio, que las que tuvo el Padre Alonso en el suyo, para ir agregando á Nuestra Señora de *Tame* los dispersos indios. Estábanlo éstos por las montañas desde el alzamiento de los Giraras contra los Españoles, en el cual destruyeron y acabaron la Ciudad de Espinosa, porque aunque es verdad que se recuperaron muchas familias á su sitio, como se vió yá, sin embargo, se quedaron otras muchas en el monte; y con noticia de las estorciones é insaciable codicia de los Españoles, que buscaban en estas empresas sus intereses propios, á costa de la justicia y piedad que atropellaban ciegos, se habían escondido innumerables indios, buscando su refugio como fieras en los ríos de Ele, Cuiloto y Arauca; á éstos fué agregando el Padre Antonio, á costa de indecibles afanes y riesgos de su vida propia, por ser estos Giraras tan guerreros y altivos, que ni aún á su sangre perdonan. Redújolos á hacer sus casas y caneyes y á que hicieran labranzas, y á que asistieran á la doctrina que se rezaba ya en su propia lengua, así como en el pueblo de Casanare y en los demás pueblos nuestros de gentiles: y en todos ellos se les predicaba ya en lengua por este tiempo, y era á los seis meses de nuestra entrada en los Llanos, como se dijo ya.

CAPÍTULO X

PENETRAN LOS PADRES LAS MONTAÑAS DEL RÍO ELE, EN DEMANDA DE UNAS PARCIALIDADES DE GIRARAS, Y LOS AGREGAN Á NUESTRA SEÑORA DE TAME.

Ya dije cómo desde la destrucción de la Ciudad de Espinosa de las Palmas, se habían esparcido varias parcialidades de estos indios Giraras á los más retirados y escondidos montes. Dividiéronse así, y se retiraron, lo uno por miedo de los Españoles, y lo otro porque entre sí mismos se enemistaron unos con otros, y perdiendo la paz de la Nación, perdieron también la quietud.

Es inquieta toda división, y tanto más cuanto más se opone á la cristiana caridad; de la falta de ésta reconoció el Apóstol de las gentes tener origen la riña y la contienda; y bien lo experimentaron estos miserables, que cada día se buscaban unos á otros para matarse, como lo hicieron varias veces; de éstos pasaron algunos á las márgenes del río Ele, otros á los rincones de Cuiloto; de allí salían á hacer sus emboscadas, causando contínuas zozobras y hartos peligros á los que se habían quedado en su antiguo albergue de Tame, en donde nosotros situamos nuestra residencia.

Todo esto se consideraba vivamente por los Padres misioneros; conocían la utilidad de la reducción de los retirados, así por la quietud y serenidad de los que estaban ya en Tame con nosotros, como por la seguridad de los Padres, que con estas guerras civiles y ordinarias invasiones, tenían muy aventuradas sus vidas. Tratose en primera instancia de ganar á los de Cuiloto, y aunque erán pocos los Giraras que allí vivían, que no pasarían de veinte con su capitán y caudillo, á quien llamaban Castaño, indio belicoso, bravo, traidor y artero, pero se habían mancomunado y amistado con los Chinatos, nación belicosa y alentada, que tiene su asistencia en las montañas de la villa de San-Cristóbal y á orillas del celebrado río Zulia, que se navega hasta desembocar en la gran laguna de Maracaibo, y tiene sus cabeceras en la misma ciudad de Pamplona, y desde sus territorios tienen estos Chinatos caminos y trochas sendereados hasta nuestros mismos pueblos de estos Llanos. Con estos Chinatos, pues, trabó amistad y se confederó el traidor Castaño para dar sobre sus parientes de nuestra reducción, como lo hicieron varias veces, y en una de estas invasiones se reconoció claramente en dos cosas diferentes, y bien considerables ambas, la gran protección de la Santísima Virgen de Tame con sus indios. La primera fué que habiendo salido las indias mujeres de nuestros Giraras de Tame un día por la mañana á sus labranzas (que están en los montes, una y dos leguas distante de la población) á beneficiarlas y traer sus raíces y plátanos para comer en sus casas, á breve rato de haber llegado á ellas, se hallaron cercados de la cuadrilla del Capitán Castaño y de los Chinatos aliados suyos: cuando ellas la vieron quedaron fuera de sí con el temor y susto, más operativo en ellas por ser mujeres y sin armas, cargadas con sus hijos pequeños que los llevan todos á las labranzas, y en el retiro de aquellos montes, con peligro de que las matasen los enemigos ó que las llevasen cautivas á sus territorios, lo que sólo milagrosamente pudo dejar de ser. Dos indias más alentadas (quedándose las demás con la chusma, faltas de valor y consejo), se partieron con prisa al pueblo, dieron aviso á sus maridos de cómo estaban los enemigos emboscados en sus labranzas mismas; avisaron también al Padre

Monteverde, manifestándole el peligro de todos y más próximo el de las guarichas y chusma que quedaban en las labranzas. Los indios tomaron luego sus armas y comenzaron á prepararse para la batalla con grande algázara y gritos (que son sus ceremonias): el Padre, cobrando ánimo, y confiando en el patrocinio de la Santísima Virgen, se determinó á ir á encontrarse con Castaño y los suyos; púsoles orden apretada á nuestros Giraras, para que estando bien prevenidos con sus armas no se apartasen del pueblo, pues que se iba á defender á sus mujeres y traerlas libres, porque eran del pueblo de Santa-María, y diciendo y haciendo se partió solo con un mozo que le acompañaba, pidiendo su favor á la Virgen Santísima. El suceso mostró la importancia de esta imploración, porque á poco más de una milla castellana ó de un cuarto de legua, se encontró el Padre con los enemigos, que venían marchando ya contra el pueblo; hablóles con valor cristiano, riñó su atrevimiento de venirse á tierras ajenas, y endulzando luego con prudencia y buen modo las materias, les convidó con la paz, añadiéndoles que si no la querían, él había de morir defendiendo y amparando á sus indios.

Otras razones les propuso acomodadas á su tosquedad bronca y entendimientos bárbaros; estando en esto llegaron las indias que estaban en sus labranzas, cuyo peligro tenía al Padre con no pequeño sobresalto, y aquí se reconoció el favor especial de la Madre de Dios, porque aseguraron después los Chinatos y la gente de Castaño que no las habían visto, siendo naturalmente imposible esto, por haber estado muy cerca de ellas y que á ellos los vieron clara y patentemente las indias.

La segunda cosa en que en esta misma ocasión se reconoció la tutela y amparo especial de la Madre de Dios para su pueblo de Tame fué, que en conformidad de haberse encontrado con el Padre los enemigos, y después de los razonamientos de una y otra parte, se vinieron todos al pueblo para ajustar la paz que el Padre deseaba. Era este negocio árduo y muy dificultoso, por ser los Chinatos gente bárbara, y los Giraras no menos belicosos, y tener unos y otros antiguos y modernos resentimientos por las muertes que se habían dado en las invasiones pasadas: resentimiento que guardan estas Naciones hasta la cuarta y quinta generación. Por otra parte, Castaño, con los pocos Giraras de su séquito, también daba cuidado, porque aunque eran del mismo pueblo de Tame, y de la misma Nación, era sumamente aborrecido de los más de sus parientes porque pecaba de demasiado altivo y ambicioso, queriéndolos mandar á todos y hacerse cabeza (que aún hasta en la más inculta barbaridad toca este contagio de la ambición y del despeñadero de querer mandar). Con estos cuidados caminaba el Padre, y con estas aflicciones, y cuando se hallaron ya

cerca de nuestro pueblo, los de él levantaron luego sus gritos descompasados, haciendo algazara todos juntos, y haciendo sonar los arcos y flechas, que es la señal entre ellos de dar batalla y lo que corresponde al "*Santiago y á ellos*" de nuestros españoles; los de la parte contraria correspondieron también con las mismas demostraciones, sin mostrar flaqueza ni cobardía; las voces eran muchas, los llantos de las mujeres lastimosos, los alaridos de los niños y muchachos causaban grima, y la confusión parecía de Troya. Partióse el Padre hacia los nuestros pidiendo á su Patrona favor para vencer tan difícil caso; hablóles con entereza y eficacia: díjoles que Castaño y los Chinatos no venían á reñir, sino que él los traía para hacer las amistades, y otras cosas que le dictó la ocasión, con lo cual abatieron hacia el suelo las armas (señal entre ellos de treguas), lo mismo hicieron los contrarios, y juntos con esto ya unos con otros, comenzaron á tratar de paces de la manera como las ajustaron entre sí los Achaguas y Chiricoas, de lo cual se dió noticia en el libro primero, y es el común estilo de las demás Naciones de estos gentiles.

Unos á otros, pues, se fueron representando sus agravios dando sus sentimientos, y atronando el cielo á gritos, con que se tomó el último acuerdo entre todos de ser amigos y celebrar la paz. Ajustados los contratos para esto, arrimaron las armas de arcos y flechas, y embrazaron las macanas; pusiéronse en sus hileras unos y otros, y se fueron embistiendo en batalla viva; comenzando los capitanes, fueron refiriéndose los agravios hechos unos á otros: las mujeres también hicieron sus duelos entonces, usando de sus armas naturales, como la lengua y manos para decirse mil oprobios, y sacudirse unas á otras muchos y recios golpes, á puño cerrado, y repelarse los cabellos.

En medio de todos ellos andaba el buen Padre resguardando á unos y otros de golpes peligrosos, exhortando y fortificando con buenas palabras y razones la paz que celebraban; y con aquellas demostraciones tan horribles, á las cuales pusieron fin dentro de media hora, y echando las macanas en tierra, se cogieron las manos y dieron sus palmadas en las espaldas, que es la señal de amistad entre ellos, y se fueron juntos á las casas ó caneyes de nuestro pueblo, en donde hicieron nuestros indios un convite á su usanza á los forasteros y amigos, antes contrarios, y el Padre los alentó á todos á conservar la paz y vivir con quietud.

Quedaron los Chinatos, aunque bárbaros, muy enamorados de nuestro trato y agrado, y principalmente les obligó mucho el haber oído al Padre cuando proponiéndoles la paz les dijo: "que si no la querían, él había de morir con sus indios;" aun á estos paganos conmovió esta demostración de caridad, y de hecho trataron con el Padre, que querían poblarse allí en Tame, propuesta

que por muy justos motivos no fué admitida. Allí se estuvieron algunos días gozando del regalo y festejo de los nuevos amigos, y bien obligados y agradecidos se volvieron á sus tierras ó territorios del río Zulia, ó á los de la Villa de San-Cristóbal, porque nunca más han vuelto á nuestros países, ni inquietado nuestras reducciones.

El Capitán Girara Castaño, mal contento, prosiguió algunos días más en nuestros pueblos con sus parientes, pero como le soplaba el vicio de la ambición, y allí no figuraba como cabeza (aunque ya lo miraban bien todos), llevado de sus humos se volvió á retirar, con seis ú ocho de sus secuaces, á los montes más escondidos y madrigueras retiradas, y aunque de su natural artero y belicoso se pudiera temer el que inquietara nuestras reducciones, el no tener quien le siguiera ni hiciese alto, fué el total seguro de sus temeridades.

Ajustada esta materia de tanta utilidad, no descansaron las ansias de nuestros misioneros ni encalló su celo ardiente en el río de Tame. Luego trató con calor el Padre superior de las misiones, de enviar un sujeto á reconocer los montes y retiros del río Ele, y á que tantease los puestos, y viese si había por allí Giraras, y que hallándolos procurase reducirlos á agregación, y si posible fuese diese con ellos en nuestro pueblo de Tame, por la evidente utilidad de tenerlos cuanto más juntos se pudiese, y menos esparcidos; puntos todos que requerían tanto espíritu y celo como el del sujeto que se envió á esta empresa tan dificultosa.

Fué señalado para ella el Padre que estaba recién venido á las misiones, que era el Padre Pedro de Ortega, quien aunque mozo todavía, y casi acabado de ordenar, con la leche aun en los labios de la Sagrada Teología y demás estudios, criado con el regalo religioso de los Colegios, como nacido entre la deliciosa abundancia de Andalucía la alta, tomó este cuidado tan á pechos, se empeñó en tantas dificultades, en peligros contínuos de montañas, ríos caudalosos, ciénagas, hambres, infortunios y malos temperamentos de tierras calidísimas, que mostraba bien no estar vinculado el espíritu religioso á los años y canas, pues dió á su comisión gloriosísimo desempeño.

Partióse el buen Padre llevando guías y lenguaraz, y después de diez ó doce días de camino por asperísimas tierras y montañas, barriales, ciénagas, inclemencia de innumerables mosquitos ponzoñosos y otras zabandijas, se halló en el río de Ele. La llegada impensada del Padre á aquellos territorios fué asombrosa y de espanto para los indios, lo uno porque era cosa nunca vista ni oída de ellos, lo otro por el universal horror natural que tienen á los Españoles, y se persuadían que al ir el Padre (aunque fué sólo con un mozo blanco) era con intención de entregarlos á los

blancos, sospecha que les duró algunos días, y que le causó al Padre sustos muy contínuos; pero ellos fueron conociendo su buen fin é intentos sanos, así por la apasibilidad y trato angelical del Padre, como por algunos donecillos y herramientas que repartió entre ellos; industria muy forzosa y necesaria, porque son comunmente todos los indios muy interesados. Hiciéronle su casa con presteza; regalábanle con sus frutas y raíces, y con la carne de monte, á cuya caza son dados muchos.

La dificultad mayor fué el de no poder hacer en ese paraje su asiento, porque le era forzoso recorrer los montes y rincones de ellos, por tener los indios muy divididas sus rancherías. Ibalos agregando con continuo trabajo al puesto principal, en donde tenía su asiento, y en donde habían hecho los indios una pequeña iglesia, en la cual los juntaba á la doctrina y les enseñaba los misterios divinos; sin perder tiempo bautizó á todos los párbulos, y fué haciendo todas sus diligencias con empeño para reducir á los adultos.

De esta suerte trabajaba el Padre Ortega sin que le acobardase ni menoscabase los bríos espirituales, el achaque de fríos y calenturas de que padeció casi desde que entró en aquellos países, liciados de este accidente, originado también de los mantenimientos cortos y poco sustanciosos, hambres contínuas y repetidos aguaceros en las peregrinaciones, y el caminar por ciénagas y pantanos, que todo lo padeció el Padre con extraña constancia y valor, como quien sabía muy bien que los evangélicos mercaderes no adquieren con otro precio que el de las calamidades y trabajos las margaritas preciosas de las almas.

Este temperamento tan malo y tan enfermizo, y el estar aquel puesto tan retirado, y lo principal, por cumplir en cuanto pudiese la instrucción y los deseos del Padre Superior, de que se sacasen estos indios á la reducción del Tame, le hizo al Padre repetir cuantas diligencias pudo para conseguirlo. La materia era dificilísima, lo uno porque á estos bárbaros se les hace durísimo el dejar los montes en donde tienen sus labranzas, pareciéndoles que no las tendrán en otra parte, y como han beneficiado ya sus tierras, y en ellas nacieron, es cosa recia desprenderse de sus montañas y mendigar las ajenas; lo otro, por lo muchísimo que temen la sujeción del español, y los recelos que les inspiran sus tiranías, experimentadas de unos, y oídas de otros; cobardía y recelo que trasciende por todas estas naciones, y que es, como se dijo ya, el radical estorbo para reducirlos al Cristianismo; lo tercero y más dificultoso era el ser estos Giraras de Ele enemigos antiguos de los Giraras de Tame, guerrearse continuamente, ser los de Tame más altivos, y no querer los otros rendir la libertad de sus propias tierras á los que eran de su propia nación; todo

causó grande dificultad, y todo lo venció el favor de Dios, con el aliento, discreción y buen espíritu de nuestros operarios. Tomose por expediente el que fuese otro Padre con algunos españoles, prevenidos de armas, por lo que podía suceder, y se vió haber sido muy cuerda la previsión, porque algunos se resistieron con obstinado empeño, y jugaron valientemente su flechería; vencidas las dificultades todas y no pequeñas, se vinieron á reducir á la paz, y se tomó la última resolución de venirse á Tame, como se ejecutó, dejando quemadas todas las rancherías de Ele, para que su memoria no los instigase á volverse á las montañas.

La dificultad mayor de la enemistad y oposición con los de Tame la allanó Dios con facilidad. Viéndose juntos se dieron sus quejas unos á otros, repitiendo sus agravios, levantaron sus gritos, y vinieron por último á las manos firmando las paces con los fieros golpes de las macanas con que se hacen amigos, como se refirió ya. Luego se les señaló sitio en el mismo pueblo, en donde formaron sus casas y caneyes, tomaron posesión de montañas acomodadas para sus labranzas y rocerías, á las cuales les ayudaron mucho los Padres, dándoles machetes, hachas y otras herramientas para rozar, con lo que quedó muy lucida la población de Tame con las nuevas familias que se agregaron entonces, é incorporado con la reducción de Tame el pueblo de Ele, lo cual había durado casi desde los principios de nuestra primera entrada á los Llanos, hasta el año de 67, con poca diferencia, que fué cuando entró con los españoles el Padre, á sacarlos, y lo he puesto aquí, pasando en silencio otros sucesos intermedios, por no interrumpir con ellos la fundación de Ele, y la última resolución de incorporarlo á Tame; y volviendo á coger el hilo desde los años de 61 y 62, en que estábamos, trataremos en los capítulos siguientes de lo que sucedió en ellos.

CAPÍTULO XI

DISTURBIOS QUE PADECIERON NUESTRAS REDUCCIONES POR ESTE TIEMPO, OCASIONADOS POR LOS ENCOMENDEROS, POR NUESTROS ÉMULOS Y POR LOS INDIOS.

Estilo es, común y muy antiguo, de la Divina Providencia, premiar los servicios de sus siervos en esta vida con penalidades, para labrar con estos golpes las coronas y laureles que han de ceñir sus sienes eternamente en la celestial Jerusalén. Pretende al mismo tiempo la sabiduría divina librar á los suyos, especialmente empleados en obras grandes, con este recio viento de la persecución, de otro más peligroso que es el de la vanidad, que se introduce fácilmente en las obras heroicas, como se introduce

la polilla en el mejor paño, que aun por eso á San Pablo, príncipe de los misioneros, le permitió aquel estímulo, para que no le ensoberbeciesen sus grandes revelaciones, como lo dice él mismo.

Ya se hallaban nuestros misioneros por este tiempo con cuatro pueblos en grande altura, con mucho número de familias, nuevamente agregadas; levantadas y adornadas sus iglesias, corriente la doctrina cristiana en su propia lengua, á la cual asistían los indios, cuando permitiéndolo Dios así, tomó el demonio por instrumento á muchos para perturbar la paz, y para desterrar si pudiesen de los Llanos á nuestros fervorosos misioneros, testigos de sus maldades, y jueces severos de sus insolencias.

Uno de los principales instrumentos de Satanás fué aquel mestizo llamado Hernando Ortiz, mandarín en la doctrina de Tame, como dijimos en otra parte, quien descubrió con el tiempo la vileza de su sangre y procederes ruines, como el no haber sido tan fina su caridad de rezar con los indios, según parecía antes, sino engañosa hipocresía para salir con sus intentos. Hombres muy cuerdos y prudentes, amantes de la Compañía, aconsejaron al Padre Monteverde, recién llegado á las misiones, que echase del pueblo á este mestizo, por la ruina que amenazaba con su asistencia (peste contagiosa que inficionaba á todos). No lo hizo el Padre por justos respetos, aunque estimó el aviso, queriendo por otra parte experimentar por sí mismo lo que se decía de él; lo cierto es que eran muy ruines sus costumbres, sus embustes frecuentes, los chismes por su causa cotidianos, y los daños que causaba notorios: las picardías de este hombre obligaron á muchos de los Airicos, poblados ya, á retirarse del pueblo, con menoscabo de la cristiandad y fe que predicaban los Padres; hurtaba cuanto podía de las labranzas de los indios de Tame; pasaba al pueblo de Patate con otros semejantes á él y hurtaban á los Tunebos cuanto encontraban en sus casas, y les quemaron una, y por este recelo no se atrevían los de Patate á dejar sus trastecillos en las casas, y lo que peor es, ni aun á salir de la Sierra para poblarse, arredrados por Ortiz. Todo era chismes y disturbios entre los Tunebos y Giraras mismos, y cada día se oían nuevas quejas.

Fueron innumerables los ardides y continuas trazas de este depravado viejo para amotinar á los indios contra el Padre, á fin de aterrarlo y obligarlo á que desamparase el pueblo. Echó la voz de que querían los Giraras matarle, y que ya estaban emboscados para el efecto, embuste todo suyo, como se averiguó después, pretendiendo con esto el que desamparase el sitio, y quedar libre con eso para jugar sus piezas; pero estuvo tan lejos de conseguirlo, que sólo sirvieron estos golpes para descubrir con ellos lo firme de su constancia, como en el pedernal el eslabón, para que salta-

sen las centellas de su caridad ardiente; respondió, al oír estos embustes el Padre Antonio, que él había venido allí para buscar la muerte en el servicio de Dios, y para entablar su santa fe, y que por conservar su vida no había de dejar un empleo tan santo.

Viendo desbaratadas sus trazas, hacía cuanto podía para oponerse al Padre, por debajo de cuerda; estorbaba la venida de los Airicos que querían poblarse, pues temía, con mucho fundamento, que con la venida de éstos se le había de seguir un gran castigo, por los agravios que les había hecho, de los cuales se habían de quejar; él fomentaba las borracheras con indecible desorden, contra la prohibición del Padre, y en este tiempo les daba á beber su ponzoña en la infame copa de perniciosísimos consejos, encaminados á su ruina. Por su mandato y disposición hurtaron á una india su hijo, del pueblo; con el pretexto de llevar unas cartas, le pusieron en Santafé para que sirviese como Maco; todo esto le hacía aborrecible á todos, hasta de los mismos indios, excepto de sus secuaces, bien pocos; y todo esto retardaba con extremo la fundación y adelantamiento de Tame.

Ya se deja entender el dolor tan insufrible de nuestros celosos misioneros, viendo vacilar á cada paso la fabricación de esta Iglesia, tierna todavía para edificarse entonces, y mucho más tierna si hacemos reflexiones sobre los materiales, es decir, sobre los neófitos: digo, pues, que además de ser indios, por su naturaleza inconstantes y noveleros, tienen la propiedad de las fieras, que con poco se espantan y se retiran á los montes. Toda esta batería y continuado purgatorio de chismes, quejas y sobresaltos ocasionados por Ortiz, le duró siete meses al buen Padre Antonio, quien confiesa ingénuamente en una carta, que era más lo que le daba que hacer este mestizo, y otro hermano suyo muy semejante en las ruindades para darse esas trazas, que lo que le daba que hacer todo lo restante del pueblo. No era tan fácil como parecía echarle de Tame, porque como era sagaz este viejo, y mandaba en todos, era necesario esperar oportunidad mejor para no arrancar el trigo mezclado con la cizaña.

No dieron menos en qué entender por este tiempo nuestros émulos á los Padres, informando contra ellos muchas calumnias á la Ciudad de Santa-Fé. Uno de los principales capítulos, y el más á propósito para desterrarnos de los Llanos, que era lo que se presume pretendían, fué decir temerariamente que no hacía nada en ellos la Compañía. Bien podían reconocer estos tales, como quienes afectaban tanto celo por la gloria de Dios, y conversión de los gentiles, el bien que á ellos mismos habían hecho los misioneros, como era el de haberles quitado sus mancebas, con quienes habían andado en mal estado muchos años escandalosamente; daño que no se habían atrevido á remediar los clérigos. Pudieran re-

conocer también el beneficio que les hacían, oponiéndose, como Ministros celosos, á sus injusticias é insolencias y á otros muchos desórdenes, que fuera muy largo referir; y si por estar poseídos como frenéticos de la rabiosa furia, no sabían reconocer su bien propio, podían abrir los ojos para apreciar el ajeno, digo el mucho fruto que á pesar de sus lenguas temerarias había hecho en tan poco tiempo (en un año) la Compañía, en cuatro pueblos fundados, y lo mucho que se había trabajado y trabajaba todavía en quitarles sus abusos y supersticiones tan feas y abominables, enseñándoles la doctrina cristiana, y predicándoles en su lengua, á costa de mil afanes para aprenderla, y conservar en la memoria vocablos tan bárbaros é inauditos, lidiando con los indios que se hallaron cristianos, resabiados ya, y maleados por los blancos, y que daban que hacer á los misioneros ellos sólos más que muchas Naciones de gentiles, por haberlos hallado en una total ignorancia de lo que debían saber. Todo esto no era cosa, según la estimación de los tales; parecíales á ellos que había encontrado la Compañía muy allanadas y vencidas todas las dificultades, por haber hallado poblados cuatro indios en Tame, Casanare y los Tunebos, en la conformidad que ya se dijo; pero yo doy de gracia que hubiésemos encontrado en cada pueblo, no tan pequeño número de almas sino Ciudades muradas, semejantes á Roma, y á las que celebra España; no por esto se les debía quitar la gloria de apóstoles á los que predicaron en ellas, por no haber fundado lo material, y congregado á las gentes, ó digan que Santiago y San Dionisio no hicieron cosa de nuevo en beneficio de las almas y conversión de los gentiles de España y Francia, porque no reunieron los gentiles, sino que los hallaron poblados, y solamente se ocuparon en predicar el Evangelio y Ley de Jesucristo; con que por la autoridad y crédito de estos tales se borraría del breviario el nombre de Apóstol de España, que se dá á Santiago, y de todas las historias así sagradas como profanas el de Apóstol de Francia, que se dá á San Dionisio, porque ni uno ni otro Santo sacaron los gentiles del monte, ni los poblaron, sino que los doctrinaron solamente y bautizaron después: niéguesele también el título de Apóstol á San Francisco Javier, porque halló poblados á los habitantes de la India Oriental.

El oficio de apóstol, y por consiguiente de misionero, que le imita, no tanto consiste en poblar, sino en predicar el Evangelio á las gentes. Remo y Rómulo fueron los que poblaron á Roma, pero San Pedro y San Pablo fueron los que la ganaron á Cristo, y en el sentir de todos más hicieron San Pedro y San Pablo por los romanos que Remo y Rómulo; pero como la calidad de los calumniadores no les daba voto en la materia, y ellos estaban más ejercitados en enlazar vacas y novillos que en las materias

de fe y conversión de los gentiles, no me detengo más en deshacer sus calumnias, hijas de la ignorancia y de la pasión, pues basta para que queden deshechas, sólo la noticia de sus autores.

No se descuidaba el demonio con los Tunebos, mientras hacía la guerra á los misioneros, por medio de nuestros calumniadores, sus ministros, y á los indios Giraras y Airicos, por medio del mestizo Ortiz. Tomó por instrumento á un tal Guerrero, vecino de los Llanos, para que hiciese la guerra á los Tunebos con sus consejos depravados. Este mal hombre, pues, olvidado de las obligaciones de cristiano, aconsejó á los Tunebos, é hizo cuanto pudo para que desamparasen el pueblo y se huyesen á la serranía, mirando sus viles intereses, y hubiéralo conseguido, si Dios, que mira como suyas las empresas apostólicas de sus Ministros, no hubiera atajado este daño con su particular providencia.

Es increíble lo que padecieron por este tiempo nuestros operarios con ocasión de esta cizaña en las misiones, porque como se veían desayudados é impedidos para sus empresas, no de gentiles, ni de herejes, sino de los mismos cristianos que se preciaban de muy católicos, era sin consuelo su pena. Los encomenderos y el Gobernador de la Ciudad de Santiago hacían por otra parte notable perjuicio en Casanare con sus extorsiones á los indios. Cierta D.ª Serafina quería que fuesen suyos todos los Achaguas, así los que estaban conquistados como los sin conquistar, presentes, futuros y pretéritos, alegando derechos frívolos, nacidos de su edad decrépita y natural impertinente, con lo cual arredraba á los indios y molestaba á todos. Fué notable el empeño que hizo por su parte el Gobernador de Santiago para llevarse los indios de Casanare, no obstante los inconvenientes que le proponían, de huírse al gentilismo todos. Salió como otro Saul á esta empresa, en compañía de su Procurador y otros, para sacarlos del Puerto y llevarlos á su Ciudad, si fuese menester aprisionados. No había llegado á nuestra doctrina de *Pauto* el Gobernador, cuando llegó á Casanare la noticia, y apenas la supieron los indios, cuando tomaron la nueva determinación de irse, previendo desde entonces las penosísimas tareas y servidumbre para las que los buscaban, como lo habían hecho con sus antepasados, en los obrajes que dijimos de beneficiar algodón. Aseguróles el Padre Neira que no permitiría se les hiciese mal alguno, con lo cual se estuvieron quietos, y con la precipitación que pedía el caso, se partió para nuestra doctrina de Pauto, en donde estaba el Gobernador. Hablóle con toda cortesía en favor de sus indios, proponiendo los inconvenientes que se seguían de ir en esa ocasión y con tanto estrépito á Casanare, pero estaba tan ciego el Gobernador con los humos y vapores de su codicia é interés, que sin hacer caso de las razones tan religiosas y cristianas que le proponía el

Padre, montó en cólera como un león, y dijo que tan "por la señal de la cruz" era lo que enseñaba el Cura de Santiago, como lo que enseñaban los Padres de la Compañía; verdad decía en esto el caballero, y fuera admitida esta razón, si debajo de la señal de la cruz que él decía, no estuviera solapada la cruz del Mal Ladrón; aquella servidumbre, digo, intolerable, para la cual quería á los indios, en la que viviendo desesperados, ó por mejor decir, muriendo, habrían de perder, no sólo la vida del cuerpo, sino también la del alma.

Viendo sus porfiadas instancias y su obstinado empeño, los Padres, que estaban á la sazón en Pauto, fueron de parecer dejarlo pasar á Casanare y que se llevase los indios, para evitar disturbios, no obstante que conocían no tener derecho alguno sobre los Achaguas del puerto. Fué esta resolución una lanzada la más cruel y sensible que se le pudo dar al Padre Neira, que los amaba como á hijos, y que penetraba desde entonces el fin y paraderos de sus amados Achaguas. No le pareció prudencia al Padre Alonso el ceder las armas al enemigo, y rendirse á su fuerza, cuando le sobraban razones, hijas de su piedad y celo, para pelear por sus indios y rendir al Gobernador.

Aquí se conoció claramente la elocuencia cristiana y el extraño valor de que dotó Dios al Padre, porque le habló con tanta sabiduría del cielo, y con tal energía de expresión, que fueron truenos sus palabras para aterrarle, y rayos encendidos sus discursos, que alumbraron su entendimiento oscurecido, para reconocer la verdad. Dióle Dios en aquella hora al Padre Neira lo que había de hablar, de modo que no pudo resistir el Gobernador á tan celestial sabiduría; convencióle de tal manera, y le hizo en tanto grado reconocer la razón, que, dándose por vencido el caballero, así del bien de aquellas almas en poder de la Compañía, como de su desinterés, volviendo á su Procurador le dijo: *de este modo, Señor mío, verdaderamente es cierto: en estas cosas hacemos nuestros negocios, y estos Padres el de Dios*, á lo cual respondió Gabriel López (así se llamaba el Procurador), que se había mostrado antes aun más inexorable que el Gobernador: "Pluguiese á Dios, Padre mío, que mis indios estuviesen en manos de Vuestra Paternidad." Así supo triunfar el Padre Alonso en favor de sus indios, armado de la razón, del celo de la gloria divina, y de las fuerzas superiores que le concedió Dios, en favor de sus apostólicas empresas y afanes santos, con que buscaba su gloria.

El mismo concepto que hicieron éstos después de convencidos, hacían los desapasionados, á fuerza de la experiencia, cuando entraban en las misiones y notaban con cuidado y reflexión el porte de nuestros misioneros. No buscan sus comodidades estos

Padres (decían ellos), pues mejor comen los pobres que llegan á los Conventos en Santa-Fé, que lo que ellos comen aquí. No usaban de ponderaciones los que decían esto, pues era notorio á todos que pasaban con cazabe y plátanos solamente muchos días, muy contentos con aquella pobreza, muy alegres en aquella bárbara soledad, y podían decir lo mismo del vestido, siendo cierto y constante que muchos de los misioneros andaban con alpargatas y desgarrados los vestidos; lo cual no advertían nuestros émulos, cegándose en la misma luz como las aves nocturnas; juzgando temerariamente que escondían los Padres debajo del vestido maltratado, una solapada codicia, con la cual nos queríamos hacer Señores de la tierra, y levantarnos con todo.

Fuera nunca acabar si hubiera de referir por menudo las defecciones y molestias que padecieron nuestros operarios en este tiempo; llegaron á tales términos que les era fastidiosa la vida. "Bien sabe Dios (escribió el Padre Neira á un confidente suyo), que ya nos causaba fastidio el vivir, y que oprimido de pesadumbres, melancolías y tristezas, pedía á Dios muy de veras el morir." Todos parece que se habían conjurado entonces, así blancos como indios, para oponerse á los misioneros y para deshacer las misiones, usando de varios artificios y cavilosas maquinaciones. Hubo quien para inquietar á los Tunebos echó voz de que se había ahogado en un río el Padre Juan Fernández Pedroche; con éste y otros semejantes embustes, causó tanto horror á los Tunebos, que se huyeron á la Sierra más de la mitad de ellos; otro dijo á los Giraras que ya venían los blancos á castigarlos y llevarles sus mujeres é hijos, por cuya causa se ausentaron algunos por muchos días; otro mostró á los Giraras una carta teñida en sangre que decía ser del Padre Monteverde, y que le habían muerto los indios, persuadiéndoles con todo empeño que no volviesen á Tame; otros del mismo Tame se resistían á las cosas de nuestra santa fe, sin querer asistir á la doctrina y funciones cristianas.

Muchos delitos eran éstos, que provocaban por instantes la ira de Dios, para ejecutar en los que así se oponían, un ejemplar castigo; y si bien disimulaba por entonces con los que así se oponían á tan sagradas empresas, no faltó quien experimentase los rigores de su divina justicia para que sirviese de escarmiento. Un indio de los peores de Tame, y de los que más se resistían á las cosas de la Religión cristiana, que destruía con sus obras y mal ejemplo lo que edificaban con tantos afanes los Ministros de Dios, salió á cazar al monte con sus parientes; al encontrar unos puercos, de los que se crían en la montaña, se extravió de sus compañeros para atajarlos; no bien se había emboscado este infeliz entre la maleza del monte, cuando con desusado asombro dió un espantoso grito que puso terror á los demás; no asegundó con

otro grito, éste fué el primero y el último con que explicó su pena. Cuidadosos los compañeros fueron á donde oyeron la voz, para buscarle y socorrerle; pero aunque hallaron el rastro y le siguieron hasta donde estaba señalado, no lo pudieron encontrar en dos días enteros; estuvieron buscándole y gritando por todas partes, pero en vano, porque parece, ó que la tierra lo había sepultado en sus entrañas, ó haberle arrebatado el demonio visiblemente, á lo cual se inclinaban más los mismos indios, porque formando sus discursos decían ellos entre sí: "si el enemigo le hubiera muerto, viéramos la sangre, y hallaríamos el cuerpo; si algún tigre ú otro animal se lo hubiera comido parecieran los huesos; si hubiera caído en algún hoyo los gallinazos ó cuervos lo habrían descubierto." De estos discursos bien fundados sacaban por conclusión: "*Memelú,*" así llamaban ellos al demonio, "*Memelú,* ó el dueño de los puercos de monte, que es el diablo (como ellos dicen) se lo habrá llevado;" lo cierto del caso es que ni vivo ni muerto pareció jamás este desdichado indio, á quien parece castigó Dios con tan desgraciada muerte la resistencia que hacía á la Religión cristiana, sus conocidos escándalos con que retraía á los demás, y la oposición que hacía por su parte á la predicación del Evangelio.

CAPÍTULO XII

TRATAN NUESTROS MISIONEROS DE FUNDAR Á LOS AIRICOS EN LAS RIBERAS DEL MACAGUANE, NUEVA SALIDA DE 450 ALMAS, Y ENTRADA DEL PADRE MONTEVERDE Á POBLARLAS.

El espíritu es todo ansias, el celo de la gloria de Dios todo es vuelos, y como las alas que mueven á los ministros de Dios, son los de la caridad de Dios y del prójimo, y éstas son de fuego, no cesa su actividad, y así se vió en nuestros fervorosos misioneros, pues no obstante los estorbos referidos, y las muchas aguas de tribulaciones que en precipitadas corrientes bramaban por ese tiempo, no pudiendo extinguir su caridad, levantaron el vuelo para nuevas empresas, todas de la gracia de Dios; y si bien las consideramos, son dignas de que se admiren, pues en unos tiempos tan fatales como los que quedan dichos, y cuando se oponían todos, salían con más destreza á oponerse á sus contradicciones los nuestros, armados de una constancia superior para la ejecución de sus designios.

Entablada, pues, la reducción de Casanare, la de Tame y Tunebos, enarbolaron los soldados de Cristo el estandarte de su gloria para rendirle nuevas Naciones á su culto, y nuevos vasallos á nuestros Reyes; empezaron á conquistar á los Airicos,

nación de toda importancia y estimación, porque aunque son supersticiosos muchos de ellos, valientes y belicosos, gentes de grande ánimo, y de mejores empeños para sus batallas, son empero muy dóciles y amigables, y de naturales muy benignos. Éstos no habían visto jamás á los Españoles, aunque no les faltaban muchas noticias de sus tiranías interesadas, y era consiguiente el temor á ellos, común á todas estas Naciones. Teníamos noticia de sus ingénios naturales, con vivos deseos de reducirlos y poblarlos, aunque fuera con los trabajos y afanes que eran forzosos al trasegar las distancias, montes y ríos en donde estaban retirados, pensión continua de todas estas conquistas. Dios, cuya altísima providencia se desvela en el remedio de una alma, y nos dió el ejemplo Él mismo, caminando entre las malezas y abrojos del desierto por lograr una oveja descarriada, ofreció la ocasión para recoger á los Airicos, para que no pereciesen tantas almas en el diluvio, ni los sumergiesen las ondas de gentilidad engañada.

Sucedió que en el pueblo de Tame había un Cacique de algunas parcialidades, á quien con las aguas del sagrado bautismo se le imprimió tanto la cristiandad, que deseaba que otros la recibiesen también; efecto de la caridad, bien extraña en cristiandad tan nueva, tanta era la fuerza del buen ejemplo y ardiente celo que en los Padres veía. Amaba el buen Cacique Don Alonso (así le llamaron en su bautismo) con entrañable voluntad á los misioneros; era hombre de edad venerable, valiente y esforzado, á quien todos los demás tenían con reverencia y respeto, aunque no fuesen de su Nación y dominio. Éste había tenido siempre buena amistad con los Airicos, asistíalos siempre con la gente de sus Capitanías en las batallas que tenían con sus enemigos, en especial con los Giraras de Tame, á quienes habían tenido desde los tiempos antiguos estos Airicos por contrarios; de todos los defendía y amparaba Don Alonso, y ellos se reconocían siempre obligados de sus buenas obras; en cuya conformidad venían algunos de cuando en cuando á visitarle, á escondidas de los otros Giraras, y le traían sus regalillos y sartas de quiripa, de cuya labor y fábrica se hablará después; y el buen Don Alonso los regalaba también, y les trataba con agasajo los días que estaban allí, y luego se volvían á sus montañas del Airico de Macaguane. No es este Airico del cual hablamos ahora, sino aquel celebrado Airico que cae hacia el Orinoco, en donde vivían los Achaguas, cuyas noticias dimos yá: esta palabra *Airico* significa montaña grande en la lengua de los Achaguas, y de aquí procedió llamarse también Airico la montaña donde vivían los indios de quienes tratamos ahora, llamados por esta razón Airicos; y así para evitar confusiones llamaremos á este monte *Airico de Macaguane.*

Muy recién llegados nosotros á Tame, ya con la noticia de

la bondad natural de los Airicos, y ya con los deseos vivos de agregarlos, vinieron cuatro de ellos á visitar á su amigo Don Alonso; el cual, como ya los Padres le hubiesen manifestado sus deseos varias veces, les dió luego aviso de sus húespedes, noticia de sumo gozo para los nuestros, que, como vigilantes centinelas, estaban siempre á la vista por ver si sus fervores pudiesen hacer alguna presa en aquel dilatado mar de los Llanos; de modo que no dieron treguas á su celo; fuéronse con Don Alonso á su casa, y visitáronlos amorosamente los Padres Monteverde y Pedroche; correspondieron los cuatro Airicos, ofreciéronles los misioneros con liberalidad los cortos y montaraces regalos de aquellos países, y esto lo hicieron contínuamente todos los días que estuvieron allí, que sería como un mes. Hablóseles varias veces de que poblasen con sus parientes y compañeros, á lo cual ayudaba mucho Don Alonso, cuyos buenos y cristianos consejos, junto con su caridad y canas, contribuyeron mucho, y fueron casi el todo para poblarse.

No sé qué tiene el vaho de la Nación, que siempre se pega más, y aún las sinrazones de los conterráneos suelen hacer más fuerza que la verdad de las razones más vivas: achaque y dolencia de todas las Naciones. A su despedida los agasajaron los Padres con más extremo, enviándolos llenos de agujas, alfileres, peines, cascabeles, machetes y cuchillos, y dieron á cada uno de los cuatro su camiseta (es este vestido la gala común de los indios, y es á modo de una camisa sin mangas, tejida de lana de oveja) dádivas todas ellas que aunque de tan poca importancia, estima sobremanera esta miserable gente, y son las armas más poderosas para conquistar sus voluntades, que se rinden más fácilmente por este medio que con estruendos y terrores.

Contentísimos se partieron los cuatro Airicos á sus tierras, y se reconoció después lo mucho que en sus corazones había labrado el agasajo, y lo que se habían pagado de nuestros modos cariñosos, que se vence más con el cariño que con el ceño, y es menester la máxima con más especialidad con estos gentiles, que se pagan mucho de los agasajos. Así se vió en la bizarra y dócil Nación de los Airicos, que se conmovió toda con la noticia de sus compañeros, y tomaron resolución de poblarse. Para esto, dentro de muy pocos días, despacharon como por embajador á un hijo de su capitán principal, y otros indios con sus hijos y mujeres. Capituláronse paces perpetuas con los Giraras, y se ajustaron después con las bárbaras y belicosas ceremonias que yá dijimos. Tratóse de la elección de tierras y situación de la población y casas; y aunque los Padres deseaban que fuese en el mismo Tame, señalándoles barrio aparte, pareció con mejor acuerdo que, pues era Nación diferente, se poblase en otra parte, y así se ejecutó fundándose el pueblo distante seis leguas de Tame, en una

hermosísima sabana y llanura, cerca de muy buenas montañas para hacer sus labranzas, á las orillas del río llamado Macaguane, de cuyo nombre tomó el suyo nuestro pueblo, llamándose San Francisco Javier de Macaguane. Tomada esta resolución se volvieron los Airicos embajadores á sus tierras, dejando á sus mujeres é hijos al cuidado de los Padres, quienes los asistieron con amor, y ellos lo agradecieron después. El Cacique Don Alonso con su gente y con las mujeres que habían quedado de los Airicos, fueron rozando montes y formando labranzas, para que hallasen algún principio los forasteros, á lo cual ayudaron no poco los Padres con todo género de herramientas necesarias para el dicho entable.

Llegó finalmente el día en que habían de lograr nuestros operarios el fruto de sus anticipadas diligencias, el logro de sus fervorosas ansias, y el cumplimiento de sus deseos; vino algunos días después una bien cuantiosa comitiva de 450 indios Airicos á las orillas de Macaguane, para poblarse en este sitio. Eran dos Capitanías las que llegaron entonces, llamábase *Camalién* el Capitán de la una, y el de la otra *Tripa*, nombre ridículo con que le llamaban todos, cuya erudición, por no venir al caso, no se refiere aquí. Constaba la Capitanía de éste de 200 almas, y la del Cacique Capitán Camalién de 250 por todas, grandes y pequeños, gente moza casi toda, alegre, muy dócil, y la más bien dispuesta, y de buen talle, que se notó entre otras Naciones. Paso en silencio el júbilo y alegría de nuestros misioneros, y en especial del Padre Antonio, que era como el Jefe principal que fomentaba esta empresa; apenas tuvo la noticia, cuando acudió desalado á congraciarse con sus hijos los indios; luego trató de prevenirse para agasajarlos, y llevóles cuanto pudo adquirir su caridad oficiosa, como maíz, yucas, ollas, sal y otros menesteres suyos, y á fin de que no perdiesen tiempo para beneficiar sus labranzas, y fabricar el pueblo, les franqueó con liberalidad generosa hachas, machetes, y otras herramientas, y cuanto les pudo llevar. Ejecutóse con tanta calor la fundación del nuevo pueblo, que en muy pocos días se levantaron once caneyes ó casas grandes, y muchos ranchos pequeños, rozaron muchas labranzas que produjeron mucho fruto después, sustentándolos en el ínterin el Padre Antonio, aun de lo que le era necesario, y había recogido para pagar unas deudas de la misión; y lo que admira más, vendió hasta su pobre ropa para sustentar á sus Airicos; para que entiendan todos que los intereses que en las misiones pretendía y pretende la Compañía de Jesús, no son levantarnos con la tierra, como lo soñaban muchos, sino levantarnos con las almas para poblar el Cielo.

Aunque tuvo tanto cuidado el Padre Antonio con sus indios

en lo que toca al cuerpo, su cuidado principal era en lo que tocaba al alma. Luego que llegaron los Airicos bautizó á los párvulos, que fueron 105, lo mismo hizo con los adultos de peligro, después de catequizados, de quienes no pocos volaron al cielo, cogiendo desde luego las primicias de sus apostólicos afanes. Santamente cebado con tan cuantiosa presa de 450 almas, nuestro misionero se avanzó en nuevas empresas con fervoroso espíritu. Trató de que saliesen de la montaña los indios Airicos que restaban allá, y eran de la Capitanía del Capitán *Aliluma;* y en esta conformidad despachó al Capitán *Tripa*, para que fuese á llamar á esa parcialidad considerable.

En este mismo tiempo estaba tratando de poblar dos Capitanías de *Lucalias* á las orillas del río Arauca, distante de Macaguane, hacia la tierra adentro, con cuyos Capitanes, llamados *Celema* y *Rafane*, muy nombrados y de mucha autoridad entre los suyos, habló el Padre Monteverde sobre este punto. Ya empezaban para el efecto á rozar sus labranzas en Arauca, y á sembrar cacaguales, y lo más que se requería para la fundación del pueblo, cuando permitiéndolo Dios así, por sus secretos fines, dieron los *Chinatos* enemigos sobre la nueva población, quemaron todos los caneyes y ranchos, mataron y destrozaron á muchos de los *Lucalias*, y murió en esta refriega el Capitán *Rafane*, con lo cual se desbarató la fundación de Arauca.

Grande fué el sentimiento del Padre Antonio sabiendo la desgracia de sus hijos, y viendo frustrados sus intentos, dolor que sólo sabe ponderarle quien sabe lo que es amar á estos desvalidos hijuelos, desamparados pobrecillos, que no reconocen otro arrimo después de Dios, que el agasajo de los Padres. No fué inferior el sentimiento de los indios de Tame; fué grande la novedad y alboroto que se levantó en el pueblo, y luego que lo supieron los *Lucalias*, prepararon sus flechas de yerba y otras armas, y convidaron á los Airicos y Giraras para salir á vengarse. Procuró con buenas razones sosegarlos el Padre, y aunque es verdad que se aquietaron los Giraras y Airicos, no le dieron oídos los Lucalias, como á quienes dolía más; salieron éstos á la montaña, siquiera para atajar á los Chinatos, y defender también á los que llevaban vivos, pero se habían dado tanta priesa los enemigos en ejecutar sus maldades, y apartarse del riesgo, que ya se habían retirado muy lejos á lo interior de la montaña y desamparado el sitio.

Era esta la ocasión de reconocer los Lucalias, cuán mal les estaba lo que intentaban, y era fundarse con los Chinatos en un mismo pueblo, contra el parecer del Padre Antonio, que se lo había disuadido de mil maneras, y ellos no lo habían acabado de entender. Eran muy guerreros los Chinatos, y además de su na-

tural fiereza, estaban muy insolentes, porque como no se les había castigado por las invasiones y muertes que habían hecho en la Villa de San Cristóbal, lo atribuían ellos á cobardía de los blancos; y siendo el miedo á éstos lo que reprime á los indios, siempre sospechaba el Padre alguna traición de ellos (como de hecho sucedió) no teniendo esta Nación temor á los Españoles, ni sujeción alguna.

CAPÍTULO XIII

PELIGROS EN QUE SE VIÓ DE PERDERSE LA REDUCCIÓN DE MACAGUANE CON LA OCASIÓN DE UNA EPIDEMIA, DE QUE MURIERON MUCHOS, Y DE UN INDIO EMBUSTERO QUE LOS PROCURÓ INQUIETAR PARA QUE SE HUYESEN.

Son á la verdad incomprensibles los juicios de Dios, é ininvestigables sus caminos, con que lo gobierna todo, pues cuando parece que la Divina omnipotencia había de pasar de una parte á otra los montes, y multiplicar milagros, para confirmar á estos pobres indios en su resolución de poblarse, y dejar el afecto á sus tierras en que idolatran, los quiso probar de una manera que pudiera hacer vacilar á los más firmes y más arraigados en la fe, con enfermedades tan frecuentes y peligrosas, y con tantas muertes, que parecía que más habían venido á morir á Macaguane que á poblarse y vivir. Muy poco fué lo que les duró á los Padres aquel singular contento y alegría que habían tenido poco antes con la salida nueva de los 450 Airicos. Sucedió á su contento lo que sucede á las flores que repartiendo alegría y perfume y alegrando por la mañana los prados con su hermosura y gallardía, se ven marchitar por la tarde con el huracán y el estío.

Apenas empezaron los nuevos á experimentar la tierra, cuando la hallaron tan esquiva, y aun la encontraron tan cruel, que fué madrastra para ellos, cuando la juzgaban madre. Sobrevínoles una disenteria de tan malignas cualidades, que hizo muchísimo estrago no sólo en los Airicos de Macaguane, sino en los demás pueblos y Naciones: vino esta enfermedad de Tocaría á la población de Pauto, de aquí pasó á Casanare, después al pueblo de Tame, de donde pasó por último á la reducción de Macaguane y Airicos, y cierto que causaba compasión el ver esta miserable gente por ese tiempo en tan terrible desamparo; cada caney ó casa parecía un hospital más bien que casa de habitación, por los muchos enfermos, sin más amparo y medicinas que la Divina Providencia, que los dejaba morir entre dolores crudelísimos de las entrañas, para sus secretos fines. Fué tan excesiva la epidemia, que en el espacio de dos meses murieron más de

trescientos indios. Como eran tantos los enfermos, era notable el desamparo, sin haber padres para hijos, ni hijos para padres, impedido cada uno con su propia dolencia, y aunque quisieran atenderlos los que restaban sanos, no les era posible acudir á su consuelo, porque ocupados ya en abrir sepulturas, y ya en enterrar á los que morían, no les quedaba tiempo, ni aun para poder respirar.

Ya se deja entender el aprieto y solicitud de los Padres entonces, en contínuo trajín de pueblo en pueblo, y de caney en caney, catequizando á unos, bautizando á otros, enterrando los muertos, y confortando con sus buenas palabras á todos ellos; y para sufrir este trabajo, qué aprietos, qué congojas las de nuestros colosos operarios; sólo Dios que lo sabe, como quien escudriña los corazones, puede saber enteramente lo que padecieron en este tiempo, y quedó sepultado no menos en su humildad que en esas montañas bárbaras, únicos testigos de su caridad y celo, y de su constancia. Como eran dos los operarios, y los enfermos muchos, y las reducciones corrían ya por su cuenta, es indecible lo que trabajaron y padecieron: además de ser tantos los enfermos, como llevo dicho, se añadió el haberlos de catequizar, y desbastar su rudeza, como de troncos rudísimos é ignorantes todavía, por ser nuevos y recién cortados de la montaña. Aun estando el indio sano y bueno, es indecible lo que cuesta el hacerle comprender lo que es necesario sobre los misterios de la fe, pues qué sería cuando se hallaban enfermos, ocupada toda el alma con los accidentes del cuerpo, siendo lenguaje griego para ellos (aunque se les hable en su lengua) lo que pertenece á Dios! todo era quebrantos y dificultades que vencían nuestros misioneros, con celo verdaderamente apostólico, poblando por este medio el cielo de almas de los muchos que murieron recibiendo el bautismo. No era el menor de los quebrantos aquel gusanillo noble que late en el corazón, á cuyo fomento concurren la caridad de Dios y del prójimo. Digo aquel recelo y sobresalto que les afligía, temiendo por instantes que se les muriese alguno de entre tantos sin el sagrado bautismo. Verdaderamente que fué bien menester su constancia y su abrasado celo para no rendir las fuerzas al peso de tan grande carga. Todo lo venció su caridad que se ocupó solícita por espacio de dos meses que duró el contagio. Quedó la reducción de Macaguane bien disminuida de gente; de 450 almas que salieron, sólo quedaron 180 vivos, pero con esperanzas bien fundadas de nuevo aumento de familias, como sucedió después, y veremos en su lugar, cuando echó Dios su bendición sobre la reducción de Macaguane; mejoróse de sitio, creció sobremanera el número de los indios, se mejoraron en en casas, y abundaron en temporales bienes.

Lo más sensible de este trabajo era el fuego que los Mojanes encendían por ese tiempo con la ocasión de este contagio; qué de pensamientos y resoluciones no les sopló el demonio! Qué de novedades y mentiras no inventaron los ministros de Satanás haciendo autores á los Padres de la enfermedad y muertes que se seguían de ella! Todo era juntas y corrillos contra los ministros de Dios; decían que los habían sacado de sus tierras, no tanto para hacerlos cristianos cuanto para matarlos y perderlos; y aunque es verdad que no daban pleno ascenso á estas sugestiones, los indios empezaron á sospechar, no obstante, y á vacilar como flacos, especialmente con las persuasiones de un indio embustero, que puso á peligro de perderse la reducción de Macaguane con sus consejos y mentiras; hubiéralo ejecutado, si Dios, por medio de los Padres Monteverde y Pedroche, no hubiera atajado este daño como se verá ahora.

Fué el caso que á un Airico de los de Tame, se le murió un hijo en esta ocasión, y tomó tanto sentimiento el indio por esta causa, que se fué huído de este pueblo al de los Airicos de Macaguane, para persuadir á los de su Nación que volviesen á sus tierras; súpolo el Padre Antonio, y temiendo con mucho fundamento la perniciosa cizaña que podía sembrar este embustero en unos ánimos tan flacos, y tan dispuestos entonces por las calamidades que padecían, se puso en camino desde Tame con el Padre Pedroche para la reducción de Macaguane, con el designio de evitar tan evidentes daños: no era menor el riesgo á que se exponía el Padre Antonio con esta resolución, porque un Cacique de los de Tame le había avisado y asegurádole muy de cierto que este indio fugitivo quería matar á un misionero, por habérsele muerto su hijo; y muy fácil le hubiera sido el ejecutar con el Padre resolución tan bárbara, cogiéndole en despoblado; no obstante tan evidente riesgo, quiso, como buen pastor, poner su vida en contingencias por el amor de su rebaño.

Dispuso bastimentos y regalos que llevó en siete mulas á los Airicos, para arrancar con sus obras la cizaña que ya brotaba, y que había sembrado el embustero con sus palabras mentirosas. Aquí será bueno que hagamos pausa, para notar las disposiciones divinas, y la Providencia Altísima con que suele valerse para sus fines de las que parecen casualidades. Iban ya de viaje los Padres Monteverde y Pedroche, y un muchacho que les servía, cuando al pasar por una quebrada bien honda cayó el Padre Monteverde con harto riesgo; quedó mojado de arriba abajo, y hecho un lodo el vestido y sotana; no había otra á prevención que la que llevaba á cuestas, con que así fué preciso por la decencia, que se acomodase el buen Padre con lo que le prestaron los compañeros. Dióle el Padre Pedroche un coletillo suyo que usaba de

ordinario, y unos calzones, pero tan corto todo, por ser de pequeña estatura el Padre Pedroche, y por el contrario, alto el Padre Monteverde, que fué preciso dejar desnuda casi la mitad del cuerpo, por la cortedad de las medidas. Sin más vestido, pues, que los calzones y el coleto, y sombrerillo del muchacho, prosiguió su viaje á la ligera, con una boca de risa como pudiera el más vano con una ostentosa gala.

Apenas llegaron á la reducción de Macaguane, y notaron los indios aquel no visto traje y no esperado espectáculo, en que caminaba el Padre con los brazos desnudos, cuando se persuadió el indio mal intencionado de que contenía esto algún misterio para rompimiento de guerra, y que iba á pelear el Padre Antonio; esto, junto con aquel espíritu y resolución con que le habló entonces, le causó tal terror, y dejó tan amedrentado al indio, que ni aun acertaba á hablar; desistió de su mal intento, que era el ahuyentarlos á todos, y quedó victorioso el Padre con tan impensado medio, que sabe Dios dar victorias y atemorizar á los enemigos con el sonido de unos cántaros, y echar por tierra los muros con el clangor de las trompetas.

Mezclando entonces la gravedad con su natural agrado (que le tenía grande), pasó á hablarles con blandura y á comprobar á los indios lo bien que les estaba á ellos el permanecer poblados; repartióles con liberalidad de lo que llevaba prevenido, y por este medio los dejó quietos y sosegados, atajó el riesgo de perderse, que amenazaba al pueblo, y se volvió, dejando compuestas las cosas, á la reducción de Tame, su principal asiento.

No por eso se dió el demonio por vencido después de esta batalla, en la que triunfó de sus astucias el Padre. Viendo que no había logrado este lance, como pensaba, en San Javier de los Airicos, revolvió toda su furia á la población de Tame y Tunebos; inventó nuevas trazas, dispuso nuevos ardides, y asestó su artillería contra estas dos reducciones, valiéndose como de cañones de las bocas de los hechiceros y sus ministros, cuyas palabras fueron balas, y espadas de dos filos sus lenguas, que amenazaron ruina. Había un *Moján* insigne llamado *Donse* en la reducción de los Tunebos: este ministro del demonio echó voz de que los indios de Tame habían hecho muchas muertes en la Nación Tuneba, y se las atribuían al Capitán Don Simón y á otros indios principales del mismo Tame; mentira tan manifiesta, que luego quedaron convencidos de embusteros, así Donse como los suyos, porque ni habían sucedido tales muertes, ni era posible el haberlas hecho en las circunstancias y tiempo que publicaba Donse. Ya se deja entender el alboroto y turbación de Don Simón y los suyos, como agresores de esas muertes, y más cuando andaban publicando que venía despacho de Santa-Fé para ahorcar al Cacique Don

Simón y á sus principales indios, como cómplices en dichas muertes que fingían ellos. Día fué éste lleno de confusión y alborotos, en el cual hubo menester el Padre toda su tolerancia y prudencia para librar al pueblo de perderse, con la fuga á los montes de cerca de 500 almas. Mucho menores causas que ésta bastan para alborotar á los indios de cualquiera Nación; pues qué será á una tan montaraz y belicosa como la Girara, cuando les aseguraban de cierto que habían de morir en una horca, el Cacique y su gente! Convenciólos de embusteros el Padre Antonio, y aseguró á sus indios que no venía tal despacho, con lo cual calmó la tempestad que amenazaba ruina.

Todas eran trazas del hechicero Donse y los suyos para tomar ocasión de no poblarse en Patute y retirase á la Sierra, fingiendo ser enemigos los Giraras, sus vecinos, y de quienes querían retirarse. "No queremos otro Dios (decía este hechicero y los suyos), no queremos otro Dios ni iglesia, ni otra fe que nuestra Serranía." Mucho les ayudaba para esto la acogida que tenían en cierto clérigo, á quien acudían con sus chismes todos; era su casa como un asilo, ó por mejor decir rochela de esta miserable gente, y aquí, como en la fragua de Vulcano, se fabricaban las saetas y se forjaban los rayos, para dispararlos á su tiempo; digno por cierto de llorarse, que de una boca consagrada y dedicada al Evangelio de Cristo, para manantial de verdades, manasen chismes perniciosos para impedir la predicación del Evangelio. Por dirección de este clérigo indigno del sacerdocio y de que se le nombre aquí, hacían frecuentes viajes los Tunebos á Santa-Fé, con papeles llenos de quimeras y chismes, los cuales presentaban á la Audiencia, con harto detrimento y atraso de nuestros pueblos; cuando volvían con cartas, abría los pliegos, así propios como ajenos, y los quemaba cuando no le hacían al caso, sin entregarlos á quienes venían rotulados, para jugar sus piezas mejor; tal era su pasión y la ceguedad en que estaba.

Quemóse casualmente la iglesia de Tame por este tiempo, y fué por el mes de Marzo del año de 63, para que no les faltase á nuestros buenos Padres este nuevo quebranto, entre tantas contradicciones, con pérdida notable de muchas alhajas. Hasta de esta casualidad se valieron los indios para sus chismes y mentiras; daban por cierto y averiguado que habían quemado los Giraras la iglesia para matar á su Cura, y á los Tunebos y Caquetíos, y huírse después á los montes: confirmó esta mentira al pasar por los Tunebos uno de los principales de Tame: díjole á éstos, y á los que estaban en el monte, que no tenían que venir á poblarse, porque ya ni había Padre ni iglesia, ni casas, que todo estaba quemado; todo era cuento y chismes entre Tunebos y Giraras, todo quimeras y disturbios, y todo cruz penosísima para

los Padres misioneros, que se veían acometidos por todas partes; y aprisionado su fervoroso celo con tantos impedimentos y estorbos, cuando deseaba volar y batir sus alas hacia la conversión de los gentiles, repartidos en las numerosas Naciones que tenían á la vista; pero reconociendo que nada sucede acaso, y que lo gobierna todo la Sabiduría divina, encogían con humildad las alas, contentándose como fieles siervos con lo que les ofrecía Dios, poniendo para resistir á estos golpes dados á las puertas de su corazón, aquel fuerte armado de la virtud de la constancia. No obstante estos ardides del demonio, veían florecer sus reducciones con mucho número de almas, pues Tame contaba ya 500, como se dijo poco há; todavía existían en Patute ocho caneyes de indios con su iglesia, donde los juntaba el Padre Juan Hernández á rezar, quien no dejaba de salir (en demanda de Tunebos) á sus acostumbradas correrías. Ya se dijo el estado en que quedaba Macaguane, sin más asistencia por este tiempo que el Padre Antonio; estaban firmes en Casanare cerca de 200 indios, con asistencia á la doctrina, que les hacía el Padre Alonso.

Vistas ya las fundaciones de los Tunebos, Giraras, Airicos y Achaguas de estas cuatro doctrinas, pasaremos ahora á tratar de la fundación de los Guagibos y Chiricoas, dejando varios casos particulares sucedidos después, en los cuatro pueblos ya dichos, y de los cuales trataré más adelante.

CAPÍTULO XIV

TRATA EL PADRE MONTEVERDE DE FUNDAR Á LOS GUAGIBOS Y CHIRICOAS; DASE NOTICIA DE ESTOS INDIOS, Y DE SUS PROPIEDADES Y COSTUMBRES.

Son los Guagibos y Chiricoas (según la opinión más probable) dos Naciones distintas, pero tan nativamente unidas y hermanadas, que parecen una Nación sola; es gente guerrera (como ya dijimos) y de mediano valor; sus armas son arco, flechas y macanas, como las de los demás indios; andan desnudos todos, y motilados los cabellos, de manera que no se precian de criar cabelleras como las otras Nociones de estos sitios; son muy raras las mujeres que andan con alguna decencia, especialmente las Chiricoas, y las que se ven vestidas, que son bien pocas, andan con aquellas esterillas que describimos ya en otra parte, las cuales tejen ellas mismas de los hilos que sacan del cogollo de las palmas, que llaman *Quitebe*, y son á manera de pita.

Es esta gente muy numerosa; habitan desde los rincones más retirados del Orinoco, del río Meta y del Airico, hasta casi los últimos términos de San Juan de los Llanos; no se ha ha-

llado gente en esta América más parecida á los Gitanos de España; andan errantes y vagamundos, casi siempre en continuo movimiento, y por eso no tienen poblaciones, ni benefician tierras, ni hacen labranzas, sino tal cual tropa de los propincuos á los blancos. Por esta causa son insignes y contumaces ladrones; andan por las poblaciones de otras Naciones, y después de haber entrado á ellas en tropas considerables, como en procesión, con unos canastillos de palmas á las espaldas, para recoger limosnas, de que salen cargados, entran á las labranzas para robarlas, y llevar cuanto pueden; no les falta la propensión al *cambalache*, como no les falta á los Gitanos, y se aparecen por el verano ó la primavera, como las golondrinas, bien cargados de sus mercaderías, para venderlas en los pueblos; redúcense todas ellas á cosas de muy poco valor, como son calabacillos de aceite que sacan, como apunté ya, de las frutas de una palma semejante al árbol de las aceitunas; ovillos de hilo grueso como el bramante, que sacan y tuercen ellos mismos de los cogollos de las palmas *quiteve;* algunas hamacas y chinchorros, que son unas redecillas como de dos varas de largo, y sírveles de cama á los indios. La mercadería de más precio suelen ser muchos macos, hijos de otros indios, á quienes hacen guerra, ó que los hurtan ellos con su industria, sin usar de las armas. De estas y semejantes cosas se aparecen cargados, y traen de muy lejos para vender á otros indios, y tal vez á los Españoles.

Cuando entran á las poblaciones, es menester revestirse de paciencia para sufrir sus impertinencias, y para aguantar sus gritos. Apenas entran al pueblo cuando lo aturden todo con su algazara y gritería, que es su estilo y modo de hablar que usan siempre; luego se divide la cuadrilla por las casas en tropas, y empiezan sus *mirrayes* á voz en cuello, dando noticia á sus amigos de novedades de Tierra-adentro, de lo que hay, y de lo que no hay, y de cuanto les viene á la boca, hablando á diestro y siniestra; tarea que consume muchas horas, sin acertar á callar; síguese luego el *cambalache*, y expenden sus géneros á precio bien corto; con unas sartas de cuentas, ó con un poco de chica ó achote, que es á manera de almagre, les suelen hacer pago de sus chinchorros y aceite. No les falta industria para hacer trampa en las cosas que venden: en los calabacillos de aceite suelen echar agua hasta la mitad, trampa que es difícil advertirse por sobreaguarse aquel, y el modo de averiguarlo es, taladrar el calabacillo por debajo, y si hay engaño, lo primero que sale es el agua. Síguese después pedir propiedad de todo cuanto ven. No se han descubierto hasta ahora gentes más pedigüeñas, ni talentos más escogidos de limosneros en todo el orbe; todo lo han de pedir los Chiricoas, y si se les empieza á dar, han de estar pidiendo, y repidiendo hasta el fin del mundo.

El modo de atajar sus peticiones es darles un polvo de tabaco, al cual son aficionados, y darles muchas esperanzas por lo que toca á lo demás que piden, con lo cual se van tan consolados como si les dieran el mundo entero. No tienen más pueblo ni lugar, ni vivienda, ni casa, que donde les coge la noche; allí cuelgan sus chinchorros ó hamacas de los árboles, y debajo hacen sus *agasillos* ó candeladas, para que el calor del fuego les sirva de ropa y cubierta, y así andan siempre de color prieto, y ahumados. Todas las sabanas, los montes y las orillas de los ríos son sus pueblos, su ciudad, su despensa y sus bienes patrimoniales; andan de palmar en palmar, en tropas, en busca de las frutas de las palmeras, y allí pasan dos ó tres días hasta consumirlas todas; pasan después á otro, y luego á otro, y así los recorren todos, siendo la medida de sus paradas la más ó menos abundante fruta de las palmeras; no tienen más bestias de carga, para llevar sus menesteres, que sus hombros y espaldas, y así andan continuamente cargados con sus ajuares, de una parte á otra, para servirse de ellos en sus paradas y estaciones, en especial las mujeres, que son las que cargan lo más pesado, y cuando salen de un sitio para otro van fatigadas con la carga como si fuesen mulas; ellas cargan los niños y niñas cuando no saben caminar, con más, las ollas, los pilones, morteros de palo, y lo que pertenece á la cocina. Los varones llevan cargados sus chinchorros, su arco, flechas y macana. Lo que causa más admiración en este su camino, son los niños y niñas; apenas saben caminar cuando, como si fueran perdigones ó codornices recién salidos del cascarón, siguen sin cansarse á sus padres y parientes, por esas sabanas y pajonales, atravesando ciénagas, pisando pantanos, entre arcabucos y malezas, sufriendo los rigores del sol y las inclemencias del tiempo, como los más robustos.

Son grandes cazadores de ciervos y venados, y grandes flecheros, y es cosa experimentada que en los territorios donde andan Guagibos ó Chiricoas, hay abundancia de aquellas piedras prodigiosas que llaman *bezares*, ó *piedra de venado*, porque como están estas piedras tan llenas del díctamo real, que es la yerba de la cual se formarán estas piedras en el vaso de los venados, y éstos, luego que se sienten heridos, buscan su remedio por natural instinto en esta yerba, de ahí es que, siendo tan constantes los Guagibos en estas monterías, hay por donde ellos andan más copia de estas piedras. También son buenos pescadores, y muy diestros; echan en los charcos bien majada la raíz que llaman en español *barbasco*, y en Achagua *cuna;* ésta es tan fuerte como se dijo ya, que á breve tiempo que se ha echado en el agua se embriagan los peces, y vacilando sobreaguados, y estando á punto los indios con sus arcos y flechas, y algunos con arpones, van flechando el pescado con facilidad y destreza.

Su ordinario sustento son unas raíces del tamaño de un huevo de gallina que sacan de debajo de la tierra y llaman ellos en su lengua *Guapos;* son estas raíces el sustento común de los *Zaínos* ó puercos de monte, ó jabalíes de las Indias, y esto lo tienen por baldón las demás Naciones de los Guagibos y Chiricoas, diciéndoles que son como puercos; y si sucede por ventura que conviden los Chiricoas con estas raíces á otros indios, hacen ascos, y les dicen con desprecio: "Nosotros no somos como los Guagibos para comer eso;" á la verdad son caballos de buena boca nuestros Chiricoas y Guagibos; de nada tienen asco ni horror, y como sea comida, de cuanto les dan comen, y no hay animal inmundo para ellos. Ha sucedido (y yo lo he visto) cazar un animal los Achaguas, y darles el vientre á los Guagibos, y éstos sin andar en delicadezas, y sin labar la inmundicia, lo medio asaron al fuego y se lo comieron, tan á su gusto y sabor como si fuese el manjar más regalado de todos. . . . .

No tienen borracheras, porque como no tienen punto fijo en sus estancias, ni labranzas de qué hacerlas, tampoco tienen bebidas; pero la vez que les cabe la suerte de hospedarse en alguna población ó ranchería de los camaradas, beben tan de buena gana, que se desquitan por muchos días. La embriaguez de los polvos de la *yopa* nó les falta nunca, y éstos los cargan siempre, y los llevan en unos caracoles algo grandes que sirven de caja, y es el único matalotaje en sus peregrinaciones; úsanlos con más desafuero y temeridad que las otras Naciones, y les sirven para sus supersticiones y adivinanzas. Acostumbran también tener muchas mujeres, aunque algunos se quitan de estos ruidos, y no teniendo ninguna, se dan al vicio nefando, que se ha reconocido verdaderamente en esta Nación, y se juzga prudentemente ser esta la causa de la nativa unión de los Guagibos y Chiricoas, pues parecen una sola Nación, siendo verosímil que sean dos.

De estas dos Naciones ya dichas han recibido algunos agravios los Españoles en estos sitios, como veremos ahora, llegando su atrevimiento á tanto, que no dudaron entrarse por sus poblaciones para ejecutar estos insultos. No há muchos años que entraron de secreto los Chiricoas á la ciudad de Pore, valiéndose de la ocasión de estar casi sola, como sucede de ordinario, por estar repartidos sus vecinos en las estancias; entraron á la iglesia y robaron sacrílegamente cuanto había en ella, sin perdonar los cálices y vestiduras sagradas; sabido el caso por los vecinos de Pore, y tomando las armas, salieron á castigar el atrevimiento de los Chiricoas, y recuperar lo hurtado; dieron con ellos á pocos lances, y después de una bien reñida batalla, que duró mucho tiempo, en la cual murieron flechados dos de los Españoles y algunos de los Chiricoas con las escopetas de los blancos, recuperaron los ornamentos y cálices con las demás alhajas.

Lo mismo hicieron los Guagibos en la ciudad de Chire, si bien fué mucho menor el hurto por hallarse la iglesia muy pobre; hurtaron lo poco que encontraron en ella, le pegaron fuego y huyeron; por lo cual se quedaron sin iglesia los de la ciudad, y fué necesario reedificarla después, con grande trabajo, por ser muy pocos y pobres los vecinos.

De estas dos Naciones, tan derramadas y andariegas, quiso la Compañía formar dos reducciones á las orillas del río Pauto. En esta conformidad, pasó el Padre Monteverde, como superior que era ya, á tantear el sitio, y para esto cogió aguas abajo de dicho río hasta dar en una quebrada que llaman los naturales *Curama*, y en ésta y en otro sitio, algo distante, dispuso formar las dos reducciones á su tiempo. No le faltaron contradicciones que vencer en esta determinación, de parte de D. Adrián de Vargas, Gobernador de Santiago, quien, por este tiempo quería formar una ciudad cerca de estos sitios, con notable perjuicio de nuestros pueblos, y mucho quebranto de los indios, y había capitulado fundar las dos ciudades, una á la otra banda del río Meta, y otra de esta banda, para facilitar con este medio la conversión de los gentiles; era condición esencial el fundarlas en la cercanía del Meta, por ser puestos á propósito para asegurar el gentío, y sin lo cual no podía gozar de sus privilegios, ni estar en posesión de su Gobierno. No ignoraba el Padre Antonio la obligación de D. Adrián de Vargas, y así le fué muy fácil estorbarlo, como de hecho lo hizo, con buenos términos, allanando por este medio las dificultades que se ofrecían en las reducciones nuevas.

CAPÍTULO XV

ENTRAN NUESTROS MISIONEROS EN LOS LLANOS FUNDÁNDOSE DOS REDUCCIONES DE CHIRICOAS Y GUAGIBOS; TRABAJOS DE LOS PADRES EN AGREGARLOS, Y VARIAS ALTERACIONES DE ESTOS INDIOS.

Habíanse mantenido los puestos de las misiones hasta aquí con el corto número de sujetos de que hemos hablado, por la mucha falta de sacerdotes que había por ese tiempo en la Provincia; sobre ellos cargaba todo el peso, ocupados con incansable celo en la labor de este nuevo campo y fábrica de esta iglesia; pero como el Padre celestial está siempre á la vista para proveer de nuevos operarios que cultiven su viña, nos envió tres bien insignes, y de escogidas prendas, el año de 64, para que ayudasen al cultivo. Fueron éstos los Padres Dionisio de Meland ó Meléndez, francés de nación, quien siguiendo los pasos del Padre Antonio de

Monteverde, su paisano, vino desde su pueblo y curato de Guayana á estos sitios, y se quedó en ellos por orden de los Superiores, para que fomentase las misiones con sus escogidos talentos; el segundo fué el Padre Cristóbal Jaimes, á quien aplicaron luego á la reducción de los Airicos de Macaguane, para aliviar al Padre Antonio, que los había cuidado hasta entonces; el tercero fué el Padre Antonio Castán, que aunque mozo todavía, era muy anciano en su porte y madurez de costumbres, que no está ligada la madurez á las muchas canas y repetidos años.

Con la entrada de estos tres insignes operarios respiraron algo los misioneros, aunque se echaban de menos algunos otros sujetos, para poner en cobro y lograr mejor el fruto que nos ofrecía Dios, en innumerables almas, que se iban agregando cada día. Luego trató el Superior de las misiones con todo empeño en la fundación de los Guagibos y Chiricoas. Era Superior en este tiempo el Padre Antonio de Monteverde, el cual pasó á los Guagibos, y les dió noticia de cómo les había venido un Padre para que fuese su Cura, para que los defendiese de los blancos, sin consentir en que les hiciesen mal alguno; habló con los principales de ellos, para que convocasen á sus parientes, en número como de 1,000 indios, lo cual prometieron los Capitanes y lo cumplieron después.

Agregáronse por entonces algunos, por medio y ayuda de unos vecinos Españoles de aquel Territorio, estimadores de la Compañía, y deseosos de fomentar sus empleos, en lo cual les interesaba también tener para su consuelo á los Padres más cerca de sí, dispusiéronse algunas cosas, formóse una iglesia pequeña, y se dedicó la iglesia y pueblo de estos Guagibos de *Curama* á nuestro gran Padre y Patriarca San Ignacio, encomendando á su tutela y valor vizcaino y sagrado aquel pueblo, llamándole *San Ignacio de los Guagibos*. Dió principio á esta población la parcialidad de un Cacique llamado *Maquate*, que constaría de seis ú ocho familias, y todas ellas de treinta personas: entablóse después otra reducción de Chiricoas en un sitio que llaman los naturales *Ariporo*, cerca del mismo río Pauto.

Asentadas todas estas cosas y echadas las primeras bases de los dos pueblos, se les señaló como de prestado, para que les asistiese, al Padre Dionisio de Meland, de cuyo espíritu se prometían muy buenas medras en estas Naciones. Tenía el Padre Dionisio á su cuenta las doctrinas de Pauto, distante como un día de camino de los Guagibos á Chiricoas; pasó á visitarlos, y les repartió hachas y otras herramientas, y procuró inducirlos á hacer labranzas, para que en eso sus naturales vagamundos echasen raíces; y siguió después en el empleo el Padre Antonio Castaño, quien habiendo estado con estos Guagibos algunos meses, y mos-

trando especialísimo talento para trabajar con esta gente, hubo de pasar al pueblo de Casanare, en donde hacía falta su asistencia, para suplir con ella la ausencia del Padre Neira, que andaba en sus correrías para poblar á los Achaguas. Hubo de ser últimamente el Padre Meland el que cuidase de los Guagibos y Chiricoas, pues aunque su residencia principal era en Pauto, iba y venía á los dos pueblos, visitábalos con frecuencia, y fomentaba con dádivas, que son los sermones más eficaces con que se convierten los indios, y hacía cuanto podía con ellos para que asentasen el pie.

Mucha carga era esta para un misionero solo, y más cuando estaba el Padre Dionisio, como lo estaba entonces, lidiando con la lengua *Caquetá* de su pueblo de Pauto, por lo cual se le asignó un compañero que le ayudase, y fué el Padre Agustín Rodríguez, quien pasó á los Chiricoas de Ariporo, en donde había muchos, y cada día muchos más; á éstos fomentó el Padre Agustín mientras cuidaba de Pauto el Padre Meland, quien también cuidaba de San Ignacio de los Guagibos; y fué notable el empeño con que se aplicó este Padre á sus indios Guagibos. No dejó piedra por mover para reducirlos y poblarlos, obsequiólos como se ha dicho, con hachas y machetes, y otras herramientas de que tenía el Padre Dionisio más socorro que los demás misioneros, por haber traído de estos géneros de la ciudad de Guayana, en donde había sido Cura de los Españoles algunos meses. Hizo también labranzas suyas propias, para tener con qué mantener á los indios que fueran saliendo, disponiendo todas las cosas con industria, por ver si con estas trazas se podía vencer la instabilidad de los Guagibos y Chiricoas.

Con la novedad, ó con lo que es más cierto, con la codicia del interés, fueron saliendo tantos, que en breves días se vieron juntas en San Ignacio 800 almas, cuya multitud causó indecible gozo á nuestros misioneros; agrególos el Padre, hizo cuanto pudo con ellos, y padeció infinitos trabajos por reducirlos, porque cada día se le desaparecían á tropas; otras veces volvía una parcialidad y se le ausentaban dos ó tres. Salía el Padre por las montañas á registrar sus rincones, y sacarlos de sus madrigueras, pero como ellos no tienen punto fijo, y son tan ambulativos y andariegos, le duplicaban al buen Padre el trabajo, haciéndolo andar por ciénagas y montes, en busca de sus Gitanos, y solía salir hecho una llaga viva, así por los mosquitos y zancudos, como por las espinas, raíces de los árboles y abrojos, de que están llenas aquellas montañas.

Así se ha ido barloventeando con ellos, con estos movimientos continuos, con estas idas y venidas ordinarias, ausentándose unas parcialidades y saliendo otras, y á veces huyéndose todas

juntas y dejando al Padre totalmente solo, aunque bien acompañado de penas, al ver la inconstancia de sus Guagibos, ó lo ambulativo de sus Gitanos; y aunque había sido el más perseverante y casi continuo el Cacique *Maguate* con su gente, todos más ó menos han hecho estas continuas retiradas, ya llevados del natural andariego, y ya hostigados de algún excesivo rigor del Padre, con que castigaba á algunos, queriendo quitarles de un golpe y de una vez la multitud de mujeres y abusos de su gentilismo; siendo estas materias tan arduas que sólo se consiguen á fuerza de tolerancia, de sufrimiento, de muchas congojas y de trabajo para darles á entender la Ley Divina, con industria y sagacidad, para que enamorados de ella depongan esos abusos tan perjudiciales. Este rigor, y la indignación natural que produjo, dieron el último golpe en toda esta gente, pues alborotados á principios del año 68. se ausentaron todos, dejando nuestra población de San-Ignacio desierta, y sólo con el Cacique *Maguate* y su familia, porque también se fueron los demás de su parcialidad, tomando todos por pretexto el rigor del Padre. Estas Naciones delicadísimas, extrañan, por las costumbres tan anticuadas de su gentilismo, cualquier cosa de rigor ó castigo, aunque sea muy leve; es menester discreción y prudencia en esta materia, y condescender con ellos en sus sin razones, para ir sujetando poco á poco sus juicios errados.

Así prosiguieron en su retiro los Guagibos y Chiricoas, con determinación de no volver jamás á los Padres, como lo dijeron al Cacique Maguate algunos de ellos. Por este tiempo le fué preciso al misionero de San-Ignacio salir á la ciudad de Santafé, con ocasión de la congregación de Procuradores, que celebra nuestra provincia en el Colegio máximo, y también por otras dependencias de alguna importancia. Señalóse para que asistiese en San-Ignacio, uno de los Padres de la misión, cuyo nombre se ignora, para que cuidase siquiera de la pequeña y pobre iglesia, y de algunas alhajuelas que tenía allí el Padre, y lo principal, para que hiciese las diligencias posibles para congregar aquellas ovejas descarriadas.

Con la llegada de este Padre, que era mozo, de mucho fervor y muy buen espíritu y celo, junto con muy buenas prendas intelectuales de que Dios le dotó, se alegró el país, y con las nuevas que el Cacique Maguate envió á los fugitivos por medio de sus embajadores, diciéndoles que ya se había ido el Padre, y que no había de volver á ver su doctrinero, que ya tenían otro Padre que los quería mucho, y que no tenía barbas (cáusales horror á éstos las barbas, calificando por monstruosidad el tenerlas), fuéronse agregando, de manera que á principios de Septiembre del mismo año de 68, había más de 300 almas en el pueblo, y alen-

tados y ayudados de su misionero, fueron haciendo sus casas con fundamento; que hasta entonces no lo habían hecho, mostrando este resultado, que puede más el buen modo para ganar á los indios, que la aspereza.

No á todos les es concedida aquella gracia especial que se requiere para tratar con los gentiles. Hombres se han visto, santos y muy celosos de la conversión de las almas en las misiones, pero sin aquel atractivo que suele conceder Dios á los que escoge para este empleo, que cautiva las voluntades de los bárbaros. Ya se sabe la rebelión de los indios *Cocamas* en la misión del Marañón y Amazonas, después de muerto su misionero el Padre Raimundo de Santacruz, que los manejó muchos años, consiguiendo de sus *Cocamas* cuanto pretendía su celo. Entró otro misionero en su lugar, hombre santo y de escogidas prendas, pero sin aquellos dictámenes y sin aquella práctica especial que sabe dejar perder una pieza en el juego de las tablas, para ganar la partida. De aquí se originó que le perdieran el respeto los indios, y se revelaran y huyeran muchos, llegando á término el caso que perdió la vida el venerable Padre Francisco de Figueroa, cuando salió á componer, con su natural angélico, lo que descompuso el otro con su celo importuno y ceño acre.

No será fuera de propósito entretejer en este Capítulo los dictámenes que practicaba uno de nuestros misioneros en estos Llanos para gobernar á los indios. Era éste el Padre Antonio de Monteverde, de quien hemos hablado tantas veces, y quien trató con los indios, no sólo en las misiones de los Llanos, sino en otras muchas Naciones, antes de que viniera á ellas. Extrañaba cierta persona honrada y virtuosa en estos sitios, que no quitasen de golpe, y con violencia nuestros misioneros las borracheras á estos indios; respondióles el Padre que no se podía quitar todo de un golpe, y que hacía 1630 años que la ley nueva tenía fuerza, sin que en virtud de ella los Apóstoles y todos los evangelistas y predicadores, pudiesen persuadir á los judíos que comiesen tocino; que si á éstos, en tanto tiempo, no los han podido obligar á comer aunque les éste bien comer, ¿podríamos nosotros tan de repente persuadir á éstos pobres bárbaros que dejasen de beber, y más cuando están persuadidos que su vivir es su beber?

Bien podía añadir el Padre sobre este punto del beber, lo que sucede en nuestros reinos y provincias del viejo mundo, entre los ya cristianos, y muy antiguos cristianos, que suelen hacer gala de este desorden, como lo suelen hacer otros de entendidos y valientes. "Para entablar las buenas costumbres (prosiguió el Padre) entre estos pobres gentiles, y obligarles á quitar las malas con que se criaron, es menester ganarles é irles persuadiendo y convenciendo con la experiencia y con el tiempo, y no de otra

manera; y si procedemos con violencia y los queremos atropellar, nos atropellarán ellos."

Algunos discurren acerca del Gobierno de estos indios, como lo harían de las doctrinas del reino, sin reparar que mudadas las premisas no vale la consecuencia; para acertar se ha de suponer que vivimos entre indios bozales, cristianos en la apariencia y en la realidad de verdad gentiles, ariscos, supersticiosos, indómitos, y tales que no reconocen más ley que su voluntad propia. Qué fuerza ó violencia puede hacer un pobre religioso entre éstos bárbaros, estando como corderos entre los lobos, careciendo de todo socorro, separado por tres ríos caudalosos, y dos días de camino del más cercano pueblo á donde puede recurrir, con unos indios cuyas resoluciones son tan repentinas y precipitadas, con tantos *mojanes* que secretamente nos hacen oposición y contradicen el Evangelio; que si universalmente se llaman gentiles los que fuera de la ley evangélica y de la fe de Cristo viven en sus ritos y supersticiones, aunque sean filósofos ó políticos como los Chinos, por cuántos títulos éstos indios se llaman, y son gentiles, por vivir sin ley, en las supersticiones y barbaridades del más torpe gentío, desnudos, vagamundos, polígamos, sin cabeza que los gobierne, y sin ley humana ó divina que los contenga.

Este era el concepto que tenía formado de los indios este apostólico varón y experimentado capitán, y éstos los dictámenes de que se valía para gobernarlos con prudencia, aprendidos á costa de la experiencia de muchos años, ayudado de su gran capacidad, con que lo penetraba todo: y para que se vea que no eran dictámenes especulativos éstos, sino prácticos, fundados en razón y experiencia, consiguió de sus indios por este medio lo que no hubiera podido conseguir valiéndose de rigores y amenazas.

Ya vimos en su lugar la barbaridad inculta de la Nación Girara. Pues bien, en menos de dos años de asistencia tenía reducidas estas fieras el Padre Antonio á la mansedumbre de corderos, con la dulzura de su trato, y hoy acuden á rezar (dice el Padre en una carta suya) dos veces al día con mucha puntualidad; y ya há más de un año que rezan en su lengua, y han dejado de enterrar los muertos en los montes, y todos los traen á la iglesia. Todos los domingos y días de fiesta acuden á la misa, y algunos á confesarse; de buena gana dejan bautizar los hijos, y algunos de sí mismos los traen; ya beben mucho menos que antes; ya la mayor parte andan vestidos, y si tuvieran con qué todos se vestirían; mucho cuidado y celo tienen de su iglesia; gran pueblo van haciendo, habiendo hecho en menos de dos años diez caneyes, cabiendo en la mayor parte de ellos más de cien personas, y no contentos con esto, van á buscar á sus parientes para que vengan á poblar con ellos, y ya han venido muchos, y

quieren venir más: todo lo que se acaba de decir y se dirá después consiguió este misionero insigne con estos dictámenes prudentes, que sería bueno los practicase quien quisiese acertar. Son los indios como la fruta, que para que llegue á sazón, después de cultivarla el hortelano, se ha de dar tiempo al tiempo, hasta que el calor del sol, y los influjos del cielo, la sazone á pausas; fruto maduro con violencia, antes de tiempo, sale desabrido y sin sazón, y con facilidad se pudre.

CAPÍTULO XVI

PENETRA EL PADRE ALONSO DE NEIRA EL RÍO DE CASANARE; ÉNTRASE POR LAS CIÉNAGAS Y RÍO DE ARITAGUA, Y FORMA EN ESTE SITIO LA REDUCCIÓN DE LOS ACHAGUAS DE SAN-JOSÉ.

Divertido con la fundación de los Guagibos y Chiricoas, como corriendo la pluma tras de su natural andariego, proseguí la narración, sin parar hasta el año de 1668, por ver su paradero y fin, aunque me extraviase del camino, pasando muchas cosas por alto, sucedidas antes. Dejando, pues, á nuestros Guagibos y Chiricoas quietos y sosegados ya, con su misionero nuevo, gozando de su natural angélico, volveré á tomar el hilo desde el año en que iba, para atender los pasos y apostólicos empleos del Padre Alonso de Neira, dignos todos ellos de que se admiren y noten.

Dejo dicho ya cómo la nación Achagua era dilatadísima y muy numerosa, por cuya causa fué importantísima nuestra población de San-Salvador del Puerto, por ser su río Casanare escala admirable para tan numeroso gentío, y para el comercio que hay (aunque de tarde en tarde) de la ciudad y presidio de la Guayana, cuyos convoyes y armadillos vienen á parar á este puerto. Es de no poca importancia este comercio para nuestros indios Achaguas, por cuanto en la Guayana es de mucha estimación el género que llaman *quiripa*, con el cual compran los indios los objetos que les traen, siendo el cambio útil y conveniente á unos y otros.

Es la *quiripa* á manera de unas planchuelas de la forma de los reales de plata, ó moneda de vellón; su tamaño ordinario en redondo es como la uña del dedo pulgar, alguna labran un poco mayor, otra menor y otra hacen pequeña y menuda que parece puntualmente á la lentejuela de plata y oro con que suelen los españoles bordar y guarnecer los vestidos. Lábrase ésta de unos caracoles especiales que se crían por estos sitios, algo medianos, pero de mucha estima, no sólo entre los Achaguas sino entre los demás indios, y ésta es la causa por la cual los Chiricoas y Guagibos, cuando cautivan á los Achaguas para macos, los

... Críanse éstos en las playas
... entero sirviera de material á la
... aunque es verdad que no por eso
... Velasquez lo que no es á propósito
... caracol, que cae hacia su punta ó
... lo demas lo queman. y
... de cal, y son más fuertes que
... que usan para sus adivinanzas.

[illegible]

... lo.
... apre.
... ran
... no e...
... razó.
... no

[illegible]

aun en la isla de la Trinidad, porque los indios Caribes y Araucas, Totos y Tibilibes de aquella provincia, la estiman mucho, y no la hacen ellos, sino que toda la llevan del Puerto de Casanare, en donde vale una sarta, de la medida que se ha dicho, dos reales de plata, en la ciudad de la Guayana vale cuatro y en la isla de la Trinidad ocho. Con esto traen de la Guayana y Trinidad herramientas, como hachas, machetes, cuchillos, púas, arpones y otros objetos, de los cuales dejan llenos á los Achaguas, y ellos tienen no menor interés en estos cambios, cuya razón he dado para que se conozca ser la nación Achagua escala y reclamo para otras muchas, y la reducción de Casanare para diversas parcialidades de los Achaguas mismos.

En esta conformidad, teniendo los Padres noticia de que en la ciénaga del río *Aritagua* había algunas parcialidades de consideración, no sufrieron sus fervores el dejar de buscarlos. Embarcóse el Padre Alonso de Neira en el Casanare, y navegando cinco ó seis días de camino, río abajo, dió en las bocas del río *Aritagua*; saltó á tierra y caminó por ciénagas, pantanos, abrojos, espinas y pajonales; padeciendo terribles hambres, y con las inclemencias continuas en estos desiertos, de mosquitos, zancudos y sabandijas, penalidades compañeras inseparables de los misioneros, dió en las rancherías de los Achaguas de Aritagua, por cuyo hallazgo ardía su celo. No hay cazador que así se alegre al encontrar la presa buscada, á costa de fatigas por el monte, como se alegró el Padre Alonso al encontrar sus indios después de tantas penalidades y trabajos. Hablóles en su propia lengua, que ya sabía con propiedad y con aquél agrado de que le dotó Dios, y con el cual sabía hacerse dueño de las voluntades de los indios á la primera vista. Recibiéronlo los Achaguas con gusto, porque como ya habían corrido noticias del agasajo y amor con que tratábamos á sus parientes en San-Salvador del Puerto, y de que los defendíamos de los Españoles, hicieron peso á sus intereses para cambiarlos en favor nuestro, pensando muy bien que el mismo amparo tendrían ellos.

Era allí su patria natural, tenían labradas sus rocerías y hechas sus labranzas; motivos que, con otros muy prudentes, movieron al Padre Alonso á no traerlos luego, para agregarlos á San-Salvador del Puerto, pues ya se ha dicho que es menester contemporizar con esta gente, haciéndose todo á todos, para poder ganarlos. Entrar de golpe con todos los empeños del fervor, es pretensión ordinariamente peligrosa entre bárbaros; y dije ordinariamente, porque tal vez es necesario algún empeño y aun algún temor, pues como son por lo general incapaces, y puede en ellos tan poco la razón, es preciso tomar algún arbitrio para sacarlos de sus tierras, en las cuales idolatran, y éste es el de

que conciban algún miedo, pero sin usar de violencias. Mas, si dan esperanzas de salir y mejorar de sitio, huyen á la primera vista y reconvención del misionero; tengo por mucho mejor el contemporizar con ellos, para aprovechar el lance mejor después. Hasta en la misma brutalidad de las culpas es importante la tolerancia, aguardando el tiempo sazonado; que esto parece que nos enseñó el Salvador del mundo en la parábola de la cizaña. Así lo ejecutó este cuerdo misionero; alabóles sus tierras, díjoles que él iba á vivir con ellos para enseñarles á ser cristianos y defenderlos de los blancos (antídoto que estiman ellos sobre todo), y no fué difícil conseguir su beneplácito. Con mucha perspectiva levantaron bajo la dirección del Padre una buena iglesia, y se formó un pueblo razonable que llamaron *San-José de Aritagua*, dedicándoselo á este glorioso Patriarca.

Allí se ejercitó el Padre, con mucho fervor y espíritu, en irles dando la luz de la ley evangélica; fueles enseñando los misterios sagrados; bautizó á los párvulos; fué catequizando á los adultos y bautizando á algunos de ellos, enseñándoles á todos la doctrina cristiana en la iglesia, todos los días, á mañana y tarde; en cuyos gloriosos empleos gastó algunos meses, pasando muchos trabajos de hambres continuas, en las que sólo tenía de ordinario el recurso del agua de ají ó pimientos (que es el sustento cotidiano de los Achaguas), en la cual mojaba el buen Padre unas costras de cazabe, y por mucho regalo un plátano asado, ó una yuca cocida, y con estos mantenimientos de tan poca sustancia, y más á propósito para dilatar la muerte que para sustentar la vida; y por ser la tierra sumamente húmeda, por estar llena de pantanos y ciénagas, padeció nuestro misionero continuos achaques sin tener más alivio en esta triste soledad y falta de todo, que perpetuos y crecidos ejércitos de mosquitos y de zancudos, que se crían en los anegadizos á millares; todo lo cual pasaba con extraño gusto y consuelo, por el extraordinario que le causaba el ver que se iban amansando aquellas fieras bravas del gentilismo, y que iba ya rayando en ellos el sol de la verdad evangélica, en cuya introducción no descansaba de día ni de noche, usando de todas las industrias posibles, para conseguir efecto tan soberano.

Desde este sitio de *Aritagua* iba convocando á los Achaguas de tierra-adentro, de los cuales salieron algunos á poblarse en la reducción de San-José. Eran los intentos del Padre Alonso incorporarlos con los Achaguas de *San-Salvador del Puerto;* íbalos entreteniendo en el ínterin con sagacidad y prudencia, por no estar sazonados todavía para el trasporte. Pero como sobre estos motivos, y el fruto que iba haciendo, y las esperanzas que le daban, con otras cosas semejantes á éstas, lo mismo que el con-

cepto que tenía formado del genio de estas gentes, lo expresa con individualidad el Padre Alonso en una carta que escribió desde este sitio de *Aritagua* al Padre José de Urbina, Rector del Colegio máximo de Santafé, me ha parecido ponerla aquí, y es del tenor siguiente:

" Mi Padre Rector, Prepositi, etc. La de Vuestra Reverencia de 2 de Octubre, la recibí con el gusto que siempre recibo sus deseadas cartas. Recibí el ornamento con singular alegría, y á virtud de él me hallo en *San-José de Aritagua* bien recibido de estos pobres, y agasajado con lo que pueden. Salieron todos del Palmar con el aviso que les dí, y son más de 60 almas las que yo he contado, entre grandes y pequeños, y todo el pueblo consta de 160 almas, que yo he contado, sin otros que, por enfermos, no han acabado de llegar; pequeño número, pero, por ser gente moza, más capaz de enseñanza, y que da esperanza de que se irá multiplicando. El *Puerto* está aborrecido, como lugar apestado, y no dicen otra cosa en sus pláticas matutinas, sino que hay mucha enfermedad en el *Puerto*. Por ser gente tan pacífica, muy capaz, y tener yo algunos principios y trabajos hechos en su lengua, son más de apreciar 100 de éstos que 300 de otra Nación. Los bautizados de seis años abajo son unos 28; á los adultos sólo los bautizo *in periculo mortis*, hasta no tenerlos bien instruídos y fundados en nuestra santa fe, por lo cual estaré aquí dos meses y medio, cuando entre el invierno, por el cual tiempo, con la bendición de Vuestra Reverencia, haré la jornada al Meta, al pueblo *Onocutare*, pues ya tengo aquí en *San-José* indios con un recado sobre este particular, de tres Caciques de dicho pueblo. Mas, estuvo en el Puerto, *Maure*, indio capaz, con otro indio, á 7 de Enero, con dos recados de dichos indios, acudieron á la fiesta y dieron buenos principios de nuestra santa fe, prométeme bajar muy buena gente conmigo, y espero en Dios será de servicio suyo esta mi jornada: es verdad, mi Padre Rector, que así estos indios, como otros cualesquiera, no buscan á Jesucristo. Es un interesado animal el indio, y si no tuviera esto, no hubiera por donde entrarle; por ahora es fuerza acomodarnos como los indios quieren, en orden á los sitios, hasta que tengan más sujeción al Evangelio; admitamos estas fieras en sus cuevas, en donde podemos entrar aunque sea arrastrando, que después se podrán disponer mejor en orden á su conversión temporal y espiritual: con esto, Dios guarde á su Reverencia, en cuyos sacrificios me encomiendo.

" San-José de Aritagua y Febrero 2 de 1664.

" De Vuestra Reverencia su súbdito y siervo y condiscípulo,

"*Alonso de Neira.*"



Hasta aquí la carta del Padre Alonso, la cual nos manifiesta su celo, y lo que apunté ya, conviene á saber: los motivos que tenía para no sacar de golpe estos indios para poblarlos en el *Puerto*. No pretendía el Padre Neira, lo que por ventura juzgaban muchos, que era el formar poblaciones chiquitas, en las cuales sería más el ruido que las nueces, además de multiplicar los operarios que las cuidasen, con gastos más crecidos. Estaban las cosas de tal manera por ese tiempo, que los Achaguas de Casanare vacilaban ya, y se querían retirar á San-José de Aritagua, acobardados sus ánimos por los muchos que cada día se morían de disenteria, de modo que no habría sido cordura sacarles á Casanare luégo. Ejecutólo más tarde el Padre, cuando se mejoraron las cosas del *Puerto*, y se empeoraron, por especial providencia de Dios, las de *San-José de Aritagua*.

La experiencia les dió á entender á los mismos indios lo muy enfermizo de aquel paraje, y su mal temperamento, pues con ser naturales de allí, padecían casi de ordinario el achaque de la disenteria, por cuya causa, y otras, pareció conveniente que se redujese esta gente al pueblo de *San-Salvador del Puerto*, pues era conocida la utilidad, de que siendo de una misma Nación, estuviesen cuanto más juntos se pudiese y menos derramados (como conveniencia única en estas montañas). Además de esto, eran los caminos para llegar á *Aritagua*, tan intratables y perversos, que aun en el rigor del verano no se podían trajinar por causa de los muchos pantanos; y era esto en tanto grado, que al entrar por esos sitios el Padre Neira, fué necesario que á fuerza de brazos le pasasen cargado los indios, y si esto era en el rigor del verano, qué sería del invierno, cuando hasta los montes altos se aniegan. Mudólos, en fin, del modo que le pareció conveniente, venciendo su discreción y actividad las dificultades que siempre traen consigo estas mudanzas y extracción de estos gentiles de sus propias tierras. Fuéronse viniendo á *San-Salvador* las familias, con quienes juntamente se vino el Padre, y se demolió el pueblo de *San-Jose de Aritagua*.

CAPÍTULO XVII

REFIÉRENSE ALGUNAS COSAS DE EDIFICACIÓN, SUCEDIDAS EN ARITAGUA Y CASANARE, CON LOS ACHAGUAS.

Ya dijimos al principio de esta obra, que no trataríamos en ella de casos extraordinarios y singulares, que causasen admiración y asombro; y refiero las cosas que se siguen sólo para la edificación, y para que se vea por ellas cómo iba rayando ya por este tiempo la luz de las verdades católicas en estas gentes, según

el aprecio que hacían de las cosas sagradas, y en especial del bautismo. Son como los niños los gentiles, que se hace apreciar entre ellos lo que no se advierte ni repara en los de crecida edad: varios son los casos que podría traer aquí, sucedidos entre esta gente, pero sólo referiré algunos, sacados de una relación del Padre Neira, que pondré casi con sus mismos términos.

Sea el primero, el que sucedió con una india bautizada. Estaba ésta enferma de la enfermedad de que murió; antes de morir pidió con muchos ruegos al Padre Alonso que le leyese el catecismo de la doctrina cristiana, que ya estaba traducido en su lengua, porque con esto, decía ella, moriría consolada. Condescendió el Padre con sus piadosos ruegos, leyéndole el catecismo, al cual estuvo muy atenta, y murió poco después con grandes señales de que la tenía Dios escogida para sí, y no menor consuelo del misionero, viendo tan viva fe en una india, poco antes gentil, y que tan poco tiempo había cursado en la escuela de la doctrina cristiana, quien para pasar á la eternidad, en la cual creía, quiso fortalecer su alma primero con estas verdades.

Enfermó de muerte otro indio, á quien en su enfermedad catequizó y bautizó el Padre. Receloso este cristiano nuevo de que cuando muriese le habían de enterrar sus parientes fuera de sagrado, con sus ritos gentílicos, por haberse ausentado poco después el Padre, mandó que en todo caso, y antes de morir, le abriesen el sepulcro en la iglesia. No le pudieron moderar sus deudos, hasta que de hecho le hicieron la sepultura, y aseguraron al moribundo que ya estaba hecha en lugar sagrado. Vino en este ínterin el Padre y halló la sepultura hecha y al indio vivo, y preguntando la causa de tanta aceleración, le respondieron que había instado tanto el enfermo sobre el caso, que no se aquietó hasta que le dijeron y aseguraron que ya estaba hecha la sepultura en la iglesia.

Bien diverso es el caso que se sigue al que queda dicho. Había entre éstos un gentil de malísima vida, y tan adverso en un todo á las cosas de Dios, que más parecía bruto que criatura racional; y por esto encontró su merecido en la justicia divina, con una acelerada muerte, que le atajó con tanta celeridad los pasos, que no le dió lugar á recibir el bautismo, y murió gentil. Atemorizados los indios con tan repentino caso, entraron á la casa del Padre á deshoras de la noche y le dijeron:—"Padre, aquel nuestro pariente vivió como un caballo y murió como tal, y jamás le vimos junto de la cruz ni junto á la iglesia: no había que sacarle de la labranza á su casa, ni de su casa á la labranza, y así, pues, vivió como caballo, le enterrarémos como caballo." Otorgóseles su petición, y así le enterraron como á tal, con aquellas señales de desprecio con que enterrarían á un bruto. Quedó

lastimado el Misionero con la pérdida lamentable de este miserable, pero mitigó su dolor el buen concepto que advirtió en sus cristianos nuevos sobre las cosas divinas. Pero me parece bueno templar este caso adverso, con otros dos de consuelo que se siguen ahora.

Entró un día dando gritos á la casa del Padre un indio, diciendo cómo su padre gentil había perdido el habla; acudió el Padre con la aceleración posible á la casa del enfermo, empezó á llamarle por el nombre de su gentilismo, el cual volviendo en sí respondió, con admiración de los circunstantes. Empezó el Padre á instruirle lo suficiente para recibir el bautismo en aquel trance; ayudaban al Padre la propia mujer del enfermo, hijos y parientes, repitiéndole, para hacerle capaz, lo que le enseñaba el Padre; admitió bien el enfermo lo que le decían, como también el bautismo que recibió, y al cual añadió él, que moría consoladísimo. Dicho esto volvió á perder el habla y murió. Dió Nuestro Señor dió vida á este gentil para que recibiese el bautismo, como se la dió á otro cristiano para recibir el Sacramento de la penitencia.

De un sitio llamado Maguari, distante de San-Salvador seis leguas, vinieron á llamar al Padre para una confesión; llegó éste al dicho sitio á la media noche, entró en la casa del doliente, y saliéndole á recibir su padre, le dijo:—Padre, éste mi hijo está amodorrado; de cuando en cuando vuelve en sí, y nos pregunta si ha venido el Padre, y respondiéndole que no, se vuelve á quedar sin sentido; dicho esto dió una voz al enfermo y le dijo:—Hijo, ya está aquí el Padre por quien tanto has suspirado; entonces el muchacho volvió en sí pidiendo confesión; oyóle el Padre en penitencia, y en el discurso de ella dijo el enfermo:—Ya no tengo más, y ya parece que me va faltando el habla; absolvióle el Padre entonces, y por la fórmula breve que señala el ritual, le administró el Sacramento de la Extremaunción; y para que se vea aquí cómo la Divina Providencia había conservado esta vida lo que bastaba precisamente para el remedio de esta alma, apenas recibió la Extremaunción con la aceleración dicha, y que pedía el caso, cuando luego murió, y con tanta prisa que no dió lugar á más; y no sin gran consuelo de su padre, quien esforzando cuanto pudo su confianza en Dios, dijo:—"Padre, si al amanecer viniera, no muriera hasta el amanecer mi hijo, que Dios tenía detenida esta alma hasta cumplir con el Sacramento."

Por lo que ya se ha dicho, y añadiré después, se puede colegir claramente que no son tan incapaces los indios como lo piensan muchos, ni es tan inculto este campo que no nazca y se logre el fruto con aventajadas medras, aunque parezca estéril, y más si se arrima el hombre á su cultivo. Quiera Dios que la brutalidad de los indios (así llaman á su natural ignorancia de que no

están libres ni aun los nacidos en Europa si les falta maestro), y la falta de fe que se experimenta en muchos, aun de los ya cristianos, no provenga del descuido de quien los debía enseñar, y de la falta de aplicación á aprender su lengua. Ya acabamos de ver en estos indios el aprecio que hacían, aun siendo nuevos, de las cosas divinas; la estima que hacían del bautismo; el caudal de la Doctrina Cristiana; el aprecio de la confesión; la fe que mostraban de lo eterno y de la Divina Providencia. Pero si reparamos bien hallaremos un Misionero celoso, un operario infatigable, un varón apostólico, diestro en hablarles en su lengua, sobre lo cual trabajó mucho con indecible fatiga, como se verá á su tiempo: así les persuadía y enseñaba, y los arraigaba en la fe, usando de muchos arbitrios para el efecto; concurría Dios para arraigarlos en ella con algunas providencias especiales, en crédito de nuestra fe, y en especial del bautismo, con lo cual añadía eficacia á la predicación de su Ministro. Un caso traeré en cofirmación de esto, y es de la manera que sigue:

Oyó el Padre Alonso grandes llantos, según costumbre de estos indios cuando mueren sus parientes; eran los llantos de unas indias recién venidas de tierra-dentro, y coligiendo el Padre lo que podía ser, voló luégo al punto á las rancherías de dichas indias. Callaron todos al ver al Padre; sólo una india con un niño en los brazos, moribuudo al parecer, esforzó con más aliento los gritos, y volviéndose, hecha una leona contra el Padre, le dijo en su lengua así:—"Por tu causa se muere este mi hijo, porque por venir nosotras de tan lejos aquí á verte, se asoleó en el camino y se me muere; á esto vine yo sobre esta tierra para ver morir á este mi hijo." Entonces el Padre, cogiendo á toda prisa la primera agua que halló á mano, y mostrándosela á la india, la dijo: por qué estás afligiendo este corazón mío, y el de estos parientes tuyos! calla que aquí está el remedio de tu hijo. Dicho esto le bautizó el Padre y procuró persuadir á la india para que diese al muchacho el pecho; pero ella alzaba más el clamor con esto, y decía que cómo había de querer el pecho un difunto; que el niño no lo quería. Esta fué la respuesta que le dió, no una, sino muchas veces. Viendo la terquedad de la india, el Padre cogió con algún esfuerzo la cabeza al muchacho y se la aplicó al pecho; recibióle muy bien, y se quedó dormido; despertó sano y bueno poco después, según lo mostró el niño en la alegría de su rostro, y fué la salud tan instantánea que al día siguiente, volviendo el Padre á visitarle, y mostrándole unas cuentas, vino por su parte muy alegre á recibirlas el muchacho, que tendría á la sazón dos años con poca diferencia.

Formaron tan buen concepto del bautismo por este caso, que una india traía con toda sencillez un hijo enfermo para que le

bautizase segunda vez el Padre, y á un niño que lloraba cuando le querían bautizar, le decían con la misma sencillez otros indios: Calla, niño, que con esto engordarás y estarás bueno presto. Tanto era el buen concepto que habían formado sobre el bautismo estas gentes, por el caso reciente que referimos ya, y del cual fueron testigos.

No hay que admirar que en cosa tan sustancial como lo es el bautismo, confiasen estos indios conseguir su salud, cuando en una sotana roída, por ser de un religioso y sacerdote, confiaron el conseguirla otros, como se verá ahora.

De un sitio llamado *Ubaba*, ranchería que fué de indios, vino á la casa del Padre un Cacique, quien con grandes instancias y empeños pidió una sotana vieja:—"A nosotros los indios (decía el Cacique) nos quiere mal Dios, no nos puede ver de sus ojos, cada día nos envía enfermedades y trabajos, entre los cuales morimos como hormigas; á vosotros los Padres os quiere bien Dios, no morís, ni estais enfermos; por eso digo yo dentro de mi corazón: yo quiero ser padre mientras pasa la enfermedad: en viendo la enfermedad á uno vestido con esa ropa negra, tiene miedo de entrar dentro; por eso me darás una sotana tuya, vieja, para que yo sea Padre un poco de tiempo,"

Oyó el Padre el razonamiento del indio, y tan importuna pretensión, por ser por una temporada, atribuyéndolo á chanza, por ser chanceros estos indios y de condición alegre: pero nuestro buen Cacique Achagua, que pretendía ser Jesuíta por poco tiempo, con todos sus cinco sentidos, y no de chanza, instaba con mucho empeño sobre que le diesen la sotana. Disuadiólo el Padre con buenas razones, acomodadas á la capacidad del indio, para que desistiese del intento, como lo hizo, convencido de que no es para de prestado este negocio. Cesó en su pretensión, pero mostró al mismo tiempo el alto concepto que tenía de los ministros de Dios, y aun de su pobre ropa, pues estaba persuadido de que al hallarse vestido con ella, tenía el antídoto seguro contra las enfermedades y trabajos.

CAPÍTULO XVIII

NUEVOS DISTURBIOS QUE PADECIERON NUESTRAS REDUCCIONES DE MACAGUANE Y TAME; PELIGRA LA VIDA DEL PADRE JAIME Y LA REDUCCIÓN DE LOS AIRICOS, Y LOS LIBRA DIOS CON SINGULAR PROVIDENCIA.

Nunca empresas grandes y heróicas fueron tan de todo punto felices que les faltasen contrapeso, no sólo de dificultades sino también de infortunios; á veces los dirige Dios al conoci-

miento de nuestras miserias, y para que no se lisonjee la actividad humana, quiere su Divina Majestad que entendamos que todo bien procede de su favor, y para esto da alguna sofrenada á nuestra vanidad. Quiere la Providencia al mismo tiempo que se descubran los aceros de los suyos á vista de los contrarios, para hacerlos famosos; ¿cómo conoceríamos á Héctor, si hubiera sido Troya feliz? ¿Y qué fama tuviera Alejandro sin los contrarios á quienes venció? En la guerra se prueban los héroes, y los luchadores en la arena; en ésta de Tame y Macaguane se probaron los nuestros, con lances tan duros y tan fuertes, que mostraron bien claramente lo heróico de su valor y su invencible constancia.

Apenas habían empezado á respirar nuestras reducciones de los disturbios pasados, y se veían florecer con mucho número de familias, nuevamente agregadas en Tame y Macaguane, cuando se levantó una tempestad horrible, no menos peligrosa que las pasadas, que pusieron á estos pueblos muy en peligro de perderse. Por todas partes era combatida esta nave, y se enfurecían los vientos tanto más peligrosos y eficaces, cuanto combatían más de cerca, pues eran los mismos indios poblados los que alborotaban las olas. Ya dije que la Nación Girara es, y ha sido, una de las más bravas y belicosas que se han conocido en estos sitios. Su bárbara fiereza y natural altivo fué desde sus principios la raíz de los disturbios que ya dije, y de la muerte de los Españoles, con todas las revoluciones é inquietudes que sobrevinieron después.

Viniendo ya á lo particular del caso, había sucedido en el Gobierno y cargo de Teniente de Tame, á Hernando Ortiz, de quien hablamos arriba, un Don Diego ó Don Rodrigo, indio principal del pueblo: no sé con qué ocasión tuvo una pendencia muy reñida el Teniente Don Rodrigo con el Capitán Castaño; picaba éste de valiente, no menos que de ambicioso y altivo, y queriendo despicarse y desfogar su enojo, se encaminó una mañana á casa de Don Rodrigo, con toda su gente armada; viendo el alboroto de la gente Don Rodrigo y los suyos, y teniendo por cierto la batalla, echaron mano á las armas para defenderse de Castaño. No tardó mucho en extenderse la novedad del caso por los demás indios, quienes poniéndose en armas y partiendo desalados al lugar del combate, se pusieron en dos filas á punto de pelear. No se oía otra cosa en este tiempo que una confusa gritería, ni se miraba otra cosa que lanzas, cuchillos y macanas, entre las flechas y arcos; los ademanes terribles con que se explicaban daban á entender la carnicería del rompimiento, y de cerrar unos con otros, y sólo esperaban la señal para empezar la guerra.

Pero Dios que mira en esta gente los sudores y fatigas de

sus ministros evangélicos, no quiso que se malograsen ni perdiesen con la destrucción de Tame. Voló la noticia del disturbio á los oídos del Padre Antonio, quien receloso del peligro, no en el que ponía su vida, sino el de la predicación de su pueblo, salió al punto de su casa y se dirigió á los campamentos de Don Rodrigo y de Castaño, sin otras armas que la confianza en Dios, y el celo que le movía de su gloria : se entró con su bordón en medio de las dos filas, entre las lanzas y macanas, y levantando la voz con tono alto y severo, á lo que añadía mayor eficacia su agigantada estatura y respetable rostro encendido, los puso en silencio á todos. Preguntóles qué significaban tantas lanzas, tantas macanas y cuchillos, y les dirigió otras muchas razones encaminadas todas ellas á entablar la paz y á que desistiesen de su intento. El Capitán Castaño, como era el más altivo y descarado de todos, le dijo que si los blancos también no reñían algunas veces; así es, le respondió el Padre, "pero luego que ven á su Cura callan, y hacen las paces." Puso Dios tal eficacia en las palabras del Padre Antonio, que luego amainaron todos, se sosegaron los ánimos de los encarnizados Giraras, se evitaron muchas muertes, y aun la pérdida del pueblo, que hubiera sin duda sucedido, y se aseguró la paz; luego mandó el Padre que se abrazasen y se brindasen unos á otros á su usanza, como lo hicieron luego, con sus bebidas, y quedaron amigos por entonces, se hablaron en amistad, se retiraron á sus casas, y se evitó la pérdida de la reducción de Tame.

No sólo en esta ocasión se halló nuestro misionero entre las lanzas y macanas; fueron muchas las ocasiones en las cuales se vió metido en semejantes refriegas para defender á sus indios, pero sólo referiré brevemente una muy semejante á las pasadas. Ya hemos advertido el modo que tienen estos bárbaros de establecer sus paces, y el modo como las ajustaron con los Chinatos. En el ajuste de otras que se hicieron con los mismos Chinatos, fué tan horrible la refriega y el ruido de los macanazos y repetidos silbos, que unos blancos que estaban á la sazón en Tame (temiendo, no sin fundamento, lo que les podía suceder, á la vista de tanto aparato de lanzas, flechas y macanas, y los crueles porrazos que se descargaban sin piedad unos á otros), se quitaron de ruidos y sin querer buscar pleitos por su dinero, cogieron á toda prisa sus caballos, y sin atender á cumplimientos, ni esperar razones, procuró cada pobrete salvar su vida en atropellada fuga; sólo el Padre Antonio, como acostumbrado ya al ruido de las macanas, perseveró constante por espacio de dos horas que duró la refriega, en medio de los dos bandos, apaciguando á unos y defendiendo á otros. Los blancos que estaban á la vista (aunque bien lejos) mirando lo que pasaba, para observar el fin, se persuadieron, y aun echaron voz de que habían muerto los indios al

Padre Antonio; por todos estos riesgos pasaba éste apostólico varón para asegurar su pueblo, exponiendo como buen pastor su vida por el amor de sus ovejas.

Volviendo, pues, á lo que íbamos diciendo, no fué menor el riesgo en que se vió poco después de la pendencia de Don Rodrigo y Castaño, la población de Tame. Quitaron violentamente la vida los indios Lucalías, del mismo Tame, á un muchacho de poca edad y á una mujer Girara; añadióse á estas dos muertes otra que hizo un Cacique del pueblo, que se llamaba Don Simón, y fueron tres golpes de rayo que hirieron vivísimamente á los parientes de los muertos, como se deja entender de su natural altivo, nada ejercitado á sufrir; mas aunque es verdad que estaban irritados los indios contra los Lucalías homicidas, era mayor su enojo contra el Cacique Don Simón. Intentaron los Giraras muchas veces poner en una horca á su Cacique con obstinado empeño, y hubiéranlo llevado á efecto, si el Padre, que se desvelaba en atajar disturbios, no lo hubiera estorbado varias veces. Fué muy difícil componer este asunto, y apagar ese fuego, pues era aborrecido Don Simón más de lo que se puede pensar, y estaban encontrados con él casi todos los indios; sólo una parcialidad estaba de parte suya, y todos los demás en contra, y así es increíble lo que trabajó el Padre para sosegar los ánimos de los apasionados Giraras, y restablecer la paz entre ellos.

Fué poco lo que duró esta serenidad y bonanza, sucediendo en los ánimos de esos bárbaros lo que sucede en el mar, en donde sosegada una tormenta, se levantan con facilidad otra y otras muchas. Apenas se había sosegado ésta, cuando se levantó otra mayor, y fué el caso, que unos indios embusteros del mismo Tame, que nunca han faltado de éstos ni faltarán tampoco, echaron la voz de que venía, y aun de que estaba muy cerca, el Corregidor *Chamorro*, con grande aparato de soldados, para aprehender á los delincuentes de Tame y ahorcarlos á todos, y entre ellos á su Cacique Don Simón, y á los Capitanes con los principales del pueblo. Ya se deja entender el estómago que les haría semejante píldora, y el aplauso con que sería recibida semejante receta, especialmente de aquéllos que se hallaban culpados. Luego que llegó esta nueva á los oídos de Don Simón y del Capitán Castaño, alborotaron el pueblo y lo turbaron todo: persuadiendo á los indios, con razones vivísimas, á que desamparasen á Tame, si no querían morir en una horca, á manos de los soldados del Corregidor Chamorro; y fueron tan eficaces sus razones y tan vivos los colores con que les pintaron el peligro, que se huyeron dos Capitanes y mucha gente á los montes con el Cacique Don Simón. Paso en silencio, por no hallar palabras conque ponderar el vivísimo sentimiento que atravesó como con una lanza el cora-

zón del Padre, viendo ahuyentadas sus ovejas del redil del Señor, sacadas con tantos afanes de la montaña, y defendidas hasta entonces á costa de tantos riesgos.

Fuera menos sensible este lance, si ese mal cristiano y protervo Cacique, no hubiera extendido su malicia á la reducción de los Airicos de Macaguane, nuevamente poblados. No contento Don Simón con ahuyentar á los Giraras, persuadió á los de San-Javier de Airicos, al pasar por su pueblo, que se fuesen con él y se retirasen á los montes; y aunque es verdad que estuvieron firmes á la primera instancia, fué tanta la batería del Cacique y tan eficaces las razones de este ministro del demonio, que se rindieron como flacos, muchos, y se huyeron con él.

Empeñados Don Simón y los suyos en ejecutar maldades, les pareció que quedaban cortos, y no cumplían con sus obligaciones, si no alargaban las manos para agraviar al misionero de Macaguane, ya que no en su persona, por estar á la sazón ausente, á lo menos en su casa y cuanto tenía dentro, y antes de que se huyesen al monte, cebaron su rabia en la casa del Padre Cristóbal Jaimes, haciéndose dueños de todo, y hurtaron sus pobres alhajas, y le hubieran quitado sin duda la vida entonces, si Dios, con particular providencia, no le hubiera guardado para su mayor gloria, permitiendo que se ausentase á uno de nuestros pueblos, con ocasión de una fiesta de Nuestra Señora de Chiquinquirá, cuyo sermón predicaba por la pascua de resurrección.

No sólo esta vez libró Dios al Padre Jaimes de semejantes riesgos: libróle en otra ocasión, como ahora veremos en el caso que sigue, que por contener algunas particulares circunstancias, y resplandecer en ellas la singular providencia de Dios con que mira á los suyos, y lo temeroso de sus juicios con que castiga á los malos perturbadores de la paz, no me ha parecido justo sepultarlo en el olvido. Entre los Caciques de los Airicos, de la reducción de Macaguane, había uno á quien llamaban el Cacique Tripa, de quien hicimos mención, el cual era temido entre ellos, y como principal maestro y consejero de todos, era el que dirigía las empresas, el que gobernaba las batallas, y últimamente era *entendido* (según pensaba él), y el consultor y Curial de aquella República bárbara. Este hombre no tuvo á bien jamás que se poblasen los Airicos con nosotros, ni consintió en el ajuste de paces con los Giraras; resistiólo fuertemente, haciendo cuanto pudo para disuadirles la resolución, hecho platicante y elocuente misionero de Satanás; pero como Dios era el combatiente, y venció con su divino poder, permitió que se resolviesen eficazmente los Airicos á entregársenos como se dijo yá.

Pero el Cacique Tripa, mal hallado en las estrechuras de Macaguane, fingió que volvía á la montaña para convocar á sus

parientes, y se fué, con beneplácito del Padre Antonio, á llamarlos; mas él, que no pretendía otra cosa que quedarse en su libertad y sacudir como cerril el yugo de Dios, se quedó con la parcialidad de su gente, en sus antiguas madrigueras, tan despechado, que propuso hacer continua guerra á sus conterráneos, como lo ejecutó varias veces, con diferentes embestidas y emboscadas, dando asaltos á los nuestros, que se hallaban ya bien afligidos, y no pocos determinados á volverse á sus tierras, para librarse de las invasiones de Tripa y los suyos. Estos pensamientos melancólicos y tristes, aunque no mal fundados, procuraba desvanecerlos el Padre Jaimes con sus buenos consejos y el natural agrado con que los trataba como á hijos, confortándolos y deteniéndolos para que no se huyesen.

Bien conocía Tripa que la asistencia del Padre era el todo para que no se rindiesen los Airicos y dejasen aquellos territorios; parecióle (y no le parecía mal) que quitando aquel embarazo, quedaría el campo por suyo, y así resolvió, bien instigado del demonio, matar al Padre. Ya se estaba preparando para la ejecución de su sacrílego intento el malvado Cacique, á tiempo que pidieron los Airicos de Macaguane licencia al Padre para irse á beneficiar sus labranzas, y para hacer sus monterías: concedida la licencia, y quedando el pueblo sólo, se determinó el Padre ir á una de nuestras doctrinas, para reconciliarse y visitar á sus hermanos, para alivio de tantas soledades; puso á buen recado las alhajas de la iglesia, y las pocas y pobres suyas, y cerrando su casa se partió del pueblo.

Más ¡oh grandeza de la Providencia divina! ¡oh cuidado especial de Dios con los hijos de la Compañía! hoy se partió el Padre, y mañana, cerca de medio día, dió en el pueblo de Macaguane el Cacique Tripa, con su belicoso escuadrón, y enderezaron su furor en primera instancia á la casa del Padre, y hallándola cerrada, y que no había gente en ella, rompieron las puertas, desarrajaron un escritorillo que allí había y sacando los trastecillos que hallaron dentro, se los llevaron con otras alhajuelas, y dejaron clavadas en la casa del Padre algunas lanzas y dardos; geroglífico entre ellos y frase con que significan que le venían á matar, dando á entender que así como dejaban clavados aquellos dardos en la tierra, se los clavarían en el cuerpo si lo hubieran hallado. De allí salieron rabiosos y se enderezaron á las casas de los indios, y quemaron algunas, y con este desquite se volvieron, aunque no despicados del todo. De esta suerte libró la Providencia Divina de tan notorio peligro al Padre y á sus amados indios, por medio de este viaje y ausencia que hicieron con tanto acierto aunque pareció al acaso.

No se desahogó con esto la rabia y furor del malvado Caci-



que, antes embravecido más con el poco acierto de su empresa, y con no haber logrado el depravado designio de matar al Padre, se determinó á repetir su intento y ejecución, con más maduro acuerdo y con más bien fundada previsión militar. Echó la voz en su cuadrilla, les manifestó su intento, y los alentó á la prevención, en la cual se ocuparon todos con puntualidad, haciendo armas de nuevo, labrando sus lanzas agudas de macana, envenenando sus flechas, y ajustando sus dardos, y finalmente, sólo se oían estruendos de guerra y prevenciones de batallas en aquellos altos países.

Así se fueron disponiendo los ánimos de todos, alentados de su adalid y Cacique, el cual (al cabo de algún tiempo), teniendo noticia de que en nuestra población de Macaguane había asaltado otra vez el achaque de disentería, peligrosísimo y mortal entre esta gente, le pareció que era la ocasión y tiempo oportuno, pues estando enfermo el pueblo sería menor la fuerza y resistencia, y sería segura la presencia del Padre, á quien principalmente miraba su odio y rencor, con deseo de quitarle la vida. Con este buen discurso militar (aunque tan bárbaro y gentil), convocó sus tropas, hízoles su razonamiento, y señaló el día en que habían de marchar sus escuadrones. Era la ocasión notoriamente arriesgada, y hubieran perecido, sin duda, nuestra reducción y el Padre que la tenía á su cargo, y que se hallaba asistiendo con gran caridad y fervor á sus enfermos, así para curarlos del achaque, como para catequizarlos y bautizarlos (de los cuales no pocos se le murieron acabando de recibir el bautismo); pero como la Providencia Divina no se duerme en nuestro amparo, y más en causa tan propia suya, libró á su pueblo como con su mano, y fué así: que habiendo de marchar como mañana el ejército capitaneado de su adalid, quien con arrogancia y soberbia tenía por segura la victoria, pareciéndole que ya se coronaba de laureles, y que empuñaba la palma, en esa misma noche le echó mano la Divina Justicia, y le atajó los pasos con una repentina muerte, rindiendo su infeliz vida (sin saber de qué) cuando lo pensaba menos; amaneció muerto el desdichado Cacique *Tripa*, en cuyo cadáver helado y que infundía horror, bebieron aquellos bárbaros á su modo vivos desengaños de la jactancia humana, como pudieron haberlos bebido (á tener fe) para conocer los tremendos juicios de la justicia divina.

Para que se vea cómo andaba el dedo de Dios en este caso, la muerte de este protervo Cacique desarmó totalmente á los parciales, como desarmó á los Airicos la muerte de su Holofernes: Dios les apretó los cordeles de tal manera que, largando las armas fueron recogiendo sus trastecillos, y con sus hijos y mujeres se vinieron voluntariamente ellos mismos á nuestra reducción y

pueblo de San Francisco Javier, entregándose al Padre para que los gobernase como á los demás. Con esta providencia tan conocida dejó Dios quieto de todo punto este pueblo, libró de la muerte al Padre, y redujo á los rebeldes de *Tripa*, con facilidad tan grande, que ha hecho pensar que maravillas tan grandes y notorias, obradas en esta reducción, son efectos de su gran Tutelar y Patrono San Francisco Javier, cuyos méritos pueden tanto con Dios, como experimenta cada día Italia y aun cada hora, y reconoce todo el mundo.

CAPÍTULO XIX

VIAJE DEL PADRE FRANCISCO DE ELLAURI Á LA MISIÓN DE LA GUAYANA, SUS MUCHOS TRABAJOS Y SU FELIZ MUERTE.

Ya queda advertido cómo vino de la Guayana á estos Llanos, y se quedó en ellos el Padre Dionisio de Meland, para asistir en Pauto y fomentar la reducción nueva de los Chiricoas y Guajibos. Desvelábase el Padre Monteverde, como Superior que era, en el adelantamiento de las misiones, para lo cual discurría nuevas trazas, pensaba nuevos arbitrios y descubría nuevos rumbos. Fué uno y muy especial, el que entrase uno de los nuestros á la Guayana, en lugar del Padre Dionisio, y al pueblo en que residía; pues como se ideaba ya por entonces el entable de nuestras misiones en el Orinoco, le pareció sitio muy á propósito éste, porque dándose los Llanos la mano con la Guayana, y siendo puerta ésta para innumerables infieles, se encadenaban las misiones, se dilataba su esfera, y aun se facilitaba más esta parte de la misión con los socorros temporales de herramientas y otros menesteres que podían servir en Casanare.

Representolo á los superiores el Padre Antonio de Monteverde, proponiéndoles las conveniencias así espirituales como temporales que había en volver á este sitio y escala, para innumerables misiones ó Naciones; y aun era de parecer también, de que hubiese una residencia nuestra en la Isla de la Trinidad, aunque fuese de sólo un sacerdote y un hermano, porque entablada esta residencia en dicha isla, se podría, con más facilidad, conducir operarios de España para las misiones de Orinoco, apostándose primero en la Trinidad. Evitábanse con esto los excesivos gastos y las incomodidades notables que se siguen conduciéndolos por Cartagena, por tan dilatados caminos. Así lo representó por el mes de Marzo de 1664 al Padre José de Urbina, Rector de Santafé entonces, pidiendo un Padre de autoridad y de aventajadas prendas, para la misión de la Guayana.

Con la noticia que corrió en Santafé de la grande puerta que

nos abría Dios para las misiones del Orinoco, se encendieron los ánimos de los hijos de la Compañía de Jesús, y fué como tocar alarma para hacer gente, queriendo muchos ser señalados de los Superiores para tan apostólica empresa. Quien se señaló entre todos en tan nobles deseos, tan propios de nuestro santo instituto, fué el Padre Francisco de Ellauri, quien siendo anciano ya, de más de 62 años, se ofreció á los Superiores para ir á las soledades bárbaras é incultas de Santo-Tomás de la Guayana, trocándolas con alentado espíritu por la comodidad religiosa de los Colegios.

Esta determinación causó gran pesar á este Reino, porque era el Padre Ellauri, *dilecto Deo, et hominibus;* en su ejecución se ofrecieron graves dificultades, pero conociendo los Superiores, y el señor General D. Diego de Egües, Presidente entonces de este Reino, que para tal empresa, y para dar principio feliz á materia tan ardua, era menester hombre semejante y de virtud tan maciza, se vencieron todas las dificultades, y fué enviado con otro Padre compañero suyo (no dice la relación el nombre de éste), á los gentiles de la Guayana, y sus circunvecinos sitios.

Emprendió el Padre este viaje tan dilatado y penoso, á pesar de sus prolijos años, con gran denuedo y prontitud, porque como ardía en su pecho la llama del divino amor, renació como fénix su vigoroso espíritu entre las cenizas de su ancianidad, para batir las alas con nuevo aliento hacia la conversión de los gentiles, que era el objeto de sus ansias. Era digno de admiración verle caminar como si fuera un joven, por los intratables caminos y páramos, ó por mejor decir, despeñaderos y barriales de estos sitios, incomodidad indecible hasta llegar á los Llanos.

Llegó finalmente á Casanare, y habiéndose reparado algunos días del maltrato del camino, consolándose con sus hermanos los misioneros, y prevenidas las cosas necesarias para navegar á la Guayana por el Casanare y por el río Orinoco, se embarcó con su compañero el año de 1664, á vueltas del mes de Julio ó Agosto.

Paso en silencio los innumerables trabajos que padeció el Padre en tan prolija navegación, y sus incomodidades tan grandes, y peligros, por haber de navegar por aquellos desiertos entre Naciones bárbaras y por sitios tan infestados de plagas como apunté ya.

Aportó á la ciudad y pueblo, término que le tenía señalado Dios para que le sacrificase sus ansias de convertir infieles; alborotose el espíritu del venerable anciano á la vista de aquel inmenso campo y gentilidad ciega, y ya ideaba reducir todo aquel nuevo mundo al conocimiento de su creador, como á la vista de la China el grande Apóstol del Oriente; pero Dios le había llamado á aquellos sitios, no para convertir gentiles, sino para dar el último

realce á su corona con tan fervorosos deseos; los dió por bien recibidos, y no permitió, por sus secretos fines, que los pusiese en ejecución. Empezó á enfermar el buen Padre algunos meses después, y ya se deja entender el terrible desamparo que padecería en tal tierra, destituída en un todo de cuanto podía conducir á su salud y alivio. Aun residiendo en los Colegios, donde se puede proveer de médicos, medicinas y alimentos, es cosa bien difícil volver á recuperarse una salud gastada, sobre la enfermedad incurable de la vejez; pues qué sería en la Guayana, siendo tierra tan mísera como ya se sabe, por lo que toca á alimentos, y en donde no había más médicos ni medicinas que el sufrimiento y paciencia, ni más alivios ni regalos que la esterilidad en un todo.

La caridad industriosa de su buen compañero hizo todas las diligencias posibles, con caritativo empeño, para conservar aquella vida tan apreciable y estimada á los ojos de todos; pero como la edad era crecida, débiles los remedios, los alivios ningunos y el desamparo grande, se fueron agravando sus achaques cada día más. Tratose del último, que importaba más, como era disponerse para una muerte feliz, y aunque es verdad que toda la vida del Padre Francisco había sido una continua disposición para este trance, quiso, no obstante, prepararse por medio de una confesión general, la cual hizo de toda la vida, con su compañero, y al cabo de mes y medio de enfermedad, entregó con mucha paz su espíritu en las manos de su Criador, que para tanta gloria suya le había creado. Murió á 12 de Febrero del año siguiente de su entrada, que fué el de 1665, después de haber estado en la Guayana cosa de siete meses, siendo de edad de 63 años, cerca de 45 de Compañía y 25 de profeso de cuatro votos. Llevole Dios á la vista de aquella gentilidad; y aunque tan á los principios le quitó la vida, no perdió la corona de sus deseos ni el mérito de sus ansias; que á nuestro grande Apóstol de las Indias, muriendo á vista de la China, en aquel desamparo de Sanchón, le recibió Dios los deseos de conquistarle aquellos Reinos gentiles.

CAPÍTULO XX

BREVE NOTICIA DE ALGUNAS DE LAS VIRTUDES DEL FERVOROSO Y HUMILDE PADRE FRANCISCO DE ELLAURI.

Hiciera yo mucho agravio con el silencio, y privaría de mucho lustre á mi historia, si sepultara las noticias de este fervoroso Padre, y las echara en olvido. Parece que le llevó Dios á las misiones para que muriendo en ellas, las ilustrase con su muerte, las edificase con su ejemplo mientras vivió, y fuese contado después entre sus insignes operarios. Ciñéndome á la

brevedad que procuro, diré algo de lo mucho que se podía decir de este fervoroso misionero, dejando la noticia plena de sus ejemplos y virtudes para mejor pluma, que sepa tratar dignamente de su ejemplar vida.

El Padre Francisco de Ellauri fué tan venerado en esta Provincia y tan estimado en este Reino, que sólo su nombre es su aclamación más grande. Nació en la Villa de Leiva, del Arzobispado de Santafé y Gobierno de Tunja; fueron sus padres notoriamente nobles, y aunque virtuosos y de loables costumbres ambos, sobresalió sin comparación la singular virtud de su madre, de espíritu y piedad grande y continua, y madre verdadera de desamparados y pobres. De árboles tan virtuosos nacieron los grandes frutos que en toda perfección y virtud logró muy maduros el Padre Francisco de Ellauri; toda su vida, desde sus principios, fué muy inclinado á ser religioso del Gran Patriarca y Seráfico Padre San Francisco, sin haberle pasado por la mente el ser de la Compañía de Jesús, y antes bien, teniendo noticias de que se había entrado á la Compañía un hermano menor, que era colegial en nuestro Seminario de Santafé, se partió con presteza y firme determinación de sacar de la religión á su hermano y volverle á su tierra; pero como los consejos divinos son tan diferentes de las determinaciones humanas, y querían honrar á esta Provincia con tanto golpe de virtudes y sublimes prendas, luego que vió á su hermano, fué á breves lances cogido del divino cazador con los lazos de vivas inspiraciones, á las cuales correspondió él también, siendo recibido en la Compañía, cuando pensaba disuadir á su hermano; ni se tardó mucho en comenzar á servirla, porque apenas había tenido un año de noviciado, con la satisfacción que se deja entender de la acción misma, cuando le señalaron por compañero de un Padre que el año de 22 iba á hacer misión á Pamplona, en donde procedió con tan grandes empeños de espíritu, que mostró bien lo mucho que había de ser en adelante. Acabado el noviciado, y hechos los votos religiosos, le ocuparon luégo en leer Gramática, fiando en su mucho cuidado y celo la buena educación de sus estudiantes, que habían de entrar al curso de artes, el cual oyó también; después le interrumpieron los estudios mandándole volver á leer Gramática, que leyó en esta ocasión nueve años enteros; ocupación tan de su agrado y gusto, que se hubiera empleado en ella de muy buena gana toda su vida, por el conocimiento verdadero que tenía de las grandes utilidades que se seguían de la buena enseñanza de estas letras primeras, porque bebe en ellas la juventud los buenos alientos y costumbres para la mayor edad.

Con tanto espíritu, con tan buen celo y aplicación desvelada

la leyó el Padre, como mostró el efecto, pues sus discípulos poblaron gloriosamente las sagradas religiones, saliendo en ellas sujetos eminentes en letras y virtudes, que les merecieron Cátedras y Prelacías, preciándose después, con estimación y alabanza, del Magisterio del Padre Francisco: y tuvo tanto amor á este glorioso ministerio de leer Gramática, y enseñar niños, que después en la doctrina de Tópaga, de la cual hablamos ya, tuvo siempre algunos pobres á quienes enseñaba Gramática y letras humanas, y no con menor cuidado la sabiduría divina, que en los tiernos años les introducía con más facilidad en el alma; aún allí ganó algunas para Dios, y esta Provincia logró dos sujetos mozos, de aventajadas prendas, que salieron para ella de la escuela de Tópaga, abrasados con el espíritu del Padre Francisco de Ellauri.

Acabada de oír su teología, que supo en eminente grado, y tanto, que en los últimos años de su vida replicaba en sus actos y conclusiones públicas, con tanto acierto, que parecía estar leyendo actualmente las facultades, empleóse después toda su vida en servir gloriosísimamente á Dios y á su religión en Tunja y en la doctrina de indios de Tópaga. Ya he dicho en otra parte de este libro, que está este pueblo y doctrina fundado en la corona de los montes que cercan el celebrado valle de Sogamoso, en donde hay muchos pueblos de indios y estancias de españoles: en este pueblo de Tópaga hizo el Padre Ellauri maravillas, dispuso cosas nunca imaginadas, aunque de su mucha actividad y viveza se pudieran presumir mayores. Desató los raudales de su caudaloso celo, en cuyas corrientes lavó y purificó innumerables almas perdidas, inventando varios arbitrios para encaminarlas á Dios. Para esto procuró con todas sus fuerzas promover la grandeza del culto divino, fabricando iglesia de teja, adornada de imágenes y estatuas, hermoseándola con colgaduras ricas y enriqueciéndola con alhajas de plata, y finalmente fundando escuelas de música, y todo lo demás que se dijo por extenso en el capítulo IV de este libro, con la ocasión de la permuta de Tópaga, por lo cual no lo repito aquí.

Muchos años gastó con estos indios en tan santas ocupaciones, hasta que le sacó la obediencia, para ocuparse en el gobierno y cuidado del Colegio, honor muy debido á las grandes prendas, prudencia rara y madurísimo juicio del Padre Francisco de Ellauri, que junto con el colmo de todas las virtudes le hacían muy digno de superiores ocupaciones. Sólo la obediencia hubiera podido desprenderle de prendas tan queridas como eran para su ardiente caridad y humilde espíritu aquellos indios pobres, tanto más tiernamente amados del Padre, cuanto eran más viles y despreciados á los ojos del mundo. Rindió su cerviz al yugo de la santa

obediencia para las ocupaciones dichas, la de Rector y Maestro de novicios, y las tuvo por nueve años en nuestro Colegio de Tunja, en donde dió tan grandes ejemplos de virtud, que sólo este tiempo pudo calificar de ilustre y grande su vida, porque si tocamos primeramente en lo temporal, no se puede decir lo mucho que trabajó siendo Rector de allí, y aun no siéndolo, á fin de que los alumnos tuvieran lo que habían de menester, y aliviar la casa del grave peso de los censos de que se hallaba oprimida, en lo cual tuvo tanto cuidado y buena disposición, que la desahogó mucho, redimiendo no pocos; este mismo cuidado le hacía ir á la ligera por las haciendas, visitando á los mayordomos, y dándoles órdenes convenientes para los buenos progresos y aumento de las haciendas; fundando de nuevo algunas con indecibles dificultades y trabajos, y aún con algunas contradicciones que suelen nacer de la diferencia de dictámenes; pero el Padre ardía en tanto celo del bien y comodidades de sus hermanos y súbditos, que intentaba imposibles, trabajando él personalmente, y alentándose á sí mismo con decir: ¡Ah, quién pudiera servir mucho á estos Padres que tanto trabajan en ganar almas y dar lustre á la Compañía! ¡quién pudiera regalarla como merecen sus gloriosos desvelos! y otras palabras semejantes llenas de caridad y espíritu.

El fué quien compró órgano para nuestra iglesia; quien hizo el tabernáculo para el altar mayor, y el sagrario, magníficos uno y otro, y tan lucidos como los mejores de Santafé, y al cabo los doró y perfeccionó, procediendo en esto con aliento tan fervoroso, que él mismo se fué á los arcabucos y montes de Vélez, muchas leguas distante de Tunja, á sacar los cedros y maderas con que se había de fabricar el tabernáculo y sagrario, pasando por estas incomodidades y desvelos muy gozoso, por el deseo que tenía de ver ensalzado y reverenciado á Dios en su templo, cuya honra le movía, y en cuyo amor se abrasaba; y así, si miramos el oficio de Rector y Maestro de novicios que ejecutó, fué verdaderamente exacto y grande en este cuidado, como que de él depende todo el ser y progreso en espíritu de toda la Provincia; su entereza fué compañera de su mansedumbre, su eficacia nunca se mezcló con la violencia, su prudencia vencía imposibles, y de tal suerte mandaba con agrado y cortesía, y con dominio tan humilde, que facilitaba las cosas más arduas. Amorosísima madre parecía con los novicios, á quienes criaba con solidez, desterrando de ellos toda afectación, entrañábales la virtud, principalmente con su santo ejemplo, con el cual los criaba como con una antorcha encendida. Inspirábales con pláticas particulares y con instrucciones privadas, y en las públicas y comunes que eran muy fervorosas, les platicaba la dicha del

empleo en las virtudes religiosas, y la grande estimación que debían hacer del estado de la Compañía. En tocando esta materia se encendía extraordinariamente, y derritiéndose en lágrimas decía á sus novicios que estimaba más aquella pobre ropa que mitras y capelos de Cardenales. Fervorizándolos con estos incendios, imprimíales vivamente la devoción á la Santísima Virgen María, celebraba con ellos fervorosamente los novenarios en sus festividades, devoción que promovía con más penitencia en honra de esta gran Señora, saliendo todos los sábados con disciplina pública al Refectorio, costumbre santa que tuvo toda su vida. Regulola siempre con la oración y trato con Dios, que fué muy continuo y entrañable; á todas horas de la noche le hallaban velando y llorando; no tenían trabajo los porteros en el despacho de las confesiones que á deshoras de la noche se ofrecían, porque su Rector estaba luégo al primer toque de la campanilla, y muchas veces cuando no pedían los enfermos sujeto señalado, iba él mismo, por no dar aquel desvelo y trabajo á sus súbditos; fué raro siempre el amor que tuvo á los de la Compañía. Con la oración juntaba la mortificación y penitencia que hacía continuamente, andando siempre cargado de cilicios, haciendo frecuentes ayunos á pan y agua. Las disciplinas eran tan rigurosas, que hacían estremecer los cuartos, y tan continuas y recias las que tomaba en las espaldas, que de ellas le resultó el grave achaque de pulmones que padeció muchos años; fué casi inimitable en esta parte, porque su cama era un jergón grosero, con una frazada sin sábana ni otra cosa alguna (y sobraba para lo que él dormía); en los viajes no la llevó jamás, como tampoco regalo ni matalotaje: lo más que prevenía su extremada mortificación era un poco de maíz ó trigo de las Indias, tostado, y con éste caminaba tan contento, como si llevara consigo los mayores regalos del mundo. Así era su vestido y ropa que usaba como de un pobre mendigo, sin poderse recabar de él que la dejase mejorar, pareciéndole á su profunda humildad que era todo perdido lo que se empleaba en su persona; su camisa fué siempre de lienzo grosero de la tierra, procurando que fuese para los demás del mejor de Castilla; el jubón roto y atarascado con variedad de remiendos, los zapatos de vaqueta, y lo demás de su vestido era de un paño muy burdo y tosco, que se labra en las Indias; dió raros y continuos ejemplos en esta materia, y fué su desprendimiento notorio.

Pero aunque es verdad que se esmeró en todas las virtudes el Padre Francisco, la humildad y el sufrimiento fueron los que llevaron sus atenciones, y como su divisa especial. Mostrose constante y sufrido en padecer contradicciones, y resplandeció su humildad muchas veces en palabras muy pesadas que le estrellaban en su rostro. En una ocasión le dijeron algunos inferiores, que

desacreditaba la religión; á estas palabras tan sensibles, y que podían haber turbado el ánimo más constante, estuvo tan sereno su ánimo, que sin turbarse en nada respondió el humildísimo Padre: —"Pésame con extremo; cuanto puedo hago para acreditarla." Otra vez le dijo una persona inconsideradamente, que era un ignorante, que no sabía otra cosa sino de *enjalmas* (aludía este dicho á los viajes continuos que hacía en servicio de la Religión). Bien pudiera el Padre Ellauri haber respondido á tan dura calificación, aun sin faltar á la modestia, siendo su caudal de letras tan notoriamente conocido en la Provincia toda, pero apreciando, como santo, la sabiduría del cielo más que la sabiduría vana é hinchada de que se jactan tanto los menos espirituales y devotos, respondió con humildad y gracia al punto de las *enjalmas:* —"Estos son mis libros, y los estimo mucho, pues en ellos aprendo humildad y sirvo á mi religión;" acción y respuesta que, aunque en materia distinta, se refiere con admiración del venerable Titelmán, el cual siendo hombre de tantas letras, las dejó y se aplicó á servir á los enfermos, y señalándolos con el dedo decía: "Este es mi Jerónimo, éste mi Agustino, éste mi Tomás y éste mi Gregorio."

De este modo el Venerable Padre Francisco de Ellauri, siendo hombre de tan buenas letras, y que pudo, con grande satisfacción, regentar cátedras, decía, de instrumentos tan viles como las enjalmas: "estos son mis libros;" humildad que era más estimable en persona de tantas obligaciones naturales, de tan crecidos talentos y de tan eminentes virtudes; pero cuanto era más grande, tanto más se apocaba, y sentía bajamente de sí, como verdadero humilde de corazón. Una vez predicando en nuestra iglesia, día de Carnestolendas, comenzó á introducir su sermón diciendo: que él no servía para predicar á Españoles, que sólo se entendía su ignorancia con indios; que era corto de letras; que no sabía nada; casi enfadado, aunque edificado, un eclesiástico grave que le oía, y había sido condiscípulo suyo dijo: que aquella era demasiada humildad, siendo así que había sido uno de los mejores teólogos que salieron en su tiempo.

Otros innumerables ejemplos se pudieran traer, porque fueron de toda la vida, de este desprecio de sí mismo, de esta humildad grande, y del celo con que anhelaba la salvación de las almas, del cual sólo diré lo que bastará para calificarlo de grande. Salió dos veces á confesar á una mujer que estaba para morir; había vivido ésta en mal estado, y todavía tenía la ocasión tan obstinadamente, que no pudo el Padre convertirla; afligióse sobremanera su espíritu, y se acongojó su celo; clamó á Dios con oraciones y ayuno, para lanzar aquel demonio, y tomando un santo crucifijo, lleno de confianza y de fe, le dijo afectuosamente:

"á la tercera, Señor, va la vencida." Grande fué la confianza que concibió entonces en su alma, de triunfar de aquel pecho empedernido, de tan obstinada mujer; partióse tercera vez á la casa de la enferma llevando debajo de su manteo el crucifijo; comenzó á tratar de su remedio, con todo aquel espíritu y energía que pedía el caso, mas ella obstinada en su perdición, y creciendo la dureza de este ayunque al paso que repetía los golpes, cerraba los oídos, despechada, á las exhortaciones del Padre. Encendido éste entonces en el celo de la gloria de Dios, y pareciéndole que no se podía ablandar este pedernal sino con sangre, empuñó la disciplina que llevaba consigo, para sacarla de sí mismo; ya llevaba la espalda prevenida, con el jubón abierto, y cogiendo el crucifijo en la otra mano, empezó á descargar un diluvio de cruelísimos azotes sobre sus espaldas venerables, y entre los sangrientos golpes de la disciplina, que causaban asombro, resonaban en su boca, y salían de ella, como rayos, palabras encendidas en el amor divino:—"No os tengo de dejar, Señor (decía entonces), si no me dais esta alma." A este espectáculo tan prodigioso y lleno de caridad y celo, se derritió el corazón de aquella mujer tan obstinada, y deshaciéndose en lágrimas, y herido su corazón con un vivísimo dolor y arrepentimiento de sus pecados, se puso totalmente en las manos del Padre, para que la dispusiese y dirigiese; hízolo con tantas ansias y con tan extraña moción de entrambos, que murió poco después esta mujer dichosa, con muy claras muestras de su salvación.

Con este tenor de vida, con esta virtud heroica, con esta observancia religiosa continua, y con empeños de tanta monta había vivido el Padre Francisco de Ellauri 44 años en la Compañía, cuando quiso Dios que diese al lienzo de sus virtudes el más precioso matiz y realce, llevándole á la inculta Provincia de la Guayana, perteneciente á nuestra misión de los Llanos, como se vió ya.

No quiero omitir, para coronar este capítulo, la cláusula de una carta en la cual dió noticia su compañero, de la muerte del Padre, y de su santa vida; dice así: "Lo que puedo yo decir del Padre, en el poco tiempo que le conocí, es lo que dice el Espíritu Santo: *Consumatus in brevi explevi tempora multa.* En este tiempo, pues, que aun no fueron siete meses cabales, reconocí en el Padre Francisco un grande amor á los trabajos, nacido de un grande amor de Dios, que ardía en su alma, y caridad para con los prójimos; el trato con Dios por medio de la oración era continuo, su humildad profunda; el aprecio de la más mínima regla de nuestro Padre San Ignacio, fué admirable en el Padre Ellauri, de lo cual tengo mucho que confundirme. La devoción á la Santísima Virgen, sacrificio de la misa y Santo Sacramento de confesión y comunión, fué todo en grado superior." Hasta aquí la carta del Padre su compañero. 13

Con la muerte del Venerable Padre, tan á los principios de su llegada á las misiones, se interrumpieron los intentos de la Compañía en la Guayana, y eran los que apunté ya, conviene saber: facilitar por este medio la empresa de las misiones en el Orinoco. Intentaron los Superiores segunda vez el entable, enviando á la Guayana dos operarios bien insignes, y aunque es verdad que esta segunda vez se verificó cuatro años después, me ha parecido ponerla aquí, por pertenecer á este lugar, y para que veamos desde luego su fin, que fué dejar á la Guayana del todo; porque aunque es cierto que eran muy buenas las razones que se ofrecían, en lo especulativo, para admitirla, se experimentó con la práctica no ser á propósito para el intento, como se verá ahora.

CAPÍTULO XXI

EMBÁRCANSE DOS MISIONEROS PARA LA GUAYANA; PADECEN MUCHOS TRABAJOS, Y SE DEJA ESTE SITIO, RECONOCIDO EL POCO FRUTO QUE SE SACABA DE ÉL.

Con la esperanza que había concebido la Compañía de lograr sus designios en la Provincia de la Guayana, rindiendo por este medio á la Majestad Divina el gentilismo sin número del famoso Orinoco, y vasallos innumerables á la majestad humana, no desistió de sus intentos, y acometió segunda vez esta empresa, interrumpida por algunos años, después del primer envío de misioneros, con ocasión de la muerte del Padre Ellauri. Fueron escogidos para ella dos Religiosos de buen espíritu y celo de la gloria de Dios, que fueron los Padres Ignacio Cano y Julián de Vergara, fiando de su prudencia y elevados talentos tan difícil empresa. Se embarcaron los Padres en el Puerto de Casanare el día 16 de Septiembre del año de 68. De los trabajos que padecieron en navegación tan larga, ocasionados de los que llevan de suyo estos climas, había mucho qué decir, pero quien aumentó esos trabajos fué un cierto español, que dió mucho qué merecer á los buenos Padres. Era este hombre de genio áspero, muy cerrado de juicio, nada práctico en los ríos, y lleno de su parecer propio, sin dar el brazo á torcer para dejarse gobernar; este tan escogido talento para perderlo todo, iba hecho cabeza de las embarcaciones; todo lo mandaba, todo lo dirigía, y lo erraba todo con sus dictámenes torcidos, sin sujetarse á los de los padres, como ni á ningún otro de los prácticos: de aquí se originó que irritados los indios que llevaba por remeros ó bogas, y no pudiendo sufrir más su genio áspero y disparatados dictámenes, volcaron (parece que de propósito) tres piraguas en las cuales perdieron los Padres su pobre matalotaje de bizcocho como de 50 arrobas,

y huyéndose, los dejaron en aquellos desiertos y solitarias playas, con el quebranto que se deja entender, de nuestros buenos navegantes, casi desaviados en un todo.

Dióse alguna providencia (aunque corta) para poder proseguir, y con estos quebrantos bien sensibles llegaron á la Guayana el día 13 de Octubre, después de haber gastado en la navegación 26 días; y como si no bastaran los trabajos hasta allí padecidos, encontraron para el reparo del viaje y penalidades pasadas, otros más sensibles y duros en este sitio. No hallaron ciudad, ni ciudadanos, ni vecinos en la Guayana, porque unos nueve que había antes, estaban retirados ahora tierra-adentro, como á tres leguas de distancia del Orinoco, en donde se habían escondido entre lagunas y montes por miedo de los extranjeros y Caribes. Pasaron al presidio de los soldados, y los encontraron tales y tan miserables, á fuerza de las calenturas, hambres, desnudez y desdicha, que más parecía aquella estancia un cementerio de esqueletos vivos, ú hospital de incurables, que fuerza contra el Caribe. De éstos murieron cuatro en pocos días, y de la infantería que fué del Reino, murieron diez y ocho en espacio de diez meses; cuatro de los menos postrados, viendo lo que pasaba en sus vecinos, trataron de ponerse en cobro y huírse del presidio, como lo hicieron; todo era lástima cuanto encontraron los misioneros, y lo que peor es, reconocieron desde luego que daba pocas esperanzas el país del fruto que se intentaba en los indios.

El pueblo de los *Aruacas*, como lo llamaban, para donde estaba destinado el Padre Julián, se había ya reducido á tan pocos indios, que no llegaban á 40, por haberse retirado los otros á tierra-adentro, horrorizados del mal trato de los Gobernadores, que los tenían oprimidos en tanto grado, que parece como si se hubieran conjurado para molestar á los ya poblados, y para servirse de ellos, como si fueran esclavos propios; teníanlos atareados continuamente en los viajes que hacían, unos á la Isla de la Trinidad, otros á Cumaná y á otros puertos, con los cuales no les quedaba lugar á los miserables indios para labrar sus rocerías; de aquí se originó aquella carestía de víveres y general hambre que padecían todos, porque como se ocupaban los naturales en lo que pertenecía al interés propio de los Gobernadores, y no en el trabajo personal de cultivar sus labranzas, que redundaba en el bien común, se experimentaba una falta general de mantenimientos: era esto en tanto grado, que á no haberse ingeniado el Padre Julián para tener una pequeña labranza, hubieran perecido de hambre él y su compañero; de ésta se mantenían los buenos Padres, y repartían de limosna por Dios á los vecinos y á toda la infantería. Todo desanimaba y desayudaba, y así se empeñaron en mirar las cosas desde cerca, con muy distinto semblante del

que se miraban desde lejos: las calamidades y trabajos, los recelos de los enemigos, la pobreza y el hambre que padecían nuestros misioneros, mientras estuvieron en la Guayana, y sobre todo la poca y ninguna esperanza que se prometían de sacar fruto, fué de tal calidad que para poder explicarlo mejor me habré de valer de una carta, llena de muchas lástimas, que escribió el Padre Julián á los Superiores, desde este sitio, dándoles cuenta del miserable estado en que se encontraba todo, dice así:

" *Mi Padre Provincial Hernando Cavero.*—Prepósito.

" Aunque dudo que llegue ésta á las manos de Vuestra Reverencia, ya por la gran distancia, ya por ser el chasqui ó portador un indio gentil llamado *Temesique*, Caribe de Nación, el cual sale al río de Meta en busca de indios de otras Naciones para vender por rescates de hachas y machetes á los Españoles, remito ésta con el dicho indio Caribe, el cual dice que va á donde está el Padre.

" Acá, mi Padre, esperamos la muerte cada rato, ya de Caribes é Ingleses, de los cuales hay nuevas que hay en la boca del Orinoco cinco navíos y cinco balandras, para venir á dar á Guayana, ya de Franceses de quienes hay también no muy buenas nuevas; y si estos enemigos no vinieren á matarnos, la grande hambre que de presente hay en la tierra, y ha de haber en adelante, ha de acabar con la infantería que vino de ese Reino, y con nosotros también; ya son diez y ocho los que hemos enterrado en menos de diez meses que estamos en este sitio, y sólo ha nacido una criatura, la cual está también más para morir que para vivir; los pocos que hay vivos, así soldados como cinco ó seis vecinos que hay, todos están macilentos, que parecen unas imágenes de la muerte. Dios lo remedie todo, y nos saque vivos de esta tierra, en donde si mucho estamos, siempre la muerte y enfermedad es más cierta que la vida y la salud.

" Ya no hay vacas, mi Padre, acá, ni plata alguna, pues de la poca que le ofrecían al Padre Ignacio, por ser Cura de este Presidio, no ha visto hasta ahora ni un real; andamos más desnudos que vestidos, con sólo la poca ropa que bajamos de los Llanos: con ésta nos estamos, porque de estos géneros sólo vienen de la Isla de la Trinidad, á la cual dicen indios que de allí han venido, que la robó el Inglés, y quemó todas las casas, y mató á diez hombres blancos, empero que los vecinos de la Isla á la retirada del Inglés le mataron muchos Ingleses, y que se quedaron los Españoles en la Isla.

" Yo hasta hoy no estoy en mi doctrina por falta de un rancho en qué dormir, pero en toda la semana que viene me parece iré allá, pues ya me están haciendo los indios una casita. Los indios, mi Padre, son tan pocos que no llegan á treinta Gan-

dules, y cada día de estos pocos se van yendo á la tierra dentro, á vivir con los indios gentiles. Me han dicho algunos de los indios, que me vaya tierra adentro donde son muchos, y mucha la chusma; que ellos me harán iglesia y casa, y me darán de comer: yo de buena gana iría, empero, el alejarme cuarenta leguas del Padre Ignacio, y el ver que mañana hemos de dejar esto, ó lo han de poblar Ingleses ó Franceses, me detiene para hacerlo. Vuestra Reverencia lo determine como quisiere; yo lo que aseguro á Vuestra Reverencia es, que ni de las Guayanas, ni de las otras naciones de indios que hay por aquí cerca, espero nada en materia de cristiandad, á no ser que en la Guayana haya una buena fuerza y muchos Españoles, que uno y otra es bien dificultoso del modo que esto está, etc.

"Dios Nuestro Señor guarde á Vuestra Reverencia, en cuyos Santos Sacrificios mucho me encomiendo.

"Aruaca, Septiembre 5 de 1669 años.

"De Vuestra Reverencia siervo humilde é hijo obediente,

Julián de Vergara."

Aunque de lo expresado en esta carta se colige con claridad el estado de la Guayana entonces, las dificultades que se ofrecían para nuestros intentos, y lo insuperable de ellas, había, no obstante, otros estorbos más, que quitados, se allanarían estos montes y se vencerían tal vez los que parecían imposibles. Ya se saben los conflictos de la guerra y los peligros del mar, pero éstos los allana un buen piloto, y aquéllos los vence un Capitán famoso con la destreza de su arte. Quien gobernaba la Guayana por ese tiempo era un caballero, que no se nombra, aunque pudiera nombrarlo. La corta capacidad de este Gobernador, y su ningún talento para el gobierno, su total ignorancia en la milicia, y la codicia tan desordenada que tenía en sus intereses propios, eran las prendas que adornaban al que dirigía esta nave y los escogidos talentos de quien gobernaba el presidio. Todos lloraban amargamente sus tiranías é injusticias, manifiestas y públicas, y las calamidades comunes que se padecían por su causa; él había ahuyentado á los indios, como se dijo ya, tenía cizado el sueldo á la infantería, la cual perecía de hambre, hallándose obligados los soldados á comer un puñado de maíz tostado, y ése bien corto, mientras que la piedad católica de nuestros Reyes franqueaba (como lo hace ahora) los reales haberes de su caja para mantener su presidio. El se portaba (esta era la fama común) como si fuera un bárbaro, manchando la nobleza de su sangre con sus procederes ruines, y lo ilustre de su casa y solar bien conocido, con acciones indignas, no sólo de cristiano sino también de caballero; su principal cuidado era recoger cuanto podía de los haberes



reales, á costa de la milicia, de la cual nada entendía, ni se había hallado en ella jamás; pero entendía más de cajas y de cofre para recoger oro, que de cajas de guerra para recoger gente. La cortedad de su espíritu para la expedición de la milicia era tan conocida y notoria, que según la fama común, era el buen caballero más á propósito para sacristán que para Gobernador de un presidio.

Es increíble lo que padecieron por esta causa los misioneros y toda la infantería, con el país entero, pero no obstante tan notables quebrantos, penalidades y sobresaltos del enemigo, se aplicaron á su ministerio los Padres, como verdaderos hijos de la Compañía, y prosiguieron constantes hasta que viniera la última resolución de los Superiores. El Padre Ignacio Cano atendía á los soldados, y el Padre Julián de Vergara á los pocos indios que habían quedado; á éstos acudía y doctrinaba con mil incomodidades por falta de habitación, y se hallaron obligados los buenos Padres á vivir en un ranchito de paja, tan pequeño, que apenas cabían de pie en él; así fueron perseverando hasta que, vistas las dificultades en Santafé, y tanteadas las materias, se reconoció el poco fruto que se esperaba en ese sitio, sobre trabajos y gastos tan notorios, y peligros de enemigos tan ciertos; habida, pues, la determinación de los Superiores dejaron la Guayana los Padres, y se vinieron á los Llanos.

CAPÍTULO XXII

PROSIGUE LA MATERIA DEL PASADO Y SE DAN OTRAS NOTICIAS DE LA GUAYANA.

Bastaban las noticias que acerca de la Guayana se han referido ya en el Capítulo antecedente, para formar algún concepto de lo que ello es, pero para que se adquiera mejor, y se vea lo difícil del sitio, en orden á mantener la fuerza que se requiere para atajar al enemigo, y cuán justificado título tuvieron los Padres para abandonarla, diré lo que parece conveniente, después de visto y averiguado por personas prácticas que se hallaron en él.

A tres puntos principales se reduce la dificultad que se opone á los contrarios, y les cierra la puerta por esta parte; es el primero, y muy especial, la calidad del paraje donde está la fortaleza. Advirtieron los Padres, poco há mencionados, que no la podían haber formado en peor sitio; tenía sobre sí dos padrastros muy malos, conviene á saber: dos montes que la dominaban, y podían subir las embarcaciones Orinoco arriba, aun por la parte de la fortaleza, sin que pudiese desde ella dañarlas la Artillería; la causa de todo esto era el estar la fuerza muy alta, y por consiguiente

el río muy hondo, y de aquí que aunque estuviera guarnecido el castillo de mucha gente y de muchos pertrechos de guerra, siempre les quedaba á los enemigos el paso franco para subir en sus embarcaciones el río Orinoco arriba, como lo han hecho muchas veces los Holandeses y Caribes, según apunté ya, y se dirá largamente después. Según esto, ¿ qué seguridad nos podíamos prometer para establecer el Evangelio, en un sitio tan arriesgado y con la puerta abierta ? Pero como de esta materia se tratará después, basta lo dicho sobre este punto.

Lo segundo que hace dificultosa la empresa por esta parte, es lo miserable de la tierra, pues además de ser tan estéril y desdichada, como se ha visto, hay tan pocos que se aplican á cultivarla, que la hacen doblado estéril. El mantenimiento ordinario es cazabe (cuando le hay), y éste á tan subido precio, que vale un real de plata una torta, siendo así que en los demás pueblos de otros sitios se podían comprar por el tanto seis tortas. Carne apenas se conoce, ni se sabe lo que es tortuga, ni manatíes; son las ostras las que por allá se usan, y eso muy raras veces, que no todos los tiempos y circunstancias son á propósito para pescarlas. ¿ Qué fuerzas han de tener para resistir al Caribe unos pobres soldados, desfallecidos de hambre, consumidos de necesidad, sin alientos, ni aun para poder vivir, ni echar la palabra de la boca ?

No lo dificulta menos el destemple de la tierra sobremanera enfermizo, los calores ardientes, los serenos horribles y las intolerables plagas, porque aunque son comunes éstas á los demás sitios, hay otra particular plaga, y es en mi estimación la más intolerable de todas, de ciertas sabandijuelas llamadas niguas, que se crían en la ciudad de Cartagena, en Macaguane y Patute, pero en la Guayana con extremo. Son á manera de pulgas casi imperceptibles; se meten en los pies y hacen sus nidos dentro; allí ponen infinidad de huevos á manera de liendres, hasta que llegan á formarse unas bolitas gordas como garbanzos, llenas de esta plaga. Como pican estos animalillos en la carne viva, es insufrible la comezón y sobrepuja á la de las pulgas. En otros lugares de las Indias sólo se atreven á los pies, pero en la Guayana son tantas y en tal manera, que no bastan los pies para dar abasto á la multitud, y se atreven hasta las manos, orejas y cabeza. Es esto en tanto grado, que han muerto no pocos, especialmente españoles, de tan insufrible plaga; el remedio es tener paciencia, é irlas sacando muy despacio á punta de alfileres ó agujas, como si se sacaran espinas, en lo cual están diestros los de la tierra, como tan ejercitados en ello. Los pobres españoles, especialmente los recién llegados á estas tierras, son los que padecen más, y á quienes dan en qué entender, hasta averiguar el

misterio de tan importunas sabandijas, porque como se ven comer vivos, cubiertos de arriba á abajo, de éstas que parecen viruelas, é ignoran la causa y el remedio, están en continua faena noche y día, casi desesperados, sin hallar uñas que basten para mitigar su pena; lo mismo que se ha dicho de la Guayana, se entiende de la isla de la Trinidad, por lo que toca á plagas, pobreza, enfermedades y lo riguroso del temple. Diré en confirmación de esto lo que sucedió en años pasados con ciertos españoles que pasaron desde España á estas partes.

Por los años de 1606, con poca diferencia, anduvo muy valida la noticia en España sobre el descubrimiento del Dorado en las Indias, ó por lo menos se prometían descubrirle y ganarle; grande fué el fervor que se reconoció entonces en la Nación española, imaginándose como metidos en este palacio encantado, lleno de gigantes de oro, cercado por todas partes, para su resguardo, de salvajes de topacio y de rubíes, con sus mazas de perlas; ello parece que es así, pero por mucho que se ha buscado con exquisitas diligencias, y por mucho que resplandece su nube de noche, hacia la banda del Oriente, no se ha descubierto todavía. Pero volviendo al caso, se trató con tanto calor este negocio en España, que se recogió mucha gente de guerra, y se formaron muchas y muy lucidas escuadras para descubrir el Dorado; embarcáronse éstas para las Indias, y aportó á ellas un escuadrón muy numeroso de bizarros toledanos y alcarreños; dieron en la Guayana é isla de la Trinidad, y cuando ya les parecía que cogían de las plumas este dorado fénix del mundo, se hallaron tan burlados nuestros miserables conquistadores, que sólo encontraron desdichas y calamidades en lugar de riquezas, porque como eran tantos los tristes y engañados españoles en aquellas tierras desdichadas, de miserias y de muy pocos alimentos, y éstos muy contrarios á los comunes de España, y como eran sobre ésto los temperamentos terribles, de inmensos calores, murieron á breves pasos casi todos de hambre, de calentura y del achaque de disentería, y no pocos de niguas que se los comieron vivos, sin que bastasen sus arcabuces para librarse y defenderse de miserias tamañas. En esto paró el Dorado tan buscado y apetecido, propio paradero de los tesoros del mundo y de quienes buscan sus engaños. No todos perecieron de los que salieron de España; entre los pocos que escaparon, hubo un soldado alcarreño, natural de la Villa de Pastrana, llamado Rafael Ramírez, y á éste sin duda le trajo Dios á las Indias por este medio, cogiéndole con anzuelo de oro, para que edificase con su ejemplo esta provincia, como lo hizo, entrándose en la Compañía de Jesús, pues desengañado nuestro Rafael, y bien escarmentado ya de los reveces del mundo, que paga en esta moneda á quien le sirve más, trató de buscar otros tesoros más importantes y seguros.

Como brioso y alentado, y de robustez crecida, trató de huír de los riesgos de la vida en la isla de la Trinidad y Guayana; arrojose por la Gobernación de Caracas, atravesó sus Llanos, rompió sus montes, dió en Mérida y Pamplona, y de allí en Santafé, después de muchas calamidades y peligros horrorosos en esta peregrinación. Ellas parece que movieron á nuestro soldado á hacer una confesión general con uno de los pocos Padres que teníamos en Santafé entonces, que era al principio de aquella fundación del Colegio, y de ella salió el penitente tan compungido y desengañado de tesoros tan fantásticos del mundo, que determinó buscar los del cielo y hacerse por Cristo pobre voluntario, como se verá ahora en el Capítulo que sigue, en donde daré una breve noticia de sus excelentes virtudes; atención bien merecida de su constancia y perseverancia, con la cual, por espacio de 57 años, sirvió á la religión y Colegio de Santafé, en el estado humilde de hermano coadjutor.

CAPÍTULO XXIII

VIDA Y VIRTUDES DEL HERMANO RAFAEL RAMÍREZ.

Aun cuando el estado de nuestros hermanos y coadjutores temporales, no fuera tan estimable como lo es en la Compañía, bastaría para recabarle muchas simpatías, la venerable y santa vida del hermano Rafael Ramírez, que fué admirable y uniforme en los 57 años que vivió en ella. Su patria, como se ha dicho, fué la Villa de Pastrana en la Alcarria, del Arzobispado de Toledo; después de los desengaños arriba dichos, pidió á los Superiores le recibiesen en la Compañía, y consiguió esta buena dicha, el día del sagrado Rey Español y mártir San Hermenegildo, á quien reconoció tan agradecidamente este favor, que le escogió por su patrono y abogado especial, para que le alcanzase de Dios el estimable don de la perseverancia; duróle esta devoción toda la vida, celebrando su fiesta y vigilia, ésta con ayuno y disciplina pública, y mortificaciones especiales, y aquélla con comunión y sermón, que solicitaba de los superiores, y se predicaba en nuestro refectorio, por el más aventajado de nuestros hermanos estudiantes.

La estimación que tuvo á la Compañía fué muy especial, y no se le caía de la boca continuamente, el dar gracias á Dios por haberle traído á ella; y pidiéndole á su Divina Majestad, la perseverancia, le decía con humildad y lágrimas de corazón: "treinta años, Señor, he gastado mal empleados en el mundo, suplico me deis otros treinta, para que haga entera penitencia por mis culpas, en vuestra Compañía." Tan aceptada fué esta oración, y tan

bien despachada en el Tribunal de Dios, que le conservó su divina Majestad cincuenta y siete en la Compañía, en los cuales dió tan buena cuenta de sí, y procedió con tanta uniformidad de espíritu, que toda su vida religiosa fué sólida, uniforme, ejemplar y maciza; fortificábala con los cimientos, que para su buen ser y firmeza tiene nuestra sagrada Compañía, en la oración, lección espiritual, confesiones y comuniones, y exacta observancia de religioso.

Tuvo hasta el fin de su vida dos horas de oración mental cada día, y tan rigurosa, que no bastaron sus muchas ocupaciones exteriores para dispensarle de ella, ni dejarla jamás; en esta fragua divina fabricaba el hermano Rafael aquellos dardos encendidos, que volaban desde su corazón al cielo, en las frecuentes jaculatorias que flechaba su espíritu todo el tiempo que le daban de sobra las ocupaciones forzosas de su estado: recurría ordinariamente á nuestra Capilla interior, donde gastaba largos ratos con el Santísimo Sacramento del Altar; allí recibía nuevas luces y se fortalecía su espíritu para emprender con nuevo aliento la senda de la perfección; la lección espiritual era su continuo consuelo, su frecuencia y mucho espíritu le habían fortalecido tanto en materias de Dios, del alma y de las cosas eternas, que hablaba altísimamente de Dios y de las cosas espirituales; era notable el provecho que hacía en las almas de todos este devoto hermano; hacíale muy especial en los seglares, y no faltaron algunos extraviados que mudaran de rumbo por sus buenos consejos y exhortaciones, que conforme á su estado hacía con eminencia, siendo el principal predicador su virtud; con ella les predicaba, y con su ejemplo, con sus palabras llenas de espíritu, y con su modestia rara nacida de su trato con Dios, en medio de ocupaciones públicas, que le traían continuamente por las calles y plazas, y por las estancias y pueblos, por donde andaba mendigando para sustentar á sus pobres Padres.

Era necesaria esta diligencia entonces, porque como hacía cuatro años solos que se había fundado nuestro Colegio, padecían los Siervos de Dios extremas necesidades; pero el hermano Rafael se sobreponía con eximia caridad á ellas, no sufriendo su piadoso corazón ver padecer necesidades á los que vivían ocupados gloriosamente en beneficio de las almas; ésta era la causa por la cual desempeñaba él sólo muchos y distintos oficios, que pedían para su ejercicio varios hermanos coadjutores: él era cocinero, hortelano, procurador y limosnero: mucho tiempo sustentó á los Padres con una huertecilla de hortalizas que dispuso su ingeniosa caridad; por la mañana les ponía la olla con algunas legumbres, y las otras las llevaba á la plaza y las vendía, y con el precio que sacaba de ellas, compraba otras legumbres que no tenía en su huerta, ó el pescado, ó lo que podía.

El mismo en persona se huía á las canterías á rajar piedra, y la conducía á la casa de la Compañía, que se comenzaba á edificar. Traía en sus hombros los cuartos de carne por las calles y plazas desde el matadero, con tan rara humildad, y con tan ardiente caridad, que pasmaba á todos, lo mismo que su virtud y su modo de vivir tan religioso y exacto, y aquel tan abrasado celo con que á costa de tantos trabajos y tan continuados afanes solicitaba la subsistencia de los Padres fundadores del Colegio de Santafé. Puédese decir sin encarecimiento, que fué el hermano Rafael Ramírez la sustancia de aquel Colegio, como su primer amparo, trabajando con tanto empeño, que vencía cosas muy arduas con una boca de risa siempre, y con una obediencia tan pronta aun en la mayor dificultad, que la respuesta al mandato era bajar la cabeza, diciendo, obedezco.

No por traer tan trabajado como traía á su cuerpo, con tareas tan duras y pesadas, bastantes todas ellas para rendir y macerar agigantados hombros, se olvidaba de castigarle con rigurosas penitencias; traía guerra continuamente con su cuerpo, para sujetarle al espíritu; las disciplinas de hierro con que maceraba su cuerpo ponían horror piadoso á quien las miraba, y no menor asombro á quien oía los recios y desapiadados golpes con que las manejaba contra sí; armábase desde por la mañana como soldado de Cristo que había de entrar en batalla, de un cilicio de puntas aceradas, para resistir á sus enemigos; sus ayunos eran perpetuos, rara la mortificación de sus sentidos, admirable su vida penitente; y finalmente, fué tal la pureza de su alma, y tan entero y ejemplar su porte, que ponía en grande confusión al sacerdote con quien se confesaba.

Con este tenor de vida tan ajustada y religiosa llegó el hermano Rafael á los 87 años de edad, y era tiempo que se ensalzase su humildad, que su penitencia se premiase, que descansase su fatiga, que se honrasen sus virtudes, que se galardonasen sus méritos y se coronasen sus victorias, y aquella heroica caridad con que por mantener á los Padres se sujetó á oficios tan penosos y tan pesadas tareas. Hízolo Dios así (como de su misericordia lo esperamos) el día 13 de Julio de 1665 años, en que falleció, después de haber vivido en la religión, como ya se ha dicho, 57 años, y después de haber cumplido 47 de formación. Dejó á los Padres bien lastimados (aunque envidiosos de su santa muerte) por haber perdido un sujeto de tan escogidas prendas, proporcionadas á su estado, y un vivo dechado y ejemplar de nuestros hermanos coadjutores; callado, humilde, sufrido, devoto, trabajador y que supo hermanar con gran destreza el recogimiento interior de María, con las ocupaciones exteriores de Marta, grangeándose por este medio la estimación y veneración de todos

(que le miraban como á Santo), y principalmente la estimación de Dios, que no es aceptador de personas.

Basta esta noticia breve, pero bien merecida, de la vida y virtudes del Venerable hermano Rafael Ramírez, puesta y expresada con la ocasión de haber pasado á estas Indias para la conquista del Dorado, y de haber abierto los ojos para reconocer la vanidad del mundo, en la isla de la Trinidad y en la Ciudad de la Guayana, en donde estábamos. Ahora, dejada ésta por los motivos que ya se han dicho, nos volveremos á los Llanos para atender á nuestras misiones que anhelaban el descubrimiento de nuevas parcialidades y fundaciones de pueblos.

CAPÍTULO XXIV

REFIERE EL MISIONERO DE CASANARE SU ENTRADA Á ONOCUTARE POR EL RÍO META, EN DEMANDA DE OTROS INDIOS DE LA NACIÓN ACHAGUA.

En el Capítulo XVI de este libro dejamos al Padre Neira trazando su viaje para Onocutare, que tenía ideado para cuando pasase el invierno. Tan luego como dieron treguas las aguas, bajándose los pantanos, y dando fácil acceso los ríos, partió para dicho sitio, en demanda de unas parcialidades de Achaguas, de quienes tenía noticia; pero porque este viaje tiene muchas circunstancias dignas de que se atiendan y estimen, me ha parecido conveniente insertar en este Capítulo una relación suya, que hizo sobre esta entrada, con la ocasión de dar noticia de todo al señor General D. Diego de Egües, Presidente de este Reino entonces, á quien, como á tan amante de la Compañía y celoso del adelantamiento de las misiones, y fomentador de ellas, la envió el Padre Alonso de Neira; y se pondrá aquí para que atienda sus cláusulas una por una quien las leyese, pues por ser este un papel familiar, escrito con ingenuidad y llaneza, es más digno de todo crédito y estimación, y es como sigue:

"Al fin quiso Nuestro Señor que se efectuase la jornada tan deseada á *Onocutare;* mucho lo deseó y fomentó Usía, y así para que vea logrado el término de sus deseos he de contar á Vuestra Señoría muy por menudo los sucesos de ella.

"Lunes 17 de Noviembre, salí del Puerto en compañía de solas once almas, indios Achaguas, y habiendo bajado el Casanare cuatro días, á las dos de la tarde desemboqué en el río de Meta, al són de un clarín que llevábamos, para espantar con su clangor á los indios Guagibos y Chiricoas, cuyas candeladas veíamos por las playas. Cosa de dos horas seguimos Meta abajo, con grande resistencia de los vientos, que al entrar en dicho río se levantaron y alborotaron de tal manera que el río hacía oleaje como el mar.

"Del Meta nos entramos por la boca del río Amaturí, en cuyas riberas hallamos muchísimas balsas (este es cierto género de embarcaciones) hechas á modo de canoas, y dijeron los indios que serían de Guagibos, que habrían pasado hacia Apure á matar ganado cimarrón, para sacar el cuero para sus rodelas; por esta causa los indios subieron una distancia considerable, y allá en un monte escondieron las piraguas para que no se las llevasen los enemigos.

"Desde el río Amaturí nos pusimos en tres días por tierra á legua y media del pueblo, distante de dicho río poco más de veinte leguas; como veníamos sin camino alguno, sino por pajonales, pantanos y arcabucos espesos, no podíamos hacer largas jornadas, á lo que se añade el detenernos á hacer puentes á tres ríos, el primero llamado Caracata, el segundo Ascaricutí, el tercero Atanare. Desde este río enviamos al guía con otro indio al pueblo por alimentos, porque los indios, cuidadosos más de la vuelta que de la ida, habían dejado cerrado el matalotaje en Casanare, en un monte, pensando llegar más presto de lo que llegaron, y así llevamos corto matalotaje; enviamos, pues, al guía por delante en busca de matalotaje, y fuimos siguiendo sus huellas. A pocas horas de camino volvieron en compañía de dos Achaguas del pueblo, á quienes hallaron en sus labranzas, distantes de dicho pueblo legua y media; mucho nos consolamos con su venida, y en su compañía pasamos á sus pobres chozas.

"Aquí estábamos entrada ya la noche, cuando llegó el Cacique principal del pueblo á recibirnos, con gran parte de sus indios, y trajeron muy buen refresco de comida. No había visto el Cacique en su vida hombre blanco alguno, pero las atenciones del indio no dejaron de causarnos admiración en un bárbaro; recibióme abrazándome á nuestro modo, y mostrándome la comida que traía, y volviéndose á los Achaguas que venían conmigo les dijo:—"Yo no os conozco ni sé cómo os he de llamar, tíos, primos, ó cuñados; mañana á la luz del sol lo verémos," y dicho esto hizo colgar su hamaca junto á la mía, y se estuvo sustentando conversación hasta media noche: varias fueron las materias que tocó el indio, las principales fueron, en orden á dar la razón de no haber ido á verme antes al Puerto.

"Mi hermano mayor, me dijo, no pudo ir á verte cuando tú llamaste, porque como estamos tan lejos del río Meta, no tenemos piragua en que ir, y si nos detenemos en la ribera á hacer piragua, mientras tanto vendrían nuestros enemigos Guagibos y nos matarían. Cuando enviaste tu palabra, seis lunas há, quiso mi hermano ir á verte en la canoa del indio que enviaste, pero tuvo vergüenza de ir vacío desde tan lejos, y así fué con algunos de sus indios á tierra-dentro por algunas cosas que llevarte; ya

estaba de vuelta, cuando en un arcabuco le asaltó un tigre y le hirió de tal manera que murió, y su mujer volvió viuda con sus dos hijos, sobrinos míos.

"Tras todo eso, viendo que los soldados andaban cogiendo gente, te enviamos tres indios para que les dieses un papel para que enseñándolo á los soldados y á estos hombres del Tocuyo y Barinas, no nos hagan mal, como lo han hecho en los años pasados con muchos de nuestros parientes, que nos tienen por allá; ya iban su camino, y pasando el río *Ascaricutí*, se les cayó el cazabe de su matalotaje, y así se volvieron otra vez. Hemos querido enviar otra ocasión los mismos indios, pero son tantas las candeladas en el Meta, de nuestros enemigos los Guagibos, que no nos hemos atrevido á ejecutar el viaje.

"Estas y otras cosas decía el buen Cacique, admirado muchísimo de verme en sus tierras, y así decía "al fin, Padre, viniste acá, viniste á nuestra tierra y te vemos aquí." Recogióse á media noche á dormir, y apenas durmió el primer sueño cuando volvió otra vez á salir, y me dijo que dispusiese las cosas de manera que subiésemos presto al pueblo, para que no me picase el sol, instó tanto en eso, que me hizo decir misa al amanecer. Causáronme cierta admiración algunas atenciones del indio, por ser bárbaro, como fué pedirme la mano para pasarme por un puente estrecho, y decirme que diese el manto á un indio de aquéllos, para llevármelo, porque tanta ropa me daría calor; al fin habiendo caminado una legua, el indio se adelantó, pidiéndome licencia, para hacer componer el rancho donde nos había de hospedar.

"Entré al fin en el pueblo, bendito sea Dios! llevando por delante mis once bogas muy bien vestidos, y uno de ellos iba tocando el clarín; la gente del pueblo estaba en gran parte subida sobre las casas y árboles del mismo pueblo; con este acompañamiento llegué á la plaza, enmedio de la cual estos indios tenían una casa que llaman *el Daury*, equivalente al *mentidero* que suele haber en algunos pueblos de España; en esta casa se juntan los indios por las tardes, habiendo venido de sus labranzas, allí cuelgan sus hamacas y se están colgados parlando en ellas, contando cuentos toda la tarde, y en estas casas hacen los indios Achaguas su *chubay*, que es una de sus más célebres borracheras; así hacen esta borrachera con grandes supersticiones, porque los indios *embijados* cubren sus cabezas con cabelleras de *quitebe* y azotan á los muchachos, para que no digan palabra de lo que allí oigan, á las mujeres, porque es agüero entre ellos muy temido, que si los muchachos dicen cosa que allí oigan á alguna guaricha, la tal guaricha ha de morir muy presto, y por esta causa este *Daury* se tapa muy bien, para la dicha borrachera.

que en otros tiempos está abierta por la banda de las brisas, como lo estaba cuando llegamos nosotros.

"Entramos, pues, en esta casa, que habían barrido y regado muy bien; tenían en ella una ringlera de asientos, los más de ellos de respaldo, hechos con mucha curiosidad, que la tienen grande estos indios, y estas sillas estaban forradas en cueros de lobos de agua: señalóme el Cacique la silla principal, en la cual me senté, y en las demás se sentaron los indios compañeros míos, entonces fueron viniendo por hileras los indios, saludando á cada uno de por sí y á mí entre ellos, y á todos los fueron graduando, á los unos llamaban tíos, á los otros nietos, á mí los grandes me llamaban "mi Padre," y los mozos "mi abuelo;" tras de ellos vinieron las indias trayendo grandes vasijas de sus *mazamorrales*, bebidas de tal manera dispuestas que sirven para el hambre y la sed, y habiendo recibido este agasajo fuí dando audiencia á los indios principales, que me exponían sus quejas.

"Padre (decían) ¿qué hemos hecho nosotros á estos blancos de Barinas y de Tocuyo, que así nos han perseguido y nos han llevado gran parte de nuestros parientes, que allá nos tienen, sirviéndose de ellos como de *macos?* nosotros no les hemos tentado sus haciendas, ni muerto á ningún blanco, pues, ¿por qué, estos blancos, como si fueran Guagibos, nos persiguen? por su causa andamos años há de tierra en tierra; aquí nos hemos metido huyendo del Casanare, en cuyas riberas cogieron á nuestros parientes. Ni aun aquí nos tenemos por seguros, pues en todos los veranos dejamos el lugar y nos metemos por esos arcabucos espesos y cerrados de atolladeros, y allí estamos sin encender fuego, porque no nos rastreen por los humos, y aun allí, por momentos, estamos temiendo que den sobre nosotros, y nos parece que oímos el ruido de los caballos. Cuando volvemos, por el invierno, ya hallamos nuestras labranzas comidas de los Guagibos, y hechas un monte por desyerbar; ni podemos hacer labranza considerable, porque en los veranos (que es cuando se ha de rozar) andamos escondidos.

"De esta manera iban proponiendo sus lástimas, á las cuales respondí, que olvidasen sus trabajos, y que yo había venido para aliviarlos en lo sucesivo: todas éstas eran pláticas particulares, mas como las causas eran comunes, me pareció dar respuesta á todos en común, y así, tocando el clarín hice juntar á todos, hombres y mujeres, y fuí respondiendo y satisfaciendo como pude á sus lástimas, y dándoles razón de mi venida, y causas de no haber venido antes; la plática fué toda civil, porque no daban lugar á más las materias que se tocaban, y por aquel día parecía que todo estaba compuesto, y bien empleada mi venida; pero como el demonio es sutilísimo, aquella noche turbó al pueblo de modo

que á no saber un poco de su lengua se hubiera frustrado nuestra misión; y esto no se supo hasta que vimos atajado el fuego, en virtud de la plática segunda espiritual que les hice, declarándoles el fin de nuestra venida, explicándoles para eso quién es Dios, qué es nuestra alma, qué la gloria y qué el infierno, y el modo de vivir de los de la Compañía. Grande fué la emoción que esta plática les causó; empezaron allí los que acudieron (que no fueron ni aun la mitad), á confesar sus falsos temores, y á alabar la sustancia de los puntos que les toqué; y al levantarme de la silla, salió un indio de junto á mis pies y dijo á voces: "ah, bien hice yo en ponerme tan cerca del Padre, no le he perdido palabra, ayer por haberme sentado lejos le perdimos"; en virtud, pues, de esta plática se sosegaron sus corazones, alborotados por el dicho de unos Achaguas de la Nación Saliva, recién venidos.

La Nación de los Salivas es Achagua en costumbres, trajes y ceremonias; pero en su lengua son tan diferentes como Vizcainos y Castellanos.

Sin embargo, hay muchos indios de madre Saliva y de padre Achagua, y saben ambas lenguas; y así, como lo voy ya estudiando, con facilidad podré escribir la dicha lengua, y en teniendo noticia, pasar á su provincia. Algunos, pues, de estos Salivas estaban en el Orinoco poblados con unos Achaguas; allá llegaron unos soldados con su capitán Pedro Navarro, faltos (según se discurre) de bogas, por habérseles ido algunos, por lo cual se vió obligado á prender y manotear á cinco indios Salivas que halló á las manos; llegó el Padre Francisco de Ellauri á reconocerlos, y viéndolos con cuentas azules en las orejas y otras divisas de la Nación Achagua, suplicó que soltasen á aquellos Achaguas, porque así se lo había encargado el doctrinero del Puerto; soltáronlos, mas ellos apenas se vieron libres, cuando dejando sus tierras, en tres días se pusieron en este pueblo de Onocutare. Estos, pues, regidos más por la primera impresión de que los hombres blancos los maniataron, y no de la consideración de que otro hombre vestido como yo los libertó, se huyeron la noche misma, y por su causa muchos de los del pueblo se retiraron á sus arcabucos á dormir, llevándose consigo la chusma de los niños; éste fué el discurso de los Salivas: "este hombre blanco envió á pedir matalotaje, y no parece que se le pudiera acabar tan presto el que sacaría de su tierra, si viniera con él tan poca gente como vino aquí; él la dejaría escondida para dar sobre nosotros, ¿cómo es posible que un hombre blanco se atreva á venir aquí solo? no andan los blancos así sino con otros blancos; dejó sin duda por ahí escondidos á los compañeros," etc.

"Cuando desengañados me dieron cuenta de esto, mandé tocar el clarín, híceles una fortísima plática, y les dí cuantas razo-

nes y causas me movieron para venir sólo; la principal fué la de que yo no venía contra mis enemigos, sino á la tierras de mis propios hijos, á vivir con ellos, no á sacarlos; finalmente, cosas me han oído que, en virtud de ellas, han quedado atónitos, y si yo les diera audiencia, en todo el día no me dejaran hacer cosa; hay mozos capacísimos, y que se hacen capaces de Dios muy aprisa; cuando estamos enseñando á los niños acuden sus padres, y es de admiración el ver á sus hijos, repitiéndoles lo que les digo. Parece que empieza Dios por los mozos, quienes conversan conmigo, no como con su padre, sino como con su amigo.

"Me han perdido totalmente el miedo los niños de 12 años para abajo, que serán más de 100. El otro día, después de doctrina, vino á mí un niño, y abrazándome hasta donde alcanzó, me dijo afligido "abuelo, no sé yo este cantar," le consolé diciendo que presto lo sabría, y le repetí muchas veces aquel cantar, que así la llamó el angelito á la oración del Padre Nuestro; estando otro día en doctrina, se alborotaron los indios, y empezaron á huír, porque corrió una voz de que venían los Guagibos, mas detuviéronlos los viejos diciéndoles, "hijos ¿qué temeis? junto á vuestro abuelo estais." Acabada la doctrina hice venir á un Guagibo que entendía la lengua Achagua, hice disparar el arcabuz, y mandéle que dijese á los otros sus parientes, cuyas candeladas estaban á una legua de aquí, que no me tocasen en labranza de ningún Achagua, que supiesen que yo vivía con estos mis hijos, y saldría tras de ellos y me la pagarían.

"Estando en esta plática llegó el indio trompetero con el clarín, y poniéndose cerca de sus oídos sin advertirlo el Guagibo, empezó á tocar de repente, con lo cual el indio se estremeció, y amedrentado me dijo: "yo me estaré quedito junto á ti, no me hagas mal, te traeré pescado y un par de hamacas, para que me mires bien." Aquella noche despachó el Guagibo á dos de sus compañeros con el recado á los otros Guagibos, lo cual bastará para que estos enemigos nos dejen, que si lo hacen nos podemos prometer grandes creces en nuestra santa fe, cuyos aumentos tanto procuró Usía, á quien guarde Dios muchos años.

"San-Joaquín de Onocutare y Diciembre 2 de 1664.

"De Usía que su mano besa,

"*Alonso de Neira.*"

CAPÍTULO XXV

FUNDA LA REDUCCIÓN DE SAN-JOAQUÍN DE ONOCUTARE EL PADRE ALONSO DE NEIRA.

Muy bien se confirma la utilidad de la Nación *Achagua* en

el pueblo de San-Salvador del *Puerto*, con la reducción de los Achaguas de los ríos *Onocutare* y *Átanarí*. Para llegar á estos parajes se corre todo el río Casanare abajo, y al cabo de ocho días de navegación de éste, yendo despacio, se encuentra con las aguas caudalosas del Meta, corriendo desde allí ambos juntos, no con el nombre de Casanare, sino de Meta, por ser mayores sus caudales y quien tiene más, que aun en los ríos se alza con los renombres el poderoso, quedando sepultados por pobres los que tienen menos; desgracia tan común entre los mortales como en los ríos. Esta distancia de ocho días hasta la dicha boca, la navegó en cuatro el Padre Alonso, efecto todo de su actividad y eficacia, que la tenía grande, y que no permitía dilaciones su fervoroso celo.

Á cinco ó seis días de navegación del Meta, y otros cinco ó seis antes de desembocar en el río Orinoco se da en un puerto que después de nuestra entrada se llamó el puerto de *Santa-Cruz de Atanarí;* saltando en este puerto á tierra, y cogiendo la derrota hacia la izquierda del río, por la parte del Norte, se camina por sabanas de horribles pajonales, eslabonados á trechos con algunas montañuelas, y no pocos palmares espesísimos y de muchos peligros y trabajos, así por ser albergue común de ferocísimos tigres, osos, leones y otras fieras enemigas del hombre, de que abundan más que en otras partes todos estos países vecinos del Meta, como también por estar sembrados todos estos palmares y bosques, de abrojos y espinas, y cuando parece que las sabanas han de ofrecer alivio á esta penalidad, se experimenta lo rígido de los pajonales, cuyas hojas agudas sajan las piernas, las manos y hasta los mismos rostros, porque á veces cubren á un hombre, según son de crecidos; á esto se añade el sobresalto continuo de las culebras ponzoñosas, que abundan más entre los pajonales, así es que no se da paso sin susto ni se asienta el pié sin peligro; y si para evitar éste y el de las navajas cortadoras, y para espantar los leones y tigres se pone fuego á los pajonales (que es el remedio común que usan estos indios), se da en otra dolencia, y no de poca monta, porque las cepas de los pajonales quemados que quedan asomadas á la tierra, tienen unas puntas de las mismas cañuelas tan agudas y sutiles (como labradas á fuego) que á cada paso rompen las plantas de los piés, y las dejan tan heridas que vierten sangre. Este enemigo es tanto más peligroso cuanto está más disimulado, porque cubriéndose con las cenizas que dejó el incendio, parece que es tierra llana, pero á cada paso se descubre su traición, y no como quiera, sino á gritos que les hacen dar las puntas á los pobres caminantes; todo esto se entrevera con quebradas y caños á manera de diques ó fosos, que las continuas corrientes de las aguas han ido labrando

y haciéndose perennes por los manantiales que de los palmares se originan. Por estos estorbos y peligros caminó nuestro misionero á costa de indecibles afanes, y esta es la causa de las pequeñas jornadas que hacía, como dice en su relación.

Llegó finalmente á Onocutare, y aunque es verdad que le recibieron con agrado á la primera vista (como se dijo) empezaron á tener recelos y sospechas, de que siendo español el Padre Alonso, ó blanco como ellos dicen, los iba á buscar para cautivarlos y entregarlos á los otros blancos. Con estas sospechas y recelos, engendrados en sus tímidos corazones por la experiencia en otras Naciones y en sus parientes mismos, le empezaron á mirar con otros ojos y á temer una solapada traición en sus palabras y trato agradable. Varias veces le quisieron quitar la vida, teniendo ya en sus consultas (cuya preparación es la borrachera de la yopa) determinado este crimen, que hubieran ejecutado sin duda á no haber sabido el Padre su lengua, y desengañádolos á tiempo. El Padre confesó ingenuamente después, que tuvo grandísimo miedo, pero fiando en Dios, apretó en sus designios, y hallando los ánimos más amortiguados y benignos, se decidió á fundar el pueblo, que constaba entre chicos y grandes de 400 almas.

Establecióse finalmente la reducción de *Onocutare*, á la cual se le dió por titular y patrono al glorioso San Joaquín, habiéndose detenido el Padre en este sitio todo el tiempo necesario para el efecto, y para darles noticia de nuestra Santa fe; y habiéndoles ganado la voluntad con los donecillos que les repartió, dió la vuelta para su pueblo de San Salvador, refirió todo lo sucedido al Superior de las misiones, y en especial la buena disposición de esta gente para recibir el Evangelio, y los deseos que tenían de que se les enviase un Padre; y así se ejecutó después como lo veremos en el siguiente libro. Ahora daremos fin á éste, con una razón sumaria de lo efectuado hasta aquí en el espacio de cuatro años, sirviéndonos de una carta escrita á la Real Audiencia de Santafé por el Superior de las misiones, en la que da cuenta de lo ejecutado en esta misión.

CAPÍTULO XXVI

DA CUENTA EL SUPERIOR DE LAS MISIONES AL REAL ACUERDO DE LO EFECTUADO EN ESTA MISIÓN.

Aunque consta de lo dicho en este libro lo que se hizo en las misiones de los Llanos en sólo cuatro años, desde 25 de Marzo del año de 1661 en que entraron los nuestros, hasta los principios del de 1665, me ha parecido, para coronar este libro, poner en este capítulo la sobredicha carta; en ella oiremos hablar al

Superior de las misiones, quien, como testigo de vista, y que sabía muy por menudo lo que pasaba en ellas, refiere sinceramente lo ejecutado hasta allí por los misioneros; dice, pues, así en su carta:

"Muy poderoso Señor: Como los mayores deseos de la Compañía son los de ganar almas á Jesucristo, apenas reconoció el inmenso gentío que hay en estos Llanos, cuando determinó fundar en ellos una misión, que asegurase tierras tan dilatadas, y tanta infinidad de gentiles al Evangelio, y al católico monarca, su único y legítimo Señor; pero como semejantes empresas no se hacen sin gravísimos gastos, y viendo la Provincia las muchas y urgentes necesidades de su Majestad (que Dios guarde) resolvió, no obstante los grandes empeños que tiene, acudir á todo lo que fuese menester, para una expedición de tanta importancia; y para ponerla en ejecución permutó la doctrina de Tópaga, una de las más pingües y mejores de todo el Reino nuevo, con la de Pauto, para que los obreros de esta nueva misión tuviesen facilidad de hacer alto en este pueblo, y desde aquí les remitiesen las cosas más necesarias á sus ministerios; y como era corta la doctrina de Pauto para tantos gastos, acudió la Compañía con tal generosidad y magnificencia, que se echó de ver que hace propios y suyos todos los negocios que son del servicio de Dios y de su Majestad. Despachó en primer lugar tres Sacerdotes para dar principio á esta misión, á quienes avió de ropa, mulas, ornamentos y todas las cosas necesarias para tamaña empresa; tan de veras se tomó este negocio, que en menos de un año se entablaron tres pueblos de tres Naciones diferentes: el de *Tame*, que es de Giraras; el de *Patute*, que es de Tunebos, y el del *Puerto*, que es de Achaguas; todas las cuales Naciones se hallaron tan rudas, y tan ignorantes de los misterios precisamente necesarios á la salvación, que los blancos que antes anduvieron con ellos, más tienen ocasión de callar y tener vergüenza, que de preciarse de su comunicación, pues el punto no es de andar ó tratar con indios sino de hacerlos cristianos y de doctrinarlos bien. Hallamos en dicho pueblo los indios sin noticia de Dios, tan metidos en sus ritos y supersticiones antiguas que se dejaba comprender que los que con ellos andaban, más se buscaban á sí mismos, que á estos pobres bárbaros; tan poco sabía el bautizado como el gentil, el ladino como el bozal, y el que acababa de salir de los montes, como el poblado. Muchos había bautizados, pero casi ninguno que supiese las obligaciones que le imponía el Sacramento del bautismo; la mayor parte casados ó amancebados con dos ó tres mujeres; *Mojanes*, muchísimos, todos *Yoperos* y supersticiosos; unos reconocían á los cerros por sus dioses, otros á los pájaros, otros á las estrellas, muchos al Sol, todos á divinidades falsas y menti-

rosas; al Dios verdadero apenas uno (digo apenas uno porque hasta ahora no lo hemos hallado) y lo que lo confirma es, que explicándoles los misterios de la fe, para todos eran novedades y enigmas, y los misterios de Jesucristo ficciones locas y sin fundamento. Estos fantasmas y simulacros de cristianos nos han dado mucho más trabajo y más pesadumbres que los gentiles que salieron de nuevo, porque como es casi imposible domar bien la bestia que se crió con resabio, es muy difícil imponer bien á indios, que desde tantos años en medio de blancos han criado callos en sus abusos y supersticiones; si algunas veces rezaban, era sin saber lo que decían; si acaso les trataban de algún misterio, no lo entendían, porque no les hablaban su lengua, y hablarles romance es lo mismo que querer doctrinar á los labradores de España en griego. Hicieron nuestros misioneros estudio particular de las lenguas de los indios con quienes trataban; doctrinaron y predicaron en su lengua, y desde entonces solamente se puede decir que se empezaron á ganar y conquistar á Jesucristo. El pueblo de *Patute* (que hallé sin una alma, y con un ranchito viejo de indios, que consistía en tres ó cuatro palmas, hincadas en el suelo, y entrelazadas en forma de techo) al presente tiene doce caneyes, todos nuevos y grandes, su iglesia, su plaza, sus calles y pueblo en forma, no solamente por lo material, sino también por lo formal, pues los feligreses de esta doctrina son al presente cerca de 450. El pueblo del *Puerto*, compuesto de Giraras y Lucalías, naciones tan fogosas y escabrosas, se debe todo á la Compañía, pues se hubiera perdido muchas veces, si el doctrinero que tiene de la Compañía, no hubiera hecho tantas diligencias, y arriesgado tantas veces su vida para su conservación; y solamente por nuestros obreros está en pié este pueblo, pues por ellos se ha edificado de nuevo la iglesia, la plaza y catorce caneyes, de los mejores y mayores que se usan en estas Indias. Los Capitanes Lucalías, que nuevamente se han poblado en *Tame*, fueron sacados por el mismo Padre, que ha hecho de este pueblo uno de los más importantes y considerables que hay en este Nuevo Reino, y que sustenta de maíz y de comida á todo el Valle de Pauto, á Macaguane y á todos los Airicos; sacólos de la tierra-adentro, y los pobló el mismo doctrinero de Tame, sustentándolos cerca de dos años enteros, dándoles machetes, hachas y otras herramientas, y todo avío para hacer sus labranzas y casas, y al presente tiene la Compañía dos operarios en este pueblo nuevo, para que lo vayan formando y entablando, en la manera que conviene. Todos saben que los de la Compañía han puesto á *San-Salvador del Puerto* de la manera en que está, y que cuando entraron en él, no había ni iglesia, ni plaza, ni trazas de pueblo; que por nuestros religiosos se hizo una de las mejores iglesias que hay en esta comarca, linda

plaza, y todos los caneyes nuevos, más largos y más altos que nunca lo habían sido; también consta á todos los Achaguas, que por solicitud de los nuestros allá, se poblaron; que por diligencias de los nuestros, los Achaguas del Palmar se agregaron á los de *Aritaguas*, y se fundó este nuevo pueblo, que entretiene la comunicación entre los Achaguas de su Majestad que están en el Puerto, y los del Meta y Onocutare, y en infinitas partes. Por la entrada que hizo ahora un religioso de la Compañía se conquistó á *Onocutare*, pueblo á tres días de camino de las orillas del río Meta, compuesto de 400 Achaguas, y en el medio de más de cincuenta mil indios, todos gentiles. Por medio de la Compañía se poblaron y actualmente se están poblando los Guagibos de *Ariporo*, á los cuales se van agregando los Chiricoas, por medio y diligencia de nuestros misioneros, y se va haciendo un grandioso pueblo en *San-Ignacio*, de los Goagibos y Chiricoas, quienes prometen sacarnos muchísima gente, y por medio de los cuales podremos entrar entre el gentilismo sin fin del Meta y del Airico. No ha más de cuatro años que entraron nuestros operarios en estos Llanos, y ya hay *nueve pueblos en ellos*, y un doctrinero para cada pueblo; á los indios que salen les dan y procuran avío para que se entablen más presto y con fundamento, y aunque todos esos nuevos pueblos que se reducen sean de Su Majestad, todas las iglesias se han hecho á costa nuestra con ayuda de los indios, todas las cuales mantienen hostias, vino, cera y ornamentos, no llevando ni sacando de ellas el menor derecho. Ya han abierto camino á los Llanos de Barinas y Caracas; ya tienen una doctrina en el Meta, casi centro del infinito gentío de estos extendidísimos Llanos. Ya han abierto, por medio de la población de San-Ignacio, la puerta á la otra banda del Meta, y por allá al Airico, en donde hay infinitas Naciones. Todos los avíos, todas las entradas que se han hecho han sido á su costa, y solamente con sus personas. Al presente están recogiendo como pastores tan cuidadosos las nuevas ovejas que se acogen á su rebaño, y después de haberlas puesto en forma de pueblo, van buscando otras Naciones, determinados á ir ganando nuevas almas á Dios, ó á morir. No sentimos tanto nuestra pobreza por las necesidades que padecemos, cuanto por no poder acudir á tanto pobre gentil que se reduce, y por no poder sustentar ni aviar á tantos operarios como son menester para una empresa tan de gloria de Dios, tan del servicio de Su Majestad, y de la cual depende la salvación de tan innumerables Naciones. Vuestra Alteza, á cuya sombra y amparo se ha empezado y adelantado esta misión, continué en fomentarla y ampararla; y pues las mayores oposiciones y choques que tenemos en este santo empleo nos vienen de querer conservar al César católico lo que es suyo, apoye un celo tan justo,

y mientras tanto no dejaremos de procurar con todas veras el mayor servicio de entrambas majestades; no deje de favorecernos como á Ministros de Dios, y como á Capellanes del Rey Nuestro Señor y de Vuestra Alteza, que el Cielo prospere como deseo.

"Pauto y Enero 22 de 1665.

"Menor Capellan de Vuestra Alteza.

"*Antonio de Monteverde.*"

De lo dicho en esta carta se colige sumariamente lo que hicieron y trabajaron nuestros misioneros en sólo cuatro años, mucho sin duda, si reparamos las circunstancias que se han expresado en este libro, y son las contrariedades y disturbios con que eran impedidos á cada paso. Los motivos que tuvo el Superior para presentar á la Real Audiencia este papel, no fueron (como lo pensará alguno) el engrandecer nuestras cosas, sino sólo solicitar su protección contra nuestros émulos, y contra otros que se oponían á tan apostólicas empresas. Como dió noticia de estas cosas, pudo haber añadido muchas más, pues los párvulos que habían bautizado en tan poco tiempo eran 940, y algunos adultos por enfermos; pudieran haber bautizado más de 2,000 adultos, y no lo hicieron, aunque pudieron, por andar remirados sobre este punto los misioneros, que sólo administraban á los adultos el bautismo cuando estaban capaces y bien instruídos en los misterios de la fe. Los nueve pueblos que expresa en su carta, y que subsisten todavía, los pondré aquí por sus nombres para mayor claridad: *San-Salvador de Casanare; El Pilar de Patute; Nuestra Señora de Tame; San-Javier de Macaguane; Caquetíos de Pauto; San-Ignacio de Curama; Chiricoas de Ariporo; San-José de Aritagua y San-Joaquín de Onocutare.* Estos pueblos subsisten hasta hoy, y á ellos se podía añadir también el pueblo de *Pauto*, en el cual asistíamos, y estaba tan necesitado de doctrina como los demás pueblos. Ya dije de la *Guayana*, y de nuestra asistencia por algún tiempo á los *Aruacas* de la Guayana; con que pasaremos al Libro 3.°, á tratar de los progresos de nuestras misiones, de las muertes de algunos misioneros y algunos acaecimientos ya prósperos, ya adversos, para que no les faltase á nuestros operarios la piedra del toque, en donde probar su constancia, y la piedra de amolar para afilar sus aceros.

LIBRO TERCERO.

De las misiones de los Llanos y del río Orinoco: nuevos progresos de nuestras reducciones, trabajos de nuestros misioneros, y hostilidades de nuestros enemigos contra la Nación Achagua.

CAPÍTULO I

EL SEÑOR GENERAL DON DIEGO DE EGÜES, PRESIDENTE DEL NUEVO REINO, PONE EN LA CORONA REAL TODOS LOS PUEBLOS É INDIOS DE LA MISIÓN, CELO ARDIENTE DE ESTE GRAN CABALLERO EN EL AUMENTO DE ESTE MINISTERIO SAGRADO.

Las memorias del señor General Don Diego de Egües y Beaumond, Presidente de este Nuevo Reino, son tan debidas y deben ser tan eternas, cuanto grandes y excelentes fueron sus heroicas virtudes. Príncipe perfectísimo y Gobernador santo: ojalá le fuera permitido á mi pluma derramarse en torrentes de elogios, que aun así quedarían muy cortos siempre para tan grande empeño de alabar sus virtudes heroicas y las obras grandes que ejecutó en este Reino, del cual tuvo tan cabal conocimiento, á beneficio de los quilates de su capacidad, que hasta en los rincones más retirados de él penetraba su autoridad, para la reforma de las costumbres y desarraigamiento de los escándalos; lo cual emprendía con ardiente celo y amor de Dios, y deseo de la salvación de las almas. A estos objetos atendía con tanta viveza y vigilancia, que era temido su nombre de los malos, cuanto amado y estimado de los buenos, y reverenciado de unos y otros. Hasta en el conocimiento de los oficios mecánicos y ejercicios del campo, y á todos los ministerios humildes y bajos, se extendía su alta capacidad, y de cada uno de ellos hablaba, en ofreciéndose ocasión, con tanto acierto y eminencia, que parecía que en aquello se había empleado toda su vida. Fué grande estimador y honrador de los nacidos en Indias, en cuya consecuencia miraba siempre en la provisión de los oficios, corregimientos y encomiendas las virtudes y necesidades de los que podían servir los oficios, prefiriendo siempre su acertado juicio á los Indianos que eran dignos, porque consideraba (y así lo decía) que estas tierras eran suyas, conquistadas con los sudores y afanes de sus padres y abuelos; y como en estas provisiones tenía siempre tan nobles y cristianas intenciones, fué admirable el desinterés que mostró, y el despego á las recom-

pensas humanas (muchas veces justas y muy debidas); virtud tan rara en quien maneja estas dependencias tan pegajosas que, como tal, se la aclamaron todos, en vida y en muerte, porque la corroboró muchas veces con heroicas y repetidas acciones, devolviendo los regalos que algunos le hacían agradecidos.

No fué menor prueba de su desinterés, y de lo mucho que deseaba favorecer á los hijos de la tierra, el que habiendo el Rey Nuestro Señor, en atención á sus continuos y heroicos servicios, mandádole que ajustase para su hijo Don Martín de Egües dos mil ducados de renta en encomiendas vacantes de este Reino, y habiendo vacado en su tiempo algunas bien considerables, estando en su mano esta comodidad propia y de su noble hijo, no pudo rehusar á su piedad y nobles sentimientos el darlas á Indianos pobres y de buenas cualidades, como lo hizo siempre, sin que le adjudicase á su hijo cosa alguna. Virtud verdaderamente grande y cristiandad rara! Y aunque ilustró y honró universalmente á todo el Reino en el corto espacio de tres años que tuvo el Gobierno, con especialidad obró maravillas en la ciudad de Santafé, la cual le debe reconocer por su insigne benefactor en obras grandes y lucidas, y de mucho lustre para la República. Hizo levantar y acabar la torre de la iglesia Catedral, que hacía muchos años que estaba informe; formó el atrio de la misma iglesia, y un atrio muy lujoso con sus pretiles y escaleras de piedra labrada, con lo que hermoseó la iglesia y plaza; hizo los puentes de los ríos de San-Agustín, San-Francisco y San-Victorino, que están todos dentro de la ciudad y en el corazón de ella, los dos de cal y canto, y de linda fábrica (los cuales se habían retardado por doce ó catorce años), venciendo para esto insuperables dificultades, con su eficacia personal y continua asistencia en las obras, y el agasajo con entereza con que trataba á los oficiales. Echó los fundamentos de otro puente importantísimo para el río de Bogotá, bastantemente caudaloso, que está distante tres leguas de la ciudad de Santafé, por donde es el trajín perpetuo de este Reino en los comercios de España, Cartagena, Mompox y todo lo principal del Reino que cae hacia aquella parte. Esta obra tan excelente la emprendió, puso en práctica, é hizo los pregones y remate de ella el señor Don Diego de Egües, cuyo calor y virtuoso aliento se comunicó á los corazones de los señores Presidentes, dignísimos sucesores suyos, que la pusieron en sus últimos términos y perfección en que está hoy.

Hizo también en medio de la ciudad unas casas de linda obra y hermosa vista, para que sirviesen de carnicerías, porque antes se repartían las carnes en el mismo matadero que estaba, y está todavía, fuera de la ciudad, á demasiada distancia, y con incomodidades grandes de los vecinos. Ni se contentó su magnanimidad

y grandeza honradora de este Reino con estas obras materiales: solicitó otros créditos mayores, para honrar á los hijos patrimoniales de este Arzobispado; promovió con toda sagacidad, diligencia y desvelo, que se aplicase cierta hacienda gruesa para la fundación de dos canongías de oposición, Doctoral y Magistral; consiguiólo proponiéndolo al Rey Nuestro Señor en su real Consistorio de las Indias, quien lo concedió liberalísimamente, en premio y honra de las muchas letras de los Indianos, quienes se opusieron á ellas luego al punto, leyendo de oposición con admiración de todos y bendiciones continuas, que echaban al señor Don Diego de Egües, por ver que comenzaban á tener algunos premios las letras Indianas, y los estudios de tan eminentes ingenios como se crían en esta parte de América.

Todas estas cosas como otras cualesquiera disposiciones suyas, las consultaba con Dios en primer lugar este cristiano caballero y religioso Príncipe, y las maduraba al calor de la oración, ejercicio íntimo suyo; nuestra campanilla que cae enfrente de Palacio era su régimen; gustaba sumamente de hablar de cosas espirituales, y así estimaba con extremo á los que trataban de ellas, y esto lo hacía con tanta sublimidad, como pudiera un religioso de aventajada perfección. Su mortificación se conocía en la templanza y parsimonia de su vianda y bebida; sus penitencias no se ignoraban, aunque las encubría con humildad; la frecuencia de sacramentos era notoria, y aunque comulgaba algunas veces en su Capilla, infaliblemente venía todos los sábados á nuestra iglesia á las seis de la mañana con el rosario en la mano, que rezaba todos los días con íntimo afecto, y también el oficio menor de la Santísima Virgen; íbase al aposento de su confesor, y se confesaba con tanta contrición y lágrimas, como si fuese el mayor pecador del mundo, siendo á la verdad casi inculpable su vida, dejando al Padre confesor siempre confuso y edificado. Atendiendo éste, con religiosa urbanidad, al respeto y consideración que se debía al señor Presidente, se le anticipó algunas veces bajando, para evitarle el cansancio de subir á su aposento; sintiólo mucho el humildísimo y religioso Presidente, y no pudiéndolo ya sufrir, le pidió al Padre con santa resolución que no bajase, porque él debía subir á buscarle arriba, y así se ejecutó siempre.

En confesándose bajaba á la iglesia, y puesto de rodillas en la barandilla, oía misa, y comulgando al fin de ella, estaba allí de la misma manera, hasta que se acababa la segunda misa, y volvía al Palacio, á los cuidados del Gobierno. Con tales prevenciones tenía aciertos divinos; y como quiera que todas estas acciones tan excelentes eran efectos del divino amor que en su corazón ardía, no perdía ocasión de hacer cuanto pudie-

se en servicio, honra y gloria de Dios Nuestro Señor, y de su Rey y Señor natural, en cuyo real servicio fué muy vigilante y atento, como lo publican las muchas ocupaciones que tuvo toda su vida en servicio de las católicas Majestades; y como conocía que el más relevante servicio que se podía hacer á uno y otro Señor, era la conversión de las almas del gentilismo de que está poblado este Reino, fueron notables las trazas con que procuró fomentar el ministerio santo de las misiones que se ejercitan en los Llanos. Formó su celo una junta de *Propaganda fide*, que constaba del Ilustrísimo Señor Arzobispo de este Reino, de su Provisor y Vicario general, de los venerables Padres Prelados de las sagradas religiones, y del Señor Oidor más antiguo de la audiencia, y á ella pertenecía también su Señoría como Presidente del Reino.

Cada semana tenía un día y hora señalada para esta ocupación tan santa, en la que sólo se buscaban y arbitraban medios y modos los más practicables para la conversión de estos gentiles; repartió Territorios á todas las sagradas religiones, en los cuales han procurado obrar, en el tiempo que han estado en ellos, con el espíritu y fervor de su ardiente celo. Á la Compañía de Jesús le tocó quedarse en el territorio que ya tenía de los Llanos, en donde ha permanecido hasta ahora, y perseverará, con la gracia de Dios, siempre, aunque sea á costa de las vidas de sus fervorosos hijos; á éstos procuró ardientemente fomentar el Señor Don Diego de Egües con limosnas y con algunas alhajas de iglesia é imagenes, y con sus despachos y provisiones reales para el amparo, así de los indios como de los Padres, contra las vejaciones y violencias de los españoles, que cada día nos molestaban y perseguían con testimonios y afrentas inconsideradas, á trueque de llevarse á los indios á sus trapiches y haciendas, para que les sirviesen en ellas, estando este servicio personal gravemente vedado por cédulas reales, impartidas y despachadas por nuestros Católicos Reyes, en favor de los indios.

Todo le parecía al señor Don Diego de Egües que se atajaría, con poner á estas Naciones, que iban los nuestros reduciendo y poblando, en la corona y patrimonio real; y así lo hizo con sus despachos y provisiones: envió escudos grandes y dorados con las armas pintadas de nuestros Reyes, los cuales sirvieron de mucho consuelo á los indios, cuando se les explicaba que aquello era señal de que no tenían otro amo sino al Rey, y que éste los había de amparar y defender. Bien lo creyeron los indios, pero turbó esta buena fe la tiránica persecución que les levantó un vecino de los blancos de aquellos países en Agosto de 1663 ó 1664, de la cual se hablará luego. Hizo cuantas demostraciones pudo el señor Presidente, sin omitir la ejecución de algunos castigos

necesarios á este blanco que levantó dicha persecución; le desterró de nuestros Territorios de las misiones, por los muchos agravios que hizo á nuestros misioneros y á los indios Achaguas del pueblo de San-Salvador del Puerto de Casanare.

Quedó por entonces ese hombre muy recogido, pero no enmendado; pues ocultaba su odio y lo reprimía, por el gran temor que tenía al señor Presidente, á quien verdaderamente debió mucho fomento y amparo nuestra misión, mucha honra nuestra sagrada religión, y estimaciones perpetuas todos los hijos de ella. Quitónoslo Dios para castigo de todos, cerca del año, ó á los principios de 1665, habiendo gobernado santa y prudentísimamente este Reino apenas tres años. Enterrósele en nuestra iglesia, con asistencia y lágrimas amargas de toda clase de gentes, teniendo el mismo concurso el día ó días de sus honras, y cabo de año, en los cuales predicaron los mejores oradores de nuestro Colegio de Santafé, refiriendo las grandes excelencias y virtudes de este sabio Presidente, dejando en nuestros corazones, como pudieran en las losas de su sepulcro, por epitafios debidos, continuas memorias de agradecimientos perpetuos.

Presto lloraron nuestras misiones su orfandad y sintieron inconsolables la falta de Don Diego de Egües, pues apenas se habían enfriado sus nobles cenizas, cuando faltando el freno á la licencia, se alteraron todas nuestras poblaciones, y se revelaron por la malicia de aquel vecino de quien hablamos arriba, y á quien se había desterrado de nuestras vecindades. Fué de tal calidad la persecución, que en menos de dos días naturales se alteraron nuestras reducciones todas y pueblos; levantó muchas calumnias y testimonios á los Padres, y fué necesario partirse uno de ellos á Santafé á dar cuenta de sus temeridades á la Real Audiencia, para remediar estos daños.

Había estado mal relacionado este vecino con una india de Pauto, y dos hermanos suyos con otras dos indias del mismo pueblo, de donde las habían sacado con violencia; quitóselas este celoso Presidente, y como se dijo ya, echó de nuestros Territorios al hermano mayor de estos tres. Apenas tuvo éste noticia de la muerte del señor Don Diego, cuando se volvió á la india, arrastrado del amor á los hijos que tenía ella, con escándalo público y persecución continua de nuestros misioneros, á quienes tenía mortal odio, y en especial á los que habían asistido á las reducciones de nuestros Achaguas en el puerto de Casanare, motivado este odio, de que los Padres le estorbaban que sacase á los indios de nuestros pueblos, agregados á la corona real, para llevarlos á sus hatos y trapiches, para que les sirviesen en las hilanzas y otros obrajes, vedado todo por cédulas reales, y prohibido por reales provisiones muy repetidas.

También fué principal motivo de este aborrecimiento, el haberse llevado este hombre una india Achagua de las recién bautizadas, por sirvienta suya, quitándosela á su propio marido, con grandes injurias de la Religión cristiana y escándalo de aquellos gentiles que hacían burla de nuestra profesión, viendo que nuestros cristianos (como decían ellos) hacían semejantes maldades. Nuestros misioneros procuraron quitarle esta india, y devolvérsela al marido, cumpliendo en todo esto con la debida obligación de ministros evangélicos, en quienes descargan sus conciencias los señores Presidente y Arzobispo.

Á todos estos desordenes y otros muchos, que fuera muy largo referir, se precipitó este hombre, saliendo de madre como río que había estado antes detenido por el temor al Presidente; pero aunque falleció éste, quiso Dios consolarnos con otro dignísimo sucesor suyo, que fué el señor General de Artillería Don Diego de Villalba y Toledo, Caballero de la Orden de Santiago, y Presidente de este Reino, á quien no debió menos la Compañía en el fomento y amparo de estas misiones, ni se reconoce menos obligada á los favores continuos conque la honró, y á quien pudiera tributar muchos encomios, de nuestra obligación y agradecimiento. Este caballero y piadoso príncipe, noticiado por el Padre que se partió á Santafé para el efecto que se dijo, de las exhorbitancias y escándalos de este vecino de los Llanos, mostró la nobleza de su sangre y su cristiano celo en favorecer á las misiones, como las favoreció y defendió de tan injustas violencias, despachando las provisiones necesarias en favor de nuestros misioneros é indios, y refrenando los excesos de quien nos molestaba y perseguía, con lo cual respiraron los pueblos, se sosegaron los indios, y se serenó la tempestad; debiéndose esta bonanza á la eficacia del señor Don Diego de Villalba.

CAPÍTULO II

EMBÁRCASE PARA ONOCUTARE SEGUNDA VEZ EL PADRE NEIRA, Y MUDA EL PUEBLO DE SAN-JOAQUÍN Á LAS ORILLAS DEL ATANARÍ.

Con los buenos informes que dió sobre los Achaguas de *Onocutare* el Padre Alonso de Neira, se tomó la última resolución de enviar un ministro que los doctrinase. Ya dejamos advertido en el libro antecedente, cómo había pasado el Padre Antonio Castán, de los Guagibos de Ariporo al puerto de Casanare, para suplir en las ausencias del Padre Alonso cuando salía á sus correrías. Con el trato de los Achaguas, la enseñanza del Padre Neira, y principalmente con su aplicación y celo, había aprovechado tanto el Padre Castán en el lenguaje de los indios, que

pudo quedarse en el Puerto para doctrinarlos. En esta atención, y siendo como era la eficacia del Padre Neira, y su experiencia, muy conocidas de los Superiores para nuevas empresas, pasó segunda vez á *Onocutare*, para asistir de asiento en San-Joaquín, y se quedó en Casanare el Padre Antonio Castán.

Embarcóse, pues, para dicho sitio el Padre Neira en el mismo año de 1665, no sufriendo dilaciones su fervoroso celo en materia de tanta importancia, y que podía peligrar con la tardanza; llegó á Onocutare venciendo nuevamente las dificultades pasadas: fué recibido de sus indios con gran júbilo y demostraciones de alegría, prevenidos sus ánimos desde la vez pasada en que le conocieron y trataron, y vieron el natural agradable de su misionero, á quien miraban como á su libertador, contra las opresiones de los blancos, y respetaban como á Padre; creció el contento de los indios cuando les aseguró que no entraba de paso á sus tierras, como la vez pasada, sino para quedarse de asiento con ellos, y defenderlos de los españoles, y para enseñarles con su asistencia el camino del cielo.

Ganadas ya las voluntades, y tratadas las materias con los indios principales del pueblo, pasó á hacerles ver las incomodidades de Onocuture para la fundación nueva, y que sería conveniente para la población otro sitio. No fué muy difícil conseguir esto de sus naturales dóciles, y más cuando advertían ellos los intentos del Padre, que eran el mejor logro de la fundación y sus comodidades temporales. Tanteados los sitios, vistos los temperamentos del país, la calidad de los montes para sus rocerías, como también los ríos para sus pescas (que todo esto es muy necesario se atienda), pareció más conveniente formarle en las orillas del *Atanarí* por las razones dichas, y por la mayor cercanía y vecindad al río Meta, y consiguientemente al Orinoco, con lo cual se facilitaba la navegación de río arriba, para nuestro pueblo de San-Salvador de Casanare, de donde había de bajar el socorro de hostias y vino para consagrar, y también la de río abajo para hacer nuestras correrías por sus raudales, al tener noticia de nuevos gentiles, y juntamente por haber reconocido ser mejor país éste y más sano que el de Onocutare.

Escogióse, pues, para el efecto, un lugar excelente, ameno y delicioso, entre el río *Atanarí*, y otro más pequeño llamado *Casiaricatí*, distando de éste último como dos tiros de bala, y uno del de Atanarí, siendo las aguas de uno y otro muy buenas y saludables. Allí se fabricó un hermoso pueblo con lindas y muy aseadas casas, que las hacen muy bien los Achaguas; hízose una iglesia muy capaz y bastante para cerca de 400 almas, de que constaría la población, como queda dicho; adornóse el altar cuanto permitían aquellas soledades y grandes retiros, y se dedicó el pueblo al glorioso *San Joaquín*, llamándole de su nombre San-

Joaquín de Atanarí. En él comenzó luego nuestro misionero á esparcir los rayos de su fervor y celo; fué entablando sus doctrinas y disponiendo sus catecismos; bautizó á los párvulos, ganada la voluntad y gracia de los padres, que á los principios lo resistían con obstinación y gran fuerza, por haber concebido errónea y diabólicamente, que el agua del santo bautismo mata á quien lo recibe, teniéndolo por uno de los venenos más activos que hay contra la vida humana; échase muy bien de ver el engaño de sus entendimientos, y ser de Satanás estas industrias, porque ellos mismos lavan á los niños todo el cuerpo con agua fria casi acabados de nacer, y lo suelen repetir muchas veces entre día; y las madres en acabando de dar á luz, se van al río y se bañan, y hay algunas que en reconociendo la cercanía de su parto por el mayor aprieto de sus dolores, se van de hecho al río para tener más á mano el agua y el lavatorio, y esto no les hace daño, y en cuatro gotas de agua del sagrado bautismo conciben y temen tal riesgo.

Este abuso y resistencia lo ha vencido totalmente la eficacia de nuestros misioneros; y aunque muchos se hacen desentendidos, y no manifiestan sus hijuelos, pensando que nos olvidarémos ó que no echarémos de ver si hay recién nacidos (lo cual es muy fácil en estas poblaciones), esta industria del demonio la vence el desvelo y cuidado de nuestros misioneros, que andan en continuo movimiento visitando las rancherías y casas, buscando y descubriendo los párvulos, con lo cual no sale el demonio con sus intentos.

No es menor el pernicioso abuso que, en orden á privarles del bautismo, les ha sugerido Satanás á estas gentes, no sólo de la Nación Achagua sino de las demás Naciones. Están persuadidos (y en la realidad es así) que las miserables indias nacen para muchos trabajos, porque ellas han de ser las que trabajan para todo, y así cuando nacen suelen enterrarlas vivas, pretendiendo con esta piedad cruel sacarlas cuanto antes de trabajos, por medio de tan inhumana muerte, con que las privan no sólo de la vida del cuerpo sino también de la del alma. Hará dos años con poca diferencia, que enterraron los Salivas á una niña viva en las orillas del Guanapalo, sin otro delito que haber nacido mujer y no varón; y aunque es verdad que con las reprensiones de los Padres, los terrores y amenazas que en pláticas secretas y públicas se les han hecho sobre este punto, no se ha conocido reincidencia, siempre es menester andar con mucha vigilancia en esto, valiéndose de antemano de los Fiscales y alguaciles, á quienes les es fácil averiguar las que están en cinta, y amenazarlas con el enojo del Padre y el castigo, si no parece la criatura después.

Volviendo ya á nuestro *Atanarí*, se fué formando una buena

cristiandad en este pueblo, acudiendo todos, varones, mujeres y niños á la iglesia todos los días, á la doctrina, y predicándoles todas las tardes en su lengua sobre los misterios sagrados, y en especial sobre la necesidad del bautismo, y sobre el infierno y la gloria, no perdiendo punto nuestro fervoroso misionero y los que le siguieron en el ministerio después, para ayudar á la salvación de esta miserable gente.

CAPÍTULO III

EMBÁRCASE UNO DE NUESTROS MISIONEROS PARA LA NACIÓN SALIVA, QUE ESTABA CERCA DE LAS BOCAS DEL ORINOCO. NO TIENE EFECTO ESTA PEREGRINACIÓN, POR HABER SIDO SINIESTRAS LAS NOTICIAS, Y SE AGREGA AL PUEBLO DE ATANARÍ UNA PARCIALIDAD DE ACHAGUAS.

Son los ministros evangélicos (si se considera bien) alquimistas á lo divino, quienes á fuerza de tales viven ansiosos siempre por fabricar oro con los arbitrios de la gracia, de la materia tosca y bárbara del gentilismo; y así como aquéllos no dejan piedra por mover para dar en sus intentos con la piedra filosofal, así los misioneros apostólicos no perdonan trabajos ni diligencias para reducir las almas al gremio de Dios. Esta es la codicia insaciable de la Compañía de Jesús; éste el oro verdadero que desea su cuidado y que anhela su filosofía. ¡Qué desengaño tuviera el más desafecto émulo, y el calumniador más mordaz, si anduviera siquiera un par de meses por estos sitios, ajenos totalmente de todo interés humano, y abundantes sólo en miserias, hambres y penalidades!

Diéronle noticia al Superior de las misiones, de que entre las bocas del Orinoco y nuestro pueblo de Atanarí, por las orillas del río Meta, había una grande población, no menos que de dos mil almas, de la Nación Saliva. Es esta gente montaraz y agreste, pero bien dispuesta para recibir el Evangelio; es muy mediano su valor, muy inferior al del Caribe, y aun al de la Nación Chiricoa, y por esta causa no sólo los han dominado los Caribes y los dominan todavía, hasta quitarles sus mujeres, sino también los Chiricoas, que se entraron por sus tierras antiguamente y los cautivaron y mataron. Son grandes herbolarios y hechiceros, y profesores insignes de la *yopa* para sus adivinanzas y supersticiones. Profesan la poligamia, y son muy dados á la borrachera; andan desnudos en cueros como las demás Naciones; si bien es verdad que muchos de ellos se cubren por decencia con unas bandas largas llamadas *guayucos*, de lo cual hablé arriba.

Con sus difuntos tienen un rito particular, y es en esta ma-

nera: enterrarlos con las mismas ceremonias y usanzas que las demás Naciones, á lo cual añaden el celebrar su cabo de año ó aniversario, pues cuando ya les parece que es tiempo, según sus tanteos, hacen sus prevenciones, y la primera y principal, y casi la única, es la bebezón, llenando muchas vasijas de ese brevaje infernal; envían á algunos á montear por los bosques, á otros á pescar por los ríos y caños; hacen sus bollos de maíz y muchas tortas de cazabe. Dispuesto ya todo, más con aparato de boda que de mortuorio y ofrenda, se convocan los parientes, y se convidan los circunvecinos: juntos ya todos, desentierran los huesos del difunto, y poniéndolos en medio de la casa, se sientan al rededor, repiten algo de sus lamentos y llantos, entre los cuales mezclan grandes risotadas y chacotas; á ratos forman bailes y cantares en su lengua, y á su modo, entreverando todas estas cosas con la bebida continuada.

Así se están velando los huesos cuatro, seis y ocho días con sus noches, al cabo de los cuales se hace el sacrificio más solemne, que es poner en una pira la osamenta, y dándola fuego, hacen con sus cenizas el último brindis de su borrachera, bebiéndoselas revueltas con sus bebidas, en lo cual les parece que beben toda la valentía y propiedades del difunto á quien celebran.

Otro rito especial tiene esta Nación para elogiar á sus Capitanes y graduarlos de valientes, ceremonia que usan los Caribes para crear á los suyos.

El examen para este grado es rigurosísimo en extremo, por ser un martirio bien penoso, traza sin duda de Satanás para lograr sus fines. Júntanse para este examen y sacrificio cruel los principales del pueblo; cuando están congregados los examinadores y jueces, hacen su razonamiento en orden á la elección; acabado su razonamiento y *mirray*, proceden al examen, el cual se reduce á coger al graduando y descargar sobre sus desnudas carnes rigurosísimos azotes, hasta desgarrarle el cuero y derramar mucha sangre; si en medio de estos golpes muestra flaqueza el actuante, le dan por réprobo desde luego, y le juzgan indigno de empuñar el bastón; pero si muestra fortaleza, le dan por áprobo los jueces, no para la capitanía que pretende, sino para que pueda pasar libre y sin estorbo á otro examen especial, no concedido á todos, y del cual depende la *gineta*. Esta es una prueba más cruel y rigurosa que la pasada, y se reduce á poner al pretendiente desnudo entre un ejército de hormigas bravas, que saben arrancar con sus tenazuelas afiladas el bocado que agarran, y descarnar el cuerpo; así lo tienen largo tiempo entre sabandijas tan crueles, observando en el ínterin los examinadores con grande atención los ademanes del paciente; si por desgracia suya se asoma alguna queja á los labios, por pequeña que sea, se da por nulo

el examen pasado; pero si resiste constante, dan los jueces los votos en su favor; sale con mucho aplauso, con crédito de valiente, y goza desde ese día el puesto de Capitán, con todos sus honores y privilegios, y son entre otros el tener una tropa de mujeres. Uno de estos Capitanes lo tenemos el día de hoy en la reducción nueva de Salivas que se ha fundado á orillas del Meta; llámase el Capitán *Camaneje*; todavía es gentil, y cuenta entre sus proezas, el haber pasado entre los suyos por el examen ya dicho, del cual conserva todavía las cicatrices y señales de los azotes que le confirieron el grado y le dieron el bastón.

De esta Nación, pues, como se dijo ya, se dió noticia al Padre Superior, y en especial dijeron, que había una crecidísima población como de dos mil Salivas, y aun se añadió que ellos mismos, de su voluntad, salían en tropas á pedir un Sacerdote que les predicase el Evangelio; pero el efecto mostró lo apócrifo de la noticia, como se verá. Estos ecos llegaron hasta nuestro Colegio de Santafé, con no poco consuelo de todos, y fervor de muchos que con instancias se ofrecieron para estos empleos, y se fueron de hecho algunos de ellos á los Llanos. En esta ocasión se quiso adelantar con tanta viveza esta empresa, que ya se había dedicado el pueblo ideado al gloriosísimo Príncipe San Miguel Arcángel, y se llevó un hermoso lienzo con su imagen, para las estrenas de la iglesia; efectos todos de las fervorosas ansias y celo ardiente de nuestros Conquistadores evangélicos y Misioneros apostólicos.

Dedicóse á uno de los Padres para esta peregrinación, y aunque no dice la crónica el nombre de este sujeto, se colige con mucha probabilidad, atendidas las circunstancias, haber sido el Padre Juan Ortiz Payán, quien acometió esta empresa. Embarcóse en el puerto de Casanare, en lo más riguroso del invierno, yendo entre dos aguas, navegando los ríos, lloviendo los cielos, de lo cual se seguían las incomodidades y trabajos en las rancherías, por hallarse anegadas las playas con las crecientes, y ser forzoso hacer noche en los bosques; y aun en ellos había apenas donde poner el pie, por estar anegados; el descanso de la noche era el miedo continuo á los tigres y leones, y á las culebras y otros animales ponzoñosos, teniendo por guarda y defensa de estos peligros, el ejército de zancudos, que con sus lancillas y picos agudos martirizaban al buen Padre, quien aunque era práctico en muchos caminos peligrosos y ásperos, cuales son todos los de esta provincia para casi todos sus Colegios, sin embargo echó de ver que estas inclemencias, soledades y retiros eran extraordinarios; pero el celo apostólico y el deseo de servir á la Religión lo vence todo.

Tomó tierra en el puerto de *Santa-Cruz de Atanarí*, en el río Meta; de allí pasó á pie, con todas las incomodidades y tra-

bajos que de este camino dijimos arriba, aumentándolas todas las muchas aguas, así de las que llovían como de las quebradas y ciénagas que iban caudalosas y crecidas, caminando por ellas y dando en barriales y atolladeros, en lo cual gastó tres días, al cabo de los cuales dió en nuestra reducción y pueblo de *San-Joaquín de Atanarí*. Allí le recibieron con grande gusto y alegría común de toda la población, la cual manifestaron trayéndole sus presentillos, unos de torta de cazabe, otros de plátanos y yucas, y otros sus muricas de bebidas, que es el mayor regalo y señal de mucha fiesta y bodas. Así recibieron al Padre, quien no quedó corto en los agasajos y cariños que hizo á todos, porque fuera de dictarlo así la caridad con estas almas hurañas, tenía el Padre natural amistoso, y agradable condición, prenda la más estimable en un misionero de gentiles para ganarlos para Dios.

Llegó nuestro pobre peregrino lleno de llagas; causadas por los calores excesivos y las picaduras de los zancudos y mosquitos; desgarradas las piernas á los rigores de las malezas y pajonales; y todo debía de ayudar para que le asaltase un corrimiento pútrido en el rostro, del cual padeció mucho por espacio de diez y seis días, con calenturas ardientes y excesivos dolores, irremediables éstos y aquéllos, por falta de medicina en esos desiertos tan retirados; pero la providencia de Dios hace maravillas singulares en la mayor desolación y desamparo, y aunque le duraron muchos días las calenturas, no debilitaron sus ardientes deseos de ayudar á la salvación de las almas. Pronto se dió al estudio de la lengua Achagua; hizo sus cartapacios y cuadernillos, y empezó á decorar como muchacho sus rudimentos, y en especial las oraciones de la doctrina cristiana; iba al mismo tiempo haciendo apuntamientos de vocablos y frases de lengua Saliva, por haber algunas indias de esta Nación en el pueblo de San-Joaquín, y en fin, hizo lo que pudo con muy buenos deseos y celo.

A breves días se trató de la empresa de los Salivas, aunque produjo en Atanarí mucho desconsuelo, porque allí se tomó lenguas y se supo con certidumbre haber sido mentirosa y falsa la nueva que en Santafé se había dado, de que salían tropas de dichos Salivas á pedir misionero; y habiendo sido esta nueva el mayor halago, desmayó el ánimo al entender lo contrario, pero no el espíritu ni el celo; entendióse también ser mentira y fantástica la población de dos mil almas, pero esta mentira fué hija de alguna cosa, como después veremos. Por esto se trató de la exploración, y se dispuso que la ida fuese por agua, echándose por el río de Meta abajo, y la vuelta por tierra, por la misma banda de Atanarí, para que así se descubriesen nuevos rumbos, se viesen los rincones, y se reconociese si había gentío. Corrióse por el río Meta casi hasta dar en su entrada al Orinoco; luego

se fué costeando la tierra, para dar en la población de los Salivas, tan numerosa y nombrada, y se encontró una tan pequeña, que constaba de cuatro casas, que apenas contenían veinte personas, y éstas tan ajenas de pedir misionero ó ministro evangélico, que á breves días se retiraron á otros rincones más dilatados y escondidos.

Estos dieron noticia de que entre las playas del Orinoco y riberas del mar Océano, frente á la Guayana, por una banda, y de la isla de la Trinidad por otra, había una población grande de su Nación, y aunque no expresaron ellos el número de dos mil, pudo ser que aquella mentira cierta fuese hija de esta verdad dudosa.

Quiso Dios recompensar el pesar de este desengaño con el consuelo de una parcialidad de Achaguas que se granjeó en esta peregrinación, porque caminando ya para arriba, se encontró en las orillas del Meta una poblacionsilla de un Cacique muy conocido entre los Achaguas por el nombre del *Caciquito*, que constaba de ocho ó diez familias, y todas ellas de poco más de cuarenta personas. Este Cacique se vino á *Atanarí* con algunos de sus compañeros, y dejando asentado el traer su gente en el verano, se volvió á su territorio, y trajo después á sus familias al tiempo señalado, y se agregaron con harto gusto y consuelo de todos al pueblo de San-Joaquín de Atanarí, y se vió florecer aquella reducción con mucho número de almas; y hubiéramos logrado en ese sitio un cuantioso pueblo, si la protervia de los Chiricoas enemigos, no hubiera, con sus continuas invasiones, hecho mudar de rumbo á los nuestros, como se dirá largamente después.

CAPÍTULO IV

SITIAN NACIONES ENEMIGAS Á NUESTROS ACHAGUAS DE ATANARÍ, DANSE VARIAS BATALLAS POR CASI TRES MESES, PADECEN LOS PADRES MUCHOS TRABAJOS Y PELIGROS, Y LOS LIBRA DIOS CON ESPECIALES PROVIDENCIAS.

Corría por este tiempo el año de 1668. Habiéndose ya vuelto á Casanare para cuidar de sus Achaguas el Padre Alonso de Neira, después de haber asistido en *Atanarí* dos años, sucedieron en su lugar y apostolado de San-Joaquín, dos fervorosos misioneros que fueron los Padres Antonio Castán y Juan Ortiz Payán, quienes codiciosos de tanto mérito, y agitados con el ejemplo del Padre Alonso, quisieron entrar á la parte de tan apostólicos trabajos y gloriosos empleos. Casi tres años, desde su primer entable, se vió nuestro pueblo de San-Joaquín de Atanarí con quietud, con serenidad y paz, y con mucho gozo de nuestros misioneros, quienes pasaban las soledades y trabajos por Dios,

y su Divina Majestad les daba consuelos doblados entre las necesidades y hambres continuas, las cuales fueron tales y tan penosas, que muchos meses no tuvieron otro mantenimiento que el agua de pimiento ó ají, de que se habló arriba; en él echaban á remojar sus costras de cazabe, y éste era el espléndido convite con que aliviaban sus trabajos. Todos estos sinsabores se endulzaban con el buen logro que se iba reconociendo en aquella gente y cristianismo nuevo. La asistencia de los indios á la iglesia era de todos los días, por la mañana á la doctrina cristiana, y por las tardes á oír los sermones que les hacían en su lengua, lo mismo hacían los muchachos á quienes se enseñaba á cantar, y ya comenzaban á oficiar la misa, cantaban en las fiestas principales de las pascuas, y en la del glorioso San Joaquín, patrono del pueblo, que la celebraban con grande aparato de arcos y danzas y otros regocijos modestos.

Ya se cantaban las letanías de la Madre de Dios y la Salve, estando tan paladeados los muchachos con estos entretenimientos divinos, que ellos mismos venían á solicitar al Padre que los enseñaba, para que cantasen, así estos himnos sagrados como otras cancioncitas á lo divino, que les había compuesto en su lengua, y acomodado las tonadas, de lo cual estaban todos muy contentos. Los grandes y viejos, y las indias, venían á oír las músicas, y aprendían también los romances, teniendo á los muchachos por maestros, y las cantaban en sus casas; otros habían aprendido á leer, y no faltaba quien fuese haciendo sus rayas para empezar á escribir. Ya se les había reducido á vivir vida política y con gobierno, con su Teniente, alcaldes, alguaciles y el fiscal, especialmente para el inmediato gobierno de la doctrina; ya finalmente se confesaban algunos adultos, mujeres y hombres, y los cristianos comulgaban entre año algunas veces; gloria singular para los Padres, que á costa de inmensos trabajos y desvelos conseguían efectos tan soberanos, viendo hecho teatro de los agrados de Dios lo que poco antes era campiña de Satanás.

No pudo sufrir éste la guerra continua que le hacían en sus propias tierras tan valerosos soldados, porque viéndose casi vencido de todo punto, por el abrasado celo de los de la Compañía de Jesús, armó sus lazos, desarrolló sus industrias y trazó sus medios y ardides diabólicos, para embarazar por lo menos estos empeños tan sagrados, y excitó los ánimos de gentes enemigas, para prender el fuego de las batallas, de que daré noticia breve.

Ya dije en el Capítulo XIV del Libro segundo de esta historia, que los Guagibos y Chiricoas son gente andariega y ladrona, sin casas, ni hogares, ni labranzas, andando siempre en continuo trajín, como los Gitanos, sustentándose de las raíces de

los árboles y sus frutas como animales de caza, de las monterías y pesquerías que hacen, y de lo que roban continuamente de las poblaciones que encuentran, dejando taladas las labranzas, como si fueran langostas ó tropas de jabalíes; así lo hacía la multitud de ellos, que está derramada por las ensenadas y montañas del río Meta, contra los miserables Achaguas de Onocutare y Atanarí, á quienes tenían tan avasallados antes que viniesen los de la Compañía de Jesús, que se entraban á sus labranzas como si ellos las hubieran hecho, y en sus poblaciones, como si fueran suyas propias, y con tan despótico dominio, que no había cosa reservada para ellos; hasta las mujeres se las quitaban á los tristes Achaguas, y aunque es verdad que no se las llevaban á sus territorios, el tiempo que estaban entre ellos lo pasaban en sus mismas casas echando á sus dueños de ellas; maldad execrable que quiso Dios estirpar con nuestra asistencia, porque después de nuestro asiento en Atanarí, cesó esta libertad y atrevimiento general, beneficio por el cual se mostraban los Achaguas agradecidos á nosotros. . . . .

Abolido este vejamen, no por eso se retiraron del todo los Chiricoas y Guagibos de los Achaguas de Atanarí; tratábanlos como amigos, venían á visitarlos por el verano, y les traían sus regalillos y algunos pescados y carnes de sus montañas, uno y otro ahumado, que es el modo que tienen de preparar estas cosas para que tengan más duración, por carecer de sal. Recibíanlos con amistad los Achaguas, y regalaban también á sus huéspedes los días que allí estaban; pero como los Guagibos y Chiricoas venden muy cara su amistad, pareciéndoles muy bajo precio el amistoso agasajo de los Achaguas, hacían de las suyas á su partida, robando y talando las labranzas de los pacíficos habitantes, que tales son los manejos de estos bárbaros, y la moneda con que pagan los agasajos que reciben.

Siendo esta la costumbre de los Guagibos y Chiricoas en todos los veranos, la pusieron en ejecución en el del año de 1668; fueron viniendo por tropas á Atanarí, gozaron algunos días de sus amigables correspondencias, unos y otros, pero la perversidad natural de los Guagibos, que es tan violenta, salió como de madre en esta vez para inundar la tierra. Con sus repetidos latrocinios íbanse desvergonzando, y soltando la rienda á sus insultos, más y más cada día, y ya se iban enfadando los Achaguas, y llevaban muy á mal que les destruyesen sus yucas, y talasen sus rocerías y labranzas; quejábanse varias veces á los Padres, y ellos los consolaban como podían, y juntamente reprendían en repetidas ocasiones á los culpados, haciendo el cargo más grande á sus Capitanes y Caciques, quienes debían estorbar como cabezas tan continuados latrocinios; mas como eran bárbaros,

sin leyes humanas ni divinas, se hallaban impotentes para impedir los hurtos, porque á la verdad, faltando la virtud en quien gobierna, es forzoso que flaquée aun la República más cristiana. Poco se les dió á los Guagibos de estos escrúpulos y reparos de los Padres y prosiguieron en sus robos como lo hacían antes; en una ocasión, á los principios de Enero de dicho año de 1668, habiendo salido á sus labranzas el Teniente de nuestro pueblo de San-Joaquín, con alguna gente suya y sus mujeres, para traer á sus casas bastimento, dieron con una cuadrilla de Guagibos, que les estaban robando: ardió la impaciencia con la vista del agravio que tenían presente, y disponiendo sus arcos y flechas, y haciendo sus algazaras, dieron tras de los ladrones, que como tales, á los primeros lances se pusieron en huída, y siguiendo los nuestros á su alcance, hirieron de muerte al hijo del Cacique de aquella parcialidad, y se volvieron al pueblo ya encarnizados con aquel primer encuentro y disturbio.

No lo quedaron ménos los Guagibos de la parcialidad del Cacique *Bacacore*, que así se llamaba el padre del flechado (quien murió en breve como después se supo); era Bacacore de repugnante aspecto, pues sobre ser pequeño de estatura, más de lo regular, era tuerto y calvo, y esta última es una monstruosidad entre los indios, como ser barbados en demasía, porque son rarísimos en ambos extremos; no obstante estos defectos naturales, era Bacacore indio de gran valor, arriesgado é intrépido, y sintió el caso con extremo; y como veía morir á un hijo suyo, que aun entre bárbaros tiene lugar este natural dolor y pena común, trató de la venganza, y la fué ejecutando como se irá viendo. Cuando nuestro victorioso Teniente volvió de su empresa, y dió parte á los Padres de su primer rompimiento, se persuadieron ellos del fin que habían de tener tales principios; penetraron los riesgos, adivinaron los peligros, y se echaron á pechos de un golpe un cáliz amarguísimo, de sinnúmero de trabajos, y hasta de la muerte misma, y como unos y otros no atormentaban menos imaginados que padecidos, comenzaron desde esa hora á morir, dando principio al padecer.

Provenía el cuidado de los Padres de reconocer que la Nación Achagua era gente débil y pusilánime, de apocado espíritu, y más á propósito para manejar la rueca que los arpones y macanas contra las Naciones Chiricoa y Guagiba, especialmente cuando éstas la tenían avasallada como arriba se dijo. Considerábase al mismo tiempo, que al fin eran indios todos, y bárbaros, y que ellos dándose algún día por amigos, y entregándoles á su disposición á los Padres, quedaban compuestos sus duelos. Mas aunque todo se discurría y todo apesaraba, la protección divina alentaba á nuestros misioneros. Hablaron á sus indios que estaban ya albo-

rotados y medrosos, en especial las mujeres y chusma, entre quienes sólo se oían llantos y clamores con aquel sonsonete triste, propio de esa Nación, que sabe infundir melancolías en el ánimo más alegre y jovial. Acudían con suma caridad los Padres consolando y confortando con sus palabras á sus desmayados hijos, que se daban ya por muertos, con sólo pensar en Bacacore.

Hablaron, como digo, á los indios, manifestándoles los riesgos, y alentándolos hacia la defensa de sí propios, de sus mujeres é hijos, como á la de los mismos Padres. Diéronles algunas militares industrias, padeciendo infinitas angustias para instruírlos, por su natural barbaridad, mandándoles prevenir armas, y que las registrasen todas. Hízose minuta de cuánta gente había de macana y flecha, repartiéndose después por diferentes cuarteles, para que por todas partes hubiese alguna guarnición, porque por todas ellas amenazaba el riesgo, pues estaban en campo abierto, y á las mujeres se les mandó que con toda la chusma acudiesen, en tocando á rebato, á guarecerse en la iglesia, como casa de refugio.

De esta manera estaban hechos los Padres maestres de campo, y aunque en lo exterior muy alentados, para que no desmayasen sus indios, en lo interior estaban sumamente afligidos y desconsolados, con angustias de muerte en aquel retiro lamentable, destituido de todo amparo y socorro humano, sin tener siquiera una arma de fuego, cuyo estruendo y estallido entre estas Naciones es formidable. No hay duda de que sería todo tristeza y desconsuelo, y así lo significaron los Padres en sus cartas, cuando casi milagrosamente pudieron escribirlas; especialmente uno de ellos ponderaba con argumento de su natural cobardía, la grandeza de Dios y de su alta Providencia, pues habiendo vivido sin ejercicio de armas, ocupado tan sólo en las escuelas, andaba ahora en medio de dos ejércitos de bárbaros, animando á los suyos, lloviendo sobre sí aguaceros de flechas, á cuyo zumbido formidable correspondía el horroroso estruendo de la gritería y macanas, pero tan libre de temores el que antes se desmayaba (como él decía), al ver desenvainar una espada, que no se le ofrecían motivos de miedo, como aseguró él mismo al dar el "¡ Santiago!"

Ayudó mucho el haber llevado este Padre una pistolilla pequeña, que por casualidad le dió un discípulo suyo cuando se partió de Santafé á los Llanos; con ella y con muy poca pólvora que llevó de Casanare cuando bajó al Meta para algunos remedios, y sin pensamiento de guerra, hacía sus tiros al aire, sin bala ni otra cosa ofensiva, sino sólo el estruendo, que los espantaba terriblemente en las invasiones que cada día había, y emboscadas que hacían en todo este tiempo, teniendo ya los enemigos casi taladas las rocerías de nuestros Achaguas, los cuales

comenzaban á sentir hambre y necesidad, porque temían mucho ir á las labranzas, por las emboscadas que en ellas había de enemigos.

Así se iba pasando con invasiones ordinarias y con sustos continuos, bien que no del todo desconsolados, porque nuestros indios se mostraban firmes, no obstante su cobardía natural, alentados para resistir á los contrarios con las exhortaciones de los Padres; no sonaba entre ellos otra cosa que militar estruendo y aparato de guerra, disposiciones de flecherías, y preparación de macanas y arcos. No por el alboroto de la guerra, para la cual se prevenían, se olvidaban de las buenas costumbres; en medio del ruido militar acudían á la iglesia todas las tardes á rezar los catecismos y doctrina cristiana, y para que este encerramiento de todo el pueblo nó redundase en algún peligro, se ponían sobre las casas cuatro ó seis muchachos de los más grandes, repartidos á trechos, para que sirviendo de centinelas diesen aviso con sus voces si descubrían enemigos; los demás indios tenían orden de acudir al toque de doctrina con sus armas, las cuales iban arrimando á la pared de la iglesia antes de entrar en ella, formando allí su cuerpo de guardia, para que estuviesen las armas á mano por lo que pudiese suceder.

Hartas veces les tocaron á rebato los centinelas, y les hicieron salir á batalla con los rosarios en las manos, y nunca más seguros, pues iban por amparo suyo las balas de las Ave Marías, y esta Señora tiene muy hecha la mano de su poder á vencer enemigos, á rendir rebeldes y confundir contrarios; y en esta ocasión se vió claramente su amparo en el mayor peligro. Y fué, que como no habían hecho los enemigos invasión considerable, pues ningún daño habían causado á nuestros indios (aunque muchísimo en las labranzas), trataron de tomar con más fundamento la empresa, y determinaron dar con más fuerza la embestida; convocó el Cacique Bacacore á su gente, entre quienes había Capitanes de conocido valor, juntó á otros amigos y parcialidades de la misma Nación Guagiba y Chiricoa de otras capitanías, representoles su enojo con aquella energía de palabras, nacida de su rencor y braveza, que sabe hacer elocuentes aun á los mismos bárbaros, avivoles el sentimiento para que avivasen el despique, por el agravio recibido. Como diestro que era Bacacore en las expediciones de la guerra, mandó que se retirasen á una ensenada distante del río Meta todos los viejos y mujeres, y la más chusma, dejando en su compañía todos los gandules hábiles para jugar las armas. A éstos los fué repartiendo en escuadrones con lindo método, asignando á cada cuadrilla la parte del pueblo por donde había de embestir, señaló en todo caso una buena cuadrilla para la casa de los Padres, diciendo que éstos habían de

ser los primeros que debían morir, porque vencidos ellos, fácilmente quedarían vencidos los Achaguas, que sólo vivían con el aliento de sus Curas, y como experto Capitán les obligó más al empeño con el interés, prometiendo repartir las sábanas, ropa y alhajas de los Padres y de la iglesia, conseguida la victoria.

Esta última determinación y crueles designios, los supieron con singular providencia de Dios los misioneros, y fué en esta manera: que esta junta, ó Consejo de guerra, á su modo, la hicieron los Guagibos en una labranza de los Achaguas, á donde habían ido algunos de éstos á recoger y traer sus frutos, y dando con ellos los Guagibos, fiaron en sus pies la seguridad los Achaguas, y huyendo todos los demás, se quedó uno de ellos emboscado en la misma montaña, ó porque le embargó los pasos para la fuga el demasiado temor, ó porque le detuvo allí la Providencia Divina, para que pudiese avisar; hízolo cuando ya los Guagibos y Chiricoas, en ejecución de lo que habían decretado, se volvieron al Meta, para ajustar sus determinaciones de dejar á los viejos, niños y mujeres (como ya dije), y volver á la empresa más desembarazados.

Cuando el triste Achagua se vió libre de las garras de sus enemigos, no veía la hora de verse con los Padres; llegó transido y trasnochado, y casi desfigurado del miedo, y dió las noticias referidas, tanto á nuestros misioneros como á los demás de San-Joaquín, en cuyos corazones cayó un temor fatal, y en los de los Padres no menor desconsuelo; consideraban el riesgo notorio que corrían nuestros indios, y el que amenazaba su existencia, pues al fin vendrían á ser ellos solos el despique del furor de los Guagibos, pero sobreponiéndose al temor, dispusieron en primer lugar recurrir al amparo más seguro, haciendo dueña de esta acción á la Santísima Virgen María, pidiéndola con humildes ruegos recibiese á su cuidado y patrocinio esta empresa; y para conseguirlo, la dedicó uno de ellos un novenario de misas que comenzó á decir aquel mismo día, y se conoció evidentemente el amparo de esta celestial Señora, no sólo en el buen suceso de la refriega, sino en el medio raro que dió para asegurarlo.

Fué así: la consulta dicha de los enemigos había sido á fines de Enero del año de 1668, y la diligencia de novenario hacía tres días que se había empezado, cuando á 1.° de Febrero, víspera de la Purificación de la Virgen María, estando ya nuestros indios determinados á entregarse y á entregar á los Padres á los enemigos, ó á huírse y dejarlos solos (que todo fuera desdicha lamentable), cuando estaban más afligidos y desconsolados por verse destituidos de todo socorro humano, entraron á nuestro pueblo de Atanarí, sin pensarlo ni imaginarlo, catorce soldados del Presidio de la Guayana; venían fugitivos, y habían navegado

el Orinoco, y saltando á tierra, caminaron por aquellas montañas y desiertos, siguiendo solamente al sol, que les servía de guía, sin saber á qué altura se hallaban ni cuál rumbo seguían, guiándolos con alta providencia, mejor luz que la del sol, pues era tan buena estrella como la Virgen María.

Llegaron los pobres hombres más para rendir sus huesos á los horrores del sepulcro, que para rendir á los contrarios en el calor del combate: flacos, consumidos, calenturientos, casi desnudos, y finalmente, parecía que se habían presentado en Atanarí más para espantar á los vivos, por lo que tenían de esqueletos y fantasmas, que para librarlos de los enemigos con sus espadas y arcabuces. Sirvió su llegada no obstante de indecible consuelo á los misioneros, aunque les ocasionó grave dolor el hallarse en tan extremada pobreza y necesidad, porque no comían hacía meses, sino agua de ají, en la que remojaban el cazabe; y llegando estos pobres españoles tan necesitados, quisiera su ardiente caridad tener con qué consolarlos. El mejor regalo que se les pudo hacer fueron unas *puchas* ó masamorra de harina de maíz sin sal; quitáronse sus camisas los buenos religiosos, y aún los calzones y jubones de su uso, y repartieron lo que pudieron entre los pobres soldados, para que anduviesen algo decentes, y se hizo con ellos en demostraciones de caridad y amor, lo que permitía aquella desamparada soledad.

Cuando vieron los Achaguas á los Españoles en sus tierras, y los arcabuces que cada soldado trajo, quedaron no menos gozosos que admirados; y con las exhortaciones que con esa ocasión les hicieron los Padres, cobraron ánimo y notable brío, y perdieron el miedo, determinándose á morir antes que desampararlos. Fué universal el consuelo y regocijo de todos, y muy especial el de los misioneros, que reconocieron con muy justa razón por favor especial de la Santísima Virgen María aquel consuelo impensado. Teniendo ya soldados, auque valdados casi todos y enfermos, se fueron disponiendo más en forma los ejercicios militares; limpiáronse los arcabuces y mosquetes, y se secó la pólvora, que apenas serían dos libras las que traían entre todos; ajustáronse á los cañones las balas, y se fueron repartiendo centinelas á trechos por toda la circunferencia del pueblo, y de noche se formó en la plaza el Cuerpo de guardia, á donde acudía la Capitanía á quien tocaba el servicio por turno á sus horas, para que en toda la noche no faltasen centinelas; y aunque de estos Capitanes iban velando y durmiendo conforme á sus horas, y los demás del pueblo dormían en sus casas, los Padres velaban toda la noche por espacio de casi tres meses que duraron los temores, andando en continuo movimiento, recorriendo y registrando las centinelas, para que no se durmiesen ó descuidasen sus obligaciones.

Para el buen gobierno de este Cuerpo de guardia, se señalaba cada noche un soldado de los recién venidos, para que como Cabo fuese remudando las vigías; fué de grandísima utilidad esta vigilancia y disposición, como mostró la experiencia, porque rara era la noche que no viniesen á deshoras emboscados los enemigos é hiciesen sus embestidas, saliendo siempre victoriosos los nuestros, y siempre unos dos ó tres de los contrarios flechados, cuyos cadáveres se solían hallar al día siguiente á las orillas del río Atanarí, por donde les hacía echarse á nadar el espanto que les hacía huír; y eso tiene la yerba con que envenenan las flechas, que en tocando el cuerpo el agua, es mortal la herida. No por eso cesaban los enemigos, ni perdían las esperanzas de triunfar, antes bien se iban obstinando más y más cada día, y se encarnizaban como tigres, no sirviendo la sangre derramada de los suyos sino como de aceite sobre el fuego, para levantar más la llama de su rencor y enojo, como veremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO V

DÁSE UNA BATALLA SANGRIENTA ENTRE LOS ACHAGUAS, GUAGIBOS Y CHIRICOAS, CUYO CACIQUE BACACORE TIRA Á MATAR Á UNO DE LOS PADRES; MUERE ESE MISMO DÍA EL INFELIZ BACACORE CON OTROS CUATRO CAPITANES DE LOS GUAGIBOS.

La consulta y última determinación que dijimos había tomado Bacacore, de que nos dió el Achagua noticia, no se había ejecutado todavía, que si él la hubiera puesto por obra antes de la Candelaria, hubieran tenido, según lo humano, desafortunadísimo suceso los nuestros, como se deja entender de lo que se ha dicho. No es la mejor fortuna de los Capitanes tener buenas resoluciones, sino saber ejecutarlas; por eso vemos cada día entre los Príncipes y Reyes sucesos muy lamentables, entre acertadísimas disposiciones, por omisión de sus ministros: ejemplos hay sobre este punto en todas las Monarquías, y por eso decía Carlos V, de gloriosa memoria, que salía él en persona á las batallas, para que fuese lo mismo dar las órdenes que ejecutarlas, lo cual le dió tantos laureles en tan repetidas batallas, como lo publica el mundo; y este mismo dictamen fué el que le grangeó tantas victorias al grande Alejandro, como lo advirtió Plutarco, historiador suyo.

Nada de esto había llegado á noticia de Bacacore, pues tomó una resolución tan bien pensada como vimos, y tuvo sin embargo tan mal efecto como veremos, por no haberla ejecutado con presteza. El día 11 de Febrero, víspera de Carnestolendas, habían

dicho les Padres misa y tenían puestas sus centinelas sobre las cumbres de las casas para que descubriesen toda la campaña, como lo hacían todos los días, cuando entre las nueve y diez de la mañana, apareció sobre nuestro pueblo todo el grueso del ejército contrario, marchando en buen orden, repartido por todas partes, según la disposición que había dado su General y caudillo. Llegaron los Chiricoas sobre nuestro pueblo de Atanarí con aquel aparato y prevención que usan en sus batallas, y que requería este empeño. Venía delante de todos Bacacore, tan orgulloso como bárbaro, supliendo la falta de estatura que le negó la naturaleza, con lo arriscado de su aspecto, con los *embijes* de su rostro, con el carcaz y macana que traía en la mano, y guiando sus cuadrillas los cuatro Capitanes de que hablaremos después, cuya flechería y armas podían rendir con sólo verse, aun antes de la batalla, al espíritu más valeroso. Apenas se reunieron en el pueblo, cuando levantaron los gritos que llenaron los aires con desmedido asombro, y sin esperar á razones, cerraron con los Achaguas, y se comenzó la pelea, repartidos á trozos por varias partes de la población.

Acudió con presteza el Padre Antonio Castán á cuidar de las mujeres y niños, y á defender juntamente la iglesia de la violencia de los bárbaros, con la gente que allí se puso de guarnición. El Padre Juan Ortiz Payán andaba en continuo movimiento acudiendo á las tropas de sus indios, alentándolos y animándolos, metido en medio de los dos ejércitos, lloviendo sobre su cabeza sin cesar un furioso aguacero de flechas, no sólo de los enemigos, sino de las de sus indios propios, por andar en medio de ellos, hecho por Cristo General del campo, para confortar á los suyos. Aquí era donde vivamente ponderaba el Padre Payán los auxilios de Dios; pues á pesar de su natural cobardía, acudía á una y otra parte, según reconocía más ó menos flaqueza, cuando le avisaron los nuestros que ya el Cacique Bacacore, llevado de su arrogante intrepidez, se había apoderado de una de las casas de los Caciques de nuestro pueblo, en donde había gran peligro.

Partiose allá desalado, y al llegar á la casa, le salió al encuentro Bacacore encarnizado como fiera, blandiendo la macana, y diciendo á los suyos: matemos á éste que es el Capitán, y esto, embistiéndole ya para descargarle el golpe. No llevaba el Padre arma ninguna, ni defensiva ni ofensiva, más que una cruz de carabaca y una estampa de papel del tránsito de San Javier, que traía siempre en el pecho, de la cual decía con donaire, que era su sayo de armas que le había de defender en los peligros. Cobrose de ánimo el Padre, y con valor resuelto, en lugar de volver el pie atrás, se abalanzó al indio que venía ya descargando el golpe, y le dió dos ó tres gritos terribles que le espantaron;

pero aunque bastaron éstos para aterrarle y sorprenderle, no fueron suficientes para detener el impulso de la macana que venía ya por el aire, y que con su natural peso caminaba al estrago, y hubo de descargarle un furioso golpe que recibió el Padre sobre el hombro derecho, y hubiera sido mortal, sin duda, si hubiera resistido todo el impulso de lleno, y no hubiera él andado tan ligero en acercársele. Quiso asegundar el indio otro golpe, y ya levantaba la maza en alto, pero el tiempo que gastó el bárbaro para enarbolarla segunda vez, le sobró al Padre Payán para abrazarse con él, pidiendo socorro á los suyos, y bregando por sujetarlo. En el ínterin ya venían á socorrer á su Cacique algunos de los Chiricoas, viéndole en este aprieto; mas se anticipó el Cielo para socorrer al ministro de Dios que estaba metido en este riesgo para su gloria. Acudió con ligereza uno de los soldados españoles con algunos indios Achaguas á socorrer á su amado Padre; y fuele tan mal á Bacacore, que á pesar de su arrogancia y fuerza con que fulminaba pestes y despedía bravatas ardiendo en furor y cólera, fué preso con ignominia, y despojado de las armas de que blasonaba hinchado. Guardó el Padre Payán esta macana, y la conservó muchos años con estimación por haber sido el instrumento que le hizo padecer aquello poco, en desempeño de sus empresas espirituales y defensa de sus indios; quedóle gran dolor en el hombro y brazo, aunque no lo sintió en todo el tiempo de la batalla, ni desmayó en presencia del peligro; renováronsele por tiempos estos dolores, y le quedó algún impedimento en el ejercicio del brazo, sin duda para que le sirviese de recuerdo del riesgo inminente de que Dios le libró.

No fueron menores los peligros del Padre Antonio Castán, que andaba también entre el diluvio de flechas que en todos los cuarteles llovían y cruzaban sin cesar por el aire, turbando con su multitud la vista, y molestando el oído con el zumbido y el cimbrar de los arcos á la violencia de la cuerda. Conocióse el favor divino y el de la Santísima Virgen en esta tan reñida batalla, pues no obstante la ventajosa fuerza de los contrarios, por ser con demasía muchos en número, y de superior valor á los indios Achaguas, llevaron la peor parte en la refriega. Después de haber flechado nuestros indios á muchos de los contrarios, hicieron el último esfuerzo para ahuyentarlos y vencerlos; acometieron á los Guagibos con tal ímpetu, que aprehendieron y aseguraron á sus cuatro capitanes, infundiendo tal pavor y miedo en los enemigos, que, faltos de esfuerzo y de consejo volvieron ignominiosamente las espaldas en atropellada fuga.

Desmayados con el susto y ciegos con el pavor, corrieron desbaratados y sin orden, y se arrojaron unos en el río Atanarí y otros en una quebrada llamada Cavaricutí. De los nuestros no hubo más que un muerto y unos pocos heridos.

Los soldados españoles, como caudillos de aquella campaña, y á quienes habían requerido los Padres de parte del Rey Nuestro Señor para que defendiesen aquel pueblo, que estaba ya puesto en la corona real, y tenía el escudo y armas de nuestros católicos Monarcas, colocado en la iglesia, juzgaron por conveniente hacer en aquellos prisioneros un ejemplar castigo, para que se atemorizasen los demás. Esforzáronse los Padres primeramente en salvarles la vida, y como no lo consiguieron, en salvar sus almas persuadiéndolos á que recibiesen el bautismo para que lograsen la vida del alma ya que habían de perder la del cuerpo; ellos, obstinados como bárbaros y endurecidos en el fuego en que ardía su rabia, viéndose aprisionados y vencidos cuando presumían triunfar, se resistieron á las exhortaciones de los misioneros con dureza de brutos y obstinación de paganos. Viendo esta obstinación y ceguedad los soldados, y que perdían el tiempo los Padres en exhortarlos al bautismo, hubo de hacer su oficio la justicia, en el cual rindieron, con muerte ignominiosa, la vida, los cuatro temidos capitanes con el valiente Bacacore, empalados en los caminos y trochas por donde ellos venían á ejecutar sus insultos, quedando hechos los países de Atanarí el teatro del escarmiento que concluyó con el orgullo del arriscado Cacique y sus secuaces, más para su eterna perdición que para su muerte temporal.

Bien se juzgará ya, que con la pasada batalla quedarían libres nuestros misioneros de la congoja; pero quiso Dios apurar más y más su constancia y aquilatar más su paciencia: hasta el once de Abril duraron las invasiones, porque era rara la noche que dejaban de hacer los enemigos las emboscadas, durando todo este tiempo los centinelas de los nuestros, y la vigilia perpetua de los Padres; siempre salían los enemigos con la peor parte, y no acababan todavía de escarmentar; rara fué la noche de emboscada en que no saliese alguno flechado, de suerte que en esta variedad y diferencia de ocasiones, debieron ser algo más de 40 los muertos contrarios.

En este mismo tiempo tuvieron los nuestros otro peligro bien grande, del cual los libró Dios por un medio inimaginable. Fué el caso, que una india de los Guagibos vino á nuestro pueblo, y dijo, que sus parientes estaban muy enojados cuanto ofendidos; que estaban determinados á tomar sangrienta venganza, y que para eso estaban previniéndose en el monte de Guayapeje; éste es un palmar fragosísimo y muy dilatado, que está á un día de camino distante de nuestro pueblo de Atanarí, entre él y el río de Meta; desde este palmar, pues, añadió la india, que habían enviado á llamar á otros indios que estaban más distantes, en las ensenadas del Meta, para que viniesen á ayudarles, y trajesen cantidad de flechas envenenadas, y que ya había llegado el Capi-

tán *Carapai* con su gente, y aguardaban con la suya á los Capitanes *Opevení* y *Masitaoare*, y que también habían mandado á convidar una buena parcialidad de Caribes, gente cruel y brava, quienes vivían más abajo, cerca de las bocas del Orinoco. Esto dijo la buena india Guagiba, y luego pidió licencia para volverse á su campo, para que no la echasen de menos los suyos.

Quedaron los nuestros no menos obligados que confusos: obligados, por el aviso tan importante, y confusos, por la duda que razonablemente se ofrecía, viendo que una india bárbara, quebrando la fe á su propia Nación, quisiese asegurar la extraña, dándole aviso de su riesgo tan de su motivo propio, y volviese luégo con tanta brevedad; todo inducía á confusión y todo ofrecía sospecha de si sería por ventura alguna traición cautelosa, ó diabólica traza. Encomendóse á Dios el negocio y se pensó acerca de él con presteza, y con la misma se tomó la resolución de partir luégo á Guayapeje y dar sobre los enemigos y espantarlos, sin darles lugar á que se fortificasen más con nueva gente, ni á que viniesen los Caribes, porque si se incorporaban todos, sería negocio desahuciado, y tendrían los nuestros grande peligro de ser dulce plato de los Caribes, que por una boda de carne humana darán ellos treinta batallas con mucho gusto.

Como se determinó, así se ejecutó aquella misma noche. Repartióse la gente: quedó con algunos de los soldados un trozo de ella y uno de los Padres en el pueblo, para resguardo suyo y de las mujeres y niños; la demás gente flechera con los otros soldados y el otro Padre marcharon á las seis de la noche para poder ganar el monte á la del alba; pareció forzoso caminar de noche, porque no tuviesen los enemigos centinelas sobre los árboles, y descubriesen nuestra comitiva, como era fácil hacerlo de día. Así se fué caminando toda la noche, y se vió una cosa bien singular, ó de la destreza de estos indios, ó de la protección del Angélico Doctor Santo Tomás, de quien era devotísimo uno de estos Padres desde sus tiernos años, y por reverencia del Santo y de su sagrado nombre, hizo instancias de que se agregase á la tropa un indio de la Guayana que se llamaba Tomás.

En esto había dificultad, porque estaba el tal indio Tomás actualmente con tercianas, y ya le había entrado aquel día la calentura bien fuerte, pero el Padre, á quien parecía que el nombre de Tomás hacía mucho al caso, le instó y consiguió que fuese; y á la verdad, si él no va, se hubiera perdido todo, ó no se hubiera hecho nada, porque la montaña ó palmar de Guayapeje es dilatadísimo, tiene más de cuatro leguas de longitud y algo más de dos millas de ancho, y la india Guagiba no había dicho á qué parte del palmar estaban los enemigos, ni los nuestros advirtieron á preguntárselo, quizá con la tribulación y miedo que causó el

aviso. Estaban los nuestros á la entrada de la montaña, pero confusos todos por no saber hacia dónde habían de embestir, y venía ya rayando la aurora. En estas perplejidades estaban, cuando el indio Tomás Guayanés se arrojó en tierra, y oliendo en ella por varias partes, como los perrillos de rastro que para ese efecto llevan á las montañas, descubrió con el olfato la senda que no podía descubrir la vista ni alcanzar el discurso; gobernó por allí la gente, y fué con tanto acierto, que dieron sobre el enemigo, y rompiendo con su escuadrón, le desbarataron y pusieron en huída, disparando sobre los Chiricoas un diluvio de flechas, con muerte de algunos de ellos, que más debían morir del asombroso estruendo que causaron los tiros de los arcabuces entre aquellas montañas, al darles carga cerrada los soldados, que aun de las flechas mismas. Fué feliz el suceso, sin muerte de los nuestros; y aunque muchos de éstos atribuyeron el suceso á la destreza de Tomás y á la viveza de su olfato, el Padre se estuvo firme en su devoción y buena fe, diciendo con donaire que bastaba llamarse Tomás para haber sido causa el Guayanés de tan feliz suceso.

CAPÍTULO VI

DAN CUENTA LOS PADRES DE SUS PELIGROS AL PROVINCIAL, Y PIDEN SOCORRO AL SUPERIOR DE LAS MISIONES; DETERMINA ÉSTE, CON LOS DEMÁS MISIONEROS, QUE SALGAN Á CASANARE; PADECEN INMENSOS TRABAJOS EN SU PEREGRINACIÓN HASTA LLEGAR AL PUERTO.

Parece que con tan felices sucesos de los nuestros, con tantos infortunios de los contrarios, con dos batallas campales, fuera de las emboscadas continuas tan bien reñidas y tan afortunadas, podrían cesar los recelos de los misioneros; pero no fué así, porque cada día nacían nuevos motivos de desconsuelo y congojas mortales. No fué el menor de todos el que, pasada la Pascua de Resurrección de aquel año, se determinaron los soldados Guayaneses á separarse é irse, siguiendo sus aventuras hasta encontrar punto fijo en el Nuevo Reino; temían, como hombres, verse entre Naciones bárbaras enemigas, y ya con los sucesos de la guerra se habían acabado las municiones de la poca pólvora y balas que habían traído; el hambre y la necesidad de nuestro pueblo era el enemigo más cruel; motivos todos que les movieron á dejar á los Padres, y lo principal por los deseos que tenían de ver á los suyos y descansar en su patria; motivo fortísimo cuanto es de natural este afecto. Así lo ejecutaron, quedándose con los Padres seis de ellos solamente, á quienes detuvo el imposible de estar baldados y casi moribundos.

Determinaron los misioneros que fuese con ellos el Teniente de nuestro pueblo de Atanarí, con otros cuatro indios de los Achaguas y diesen cuenta de sus trabajos y peligros al Padre Hernando Cavero, Provincial entonces, haciendo relación de todo, y pidiéndole el socorro de sacrificios y oraciones, que era sólo el que podían esperar de la ciudad de Santafé, por la gran distancia que hay al Meta. Escribieron también al Superior de las misiones, con los mismos avisos, pidiéndole alguna pólvora y balas con algunos sacos de armas para la defensa contra los enemigos, rogándole les remitiese algún socorro de carne salada de vaca, algunos quesos y sal, porque de todo esto había en nuestro hato de Casanare, siquiera para tener ese corto socorro para sí y para los miserables soldados, que ya perecían de hambre unos y otros; encargaban la presteza, por el peligro que había en la tardanza.

Partiéronse los caminantes alegres, dejando á los Padres tristes y solos, aunque con el consuelo de dar cuenta de sus trabajos á los Superiores (que con la compasión de éstos se endulzan mucho los afanes de los súbditos). Más de treinta días tardaron en volver el Teniente y sus compañeros, y cuando esperaban los buenos Padres solitarios un envío cuantioso de carne, quesos y vituallas, y todo lo demás para consuelo de sus soledades y alivio de sus trabajos, sólo les trajeron un pliego bien grande de compasivas cartas de los misioneros de los Llanos, y del Superior, en las cuales se les mandaba que en todo caso procurasen luego al punto salirse afuera, ó por el monte ó por los ríos en embarcaciones, porque así lo determinaba el Padre Superior, con consulta de los demás Padres. Afligiéronse extraordinariamente los misioneros de Atanarí, así por ver que no hubiesen traído unos tasajos de carne para los soldados enfermos, como por la certidumbre que tenían de los inmensos trabajos que se habían de subseguir forzosamente del viaje, por cualquiera parte que se hiciese; si por tierra, no podría seguirse por el camino que algunas veces se había andado, porque era por las orillas de los ríos Meta y Casanare hasta dar en las bocas del río Aritagua, y aquella parte era por donde estaban esparcidos y emboscados los Guagibos enemigos, con que había de ser por el rumbo contrario, tomando la tierra dentro hacia la parte del Norte, por tierras y montañas nunca pisadas de los hombres aunque muy habitadas de fieras bravas. Si se había de hacer el viaje por agua, era también muy difícil la empresa, así por el peligro de los enemigos que, como se ha dicho, estaban á las orillas de los ríos, como por la dificultad de las embarcaciones. De éstas tenían los Padres, en su Puerto de Santa-Cruz, en el Meta, dos canoas medianas y otras dos ó tres pequeñas, y una piragua grande hasta de cien toneladas, que era del Rey Nuestro Señor, y la habían traído de la

Guayana los soldados fugitivos hasta la boca del Orinoco, y de allí la habían subido nuestros Achaguas al pueblo del Meta. Esto servía de algun consuelo, porque por lo menos se repartía la gente, unos por agua y otros por tierra; aplicando á las embarcaciones los más impedidos é imposibilitados de caminar á pie. Con este pensamiento se partió el Padre Payán, á quien llamaban los enemigos el Capitán, hacia el pueblo del Meta, llevando de guarnición diez y seis indios flecheros y tres soldados, los menos enfermos de los seis que habían quedado, con sus armas de fuego, por ser la más ordinaria madriguera de los enemigos aquella parte del Meta, y haber de atravesar el monte y palmar de Guayapeje, en donde fué la refriega arriba dicha. Llegó el Padre, y haciendo una balsilla ó embarcación de cuatro palos, se arrojó al río del Meta con sólo dos indios, y reconociendo los esteros y resacas por más de media legua de distancia, fué encontrando sus embarcaciones hechas pedazos por el furor de los Guagibos, que quisieron vengar sus agravios con hacer aquel daño en las embarcaciones, y lo que es más cierto, por estorbar á los nuestros de todo punto que pudiesen arrojarse á la otra banda del Meta á darles alcance, porque este caudaloso río les servía de foso muy seguro.

Volvióse el Padre Payán con su gente, afligidos todos de ver este estrago que les atajaba los pasos cuando deseaban volar en alas del remo, y de que ya por aquella parte no había remedio alguno. Tomóse la resolución de irse por las tierras incógnitas y jamás pisadas de hombres; publicóse el viaje para el 13 de Abril; comenzóse á hacer la única prevención del pan de palo ó cazabe, pues no había otra cosa para el matalotaje de tan largo camino. Estaba alentadísimo todo el pueblo para partirse con los Padres á nuestro pueblo de *San-Salvador del Puerto*, que era de su misma Nación, y se hubiera ejecutado así, si no hubiera comenzado á picar casi de repente el contagio de las viruelas, de que adolecieron muchos, enviando Dios esta mortificación de refresco á los buenos Padres, que la sentían con extremo, por lo mucho que amaban á sus indios; pero sin embargo se fué prosiguiendo en la provisión; recogiéronse las alhajas de la iglesia, y llegado el día del gloriosísimo Rey de las Españas, y mártir San Hermenegildo, salieron de Atanarí algo más de 200 almas, hombres, mujeres y niños, á la mano de Dios y á la buena fortuna, siguiendo el curso del Sol hacia el Occidente, para dar en el puerto de Casanare.

CAPÍTULO VII

PROSIGUE LA PEREGRINACIÓN DEL PUEBLO; CONTÁGIANSE LOS INDIOS CAMINANTES DE VIRUELAS, POR CUYA CAUSA DESMAYAN Y QUIEREN VOLVERSE Á SUS TIERRAS; ANÍMANSE Á PROSEGUIR, Y TRABAJOS EXCESIVOS DE TODOS, HASTA LLEGAR AL PUERTO DE SAN-SALVADOR

Cual otros Moisés y Aarón, sacaron del Egipto de Atanarí los Padres á aquel escogido pueblo de Dios, que había gemido tanto tiempo bajo de la dura servidumbre de los gitanos Chiricoas, y salieron por el desierto del Meta para nuestro pueblo de Casanare, que había de ser para los tristes Achaguas la tierra de promisión. Comenzó á marchar el ejército de los peregrinos en la forma siguiente: el uno de los Padres iba á la cabeza de la tropa, guiando la compañía; el otro á retaguardia haciendo de escolta. Llevaba cada uno á la espalda su hamaca ó chinchorro, con alguna ropa para mudarse, y sus trastecillos necesarios y los breviarios; y sobre esta carga añadieron también su cazabe, y algunos plátanos para el matalotaje del camino, sin que de este trabajo les pudiese aliviar nadie, porque los indios y mujeres iban también cargados con sus trastos y cazabe para sí y para sus hijos, y siendo muchos de éstos de pecho, y muchos de uno y dos años, era forzoso los llevasen sus madres cargados á sus hombros.

Todo anunciaba cansancio sumo y penalidades grandes; caminábase por aquellas sabanas y pajonales horribles, rompiéndose los pies y las piernas; casi de ordinario iban descalzos los Padres, porque á cada paso se encontraban ciénagas hondas y caños crecidísimos, por haber comenzado ya el invierno, y muchas veces sobre la carga dicha que llevaban los Padres, solían cargar también los pequeños hijos de los mismos indios, por cansarse sus madres, y desfallecer sus fuerzas, dándoselas Dios á los misioneros tan crecidas, con ser naturalmente de más delicadas complexiones, y no haber experimentado jamás peregrinación de aquel jaez, criados con regalos en su patria, con más comodidad en los Colegios, y sólo en el empleo de las escuelas, cátedras y púlpito, que parecía habían nacido con aquel trabajo, y que les era habitual aquel infortunio. Otras veces los siervos de Dios cargaban las ollas y los trastos de los indios, espantándose ellos mismos en medio de su tosquedad bárbara, viendo á los Padres con tanto amor y tanto esfuerzo, con que andaban hechos ayos para cargar á sus hijos, y cargueros voluntarios de sus ollas y trastos. Con esto se iban animando y desistiendo de su mal deseo

de querer dejar á los misioneros en aquellos desiertos, y volverse á los montes; angustia continua que tuvieron nuestros pobres peregrinos, casi todo el tiempo del viaje, que fué bien dilatado como se verá luego.

Esta tentación fué más viva al cabo de catorce días, cuando se les acabó el matalotaje, porque al fin cuando le tenían engañaban su pesar con comer; acabáronsele los *amurgares* (que es cierta masa de cazabe, de la cual hacen su bebida cuando van de camino); acabóseles también el pan de yuca y maíz y lo demás que llevaban, y aquí fué el suspirar en el desierto por las ollas de Egipto, al acabárseles la harina que de él sacaron, el murmurar contra Moisés, y los vahídos de cabeza para volverse. Trabajaron con agonías de muerte los Padres para reducirlos, y al fin iban ganando tierra, paladeados de la Providencia Divina, que en lugar del Maná les deparaba con qué mantenerlos en el camino, á veces les deparaba el venado, tal vez los morrocoyes que son á manera de galápagos, y tortugas pequeñas, y alguna vez los monos y pericos ligeros, carnes que aborrecen los Achaguas, y son desechadas de ellos, pero que eran bodas para los Padres, á quienes les sabía muy bien, aunque les faltase sal, que hubiera sido de algún condimento á lo insípido y bronco de estas carnes. Algunas ocasiones se metían en los caños, en donde hacían sus pesquerías, y aun hubo vez que la hicieron tan copiosa que sacaron más de cien arrobas de pescado en una tarde; pero como era tanta la gente, y son tan voraces, que no saben guardar para mañana, apenas les duró dos días, y esto á muchas instancias y cuidado de los Padres, que también lo hacían por lo que á ellos les interesaba.

Más angustioso fué el desconsuelo y el desmayo cuando empezó á picar el contagio de las viruelas; habían salido del pueblo buenos y sanos todos, y á los veinte días de viaje comenzó á picar tan fuertemente, que en los treinta y cuatro ó treinta y seis días restantes del viaje, les pegó á todos, chicos y grandes, el mal, con gravísimas calenturas, con un humor tan espantable y con tanta infinidad de viruelas, que parecían unos monstruos; cada día amanecían tres ó cuatro heridos del accidente, y entonces empezaban todas estas familias á afligirse, haciendo sus resoluciones de volverse á sus tierras, y cada día los disuadían los Padres con suma tolerancia y paciencia, á pesar de su aflicción y congojas; éstas crecieron gravemente, porque como hubiese cundido ya el mal en casi todos, y los tuviesen muy desmayados las calenturas y demás accidentes rigurosos, una tarde, acabando de llegar al monte en donde aquella noche se había de ranchar, se determinaron todos á no pasar adelante, sinó volverse á sus tierras, sobre lo cual hicieron sus discursos y resoluciones, sin que

bastasen á reducirlos las razones y ruegos, ni conveniencias que les proponían los Padres, y el haberse ya andado lo más del camino; nada les satisfizo, y menos les convenció, antes decían ellos que como los Padres no tenían viruelas por eso les decían que caminasen.

Recogiéronse los buenos Religiosos en sus hamacas (que eran su tienda de campaña) bien confusos y tristes, con el juicio tan perplejo con que se hallaban, y el último recurso fué clamar al Cielo pidiendo favor á Dios en tan mortal congoja, porque les dolía perder, después de tan excesivos trabajos y continuos riesgos, aquellos hijos en Cristo, habidos y criados á costa de tantos dolores. No se hizo sordo el Cielo á tan fervorosos clamores y repetidos ruegos de sus fieles ministros, porque á las once ó doce de la noche, despertó el Padre Juan Ortiz Payán (á quien amaban los indios con entrañable amor) con un calenturón tan recio y tan agudo, que, como él decía, se persuadió que era ya llegada la hora; sentóse como pudo en la cama ó hamaca, con intento de recorrer la conciencia y hacer confesión general, porque aquello le parecía que era morir; así estuvo hasta cerca del amanecer, cuando encontró particularmente en el pecho y en los brazos unos granos bien gruesos, que, siendo de día, reconoció que eran viruelas que llaman *cimarronas* los naturales, y los españoles *locas*. Saliéronle en el pecho, en un brazo y en una pierna, y luégo se le ocurrió que con aquello había de alentar á los indios, para que prosiguiesen el viaje, procurando él sacar fuerzas de flaqueza. El ofrecimiento fué del Cielo, y así fué el efecto tan seguro. Levantóse el Padre, llegóse á la primera familia que junto de él estaba; díjoles que ya tenía viruelas y calenturas, mostróles el pecho y el brazo, y ellos se estuvieron mirando con grande espanto y asombro, y dentro de brevísimo tiempo estaba ya todo el Real junto, así hombres como mujeres, y hasta los niños, quienes no se hartaban de mirar y tocar las viruelas, haciendo grandes admiraciones de ver herido ya del contagio al Padre, y lastimándose con ternura y afecto de verle de aquella manera. Preguntáronle si había de caminar de aquella suerte, y aprovechando la ocasión nuestro enfermo, fingió que les leía una lección de medicina que les convenció, y dió á entender que el remedio para las viruelas era caminar hacia Casanare, sin que se debiese temer, ni á los aguaceros que á todas horas de día y de noche caían, ni á los pantanos y ciénagas bien hondos que á cada momento se encontraban, y que luégo verían cómo él caminaba más alentado que todos, y que por eso se cansaban ellos y sentían dolores, porque tenían miedo á las viruelas. Con éstas y semejantes razones dichas y acomodadas á su modo y capacidad tosca, y con dulces y alegres palabras, sacando fuerzas de flaqueza, y mos-

trando en lo exterior valentía, aunque en lo interior estaba muy desmayado y marchito, fué el Padre alentando á su Compañía, que no se acababa de desprender de él, tocándole las viruelas con lástimas y admiraciones. Sacaron de ellas tanto aliento, que luégo se comenzó á marchar, aunque iban casi todos cargados de viruelas y calenturas, que al Padre le duraron siete días bien fuertes.

Verdaderamente no se pueden significar, ni hallo palabras con qué dar á entender los gravísimos y excesivos trabajos que padecieron los Padres en esta peregrinación; por mucho que se ponderen, y por mucho que se esfuerce la pluma en explicarlos, no se podrá hacer el más mínimo concepto de ellos, porque estas cosas son de tal calidad, que sólo se pueden conocer probándolas y experimentándolas, y cuanto más son de sentir, menos se saben explicar; considérese caminando por desiertos nunca pisados por el hombre, á pie, cincuenta y cinco días que duró el viaje, á la inclemencia de los tiempos, cargando los atillos, en el rigor del invierno, con aguaceros continuos, esguazando á cada paso profundas ciénagas de media legua de largo, y hubo ocasión que todo un día se estuvo caminando por una, con el agua hasta la cintura; saliendo de éstas se daba en pantanos enfadosos y en atolladeros terribles, en pajonales cerrados y cañaverales agudos, que rajaban las piernas y la cara, tropezando á cada paso con todo género de culebras disformes, con tigres horribles, con mil sabandijas mortíferas y ponzoñosas, con innumerables enjambres de mosquitos y tábanos, cuyos picos, como lanzas agudas, hacían correr la sangre y atormentaban sin piedad.

Cuando parece que la noche había de brindarles descanso, y conciliar el sueño, no lo permitían los zancudos y hormigas cazadoras. Como verdugos inhumanos, confederados con los moscos, labraban de miniatura con sus tenazuelas y dientes á nuestros tristes caminantes, hasta arrancarles bocadillos de carne de todo el cuerpo, pues en todas partes se introducían para comer de todo; estaban pereciendo de hambre, sin tener otra cosa para su alivio, que lo que les deparaba en la sabana y montes la buena ventura, con la Divina Providencia. Cuando encontraban alguna raíz comible se les iban los ojos tras de ella; eran banquetes los tiernos cogollos de los árboles; si á grande dicha suya encontraban unos gusanos grandes como de un jeme, que se crian entre las hojas de las palmas, era día de pascua ó fiesta de grande boda. La necesidad, como grande maestra, les enseñó á hacer cierto brevaje de las frutas de unas palmas llamadas *Besirri;* echábanlas á hervir en agua, y el poco jugo que daban de sí se ponía de color amarillo como yemas de huevo, y era esta la mazamorra que uno de los Padres llamaba con donaire y gracia *caspiroleta* (cierta vianda regalada en las Indias); siendo sólo por accidente

el encuentro de este regalo, y aun esta poquedad y miseria faltaba muchas veces.

Los Achaguas, que tenían por afrenta comer aquellas raíces llamadas *Guapos*, de que usan los Chiricoas, encontrando una mancha de ellas en algún monte ó sabana, no dejaban una en la tierra, sacándolas á porfía, y muchas veces tenían sus pendencias las mujeres por estos *Guapos*. La necesidad hacía andar adivinando raíces incógnitas, muchas veces se encontraban algunas dañosas, y otras como la hiel, amargas, y por todo pasaba la necesidad: en una ocasión dieron en un *jagual*, que son unos árboles muy altos y crecidos y dan unas frutas del tamaño de manzanas, algo redondas y de color de peras, éstas sirven solamente para teñirse los indios la cara y los brazos, y tal vez todo el cuerpo, con muchas rayas negras, cuyo tinte sacan de esta fruta, con sólo el beneficio de mascarlas; en este *jagual* dieron un día, y como si hubieran encontrado una huerta de peras y manzanas, hicieron grandes alharacas los indios en señal de júbilo, porque estaban los árboles bien cargados de *jaguas*, y ellos con mucha hambre; ni se alegraron menos los Padres que iban también á estas expensas, y muy sencillos de estómago. Aunque son estas *jaguas* dulces, suaves y de agradable gusto cuando están maduras, son frijidísimas en sumo grado, y, para quien iba caminando entre el agua casi todo el día, era peligrosa comida; mas como el hambre es cruel enemigo, hubieron de comer de ella los misioneros, porque hacía día y medio que no tenían otra cosa. La suma frialdad de la fruta les causó furiosos dolores de estómago y vientre, y á uno de ellos, que era liciado de la hijada, le apretó con harta violencia, aunque este achaque se le alivió con haber degenerado en disenteria que padeció por más de cuarenta días. Con estos trabajos tan continuos, con estas fatigas tan inmensas, y con tan desmedidos afanes, como los que quedan referidos, caminaron cincuenta y cinco días, con su comitiva, pero como su llegada á Casanare y el recibimiento de los suyos y el modo tan ajeno del cristiano con que les salió al encuentro uno de los vecinos de estos Llanos, pide narración aparte, haremos otro Capítulo, que tratará con brevedad de lo secedido entonces.

CAPÍTULO VIII

SALE CON ACOMPAÑAMIENTO DE SOLDADOS UN VECINO DE LOS LLANOS, PARA ENCONTRAR Á LOS ACHAGUAS DE ATANARÍ QUE VENÍAN; HÚYENSE MUCHOS DE ELLOS AL GENTILISMO POR ESTA CAUSA; ATAJAN EL DAÑO LOS NUESTROS, Y SON RECIBIDOS CON AGASAJO LOS QUE QUEDARON.

Quién no pensaría que á tan heroicas hazañas y memorables

hechos de estos Padres, ejecutados con tantos afanes y trabajos, como hemos visto, hubiera salido desalado al encuentro el honor, el aplauso y la piedad cristiana, con palmas y laureles en las manos, para celebrar su triunfo. Así parece que se había de hacer, cuando por menores hechos ha tributado el mundo aclamaciones á la soberbia y vanidad; así merecían recibirse los que con valor cristiano y aventajado espíritu, expusieron, por espacio de casi tres meses, sus inocentes vidas á las macanas Chiricoas con varonil constancia, y se expusieron á morir por el amor de sus ovejas como buenos pastores, en la prolija peregrinación de cincuenta y cinco días en los desiertos del Meta. Este recibimiento merecían aquellos sudores apostólicos, sacados á la violencia de los rigores del sol, entre congojas y malezas; aquellas terribles hambres, aquellas agonías de muerte que sufrían para detener á los indios resueltos á volverse á sus tierras, por el contagio que se dijo; aquella inaudita caridad con que los ministros de Dios, hechos ayos por Cristo, recibían en sus brazos los tiernos hijuelos de los indios, como si fueran sus padres los que lo eran de la Compañía de Jesús, y se los echaban á los hombros, así para aliviarlos del trabajo, como para mostrarse tan padres como los mismos bárbaros, cuyos eran: pero cuando estaban más gozosos los conquistadores del cielo con la presa que traían al Puerto, de más de 200 almas, y cuando alborozados ya nuestros peregrinos Achaguas se daban los parabienes por la cercanía del pueblo, y saludaban las arenas y montes del deseado Casanare, al cual miraban cerca, les salió al encuentro la codicia, el interés y fiereza de uno de los vecinos de los Llanos, de quien hablaremos ahora.

Era este tal vecino uno de aquellos tres de quienes hablamos arriba, en el Capítulo I de este Libro, y á quienes por inquietos y escandalosos refrenó el señor D. Diego de Egües, desterrando á uno de ellos, que era el mandarín de los Llanos, de nuestros términos y misiones; aborrecía de muerte á los misioneros Jesuítas el tal Sánchez Chamorro (así se llamaba este vecino de quien hablamos ahora), y no vacilaba en publicar contra los mismos hechos que miraba, que la Compañía de Jesús no hacía nada en las misiones. Estaba picado y muy sentido contra los misioneros Jesuítas, severos fiscales de sus desórdenes y escandalosa vida; sobre todo sentía vivísimamente que le fuesen á la mano en orden á ciertos indios de la Nación Achagua que pretendía hacerlos suyos, alegando derechos frívolos para tenerlos como á tales. Había depositado en Esteban Sánchez Chamorro un D. Pedro de Vargas, Gobernador de Santiago, ciertos indios Achaguas, quienes horrorizados de su trato se huyeron al gentilismo muchos años hacía; no tenía derecho Chamorro á ellos, atento á una real provisión de la Real Audiencia, que se

en un todo, con mucho número de indios, que se iban adelantando cada día más en la piedad cristiana.

Ya los Giraras fugitivos, que habían sacudido el yugo, y retirádose á sus madrigueras antiguas, habían salido otra vez á Tame, á instancias del Padre Antonio, á pesar de los embustes de D. Simón y la rebeldía de Castaño. Habíales dicho el embustero que los sacaba el Padre Antonio para mandarlos ahorcar, y que la iglesia de Tame era para encerrarlos, para que los quemasen allí los blancos mientras oían misa; no obstante tan perjudiciales embustes, con que los tenía temerosos este ministro de maldad, salieron á la reducción de Tame otra vez, y se redujeron estas descarriadas ovejas al redil del Señor, excepto D. Simón y el Capitán Castaño con otros seis gandules de su misma Nación, que se quedaron en el monte.

No sólo dejaba mejorada su reducción de Tame, sino también la generalidad de las misiones, como Superior que había sido, con muchos recursos temporales; debiéndose al Padre y á su eficacia, la realización de los que promovió aquel insigne Presidente y gran fomentador de las misiones, el señor D. Diego de Egües, cuya liberalidad y beneficio viven en nuestro afecto, y quedarán grabados en nuestra memoria para eterno agradecimiento, como en láminas de duro bronce, que no podrá el tiempo borrarlas jamás.

Dejando, pues, en su lugar otro misionero bien famoso que cuidase de Tame, se embarcó en el río Casanare el Padre Antonio, el 28 de Julio del año de 1669, como á las once de la mañana, llevando en su compañía cuatro soldados que le sirviesen de escolta. Después de un viaje muy feliz llegó al sitio de los Salivas, á 4 de Agosto del mismo año, día del gran Patriarca Santo Domingo de Guzmán; llámase este sitio y pueblo *Yanaquí* por ser de este nombre su Cacique, y está á dos días de navegación distante de la boca del Meta en el río Orinoco, y cinco días de navegación hasta llegar á los Adoles.

Halló nuestro misionero á los Salivas sobre manera fríos, esquivos y displicentes, como lo mostraba su semblante y seriedad de su rostro y encapotado ceño, que sin hablar palabra mostraba la pesadumbre que les causó que tal huésped hubiese aportado á sus tierras. La causa de este ceño, según se averiguó después, fueron ciertos embustes de que les llenaron la cabeza unos indios fugitivos de la Nación Aruaca, que habían subido á Casanare desde la Guayana, de donde se huyeron después, y tomaron su derrota río abajo hasta llegar á *Yanaquí*, y como es propiedad inseparable de los indios esto de sembrar embustes por los sitios por donde pasan, especialmente cuando se huyen del poder de los blancos, fueron regando muchas mentiras entre los

Salivas, y dijeron, entre otras cosas, que pronto entraría á sus tierras un Padre, para sacarlos de ellas por fuerza, amarrados y presos.

En esta persuasión estaban los indios Salivas, cuando llegó el Padre á su pueblo, por lo cual, preocupados sus ánimos con esta especie, y anublados sus corazones, no sé si con el temor, ó de despecho y rabia, le salió al encuentro con la macana en la mano su principal Cacique, bien acompañado de tropa de su Nación. No era el intento del Cacique, como mostró el efecto, ofender al Padre, sino resguardarse á prevención por lo que recelaba y temía. Diose por desentendido el misionero, quien adelantándose para abrazar al Cacique y saludarle, prosiguió su camino hasta llegar al pueblo. Hízole varias preguntas sobre los pueblos circunvecinos de su Nación, de los cuales traía buenas noticias. Cauteloso nuestro Cacique de las preguntas del Padre, y sospechando al mismo tiempo que se ocultaba en ellas alguna traición para cogerlos á todos, negó cuanto le parecía que convenía á su intento, y respondió que los pueblos de que hablaba estaban muy lejos, y que no había pueblos ni más gente que la que estaba allí. Como era soldado viejo el misionero, cayó en la cuenta y penetró la especie, y sin darse por entendido de estas razones, ni de la frialdad del Cacique, se hizo dueño de la situación y mandó con empeño que le desocupasen una casa para vivir en ella. Al punto le obedecieron los indios, y le dieron el mejor caney de cuantos había en el pueblo, en el cual mandó enarbolar una cruz. Dedicose la población con demostraciones de religión y celo á la Madre de Dios, llamándole *Nuestra Señora de los Salivas*.

Zanjada esta primera dificultad, y conquistada esta fortaleza de Satanás, trató al día siguiente del primer sermón para conquistar sus voluntades, de agasajarlos, digo, y ganarlos con dádivas, que es el primer sermón por donde ha de comenzar el misionero á convertir indios. Fué repartiendo los donecillos que llevaba, tocándole muy buena parte al Cacique y á los indios principales, con sus mujeres é hijos. Este agasajo fué como venido del Cielo, porque los que se mostraban severos, trocaron la severidad de su ceño en demostraciones de júbilo, y risueño rostro, con que miraban al Padre; y empezaron á filosofar á su modo, que no podía caber engaño en quien tan fino se mostraba con ellos, y tan liberal sin interés alguno. Estos y semejantes discursos, y sobre todo la modestia y bondad que resaltaban en el Padre, y que leían en su rostro, les quitó los recelos, y bien pronto derramaron sus corazones en pláticas gustosas y de mucha confianza; y aquí fué donde declararon la sospecha que habían tenido, nacida de lo que dijeron los Aruacas.

No hubo secretos desde entonces; confesaron llanamente la

verdad, y le informaron al Padre de cuanto deseaba saber; enseñáronle las naciones circunvecinas, los sitios donde habitaban, la calidad de los indios, y la cercanía de sus países con el número de naciones; y últimamente le informaron sobre todo de las poblaciones Salivas, que no estaban tan lejos como decían antes, sino cerca y muy cerca, y así le descubrieron cuanto deseaba para su intento, que era el de formar de todas estas parcialidades y capitanías un pueblo famoso, como de 800 almas. Todo esto pudo el interés, y lo consiguieron las dádivas: á la verdad es animal interesado el indio, más de lo que se puede pensar, y lo que no se consiguiere de ellos con dádivas, no lo conseguirá la elocuencia de Demóstenes.

Creció de tal manera la fama del misionero, por las riberas del Meta y del Orinoco, que ya deseaban aquellos bárbaros alojarlo en sus tierras. Enviáronle á llamar dos pueblos de Salivas que había allí cerca; visitólos el Padre, y le dieron palabra de poblarse con sus parientes en *Nuestra Señora de los Salivas;* lo mismo hizo otro pueblo de la Nación Achagua, y tomó tanto calor la fundación nueva, que empezaron á venir á la doctrina cristiana el domingo siguiente, y cada día se iban aumentando los indios convocados, y traídos por sus parientes, y en la misma proporción crecían las esperanzas del misionero de ver florecer esta heredad nueva, que estaba al cuidado de la Madre de Dios. Fué necesario, para recoger la mies, añadir otro operario. Dióse aviso á los Llanos, y á la ciudad de Santafé, al Padre Gaspar Vivas, su Provincial entonces; informósele de la gran puerta que nos abría Dios para la reducción de los gentiles del río Orinoco; y vistos los informes, así de lo que prometía el Orinoco, como de lo ganado nuevamente en la Nación Saliva, hubieron de remitir otro operario para que ayudase al Padre Antonio; y se ejecutó, como veremos ahora, siendo designado para ello el Padre Antonio Castán.

No obstante tan pequeño intervalo como el que había pasado en el Puerto, desde su llegada de Atanarí, quería Dios coronar en el Cielo á los Antonios, y remunerar sus fatigas apostólicas, siendo la soledad de *Sínareuco* noble teatro de sus dichas. Por esto dispuso este viaje, para que así como fueron tan semejantes en el nombre y empleos, lo fuesen también en la muerte, para su gloria y triunfo.

CAPÍTULO X

EMBÁRCASE PARA SINAREUCO EL PADRE ANTONIO CASTÁN, Y ACOMPAÑA AL PADRE MONTEVERDE ALGÚN TIEMPO; ENFERMAN Y MUEREN AMBOS, Y ENTRAN EN SU LUGAR EL PADRE NEIRA Y EL PADRE BERNABÉ GONZÁLEZ; ENFERMAN TAMBIÉN Y SE VUELVEN AL PUERTO.

Partióse para *Sinareuco* el Padre Antonio Castán siguiendo los pasos de su con-misionero y Superior antiguo, cuyos ejemplos fervorosos eran no pequeño estímulo á su abrasado celo. Después de la navegación del Casanare y del río Meta, llegó al término deseado, en cuyas soledades y retiros, estaba como otro Antonio habitador de los desiertos, el Padre Antonio de Monteverde, bien acompañado de penas, calamidades y trabajos, si bien se endulzaban éstos con el copioso fruto que se experimentaba cada día, convertidos estos retirados países en un pueblo muy lucido de la Nación Saliva. Ya se deja entender el consuelo que recibiría este misionero solitario, viendo en su reducción á tan angelical compañero y tan eficaz operario como el Padre Castán, y más cuando deseaba con tanta viveza y eficacia volar con las alas de su caridad y celo por el campo dilatado de aquel inmenso gentilismo que tenía á la vista. Confirieron las materias y tantearon los medios que podían ser convenientes á tan soberano fin, principalmente para el adelanto que traía entre manos de *Nuestra Señora de los Salivas.*

A la verdad, querían apagarse estas dos hachas y lumbreras, y se acercaba la muerte de estos cisnes; por eso despedían más clara llama, y era más sonoro su canto, porque por secretos juicios de Dios, queriendo la Divina Majestad premiar los trabajos de sus siervos, galardonar sus buenos deseos y coronar su constancia en tan desmedidas penas, los dió por bien recibidos, sin querer que pasasen adelante en la ejecución de sus proyectos. Enfermaron de muerte los dos, á violencia de la perversidad del temperamento, de los muchos trabajos que padecían y necesidades extremas; agravósele al Padre Monteverde con demasía su enfermedad, y comprendiendo el Padre Castán la cercanía de la muerte de su buen compañero, le administró los Sacramentos de la Iglesia, y este fué el único remedio que le pudo dar en aquellas soledades incultas, destituídas en un todo de socorros humanos. Corrió tan apresurada la muerte, que á bien corto plazo rindió á Dios su vida este apostólico varón y misionero fervoroso, dando remate feliz á sus gloriosos empleos, con tan preciosa

muerte, á los 47 años de edad, 28 de Compañía y casi 10 de misionero en los Llanos. No mucho después de su muerte, le siguió su compañero el Padre Antonio Castán. Conociendo éste, por los accidentes que tenía, la cercanía de su tránsito, se echó sobre el duro suelo, acompañado de un crucifijo que tenía en las manos, y entregó su alma como un San Francisco Javier, á vista de aquel ciego gentilismo, á cuyas puertas estaba, y pretendía convertir.

No tuvieron más funeral estos dos insignes varones, que el sentimiento común que hicieron los nuevos Catecúmenos por sus amados Padres. Mirábanse como huérfanos, y reconocían, aunque bárbaros, su desamparo y orfandad. Dieron aviso á los Padres de nuestras reducciones de los Llanos, y éstos, como hermanos, y los indios como hijos, sintieron mucho, á medida de lo que los amaban, su muerte, y en especial el Superior, la falta de dos misioneros tan insignes. Mucho se pudiera decir aquí en honor de estos Padres, pero como lo dicho hasta ahora sobre las empresas de *Tame*, *Macaguane*, *Atanarí* y el *Puerto*, recomiendan bastante lo heroico de sus virtudes y fervoroso celo, no será necesario añadir más, especialmente cuando mueren como soldados en el campo de batalla del Señor, armados á fuer de tales, manejando las armas, reclinando la cabeza sobre el escudo, sin largar la espada; gloria mayor de un soldado que muere en servicio de su Rey, entre las enemigas armas.

Sabida la muerte de los Padres por el Superior de las misiones, envió dos misioneros de buen celo, tales que llenasen el hueco de los difuntos operarios: fueron éstos el Padre Alonso de Neira y el Padre Bernabé González, quienes envidiosos santamente de la dichosa muerte de sus dos compañeros, se determinaron á emprender, y aun á adelantar los trabajos y sudores de los que murieron poco hacía. Llegaron al sitio de *Sinareuco* y circunvecinos sitios, en donde fundaron con facilidad tres pueblos, por ser gente más dócil ésta que la de otras Naciones; el un pueblo era de los *Adoles* y de Achaguas, el otro se añadió á otros pueblos de Salivas, con título de *San-Lorenzo*: así fueron corriendo algunos años los sobredichos misioneros con las tres reducciones nuevas, á las cuales parece que se agregó el de *Nuestra Señora de los Salivas*, que dijimos arriba, hasta que por varias contingencias que hubo, no siendo la menor el haber enfermado de calenturas, lo riguroso del temperamento y la falta de sacerdotes para los pueblos ya entablados, se volvieron á los Llanos el año de 1675, después de haber adquirido algunas noticias del gentío del Orinoco, el cual es tan grande, según la relación que hicieron, y lo que se atestiguó después, y tanta la multitud de indios de diversas Naciones que abriga en sus distritos este río, que habría para poblar con ellos otra Europa.

Finalmente, habiendo dejado los Padres una persona de cuidado para que le tuviese de unas reses que había puesto el Padre Neira para fomento de las misiones en el sitio de *Apiarí*, de lo cual hablamos arriba, y para que cuidase las casas y algunas pocas alhajas que allí había, dejaron por entonces los tres pueblos, y se volvieron á Casanare, como se ha dicho, con esperanza de volver á ellos cuando se mejorasen las cosas, y hubiese más operarios para tamaña empresa.

CAPÍTULO XI

PROGRESO DE NUESTRAS REDUCCIONES EN EL CULTO DIVINO Y EN LA PIEDAD CRISTIANA; AUMENTO DE INDIOS Á QUE LLEGARON ESTOS PUEBLOS; CASTIGO CON QUE REFRENÓ DIOS Á LOS FUGITIVOS DE TAME QUE HABÍAN DETERMINADO QUEMAR LA IGLESIA.

Entusiasmada la pluma con las empresas de *Atanarí* y del celebrado *Sinareuco*, y comprometida en seguir los pasos, y por mejor decir los vuelos de los que discurrieron como águilas por aquel inculto campo, voló con ligereza, sin parar hasta el año de 75, complacida con lo heroico de tan memoradas hazañas. No andaban menos fervorosos por estos tiempos nuestros misioneros *en los Llanos*, ni era menor su actividad para adelantar en cristiandad aquellas nuevas reducciones que estaban á su cuidado y les encomendó Dios.

Muchos podían ser los pueblos que estuviesen á cargo de la Campañía en los Llanos y sus distritos, si ésta hubiera atendido solamente á la ruidosa multitud, y no á tenerlos bien fundados, con número suficiente de indios, y bien asistidos de los nuestros; pero como su intento principal era reducirlos en buenas poblaciones, que estuvieran bien cuidados y asistidos, redujo al número corto de pocos pueblos muchas poblaciones pequeñas, siendo cosa cierta, que más valen pocos bien fundados y bien asistidos de sacerdotes, que muchos mal asistidos ó de pequeño número. Esta fué la causa por la cual se agregó al *Puerto de Casanare*, *San-José de Aritagua*, como en su lugar queda dicho, y ésta fué la razón, entre otras, de haber dejado para mejor oportunidad las tres reducciones de *Sinareuco* que apunté arriba. Además de estos pueblos, se agregaron á Tame ó Macaguane otras dos poblaciones, de que no hice mención, por lo menos de la una, aunque pudiera haberla hecho, pues estaban en pie todavía el año 1677, en la montaña de Macaguane; la una era de *Araucas* y de *Eles* que constaba de 250 indios, y la otra de 260 de la Nación *Airi-*

ca; tenían de asiento para su asistencia dos Padres que fueron el Padre Pedro de Ortega y el Padre Felipe Gómez.

En este corto número de pueblos fué donde asentó sus pies nuestra misión, mientras se descubrían nuevos rumbos, esmerándose cada día en agregar nuevas familias, mejorar el culto en las iglesias y arraigar en la doctrina y la fe á los indios.

Ya se contaban por este tiempo 300 almas en la reducción de los Tunebos, y otras 300 en la de los Chiricoas y Guagibos, número que aunque pequeño, se hace muy notable atendido el natural de estos indios, tan terrible, y ser más difíciles de amoldar que las demás Naciones. En la doctrina de *Macaguane* había 350, y en la de *Tame* 800, á pesar de las disensiones ocasionadas por los indios, y de los muchos fugitivos que se retiraban al monte. El Curato de *Pauto* se componía de 600 almas, á las cuales se añadía una feligresía de 240 vecinos agregados á él. No era inferior el número de indios en nuestra reducción de *Casanare*, pues fué tanto lo que se aumentó, que llegaron á 1,200 indios el año de 79, todos cristianos y vestidos con decencia, que es cosa que no se consigue sino con mucha dificultad, en tierras tan miserables y pobres como éstas; pero todo lo facilitaba la actividad y celo del Padre Neira, su misionero y Párroco.

Aquí aplicaban nuestros operarios su fervoroso celo, y reconocían la oculta mano de Dios, que obraba en estas almas efectos maravillosos de su piedad divina; fué tanto lo que creció la piedad en nuestra doctrina de *Pauto*, que apenas bastaban dos Sacerdotes, por la mucha frecuencia de sacramentos que se introdujo, especialmente los domingos primeros del mes, y en las fiestas de Cristo Nuestro Señor y de María Santísima; fundáronse dos Congregaciones en este pueblo el año de 1689, la primera del Niño Jesús y de la Concepción Purísima la otra, con grande consuelo de los indios y vecinos agregados; hubo función de éstas en que se gastaron más de 800 formas, por el concurso grande de comuniones, con ocasión del Jubileo de la doctrina cristiana que duró cinco días.

El adelantamiento del culto divino ha sido y es uno de los empleos principales de nuestros misioneros, en lo cual se han esmerado y se esmeran hasta el día de hoy, porque como quiera que la estimación y aprecio de las cosas divinas depende en gran manera del culto y reverencia exterior, no se podía haber hallado mejor arbitrio para infundir este aprecio en una gente tan tosca y material como lo son los indios, y con tal fin se entablaron escuelas de música en nuestros pueblos, buscándoles maestros hábiles á los niños, que les enseñasen solfa, y los instruyesen desde la tierna edad; y es de admirarse la sujeción de estos niños, hijos de padres montañeses y bárbaros, que asisten en cada pueblo á su

escuela, y se hacen capaces de los puntos en que salen bien diestros.

Pero lo que admira más, y causa mayor ternura, es ver la solemnidad con que celebran sus fiestas, y tributan alabanzas al verdadero Dios, con la destreza de su canto y de instrumentos músicos, oyéndose en nuestros pueblos la concertada música con variedad de voces, convertidos ya los montes y soledades bárbaras, poco antes habitadas por las fieras, en coros como de ángeles, para alabar á Dios. El adorno de las iglesias se fué adelantando cada día con notable esmero, enriqueciéndose de ornamentos sagrados, estatuas y pinturas muy lindas, alhajas de plata y campanas, con lo demás que se requiere para las funciones sagradas, y para su ornato y aseo. Todo lo que queda dicho, con la asistencia puntual á la doctrina, y cristianas funciones, lo consiguieron nuestros misioneros en muy pocos años, á costa de los afanes y las contradicciones que hemos visto ya, y de otras que se pudieran añadir, si la semejanza de los casos no causara fastidio al referirlos, por parecer repetición, y si no temiera ensangrentar la pluma manejándola como una espada contra los injustos agresores, que así se atrevieron á una religión tan santa como la de la Compañía de Jesús, infamándola por esos tiempos con crímenes tan horribles, que se hiela despavorida el alma con el horror y asombro.

Esta fué la cuna en que nació la Compañía de Jesús, las fajas que gastó cuando niña, la leche que mamó entonces, y el sólido manjar después, con lo cual creció robusta y se mantiene ahora; con estas persecuciones y calumnias se extendió la Compañía por el mundo, y en tiempo de San Francisco de Borja se fundaron las misiones del Paragüay, que tanto han florecido y florecen, y con éstas se fundaron también nuestras misiones de los Llanos. Pero volviendo á nuestros pueblos, y dejando por indignas de poner en historia estas lenguas infelices, de furia arrebatada, que destilaban ponzoña, diré que no desistían nuestros misioneros de llevar la causa de Dios adelante con incontrastable celo, haciendo progresar las misiones y predicando á los gentiles las verdades católicas, aunque es verdad que no se cogía el fruto de tantos afanes y sudores igualmente en todos, por la malignidad de la tierra. Los pueblos de Nuestra Señora de Tame y de San-Javier de Macaguane fueron de sumo trabajo: indecible lo que en ellos se padecía, por ser de una gente montaráz, bárbara y belicosa, muy altiva y soberbia, que vivía ajena de sujeción y en suma libertad en una montaña casi inmensa, asilo ordinario de sus maldades y refugio de sus desafueros, siendo su vecindad estorbo grande y casi invencible para su corrección y castigo. Allí les asistía el Padre Cristóbal Jaimes, quien tuvo que

padecer por causa de ellos más que lo que se puede decir, en Macaguane y en Nuestra Señora de Tame.

No era poco lo que se trabajaba allí para desarraigar tantas maldades y vicios, con que el enemigo prevalecía en esta miserable y ciega gentilidad, y en especial en el diabólico vicio de los pactos con el demonio, hechicerías y maleficios, cuyo temor arrastraba, aun á los que se creía que estuviesen firmes en la fe, al séquito de los ministros de la deidad infernal, secuaces del demonio y ministros de mal y perdición, por no perder á fuerza de malas artes la vida; y así será cualquiera trabajo en vano hasta no extinguirlos todos, si por ventura los hay todavía. No obstante esta astucia del demonio, y el esfuerzo que procuraban hacer algunos indios discípulos suyos, en uno y otro pueblo, había quienes frecuentaban los Sacramentos, dando muestra de su cristiandad y firmeza en la fe; pero como las ocasiones eran tantas, crecía el recelo que en admitirlos tenían los Padres, á causa de la mudanza que en ellos se experimentaba, por ser gente de natural poco constante en sus cosas. Este diabólico pacto ha sido el origen de muchas disensiones y enemistades entre estos pobres, así por su valimiento, como por atribuir únicamente al maleficio cualquiera muerte, persuadidos de que solamente mueren por su causa; y aunque se les alegasen razones para probar su mortalidad, convenciéndolos con ellas, con poco ó ningún fundamento vuelven hasta el día de hoy á suscitar sus razones de rencor y enojo, unos con otros, por cuya causa es continuo ejercicio en estos pueblos el aquietarlos y pacificarlos.

El retiro y fuga á la montaña se fué moderando poco á poco, sin ser ya tan frecuente como lo era antes del año de 1682. Habiéndose ahuyentado algunos, experimentaron el castigo que la poderosa mano de Dios obró en los fugitivos, y fué así: pasados algunos meses de su fuga, viendo que otros del pueblo no los seguían, como habían pactado, se confederaron para salir á quemar la iglesia y todo lo que en ella había, y resueltos á la ejecución de tan sacrílega maldad, se pusieron en camino; pero, cosa admirable, que con razón la notaron los mismos apóstatas, que dentro del corto espacio de dos días, murieron repentinamente todos los motores de aquella sedición y alboroto, unos tras otros, juntamente con sus mujeres, sin poder dar sepultura á los cuerpos; y para que se persuadieran de que era castigo de Dios, con el cual quiso reprimir su atrevimiento, sucedió, que al mismo tiempo que murieron los que erán las cabezas del motín, murió también una india que era cómplice en la bárbara determinación, picada de una culebra ponzoñosa, estando á dos jornadas distante de los otros factores; con tal suceso se vinieron al pueblo de *Tame* los demás, gente moza y chusma que había, bien escarmentados por

cierto del castigo repentino que produjo en los suyos el temor que les duró muchos días, y les hizo permanecer constantes en el pueblo.

CAPÍTULO XII

PROSIGUE LA MATERIA DEL PASADO; PROGRESOS DE NUESTRA DOCTRINA DEL PUERTO Y ADELANTAMIENTO EN CRISTIANDAD DE LOS INDIOS ACHAGUAS.

Los progresos en cristiandad y policía de nuestra doctrina del *Puerto* merecen ser atendidos y aun admirados en Capítulo aparte, pues siendo, como lo ha sido desde su primer entable, una semejanza viva de la primitiva Iglesia, no es fácil referir con pocas palabras lo particular de su pueblo, y lo mucho que se puede decir de él. Tal vez parecerán ponderaciones lo que aquí diré, especialmente á los que miran desde lejos las cosas y tienen bajísimo concepto del genio y capacidad de los indios, que casi los igualan á las bestias, y quiera Dios no los juzguen por incapaces de conseguir el Cielo. No son tan incapaces los indios como lo piensan, ni es tan común el genio bárbaro y agreste con que se resisten á la fe y costumbres cristianas; hállase de todo en estas gentes, como sucede también entre los nacidos en Europa y en otros sitios, á semejanza de aquella tierra de la cual habla Cristo Nuestro Señor en su Evangelio, que presenta notable desigualdad para que nazca el grano. A la verdad, no hay Nación, por bárbara y agreste que sea, si la acompaña por otra parte la docilidad de genio, que no sea capaz y muy capaz de sujetarse al trato racional y político, y á ser cultivada con muchos medros en las católicas verdades, si para ello se ha hecho capaz el misionero, como lo debe hacer, y se aplica con empeño y fervor á su cultura y enseñanza en su propia lengua.

Esta verdad, que parecerá tal vez especulación mía, la hallaremos en la boca, no de un Séneca ó Aristóteles, sino de un indio ignorante de éstos á quienes tanto califican de salvajes y brutos. Era éste un Achagua del *Puerto*, llamado D. Pedro Casanova: viendo este indio el fervor grande que había entre los indios de Casanare, dijo de esta manera al Padre Alonso, su misionero y Cura:—"Si vosotros los sacerdotes os entrarais por esas Naciones, y aprendierais las lenguas, y luego os aplicarais á doctrinar con todo calor, ¿quién no se rendiría á enseñanza tan buena y que tanto nos llena el corazón? Convirtiéranse, como aquí, indios fervorosos, de quienes yo no pensara tal." Hasta aquí las palabras del indio nacido y criado, no en la policía de una corte, sino en la barbaridad del gentilismo. A este dicho se puede juntar el de otro indio perteneciente á las tierras del Perú, con el

cual satisfizo á su Cura, que se quejaba con palabras mayores de la brutalidad de los indios sus feligreses, según refiere á este propósito el Ilustrísimo Montenegro:—"Si vosotros los sacerdotes, dijo el indio, tuvierais tanto cuidado en enseñarles las cosas de la fe, como el que tenían nuestros sacerdotes en enseñarnos sus supersticiones y ritos, nó fueran tan brutos los indios como decis ahora."

De lo dicho se puede colegir, que la corrupción de costumbres, la ignorancia de los misterios divinos y la tosquedad que se halla en muchos, y aun los más, de esta miserable gente, puede provenir, si no me engaño, de no sé qué oculta presunción (por no llamarla negligencia), con que se persuaden muchos, de que es tiempo perdido el que se gasta con los indios, y llevados de este dictamen, los que los toman á su cargo (y plegue á Dios no sea éste un velo con que palían su descuido, á título de que son incapaces) toman como de cumplimiento el instruirlos en la fe y en las obligaciones del cristiano, con pérdida lamentable de innumerables almas; pero como no es mi intento el canonizar á los indios, ni censurar á quienes los cuidan, hallándose, como se hallan, párrocos muy celosos, quienes cuidan con grande vigilancia á su encomendada grey, doblemos sobre este punto la hoja, y volvamos á nuestros Achaguas. No habrá ya que extrañar el fervor grande y aplicación á los ejercicios cristianos de la Nación Achagua, si ponemos fijamente los ojos en la aplicación del Padre Neira, con la cual doctrinaba á sus indios, pues cuando el calor es grande se dobla hasta el mismo hierro, á pesar de su dureza y frialdad natural, y á fuerza de golpes repetidos se le imprime la forma y figura según el dictamen del artífice.

Fué notable la aplicación de este fervoroso Padre al estudio de la lengua, en la cual se hizo eminente, con pasmo y admiración hasta de los mismos indios. Compuso varios libros en su idioma, llenos todos ellos de celestial doctrina; sacaron varias copias los mismos indios, que ya sabían escribir algunos de ellos, y los guardaban con grande aprecio, y los leían con mucho fruto de sus almas. Todavía existen algunos libros de éstos, y los leen; entre ellos anda un tratado de la venerable madre Agreda, que hasta á estas materias se extendía su fervoroso celo, para que supiesen de todo; también anda escrito un tratado de muchas hojas y capítulos, en donde los instruye con suma claridad en los misteries de nuestra redención, en la devoción á la Santísima Virgen, en el modo de comulgar y dar gracias después de la comunión, y en otras muchas verdades, dirigidas todas al amor de las virtudes y aborrecimiento de los vicios. Eran, además de esto, muy frecuentes y fervorosos los sermones y pláticas que les hacía, exhortándolos á la frecuencia de los Sacramentos y á otros ejercicios

cristianos. Así no se extrañará que tierra tan cultivada como ésta, sobre su buen temperamento, llevase colmados frutos de cristiandad como ahora diré.

Dando principio por la fe, que ha de ser la base principal de las virtudes, la han recibido los Achaguas con notable viveza; de aquí nace la grandísima estimación que hacen del santo sacrificio de la misa, al cual asisten entre semana casi todos, sin ser necesario la obligación del precepto que en los domingos y fiestas les obliga á ello, de suerte que si por algún embarazo dejan de oírla los días de trabajo, se confiesan de su negligencia y descuido. La frecuencia de los Sacramentos es admirable, en tal manera, que los días festivos del año parecen Semana Santa, en cuanto al concurso de comuniones; costumbre introducida y observada desde que se fundaron en el *Puerto*; raro era el indio que dejase pasar los quince días sin confesarse, y á los que tenían licencia de comulgar, no se les prohibía que comulgasen todos los domingos y fiestas del año, como trajesen buena disposición para ello.

Andaban sobre este punto tan santamente impertinentes, que si por ventura el misionero no estaba en la iglesia el día de algún concurso de confesiones, cuando rayaba el alba, luego se entraba una tropa de indios al aposento del Padre, con luz, y le hacían levantar para que oyese confesiones; lo mismo hacían cuando tenían que hacer algún viaje, previniendo las contingencias y peligros del camino por medio de la confesión, con que limpiaban el alma; los viernes del año se juntaba el pueblo en la iglesia, en donde se cantaba el miserere, y ahora se junta todavía con ocasión del ejercicio de la Buena Muerte, que se entabló después, y al cual asisten de su voluntad y sin compulsión alguna, por el afecto con que miran á la Santísima Virgen; si por algunas ocupaciones no podían rezar el Rosario en la iglesia, como lo tenían de costumbre, le rezaban á coros en sus casas, á imitación del Padre doctrinero, que así lo hacía siempre. No solamente los encarriló el Padre en los ejercicios dichos, sino también en el modo de levantar el corazón á Dios, con oraciones jaculatorias y coloquios, que sabían hacer ellos cuando lo pedía la ocasión, delante de un crucifijo, con abundancia de lágrimas, que derramaban muchos, heridos vivamente del dolor de sus culpas y de la ceguedad del alma en que vivían antes; fundaron sus Cofradías, y están muy bien asistidas hasta el día de hoy, y celebran sus fiestas con el adorno y lucimiento que permite la tierra; pero con sobra (si así se puede decir) de afectos, de reverencia y de piedad; especialmente se esmeran en la celebridad y culto de su patrón, que es Cristo, con el título de Salvador, y con el Santísimo Sacramento en su fiesta de octava.

Fueron bien notables las demostraciones de piedad que en una festividad del Corpus hicieron, prosiguiendo por toda la infraoctava esta reverencia y culto. La víspera de la fiesta se colocó el Santísimo Sacramento en un tabernáculo fundado sobre doce columnas, que idearon y dispusieron los mismos indios; acabada la fiesta de aquel día, no se acabó por esto su devoción cristiana, pues todos los días de la infraoctava se juntó el pueblo por la tarde en la iglesia; media hora antes de ponerse el sol, rezaba con brevedad el Catecismo, y luego se descubría el Santísimo y predicaba el Padre; oían con tanto aprecio estas exhortaciones, y formaban tal concepto de aquel infinito amor que se ocultó para nuestro bien debajo de las especies sacramentales, que prorrumpían después ellos mismos en fervorosas pláticas, siendo el asunto de éstas el Sacramento del Altar; y no se quedaba en palabras esta ternura y devoción, porque llegada la noche iban velando por su turno los señalados para este fin, y así permanecían toda ella orando y velando.

Casi lo más del pueblo acudió á Su Majestad hasta las diez de la noche, unos de rodillas, otros sentados; y en todo este tiempo eran no pocos los que tomaban disciplina en las Capillas, Sacristía y otros lugares retirados; todos estos obsequios y otros muchos, que omito por parecer demasía en unos pobres indios, casi recién cortados del gentilismo, hacían los Achaguas á Dios, al celebrar sus fiestas, agitados con el espíritu de su misionero.

En el Gobierno civil y político perteneciente al pueblo, para evitar los desórdenes que se podían cometer, y para castigar los que se cometían, andaban las justicias tan vigilantes y severas, sin perdonar á nadie, que podían ser modelo de muchas Repúblicas antiguas. Hicieron cepo ellos mismos, para refrenar á los culpados, y en él los castigaban cuando lo pedía el caso. No podían sufrir que hubiese ociosos en el pueblo, visitábanle por las tardes, y si encontraban algún indio sin trabajar, sin más delito que éste lo castigaban con azotes; no perdonaban sobre este punto de ociosidad ni aun á la familia del más pintado. Había salido el Padre del pueblo un día, y los domésticos, logrando la ocasión, salieron á divertirse al juego de la pelota; costóles tan caro su pelota á los tristes muchachos, que dando con ellos los Alcaldes, que salían de ronda, los azotaron á todos, después de una severa reprensión, porque decían ellos que echaban á perder el pueblo, dando ocasión á los demás para que jugasen entre semana, cuando debían trabajar.

Ya se deja entender cuán severos Fiscales serían en la ronda de noche, los que eran severos en la del día. La india que salía de noche sola, tenía seguro su castigo, sin que le valiesen plegarias, porque tenían ordenado que nadie pasease de noche si no

era que fuese á la iglesia y con compañía segura; de esta manera eran temidos y respetados los Alcaldes que refrenaban á la juventud, se recataban los viejos, y se evitaban muchas culpas, que encuentran sus ocasiones cuando les falta el freno del temor y castigo. Con esto andaba Casanare, no como pueblo nuevo, sino como antigua República bien ordenada. Todo esto lo facilitaba el Padre Alonso de Neira, con su natural agrado y razonado genio, quien sabía aflojar el arco á las veces para suavizar por este medio á sus hijos la fe que les predicaba; permitíales sus recreaciones honestas, y tal vez concurría á ellas cuando lo pedía el tiempo; compuso en lengua india una historia sagrada en verso, que tomaron de memoria los Achaguas, y la representaron en teatro público, función muy aplaudida, y á la cual acudieron los vecinos españoles, con pasmo y admiración suya, viendo á unos pobres indios casi recién salidos de los montes, representar sus papeles como los más versados.

A esta altura de cristiandad y policía llegaron nuestros Achaguas del *Puerto*, con lo cual parece les quiso premiar Dios en esta vida las graves é injustas opresiones en que se vieron tantos años, siendo la Nación más vejada de cuantas conocieron los Llanos. Mucho ayudó para esto el haberles provisto Dios de buenos misioneros, aplicados al estudio de su lengua, en la cual salieron eminentes, pues además del Padre Neira y del Padre Antonio Castán, tuvieron un insigne lenguaraz, que lo fué el Padre Fernando de Arias; siguiéronse después los Padres Pedro de Castro y José Cavarte, quienes los asistieron también, y aprendieron sus lenguas con bastantes ventajas, y por este medio se adelantaron en la piedad, y se conservaron en ella estos nuevos cristianos.

Vistos los progresos, así de la reducción de Casanare, como de los demás pueblos, el número de hombres poblados, y acaecimientos sucedidos, pasaremos al Libro siguiente, en el cual daré razón de lo trabajado y predicado por los nuestros en el río Orinoco, hasta rendir la vida á manos de los Caribes.

LIBRO CUARTO.

Entable de nuestras misiones en el río Orinoco y trabajos de los misioneros hasta perder la vida en la rebelión y hostilidades de los indios Caribes.

CAPÍTULO I

ENTRAN Á EXPLORAR EL ORINOCO LOS PADRES IGNACIO FIOL Y FELIPE GÓMEZ; RECORREN Y AVERIGUAN SUS COSTAS, VUELVEN Á LOS LLANOS Y SE PARTE UNO DE ELLOS Á SANTAFÉ CON LAS NOTICIAS DE LO EXPLORADO Y VISTO.

Es propio del fuego buscar espacio dilatado para desahogo de sus llamas. Muchas veces se ha visto trastornar montañas inaccesibles, y no sufriendo su naturaleza estrechuras ni impedimentos que le sirvan de cárcel, quiere que se le franqueen las puertas para la extensión de su eficacia, y convertir en sí lo que le sale al paso. Hemos visto en los tres Libros antecedentes lo ejecutado por los nuestros en las misiones de los Llanos y orillas del río Meta; pero como sea verdad que ese espacio era estrecho para el abrasado celo y fuego de caridad en que ardían y se abrasaban nuestros operarios evangélicos, hubieron de buscar el desahogo de su fogoso espíritu en nuevos y dilatados campos, venciendo, para este fin, montes de dificultades, como se irá viendo.

Hacía casi cuatro años, desde el de 1675, que estaban como ovejas sin pastor aquellas tres reducciones conquistadas y mantenidas en las bocas de *Sinareuco*, por los Padres Alonso de Neira y Bernabé González (á las cuales habían dado principio los dos Antonios, Monteverde y Castán), por la escasez de Sacerdotes, que fué el motivo principal por el cual interrumpieron su cultura los Padres arriba dichos, y se volvieron á los Llanos á cuidar de las reducciones antiguas. Determinaron los Superiores enviar dos Sacerdotes de buen celo para que explorasen el Orinoco, y viesen y tanteasen la calidad de los sitios, y las esperanzas de fundar nuevas reducciones.

Facilitó esta determinación el estar esperando por aquel tiempo un buen refuerzo de misioneros de España, que halagaban las esperanzas de poder extender las conquistas á las dilatadas playas del Orinoco, á la exploración de las cuales salieron de

Santafé los Padres Ignacio Fiol y Felipe Gómez, el año de 1679, para que, conforme á las noticias que trajesen de vuelta, pudiesen entrar los misioneros cuando llegasen de Europa. Embarcáronse, pues, los dos Padres por el Casanare y el Meta, y después de la navegación de estos ríos, llegaron al deseado Orinoco, visitaron como de paso las tres poblaciones referidas, en donde tuvieron particular gozo los misioneros, y no menor júbilo los indios, viendo aquéllos una nación tan bien dispuesta para recibir la fe, y éstos, que se acercaba el cumplimiento de sus deseos.

Aquí empezaron á ejercitar su oficio, con aquel cuidado que requería el caso: informáronse muy por menudo de cuanto deseaban saber: recorrieron los sitios; trasegaron sus márgenes; averiguaron el gentío, tomaron lengua de los prácticos y notaron la capacidad que en el Orinoco había para las misiones; la variedad de naciones y lenguas, y otras cosas importantes, y movidos no sólo de lo que vieron sino de las noticias que de esto tenían por voz común, quisieron registrar por sí mismos lo que decían los prácticos, sobre otras naciones retiradas del Orinoco arriba. Navegaron en las piraguas contra la corriente del río, y á la fuerza de remo con bastante número de indios diestros en romper sus raudales, después de muchos días de navegación y trabajos, hallaron que la capacidad era casi inmensa para muchas misiones; las parcialidades innumerables; las lenguas poco diversas, pues casi todas aquellas gentes, ó las más, hablaban un mismo idioma, y que estas naciones confinaban con el Airico grande, provincia dilatadísima, habitada por bárbaros, en donde con el favor divino y real socorro de Su Majestad, se podía esperar una de las mayores misiones, y mayores empresas que hasta entonces se habían visto.

Entre las naciones que encontraron, y que les robó el afecto por su docilidad y buenas prendas para recibir la fe, fué la nación Saliva, de cuyos ritos y costumbres hemos tratado ya; estaba muy extendido este gentío en varias rancherías y pueblos distantes unos de otros; los más próximos y acomodados para doctrinarse desde luego, eran siete, bien numerosos, de que trataré después, y teniendo averiguadas estas cosas, y vistas las esperanzas que había de una lucida cristiandad en la nación Saliva, se despidieron de aquella gente, consolándola al partir, con la seguridad de que entrarían Padres muy en breve á sus tierras para asistirlos y doctrinarlos.

Dieron la vuelta para los Llanos, y quedándose en una de nuestras doctrinas el Padre Felipe Gómez, salió para la Corte de Santafé el Padre Ignacio Fiol, con el designio de informar á los Superiores de lo que había visto y averiguado en el río Orinoco. De todo se dió cuenta á la Real Audiencia y al Señor Arzobispo,

para que cooperasen por su parte á un fin tan santo; y vencidas algunas dificultades, que era fuerza tuviese una empresa tan grande, determinaron que entrasen misioneros, como se hizo después, y lo veremos ahora.

CAPÍTULO II

LLEGAN MISIONEROS DE ESPAÑA Á LA CIUDAD DE SANTAFÉ; ENTRAN CINCO AL ORINOCO Y FORMAN SIETE REDUCCIONES DE INDIOS.

Salieron de la ciudad de Cádiz el día 28 de Enero del año de 1681 los misioneros que esperaba esta provincia para el nuevo entable que premeditaba en el Orinoco; llegaron á Cartagena el 2 de Abril del mismo año, en lo cual se ve claramente cuán de su cuenta tomaba Dios estas empresas apostólicas, y cómo concurría á los deseos generosos y empeños nobles de la Compañía, pues casi por el mismo tiempo que estaban allanando los nuestros las dificultades y estorbos que podían retardar los pasos de los operarios evangélicos, en el explorado campo, estaba proveyendo Dios en España este nuevo socorro para su labor y cultivo. Vinieron en esta ocasión dos misioneros bien insignes, que fueron los Padres Gaspar Bek é Ignacio Teobast, lustre de las misiones del Orinoco y honra de esta provincia, á la cual habían de realzar bien en breve con los matices de su sangre.

Partieron de Cartagena, reparados y convalecidos del mareo, siguiendo la derrota ordinaria que suele ser ya por tierra, ya por agua, hasta llegar al río de la Magdalena (por antonomasia el grande). Se embarcaron en éste, hasta la villa de Mompox, y de aquí hasta la de Honda, recibiendo la hospitalidad y agasajos con que en nuestros colegios de Cartagena, Mompox y Honda se atiende y honra la resolución generosa con la cual se destierran los europeos de sus propios países y patrias, para venir á nuevos climas, contrarios las más veces á su salud y fuerzas, buscando en ello la gloria de Dios y el provecho del prójimo.

Habiendo descansado en Honda algún tiempo, prosiguieron su viaje para la ciudad de Santafé, con el avío y providencia de mulas y demás cosas que ha usado siempre esta provincia con los misioneros, conduciéndolos con toda liberalidad y costo por aquellos caminos inaccesibles, tanto por la aspereza de la tierra y su altura, como por los muchos barriales que se encuentran á cada paso en el camino, los cuales vencen las mulas ejercitadas en ellos; llegaron, finalmente, nuestros caminantes á la cabeza del Reino y provincia, que dista más de 200 leguas de Cartagena; allí, á vista de la Sabana de Bogotá, se explayaron los ánimos viendo sitios semejantes á los de sus países; y es cierto que si

á los esmeros del arte que hay en Europa se añadieran las amenidades naturales del Nuevo Reino, y de otras partes de la América, excedieran á aquéllas en ventajas y hermosura.

Fueron recibidos en Santafé con el gozo correspondiente á los anticipados deseos con que los esperaba y deseaba la provincia, esmerándose los Superiores y particulares en festejar religiosamente á los misioneros, con el concurso de la escuela que mostró lo lucido de su ingenio, rompiendo la vena poética en el suave metro de la poesía latina, que recitó en público; con estos festejos religiosos, á los cuales se añadieron discursos retóricos y un sermón que predicó un teólogo viejo, concluyeron su hospedaje de quince días, y se repararon de los trabajos del camino.

Ya quisieran los recién venidos volar, si les fuera posible, á sus amadas soledades de las misiones, objeto por el cual dejaron la Europa y se vinieron á las Indias, y más cuando oyeron las noticias que acerca del Orinoco había traído el Padre Ignacio Fiol; ecos que resonaron en sus oídos como los clarines en la guerra cuando tocan á la arma. No pudieron conseguir esta empresa todos por entonces, aunque lo deseaban con ansia, pues era necesario llenar otros ministerios no menos precisos que éste, y de mucha gloria de Dios, entre los cuales se cuenta nuestro Colegio real y Seminario de San Bartolomé, que ha dado no pocos misioneros que han ilustrado las misiones y á esta provincia del Nuevo Reino con sus virtudes y letras. Luego pusieron los ojos los Superiores, para que asistiese á los colegiales, en el Padre Ignacio Teobast, de cuya virtud y letras aventajadas, especialmente en las humanidades, se prometían muchas medras en esta juventud noble; por lo cual, quedándose en el Seminario el Padre Ignacio, fueron señalados para el Orinoco cinco fervorosos misioneros, que fueron los Padres Ignacio Fiol, Cristóbal Radiel, Gaspar Rek, Agustín de Campos y Julián Vergara.

Salieron para las misiones todos los cinco con el alborozo que se deja entender de espíritus tan fogosos, que nada deseaban más que la conversión de los gentiles, por la cual trocarían ellos los cetros y coronas del mundo.

Después de aquel tan dilatado viaje, que, como ya se ha dicho, se hace por tierras muy dobladas, y peligrosos ríos, llegaron al famoso Orinoco, centro de sus deseos y objeto de sus ansias; recorrieron las Naciones; visitaron los pueblos; agasajaron á los indios, quienes con las noticias que tenían del apacible trato de los nuestros, recibieron amigablemente á los Padres, presentándoles sus donecillos de frutas, de las que produce el país. Iba señalado para Superior de todos, el Padre Ignacio Fiol, y para Procurador de esas misiones, el Padre Julián de Vergara, quien por tener más experiencia que los otros, atendía á lo tem-

poral, y al entable y aumento del hato de que hablamos, y que fundó en Apiarí el Padre Alonso de Neira.

Sin admitir más treguas, trataron desde luego de poner sus designios en planta, reduciendo á siete pueblos algunas de aquellas naciones más próximas de Salivas y Achaguas, lo cual ejecutaron con poca dificultad, por ser muy dóciles estos indios, y por tenerlos ya ganados desde la primera vez. Era el principal de los pueblos uno, llamado *Truage*, llamábanse los otros seis *Adoles*, *Peroa*, *Cusia*, *Maciba*, *Duma* y *Catarubén*, tomando cada pueblo el nombre de la Nación reducida. Levantaron iglesias, fabricaron casas, entablaron sementeras de maíz, yuca y otras raíces comestibles, y el hato que dije, con algunas reses vacunas para el sustento. Empezaron á sacar de su barbaridad á aquellas gentes, catequizándolas, enseñándoles las creencias y costumbres cristianas, en reuniones á las cuales asistían los indios con muestras verdaderas de recibir la fe y doctrina evangélica.

Administraron el bautismo á los párbulos y á algunos adultos, más provectos en el catecismo y en los misterios de la fe católica, con gran consuelo de los Padres, que miraban reducidos al gremio de los hijos de Dios, á los que había tenido Satanás cautivos por tantos años. Todas estas cosas y otras muchas quedaron sepultadas en el olvido, en las arenas del Orinoco, porque la distancia y la falta de comunicación frecuente con las misiones de los Llanos, por sus dificultades especiales, nos privaron de muchas noticias, que darían sin duda lustre á esta historia, si las tuviéramos; pero como lo sustancial del caso es lo que llevo dicho hasta aquí, omitiendo conjeturas piadosas que tienen mucho de falibles y que procuro evitar, pasaré á lo que de cierto me consta por papeles que para ello tengo, y daré razón en el capítulo siguiente de la entrada al Orinoco del Padre Ignacio Teobast, y de la revolución de los Caribes en la cual murieron tres Padres.

CAPÍTULO III

ENTRA EL PADRE IGNACIO TEOBAST AL ORINOCO; REVÉLANSE LOS CARIBES Y DAN MUERTE Á TRES MISIONEROS, Y SALE HUYENDO Á CASANARE EL PADRE JULIÁN DE VERGARA.

Dos años hacía, con poca diferencia, que estaban ocupados nuestros operarios en los empleos dichos, cuando el Padre Ignacio Teobast, santamente impaciente con la dilación de sus deseos, y muy mal hallado con las prisiones doradas del honroso ministerio en el Colegio real, pidió con repetidas instancias á los Superiores las amadas soledades y retiro de las misiones del Orinoco,

por las cuales había dejado á Flandes. Condescendieron con sus fervorosos deseos y le dieron grata licencia para que pasase á ellas. Llegó á donde sus amados indios, y le asignaron el pueblo de *Duma* para que asistiese y doctrinase á los que allí había; con esta ocasión, ó con otra semejante, se volvió á nuestras reducciones de los Llanos el Padre Agustín de Campos, para asistir en ellas, de modo que con la ida del Padre Teobast quedó el número de los cinco sujetos en la conformidad que antes, suficientes para asistir, aunque con algún trabajo, á los siete pueblos, residiendo ya en unos, ya en otros, como lo pedía el caso. De esta manera iban estableciendo nuestros operarios aquella cristiandad nueva, y adelantando en virtudes á aquellas naciones, y con tan feliz principio como éste, iba esta misión con bien fundadas esperanzas del logro de las innumerables almas que habitaban en las tinieblas del gentilismo, unas en las riberas del caudaloso Orinoco, de donde tomaron su denominación estas misiones, y otras extendidas en sus montes y desiertos. Pero estando este florido campo tan hermoso como se ha visto, y con tan fundadas esperanzas de rendir con brevedad frutos sazonados para el cielo, un destemplado cierzo malogró de golpe todos los afanes con que contribuyeron á su cultivo los fervores de los misioneros; y como á los grandes males ordinariamente preceden con infausto presagio otros menores, no faltó esta común marcha de las desgracias á la malograda misión del Orinoco.

Ahogóse á fines de Agosto de 1684 uno de los más insignes misioneros, que fué el Padre Cristóbal Radiel; golpe bien sensible para todos, y en especial para sus compañeros, por haber perdido en él un ministro de mucho espíritu y de muy relevantes prendas. A esta desgracia, que fué como el exordio y preámbulo de las que habían de suceder después, se siguió la más sensible y fatal de todas, que fué la total ruina de las misiones, porque permitiéndolo Dios así, por sus altísimos y secretos fines, que no alcanzamos pero sí veneramos, se levantó una sedición y motín sangriento de los indios Caribes, gente indómita y bárbara, y que se sustenta de carne humana, en cuya invasión perecieron tres religiosos nuestros de cuatro que habían quedado; asolaron los pueblos que allí había, pues fuera de haber llevado y robádose cuanto había en ellos, los incendiaron, reduciendo á cenizas las iglesias, casas y sementeras, con que se mantenían los Padres y los indios de las reducciones. Dicho esto así en general, será razón descendamos á particularizar la noticia, pues es lo más sustancial de este capítulo, y lo único que podemos hacer para honrar nuestro instituto y empleos apostólicos. Sucedió que el año de 1684, á 3 de Octubre, se apareció en el río Orinoco una escuadrilla de piraguas, en la cual venían embarcados más de 170

Caribes. La confusión en que se vieron entonces, tanto los indios de nuestras reducciones, como los Padres al correr la noticia, fué á medida del horror que tenían, y tienen todavía, á esta canalla bárbara, que hace ostentación de la crueldad.

Desembarcaron en sus playas, y como tenían pensado muy de antemano el lance, para ejecutarlo á su sabor, se repartieron por los pueblos en donde los tres primeros Padres asistían, que eran *Catarubén*, donde residía el Padre Ignacio Fiol, *Duma*, en el cual estaba el Padre Ignacio Teobast, y *Cusia*, pueblo del Padre Gaspar Bek. Repartidos por sus sitios estos tiranos carniceros, acometieron como sangrientos lobos á los inocentes Padres, á quienes con bárbara crueldad les quitaron la vida con los repetidos golpes de las macanas, sin más motivo para ello que el del odio implacable que tiene esta indómita Nación Caribe á los cristianos, y mucho más á los que los hacen cristianos, como ellos dicen, que son los Sacerdotes que doctrinan y catequizan á los indios.

Y para confirmación de este entrañable odio, después de muertos los tres dichosos inocentes Padres, arrastraron sacrílegamente sus cuerpos al rededor de la iglesia y casas del pueblo, y como tigres rabiosos y sangrientos, con impiedad fiera, cortaron las piernas y brazos de los Padres Bek y Teobast, y se los llevaron, dejando lo restante del cuerpo con el del Padre Fiol, arrojados en el campo. No contentos con tan horrible arrojo y sacrílega carnicería, extendieron su rabia á cuantos pudieron haber á las manos, que fueron ocho, españoles é indios, que con dichos Padres asistían; entraron en las iglesias, y sacando los sagrados ornamentos, se los vistieron por mofa y escarnio, con grandes risotadas y chanzonetas, y así mismo robaron cinco cálices y patenas, que se llevaron para brindar en sus borracheras; y habiendo profanado todo lo demás de los templos, robaron cuanto pudieron y quisieron, y prendieron fuego á las iglesias y casas. Sucedió este triunfo contra los Padres, y lamentable tragedia de nuestras reducciones, el día 7 de Octubre del año dicho, si bien es verdad que no falta quien diga haber sucedido esto el día 10, en que se celebra la fiesta de San Francisco de Borja. Parece más probable haber sido el día 7, atento á una carta del Padre Julián de Vergara, que se guardó en el archivo de Santafé, en la cual daba noticia de todo lo ocurrido, pues por hallarse más inmediato pudo saber el día de la rebelión de los Caribes y muerte de los tres Padres, con las circunstancias dichas.

Pero volviendo á los Caribes, apenas habían acabado de cometer estos crímenes, cuando determinados ya, como encarnizados con la presa, á no dejar Padre á vida de cuantos había en las misiones, se encaminó la comitiva y canalla bárbara al sitio en

donde residía el Padre Julián de Vergara, con el oficio de Procurador; entraron á su casa cuantos cupieron, con aquel descaro y desvergüenza con que saben hacerse dueños de todo, sin respetar á nadie. Receloso nuestro misionero de lo que podía suceder, como quien leía en sus semblantes y en el aparato de armas la maquinada traición y alevosía que reconcentraban en el pecho, trató de probar fortuna por medio de agasajos y dádivas, para librar la vida: como estaba la Procuraduría surtida por ese tiempo de todo lo necesario, tanto para los misioneros como para socorrer á los indios, les franqueó el Padre Julián cuanto quisieron los Caribes.

Cuéntase, entre otras cosas (todavía me parece que vive el que refiere esto, y es un vecino de aquellos sitios que se halló presente), que uno de los agasajos que les hizo el Padre fué mandar á uno de sus domésticos que les hiciese y repartiese chocolate, bebida muy estimada de ellos por lo rara; hízolo así el muchacho, quien antes de repartirlo, con toda sinceridad y sin escrúpulo, se llegó al oído del misionero y le pidió licencia para mezclar con el chocolate una buena porción de solimán (veneno que tenía el Padre para matar los gusanos que atacan á los terneros); disuadiólo de esta temeridad, hija de sus pocos años y corta capacidad, aunque mostró la que bastaba para pedir licencia y consejo, sin el cual hubiera hecho de las suyas el paje, y hubiera muerto á los Caribes á fuerza de solimán. Quedaron obligados los bárbaros con los agasajos dichos, no para desistir de su traición, sino para dilatarla para después, cuando la memoria de las dádivas se hubiese enfriado algún tanto; pues aunque tan fieros y crueles, les ató las manos para ejecutar su alevosía la vista de tanto bien como les hizo entonces; despidiéronse del Padre y pasaron á otro sitio algo distante, diciendo en su lengua, al despedirse, que á la vuelta le matarían.

Viéndose el Padre libre de tan peligrosa visita, y teniendo ya por ciertas las fatales noticias que corrían de la muerte de los tres misioneros, como de que habían venido para matarle, trató con toda la brevedad posible de salir á pie para los Llanos, con 24 personas que estaban en su compañía, sacando algunas alhajas, en especial las sagradas, y los ornamentos, y algún bastimento para tan largo camino, el cual duró 105 días, hasta llegar al *Puerto* de Casanare, desde el 10 de Octubre hasta el 22 de Enero. Antes de ponerse en viaje procuró poner en cobro algunas alhajas estimables, para recuperarlas después cuando se mejorasen las cosas. En esta conformidad hicieron un hoyo grande en el corral donde encerraban el ganado, y en él las pusieron y cubrieron con tierra lo mejor que pudieron, y con tal disimulo, que no se pudiesen rastrear de los Caribes por señales algunas;

hecha esta diligencia, salieron aprisa todos y se pusieron en viaje, hasta ganar un monte alto, desde donde se descubrían sus montes y sus vegas.

Fué providencia especial de Dios el que con la brevedad dicha se dispusiesen las cosas y se apartasen del peligro, pues apenas habían cogido el alto del monte, cuando divisaron á los Caribes que volvían de nuevo y se encaminaban á la casa del Padre, quien en compañía de los suyos estuvo observando el paradero de las cosas. Vieron cómo llegaron los Caribes y se entraron á todas las casas y rincones, y al corral donde guardaron las alhajas dichas; no se sabe cuándo ni cómo pudieron caer en la cuenta de que hubiese alguna cosa escondida en este sitio; lo cierto del caso es que descubrieron el secreto, y sacaron y robaron cuanto quedó escondido; viendo ellos que estaban las casas vacías de gente, que era lo principal que buscaban, y en especial al Padre, convirtieron su rabia contra ellas y les pegaron fuego, quedando sepultadas en sus cenizas las esperanzas de que se pudiesen reparar con brevedad los daños de tan notables ruinas, y la pérdida de nuestras misiones en el río Orinoco. Quedó desde entonces abandonada esta misión, que tan felizmente había empezado á florecer, pero esperamos en nuestro Señor, que regada y fertilizada con la inocente sangre de aquellos tres apostólicos misioneros, ha de reflorecer y fructificar gloriosamente, dando muchas almas al cielo. Dejaron los Superiores desde este tiempo de enviar nuevos sujetos á los Salivas y al Orinoco, contentándose con dar primero al Padre Ubierna y después al Padre Carlos Panigati, para que sirviesen de Capellanes en el Castillo de Carichana, el cual se destinó para reprimir la demasiada osadía de los Caribes. Ambos Padres murieron dentro de breve tiempo, no sé si á impulsos de la necesidad ó del rigor de aquellos temperamentos; lo cierto es que desde el año dicho de 1684, hasta el de 91, se dejó la misión de los Salivas; y sólo el Padre José Cabarte bajó en este intermedio á confesar la gente del presidio, y á dar esperanzas á los Salivas, de que pronto volverían los misioneros á sus tierras, á solicitar su remedio, como lo hizo y se verá después.

Volviendo ahora al Padre Julián de Vergara y á los suyos, que habían estado notando lo que pasaba desde la cima de aquel monte, sin esperar más tiempo trataron de proseguir su viaje para los Llanos. Son increíbles las calamidades y trabajos que padecieron en peregrinación tan larga; caminaron 60 días por tierra, rompiendo pajonales horribles, y atravesando tierras anegadizas y pantanos, y 45 embarcados en una mala canoa, padeciendo por momentos mil riesgos de la vida en el río, por los naufragios que tuvieron; en tierra, peligros ya conocidos, por los bárbaros que los rodeaban, por las fieras que les salían al encuentro, por los

fangales que tenían que pasar con peligro de quedar sumergidos; el hambre que sobrevino fué terrible, y uno de sus mayores enemigos, suficiente para quitarles la vida, y experimentaron sus rigores por espacio de 90 días, porque el poco bastimento se les había acabado, y no encontraban para sustentarse mas que raíces silvestres muy amargas. Sólo una vez se sabe que consiguieron un poco de carne con qué aliviar sus males, y fué el caso que estando ranchados de noche, se apareció á deshoras un bulto negro como de bestia grande; no dejó de causar pavor á nuestros caminantes, y más con el recelo que les acompañaba siempre por estos sitios desiertos, que abrigan en sus malezas bestias no conocidas, fuera de las que ya se saben, de tigres, leones y otras muchas especies; el bulto estaba quieto en un sitio sin hacer otro movimiento que travesear con los pies, como si se defendiera de los mosquitos. Cobrando ánimo uno de los que acompañaban al Padre, llamado Domingo Pelayo, quiso averiguar lo que era, y cogiendo una lanza, fué con todo silencio donde sonaba el ruido, y enristrándola con cuanto impulso pudo, hirió por tan buena parte á lo que él se imaginaba fantasma, que luego cayó en el suelo; alborotóse con la novedad la gente, no viendo la hora de averiguar lo que sería; amaneció, siguieron el rastro de la sangre y hallaron muerta una danta con el rejón clavado. Ya se deja entender el alegrón que tendrían nuestros hambrientos caminantes, hallándose sin saber cómo, con esta presa, más estimable en las circunstancias, que faisanes y terneras en otras; sólo puede hacer concepto de esto quien sepa qué cosa es hambre padecida por largo tiempo, que suele hacer dulces y sabrosos los manjares más viles. Fué día de boda para nuestros peregrinos éste, y se conservó por algunos días el socorro enviado por la Divina Providencia, pues da mucho de sí una danta, como expliqué en otra parte.

Sobre los trabajos del hambre, comunes á todos en esta soledad y desierto, se le añadieron al Padre Julián otros particulares, y no menos molestos que los pasados, si no tal vez mayores, por lo que daba que hacer con ellos á los que iban en su compañía, cosa que sentía mucho su caritativo espíritu. Padeció continuas calenturas ocasionadas por los ardores del sol y las humedades en lagunas y pantanos, y el maltratamiento del camino; juntáronse á ésto los dolores de gota artética que no le dejaban dar paso, siendo necesario cargarlo á hombros. El consuelo único que tuvieron, y verdaderamente grande, fué el tener misa todos los días, sin faltar uno solo, á pesar de los muchos estorbos y quebrantos que padecían en el camino; y sucedió que habiéndose volcado por última vez la canoa, se mojó la arquilla donde venían las hostias, quedando algunas pocas casi por milagro enjutas, y fueron éstas las precisas para los días que faltaban de viaje, midiendo Dios no

sólo las hostias, sino también el vino, pues el último que quedaba en la vasija en donde se traía, sirvió para el día último. Lo referido hasta aquí, se dice más difusamente en la historia de esta provincia, que compuso el Padre Pedro de Mercado, la cual se llevó á imprimir á España, con excepción de algunas circunstancias particulares que llevo dichas. Las que se ponen en seguida, son dadas por uno de los vecinos de los Llanos que acompañó al Padre Julián, no sólo en el Orinoco, sino en el viaje referido de 105 días hasta llegar á Casanare. En este pueblo fueron recibidos con muestras de mucha compasión, por la que sentían de verlos tan consumidos de trabajos, y en especial al Padre Julián, que con las calenturas y maltratamiento, parecía un vivo retrato de la muerte.

Aquí se detuvieron y refirieron sus trabajos, y en especial la tragedia de las misiones del Orinoco, como que sabían de raíz el modo y circunstancias de la muerte de los Padres; noticia que si bien se recibió con sentimiento, por tan notable pérdida, dejó á muchos envidiosos por el feliz triunfo con que estos tres varones insignes arrebataron el laurel hermoseado con su sangre, vertida en las arenas del Orinoco, á los rigores y violencia de las macanas Caribes, de las cuales fabricaron escala para conquistar el cielo. Préciase nuestro Colegio máximo de Santafé de tener sus retratos, que se copiaron bien al vivo, y se colocaron entre nuestros varones ilustres. La vista de tan grandes héroes cristianos, mueve aún en sus retratos, á ser en algún tiempo imitadores de su vida evangélica, en los apostólicos empleos de gentiles, donde consiguieron la palma.

Deseoso el Padre Calderón, Procurador general de la Provincia, de adquirir algunas noticias de la vida y virtudes de los tres Padres, para la edificación común, sólo pudo adquirir de Roma las que ahora se siguen, por parte del Padre asistente Casanueva, el 21 de Junio de 1693.

El Padre Ignacio Fiol, nació en Mallorca el 18 de Julio de 1629; entró á la Compañía en la provincia de Aragón el 30 de Marzo de 1652; graduado de doctor hizo la profesión de cuatro votos el 2 de Febrero de 1663.

El Padre Gaspar Bek, nació en Rotemburgo, entró en la provincia de la Germania superior en 21 de Abril de 1661, hizo la profesión de cuatro votos, el 15 de Agosto de 1678, y consta de carta suya, que llegó al Puerto de Cartagena el 2 de Abril de 1681. Su edad sería de 42 á 44 años.

El Padre Ignacio Teobast, nació en Gante el 28 de Noviembre de 1648; entró á la Compañía en la provincia de Flandes, Bélgica, el 27 de Septiembre de 1667.

No se pudo adquirir otra noticia de los tres Padres, ni se

sabe haberse adquirido después así de los dos últimos, pero las tuvimos del primero, Ignacio Fiol, recurriendo á Mallorca, su patria, desde donde vinieron noticias seguras de su vida y virtudes, las cuales pondré aquí, en el capítulo que sigue, para que se sepan y sirvan para la edificación.

CAPÍTULO IV

NOTICIAS DE LA VIDA Y VIRTUDES DEL VENERABLE PADRE IGNACIO FIOL.

El venerable Padre Ignacio Fiol, natural de la ciudad y reino de Mallorca, nació de padres honrados, el 18 de Junio de 1629; desde niño fué muy inclinado á la virtud; rezaba cada día el rosario á la Virgen, oía Misa, y hacía indispensablemente otras devociones á los santos de su elección, las cuales tenía repartidas á su tiempo; era muy caritativo y daba á los pobres su almuerzo y las cosillas que le obsequiaban sus padres, y cuando no tenía qué darles, siendo aún de sólo cuatro años, les repartía los huevos frescos de las gallinas que criaba su madre en casa, y hubo vez que faltándole este arbitrio, se desnudó de sus propios vestidos y los dió de limosna á un mendigo que estaba desnudo.

Luego que supo leer y escribir, le enviaron sus padres á nuestras escuelas, para que juntamente con la gramática aprendiese las buenas costumbres, con que la Compañía suele criar á sus discípulos; y como por una parte era de vivo ingenio, y por otra, muy temeroso de Dios, hízolo de manera que en breve se aventajó á sus condiscípulos, así en letras como en virtud. Para darse mejor á lo uno y á lo otro, recabó de su padre un aposento solitario, en una parte baja de la casa, retirado del trato y comunicación de la familia, en el cual se recogía á estudiar, á tener oración y á hacer sus penitencias, que ya en aquella edad tan tierna eran bien ásperas y rigurosas, porque además de los silicios y disciplinas con que maceraba su cuerpo á vista de una calavera, que entre unos huesos tenía sobre la mesa á los pies de un santo crucifijo, no dormía en su cama, sino sobre una tabla desnuda que tendía en el suelo frío, sirviéndole de cabecera una dura piedra, aun en medio del rigor del invierno; y para que su mortificación fuese continua, á imitación de San Francisco de Borja, llevaba los zapatos llenos de granos de trigo, garbanzos y piedrezuelas menudas; su ayuno era muy frecuente, y cuando sus padres y hermanos, en días de Pascua, tenían mesa espléndida con viandas exquisitas, su comida era sólo una sardina ó un poco de pescado salado, que él mismo azaba en las brasas, y comía á solas en un rinconcillo de la casa, sin que ni unos ni otros pudiesen con ruegos recabar de él otra cosa.

Acabada la gramática, como en aquel año no se empezase curso de artes en nuestras escuelas, pasó al Convento de Santo Domingo, donde sin aflojar el rigor de vida que hasta entonces había llevado, cursó la filosofía y teología, con tan buen nombre y crédito de su virtud y letras, que el Rector de la Villa de Espoles trató con toda eficacia de encargarle la clase de retórica, que es una de las mejores y más pingües de este reino; resistióse cuanto pudo, así por no ser Cura de almas, como por no oponerse á la vocación con que Dios le llevaba á la Compañía, de lo cual trataba entonces con su confesor, el venerable Padre Francisco Alzamora, gran siervo de Dios, que murió después en opinión de santidad; hasta que, vencido por los ruegos y persuaciones de su madre, que siendo ya viuda, deseaba lograr la ocasión de vivir acomodada á la sombra de su hijo, fué á graduarse á la Universidad de Granada, y en ella defendió sus actos con tanto lucimiento y satisfacción de su doctrina, que se le dió el grado de doctor teólogo, con todas aquellas calidades que únicamente se dan á los más doctos y aventajados estudiantes.

Pasó después para Valencia, y estando ya para embarcarse, de vuelta para Mallorca, le atajó Nuestro Señor el paso con una recia enfermedad de calenturas que le puso á las puertas de la muerte; desahuciáronle los médicos, y viéndose en tan manifiesto peligro, volvió los ojos á un modesto crucifijo que estaba delante de su cama, y mirándole con atención, reparó que siendo antes de compasivo y agradable semblante, le estaba mirando con horroroso ceño y formidable aspecto. Asustóse con esta vista, y revolviendo en su corazón la causa de tan repentina mudanza, le dió á entender el Señor, era por no haber correspondido antes á su divino llamamiento; hizo luego voto de entrar en la Compañía, si su divina Majestad le restituía la salud, y tornando á mirar segunda vez al crucifijo, advirtió que trocado ya el Señor en un tierno y amoroso afecto, le miraba de nuevo con risueño y apacible rostro. Confirmóse con esto su santa resolución, cesó al punto la enfermedad, y recobrando en breve la salud, comunicó el suceso al Padre Jacinto Riquer, Viceprovincial de la provincia de Aragón, que á la sazón se hallaba en Valencia, el cual, como le conocía ya desde el tiempo en que fué Rector del Colegio de Montesión en Mallorca, examinada bien su vocación, y enterado de sus buenas prendas, le recibió en la Compañía, siendo ya de 23 años. Comenzó su noviciado en Calatayud, prosiguióle en Huescas, y acabóle en Tarragona, con tanto fervor y espíritu, que fué siempre un dechado de virtudes, un vivo ejemplar de la observancia y un modelo de perfección á los hermanos novicios, en el cumplimiento de todas las reglas, por mínimas y menudas que fuesen, las cuales guardaba con toda exactitud y puntua-

lidad, y en este tenor de vida continuó después en los colegios, siendo perpetuamente el ejemplo y edificación de los de la casa y de los de fuera.

Luego que cumplió su noviciado, hechos como es de costumbre los votos, le enviaron los Superiores á Zaragoza, donde leyó gramática algunos años, con gran provecho de sus discípulos, porque no sólo les enseñaba con suma aplicación los preceptos de aquellas artes, sino con igual ó mayor cuidado los de la vida y doctrina cristiana. Apartábales de los vicios, afirmábalos en las virtudes, exhortábalos á la frecuencia de los Sacramentos, á la devoción á la Santísima Virgen, á los Santos y á las benditas ánimas del Purgatorio, y sobre todo, procuraba imprimirles en aquella tierna edad, el santo temor y amor de Dios, con muchos y muy frecuentes actos de estas dos virtudes, en las cuales prorrumpía y hacía que prorrumpiesen de cuando en cuando los niños con gran fervor, en medio de sus lecciones.

De aquí se originó aquella santa y loable costumbre, que guardaba en tiempo de las recreaciones, de juntarse con algunos Padres y hermanos los más edificativos, para el ejercicio de semejantes actos, provocándose unos á otros con santa emulación, sobre quién los haría mayores y más excelentes; y para que al lado de la malicia del demonio, resplandeciese más la bondad de Dios, iban ellos á veces ponderando cuán digno era de ser aborrecido el demonio, por su execrable malicia, y cuán digno de ser amado Dios por su infinita bondad, el uno decía un oprobio grande al demonio, y el otro un grande elogio á Dios. A Dios le apreciaba cuanto podía el uno, al demonio le despreciaba cuanto era posible el otro, y todos á una se encendían y exaltaban, prorrumpiendo en fervorosísimos actos de amor de Dios.

Entre tanto que leía gramática se ordenó de Sacerdote, celebró con mucha ternura y devoción su primera Misa, y se examinó para la profesión de cuatro votos, que hizo el 2 de Febrero del año de 1663. Era tan buen filósofo y aventajado teólogo, que ni aun para los exámenes, que según nuestro instituto se hacen con todo el rigor escolástico, necesitó de nuevos cursos dentro de la Compañía; y sin embargo que podía leer con toda satisfacción las facultades mayores, era tan grande el celo que tenía por la salvación de las almas, que desde luego le dedicaron los Superiores á los demás ministerios, especialmente á las misiones, y las hizo por espacio de 20 años en Aragón, Cataluña, Mallorca y Minorca, sin admitir otra posada que el Hospital, en los lugares donde lo había, ni otra comida que la que llegaba de limosna, pidiéndola de puerta en puerta; tenía, eso sí, gran cuidado del compañero, dándole aunque fuese un hermano coadjutor, la mejor cama y el mejor aposento, tomando para sí el peor y más desacomodado.

No es creíble el fruto que hizo en esas misiones, convirtiendo innumerables pecadores, reconciliando enemistades, y llevando á millares de almas al cielo, porque como todos lo tenían y veneraban por Santo, recibían sus palabras como venidas del cielo; su mayor y más frecuente inventiva, no sólo en las misiones, sino en los sermones que predicaba dentro y fuera de la casa, era contra el pecado mortal y las malas confesiones, y pareciéndole poco lo que sobre estos dos asuntos predicaba en los púlpitos, compuso un libro manual que intituló "Razones para convencer al pecador, para que salga del pecado y se ponga en gracia de Dios," y tradujo otro de lengua castellana á la vulgar mayor, con título de "Casos raros en la confesión," que escribió el Padre Cristóbal de Vega, y las dió á la estampa, el primero en Génova, el año de 1678, y éste en Mallorca el de 1670; y los repartía y daba de gracia á todos, especialmente á los Curas de las villas y aldeas, para que aprovechasen con ellos sus feligreses.

Fué tan útil la traducción de los "Casos raros," para los que no entienden el lenguaje castellano, que los libreros de Barcelona sacaron á su costa dos impresiones que fueron menester para satisfacer el deseo de tantos, que con toda diligencia los buscaban.

A estas misiones de las villas y aldeas, salía infaliblemente todas las primaveras, desembarazándose de otra cualquiera ocupación, por grave y precisa que fuese, y la razón que daba y repetía no pocas veces era, haberle enseñado la experiencia, "que más fruto hacen ocho días de misión en un lugarejo, que ocho años de predicación en un Colegio." Fué devotísimo de la Santísima Virgen y de nuestro gran Patriarca San Ignacio de Loyola, quien inspirado de la Virgen allá en la cueva de Manresa fundó la Compañía, con cuarto y especial voto de las misiones; y lo mostró bien el Padre en las obras, porque en los lugares donde las hacía, procuraba establecer su devoción, y muy en particular la del rosario, y para que esa fuese constante y nunca faltase, no paraba hasta hallar personas devotas y ricas, que la dotaran con distribución cuotidiana y perpetua para los clérigos que lo rezasen á coros con los seculares, al toque de la campana, cuando los labradores vuelven del campo por las tardes á sus casas; esta misma distribución la fundó en la iglesia Catedral, y demás parroquias de esta ciudad, en donde hasta hoy día se reza con mucha devoción en alguna capilla de la Virgen, venciendo á fuerza de diligencias y trabajo, las muchas dificultades que para esto se le opusieron.

Mas para que no se acabase la de nuestro Padre San Ignacio, buscaba limosnas para hacer muchos y buenos cuadros de este glorioso Santo, para lo cual tenía asalariado un famoso pin-

tor que se los delineaba y pintaba devotísimos, en la actitud en que estaba cuando en el camino de Roma se le apareció el Salvador del mundo con la cruz á cuestas; estos cuadros los enviaba y repartía á todas las villas y aldeas donde hacía su misión, en cuyas iglesias se ven hoy día, y se veneran con muy frescas y tiernas memorias del Padre Ignacio Fiol, á cuyas diligencias cada año se nombran dos obreros para que cuiden del ornato y aseo del altar y capilla del Santo.

Todo el tiempo que vivió en el Colegio de Montesión, por espacio de once años, además de las misiones, se ocupó en los ministerios de las almas, trabajando incansablemente de día y de noche, en el púlpito y en el confesonario, y en ayudar á bien morir. Fuera de esto, fué siempre Prefecto de la Congregación de los seculares, de la Cárcel y de los Hospitales, con tanta aplicación á cada uno de estos ministerios, como si fuera el único, y no tuviera otro empleo; tenía y conservaba la congregación muy lucida y numerosa, y asistida de todos estados de personas, sin omitir diligencia que pudiese conducir á sus creces y aumento. Ibase los sábados por la tarde á dar vuelta y á convidar á sus congregantes para el domingo; á los que faltaban les daba sus quejas, con muestras de amor, cariño y celo, y cuando esto no bastaba, aunque fuesen caballeros y títulos, los reprendía y amenazaba con severidad, de borrarlos de su catálogo, mas con tal modo y discreción, que unos y otros lo llevaban á bien, ofreciendo la enmienda, y la mostraban en la frecuencia y puntualidad con que después acudían.

Con sus congregantes de todos estados iba á la Cárcel y al Hospital, no pocos días en el año, para dar de comer á los pobres encarcelados y enfermos, sirviéndoles á todos con mucha humildad, devoción y regalo; y para que los pobres de la Cárcel tuviesen cada día su olla y ración de pan, repartió los días de la semana entre las señoras piadosas y ricas, las cuales hacían el gasto por turno, de muy buena gana y con mucha caridad; y á fin de lograr que estuviese la olla bien sazonada y se sirviese á su tiempo, compró la Congregación una casa frente á la Cárcel, y la franquea hasta hoy día á la persona que cuida de la comida.

No paró ahí su abrasada y encendida caridad, porque viendo que la ciudad estaba llena de pobres vagamundos, que por huír del trabajo se daban á la mendicidad, hurto y otros intolerables vicios, y que entre ellos, no pocas mujeres, obligadas de la necesidad, tropezaban y hacían tropezar á muchos, procuró con toda eficacia que se fundase, como de hecho se fundó, el Hospital de la misericordia, en donde se recogen de grado ó por fuerza los dichos pobres, de cuyo gobierno y administración se encargan cuatro caballeros, que la ciudad nombra y tiene diputados para

este fin, los cuales cuidan de cobrar las limosnas que liberalmente ofrecen, por semanas ó meses, los eclesiásticos, seculares y comunidades religiosas, y son tan cuantiosas, que sólo el señor Obispo contribuye con 500 pesos en cada año; de suerte que provista y abastecida la casa de todo lo necesario, sobra aún para la fábrica del edificio, que está muy adelantado. Las dificultades y embarazos que se le atravesaron en la ejecución de esta obra fueron tantos y tan considerables, que para vencerlos fué menester toda aquella constancia y tesón incontrastable que en todas sus empresas mostraba el valor y ánimo invencibles del Padre Ignacio Fiol, venciendo con ojos cerrados cualquier inconveniente y trabajo que pudiera estorbar sus designios, hasta llevar al cabo, y salir con todo lo que una vez intentaba, como juzgase que fuese del servicio y gloria de Dios. Sucedió que estando una vez el señor Virrey en la fortaleza de San-Carlos, á media legua de camino, fué el Padre allá á pie, con su compañero, en medio de los caniculares, para tratar con Su Excelencia la explicación de un negocio tocante á esta empresa, y estando ya de vuelta, en las puertas de la ciudad, advirtió que se le había olvidado otra diligencia que faltaba para la conclusión de su negocio, y sin reparar en la distancia del puesto, en los calores excesivos, y en el cansancio pasado, repitió la fatiga y volvió otra vez á pie, quedando el señor Virrey muy edificado de su fervoroso celo, otorgándole cuanto le pedía.

Ha sido y es este Hospital de mucha utilidad para la República, para los pobres y para el servicio de Dios; para la República, porque se libra de los insultos á que se arrojaba antes tanta gente perdida y desvalida, vagando ociosa por la ciudad; de los pobres, porque los ciegos, cojos, mancos, tullidos y otros, que no pueden trabajar, tienen allí lo necesario para pasar su vida, y los demás viven ocupados en las tareas que cada día les señala el Mayordomo, según la habilidad y fuerza de cada uno, y de ese lucro se vale la casa para el sustento de ellos y alivio de sus cargas, en servicio de Dios, porque, además de evitarse con el recogimiento y ocupación, los pecados que acarrean la necesidad, el ocio y vida licenciosa, á cargo de la Compañía se les enseña la doctrina cristiana, se les hacen sus pláticas, se procura que oigan misa, y se les administran á su tiempo los Sacramentos de la penitencia y Eucaristía.

Todo esto se debe al fervoroso celo del Padre Fiol, que se extendía no sólo al Hospital de la misericordia, sino á la cárcel, y al Hospital general de los enfermos, á cuyos pobres visitaba á menudo, consolaba en sus trabajos, remediaba en sus necesidades, solicitaba el despacho de sus causas y negocios, hacíales muchas y muy fervorosas pláticas, exhortábalos á la confesión y comu-

nión en las fiestas mayores y más solemnes del año, los instruía y enseñaba el modo como habían de confesarse, y para que lo hiciesen todos llevaba desde la víspera á muchos de los Padres de la casa para confesarlos; decíales misa y les administraba la comunión, sin omitir diligencia que pudiese conducir al bien espiritual de las almas.

Quien así cuidaba de las almas ajenas, ya se ve el cuidado que pondría en la suya propia; cada día decía misa con mucha devoción, gastando en ella media hora cumplida, conforme á la regla; tomaba una recia disciplina; ceñía un áspero silicio; rezaba el rosario y visitaba los altares, por las ánimas del purgatoria; ayunaba los sábados de ordinario, y á pan y agua las vigilias de la Virgen, con disciplina pública en el refectorio, en donde besaba los pies á todos; poníase largos ratos en cruz; comía de rodillas en el suelo; hacía otras penitencias y mortificaciones con tanta frecuencia, como pudiera el más edificativo y fervoroso novicio; en el corazón del invierno, por áspero que fuese, jamás se acercaba al fuego ni metía las manos dentro de la manga de la sobre-ropa para defenderlas del frío; antes de acostarse repartía á trechos el vestido y calzado, dejándole esparcido en diferentes puestos del aposento, para verse obligado por la mañana á levantarse á recogerlos con los pies descalzos, y sentir más el frío de los ladrillos; nunca decía palabras que pudiesen amargar á otros; sufría con indecible paciencia las que otros le decían, sin más defensa que el silencio, y volver bien por mal á quien contra toda razón le perseguía; si alguno, por vía de chanza y entretenimiento, le zahería, lo disimulaba con tanta paciencia que, ó no se daba por entendido, ó divertía la plática, de modo que quedaba el otro confuso y arrepentido.

Era humildísimo por extremo, y tenía tan bajo concepto de sí, que cedía siempre á los otros lo mejor, y exigía para sí lo peor; compuso algunas letrillas para que las cantasen los niños en la escuela, y muchos de sus tercetos y cuartetos andan impresos al fin de los libros devotos, y de ellos, como de saetillas y jaculatorias, se valía en los actos de contrición que solía hacer por las calles en tiempo de misión.

En medio de tantos y tan apostólicos ejercicios no cesaba el santo varón de hacer muy vivas y continuas instancias para pasar á la India, y consagrarse á la conversión de aquellos infieles, con deseo de derramar la sangre por Cristo, y conseguir, por este medio la palma del martirio. Mas, viendo que los Superiores no condescendían con sus ruegos, por el fruto tan grande que hacía, y porque no sería fácil hallar sujeto que llenase su hueco, recabó licencia de nuestro Padre general Juan Paulo Oliva, para ir á Roma y tratar á la voz con Su Paternidad este negocio. Partió

de Mallorca el 4 de Agosto, y llegó allá por el mes de Octubre del año de 1677. Oyó nuestro Padre sus razones, y viendo por una parte que era ya de edad de 48 años, y juzgando por otra, que sería de mayor gloria de Dios si continuase sus empleos por acá, le consoló del mejor modo que pudo, y le ordenó que se volviese á su provincia. Obedeció el siervo de Dios; y estando ya en Génova de vuelta para Mallorca, entre tanto que aguardaba embarcación, murió en Madrid el Padre Procurador del Nuevo Reino, á tiempo que estaba ya de partida, aprestados todos los sacerdotes que habían de ir en su compañía; súpolo nuestro Padre general, y como la necesidad era urgente, señaló en su lugar, y nombró por Superior de aquella misión, al buen Padre Fiol, el cual, luégo que recibió el aviso, gozosísimo de haber conseguido lo que tanto había pretendido y deseado, partió de Génova en un navío que pasaba para Alicante, dejando de intento otro que había de tocar en Mallorca, por no pasar por su tierra, ni exponerse á peligro de que así los de casa como los de la ciudad le impidiesen ó embarazasen el viaje.

Salió tan bien su industria, que cuando cayeron en la cuenta ya estaba el Padre Fiol en Cádiz, de donde salió con la misión, consiguiendo por este medio su venida á las Indias, y la deseada corona en el Orinoco, á manos de los Caribes, como se dijo poco há.

Estas son las noticias que se han podido recoger de este apostólico varón, verdaderamente grande, lustre de su patria, Mallorca, y honra de las misiones del Nuevo Reino.

Con ocasión de la muerte de los tres Padres, se malograron las esperanzas del Orinoco desde ese tiempo, que fué el año de 1664, como se dijo en su lugar; y así, para ponerme de acuerdo con el tiempo, habré de romper el hilo de las misiones por ahora, y hacer alguna digresión, pues no será razón pasar de golpe al año de 1691, en el cual se entablaron otra vez. Esto, y el no haber cosa especial en los Llanos sucedida en esa época, me hace ocurrir á Santafé á buscar algún hecho memorable sucedido por entonces, en que estuvieron como en calma nuestras misiones.

Es muy digno de referirse el caso que sucedió el año de 1687 en la ciudad de Santafé, pues habiéndose ejercitado con ocasión de él nuestros operarios del Colegio máximo, con tanto fervor en los sagrados ministerios de nuestro instituto, no será fuera de propósito intercalarlo en esta relación para que se vea que no era sólo en los Llanos en donde la Compañía de Jesús anhelaba por la gloria de Dios, sino también en las ciudades, logrando las buenas oportunidades que nos ofrecía Dios.

CAPÍTULO V

REFIÉRESE UN EXTRAÑO Y PORTENTOSO RUIDO QUE ACONTECIÓ EN LA CIUDAD DE SANTAFÉ, DE QUE SE SIGUIÓ GRANDE FRUTO DE LAS ALMAS Y REFORMA DE LAS COSTUMBRES.

Es tan memorable, portentoso y extraño, y ha dejado tanto nombre en la ciudad de Santafé y otros lugares comarcanos el caso que en ella sucedió el año de 1687, á las diez de la noche, domingo 9 de Marzo, que por ser tan singular la moción y fruto que de él se siguió en las almas, merece su relación ser insertada en esta historia.

Habiendo estado así el principio del día, como también la tarde, con serenidad y quietud, se comenzó á oír generalmente en toda ella, y en muchas leguas de su contorno, un tan estupendo y terrible ruído, que cuantos le oyeron, asombrados y atónitos, no se acuerdan haber oído cosa igual, ni esperan oírla sino es en otro caso semejante al que pasó entonces; duró este ruído el espacio de un cuarto de hora, y en este breve tiempo es indecible el gentío que ocupó las calles con la novedad; pues aunque había pocos en pie y despiertos en aquella hora, por estar muchos entregados al sueño, y los más recogidos en sus camas, el sobresalto y confusión ruidosa, despertando á unos y desacomodando á otros, los hacía dejar el sueño y recogimiento y salir despavoridos y asombrados, ya á medio vestir, ya desnudos, como permitía á cada uno la turbación, y daba prisa el deseo natural de huír de la muerte, cuyo temor á todos había ocupado.

Pero aunque salían huyendo, no sabían á dónde iban, pues dejando sus casas donde á cada uno le parecía ser el ruido que se escuchaba, en saliendo fuera de ellas le percibían mayor y hallaban mayor confusión; y así, faltos de consejo y como fuera de sí, andaban las gentes por las calles y plazas á carrera, todos, sin distinción de sexos ó estado, huyendo hacia diferentes partes, conforme les parecía poder librarse mejor del peligro que les amenazaba; unos corrían como locos hacia la eminencia de los cerros y montes vecinos, juzgando que el ruído se formaba en la llanura; al contrario, otros huían la vecindad y cercanía de los cerros, acogiéndose presurosos al llano, por parecerles que de la altura les venía todo el daño. Los del barrio de las Nieves corrían á buscar refugio en lo principal de la ciudad, y los de la ciudad, huyendo de ella, se retiraban á las Nieves, y últimamente encontrándose unos con otros de huída, ninguno encontraba el refugio y consuelo que pretendía, pues donde juzgaban hallarle, advertían que la confusión de las gentes era mayor, la turbación de

los ánimos más extraña, y el temor de todo viviente más crecido, y preguntando unos á otros por si sabían el origen del caso tan insólito y formidable, nadie daba razón, porque todos ignoraban la causa, y á ninguno dejaba lugar el miedo y sobresalto para poder responder.

No aumentaba poco la aflicción y desconsuelo grande que el caso traía consigo, el continuo y triste alarido que se escuchaba por las calles de niños y mujeres, que con la debilidad de la edad y del sexo, tienen menos ánimo para hacer rostro á los peligros, y se acogen más fácilmente á las lágrimas; á esto se juntaban los incesantes y formidables aullidos de los perros que, conjurados todos cuantos había en la ciudad, parece que lloraban y sentían á su modo la calamidad y ruina de los hombres; todo lo cual, junto con los clamores lúgubres y piadosos de las campanas, que á una rompían entre los sonidos tristes del aire, componían una noche tremenda y horrorosa de juicio. Y, á la verdad, si de esto puede haber remedo alguno en esta vida, que baste á darnos especies de lo que será aquel día último de los tiempos, uno fué, y muy al vivo, el de esta lamentable noche, según el temor, confusión, sobresalto y otras circunstancias que concurrieron en ella.

Y aun algunos llegaron á persuadirse por lo que oyeron y vieron, que si no el día último á lo menos las señales ciertas de acercarse habían ya llegado en nuestros tiempos, pues estaba tan revuelta la ciudad, tan sobresaltados los ánimos y tan sin consejo los hombres, que cualquiera prudente pudiera temer justamente en la ocasión, la general y última calamidad y miseria de los hombres.

El señor Presidente salió á aquella hora de su palacio con las armas que con la prisa pudo encontrar más á mano, y fuera de los criados que le acompañaban, fué convocando algunos hombres de los que encontraba á bandadas, con cuya comitiva partió aceleradamente hacia San Agustín y barrio de Santa Bárbara, á reconocer y averiguar por aquella parte qué ruído fuese aquel tan extraño y que tanto había turbado la ciudad; porque la voz más valida que corría, era que hacia aquel barrio y vecindad se había notado mayor y más formidable, con lo cual discurrían muchos, y á voces lo decían, que era invasión sangrienta é intempestiva de enemigos, que al son de cajas de guerra marchaban disparando mosquetes, bombardas y piezas de artillería, desde lo superior y eminente de los cerros, y que parecía tener ya ocupada la vega y llanura que confina con el barrio de Santa Bárbara, llamada Fucha.

Aunque este discurso parece sin fundamento, y fabricado más del temor y miedo que de la razón y prudencia, por estar tan retirada esta ciudad de puertos de mar, pues dista de cual-



quiera de ellos más de doscientas leguas por lo menos, con todo esto el sonido militar de cajas destempladas que se oía sin cesar, y los tiros de artillería que se percibían á modo de una carga cerrada, hacían probable lo que se discurría y decía entre la confusión del gentío, de que el enemigo estaba en Fucha, y que en aquella noche había de invadir la ciudad.

Desechada esta idea, opinaba cada cual variadamente sobre el caso, conforme había percibido, y según las especies que de sí había dejado el ruído. Y lo que hay que admirar es que el dicho ruído y estrépito fué tan terrible y espantoso, que parecía haber sido un agregado y conjunto de cuantas materias formidables y espantosas puede haber en la esfera, y de ruidosas en el mundo, según las especies tan estrepitosas, tan diversas y variadas que fué dejando en cada uno, pues si bien todos se conformaban en lo sustancial, de haber oído un tremendo ruído, pocos ó ningunos convenían en el cómo fué, aunque unos se valían de símiles y comparaciones para explicar lo que cada cual concibió, ni menos acertaban á determinar sin duda en dónde se formó aquel ruído, si en el aire, si en el centro de la tierra ó en la superficie de ella. Unos decían que por las calles rodaban muchas carrozas juntas, tiradas con gran violencia á un mismo tiempo; otros que se arrastraban maderas gruesas por lugares pedregosos; otros que parecía avenida impetuosa de algún río muy caudaloso, que salía de madre y se llevaba rodados grandísimos peñascos y árboles enteros; otros que los cerros que dominan la ciudad, desvolcanándose por varias partes y abiertos en horrendas bocas, escupían de sus entrañas montones de piedras, que, con ímpetu grande se atropellaban unas á otras, deshaciéndose hacia abajo; otros, que en el centro de la tierra se formaban truenos formidables, y que corrían carros muy grandes y de materia muy pesada por sus senos y concavidades, juzgando que se hundía sin remedio la ciudad con todos sus habitadores; últimamente decían otros, que en la región superior del aire parecía estar formado un numeroso escuadrón que marchaba al son de cajas de guerra, disparando sin cesar su artillería estruendosa; ó que desquiciándose toda la máquina del firmamento y desbaratándose los ejes de su poderosa rueda (á manera de cuando se descompone una de reloj), se formaba tan estupendo ruído con el desconcierto de la esfera celeste. A tanto como esto subió con el temor, miedo y confusión de esta noche, el discurso de los hombres.

He querido decir estas opiniones dejando otras muchas, para que por aquí pueda formarse algún concepto de tan extraño ruído, según la máquina varía de especies formidables que fué dejando en los hombres, sin ser ninguna disparatada, ni fuera de razón prudente, y sin bastante fundamento, pues á todo eso y mucho

más dió ocasión el suceso ruidoso que se ha dicho. Lo más probable ó lo más cierto parece haber sido un ejército ó legión de demonios, que ocupando la región del aire, causó aquel ruído tan propio del infierno, de tan diverso modo percibido, cuyo estruendo diabólico resultaba á un mismo tiempo, ya en lo superior de los montes, ya en las cavernas y entrañas de la tierra, ya en la superficie de ella, remedando espantosamente tanta variedad de especies aterradoras, para horrorizar y amedrentar á los hombres.

Digo que parece esto lo más verosímil, porque muchos ó los más de esta ciudad notaron al tiempo de salir á la calle, mientras duró el ruído y después de él, por largo espacio, un olor infernal de azufre, indicio propio de la mala vecindad de esta diabólica canalla; y algunos pensando ser aprensiones del ánimo amedrentado, lo preguntaban á otros para confirmarse, y hallaban ser cierto lo que percibía el olfato. Uno de los que notaron esta circunstancia fué el señor Presidente, y muchos de nuestra Compañía, y sujetos graves y de autoridad, entre los cuales estaba el señor Dean de esta ciudad y entonces Provisor y Vicario general, persona de muchas letras y virtud, como es notorio en todo el Reino, á quien sucedió entonces una cosa bien singular, y que confirma la opinión de haber sido espíritus malignos los que causaron el estruendo y alboroto de esa noche, y fué, que estando en aquella hora paseándose por la sala de su dormitorio, ya para recogerse, comenzó á oír el ruído, y juzgando ser maderas que se arrastraban por la calle, no tuvo susto al principio, pero conociendo que se aumentaba, y que no se percibía hacia la calle, sino debajo de su cuarto, entendió que en los aposentos y tiendas que le corresponden debajo se había juntado alguna gente holgazana y tenían formando algún baile ó juego descompuesto, en que, con descompasados saltos, causaban aquel ruído en tales horas y en tal tiempo, pues era la cuarta Domínica de Cuaresma.

Por esta causa y por informarse mejor y con certidumbre, se llegó á una ventana que cae á la calle, y corriendo el bastidor, lo mismo fué asomar la cabeza que percibir un vehementísimo y pestilencial hedor de azufre, y al mismo tiempo oyó clara y distintamente unas voces, formadas en el aire, tan deshonestamente torpes, y tan torpemente provocativas al mal, que según el mismo señor Dean refería, se persuadió que sólo el demonio podía formar semejantes palabras; y en las ocasiones en que ha sido necesario hacer mención del caso, al llegar á esta circunstancia de lo que oyó, le hacía enmudecer su modestia, y sólo lo significaba con callar, y con el rubor que le sonroseaba el rostro, sin atreverse á pronunciarlas jamás.

Con esto y con el alboroto y bullicio tan extraño que advirtió en la mucha gente que iba ocupando las calles, cerró al ins-

tante la ventana, y sin más dilación, tornó á vestirse á toda prisa, lleno de temor y sobresalto, y partió á la Catedral, la cual estaba abierta y llena de gente pidiendo á voces misericordia. Expúsose luego el Santísimo Sacramento patente, para consuelo de los fieles, y cogiéndolo en las manos un señor Prebendado, predicó á todos fervorosamente á penitencia y arrepentimiento de las ofensas á Dios, que eran las que habían puesto en su mano la espada de la justicia, para tomar justísima venganza de los pecadores, con cuyo razonamiento fué indecible la moción, lágrimas y alaridos que hubo en aquel numeroso concurso; y sin duda este triste y lamentable espectáculo de verdadera penitencia, en el cual se vertieron muchas lágrimas y se hicieron tan fervorosos actos de arrepentimiento, preponderó en el Tribunal de la Divina justicia á las culpas de los hombres, hasta hacer que envainase el Señor la espada, que quizá había levantado ya para descargar el brazo lleno de rigores contra esta ciudad.

Paró solamente en amenazas su enojo, y aunque se oyó el trueno de su justicia en Santafé, no se experimentó el rayo ejecutor de su poder en ella, y á lo que parece, según el cómputo y averiguación puntual del tiempo en que esto sucedió, quiso Dios por sus justos juicios hacer sólo el amago en esta ciudad, por medio de los ministros infernales, pero el estrago del golpe lo hizo en la imperial ciudad de Lima, Callao y otros lugares circunvecinos. Por el mismo tiempo empezaron los indecibles y nunca oídos terremotos en los minerales ríos de Guancavélica, en donde montes y ríos enteros se tragó la tierra con tanta pérdida de vidas y haciendas; todo lo cual se fué continuando sin cesar en todo el tiempo intermedio, antes bien aumentándose los terrores lamentables con nuevos estragos y tragedias lastimosas, hasta la última irreparable que presentó, harto calamitosa, en casi todo el Reino del Perú, en que se hundieron lugares enteros, y se asolaron otros, cuyas ruinas por ser tan considerables y de tan malas consecuencias, casi por todo el mundo corre ya esparcida en noticias más singulares y difusas del suceso.

Volviendo ahora al nuestro, que, como decimos, fué un amago sólo, á aquella hora se abrieron todas las iglesias (menos la nuestra, que aunque de la calle pedía innumerable gentío que se abriese no lo consiguió hasta ese otro día), y asimismo se descubrió en muchas de ellas el Santísimo, y otros santuarios é imágenes de devoción, llenándose los templos de innumerable concurso, pues en tal aprieto y aflixión no hallaron otro refugio sino éste, que es el verdadero, de acogerse á Dios y á sus Santos. Las confesiones que en esa noche se hicieron fueron innumerables, las cuales se continuaron hasta el otro día en todas partes, y con mayor tropel en nuestra casa, que á las cinco y media de la ma-

ñana estaba ya casi llena toda ella, sin bastar los porteros á detener la multitud de hombres que, como fuera de sí, se entraban á lo interior á buscar confesores, hasta que éstos fueron saliendo á los corredores bajos.

Del mismo modo estuvo la iglesia hasta muy tarde, en que hubo grandísimo número de concurrentes, y á este paso corrió toda la mañana en todas las iglesias y religiones de la ciudad, en que sin duda, si no todos los habitadores de ella, los más procuraron prepararse muy de veras, como quienes se miraban horrorosamente amenazados del cielo. Ni pasó la moción en toda esa noche y día siguiente, pues en todos los inmediatos se vió incesantemente una extraordinaria frecuencia de Sacramentos con indecible fruto de las almas, porque se hicieron fuera de las dichas, muchísimas buenas obras, revalidáronse confesiones mal hechas de mucho tiempo; manifestáronse pecados gravísimos que hasta entonces se habían tenido solapados; restituyéronse haciendas usurpadas; resarciéronse honras maculadas, enemistades envejecidas; se acabaron y deshicieron amistades torpes de muchos años; repartiéronse muchas limosnas; hiciéronse gravísimas penitencias y mortificaciones; entabláronse muchas devociones santas y virtuosas, todo á fin de aplacar por estos medios al Señor que tan enfadado se mostraba.

Últimamente, aunque há muchos años que pasó el caso, ha quedado tan estampado el ruído en los corazones, y tan arraigado el temor, que en muchas iglesias de esta ciudad y aun en las de Tunja (con no haber llegado allá sino la noticia del suceso el mismo día 9 de Marzo), se descubre cada año el Santísimo Sacramento, desde buena parte de la tarde hasta la misma hora de la noche en que se oyó el ruído, y se predica el caso, que da el asunto para el sermón, concurriendo á él, como también á confesar y comulgar aquel día, muchísima gente, en acción de gracias por haberlos librado Dios piadosamente de tanta calamidad y miserias como las que todos experimentaron.

CAPÍTULO VI

INTÉNTANSE OTRA VEZ LAS MISIONES DEL ORINOCO: ENTRAN CUATRO MISIONEROS Á ÉL; SU ASISTENCIA EN NUESTRAS REDUCCIONES ANTIGUAS Y LO QUE TRABAJARON EN ELLAS.

Corría ya por este tiempo el año de 1691, habiendo estado en calma nuestras misiones desde el de 84, porque con la invasión pasada de los Caribes, habían rehusado los Superiores enviar misioneros á aquellas partes, pues no habiendo soldados que los defendiesen, era lo mismo enviarlos que enviar reses al mata-

dero, sin esperanza de conseguir el fin que se deseaba. Estaban muy insolentes todavía, y hechos señores del Orinoco, por la falta de freno, siendo muy pocos para ello los soldados de *Carichana* que había de guarnición entonces, como se vió en efecto, porque amedrentados por los Caribes desampararon el presidio el año de 90, con ocasión de haber salido á Santafé el Capitán D. Tiburcio de Medina, al ajuste de cuentas con los Contadores reales. Para allanar estas dificultades no cesaban los Superiores de reclamar en la Real Audiencia, pidiendo escolta de soldados para conducir con seguridad á los misioneros al Orinoco; pero los Ministros de Su Majestad, mirando quizás á fines particulares y no á la piedad y celo de nuestros Católicos Reyes, siempre estuvieron tenaces en no concederla, respondiendo á las repetidas instancias que hacía la Compañía, que así convenía al servicio de Su Majestad; mas, no obstante esta tenacidad de dichos Ministros, cuando más sin esperanza estábamos de conseguirlo, les tocó Nuestro Señor el corazón, pues suya era la causa, quizá á ruego de los tres Padres muertos violentamente en esta misión, y enviaron de motu propio un grave y ajustado exhorto á los superiores, pidiendo que cuanto antes se enviasen misioneros al Orinoco, que de su parte acudirían con todo lo necesario á la segura conducción de los Padres que entrasen; con lo cual los Superiores, que no deseaban otra cosa, obedeciendo al exhorto, y reforzados con nuevos misioneros de España, señalaron dos de los que asistían en los Llanos, muy buenos lenguaraces, que fueron el Padre Alonso de Neira y el Padre José Cavarte, á los cuales se añadieron dos de los recién venidos de Europa, conviene á saber: los Padres Vicente Loberzo y José de Silva.

Habiéndose conseguido una escolta de doce hombres, bajó, el año de 1691, por el mes de Noviembre, el Capitán D. Tiburcio, al Orinoco, conduciendo á los cuatro referidos Padres; llegaron éstos á nuestros antiguos pueblos de los Salivas, que recelosos de la indignación de los Caribes si recibían otra vez á los Jesuítas en sus tierras, no miraban á los nuestros con el afecto que al principio, antes bien rehusaban mucho formar reducciones crecidas, mientras no hallaran en los blancos bastante fuerza para resistir á los enemigos. No obstante el desafecto que en muchos de los Salivas experimentaron los misioneros, permanecieron en sus tierras, doctrinándolos y bautizándolos, sacando por este medio á muchos de la servidumbre del demonio.

No dejó éste de manifestar su cobardía á vista de los ministros de Dios, según veremos ahora con este caso que referiré en breve. Son los Salivas, como se dijo en su lugar, muy dados á las supersticiones, y en éstos del Orinoco encontraron los Padres un peñasco muy alto en el cual había unas figuras esculpidas en

la misma peña, con tal arte y disposición, que no es posible haberse formado en ella las tales imágenes ó ídolos sino por arte del demonio, porque si atendemos á la altura y á lo inaccesible de la peña, no era posible haber hallado arbitrio los hombres para subir á ella, así por la mucha altura, como por lo tajado del risco. En estos pintados simulacros daba respuesta el demonio á los indios por medio de sus sacerdotes, quienes le consultaban como á oráculo en sus cuidados y dudas; pero para que se vea cuán flaco y menguado es su poder, cuando entraron nuestros misioneros á este sitio enmudeció al punto Satanás, y se desapareció de allí, cesando desde ese tiempo las respuestas diabólicas con pasmo y admiración de los gentiles, y principalmente de los sacerdotes, quienes habían tratado antes con el demonio tan fácilmente. Con esto conocieron los infieles cuánto es el poder de Dios, y la fuerza y eficacia de los ministros contra las potestades del infierno, con lo cual se fueron agregando muchos al gremio de nuestra Iglesia, por medio del sagrado bautismo; es verdad que no todos se mostraron obedientes, ni quisieron abrir los ojos al golpe de tanta luz con que les alumbraba Dios, porque si bien los más dóciles se les agregaron á los Padres, había no obstante otros, aun de los ya cristianos desde el primer entable, que sacudiendo como cerriles el yugo de la ley santa de Cristo, retrocedieron de la fe, llevados de su licencia bárbara y corrupción de costumbres, que había cobrado fuerzas y arraigádose en sus corazones, por la falta de cultivo y enseñanza, en tantos años.

Concurría Dios al celo santo de nuestros apostólicos operarios con casos portentosos, para dominar la dureza de los que se resistían rebeldes. No es justo pasar en silencio el que sucedió en el pueblo del Padre Loberzo, y que pondré aquí con las palabras del mismo Padre, que lo refiere en una relación escrita á los Superiores; ya dije en su lugar cómo entre las muchas supersticiones que tienen los Salivas es una y muy especial el celebrar las exequias de sus muertos con una solemne borrachera, en la cual se beben las cenizas del difunto, para heredar sus propiedades. Pues estando celebrando un día los indios Salivas, con estas supersticiones y ritos, las exequias y funeral de uno de sus finados, cuando más divertidos y descuidados estaban con el calor de sus bebidas, salió con desusado asombro y saltó del sepulcro el cadáver horrible de un miserable indio, todo revestido de fuego, vapores y llamas, que despedía como quien salía del infierno.

Es indecible el horroroso espanto que sobrecogió á todos con tan nunca imaginado y espantable espectáculo, en que parece había recopilado todas sus fealdades el abismo. Corrieron despavoridos y desampararon el sitio de la borrachera y funeral; casi todos se

acogieron á la casa del Padre Loberzo, pidiéndole con muchos ruegos remedio contra el demonio, porque juzgaban que morirían muy en breve con tan espantosa vista, la cual tenían por de mal agüero, que les pronosticaba su muerte. Por más que procuraba el buen Padre confortarlos con sus razones, y desengañarlos de su error, ni se aquietaban con ellas ni dejaban de persuadirse que morirían muy pronto.

Viendo el Padre Vicente que perdía tiempo en multiplicar palabras, usó de una fórmula muy acomodada al genio de ellos, y fué, rociar con agua bendita un plátano y dividirle en trozos; hecha esta ceremonia (de que se pagan mucho los indios) les repartió el plátano, y les aseguró que ninguno de cuántos comiesen de aquella fruta moriría del susto; así lo creyeron ellos y comieron con mucha fe el fruto de bendición, con lo cual se volvieron á sus casas, libres de la zozobra que los tenía tan turbados, y con grande veneración y altísimo concepto de su misionero, que así preservaba de la muerte.

Con tan soberanos influjos como los que quedan dichos, con que concurría Dios, se vieron florecer nuevamente nuestras antiguas reducciones en cristiandad y virtudes, lográndose en estas almas el infatigable celo de nuestros misioneros, que repartidos por sus pueblos y estancias, entablaron la doctrina cristiana otra vez, y repararon las ruinas causadas por los Caribes; juntábanlos á rezar todos los días, en especial á los niños; en ellos como en cera blanda imprimían la devoción á la Santísima Virgen, cuyo rosario rezaban á coros por las tardes, y era bien notable el afecto para con Cristo Crucificado, que les imprimieron los Padres, á cuya sagrada presencia detestaban sus culpas y la ceguedad de su gentilismo, en el cual vivieron antes, rezando en voz alta y clara una oración devota, compuesta en su propia lengua, llena de afectos tiernos y acomodados al intento, derramando copiosas lágrimas á la vista del crucifijo, arrepintiéndose de sus errores y supersticiones antiguas.

Los trabajos que padecieron en tan apostólicas empresas los nuestros, aunque quedaron sepultados los más en las soledades bárbaras y retirados desiertos de esos sitios, se rastrearon no obstante algunos, que quiso Dios llegasen á nuestra noticia para la común edificación, en especial los padecidos por el Padre Loberzo, quien dió noticia de ello á un confidente suyo, y cuya carta pondré aquí para que se colija por ella, así lo padecido por este apostólico varón, como también los trabajos que padecían sus compañeros, dice así:

"Mi Padre Provincial en Cristo, etc.

"Pide Vuestra Reverencia con mucha instancia por su carta, que le participe la noticia de estas misiones y sitios, y lo que me

pasa en ellos; con que condescendiendo con sus santos deseos, lo hago de buena gana, para que viendo Vuestra Reverencia lo que le escribo ahora, mida primero muy despacio, antes de venir á estos sitios, su posibilidad y fuerzas para llevar sobre sus hombros el peso de los trabajos que desea sufrir. Por lo que toca al temple de la tierra, es sobremanera cálido, y húmedo el aire de esta región, y muy contrario por esta causa no solamente á la salud, sino también á los mantenimientos, y otras semejantes cosas que se corrompen en breve. Son casi continuas las enfermedades de agudísimos dolores de entrañas, penosas rehumas, y otros achaques de los cuales mueren no pocos. Yo me hallo en esta soledad sin el consuelo de mis compañeros, á causa de la mucha distancia, y de la dificultad de tres ríos intermedios que me impiden el paso para tratarlos. La falta de las cosas temporales es por acá notable; va para tres meses que me falta lo necesario para mantener la vida, y me ha sucedido también el caminar muchas leguas por pantanos y montes, descalzo, sin prevención ni matalotaje en mis peregrinaciones, y esto sin contar las innumerables plagas de mosquitos y otras sabandijas molestas que no me permiten dormir ni descansar.

"En una de estas correrías llegó la necesidad á tal extremo, que tuve por gran fortuna y regalo el mantenerme comiendo gusanos, ratones, hormigas y lagartijas, añadiéndose á estos trabajos, las voces que corrieron entre los indios que me guiaban, de que estaban cerca los Caribes; ellos se escondieron entre las lagunas y pantanos para escapar de su fiereza, y de aquí se siguió que se enfermaron y se murieron algunos, por la infección y hediondez de las aguas y por la humedad, lo cual me hubiera sucedido á mí si me hubiera dejado guiar de su dictamen. Estos quebrantos, y el estar delicado por lo húmedo del paraje en que vivo, me tiene bien enfermo y quebrantado de fuerzas; cada día nos vemos en riesgos de los Caribes, de quienes anda un ejército como de 2,000 bárbaros ejecutando sus crueldades en los lugares y pueblos circunvecinos.

"Bien se ve cuán corta y débil será la fuerza de los doce soldados que nos asisten contra tan numerosa multitud; algunos de estos Caribes saltaron á tierra, y á nuestra presencia y vista tuvieron el atrevimiento de disparar una escopeta, como por juego y desprecio; el Capitán de estos Caribes era un indio llamado Guiravera, y uno de los principales matadores de los tres Padres; díjonos con grande arrogancia este Caribe, que tenía necesidad de nuestras alhajas y bienes, porque ya se le habían acabado y consumido las de nuestros antecesores. Con estos sustos y zozobras andamos, y tenemos cada día como tragada la muerte.

"Además de los riesgos referidos, no me han faltado otros en

nada inferiores á los pasados en que peligró mi vida. Habiéndome acometido un toro de los que andan levantados por estos sitios, y viéndome en tan manifiesto peligro, invoqué en mi favor á la Santísima Virgen, y fué cosa admirable, que al punto se paró inmoble el animal y quedé libre. Habiendo reprendido á un indio por su escandalosa vida, llevado de su fiereza, y como fuera de sí, intentó flecharme, y lo hubiera hecho, si Dios que me defendía en semejantes riesgos, no me hubiera librado de sus manos. No fué menor el peligro de que me libré en otra ocasión: por no estar yo práctico en los caminos, anduve como perdido de noche, sin saber á dónde iba, y vine á dar por último en una choza de indios en donde estaba una niña enferma, á quien habían ocultado sus padres por miedo de que la bautizase, porque juzgan supersticiosamente estos bárbaros, que lo mismo es recibir el bautismo que morir luego al punto; y esta fué la causa principal por la cual luego que me vieron llegar, escondieron la criatura enferma. Pero con todo eso, por las repetidas instancias que les hice, me la manifestaron; mas como tenía ya los ojos cerrados y estaba á punto de morir, por hacer muchos días que agonizaba, fué cosa admirable, que luego que advirtió la niña que estaba yo allí presente, fué tanto lo que se regocijó, que saltando de pura alegría en su lecho y abriendo los ojos, parecía dar á entender estar deseando mi llegada para volar al cielo por medio del sagrado bautismo; la bauticé al instante, y apenas la había bautizado cuando murió al punto.

"Luego que advirtieron los indios que había muerto la niña, se conjuraron contra mí para quitarme la vida; hubiéranlo ejecutado sin duda, á no haberme librado Dios con singular providencia. Era esta indiecita difunta hija del Cacique de aquel pueblo, quien se había mostrado muy afectuoso con nosotros, dándonos lo que podía para mantenernos, y parece que quiso Dios corresponder á las limosnas y liberalidad de este indio, con predestinar á su hija, por medio de tan particular providencia como la que se ha visto."

Hasta aquí la carta del Padre Loberzo, que he querido insertar en este capítulo, para que se vean por ella los muchos riesgos y trabajos que padecieron nuestros operarios en las misiones, en medio de tantos enemigos, calamidades y miserias. No dejaban de presumir esto los Superiores, quienes, como Padres solícitos, no descansaban todavía, ni dejaban de recelarse de alguna intempestiva traición de la Nación Caribe. Por esto, y para enterarse mejor del estado de estas misiones, de la estabilidad que prometían, y de la fuerza de la escolta para el resguardo de los nuestros, enviaron á estos sitios al Padre Manuel Pérez, para que con lo visto y averiguado, pudiesen los Superiores proveer á los me-

dios oportunos con que se reparasen los daños que recelaban y temían.

CAPÍTULO VII

RELACIÓN QUE HACE Á LOS SUPERIORES EL PADRE MANUEL PÉREZ DE SU ENTRADA Á LAS MISIONES DEL ORINOCO, Y DE LO AVERIGUADO EN ELLAS.

Habiendo recibido de los Superiores el Padre Manuel Pérez la orden arriba dicha, para que viese y registrase el estado en que se hallaban nuestras misiones del Orinoco, tomó á su cuidado esta empresa tan trabajosa y ardua como se irá viendo, pero como lo sucedido en el camino, los trabajos de su peregrinación, el recibimiento de los Salivas y lo averiguado en estos pueblos, lo expresa con individualidad el Padre en una relación suya á los Superiores, será bien ponerla aquí, para que sepamos de su boca cuanto se irá diciendo:

"*Mi Padre Rector Juan Martín Rubio, Provincial en Cristo, etc.*

"De vuelta ya de mi viaje al Orinoco escribo ésta, para dar noticia á Vuestra Reverencia, como se me manda, de todo lo que ocularmente vi, así en el camino y descubrimiento que hice por tierra, como de los pueblos y vuelta por el río.

"Habiendo, pues, salido de *Tocaría* á los diez días de Marzo, con seis hombres para mi resguardo, contra los indios Chiricoas y Guagibos que andan todavía en tropas por esa tierra, y sacado los caballos y mulas que se mandaron llevar por los Padres, y todo lo demás necesario para el viaje, llegamos á los siete días al Meta que es muy caudaloso, y mayor que el Magdalena; pasámosle muy bien por estar prevenidas las canoas para este efecto; proseguimos adelante dando ya en tierra más alta, pero á los 8 días reconocí mucha dificultad en el camino, por sus malos pastos, y mucho más por no haber aguadas para las bestias, pues por ser las que hay cabezas de ciénagas, atollan muchísimo, de manera que entrando á beber los caballos, se enterraban hasta las orejas, y era menester arrastrarlos para sacarlos, por lo cual se maltrataron tanto que se iban quedando en el camino por flacos y cansados.

"Con este trabajo proseguimos nuestro viaje, caminando siempre por despoblados, sin encontrar en todo el camino sino dos indios Chiricoas, que acaso iban á buscar qué comer; cojimos al uno para guía, pero habiéndonos guiado cinco días no quiso pasar más adelante, diciendo que no sabía el camino, pero fué Dios Nuestro Señor servido, que después de 35 días, con los trabajos que Vuestra Reverencia puede considerar, que trae con-

sigo el descubrimiento de nuevas tierras, llegásemos á un pueblo de Salivas, llamado *Quecuecha*, que sólo dista de *Cusía*, donde estaban el Padre Alonso de Neira y el Padre Cavarte, legua y media; alegráronse mucho los indios de mi llegada; trajéronme luego pescado, cazabe y bebida, diciéndome que pasase á *Cusia*, que ellos me llevarían, pero no lo hice por no haber llegado las cargas. Dijéronme dos indios que iban á avisar á los Padres, y así lo hicieron, tan contentos, que corriendo entraron al pueblo gritando en su lengua *vaye*, *vaye*, bueno, bueno, que ya han venido los de Casanare, dando noticia de todo al Padre Alonso. Vinieron luégo á recibirme el Padre José Cavarte y el Cacique, y partiéndome allá me hicieron los indios un recibimiento muy solemne de danzas á su uso, que fué cosa muy de ver; venía adelante el Cacique con *justacoz*, montera y un alfanje turquesco. Seguíase luégo la primera danza, que sería de siete ú ocho indios todos colorados, con coronas de plumas, tocando flautas; luégo seguían otros de blanco y colorado tocando otros instrumentos; todos venían de diferentes colores y con instrumentos distintos, y algunos muy suaves al oído; se diferenciaban entre todos, unos que traían un palio muy curioso, de plumas de varios colores, con las varillas que lo aseguraban, emplumadas también; y la última danza era la de músicos, que saltando y cantando en su lengua decían: "alegrémonos todos que ya vino el Padre," y así con mucho orden y concierto vinieron acompañándome hasta la casa, y habiéndome apeado, entró el Cacique, y me trajo pescado, cazabe y bebida, y luégo á su imitación todo el pueblo. Hiciéronme varias preguntas: que cuánto me había tardado, que cuántos nidos de culebras había pisado, que qué decían las cartas de Casanare. Son los Salivas sumamente galanos, y bien parecidos; todos tienen el cabello ondeado y muy largo; andan comunmente pintados de colorado, con guayucos hasta los pies, que es con lo que decentemente cubren su desnudez; muestran mucha capacidad, pues no ven cosa que no la hagan con más perfección; son de docilísimo natural y agradecidos del bien que se les hace, y lo digo porque lo vi, y Vuestra Reverencia tiene ya noticia de que los *Salivas* y *Catarubenes* son los mejores indios que juzgo tendrá la América para misiones, por la facilidad de convertirlos.

"Las dificultades que al presente tienen estas misiones son muchas para escribirlas á Vuestra Reverencia. Sólo digo, Padre Rector, y es cierto, como la experiencia dará muestra de ello, que no habrá tales misiones, ni se sacará fruto de ellas, mientras no se aleje el paso á los Caribes, que, insolentes por tantas hostilidades que han cometido y no se han castigado, se hallan dueños de todo el Orinoco, obedeciéndoles todos los indios y haciendo cuanto les mandan, como lo verá Vuestra Reverencia por carta del Padre Antonio, escrita de *Catarubenes*.

"La fuerza de los doce hombres es sólo de ceremonia, y el haber dicho el Capitán Tiburcio, que bastaban para resguardo de los Padres, no fué más que para custodiar la plaza, pero bien conocía él que no era así, como lo dice ahora, y escribe que le envíen treinta hombres más, y que si no, envíen otro por cabo; y esté Vuestra Reverencia cierto, de que ni con cincuenta hombres pudiera resistirse á los Caribes en el sitio en donde están los Padres, pues no se les puede impedir el paso por las orillas del *Duvarro* y *Vichacha*, que es por donde ellos suben, y son muchos y muy buenos soldados, como yo mismo los vi, pues al bajar el río me encontré con una piragua, en los *Adoles;* pasó el Cacique con su gente á verme, que serían hasta veinte Caribes, venían todos con escopetas muy buenas, partesanas y carabinas, disparando algunas en mi presencia como haciendo alarde de mucha destreza y despejo, de manera que excedían en mucho á la gente que yo llevaba. Vea, pues, Vuestra Reverencia, cómo resistirá Tiburcio con doce hombres, que en su vida han visto armas (y que harto hacen en buscar qué comer), contra treinta ó cuarenta piraguas de Caribes, que cada una trae treinta hombres, y cada uno muy bien armado.

"Y se colije el poco miedo que tienen, pues á vista de Tiburcio llegaron ahora catorce piraguas á los Catarubenes, y enviándolos á llamar Tiburcio, respondieron que *no querían ir*, por lo cual aconsejó á los Padres Loberzo y José de Silva que se refugiaran en *Cusia*, y escondieran las petacas en el monte, y con esto se persuadieron más los indios de que no había fuerzas para resistir al enemigo, y así dicen que no los junten en un pueblo, que eso es querer que los maten los Caribes, mientras que apartados, como están al presente, tienen tiempo de huír cuando suban los enemigos, pues ellos han de seguir á la parte más poderosa.

"En este estado está todo aquello, sin poder los Padres hacer náda.

"Atajados los Caribes, como he dicho á Vuestra Reverencia, los indios son docilísimos, las tierras fértiles y exceden en mucho á las de los Llanos; los medios que se me ocurren para facilitar el camino de tierra, ó navegar por otro río, los dejo para mejor ocasión, y no escribo más largo por hallarme algo achacoso del viaje tan penoso y dilatado, pues ha sido de tres meses y diez días, descansando sólo los ocho en *Cusia*.

"Dios lo remedie todo y guarde á Vuestra Reverencia, á quien suplico me encomiende muy de veras, para que me haga digno operario suyo, que yo no me olvido de Vuestra Reverencia en mis sacrificios.

"Siempre siervo afecto de Vuestra Reverencia,

"*Pauto* y Junio 16 de 1692.

"***Manuel Pérez.***"



De lo referido en esta carta se puede claramente colegir lo que se dijo arriba, y era lo bien fundados que estaban en sus recelos los Superiores, sobre la ruina que amenazaba á nuestros pueblos de Salivas y la vida de nuestros misioneros, á causa de la poca fuerza de que se componía la escolta, contra tan bárbara Nación como es la Caribe; y parece que pronosticaban ya el infausto paradero de ellos, de lo cual se hablará después; y aunque quisieran desde luégo poner los medios de seguridad para su firmeza y prevenir los daños que se recelaban y temían, se alteraron de tal manera las cosas, y fué tan terrible la tempestad que se levantó contra nosotros por ese tiempo, que hizo harto en tolerar y en defenderse de las repetidas calumnias que, como si fueran rayos, volaban contra los misioneros del Colegio de Santafé, disparados de nuestros émulos, con la fuerza á que les instigaba la pasión y la envidia; y así dejando por ahora en el peligroso estado en que hemos visto nuestras misiones de los Salivas, recurriremos á los Llanos y ciudad de Santafé, para notar más de cerca la persecución bien sensible que padecimos, y de que trataré ahora.

CAPÍTULO VIII

PERSECUCIÓN HORRIBLE QUE LEVANTÓ CONTRA NUESTROS MISIONEROS UN CORREGIDOR DE LOS LLANOS; HACE UN INFORME FALSO CONTRA ELLOS, Y LE REMITE Á SANTAFÉ, Y ENVÍA EL ARZOBISPO UN VISITADOR Y JUEZ ECLESIÁSTICO Á INFORMARSE DEL MODO DE PROCEDER DE LOS NUESTROS.

No quiere Dios que los hijos de la Compañía de Jesús, como ningunos otros que están alistados bajo de sus banderas, dejen de seguir sus pasos como soldados suyos, y de vestirse su librea, que son las persecuciones y calumnias con que los aflige el mundo. No era razón que estando tan bien empleados como estaban nuestros misioneros, imitadores de los Apóstoles, les faltase la prerrogativa y divisa de éstos, de ser perseguidos y acusados ante los Tribunales, y padecer calumnias, como las padecieron, en este año de 1692.

La tempestad deshecha que se levantó contra nosotros en la ciudad de Santafé, por no ser muy afecto á nosotros el señor Arzobispo, fué de tal naturaleza, que á pesar de haber pasado ya 40 años después de lo sucedido, existen todavía las tristes ruinas producidas por el naufragio. Pero antes de pasar á éste, y á las calumnias con las cuales pretendió un Corregidor deslucir nuestra fama, y aun desterrarnos de los Llanos, será bien hacer primero mención de una Cédula Real que se despachó en el Consejo el

mismo año, y casi en el mismo tiempo de esta persecución, llena de elogios á los misioneros Jesuítas, para que se vea por aquí, cuán en vano pretendían las nubes oscurecer el sol, cuando le sobraban á éste luces para deshacer las tinieblas que pretendían ofuscarle. La Cédula despachada en el Consejo es del tenor siguiente:

"Nos D. Juan Díaz de Calle y Madriguel, Caballero del hábito de Santiago, Secretario de Cámara de Su Majestad, Ministro Supremo de las Indias y del Consejo de Guerra, Consejero del Comercio y de la Nueva España. Por cuanto el Padre Antonio Jaramillo, de la Compañía de Jesús, Procurador General de las Filipinas, ha presentado una petición en este Consejo, en la cual pide y ruega con instancia la Compañía que la den grata licencia para exonerarse, y dejar aquellas doctrinas y parroquias que tienen á su cargo en las Indias. Hacemos saber, que estando como estamos informados de su modo de proceder en esta parte, decretamos, que se indique y dé parte al Prepósito general de dicha religión, de nuestro parecer y dictamen, según el tenor siguiente:

"Como sea notorio por la experiencia que de ello hay, que los hijos de la Compañía de Jesús trabajan con tanto fruto en la viña del Señor por todo el mundo, empleados principalmente en la reducción de los infieles á Nuestra Santa Fe, no sólo en las Islas Filipinas sino en toda la América, en donde se extiende su celo, y que no se contentan solamente con reducir á los gentiles y agregarlos á pueblos, sino que procuran también con toda solicitud enseñarlos á vivir vida social, y política, y económica, como también su educación en las buenas costumbres y su mayor aumento, lo cual redunda en grande servicio de Dios y aceptación muy grata de la Majestad Católica; por tanto en ninguna de las maneras, aprueba, ni admite este Consejo Real la dejación de estos curatos y doctrinas, antes bien rogamos y encargamos á los religiosos de la Compañía, que fomenten, y que con todas sus fuerzas promuevan la administración de aquellas reducciones tan provechosas á la fe católica y tan propias de su instituto, y que prosigan en la reducción de los infieles, y en sus progresos, entendiendo que es este su propio oficio, y que le es muy grato esto á la Majestad Católica, por cuya causa les ofrecemos nuestra protección y los socorros necesarios para este fin."

Así se miraba en la Corte á la Compañía de Jesús, y tanto aprecio como éste hacían de nuestros misioneros en el Consejo Real, según lo manifiesta esta Cédula, llena toda ella de estimación y honra al infatigable celo de nuestros operarios y sus empleos apostólicos en todo el mundo, cuando la despedazaban nuestros émulos en estos sitios con sus rabiosas lenguas; véamos lo que decían éstos, y cuáles eran las calumnias con que pretendían infamarnos.

Había en ese tiempo en los Llanos un Corregidor audaz y de condición precipitada, soberbio, altivo y oscurecido su entendimiento con las tinieblas de sus vicios, y en especial el de la codicia. No podía sufrir la vigilancia continua de los nuestros, y los repetidos avisos con que le corregían sus desórdenes, y llevado de su rabia y condición altiva, le pareció que no había otro medio más oportuno para vivir á sus anchuras y para jugar sus piezas, que desterrarnos de los Llanos, por mal ó por bien, con lo cual le pareció quedar libre de tan severos fiscales. Para esto buscó testigos falsos, que nunca han faltado, ni faltarán tampoco, y fueron increíbles las calumnias que levantaron éstos, no sólo á los misioneros de los Llanos, sino á los del río Orinoco.

Oyóse en los Tribunales de Santafé, que los intentos y empleos de los Padres en las misiones no era el predicar ni extender el Evangelio de Cristo entre los gentiles, sino los campos y heredades para satisfacer á su codicia; que después de tantos años de asistencia en estos pueblos y misiones, no se reconocía fruto alguno en el aumento de la fe católica, entregados todos los misioneros totalmente á una reprensible ociosidad; que teníamos comercio con los herejes y negociábamos también con perjuicio muy notable de los haberes reales, pues conducíamos mercancías propias y ajenas, comerciábamos con ellas, contra lo dispuesto en contrario; que todo nuestro cuidado era levantar trapiches por la codicia del azúcar, y fomentar manadas de reses; que quitábamos injustamente sus campos y heredades á los vecinos de estos sitios para ensanchar los nuestros; que cautivábamos, finalmente, á los indios del Orinoco para servirnos de ellos como de esclavos, y que descuidábamos totalmente la enseñanza de los feligreses que estaban á nuestro cargo y doctrina.

Estas calumnias hicieron tal impresión contra nosotros, en el ánimo, no sé si diga apasionado contra los Jesuítas, del Arzobispo de Santafé, que resolvió quitarnos nuestras doctrinas de los Llanos y entregarlas á otros sacerdotes para que corriesen con ellas, pero como había sus especiales dificultades en esto, atento á las Reales Cédulas despachadas en nuestro favor, que le cerraban la puerta para tal determinación, intentó otros medios no muy conformes á la verdad y á los breves apostólicos que están en nuestro favor, ni al derecho humano, ni al divino; y en cuanto á lo primero, eligió á un clérigo muy íntimo amigo suyo, llamado D. Pedro de Urrutabisqui, quien se partió á aquellos sitios con orden y comisión suya para que averiguase en tela de juicio, y con todo rigor, el modo de proceder y vida de los misioneros. Hízolo tan exactamente el visitador, que luego que llegó á las misiones mandó comparecer ante sí, como Juez que era, á los testigos, que no fueron otros que aquellos mismos que le pareció al Gobernador, y de

quienes pensaba él que no había otros más á propósito para salir con sus intentos y llenar sus medidas.

Pero para que se vea ahora cuánta fuerza tiene la verdad, y el cuidado que tenía Dios de volver por la inocencia de los suyos, que estaban empleados por su amor en empresas tan santas, habiendo procedido este Juez con todo el rigor y exactitud que pedía el caso, según y conforme le había instruído el Arzobispo cuando le dió la comisión, y habiendo examinado á los testigos uno por uno, declararon con juramento todos ellos, sin discrepar nadie, la inocencia de los misioneros; que increpaban al Gobernador la irregularidad de sus costumbres y modo de proceder. Es increíble la confusión y rabia de este apasionado caballero, y el sentimiento que mostró al ver descubierta, cuando lo pensaba menos, la tela de sus engaños y sus cavilosas trazas; se cubrió su rostro de una palidez mortal, hija de su despecho y de la turbación inquieta en que fluctuaba su ánimo, y que manifestaron sus palabras trémulas y balbucientes con que empezó á titubear.

Liquidada la verdad y aquilatadas las materias, y viendo claramente el Juez las falsedades y calumnias de este caviloso caballero, perturbador de la paz, y mirando únicamente á Dios, á la verdad y á su conciencia propia, sin atender á respetos de contemplar al Arzobispo, ni menos al Gobernador de los Llanos, no tuvo otra cosa que actuar contra los Padres, que un largo catálogo de encomios y repetidas alabanzas, de lo cual formó un proceso. No llegó éste á nuestras manos, por haberle mandado entregar á las llamas el Arzobispo, como se verá despúes, pero sí llegó á nuestra noticia el capítulo de carta de este Visitador, que se remitió al Padre Diego Francisco Altamirano, Visitador de esta provincia, y que pondré, para que por ella se vea como en compendio, lo que se escribió largamente á nuestro favor, y se entregó al fuego. El capítulo de la carta de este Visitador y Juez eclesiástico, es de la manera que sigue:

"En la visita de los Llanos, que hice por mandato del señor Ilustrísimo, no se me deben dar gracias algunas, estando como está la justicia y la verdad de presente. Es más claro que la luz, que los operarios de la Compañía, en las misiones de los Llanos y del río Orinoco, no tienen otras ganancias y riquezas que las almas que convierten; son tan manifiestos los progresos de la fe católica, por su eficacia y celo, que no puede oscurecerlos la envidia de los apasionados, como lo han procurado hacer, arrastrados por la corrupción de sus costumbres; no dejaré jamás de publicar, y de ser un perpetuo pregonero de las alabanzas de esta sagrada religión, y de oponerme con todas mis fuerzas, como debo, á quien dijere mal de ella, juzgando que haré en esto un grande servicio de Dios."

Esta es la cláusula de su carta, digna, sin duda alguna, de eterno agradecimiento, y que estará grabada siempre en nuestros corazones, para el reconocimiento debido, pues sin atender á otros respetos que á la verdad, justicia y rectitud de su oficio, no temió irritar contra sí la indignación del Gobernador, y también la del Arzobispo, según se verá después; y aun cuando la cláusula que queda dicha recomienda con tan subidos elogios la inocencia de la Compañía y la malignidad de nuestros émulos, que pretendían oscurecer su fama, y bastaba sola ella para deshacer las tinieblas con que la pretendían oscurecer, con todo será bueno poner aquí una carta que escribió á la Majestad Católica de nuestro Rey, sobre la inocencia de los nuestros, el mismo Juez eclesiástico D. Pedro de Urrutabisqui, que es del tenor siguiente:

"En atención al amor y lealtad que debo tener como vasallo fiel de Vuestra Majestad, me hallo obligado á manifestar lo que me parece convenir, para que conste de todo ello á Vuestra Majestad católica. El Arzobispo de Santafé, del Nuevo Reino de Granada, me eligó por Juez y Visitador eclesiástico este año presente de 1692, para que como tal visitase esta provincia de los Llanos; saliendo á esta visita llegué á los sitios de las misiones, que están al cuidado de los Padres de la Compañía de Jesús, y habiendo averiguado atentamente el porte y modo de vida de dichos Padres que trabajan en ellas, hallé que se había esparcido cierto rumor contra ellos, muy ajeno de la verdad, excitado de la envidia de algunos émulos suyos; procedí jurídicamente sobre el caso, con aquel rigor de juicio que pedían las materias, como de tanta importancia, y habiéndome informado de lo que había, secretamente, y con todo cuidado y diligencia, juzgué que debía dar cuenta á Vuestra Real Majestad de lo que allí averigué.

"Están tan lejos los Padres de lo que se dice contra ellos, que antes bien, sin atender á sus comodidades ni aun á su vida propia, ni á los peligros de perderla, están empleados continuamente en predicar la fe, anteponiendo así ésta como los reales emolumentos á cualesquiera peligros; poco há que morían violentamente á manos de los Caribes tres religiosos suyos, y á la fuerza de calamidades y trabajos, por la inclemencia de los climas, murieron otros, oprimidos con tan duro y dilatado martirio: yo, á la verdad, habiendo advertido cuidadosamente que no perdonan trabajos, gastos, ni aun su propia vida por extender el Evangelio, no puedo menos que ser abogado suyo, habiendo sido su Juez antes, y más cuando veo los muchos infieles reducidos por medio suyo á nuestra Santa Fe, y otros tantos vasallos á Vuestra Majestad Católica.

"De las demás cosas que se actuaron ante mí como Juez que era, y que pondré á los pies de Vuestra Majestad, constará más claramente y se verá la integridad de dichos Padres, y el ardor

de su celo, con que atesoran cada día las riquezas de innumerables almas en los tesoros de la Iglesia, sin olvidarse, como fieles vasallos, de los haberes reales."

Hasta aquí la carta de D. Pedro Urrutabisqui, escrita á Su Majestad.

Quién no pensará que tan calificados informes como los que llevo dichos, y que iban más difusamente tratados en los papeles del Visitador, acrisolados y acendrados en otro crisol y fuego diferente de las bocas y lenguas que escogió por elección propia el Gobernador de los Llanos, no habían de haber aquietado el ánimo del Arzobispo y sosegado su dictamen, para desistir de la materia como de impuesto falso; pero, permitiéndolo Dios así, por sus secretos fines, estuvo tan lejos de aquietarse con los informes del Visitador, que no dejó piedra por mover para molestarnos y afligirnos; no dudo que le movería quizá el celo por la gloria de Dios, pero es muy sospechoso el celo que tiene resabios de capricho, y que se opone al torrente de los advertidos y prudentes, por sólo el dicho é informe de un apasionado genio, como era el del Gobernador. Pero como este punto es largo de referirlo, será bien hacer capítulo aparte para tratar de él, y veremos las vejaciones que el señor Arzobispo nos hizo, de las cuales le tocó buena parte al Visitador eclesiástico.

CAPÍTULO IX

PROSIGUE LA MATERIA DEL PASADO; DOLOR Y SENTIMIENTO GRANDE QUE MOSTRÓ EL ARZOBISPO DE SANTAFÉ, POR NO HABER SALIDO LOS INFORMES COMO PENSABA, Y LAS MUCHAS VEJACIONES CON QUE MOLESTÓ Á LOS NUESTROS.

Luego que el sobredicho Juez eclesiástico presentó los autos al señor Arzobispo, como resultado de la visita, para que los viese y reconociese, mostró claramente el Ilustrísimo la intención y designios que gobernaban su interior. No se puede fácilmente ponderar la turbación de ánimo que manifestó entonces, pues recorridos uno por uno los papeles, y cubriéndose su rostro, con la novedad del caso, de aquella severidad y encapotado ceño que suele arrojar el corazón en un caso adverso y no esperado, y que provoca á indignación y rabia, se quedó despavorido y atónito, viendo que venían en los papeles informes muy contrarios en un todo á los que por ventura esperaba; la causa de esta turbación y temor que manifestó entonces, fué, según se discurre, y manifestó el efecto, el yerro que se había cometido, poniendo en tela de juicio á la Compañía, sin autoridad para ello, ó porque al ver tan manifiesta y clara la inocencia de ésta, temió que viniese un rayo

del Consejo por tan injustas opresiones con que la habían molestado; revolviendo entonces su zaña contra el Visitador, dió por nulos los autos y los mandó quemar, porque, dijo, había extralimitado la autoridad de Juez, y lo multó con pena pecuniaria por los decretos que había dado, con los cuales hubo de manifestar y declarar la inocencia de la Compañía, el buen nombre de ella, y de los misioneros, tan infamados antes. Formaron no obstante los nuestros querella de tan injusta y perjudicial sentencia, como la que había dado mandando quemar los autos, porque sentían sobremanera que se hubiesen de entregar al olvido testigos tan irrefragables y auténticos, que hablaban en nuestro abono, pues como miraba la Compañía que andaba su fama en boca de tantos que la despedazaban con sus lenguas á cada paso, y como sabía también cuán necesario es el escudo de la reputación y buen nombre, para los sagrados ministerios en que se emplea, no pudo menos que sentir tan inconsiderada resolución. Por esta causa, como advirtiesen los Superiores que se perdía tiempo en recurrir á su Ilustrísima, quien parecía que se había empeñado en oponérsenos, apelaron á la Real Audiencia de Santafé, según la práctica de estas Indias, pidiendo con toda instancia que se sirviese su Alteza enviar un exhorto al Arzobispo, en nombre de nuestro Católico Rey, para que no destruyese aquellos autos, atento á que se habían formado en tela de juicio, sino que los manifestase á la Compañía para que se comprobase, si era necesario, por lo que á ella le pertenecía, lo que se debía comprobar, ó que por lo menos no se quemasen los papeles, como quería Su Ilustrísima y había decretado ya.

Así lo hizo la Real Audiencia, enviando un exhorto al Arzobispo, según la petición de los nuestros, pero estaba el buen príncipe tan cerrado en su parecer, y tan empeñado en sus designios, que se resistió al exhorto; y viendo esto el Procurador de la Provincia y misiones, recurrió con la misma petición al Tribunal del mismo Arzobispo, pidiendo con gran viveza de razones, que podían convencer al juicio más obstinado, que se sirviese Su Ilustrísima mandar que no se quemasen los papeles, sino que antes bien mandase Su Señoría se diese un público y jurídico testimonio de la verdad que había en ellos; mas ¡oh dolor! y cuán indigna respuesta se dió entonces á petición tan justa, y cuán ajena también del piadoso Tribunal! La respuesta que se dió á la Compañía fué condenarla, en este juicio, á perpetuo silencio, y amenazar á su Notario con pena pecuniaria, si fuese osado de recibir en adelante semejantes peticiones de los Jesuítas para ponerlas en juicio; sentencia verdaderamente inícua y que horroriza al escribirla, por el perpetuo silencio con que cerraba las puertas por todas partes al inocente para su defensa propia, y

para que pudiese recurrir al Superior Tribunal, con los papeles que tan justamente pedía y tan injustamente se le negaban, y que eran los instrumentos y testigos que hablaban en su defensa.

Bien pudiera el señor Ilustrísimo reflexionar en esta ocasión, para mirar con otros ojos á la Compañía, lo mucho que ésta trabajaba y había trabajado antes, lo cual descargaba su conciencia, y si faltaban las razones que le persuadiesen á esto, por estar inícuamente ocupadas las lenguas en despedazar su fama, podía poner los ojos en lo que era patente á todos, y no lo podía ignorar, sino cubriéndolos con aquel velo oscuro que sabe tejer la envidia y cortar la emulación; pudiera ponerlos, digo, el Ilustrísimo en aquellos confesonarios y púlpitos, en los Hospitales y cárceles, en los colegios y cátedras, en los cuales sudaba su entendimiento, se labraba su espíritu, y se abrasaba su celo por el bien de las almas. Pudiera reparar siquiera en aquellas plazas y calles en donde resonaba el Evangelio, y por donde cruzaban como fieles ministros de Dios y verdaderos hijos de la Compañía, de día y de nohe, sin descanso, y á pesar de los ardores del sol é inclemencia de los tiempos, en busca de los desvalidos y pobres, para ayudarles á bien morir, y confesarlos; bien pudiera también, si quisiera, mirar atentamente los sudores, y aun la sangre que habían derramado los nuestros, en las arenas del Orinoco, por extender la fe; pero preponderaron á todo esto aquellos conceptos errados en los cuales estaba imbuido, y que saben ofuscar la verdad y aun la razón, y no le daban lugar para mirarlo, ni menos para inclinar su voluntad hacia la Compañía de Jesús.

No fué menor que la tempestad que queda dicha, aunque tan sensible y grande, otra horrible y deshecha que se levantó contra nosotros, casi á los primeros pasos de la llegada á las Indias, por el sobredicho príncipe, quien no pudo disimular á las primeras vistas la natural aversión que nos tenía, como lo mostró en breve. Borrasca fué ésta de las mayores y más horribles que nos combatieron en este Reino, porque conjurados los vientos por todas partes, se vió fluctuar al Arzobispo en las ondas que amenazaban arruinar la nave de esta Provincia, y en especial el Colegio máximo de Santafé, sin más reparo para su defensa y para librarle del naufragio, que la áncora de la esperanza en la Providencia de Dios.

Tratábase por ese tiempo la causa de la nulidad de los votos y profesión de un hijo de la Compañía, que, olvidado ingratamente de su madre, de los dolores con que le dió á luz, de los afanes y trabajos con que le había criado y le dió el ser, no dudó de tomar las armas contra su madre propia, salir á campaña y hacerle la guerra. Llamábase este sacerdote Gabriel Alvarez, quien mal

contento con el retiro de los claustros y suspirando por las cebollas de Egipto, determinó volverse á éste, no obstante la profesión de cuatro votos á que estaba obligado. Para poderlo hacer alegó este Padre nulidad de los votos, causa que se puso en litigio, y para la cual se eligieron Jueces asesores, según la determinación del Concilio. Mas como no se hubiese decidido el punto por los Jueces porque estaban por una y otra parte iguales los votos, le dió por desobligado el Arzobispo de la tal obligación y profesión, con amplia facultad para quedarse en el siglo y vivir en su casa como seglar.

No paró en esto la resolución de Su Ilustrísima, ni se dió por contento, antes bien, sabiendo que dicho Padre había hecho renuncia liberalmente á favor del Colegio máximo de más de cien mil pesos, juzgó que debía y estaba obligado este Colegio, por la vía ejecutiva, á restituirlos y volverlos, sin que faltase un maravedí. Ya se deja entender el quebranto indecible que con tan inconsiderada resolución recaería en los Superiores, y más en aquellas circunstancias, en que sobre estar atrasado como lo estaba el Colegio, tenía que mantener las misiones á sus expensas; hubo de exhibir no obstante nuestro Colegio tan considerable suma, sin perdonar, para dar cumplimiento á lo sentenciado, ni aun las alhajas y vasos sagrados de la iglesia. No quiero omitir un caso que se tuvo por prodigioso, y que sucedió en ese tiempo y circunstancias, y es de la manera que sigue:

Como se viesen los nuestros tan apretados por todas partes para entregar aquella suma, fué necesario, como dije, valernos de las alhajas de plata de las que servían en la iglesia; había, entre otras piezas de valor, un relicario grande de plata con sus vidrieras, en el cual estaba la cabeza de San Fortunato mártir, patrón de este Colegio; pues como intentasen los nuestros desbaratar el relicario para que esa plata fuese parte de la paga, no pudieron conseguir, por más esfuerzos que hicieron, sacarla de su lugar y desquiciarla del asiento en que la dejó el artífice, como si fuese una sola pieza el metal y cristales; por lo cual no se atrevieron á porfiar por sacarla, dejándola del modo que estaba, y permanece todavía en este Colegio.

Pero volviendo á lo que iba diciendo, parece que se habían de haber dado por satisfechos con la sentencia dicha, y la enterada paga, tanto el señor Ilustrísimo como el Padre Gabriel; pero estuvieron tan lejos de compadecerse de la Compañía en tan desmedidos quebrantos, que así uno como otro, apretaron segunda vez los cordeles, para atormentarla y afligirla, como si lo hicieran de apuesta; hizo otra nueva petición al Arzobispo el sobredicho Padre Alvarez, dictada por su pasión, y tan injusta como suya; pidió á Su Ilustrísima que le pagase también nues-

tro Colegio, sobre la cantidad dicha, todos los réditos correspondientes en los años que había estado en nuestro poder aquella suma. Admitió el buen Arzobispo, con los brazos abiertos y con sereno rostro, esta segunda petición, mucho más injusta que la primera, y sobremanera intolerable; aprobó sus intentos, y lo concedió por más de lo que pedía el Padre, pues respondió que no por la vía ordinaria como pedía el Padre, sino que estaba obligado el Colegio á pagar luégo al punto $ 16,200 como réditos que correspondían al capital.

A esta decisión tan disonante se resistió, alegando su derecho, el Colegio, presentando algunas peticiones para su defensa, pero el despacho que tuvieron fué, poner el Arzobispo perpetuo silencio á los nuestros, para que no fuesen osados á tratar de la materia jamás, ni pareciesen en su Tribunal semejantes peticiones; multó asimismo á su Secretario, con pena pecuniaria, si permitía en algún tiempo que llegasen las dichas peticiones de la Compañía á sus manos: así se atropellaba la inocencia, y levantaba su bandera una pasión armada contra quien no podía defenderse, por arrebatarle de las manos las armas con que rebatía los golpes.

Pidió no obstante nuestro Colegio que se le concediese por lo menos una declaración jurídica delante de testigos, sobre el tal decreto que había dictado Su Ilustrísima, y ni aun esto quiso concedérsele, antes bien, hizo todo el empeño posible para que la tal declaración no se concediese jamás; con lo cual, cerrándonos la puerta por todas partes para la defensa propia, se la dejó del todo abierta á la parte contraria, para que pidiese y repidiese, según su arbitrio, y lo que le inspiraba la pasión.

De esta manera andaba entonces esta barca agitada por todas partes de furiosos vientos y tempestades, por las calumnias y los odios, cuando se lloraba ya la muerte del Padre Loberzo á manos de los Caribes, lo cual sucedió al fin, como lo recelaban los Superiores, después de la relación del Padre Manuel Pérez, de que se habló arriba, y á cuya preocupación no se pudo dar oportuna providencia, por el disturbio dicho, que levantó contra las misiones el Gobernador de los Llanos. Pero antes de pasar á tratar de la feliz aunque cruel muerte, que cortó la vida en el Orinoco á este fervoroso misionero, será bien saber el fin del Padre Alvarez, para que no quede suspenso el ánimo del lector, y quejosa la curiosidad de los que deseen saberlo.

Ya había conseguido este Padre cuanto le inspiraba su deseo en el mundo, con la protección del Arzobispo de Santafé. Vióse bien abastecido de comodidades en su casa, con riquezas adquiridas, como arrebatadas por fuerza, de la mano de la misma madre, la Compañía de Jesús, sin compadecerse de ella; pero cuando

parece que volaba en las alas de la fortuna que le remontaba al cielo, y que pisaba sobre seguro las espumas del mar, para burlarse de sus olas, sujetas á la inconstancia, le echó mano la Divina Justicia para que restituyese á su buena madre cuanto le había arrebatado con visos de tiranía. Púsole en cuestión de tormentos el mismo Dios, como si quisiera que se cumpliera en él lo que dijo, por San Mateo, Cristo nuestro bien. Púsole en una cama que le sirvió de potro, en ella le apretó los cordeles de tal manera la Divina equidad, y le atormentó con tantas enfermedades y dolores, que oprimido con la violencia de los achaques por dilatado tiempo, hubo de ir sacando poco á poco su plata, para aliviar sus dolencias á fuerza de medicinas.

Es fama constante entre nosotros, y lo atestiguan muchos, que por pura curiosidad ha echado en caja aparte el boticario del Colegio máximo, toda la plata que enviaba el Padre Alvarez para comprar sus medicinas, y advirtió y notó que fué gastando en sólo ellas, gran parte de aquella considerable suma, que sacó como por fuerza, y le devolvieron los nuestros: así sabe Dios abatir con mano poderosa las cervices soberbias, castigar las ingratitudes, y arruinar las torres de viento que fabrica sobre la fantasía la malignidad humana.

Abrió los ojos por fin el Padre Alvarez para reconocer la mano invencible de Dios, que le castigaba y afligía, y le tenía reducido á la pobreza de un Job, ó por mejor decir, de un mendigo de los que andan por las calles. Puesto en un Hospital, estando ya cercano á la muerte, suspiró como otro pródigo y se acordó vivamente de la opulencia de su padre, y aun de la de los criados de su casa, y pidió con repetidas lágrimas ser restituído al seno de la Compañía, su madre, de quien se reconocía por hijo todavía, y obligado á los votos; admitióle ésta con los brazos abiertos, olvidada de los desaciertos de tan ingrato hijo, estando los nuestros presentes, por haber concurrido para asistirle, como á su propio hermano. Herido de vivísimo dolor el Padre Alvarez, y mirando á la luz del desengaño en aquella hora, sus errores pasados, y en especial las vejaciones con que había tan gravemente oprimido al Colegio, exclamó con aquellas palabras propias para el intento: "héme portado como un extraño con mis propios hermanos." Murió finalmente en la Compañía, con tan buenas demostraciones como éstas de arrepentimiento y de dolor, y con señales bien fundadas, de que le llevó Dios para sí, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.

CAPÍTULO X

HÚYENSE LOS SOLDADOS QUE HACÍAN ESCOLTA Á LOS PADRES EN EL ORINOCO; REVÉLANSE SEGUNDA VEZ LOS CARIBES Y DAN MUERTE AL PADRE VICENTE LOBERZO Y AL CAPITÁN TIBURCIO.

Había trabado el Gobernador de los Llanos, de quien hablamos arriba, una muy íntima y estrecha amistad con el sobredicho Arzobispo de Santafé; confiado, pues, el caballero por una parte en esta amistad, y viendo por la otra que no podía salir con sus intentos, de arrojar de las misiones á nuestros operarios, como lo había pretendido con vivas instancias, tomó nuevo rumbo y buscó nuevas trazas para retardar por lo menos nuestros designios y atajar nuestros pasos; y para conseguirlo mejor, negó el sueldo á los soldados que estaban destinados para custodiar á los Padres; y salióle tan bien su traza, que, oprimidos aquéllos de la necesidad y hambre, sobre la ninguna esperanza que tenían de algún socorro, se huyeron todos del presidio, no quedando de toda la escolta, para defensa de los misioneros, sino el Capitán Tiburcio, lo cual fué como querer aumentar más y más la osadía de los indios Caribes.

Abrasaban éstos con sus continuas hostilidades las costas del Orinoco, alentados con la arrogancia y altivez de su Capitán y Caudillo *Giravera*, de quien hablamos ya, sacrílego homicida de los tres Padres, y que había amenazado poco antes al Padre Vicente Loberzo como á los demás; ya tenía premisas éste de la maquinada traición de *Giravera* y los suyos, y aun las tenía también no mal fundadas, de que le tenía destinado Dios á una gloriosa muerte; porque en la Provincia de Sicilia, su patria, le había asegurado una persona de calificada virtud y perfección, que moriría de muerte violenta, y en servicio de la religión católica; esto se le oyó decir al mismo Padre, y así lo testificaron muchos del Colegio de Santafé, en donde vivió. Con esta noticia previa y con los indicios que ya tenía de su cercana muerte, se previno para ella con unos largos y devotos ejercicios de Nuestro Santo Padre, que hizo dos veces en el corto espacio de tres meses, y en ellos confesión general, lo que le costó riesgos manifiestos de la vida, buscando al confesor por montes y caminos asperísimos, librándole Dios de ellos milagrosamente. Con estos ejercicios de devoción se disponía para su muerte el Padre Loberzo, cuando después de un año y dos meses de trabajos padecidos en aquella misión, mereció el varón apostólico el galardón y la corona que le tejieron sus méritos, pues llamado á la ciudad de San-

tafé para que tuviese su tercera probación, salió luego al punto, como verdadero obediente, de su misión y pueblo, pero con voto que hizo de volver á continuar lo principiado si convenían en ello los Superiores.

Salió en esta ocasión en compañía suya el Capitán Tiburcio, quien intentaba subir á los Llanos para componer algunos negocios de las misiones, pero habiendo llegado á uno de los pueblos de los *Adoles*, encontraron dos embarcaciones de los Caribes, y éstos traían una carta contrahecha, y firmada por el Gobernador de la Guayana, en que decía dicho Gobernador que Su Majestad Católica admitía por sus vasallos á todos los indios Caribes, que podían tratar y contratar con los españoles y con las demás naciones sujetas á los dominios de España. Tanto por esta carta no recelada, como por parecer pocos los indios, no sospechó traición alguna el Capitán Tiburcio, y engañado, trató con ellos muy familiarmente y con más confianza que la que debía tener con gente tan traidora y carnicera, como la Caribe.

Asegurados los bárbaros, y descuidado Tiburcio de la urdida traición, le acometieron con furor diabólico, y á los repetidos golpes de las macanas que le descargaron sin cesar, le quitaron la vida; fueron después á donde el Padre Loberzo, quien se había acogido, según dicen, á una de aquellas casas, arremetieron á él con bárbara fiereza, y con la misma crueldad le deshicieron el rostro y cabeza con las macanas, con lo cual murió en breve; la misma inhumanidad ejecutaron con una inocente niña, hija del Capitán Tiburcio, y con otro muchacho de su familia, á quienes despedazaron, como irritados tigres, sin que les moviesen á compasión aquellas lágrimas con que explican su sentimiento los de pocos años.

Ejecutada esta carnicería cruel, bárbara é inhumana, cortaron los brazos al niño para sus fiestas, como es uso y costumbre entre ellos, después amarraron con cordeles á los difuntos unos por el cuello, y por los pies otros, y arrojándolos al río los llevaron á remolque por el agua, hasta la otra banda del Orinoco á unas peñas, en cuyos huecos arrojaron los destrozados cuerpos y se volvieron á dicho pueblo; después hurtaron los pocos bienes que hallaron y habían poseído los muertos, y sospechando los matadores lo que podía suceder, y en realidad sucedió, que les había de acusar cierto indio ladino que se halló presente á la tragedia dicha, intentaron matarlo también, y hubiéranlo ejecutado, si no le hubiesen defendido los que á la sazón se hallaban en aquel pueblo, y haberles asegurado dichos indios, que él no había de volver á Casanare, porque su habitación era en el Orinoco, con lo cual desistieron de su intento y se volvieron á sus tierras, cargados de los despojos que habían robado, y relamiéndose como fieras con la inocente sangre.

Bien se comprende que traían muy de antemano tramada la iniquidad dicha, pues antes de ponerla en ejecución, pasaron por el pueblo del Padre Alonso de Neira, Superior de aquella misión, juzgando que residían allí los demás Padres, y trataron amigablemente con él, sin recelo, tanto que se entraban, con el descoco que acostumbran, á su misma casa y á los aposentos donde el Padre moraba, hasta sentarse los dos matadores que quitaron la vida al Padre Loberzo, con toda disimulación y llaneza, en la cama del Padre Alonso; y al no haber permitido Dios que llegase á los oídos de dicho Padre la noticia de la maquinada traición, le hubieran sin remedio quitado la vida el Miércoles de Ceniza al amanecer, para cuyo día tenían fraguada su determinación; trataron como prudentes de apartarse del riesgo y asegurar su vida (así dicho Padre Neira como su compañero el Padre José de Silva), para emplearla después por más largo tiempo en servicio de Dios y beneficio de las almas.

Huyéronse aquella misma noche del pueblo, sin esperar á que les amaneciese en el sitio el Miércoles de Ceniza, que hubiera sido sin duda para ellos el día último; apenas lo advirtieron los Caribes por la mañana, cuando despechados de rabia, por habérseles escapado de las manos la presa, quisieron quemar la casa de vivienda de dichos Padres, para apagar con este fuego el que ardía en su pecho, de aquel odio mortal y rencor con que los aborrecían y deseaban consumir. Hubiéranlo ejecutado los Caribes, si los indios de aquel pueblo, llamado *Cusia*, no les hubieran rogado é instado mucho para que no la quemasen; porfiaron en querer quemarla, y fué tanta su pertinacia y empeño, que se vieron obligados los indios á darles una alhaja de mucho precio y estimación para que desistiesen de su porfía; con esto se partieron los Caribes de Cusia para el pueblo de los *Adoles*, en donde, haciendo de las suyas, ejecutaron con la impiedad dicha, las referidas muertes.

Ahora, pues, para poder hacer juicio y entender la causa y origen del odio mortal y aborrecimiento que tienen estos pueblos Caribes á la nación española, y en especial á los sacerdotes, será bien hacer reflexión sobre lo que dije otra vez, y es, que los dichos indios tienen comercio con los holandeses, franceses, herejes, judíos y otras naciones perdidas que andan y residen en las costas y otros parajes de la Guayana, todas las cuales por las ganancias y lucros que logran con los Caribes, tienen pactado con ellos el no admitir nación católica ninguna á que entre en parte de su comercio y negociación, porque saben muy bien que si entrara y pusiera el pie en aquellos países el dominio católico de la nación española, fuera forzoso desterrar y atajar el curso de cuantas naciones fuesen estorbo y embarazo á la predicación

del Santo Evangelio; y así los dichos Caribes, agradecidos á los holandeses y demás herejes, profesan una entrañable enemistad, y persiguen de muerte en primer lugar á los Jesuítas, y á la nación española, pues temen perder su antiguo comercio con la herejía y libertad de conciencia, trazas todas del infierno para impedir la fe de Jesucristo.

Esta es, pues, la causa legítima por la cual se ven á cada paso y con tanta frecuencia las repetidas hostilidades y muertes que ha hecho la canalla bárbara y carnicera de la nación Caribe en esta tan gloriosa y dilatada misión, cuyo adelantamiento sería de mucho servicio de Dios y de la Majestad Católica.

Volviendo ahora á nuestros misioneros, los Padres Alonso de Neira y José de Silva que, como vamos diciendo, se retiraron del peligro de los Caribes, aquella noche estuvieron escondidos en el monte, hasta que se certificaron y supieron que habían pasado ya á los *Adoles* los enemigos. Trataron de salir para Casanare, sin más provisión ni matalotaje para viaje tan largo, que la Divina Providencia, y caminaron por aquellos desiertos á pie algunos días, hasta llegar al Meta; no había embarcación para navegar por él, pero se detuvieron en aquel sitio, en donde con grandísimo trabajo, tanto por la extrema necesidad que padecían, como por la falta de compañeros que les ayudasen, hicieron una pequeña embarcación para pasar al Puerto. En esta necesidad y faena se hallaban los buenos Padres, fabricando su barca, cuando permitió Dios que llegase á este sitio una *curiara* del Maestre de plata, D. Andrés de Palacios y su gente, quienes, viendo á los Padres en tal necesidad y aprieto, y muy en peligro de morir por esa causa, los socorrieron como pudieron en estas calamidades y miseria, muy semejantes á las que padeció en ocasión igual el Padre Julián de Vergara. Llegaron después de mucho tiempo al *Puerto* de Casanare los dos en la embarcación de D. Andrés.

Quedaba en el Orinoco el Padre José Cavarte, quien no obstante las noticias que tenía de las pasadas muertes, y de la retirada de los Padres á Casanare, no quiso dejar su pueblo, persuadido con sencillez (que la tenía grande) de que no era conveniente dejar á sus indios aunque lloviesen riesgos. Premióle Dios su sencillez y confianza, librándole de la fiereza de los Caribes, porque sabiéndose en Casanare, con la llegada de los Padres Neira y José de Silva, la rebelión pasada, y reconociendo el peligro manifiesto en que se hallaba el Padre Cavarte, si no se daba providencia de que se retirase á los Llanos, enviaron sin dilación seis hombres de satisfacción para que le sacasen del riesgo, y le trajesen á Casanare, juntamente con las alhajas de la misión, á fin de que no se perdiese todo.

Salieron los seis hombres dichos, los cuales temiendo lo que podía suceder con la demasiada dilación por el río, tuvieron la advertencia de echar dos indios á la mitad del viaje para que fuesen por tierra, y con la brevedad posible llegasen al pueblo con las cartas, juntamente con la novedad de que iban soldados. Y para que se vea cuán oportuna fué la diligencia, y cómo quería Dios librar de tan manifiesto peligro á nuestro misionero, puede decirse que ella sola bastó para librarle de la muerte, pues habían subido á la sazón el Orinoco trece piraguas de Caribes, y estaban tan cercanos del pueblo donde asistía el Padre, que sólo había un día de navegación para llegar á él; venían determinados, según se supo, á matar á aquel Padre que había quedado solo; pero antes de salir de ese sitio para poner en ejecución resolución tan bárbara, llegó primero la noticia de que venían, y estaban ya cerca, los soldados para socorrer al Padre, y se aterraron de tal manera con estas voces, que se retiraron luégo á sus tierras; llégaron después los blancos, y recogidas las alhajas de la misión, salió el Padre José de su pueblo y se vino con los soldados á nuestra doctrina del Puerto de San-Salvador de Casanare.

CAPÍTULO XI

BREVE NOTICIA DE LAS VIRTUDES DEL VENERABLE PADRE VICENTE LOBERZO, MUERTO VIOLENTAMENTE EN EL RÍO ORINOCO Á MANOS DE LOS CARIBES.

Lo dicho en los capítulos antecedentes, relativo al Padre Vicente Loberzo, sería suficiente recomendación de lo heroico de sus virtudes y vida ejemplar; debo, no obstante, añadir otras noticias, aunque siempre muy cortas para lo que se podía decir de este apostólico varón y misionero santo.

Fué el Padre Vicente Loberzo natural de la isla de Sicilia, Reino sujeto á los Reinos de España; tuvo padres muy ricos y honrados en aquella isla, quienes deseosos de adelantar el lustre de su casa y darle nuevo realce con las prendas y vivo ingenio de su hijo, le aplicaron después del estudio de humanidades, á la jurisprudencia, en la que salió eminente; ejercitóse en la profesión de jurisconsulto muchos años, en la corte de Palermo, cabeza principal y corona del Reino de Cicilia.

Estando en este ejercicio, y conociendo vivamente las vanidades del mundo, y que el medio más oportuno para vencerlo y librarse de sus engaños es dejarlo, pidió ser admitido en la Compañía de Jesús, y fué recibido en ella en el mes de Enero de 1680; pasó su noviciado en Palermo, en la casa de probación que allí tiene la Compañía, en donde se portó con mucha humil-

dad y sinceridad religiosa, pues siendo hombre de más de 25 años, parecía como niño en la sumisión y rendimiento, á todo lo cual daba realce su ternura de conciencia y devoción sensible, que notablemente sobresalía en todas sus obras; de aquí le nació aquella alegría y serenidad de rostro en sus conversaciones, que sazonaba con gracias y donaires prudentes y religiosos, y aunque era verdad qne su natural era colérico y sanguíneo, sin embargo se vencía y acomodaba con mucha apacibilidad á todo género de personas.

Después de su noviciado tuvo un año de seminario, porque por la edad, como por la nueva retórica que en aquel tiempo aprendió, juzgaron los Superiores deber dispensarle el segundo año, cosa que en aquella provincia no se hace sin muchas y muy urgentes razones; del seminario pasó á enseñar gramática, y lo hizo por año y medio, y otro año de letras humanas, con satisfacción y aplauso de los nuestros y de los extraños; acabado este tiempo, pidió con mucho ahinco á los Superiores, le admitiesen al estudio de artes, y conseguido su intento, pasó otra vez á Palermo, y allí empezó con notable aplicación y fervor su estudio, venciendo la natural repugnancia de verse estudiante de artes en medio de los niños seculares de la misma facultad, quienes le llamaban por gracia el abuelo, pues pasaba entonces de treinta años de edad.

Aprovechó tanto en el estudio, que acabado el curso, tuvo el acto mayor y conclusiones públicas de toda la filosofía, que defendió con admirable propiedad y despejo; luego, sin esperar á más le dieron licencia los Superiores para pasar inmediatamente al estudio de la sagrada teología, siendo esto contra el uso de aquella provincia, en donde suelen, antes de entrar nuestros hermanos estudiantes á oír teología, enseñar por algunos años letras humanas ó retórica; siendo ya teólogo el Padre Vicente, dió muestras de cuán profundo y sólido ingenio le había dotado Dios, pues al fin del primer año de teología, fué destinado para las Indias (como lo solicitó de nuestro Padre General) y no teniendo en todo el discurso de su viaje, que duró dos años, otro maestro, fuera de unos papeles ajenos y unos libros, aprendió de esta suerte las más difíciles cuestiones de teología, y con licencia de nuestro Padre General se examinó en ellas, con tanta capacidad y comprensión, como si las hubiera estudiado con asistencia de sus maestros.

Embarcóse para las Indias en la flota del año de 1690, muy gozoso de haber conseguido sus deseos, por la esperanza que tenía de alumbrar con las luces del Evangelio aquella gentilidad ciega. No quiero omitir lo que le sucedió en esta navegación, cuando salió de Palermo para estacionarse en la ciudad de Meci-

na, en donde suele haber mejores medios y embarcaciones más cómodas para los puertos de Génova y Cádiz: en una tormenta deshecha que le acometió en el peligrosísimo golfo, cuando se juzgaban perdidos todos, y miraban ya su sepulcro entre las horribles ondas del mar, invocó el Padre Loberzo en su favor y el de sus compañeros navegantes, el dulcísimo nombre de María Santísima, de quien fué muy devoto, y fué cosa admirable, que apenas resonó su nombre entre el sonido ó bramido de las olas, cuando se vió sensiblemente, que obedeciendo el golfo al imperio poderoso de tan sagrado nombre, empezó á reprimir la impetuosidad y soberbio orgullo de sus hinchadas olas que subían al cielo; con esto pudieron luégo aportar á una cercana ribera, sin quebranto ni peligro alguno. Este favor lo solía contar el Padre Vicente, como pronóstico de otros lances que habían de sucederle, y á la verdad parecía que el demonio pronosticaba lo porvenir, y procuraba estorbarle la salida de Cicilia: más de cuatro veces fueron las que levantó tormentas y viento contrario, de suerte que se veía la embarcación obligada después de haber navegado más de diez leguas, á volverse otras tantas veces al puerto; en una de estas ocasiones fué tal la borrasca y huracán furioso que llevando la saetía como á ciegas, no se reparó el peligro hasta dar en las peñas de la bahía; en otras dos ó tres semejantes, y aun más horrendas tempestades que las pasadas, mostró el Padre Vicente Loberzo, la mucha confianza que tenía en la protección de María Santísima y de San Francisco Javier, invocando muy repetidas veces sus nombres; otra vez humillándose muy de corazón delante de su Divina Majestad, decía como otro Jonás (como si él fuese la causa de la tormenta): "Señor, arrojadme al mar," y proseguía de este modo haciendo muchas jaculatorias.

Todas las veces que arribaba á tierra, su mayor cuidado y empleo era enseñar á los niños la doctrina cristiana, y para atraerlos á tan santo ejercicio, llevaba prevenidos algunos premios para paladear á la tierna edad, algunas estampas de papel y otras pequeñeces semejantes. Juntaba el Padre Loberzo, aun cuando andaba en sus viajes, el ejercicio de la continua oración y los rigores de la penitencia con que domaba su cuerpo para sujetarlo al espíritu; testigo hubo que le acompañó en sus viajes que notó su mucho recogimiento interior, sus rigurosas y casi continuas disciplinas, sus oraciones y otros ejercicios de devoción que hacía, aun cuando se hallara en los mesones, posadas y caminos. Y para que á la penitencia voluntaria no le faltase la más sensible de todas, y es la que viene de mano ajena, permitió Dios que le cupiese un compañero muy contrario á su genio y humor, que le dió en qué merecer en muchas y varias ocasiones, pero el siervo de Dios, armándose de paciencia, le sobrellevaba y sufría

con gran caridad, y le obedecía como si fuese su legítimo superior; tras de todo, la penitencia más sensible que tuvo y con que le ejercitó Dios, fué una que Su Majestad le envió sumamente penosa y continua, y fué el mareo, el cual le apretó tan reciamente, que le hacía vomitar sangre, y quedar á veces desmayado; y llegó á tal extremo y congoja, que juzgaron que no podría pasar á las Indias sin evidente riesgo de morir, y así se lo advirtieron: con todo, fué tan grande el aliento y confianza que tuvo en Dios, que atropellando generosamente por las dificultades y peligros que se le ponían, no quiso desistir de la navegación á la América, ni proponer nada á su favor, llevado de los deseos de la conversión de los gentiles.

Con los trabajos referidos, llegó finalmente á Cartagena el día 3 de Mayo de 1690; después de cumplido su hospedaje en el Colegio que allí tenemos, se embarcó en el río grande de la Magdalena para subir al Reino, y no fueron menores los trabajos que padeció en la prolija y molestísima navegación de este río; muchas noches se quedó en la canoa, expuesto á la intolerable plaga de los mosquitos que se conjuraban por enjambres para molestarle con sus picaduras y quitarle el sueño; viéndose acosado de ellos, nuestro navegante prorrumpía en alabanzas á Dios, que resonaban en su boca, con las cuales hacía dulce consonancia entre los zumbidos enfadosos de tan importunas sabandijas, que sufría y toleraba por Dios.

Habiendo llegado á Santafé, hizo confesión general, y trató de prevenirse para la misión de los infieles, con muchos ejercicios de mortificación y penitencia, como quien se ensayaba con ellos para la cruel muerte que había de padecer; pidió licencia á los Superiores para vivir en el Colegio seminario, en donde resplandeció con más claridad su doctrina, particularmente en las materias morales y del derecho; examinado finalmente con singular ventaja en toda la teología, pidió con mucho fervor y espíritu las misiones del Orinoco, y fué señalado á ellas por el mes de Junio del año de 92, y con poca diferencia entró á los confines del río Orinoco. Admirable fué su tolerancia y aliento en aquellos viajes y sitios tan desamparados de todo socorro humano; fogosísimo y ardiente su celo para reducir á aquellos infieles al gremio de la fe católica; amabilísima su caridad y tierna la compasión que tenía á los indios; acariciaba con amor de padre á aquellos bárbaros para ganarlos para Dios, poniéndose en riesgo manifiesto muchas veces, por tenerlos contentos, y corregirlos como debía, en sus costumbres, más brutales que humanas.

Ya quedá dicho arriba su extremada pobreza y las necesidades que padeció en sus correrías, hallándose obligado muchas veces á mantenerse con hormigas, gusanos y otras sabandijas,

para no morirse de hambre en tan desamparados desiertos; en estos ejercicios de paciencia y en otros que llevo ya apuntados, de oración y otras virtudes propias de un espíritu apostólico, estaba empleado el Padre Vicente Loberzo, cuando queriendo coronar Dios á su siervo, sucedió la rebelión de los Caribes, en la cual perdió la vida este fervoroso misionero, para trocarla por la eterna; murió de edad de cuarenta años, con poca diferencia, teniendo de Compañía trece años; fué su dichoso tránsito el día 12 de Febrero de 1693. Escribió sus virtudes y su violenta muerte el Padre Juan Martínez Rubio, Rector que era entonces del Colegio máximo de Santafé; de esta relación que hizo, como de la relación jurada que se sacó sobre la muerte del Padre Loberzo, y del Capitán Tiburcio, de la cual trataré ahora, se ha copiado todo cuanto llevo dicho hasta aquí sobre esta materia, de la vida y virtudes de este venerable Padre é insigne misionero.

CAPÍTULO XII

HÁCESE INFORMACIÓN JURÍDICA SOBRE LA MUERTE DEL VENERABLE PADRE LOBERZO Y DEL CAPITÁN TIBURCIO Y DE LOS DEMÁS QUE MURIERON ENTONCES.

Había llegado á Casanare, desde el río Orinoco, aquel indio Achagua, que dijimos arriba que se halló presente á la tragedia referida, á quien quisieron matar los Caribes para que no los descubriese. La llegada de este indio, llamado Jerónimo Quenavén, y el hallarse presente en Casanare el Capitán D. Andrés de Palacios, quien subiendo de la Guayana, con el cargo de Maestre de plata, supo en el camino la rebelión pasada y las referidas muertes, nos ofreció oportunidad para que se hiciese una información jurídica sobre lo sucedido. Hallábase con el oficio de Procurador de las misiones de los Llanos el Padre Manuel Pérez, y para el efecto dicho presentó una petición ante el Alférez Andrés de las Muñecas, Alcalde Ordinario de la ciudad de *Punapuna;* esta petición, y las resultas de ella, las pondré en este capítulo en el mismo orden con que se procedió en dicha información jurídica, así para la mayor claridad de lo referido arriba, como para que se dé más fe á lo que ya se ha dicho.

"El Padre Manuel Pérez, de la Compañía de Jesús, Procurador de las misiones de los Llanos, digo: que conviene al buen nombre de mi religión y de esta misión de los Llanos y Orinoco, que Vuesamerced reciba información jurídica de lo sucedido en las muertes que hicieron los Caribes en el Padre Vicente Loberzo, de mi religión, del Capitán Tiburcio de Medina, empleado en el presidio, su hijo, y los demás, y para ello pueden servir de

testigos los que vinieron de dicha misión, tanto los indios como los españoles, y asimismo se servirá Vuesamerced informarse jurídicamente del Capitán Andrés, Maestre de plata, sobre el paraje y necesidad en que encontró á los Padres que venían; de todo lo cual se servirá darme el original duplicado para el efecto que me convenga en cualesquiera Tribunales, así eclesiásticos como seculares, por lo cual á Vuesamerced pido y suplico haga y provea en todo según y como llevo pedido, que en ello recibiré bien y merced con justicia que pido, y juro lo necesario en debida forma

"*Manuel Pérez.*"

"Por presentada, hágase como lo pide el Reverendo Padre Manuel Pérez, de la Compañía de Jesús; tómese declaración á los indios, y exhórtesele por un auto al Capitán D. Andrés de Palacios, Maestre de plata, que á la sazón ha venido del Orinoco, y devuélvase original y por duplicado.

"Proveyólo el Alférez Andrés de las Muñecas, Alcalde ordinario de la ciudad de San-Miguel de Punapuna, por Su Majestad, en dicha ciudad, á 20 del mes de Abril de 1693 años, y lo firmó con testigos para que conste.

"*Andrés de las Muñecas.—Juan Martínez Rebollo.—Juan de Estrada.—Ignacio Agustín González.*"

Presentada y proveída la susodicha petición con las solemnidades referidas, pidió luégo el Juez su declaración á Jerónimo Quenavén, Achagua, para que como testigo de vista declarase y refiriese cuanto sabía y había noticiado sobre las muertes dichas, el cual declaró como tal, lo que se contiene ahora en la declaración siguiente:

"En la ciudad de San-Miguel de Punapuna, á 4 días del mes de Mayo de 1693. Yo el Alférez Andrés de las Muñecas, Alcalde ordinario de dicha ciudad por Su Majestad, en conformidad de lo por mí proveído, hice comparecer ante mí á Jerónimo Quenavén, de nación Achagua, como persona ladina, y estar muy bien versado en la lengua castellana, y hallarse presente al tiempo y cuando los Caribes dieron muerte al Reverendo Padre Vicente Loberzo, de la Compañía de Jesús, misionero del Orinoco, y al Capitán Tiburcio de Medina, y á los mencionados en la petición, del cual recibí juramento, que hizo por Dios nuestro Señor, una señal de Cruz, en forma de derecho, so cargo del cual prometió decir lo que vió y oyó, para lo cual, la fuerza del juramento se le dió á entender, de que fué muy capaz, y dijo: que estando en los *Adoles* para venirse á *Casanare*, al otro día llegó

el Capitán Tiburcio de Medina en compañía del Padre Vicente Loberzo, que venían para el *Puerto* de Casanare, á tiempo que habían llegado dos piraguas de Caribes, á donde tenían los Padres de la Compañía la misión, las cuales piraguas habían subido con objeto de matar á los Padres y al dicho Capitán, y no habiendo podido conseguirlo, lo dejaron recomendado á los indios de dicho pueblo, porque les era de grande perjuicio que estuvieran los Padres y el Capitán en los referidos pueblos, por no poder tan á su salvo usar de sus matanzas, como es uso y costumbre de dichos Caribes, y habiéndose bajado estas dos piraguas al pueblo de los *Adoles*, donde actualmente estaba este declarante, y consecutivamente al día siguiente haber llegado el Padre y el Capitán al enunciado pueblo de los *Adoles*, y queriéndolos matar los Caribes, los defendieron los *Adoles*, prometiendo darles indios *macos* para que no matasen á los arriba dichos, y que los Caribes, llevados de su mal natural, no bastaron ruegos, y arrojando al Capitán entre el agua, le dieron de macanazos hasta que murió, y luégo fueron á donde estaba el Reverendo Padre Vicente Loberzo, que estaba dentro de una casa, y le dieron en el rostro con una macana hasta que perdió la vida, y asimismo á la hija del Capitán Tiburcio la cogieron, y quitándole sus vestiduras, la mataron como á los demás, y á un niño que iba de dicho Capitán le mataron y cortaron los brazos para sus fiestas, como es su uso y costumbre, y después de muertos los amarraron con cordeles, unos al pescuezo, otros á los pies y los llevaron á remolque por el agua, hasta la otra banda del río Orinoco, á unas peñas, en cuyos huecos arrojaron los dichos cuerpos, y luégo se volvieron al pueblo, y al día siguiente se embarcaron, tomando su viaje, llevándose consigo los pocos bienes que poseían aquellos muertos, y que de allí á los diez días de lo sucedido se embarcó este declarante para el *Puerto* de Casanare, y que asimismo le quisieron matar á este declarante los Caribes, temiendo que viniese á dar el aviso, y que le dejaron por defenderlo los indios de ese pueblo, y decirles que él no venía á Casanare, que su asistencia era en el Orinoco, por cuya causa le dejaron libre, y esta es la verdad por haberse hallado presente y haberlo visto todo, en que se afirmó y ratificó siéndole leída, y que es la verdad, como son testigos otros que se hallaron presentes, y que es de edad de 34 años, poco más ó menos, y no lo firmó por no saber, firmando yo el dicho Alcalde, y testigos que se hallaron presentes á esta declaración, que lo fueron Juan Martínez Rebollo, Ignacio González y D. Juan de Estrada, con quienes actuó por defecto de escribano, en el día dicho, mes y año.

"*Andrés de las Muñecas.—Ignacio Agustín González.—Juan de Estrada.—Juan Martínez Rebollo.*"

Otra declaración se tomó á un soldado llamado José González, que vino de la Guayana acompañando al Maestre de plata D. Andrés Palacios, que por ser uniforme en todo y contener lo mismo que declaró el sobredicho Maestre, sin añadir más á lo que se ha acabado de decir, se deja de poner aquí y porque bastará lo expuesto, así para la claridad de las materias, y para que se sepa de raíz el caso, como para la mayor fe de lo que se ha escrito.

CAPÍTULO XIII

INTÉNTASE TERCERA VEZ LA MISIÓN DEL ORINOCO; ENTRAN Á PROSEGUIRLA LOS PADRES MANUEL PÉREZ Y JOSÉ CAVARTE, CON NUEVA ESCOLTA: NO TIENE EFECTO SU PRETENSIÓN Y SE VUELVEN Á LOS LLAÑOS.

No sabe rendirse á las dificultades el verdadero celo, ni volver las espaldas al contrario la fortaleza y el valor; uno y otro los mostró la Compañía de Jesús en las adversidades dichas, y en las que sobrevinieron por ese tiempo, pues á pesar de las calamidades padecidas por sus hijos en el río Orinoco, hasta rendir la vida, y á pesar de las persecuciones con que fué combatida en Santafé, y las nuevas que suscitó contra nosotros otra vez el Gobernador de los Llanos, prosiguió con valerosa constancia en sus apostólicas empresas; pero antes de pasar á éstas y al viaje que por tercera vez hicieron al Orinoco, los nuestros, será bien que sepamos en breve el fin de su mal Gobierno, el lustre con que salió la Compañía, y los fomentos que consiguió de la Real Audiencia, para que entrase como pretendía á las misiones dichas.

No bien había respirado la Compañía de las opresiones pasadas, causadas por el señor Arzobispo y por el Gobernador de los Llanos, cuando sin darse por convencido éste, y por salir con la suya, porfió con nuevas calumnias contra los afligidos misioneros, no obstante las penas en que se hallaban por no estar enjutas todavía, ni la reciente sangre del Padre Loberzo, ni las lágrimas de sus hermanos que lloraban su muerte; escribió este caballero un nuevo papel, que contenía 14 capítulos, llenos de pasión é infamia contra la Compañía y sus misioneros: no reparaba como ciego que todas estas calumnias eran otras tantas saetas que disparaba al cielo y que habían de caer sobre su cabeza después, para su mayor infamia, y pérdida de su puesto y honra, como se verá ahora, por castigo de Dios.

Vió los papeles el Juez, y convocó nuevos testigos para que

declarasen con juramento cuanto supiesen sobre aquellos puntos que se contenían en el escrito. Todos uniformemente sin discrepar alguno, afirmaron con juramento ser falsos aquellos capítulos con que pretendía infamarlos el Gobernador, y declararon la inocencia de la Compañía y de sus misioneros, con subidos elogios. Así supo Dios abatir esta cerviz altiva, sacando mucho lustre la Compañía de las mismas calumnias con que la pretendían deslucir. Pero como quedaban todavía en los Llanos escondidas debajo de cenizas engañosas, las centellas del enojo del Gobernador, que podían levantar nuevos incendios á los menores soplos de la malignidad y de la envidia, pareció conveniente apagarlas del todo, y establecer por este medio la deseada paz. Pasó por este tiempo á esos sitios un Juez de residencia, caviloso, de nobles y escogidísimas prendas, cuales se requerían para este empleo; recto, benigno, amigo de la verdad y de la justicia, y ajeno de respetos humanos. Valiéndose de la buena ocasión el Procurador de las Misiones, presentó una querella á nombre de la Compañía de Jesús, representando las injustas vejaciones y calumnias con que la había molestado el sobredicho Gobernador, y en ella pedía justamente que se sirviese dar un público y jurídico testimonio sobre la inocencia de los Padres.

Convocó á los testigos el Juez, y habiéndolos examinado y tomado sus dichos, se ratificaron todos bajo de juramento, en lo mismo que habían declarado antes, en favor de la Compañía, ante el Juez pasado; tomando el dicho de los testigos, pasó el Juez de residencia á dar el público y jurídico testimonio que se había pedido, en el cual con subidos encomios, llenos todos ellos de honra y estimación á la Compañía de Jesús y sus hijos, y á los ministerios en que se emplean, deshizo los borrones infames con que tan injustamente había porfiado el Gobernador en oscurecer su fama; este mal caballero y perturbador de la paz quedó convencido en juicio de falsario, y afeado con tan vilísimo lunar como éste, fué depuesto con ignominia de su oficio; y entonces, arrebatándole la justicia de la mano, aquel bastón, como lo merecían sus delitos, y como indigno de empuñarlo, señalaron en su lugar otro Gobernador celoso del bien común, amante de la verdad, de la rectitud y de la justicia.

Sosegada por este medio la tempestad, triunfando la Compañía de Jesús de tan soberbias olas, mudaron las cosas de semblante, y desde entonces empezó á ser mirada con otros ojos. Valiéndose los superiores de la deseada bonanza, enderezaron otra vez la proa á sus amadas misiones, sin que desmayasen sus ánimos, por las persecuciones pasadas, ni por la barbaridad de los Caribes, no refrenada todavía. Recurrieron á la Real Audiencia pidiendo nuevo socorro de soldados, para proseguir sus em-

presas, y establecer el Evangelio; concedió liberalmente Su Alteza cuanto pedía la Compañía, y se le dieron doce soldados con su Capitán para resguardo de los Padres. Con este nuevo socorro salieron para el río Orinoco, desde los Llanos, el Padre Manuel Pérez y el Padre José Cavarte, por el mes de Noviembre de 1694, acompañados del Capitán D. Félix de Castro, y los doce soldados. Facilitó esta determinación de los Superiores el haber llegado de Europa el Padre Pedro Calderón con cuarenta y cinco sacerdotes, de los cuales, unos eran para las misiones de Quito y otros para esta provincia, y favorecida la Compañía con los socorros recibidos, nos prometíamos desde luégo empresas muy gloriosas y considerables en el río Orinoco. Llegaron los Padres al sobredicho río el día 25 de Noviembre del mismo año, y hallaron ocupados los sitios por los indios Caribes, quienes por la falta de castigo lo dominaban todo.

Aquí mostró el buen D. Félix de Castro su total falta de valor, pues habiendo encontrado á los Caribes casi desprevenidos y descuidados, y pudiendo, por lo bien pertrechada de la escolta, haber ejecutado en ellos con suma facilidad un ejemplar castigo, fué tanto el horror y sobresálto del buen hombre, indigno de nombrarse en historias, que no se atrevió á tocarlos, cediendo con ignominia el campo, aun antes de pelear. Fué vivísimo el sentimiento que tuvieron los Padres viendo frustradas sus esperanzas, de la prosecución de las misiones, porque, ¿qué seguridad se podían prometer en medio de tan conocidos riesgos, con un caso semejante y de las calidades dichas? Viendo, pues, los misioneros cuán arriesgada llevaban la vida con la compañía de D. Félix, puesto que no se podía originar otra cosa de tan pusilánime espíritu, que una bárbara resolución de los indios Caribes, muy semejante á las pasadas, acordaron dar la vuelta á los Llanos, como lo hicieron por el mes de Enero del año siguiente de 1695, sin conseguir otro fruto con esta entrada, que haber quedado los enemigos más obstinados en sus hostilidades é insolencias. Les fué preciso á los Superiores mudar de rumbo tanto por lo que queda dicho, como por las nuevas dificultades que se ofrecieron, y se experimentan hásta hoy en el río Orinoco, pues todo lo que no sea atajar el paso á los Caribes con una buena fortaleza y en sitio á propósito, con suficiente número de soldados, será trabajar en balde, arriesgar la vida de los misioneros y fabricar sobre la arena.

LIBRO QUINTO.

Nuevas entradas de nuestros misioneros á los dos Airicos. Procúrase el entable de algunas reducciones, y padecen muchos trabajos en esta empresa.

CAPÍTULO I

ENTRA EL PADRE JOSÉ CAVARTE Á LOS ACHAGUAS DEL AIRICO; ES MUY MAL RECIBIDO DE LOS INDIOS, PELIGRA SU VIDA Á MANOS DE LOS CHIRICOAS.

Deseosos los Superiores de la Compañía de evitar los daños que nos amenazaban en el Orinoco, y no queriendo por otra parte desamparar una misión regada, no sólo con los sudores sino con tanta sangre de los Jesuítas, ordenaron que, dejada la navegación por los ríos Casánare, Meta y Orinoco, en adelante se hiciese el camino por tierra, buscando las cabeceras ó medianía de aquellos ríos, en cuyas bocas estaba poblada la Nación Saliva. Facilitó este dictamen la persuasión prudente de que los Salivas ofendidos gravemente por las hostilidades que habían padecido de los Caribes, y noticiosos de la asistencia de los nuestros en los ríos *Dauma*, *Dubarro* y *Vichada*, dejarían sin dificultad los antiguos asientos de los pueblos, y subirían por el río arriba, solicitando su seguridad en nuestro amparo; y de no conseguirse esto á los principios, por lo menos no era materia en que cabía duda, que los misioneros tendrían bastante mies donde cebar su celo en las dilatadas montañas del Airico, no distantes de esos mismos ríos donde estaban los Salivas, pues era fama constante desde las conquistas de estos Reinos, que el Airico albergaba muchas y muy numerosas Naciones. Reforzábase este dictamen con el hecho de que dichas montañas del Airico se incluían en la demarcación de las misiones asignadas á la Compañía sin que nadie pudiera quejarse de que la Compañía había metido la hoz en mies ajena ó despojado á otro de lo que estaba á su cargo.

Recomendóse la resolución de esta ejecución á la actividad y celo del Padre José Cavarte y del Padre José de Silva, diestros ambos en manejar los infieles del Orinoco, y en llevar con constancia las incomodidades que en tales empresas ofrece la destemplanza de los climas; y además, el Padre Cavarte conocía con perfección los idiomas Saliva y Achagua, que eran los de las Naciones que se solicitaban.

Partieron los Padres para el Meta el año de 1695, bien aviados de matalotaje, por la caridad del Padre Superior de los Llanos; pero en llegando á las playas del río, que necesariamente se había de esguazar para seguir el rumbo del Airico, le hallaron tan crecido que fué necesario dejar pasar algunos días, para ver si daba treguas á sus crecientes, mas viendo que con su dilación no se corregía el tiempo, tomaron esta resolución: que el Padre José Cavarte pasase en una canoa á la otra banda, y con algunos indios y dos soldados penetrase hasta el Airico, si antes de llegar no encontraba pueblos de infieles; y que el Padre Silva se quedase en las márgenes con las reses, caballos y demás avío que llevaban para la fundación, con el designio de llevar adelante su viaje, siguiendo al Padre Cavarte luégo que el tiempo diese lugar,

No faltaron graves dificultades que vencer en esta resolución, originadas del temor de los que habían de acompañar al Padre Cavarte, por haberse de hacer aquella jornada á pie, sin guía de fidelidad, sin competente matalotaje, que para un camino dilatado no podían cargar pocos indios, con continuos sustos de los Chiricoas, que como bandoleros discurren armados por aquellas tierras; pero allanados éstos y otros inconvenientes, emprendió su jornada el Padre Cavarte, atravesando muchos y caudalosos ríos, ciénagas y quebradas. A pocos días les faltó la subsistencia, y así por haber de buscar frutas silvestres, algunos monos, micos y papagayos con qué sustentarse, como por la detención forzosa de hacer algunas pequeñas embarcaciones de palos unidos con bejucos para pasar los ríos que negaban el vado, se tardó cuarenta días antes de dar vista al primer pueblo del Airico, llamado *Quirasivéni*.

Ya tenían noticia los de este pueblo de que entraba el Padre á sus tierras, por aviso que pudieron darles los Chiricoas ó algunos otros indios de la misma población, de los que suelen salir á sus monterías ó á pescar; fué notable la turbación de todos, pero en especial la del Cacique de ellos, cristiano fugitivo de *Isimena*, llamado D. Antonio *Cusinituy*. Hallábase en esta sazón en el pueblo una tropa considerable de indios Chiricoas con su Cacique, á quien llamaban *Saverro*, y queriendo el dicho Antonio tirar la piedra, como dicen, y ocultar al mismo tiempo la mano, aconsejó á su amigo Saverro que saliese con sus Chiricoas al encuentro, y estorbase la entrada de los Padres á sus tierras, quitándoles la vida. No se hizo de rogar Saverro, pesando tan poco como pesaba en su estimación y aprecio la vida de un sacerdote, y más cuando pensaba por este medio tener gratos á los Achaguas; salió, pues, con su gente el Chiricoa, y á distancia de un cuarto de legua encontró al Padre Cavarte que se acercaba

ya, sin otro ajuar que unos pobres alpargates, con que caminaba á pie, como lo había hecho hasta allí, y sin más resguardo para su defensa que dos soldados y aquel paje de quien hicimos mención en el Libro primero, llamado Chepe Cavarte, inseparable compañero en sus peregrinaciones; llevaba el Padre en las manos un lienzo grande enrollado, en el cual estaba pintada una imagen muy devota de San Francisco Javier, y fué el medio de que se valió Dios para librarlo de la muerte, como se verá ahora.

Apenas lo divisaron, cuando se pusieron los Chiricoas en dos filas, por enmedio de las cuales había de pasar el Padre: veníán todos armados con sus macanas y flechas, como quienes traían muy pensada su bárbara resolución; ya había entrado el Padre Cavarte entre los Chiricoas enemigos, cuando uno de ellos, el más atrevido, encaminó sus pasos hacia el Padre, armado de una rodela y de una cuchilla muy pesada que llaman *caporano*, y es á manera de cuchilla de carniceros. Ya estaba cerca de nuestro misionero para descargar el golpe, cuando permitiéndolo Dios, puso sus ojos en el lienzo enrollado que él se imaginó ser una arma de fuego como trabuco y mosquete, según se averiguó después, y fué tanto el horror y sobresalto que concibió, que helado con el susto, volvió los pasos atrás sin atreverse á proseguir con su depravada intención. Pasó por enmedio de todos el buen Padre, sin que se atreviese ninguno á impedirle sus pasos, más seguro con tan poderosa arma como aquella que si llevara para su defensa un ejército entero. Todavía existe este lienzo en una de nuestras reducciones del Meta, llamada el *Beato Regis de Guanapalo*, en donde se guarda con mucha estimación, tanto por merecerlo la imagen de tan gran apóstol, como para memorias de la singular providencia, por medio de la cual libró Dios de la muerte al Padre.

Volvieron los Chiricoas su enojo contra la guía que llevaba el Padre, que era un Chiricoa cristiano, enemigo, con que parte por esta causa, como también porque guiaba al Padre y á los blancos á su tierra, le acometieron como tigres, y habiendo bregado mucho tiempo el pobre indio, salió de la refriega mal herido aunque no de muerte. Con pasos tan peligrosos como éstos entró á predicar el Evangelio á estas gentes el Padre José, quien á pesar de verse desamparado de todo socorro humano, y mal recibido de los indios, no cayó de ánimo, ni desistió de su empresa. Advirtió que entre los indios del pueblo había uno que se mostraba más humano que los demás, y valiéndose de éste, le pidió con mucho ruego que intercediese por él con el Cacique para que le dejasen estar en sus tierras, pues el motivo con que había entrado á ellas arrostrando tan inmensos trabajos, no era otro que el darles á conocer á Dios y atender al bien de sus almas. Hízolo

tan bien el indio, que le recibieron de paz el Cacique y los demás del pueblo, mas no por eso mostraron gusto de semejante entrada, porque como su corto discurso y la falta de experiencia los inducía á pensar mal, se persuadieron de que la venida del Padre era con el fin de informarse de las Naciones de aquellas tierras, para trasladarlos á otra, donde privados de su libertad les impondrían el yugo los españoles, como lo experimentaron sus abuelos.

Con este dictamen, ya que no pusieron las manos en el Padre, como lo habían intentado por medio de los Chiricoas, mostraron disgusto y desafecto en su trato, y por muchos días negaron que hubiese otra gente en aquellas dilatadas montañas, pensando obligar al Padre por estos medios á desamparar el puesto y volver á los Llanos. Mas nuestro misionero, diestro ya en la cavilosidad de los indios, no se dió por entendido de nada de esto, antes bien trató de hacer casa en medio del pueblo, para que se entendiese que su asistencia en el Airico era muy de asiento; decíales que las noticias que había adquirido en los Llanos del gentío del Airico no podían faltar, y dado caso que no fuesen ciertas, él daba por bien empleados todos sus trabajos en tan largo viaje, sólo por solicitar el remedio de los pocos indios *Quirasivenis;* que venir á sacarlos de sus tierras y trasportarlos á otras, entregándolos á los españoles como ellos imaginaban, era muy ajeno de su profesión y estado; pero dado caso que olvidado de las obligaciones de sacerdote y misionero, hubiese intentado tal cosa, hubiera venido con aparato de soldados y armas. A estas pláticas unió el Padre algunos donecillos con los cuales agasajó á todos los del pueblo; mas no por esto se ablandaron aquellos obstinados ánimos, y sólo recabó que los indios le mirasen con menos ceño que antes. Estos no salían de su estupor viendo al Padre Cavarte en aquellos parajes, pues su entrada era contada entre los mayores imposibles, persuadidos de que la distancia y los ríos harían flaquear al ánimo más atrevido.

Sucedió por este tiempo que un muchacho Guagibo, que servía al Cacique, se desazonó con su amo, y se fué á la casa del Padre; este muchacho, ya fuese por venganza, ó porque no vió inconveniente en manifestar lo que tanto procuraban ocultar los demás, dió noticias al misionero de muchos pueblos Achaguas, con todo cuanto deseaba saber; alegróse mucho el Padre con este caso, y asentando los nombres de los pueblos en un papel, juntó á todos los indios y les dijo: que no necesitaba que le diesen noticia de las poblaciones de los Achaguas del Airico, porque ya traía suficientes informes, y para que viesen que nada se le ocultaba, sacando el papel del pecho, leyó los nombres de diez y siete pueblos. Confesaron los indios ser verdad cuanto el papel decía, y añadieron que el haber rehusado hasta entonces mani-

festar la verdad, había sido porque los indios de los demás pueblos no formasen queja contra ellos. Cierto ya el Padre Cavarte de lo referido y averiguado, trató de hacer despacho á los Llanos dando estas noticias, y diciendo también, que según las demostraciones de la tierra, y los informes de los indios, juzgaba que por el lado de San-Juan de los Llanos se podía entrar al Airico con más brevedad.

Llegaron estas cartas á Santafé, donde se hallaba entonces el Padre Visitador, Diego Francisco de Altamirano, por el mes de Septiembre de 1695, y pesando con su celo los progresos de la cristiandad que ofrecía tales principios, determinó enviar por la jurisdicción de San-Juan á dos Padres, que lo fueron el Padre Mateo Mimbela y el Padre Alonso de Neira, con orden de que al llegar á un sitio que llaman *Sabana-alta*, el Padre Alonso, como diestro en la lengua Achagua, se partiese al Airico en busca del Padre Cavarte, y el Padre Mateo Mimbela se quedase allí para cuidar de lo temporal de las misiones que se procurarían entablar con brevedad en las espaciosas tierras que allí tiene la Compañía.

CAPÍTULO II

ENTRADA QUE HACE AL AIRICO EL PADRE ALONSO DE NEIRA; REFIÉRENSE LOS TRABAJOS Y OTRAS CIRCUNSTANCIAS DE ESTA PEREGRINACIÓN.

Recibida la orden del Padre Visitador Diego Francisco de Altamirano, se partieron á *Sabana-alta* los Padres Mateo Mimbela y Alonso de Neira, y llegaron al dicho sitio á fines de Diciembre de 1695; mas al tratar del viaje al Airico, ocurrieron tales dificultades, que dudo las pudiera superar naturalmente otro genio menos fervoroso y activo que el del Padre Neira. Lo primero en que se puso la atención fué en buscar guías, y el primer embarazo fué el no hallarlas, porque el que más sabía del Airico, apenas conocía el nombre. Juzgóse también necesario que llevase el Padre algunos hombres blancos que le escoltasen, y así para esto, como para el bastimento, eran necesarias algunas mulas y arrieros, y no había medios ni para lo uno ni para lo otro; pero habiéndose empeñado toda la actividad del Padre Alonso en emprender aquella jornada, se partió para el Airico el día 27 de Enero de 1696. Mas como los sucesos de ella, los trabajos padecidos, y otras circunstancias curiosas, constan con individualidad en una relación de este viaje, que por orden del Padre Diego Francisco Altamirano hizo el Padre Mateo Mimbela, me ha parecido ponerla aquí, y es en la manera siguiente:

"Por cumplir lo que V. R. me ordena en carta de 16 de Marzo, de que escriba con puntualidad lo del viaje del Padre Alonso de Neira, y las resultas de él, y por no defraudar á la común edificación de los nuestros las más gustosas noticias del ministerio apostólico que tiene la Compañía nuestra madre, procuraré en esta ocasión cumplir con tan preciosa obligación, valiéndome para ello de varias cartas de los Padres Alonso de Neira y José Cavarte, y de las noticias que he adquirido de diferentes personas que acompañaron al Padre Alonso.

"El día 27 de Enero del presente año, salió dicho Padre Neira de este sitio de *Sabana-alta*, en busca del Padre Cavarte y de las Naciones pobladas del Airico; fueron en su compañía los Alcaldes de *San-Juan* con otros seis hombres blancos y siete indios; no llevaba el Padre guía por no hallarse aquí persona que hubiese entrado la tierra adentro, y guiándose por los rumbos de un mapa del Padre José Cavarte, se dilató algunos días el viaje por haber sido necesario descabezar ciénagas, palmares y quebradas, sin caminar directamente al paraje que se buscaba: gastaron en esto quince días, entrando en este número tres, en que totalmente se paró, por varias causas: una fué por haber enfermado gravemente del estómago el Padre Alonso.

"Al cabo de estos días, viendo el Padre y sus compañeros que no encontraban gente que los guiase, deliberaron dirigir la derrota en busca del río *Ariari*, hacia el Poniente, y un domingo á medio día se descubrieron los fuegos desde lo alto de una loma, á distancia de seis leguas. No se pudo en ese día llegar á los fuegos, por el embarazo de unas quebradas intermedias de zanjones muy profundos; al otro día salió uno de los Alcaldes, llamado Mora, con algunos compañeros para registrar y enterarse de la gente que había encendido aquellos fuegos; los demás fueron siguiendo lentamente, y como á las dos de la tarde volvió Mora y dijo, que sin duda los fuegos eran de gente poblada en una montaña distante dos leguas; y habiendo comido él, y llevado algún matalotaje á sus compañeros, llegó ya de noche á dicha montaña, y tan cerca de la gente que buscaba, que oyeron toser á los niños y hablar á los adultos.

"No quiso esa noche empeñarse en averiguar más, receloso de recibir daño de los indios, y no lograr sus intentos de hallar quien lo guiase, ó diese razón del Padre Cavarte; luégo que amaneció entró más adentro y halló una parcialidad de indios que se asustaron mucho viendo gente blanca, y echando mano de sus arcos y flechas venenosas, se pusieron en disposición de querer pelear; pero un indio Achagua de los nuestros los sosegó un tanto diciéndoles, que no pretendían ofenderlos ni hacerles daño alguno, y que en señal de eso viesen cómo, aunque los

blancos llevaban lanzas, no se valían de ellas, y que sólo iban acompañando á un Padre que buscaba á otro en el Airico.

"Con esto, y algunos donecillos que se dieron al Cacique de aquella parcialidad, se sosegaron los indios, y dicho Cacique salió á ver al Padre Alonso, que quedaba atrás; dióle el Padre un cuchillo y otras alhajas de poco precio que llevaba, y razón de su viaje, á lo cual respondió el Cacique, que él y otras parcialidades de su Nación, que estaban pobladas en aquellos sitios, ya tenían noticia de que el Padre á quien buscaban era indio Achagua y mejor, y de más razón y entendimiento que cuantos indios había; levantaron el grito y se rieron todos; entonces dijo el Padre: —Pues todos os alegráis de lo que se dice, sin duda todos me entendéis, y os podéis persuadir de que no venimos á buscaros á vosotros sino á los Achaguas. Con esto se aquietaron del todo los indios, y sacaron alguna carne del monte con que regalar á los huéspedes con muestras de mucho afecto. Al día siguiente el Cacique sacó y dió al Padre unas cartas del Padre José Cavarte, que son las que llevó el Alcalde Solórzano, que para todos fueron de grande alegría y aliento, y todo aquel día se gastó en abrir camino; al siguiente se fué el Cacique por el camino abierto, dejándole al Padre cuatro indios para que lo fuesen componiendo mejor, y buscando vados. Salieron por último á otro camino, y dentro de breve rato llegaron al caney que iban á buscar.

"El Cacique de este pueblo también entendía la lengua Achagua, y así fué fácil quitarle el miedo, y como estaba prevenido de que iban á su pueblo hombres blancos, trató de recibirlos con pompa; no hubo danzas porque no le dieron tiempo para prevenirlas, pero hubo grande prevención de comida; luégo que llegaron los huéspedes se sentaron los indios de más autoridad sobre un palo, y haciéndose cabeza de todos ellos un indio Achagua llamado *Pablito*, y era de los que llevaba el Padre Alonso, empezó el Cacique á hacer un largo discurso como acostumbran todas estas Naciones en los recibimientos de los forasteros; hablaba en lengua Achagua, pero se conocía que no era la suya propia, porque sólo usaba de los infinitivos é impersonales. Díjole el Padre al indio Pablito lo que había de responder, y este obedeció sólo que para que lo entendiesen, habló con las mismas frases é impropiedades con que había hablado el Cacique.

"La conclusión fué prometer el Cacique embarcaciones y matalotaje, pidió que no se fuesen tan aprisa el Padre y sus compañeros, sino que descansasen algunos días, pues tenían harta comida que darles. Los blancos que registraron todas tres parcialidades afirman que llegaban á quinientas almas; toda ella es buena gente, porque aunque en el lenguaje parecen *Guagibos*,

no son como los otros, que no tienen labranza ni lugar fijo. Fué mucha parte para que los indios socorriesen y tratasen con tanta liberalidad á los blancos, el haberles prevenido y avisado el Padre á éstos el modo como se habían de portar, y con esto se evitó también el peligro en que se vió en años pasados el Padre Fray Juan Suárez con otros indios parientes de éstos, que están un poco más arriba, y se ocasionó de la codicia y poco recato de los blancos que le acompañaban, porque agarrando ó señalando á los hijos de los indios decian, *éste me llevaré yo;* callaron los indios por entonces, pero poco después le quitaron las canoas, pegaron fuego á las casas y trataron de flecharlos, y hubiéranlo hecho al no haberlos defendido los bogas con sus arcos y flechas; advertidos de esto los blancos en esta ocasión, dieron por el extremo contrario, y procuraron ganarlos por todos los caminos que supieron.

"Anduvo gracioso en esta ocasión un mozo de San–Juan, llamado Antonio Collado, que pocos días há salió á Santafé; éste les cantaba en sus tonos que sabía, y salían los muchachos á cantar y á danzar con él; sermoneábales á su modo, sentado sobre un palo con el arcabuz en el suelo, agarrado con ambas manos, inclinada la cabeza con mucha sumisión sobre el arcabuz; luégo empezaba á manotear, ya con una mano ya con otra, escupía recio sin decir voz significativa, sólo de vez en cuando pronunciaba el vocablo *camuniva* que quiere decir *Caribes.* Los indios se persuadían que los sermoneaba en lengua española, porque cada Nación sermonea en la suya, si no sabe la de aquélla á quien ha de hacer el *mirray* ó razonamiento; todos le atendían con silencio ó cuidado, y por fin le respondió un indio principal, á quien parecía que le dirigía la plática, con otro sermón más largo.

"Lo que resultó de esta jerigonza fué para el común mucho agasajo, y para el predicador una gran vasija de bebida que le trajeron luego que acabó el sermón, y un arco que le presentaron; el retorno suyo no valía cuatro reales, y sin embargo no quisieron venderle ni cambiarle por otro de más valor. Tánto puede el modo con estas gentes para ganarlas y atraerlas.

"Habiendo pasado dos días el Padre Alonso en aquel pueblo, lo llevó el Cacique á otro de otra Nación, distante de allí dos leguas. Llámanse los indios de esta población, que está en las orillas del Ariari, *Güisanivas;* y aunque son indios mansos, para que los tengan por de una misma Nación con los Caribes que están en las bocas de Guayabero arriba, y evitar con esto los daños que dichos Caribes hacen á las Naciones comarcanas, usan su traje, y meten por zarcillo en cada oreja un palo de una cuarta de largo y grueso como la muñeca. Fué el Padre á ellos, buscando canoas, y ellos se las negaron; repartió algunos donecillos

para que le hiciesen cazabe para su matalotaje, y después de muchas instancias, el Cacique prometió dar, si se las pagaban, dos canoas, pero yendo á mostrarlas donde las tenía, sólo se halló un pedazo de bajel podrido, que no podía servir, y no parece que hubo engaño porque el que ofrecían muy á propósito se encontró, al cuarto día de navegación, que lo había rodado alguna creciente. Pero como este viaje corría por cuenta de la Providencia Divina, y á impulsos de la santa obediencia, pronto llegaron los indios con una canoa muy angosta; dióseles por ella una camiseta, unos calzones, un cuchillo y otras alhajuelas, y los que fueron en buscas del medio bajel, hallaron otro menos maltratado, y con ellos se pudo, aunque con mucho trabajo, efectuar la navegación. El mejor de estos bajeles, hacia la popa tenía de ancho media vara no cabal, y lo demás poco más de una tercia. Estando ya dispuesto todo para embarcarse, el Padre agradeció con palabras de mucho afecto á los dos Alcaldes los trabajos y empeño en que se habían puesto, y lo mismo hizo con los demás hombres blancos; díjoles que no dudaba que si hubiera habido forma de embarcación, le habrían acompañado con la misma voluntad con que lo habían hecho, hasta llegar al pueblo de los *Amarizanes;* pero su estimación recibía el buen deseo de todos, y que veían la cortedad de las canoas en las cuales tasadamente cabían su persona y cuatro indios Achaguas que iban con él, y así que se podían volver desde allí, pues no había otro remedio.

"Aceptaron el partido necesario, y los cuatro indios compusieron las canoas lo mejor que se pudo. Es materia capaz de controversia decir si fué temeridad ó confianza, el ir en tales embarcaciones, pues el Padre Alonso iba encajonado, de modo que no podía volverse de un lado á otro, echado de espaldas, al sol, al agua y al aire, y el indio que bogaba apenas cabía sentado.

"Facilitó mucho la navegación la buena atención y caridad del Alcalde Pedro de Mora, quien dijo al Padre:—Yo no puedo volver á mi casa, no dejando á V. P. en el pueblo de los *Amarizanes* en compañía del Padre Cavarte; y diciendo y haciendo se metió en el bajel con un canalete para ayudar á bogar al indio *Onécimo*, que era el boga de aquella canoa. Partiéronse por el Guaviare abajo, un mes después de haber salido de *Sabana-alta*, y apenas habían andado un poco más de un cuarto de legua, resultó que por la impericia ó descuido del piloto, la canoa en que iba el matalotaje se trastornó en una grande profundidad y se perdió lo que iba en ella, que era, fuera del matalotaje, unas hachas, unos machetes, unos platos de peltre y un arcabuz, y por pocos se ahoga un hombre blanco, llamado Francisco Salvador, que con lo misma resolución que el Alcalde Mora, se había embarcado en ella. De lo que iba en aquella canoa, sólo se pudo recoger

una taleguita de maíz, una petaquilla en que iban los papeles del Padre Alonso, y un lío con su ropa, en el cual hallando *Onécimo* una imagen de Cristo crucificado, exclamó diciendo:—Por este Cristo se salvó toda la ropa.

"Parecía temeridad volverse á embarcar y proseguir la navegación, sin más matalotaje que un poco de harina, por lo cual instó el Padre al Alcalde Mora y á su compañero Francisco Salvador á que se volviesen, atento á que eran hombres casados, y el Alcalde cargado de hijos; pero respondió dicho Alcalde:—Ahora veo que hay más necesidad de asistir á V. P., tanto por si se trastorna otra vez la canoa, como para buscar de comer por ese río, y así no hay que tratar de la vuelta, hasta dejarle en parte segura; mejor lo ejecutó que lo dijo, y fué cosa notable que en la navegación no se comió más pescado que el que el Alcalde flechó, ó sacó con anzuelo, no habiendo podido sacar los indios jamás cosa alguna.

"Ese día, que fué domingo, se navegó poco, por secar la ropa y papeles; prosiguióse al día siguiente la navegación, sustentándose con harina mojada y el pescado que cogía el Alcalde, sin sal ni otra cosa, y de esta suerte anduvieron cinco días. El viernes por la mañana, en una quebrada pequeña, se halló rastro de gente por una montaña adentro; fueron siguiéndole el Alcalde y los indios, y á poco más de una legua dieron en un pueblo quemado y abandonado del todo; hallaron labranzas y cogieron los plátanos que encontraron, y una olla en que cocinar. Navegaban con alegría con este socorro, cuando notaron que el río se iba enredando en un laberinto de palos; salió el indio Onécimo y se subió á un árbol grueso de los de la orilla para descubrir desde allí la vía que debían tomar; el palo estaba carcomido, quebróse y cayó el indio sobre otros palos del río; dió gritos, acudieron todos y le hallaron con tres heridas en el rostro, y todo él bañado en sangre, y lo peor fué un golpe que se dió en el muslo y costillas que le imposibilitó para moverse y para que los otros le moviesen, por el grave dolor que le causaba. Fué ese día, sábado, el más terrible que tuvo el viaje, porque fuera de la desgracia referida se descubrió el sol, y como la canoa no tenía toldillo, se abrasaron con el calor, bien que ese mismo sufrimiento les hizo conocer el beneficio de Dios en los días anteriores, en que siempre estuvo el sol cubierto, y aunque todos los días caían aguaceros, siempre cayeron ó más adelante ó poco más atrás. Desde ese día el Alcalde Mora, aunque tenía las manos desolladas de remar, comprendió que debía suplir la falta de Onécimo, y dobló el trabajo, bogando él solo por dos.

"El domingo de quincuagésima por la mañana hallaron dos embarcaciones amarradas en la boca de una quebrada, y en ellas

un montón de plátanos y maíz; en la playa había un camino trillado por donde entró nuestra gente á indagar cuáles indios había allí. Viendo el Padre Alonso que se tardaban mucho, se fué siguiendo el mismo camino, montaña adentro, y habiendo caminado como una legua encontró una labranza y dos indios que venían á ella; díjoles desde lejos: 'Hijos, no temáis que yo soy vuestro Padre,' y luégo les pidió unas frutas que allí había; se las trajeron, y sin extrañar el color ni el traje, le dijeron:—'Vamos, que cerca están las casas.' Fué á ellas el Padre, al tiempo que ya sus compañeros volvían cargados de frutas; no había en aquel paraje más que cuatro indios con sus mujeres, porque el Cacique y los demás que allí habitaban se habían ido á otro pueblo grande temerosos de los Caribes, y ellos dijeron que ya sólo faltaba medio día para llegar al pueblo de los *Amarizanes*.

"Aquel día se volvieron todos á la playa para proseguir al siguiente el viaje; ese otro día, como á las dos de la tarde, llegaron á la quebrada por donde habían de entrar para hallar el pueblo que se buscaba; saltó la gente á tierra, y dejando al Padre en las bocas de la quebrada, se fueron los demás en busca del pueblo, y volvieron cerca de la noche diciendo no haber hallado sino unas casas desiertas, y que ni en ellas ni en los contornos se veía humo.

"Al día siguiente fueron todos en busca del pueblo, y á poco trecho encontraron unos indios que iban á pescar, y el que iba adelante dió gritos diciendo:

—"*Guabaimi*, *Guabaimi*, que quiere decir *Duendes*, *Duendes;* así llaman los Achaguas á los blancos.

—"No somos duendes, les dijo el Padre Alonso, yo soy vuestro Padre, y estos hombres no vienen á haceros mal, sino á acompañarme; oyendo hablar en su lengua y teniendo premisas de que había llegado dicho Padre, se sosegaron al punto los más, sólo el que venía postrero, y no oyó al Padre, fué corriendo al pueblo y lo alborotó de modo que hasta el segundo día no parecieron las mujeres ni la chusma.

"Sosegados los indios, y entrando el Padre al pueblo, le comunicaron varias noticias; lo primero que dijeron fué, que unos indios llamados *Chanapés* habían venido dos veces á buscar al Padre Alonso, y se volvieron muy tristes por no haberle hallado. La nación *Chanapé* es muy nombrada en San-Juan por ser pacífica y de hermosa disposición, y usar el cabello largo hasta la cintura; el Cacique de los *Güisanivas*, que fué quien dió canoas al Padre Alonso; era indio Achagua de *Quirasiveni*, y dándole cuenta de su vida, le dijo que hallándose sin mujer fué á dicho pueblo *Chanapé* á buscar con quien casarse, y allí se casó, pero muerta la mujer fué á buscar otra al pueblo donde ahora asiste; le alabó mucho la tal nación *Chanapé*, y le dijo que era amiga

de los blancos y los deseaba mucho, para que la defendiesen de los *Caribes Comunibas*, y esta era la causa de haber ido en busca del Padre Alonso. Viendo éste el concurso de gente que acude al pueblo de los *Amarizanes*, hizo asiento en él, pretendiendo hacerle cabeza y como plaza de armas de innumerables naciones en aquellos contornos, aunque por ahora no es mucho el gentío que tiene, por haberse ausentado dos parcialidades, temerosas de los Caribes que estuvieron en él ahora dos años, amenazándolos con su vuelta y con la bravata de que habían de asolar toda la tierra. No obstante eso fueron ya á ver al Padre cuatro Caciques de otros tantos pequeños pueblos, que están á distancia de sólo ocho leguas, con ánimo de agregarse y acompañar al Padre. Los indios de esa tierra son famosos, muy trabajadores y de excelente disposición y talle, de lo cual yo mismo soy testigo, por dos indios que he visto aquí, que los sacó el Alcalde Pedro de Mora cuando vino.

"Desde el pueblo de los *Amarizanes* despachó el Padre Alonso un chasqui, ó propio, al Padre Cavarte, avisándole su llegada. Fueron los indios en dos días á *Quirasiveni*, que no hay más distancia, pero el Padre Cavarte se tardó cinco en llegar, por tener los pies avejigados; llegó con los dos soldados que le han asistido todo este tiempo, éstos del todo desnudos y el Padre poco menos. Dióle el Padre Alonso una, de dos sotanas viejas que tenía, ni pudo darle otra cosa, porque no le quedó alhaja con la desgracia que le sucedió en el río; conferenciaron los dos de todo lo que toca al mejor entable de la misión y forma de catequizar á aquellos indios, y lo que resultó de la conferencia fué: volverse el Padre Cavarte al pueblo de *Quirasiveni*, y quedarse el Padre Alonso con los *Amarizanes* para cuidar de aquellos indios, y de los que fuesen juntándose.

"Estas son las noticias que he podido recoger para satisfacer al deseo de V. R.; he puesto cuidado en las cosas y no en palabras, porque lo corto del tiempo y de mi habilidad no me han dado lugar á más, y porque me persuado de que las cosas referidas llanamente y sin aparato de palabras, tienen más energía para persuadir y más eficacia para mover; no dudo que ésta, aunque breve y tosca relación, será poderosa para fervorizar más á personas tan religiosas como son los de ese santo Colegio, y que las calamidades y trabajos que en ella se apuntan, no sólo no retardarán á los que tanto desean trabajar en las misiones de infieles, sino que avivarán más los deseos de todos, y ayudarán á arraigarse más en aquel desengaño que da el Espíritu Santo, hablando según parece con los misioneros. Yo desde ahora pido á V. R. con instancia los sacrificios y oraciones de todos, para fortalecerme en una máxima tan importante, para cuando empiece á ser misionero, que será cuando V. R. me ordene bajar á donde

están los Padres, y quedo suplicando á Dios guarde á V. R. para bien y honra de esta nuestra provincia.

"Sabana-alta, y 1.° de Abril de 1696.

"Muy siervo de V. R. siempre,

"Mateo Mimbela."

Hasta aquí la relación del Padre, omitiendo la noticia que da sobre los indios Camunivas y su crueldad con los indios Chanapés, por no repetir lo que dije en el capítulo XII del Libro primero que lo saqué de dicha relación. Además de las noticias referidas pondré otras en el capítulo que sigue, sacadas de otra relación que tengo en mi poder sobre la misma entrada, y serán del modo con que fué recibido de los *Amarizanes* el Padre Alonso, del viaje que hizo el Padre Cavarte á Santafé, y su vuelta al Airico con el Padre Mateo Mimbela.

CAPÍTULO III

ES MAL RECIBIDO DE LOS *Amarizanes* EL PADRE ALONSO; PÁRTESE PARA SANTAFÉ EL PADRE CAVARTE Á SOLICITAR EL BIEN DE LAS MISIONES; Y VUELVE PARA EL AIRICO EN COMPAÑÍA DEL PADRE MATEO MIMBELA.

No obstante que estaban sobre aviso los indios *Amarizanes*, de que había de entrar á sus tierras á doctrinarlos el Padre Alonso, según les había noticiado el Padre José Cavarte, fué notable la turbación y asombro que les causó á los demás cuando llegó á su pueblo. Recibiéronle con las armas en la mano, y con muestras de enojo, siendo algunos de parecer que no se permitiese que parase en sus tierras aquel Padre, porque esta novedad, decían, no se puede ocultar á los Caribes que el año pasado estuvieron con nosotros, y nos consta que aborrecen de muerte á los blancos, y más que á todos á estos Padres, pues, ¿quién puede dudar que noticiosos de que hemos recibido de paz á este Padre, han de convertir su saña contra nosotros? Aunque discurrían así los demás del pueblo en las juntas y *mirrayes* que para esto hacían, prevaleció el parecer del Cacique, indio muy manso y de más discurso que los otros; éste, vencido de la afabilidad del Padre Alonso, de oirle hablar con tanta propiedad y destreza en su idioma Achagua, y sobre todo, noticioso de los muchos trabajos que en el camino había padecido para solicitar el remedio de aquella pobre gente, sosegó al pueblo, y con muestras de mucho amor hospedó al Padre, mandando que se le hiciese una choza, mientras que con el tiempo se le disponía una casa más decente.

Sosegados los indios de *Tarí* (así se llama el río á cuyas

orillas vivían estos *Amarizanes)* envió el Padre al pueblo de Quirasiveni, como se dijo poco há, donde estaba el Padre Cavarte, avisándole de su llegada. Fué de grande consuelo esta noticia para dicho Padre Cavarte, que luégo se puso en camino, y al cabo de cinco días llegó á verse con el Padre Alonso, con notable consuelo de ambos. Después de haber cumplido con los oficios de la caridad religiosa, entraron los Padres á conferir algunos puntos tocantes á la cristiandad, como vimos, y de estas pláticas resultó determinarse el Padre Cavarte á salir al sitio de *Sabana-alta*, y si fuese necesario, como se juzgó después, pasar á Santafé, para informar de algunas cosas que pedían pronto remedio, y asimismo para solicitar algún socorro para los indios y para los misioneros.

Llegó á la ciudad de Santafé después de un prolongado viaje de muchos días; á la sazón el Padre Visitador Diego Francisco Altamirano (quien estaba con el pie en el estribo para la visita de Quito, pues había de partir al otro día, como de hecho se partió) recibió á nuestro misionero con demostraciones de mucho afecto, por el especial gusto que sentía con el adelantamiento de las misiones, y no obstante la cortedad del tiempo, fomentó cuanto pudo la empresa, y consiguió nuestro misionero lo que pretendía en beneficio de la misión; y bien aviado, dió la vuelta para el Airico.

Llegó al sitio de *Sabana-alta* por el mes de Septiembre, y siguió el 25 de dicho mes con el Padre Mateo Mimbela, siendo el principal objeto del viaje de este Padre por entonces, el de informarse del estado presente que tenían las cosas, y las esperanzas que ofrecía en lo futuro esta nueva misión, pasando las noticias que pudiese adquirir de sus ojos á los oídos de los Superiores, para que con el sincero informe de todo, diesen la providencia necesaria, así en lo espiritual como en lo temporal de las misioneros. Ahora, pues, mientras llegan al Airico nuestros peregrinos desde *Sabana-alta*, será bueno seguir los pasos del Padre Alonso con los nuevos Amarizanes, en su pueblo de *Etarí*, en donde quedó solo, aunque bien acompañado de calamidades y penas.

Parece que bastaban las experiencias en el *Puerto* de Casanare, donde consiguió el celo y fervor del Padre Alonso, junto con su eficacia, ver bien logrados sus afanes y trabajos, en una fervorosa cristiandad, parecida á la primitiva Iglesia como en su lugar se dijo. A la verdad es esta nación muy dócil y mucho más capaz que las otras, y cuando se persuadió de que se solicitaba su mayor bien, abrazó fácilmente nuestra santa ley. Veremos en prueba de esto lo que recabó del pueblo *Etarí*, desde los primeros meses de su llegada al Airico.

Todos los días, mañana y tarde, juntaba á todos los niños y

niñas en una plazuela frente de su casa, para rezar las oraciones de la doctrina, como se acostumbra en los pueblos cristianos de este Reino; los domingos juntaba á todo el pueblo, y por espacio de media hora, poco más ó menos, explicaba algún misterio de nuestra Santa Fe Católica y algunos de los mandamientos. Fuera de esto juntaba todos los días en su casa á los mozos más capaces del pueblo, y por espacio de una ó dos horas los catequizaba á fin de que sirviesen como de lavadura, para disponer á todo el pueblo á abrazar la ley evangélica. A todo lo referido acudían los indios con puntualidad y muestras de verdadera voluntad de ser cristianos. Quien tenga noticia del abandono de los indios, de la ignorancia en que están de lo eterno, y del libertinaje en que viven, podrá hacer verdadero aprecio de la buena disposición de los Achaguas para abrazar el cristianismo; es verdad también, para que lo digamos todo, que no faltan por otra parte gravísimos estorbos para que fructifique la palabra de Dios entre este bárbaro gentilismo.

Ya se sabe que gran parte de la semilla del Evangelio se malogró en el campo, ó porque cayó fuera en el camino y sobre piedras, ó porque las espinas la sofocaron; de la misma suerte se malograron y malogran en esta nación muchas fatigas de los misioneros, ya por estar fuera del camino de la verdad y gremio de la Iglesia, ya por imitar muchos la dureza de las piedras con sus antiguas supersticiones, y ya, finalmente, por hallarse ceñidos de las espinas de innumerables vicios; y si no dió fruto la semilla que cayó entre espinas, porque á tiempo que nació el trigo nacieron juntamente las mismas espinas, no podrá causar novedad que entre bárbaras naciones se retarde y aun se malogre el fruto de la palabra de Dios, habiéndose adelantado tanto la maleza de los vicios á la semilla evangélica; pero como de este punto hablaré en el capítulo que sigue, con ocasión de lo explorado y visto en esta entrada por el Padre Mateo Mimbela, haremos interrupción aquí, para tratar de la entrada al Airico de nuestros caminantes y de lo averiguado en él.

CAPÍTULO IV

LLEGAN AL AIRICO LOS PADRES MATEO MIMBELA Y JOSÉ CAVARTE; AVERÍGUASE EL ESTADO DE LA MISIÓN, Y EL DE LAS NACIONES DE QUE SE DA NOTICIA, Y DE SUS RITOS Y COSTUMBRES.

Con la orden que para ello tuvo de los Superiores el Padre Mateo Mimbela, partió para las misiones del Airico, en compañía

del Padre José Cavarte, como se dijo arriba; llegaron á los *Amarizanes* después de un viaje dilatado de muchos días, y de los inseparables trabajos que traen consigo peregrinaciones semejantes, de los cuales se podía decir mucho, si la calidad de éstos no fuera tan semejante á la de los del viaje del Padre Neira. Fueron recibidos de los Amarizanes, no con la esquivez y recelo que la vez pasada, ya por la noticia que tenían de que habían de volver á sus tierras los misioneros antiguos, como porque esperaban los obsequios traídos de Santafé. Agasajaron á sus huéspedes según su estilo y usanza, concurriendo los indios á porfía con sus vasijas de bebidas de varias especies y colores, según la calidad de la fruta de que las sacan, pues siendo moradas unas, amarillas otras y negras muchas de ellas, era natural la variedad ya dicha. Correspondieron los Padres con el religioso agasajo que acostumbran con estas gentes, repartiéndoles algunos donecillos de los que ellos estiman. Era el intento principal de los Superiores, como apunté arriba, que se informase el Padre Mateo Mimbela de cuanto podía conducir para dar las providencias convenientes á las misiones del Airico; y así pasó á inquirir las cosas conducentes al intento, para dar parte de ellas á los Superiores después de bien averiguadas. Cuatro puntos sustanciales fueron los que averiguó, conviene saber: el gentío de que hubiese ciertas noticias en el Airico; la dificultad ó dificultades que ocurrían para el entable de nuestra Santa Fe; si podía haber comercio desde el Airico con la nación Saliva del Orinoco, y la calidad de las tierras con las distancias de San-Juan y dificultades de los caminos. A todo dió entero cumplimiento como se verá ahora, de cuyo sincero informe se han sacado muchas noticias que dejó escritas en el capítulo XI del Libro primero de esta historia, y aquí añadiré otras muy importantes, que pertenecen á este capítulo como su lugar propio.

En lo que toca al gentío del Airico averiguó, que los pueblos de la nación Achagua eran diez y siete; pequeños todos, y según el mejor cómputo que se hizo, tendrían unos con otros 1,700 almas; los más de estos pueblos distaban entre sí una ó dos jornadas; verdad es que en la exploración de Barragua, de que tratamos en su lugar, descubrió Chepe Cavarte veintiún pueblos, y aunque el Padre José Cavarte da á entender en una de sus cartas que eran Achaguas todos, pudo haber equivocación sobre la gente de algunos, teniéndolos por Achaguas siendo Salivas ó de otra nación, equivocación que es fácil de cometer por ser tan general la lengua Achagua, y pasar por tales á primera vista, por hablar el idioma ó por estar incorporados en un pueblo Salivas y Achaguas, como sucede, y á esto me inclino más.

Acerca de las dificultades que ocurrían para entablar nues-

tra Santa Fe entre estas gentes, fueron de no pequeña consideración las que averiguó el Padre, pues fuera de la inconstancia, embriaguez y vicios comunes á todos los indios, tienen notable desahogo en la sensualidad; entre ellos está lejos de parecer reprensible la poligamia, sin tener respeto al parentesco de afinidad, casándose á un tiempo con dos hermanas, y con madre é hija, pero el parentesco de consanguinidad es tan sagrado entre los Achaguas, que aunque el grado sea muy remoto, por ningún caso se mezclan con sus parientes, aunque para casarse tengan que ir á pueblos muy distantes; es usado entre ellos el repudio, y éste no sólo es permitido á los varones, como entre los Hebreos y Romanos, sino también á las mujeres, para lo cual no es menester más causa que un antojo, sin más solemnidad que aquellas palabras, "te dejo libre," ó apartarse, y contraer otro matrimonio.

En el punto de la creación conciben tan vilmente, que algunos piensan que descienden de unas culebras llamadas en su lengua *Amarizán*, y por eso llaman *Amarizanes* á estos indios; otros que los murciélagos, y los llaman *Isirriberrenais*, porque *Isirri* significa el murciélago en el idioma de esta Nación; á otros los tienen por descendientes de los tigres, á otros de los zorros, y á otros de otros animales y pájaros. Es verdad que no todos están en el error dicho de tan ridícula descendencia; y el llamarse con semejantes nombres no es siempre porque se crean descender de los animales, sino por modo de bufonada ó chanza, con que se dan cordelejo, como dicen, unas parcialidades con otras. Colíjese esto de la palabra *Cuisaunasí*, que significa chanza ó burla, y es con ella que se les pregunta, y así para saber de qué parcialidad es uno, si de los Amarizanes ó si de los Isirriberrenais, se les pregunta cuál es su *chanza*, y entonces responden ellos la parcialidad de donde son.

Los odios, á fuer de herencias, pasan de padres á hijos, y suelen los ancianos repetir frecuentemente los motivos de las disensiones, para hacer casi imposible la reconciliación. Los Achaguas son cobardes, y cuando tratan de vengarse, ha discurrido el odio una traza muy notable para quitar en las refriegas la idea de los peligros, que podía hacerles caer las armas de las manos, y es tomar en estas ocasiones más cantidad de *yopa* de la cual hablamos arriba, á fin de que trastornada la razón, obre solamente el rencor y el enojo. Toda la autoridad de los Padres, y las fieras amenazas de los cuatro soldados que se hallaban en el pueblo de *Etarí*, apenas alcanzaron á recabar de los Amarizanes que no ensangrentasen sus manos con la muerte de ocho indios que llegaron de otro pueblo, de quienes se sospechaba que habían hechizado en meses anteriores á dos mozos Amarizanes; pero aunque se solicitó con mil instancias la amistad de unos con otros, se malograron todas las diligencias.

En lo tocante al tercer punto, de si podía haber comercio desde el Airico con la Nación Saliva del Orinoco, resultó que hay varios caminos para comunicarse con las demás Naciones del Orinoco, porque el río Guaviare, que fué por donde bajó el Padre Cavarte, desde la jurisdicción de San-Juan, y por donde salió á *Sabana-alta* el Padre Mateo Mimbela, desemboca en el Orinoco, dos ó tres jornadas más arriba del sitio donde asisten algunos Salivas; verdad es que cuatro jornadas más abajo de *Etarí* tiene el Guaviare unos raudales muy peligrosos, en donde perecieron hará treinta y cinco años algunos Caribes, con los *Macos* que habían arrebatado en el Airico, y de otros Caribes llamados *Camunibas*, poblados no lejos de la boca del Ariari; pero este naufragio y pérdida fué, según cuentan los Achaguas, por no querer dar un corto rodeo llegándose á las orillas del río, por donde sin riesgo podían pasar sus bajeles, pareciéndoles que era ajeno de su valor y destreza en gobernar las *Curiaras*, no atropellar por los riesgos que les ofrecían los raudales; pero dado caso que esta navegación fuese peligrosa, están á corta distancia de donde asistían los Padres los ríos *Dubarro* y *Vichada*, por los cuales se puede bajar al Orinoco con toda seguridad.

Pasando ya al último punto, de la calidad de las tierras del Airico, los caminos y distancia de San-Juan, averiguó con la permanencia de muchos días, que el temple es cálido pero no con demasía, la tierra parece sana, principalmente si sacan de las montaña las Naciones y se pueblan en las orillas de los campos que, despejados de árboles dan lugar á que los bañen los aires; dos argumentos hay que prueban bastantemente la sanidad del Airico; es el primero la uniformidad del temple, no expuesto á las mutaciones que suelen notarse en otras tierras distantes; el segundo es la robustez de los indios, lo cual es más de admirar, atendiendo á que sus mantenimientos son muy débiles, pues su ordinario sustento es el cazabe y la bebida el *sucube* que se hace de la misma raíz de yuca de que labran el cazabe, y aunque los ríos y quebradas abundan en pescados, no obstante, en el invierno carecen de él, porque las crecientes no dan lugar á sacarlo. En ese tiempo suplen su falta con iguanas y tortugas que flechan con gran destreza, con micos, monos, papagayos, y tal cual vez con algún venado ó danta; á falta de todo esto les ha enseñado la necesidad (gran maestra en las apreturas del hambre) á hacer usuales y corrientes varias especies de sabandijas asquerosas, de que pudo dar razón, por habérselas visto comer. Hay unas hormigas, no sólo en el Airico, sino en los territorios del Meta, casi del tamaño de una avispa; gusanos que se crían en los árboles, semejantes á las que llaman orugas los españoles, y otros más asquerosos que éstos pues son peludos y se amonto-

nan como racimos en los árboles entre las telarañas; de todo esto hacen platillo los Achaguas y de ellas se mantienen en el invierno. Cuécenlas en ollas, de ordinario sin sal, después las echan en sus platos ó totumas, y se ponen en rueda con su cazabe, allí lo van mojando en el caldo, y entre bocado y bocado se van interpolando los gusanos y las hormigas. Otras hormigas se crían más notables que las pasadas y son las que tienen alas; de éstas suelen salir á enjambres de la tierra en tiempo de lluvias, y es tanta la propensión que tienen á este género de comida, especialmente los muchachos, que ha sucedido muchas veces estar rezando el Padre con ellos en la iglesia, y levantarse de repente muchos enjambres de éstas, de las concavidades de la tierra, y sin ser poderosas las palabras del Padre para que se estén quietos, ni la severidad del fiscal, se inquietan de golpe todos, así niños como niñas, para mirar y andar á la rebatiña, á cual más puede, inquietos y alborotados á caza de sus hormigas voladoras; éstas las cogen á puñados, y sin esperar á más plazo, se las comen crudas y vivas, como lo hacen las gallinas; otros las guardan para después, y entonces las tuestan al fuego y se las comen.

Las tierras del Airico son muy fértiles, lo cual se colige de que las pocas semillas que han tenido y sembrado á poca costa, les dan con abundancia el sustento. Carecen de la sal, que en todo el Airico no se saca. Dicen que á pocas jornadas del pueblo de *Etarí*, en la otra banda del Guaviare, hay una salina, que no se han atrevido á labrar, inducidos de un vano temor de que les ha de costar la vida si la benefician.

Hay dos caminos desde *Sabana-alta* hasta el Airico, por los cuales se puede andar: por agua, embarcándose en el Ariari, en un sitio llamado *Chunaipe*, tres ó cuatro jornadas de *Sabana-alta*; por este río se baja á encontrar con otro más caudaloso que se llama *Guayabero*, el cual, perdiendo su antiguo nombre cuando se junta al Ariari, se llama *Guaviare;* en el camino de tierra se sigue una loma, sin embarazo de río, quebrada ni otro mal paso; ambos caminos se pueden hacer en catorce ó quince días, con esta diferencia: que en la medianía del viaje por agua, se encuentran unos pequeños pueblos de Guagibos (si no han desamparado el sitio como suelen) donde se puede adquirir algún matalotaje de plátanos y cazabe, pero el viaje por tierra es por lugares desiertos hasta el mismo Airico, bien que está libre de la molestia de mosquitos, de que abunda el Guaviare, con notable exceso al río de la Magdalena. De lo dicho se colige que se puede ir desde Santafé al Airico en veintidós ó veintitrés días, si por las mulas ú otro accidente no hubiere falta. Estas son las noticias que entonces se pudieron adquirir; después se consiguieron otras que pueden ser muy útiles en algún tiempo, por cuya cau-

sa quedan referidas aquí con algunas circunstancias al parecer menudas y de poca importancia, pero de mucha si se atiende al fin que se desea.

CAPÍTULO V

FOMÉNTANSE LAS MISIONES DEL AIRICO, Y ES MUY CORTO EL FRUTO QUE SE SACA DE ELLAS.

Ya he dicho que los intentos de los Superiores, eran unir las misiones del Airico con las del río Orinoco, persuadidos de que por los ríos que entran en él se podían comunicar los Salivas, y agregarse muchos en ese sitio, para poblarse, huyendo de las hostilidades de los Caribes. Esto, junto con las noticias ciertas de los diez y siete pueblos de que poco há hicimos mención, y de lo que informó el Padre Mateo Mimbela cuando volvió de su exploración, dió aliento á los Superiores para probar fortuna, no obstante las dificultades que ya miraban, no siendo la menor de todas la calidad de los mismos indios, difíciles de domar en sus propias tierras, tan sumamente distantes de los blancos, que son quienes los reprimen, pues aunque de suyo son dóciles, es mucho lo que puede en ellos la libertad de su gentilismo, las supersticiones y los vicios, convertidos en naturaleza ya por la posesión de tantos años.

Para esto, y para mayor estabilidad de la misión, en unas tierras tan remotas y tan apartadas del comercio de las poblaciones cristianas, procuraron que se fundase un hato de ganado vacuno, como de hecho se ejecutó, trasportando, no sin graves dificultades, una buena punta de ganado con algunos caballos de vaquería. Entraron asimismo dos misioneros de refresco, que fueron los Padres Tomás Varela y Félix Cujía, europeos ambos, aviados en un todo de cuanto habían menester, lo cual franquearon liberalmente los Superiores, pues sólo lo que llevaba el Padre Cujía importaba más de $ 500. Habiendo llegado al Airico los dos Padres, procuraron el adelantamiento de la misión, atrayendo por todos los medios que estaban á su alcance á aquellos ciegos gentiles al conocimiento de Dios.

Pero aunque es verdad que el pueblo de *San-Javier de Etarí* había ya subido al número de trescientas almas, desde la cortedad de cien que fueron los que encontró el Padre Alonso de Neira cuando bajó á ese sitio, *Quirasiveni* era muy poco lo que medraba, pues sobre ser cortísimo el número de los poblados, se componía de indios forajidos, cristianos fugitivos de otros pueblos, y daba muy cortas esperanzas de su aumento, y de que se agregasen más familias, ni á él ni al pueblo de *Etarí*, por estar

las poblaciones circunvecinas enemistadas con los Quirasivenis y Amarizanes, que no era pequeño impedimento.

Añádese á lo dicho la rebeldía que se notaba en ese tiempo, aún de los indios ya poblados, pues por estar en sus propias tierras, en donde crece su insolencia á vista de los países propios para su libertad, como por el número tan pequeño de soldados que había, que no eran suficientes para reprimir sus ánimos cerriles, no era fácil imponerles sujeción ni respeto á los Padres ni inclinar su voluntad á la asistencia al Catecismo para ser instruídos, ni á las pláticas que hacían en su idioma los misioneros para ser enseñados, á fin de sacarlos por este medio de su barbaridad, y de aquí nació que los Padres no quisiesen administrarles el sacramento del bautismo sino en caso de necesidad extrema. Siete años contaban ya los nuestros por ese tiempo de asistencia en el Airico, con gastos muy crecidos y trabajos indecibles, que apenas caben en la pluma, y no se contaban más cristianos que cuatro adultos y algunos párvulos bautizados, como dije, en caso de necesidad, y unos muchachos del servicio de la casa del Padre.

Hay quien diga que la causa de haberse cerrado la puerta á los misioneros era no querer bautizar á nadie, ni grande ni pequeño, fuera del caso dicho. Era el recelo bien fundado de que se fabricaba sobre arena aquella nueva cristiandad, por lo que se temía de los Caribes. Dos años haría, con poca diferencia, después de nuestra entrada al Airico, que subieron los Caribes por el Guaviare, desde el Orinoco, haciendo de las suyas, dieron sobre un pueblo de Achaguas y los mataron á todos. Temíase la misma invasión por ese tiempo, y que tarde ó temprano nos habíamos de ver obligados á desamparar el sitio, como se había hecho antes en las misiones del Orinoco; por lo cual, recelosos de esto, se iban con grande tiento los misioneros en la administración del bautismo, teniendo por menor mal el que viviesen como gentiles, que el que viviesen siendo cristianos como si fuesen gentiles, con menoscabo y desdoro de la religión católica, sin enseñanza ni doctrina y sin costumbres de cristianos.

De cualquiera manera que sea, lo cierto del caso es que miraban ya las cosas del Airico, por entonces y con la experiencia de muchos años, con otros ojos, y que era muy poco lo que nos prometíamos de los Amarizanes y Quirasivenis, por las razones dichas y por otras muchas que se dirán después, porque aunque es verdad que era mucho el gentío de varias y diversas naciones repartidas por distintos territorios y sitios de aquel país, como estas gentes sean por su genio cerriles, y se necesita algún miedo para sujetarlas y atraerlas, y faltaba éste en el Airico, siendo muy pocos ó ningunos los soldados, ni hallarse quien quisiese serlo,

por la suma distancia, se tenía un imposible en cada pueblo y un monte de dificultades en cada indio.

Varios medios se intentaron para allanarlas, no queriendo los Superiores abandonar el campo hasta no haber intentado nuevos rumbos para vencerlas, y en cuanto á lo primero, siendo uno de los impedimentos el Caribe, se había ya presentado una petición á la Real Audiencia por el mes de Junio de 96, con ocasión de la llegada á Santafé del Padre José Cavarte, cuando pasó del Airico para esa Corte, y en ella se le pedía á S. A. el que se pusiese un presidio de 12 hombres en el río Guaviare, á cuatro ó cinco jornadas del Orinoco, en donde atraviesa un peñón de una á otra banda del dicho Guaviare, para estorbar la subida á los Caribes, Franceses y otros enemigos, y asimismo que se le concediesen otros 12 soldados para el resguardo de los Padres. Tenía sus particulares dificultades este medio, y fuera de esas, se pueden colegir otras de lo que hemos dicho, pues quedando la puerta abierta por el Vichada y el Dubarro se conseguía muy poco cerrándola por el Guaviare.

Algunos años después intentó el Padre Juan Martínez Rubio, como Provincial que era, el que por lo menos se explorase un camino fácil por donde hubiese comunicación con las misiones de los Llanos, para facilitar por este medio las providencias necesarias, así por lo que tocaba á las misiones, como para el trasporte de los soldados que sirviesen de escolta; salió á esta exploración el Padre José Cavarte desde su pueblo de Airico, y después de los innumerables trabajos que padeció en el descubrimiento, de lo cual trataré adelante, no tuvo efecto su pretensión, quedándose en pie las dificultades como lo estaban antes.

CAPÍTULO VI

DÉJANSE LAS MISIONES DEL AIRICO; VUÉLVESE Á SANTAFÉ EL PADRE ALONSO DE NEIRA, Y Á LAS DE LOS LLANOS EL PADRE JOSÉ CAVARTE.

Hemos corrido hasta aquí la serie de siete años, con poca diferencia, en la empresa del Airico, en la cual estuvo aprisionado el celo de nuestros fervorosos operarios, no tanto por las estrechuras de sus montes y soledades bárbaras, cuanto por la rebeldía de los indios, que malograba el tiro de los cazadores evangélicos. Además, la falta de salud del Padre Cujía movió al Padre Alonso de Neira á remitirlo á Santafé. No sé si antes ó después salió también de las misiones el Padre Tomás Varela para la ciudad de Tunja. Con ocasión de la llegada de los Padres, y con la luz que ya tenían los Superiores sobre el estado del Airico, hi-

cieron consulta sobre las misiones del año el 5 de Febrero de 1702, y en ella se leyeron los informes que para el efecto pidieron á los dichos Padres, y en vista de sus razones y de que la mies que ofrecía esta misión se reducía al pueblo de San-Javier y al de los pocos Quirasivenis, siendo lo demás incierto, y la comunicación del Orinoco dilatada y trabajosa y de mucho peligro, como también el tráfico para la de los Llanos de Casanare por despoblados, sin esperanzas de recoger más gentiles que los ya poblados, se resolvió que el Padre Alonso de Neira volviese á la ciudad de Santafé, y el Padre José Cavarte á las misiones de Casanare.

Salió, pues, para el Colegio Máximo el Padre Alonso, y mediante á que para el Padre José Cavarte era en extremo doloroso abandonar aquellas almas al gentilismo y señorío del demonio, pidió con instancias que le dejasen; pero enterado el Provincial de todo lo referido, y no teniendo esperanzas de que las cosas mejorasen en el Orinoco, volvió á ordenarle apretadamente que se volviese á Casanare, como lo hizo al punto, dejando con grandísima pena aquellos indios, aunque ingratos, y que se habían mostrado con él como tiranos y no como hijos de su caridad. Consiguió, no obstante, en el tiempo que los manejó, que fueron ocho años, como me refirió él mismo, que se fuesen acercando á las orillas del Meta, con el designio de sujetarlos por este medio y sobreponerse á las dificultades que se ofrecían en el Airico. En esta conformidad, desde el primer sitio llamado *Cazo* los pobló en otro llamado *Darravirri;* de aquí, no sin muchas dificultades, los pasó á *Guayaima,* cerca del río Vichada; de aquí pasaron á otro sitio llamado *Juaira,* cerca del río Meta, y aquí los dejaremos ahora por evitar confusiones, hasta que volvamos á buscarlos á su tiempo, con ocasión de la fundación nueva en el río Guanapalo, en donde logró el buen Padre ver puestos en planta sus constantes deseos de tantos años y morir entre sus indios Achaguas, como lo había deseado.

Volvamos ahora la proa á los Amarizanes del Airico para que se declare todo. No mucho después de haberse vuelto de sus tierras el Padre Alonso, y dejádolos como lo merecía su rebeldía y dureza, vinieron en su seguimiento muchos Amarizanes, no por amor que á su misionero tuviesen, sino por miedo á los Caribes de quienes se prometían en sus países muy poca seguridad: juzgaban verse apadrinados á la sombra del Padre, y más cuando ponían tierra de por medio, y tanta tierra como distaba del Airico el sitio donde subieron, llamado *Camoa;* este paraje, distante cuatro días de camino del sitio de *Sabana-alta,* está de la otra banda del río Meta, como á un tiro de fusil de dicho río, casi á sus cabeceras aunque no á su principal origen, que lo es la laguna de Tota. En este punto, pues, hicieron alto nuestros Amarizanes,

construyeron sus ranchos para vivir, y empezaron á sembrar algunas raíces, como yuca y plátano, y á dar muestras de que querían al Padre; y era que Dios preparaba en este sitio sepulcro á su misionero el Padre Alonso de Neira, para que muriese como verdadero imitador de San Francisco Javier, á vista de los gentiles, y en terrible desamparo, pues careció del consuelo de sacerdotes en su muerte, y no tuvo más honras que las de aquellos indios bárbaros que le enterraron, con algunos blancos vecinos que concurrieron al tener la noticia de su muerte, como se verá ahora.

CAPÍTULO VII

VUELVE Á LOS AMARIZANES EL PADRE NEIRA; MUERE EN SU PUEBLO DE CAMOA Y SE DA NOTICIA DE ALGUNAS DE SUS VIRTUDES.

Impaciente vivía el fervoroso espíritu de este infatigable misionero en el Colegio máximo, mientras no se ejercitaba en convertir almas, como misionero de gentiles, deseo que lo había sacado de la provincia de Castilla; tenía atravesados en su corazón aquellos 300 indios que dejó en el Airico, quienes como otros tantos clavos alimentaban su memoria, martirizaban su celo y lastimaban sin cesar su caritativo espíritu. Pidió con grande instancia y rendimiento al Provincial, que le concediese acabar sus días (que no podían ser muchos) entre aquellos necesitados gentiles, y éste condescendió con su petición, seguro como estaba de su aplicación y pericia.

Habiendo, pues, salido de Santafé con el deseo de penetrar hasta el Airico en busca de sus Achaguas, halló poblados á éstos en el sitio que se dijo arriba, y al cual llaman *Camoa.* Ya puede calcularse la alegría del Padre al encontrar á sus indios cerca del río Meta, cuando creía encontrarlos en el *Guaviare*, viendo allanadas muchas de las dificultades pasadas; mas, aunque daban á entender que se habían salido de sus tierras por desear el bautismo, mostraron con las obras que lo hacían más por miedo á los Caribes, que por el deseo de ser cristianos, pues para esto sí se mostraban tan indolentes en *Camoa*, como lo estaban en sus tierras. La asistencia á la doctrina cristiana era casi ninguna, sus salidas á los montes frecuentes, sus borracheras ordinarias, el libertinaje su gloria, y su bienaventuranza en la tierra todo cuanto decía con su gusto.

Así fué corriendo algunos años el santo viejo en ese retiro melancólico, sin lograr que sus enseñanzas hiciesen mella en el corazón de los indios Amarizanes, como lo deseaba su celo. Corría ya por este tiempo el año de 1705, con que viendo ser trabajo

perdido el que se empleaba en estas gentes, y encontrándose falto de fuerzas por su mucha edad, escribió á su Provincial una carta que me ha parecido copiar aquí:

"Mi Padre Provincial: los indios vinieron huyendo de sus enemigos, y no en busca mía, y así no ha sido posible poblarlos aquí, y andan por las madrigueras de las montañas. He vivido dos años como clueca sin pollos, y como cura sin feligreses, mal puedo asistir hasta la muerte á quien no me asiste en vida; fuera de eso, mi avanzada edad me tiene ya falto de fuerzas, y la muerte no tardará, por lo cual pido y suplico con todas ansias que Vuestra Reverencia me dé licencia para volverme á Santafé, donde sirva de algo, muera con sacramentos y se me dé eclesiástica sepultura, lo cual confío conseguir de la mucha caridad de Vuestra Reverencia, á quien guarde Dios.

"Desierto, Noviembre 17 de 1705.

"De Vuestra Reverencia afecto súbdito.

"*Alonso de Neira.*"

Parece que hubiera querido Dios dar á entender al Padre con desengaños nuevos, lo que éste tenía bien premeditado y sabido por su mucha humildad, y era, que aquellas prodigiosas hazañas que consiguió en el Puerto de Casanare con la nación Achagua, fueron efectos todos de la Piedad Divina que quiso manifestarse en estas gentes, y no de los arbitrios humanos. Una misma era la misión, el misionero el mismo, el celo y la caridad habían crecido con el tiempo, la pericia en su idioma más adelantada que nunca por el ejercicio y el estudio de más de cuarenta años, no echaba menos tampoco la cercanía de los españoles, pues los tenía á la vista; después de tan proporcionados medios, vemos el ningún fruto, para que se le atribuya á Dios la gloria de todo bien, y nos persuadamos al mismo tiempo de que si el Señor no edifica la casa, trabajan en vano todos los que la edifican.

No ha llegado á mi noticia lo que resultara de aquella carta que á su Provincial escribió, y dejando pareceres dudosos, pondré sólo aquí lo que de cierto me consta, y es, que prosiguió algún tiempo con inmensos trabajos, extenuado y consumido con tantas peregrinaciones, destemples, fatigas, aguas y soles; obligado á no poder sustentarse con otro mantenimiento que con unos granos de maíz medio quebrados, y después cocidos en agua, que producen un caldo claro y de poca sustancia, sirviéndole una taza de esto por almuerzo, otra al medio día y otra á la noche, hasta que queriendo Dios Nuestro Señor premiar sus gloriosos trabajos y fatigas apostólicas con el descanso eterno, dispuso que habien-

do dicho misa una mañana, se sintiese después de celebrar, extraordinariamente indispuesto: lleváronle á su pobre cama los pocos indios que se hallaron presentes, de los cuales vive todavía uno en mi pueblo, y me ha referido varias veces como testigo de vista esta circunstancia última: habiéndolo reclinado en su lecho, entregó como á las diez del día su dichoso espíritu con mucha paz en manos de su Creador, que para tan perseverantes trabajos le había conducido á estas tierras.

Regóse en breve la noticia de la muerte del Padre Alonso, y acudieron al punto algunos circunvecinos españoles que estaban dispersos por sus estancias, y sin más aparato ni funeral pompa que las que tuvo en la isla de Sanchón el príncipe de los misioneros, San Francisco Javier, grande Apóstol del Oriente, entregaron á la tierra el venerable cuerpo, sin más oficio de difuntos que las oraciones del catecismo, que le rezó un indio que hacía oficio de sacristán.

Así acabó la carrera de su vida apostólica este venerable varón y fervoroso misionero, honra de Castilla, su patria; después de haber edificado á su Provincia con los heroicos ejemplos que hemos visto por el espacio dilatado de más de cuarenta años que vivió entre gentiles. Murió como buen soldado de la Compañía de Jesús, en el campo enemigo, esgrimiendo la espada de su doctrina hasta su muerte, á la vista de los necios, como dice la Sabiduría, en el desamparo y sin el consuelo de sus hermanos, para que sepa el misionero que en todo lugar y circunstancias están las almas de los justos en las manos de Dios para conseguir la eterna paz.

Pasando ya á tratar de las virtudes de este venerable Padre, tendré que reducir á breves cláusulas lo mucho que se podía decir, valiéndome de una relación que sobre sus hechos escribió y dió á la estampa el Padre Matías de Tapia, de nuestra Compañía, á lo cual se añadirán algunas cosas de las que de cierto me constan, dejando las demás de su vida para mejor pluma.

Nació el Padre Alonso de Neira en uno de los lugares de Castilla la Vieja; fué admitido en la Compañía de Jesús, y se embarcó para estas Indias con el deseo de convertir infieles, que es el motivo noble con que se destierran voluntarios los europeos de sus países y patria; habiendo llegado á Santafé, mostró en su viveza y eficacia, junto con su agrado natural y solidez de sus virtudes y vigoroso espíritu, ser uno de los misioneros escogidos de Dios para la conversión de los gentiles; reconocido esto por los Superiores, y ofreciéndose el año de 61 el entable de nuestras misiones en la provincia de los Llanos, fué remitido á ellas por este tiempo.

Recibió el mandato de los Superiores como venido del cielo,

rindiendo á Dios muchas gracias por el beneficio singular que le hacía, de escogerle por su misericordia para ministerio tan alto; partióse con sus compañeros desde el Colegio de Santafé, cargado como mercader evangélico de aquellas mercaderías (digo de aquellos donecillos) con que había de ganar las voluntades de sus indios para ganar sus almas. Después de prolijo y dilatado viaje, caminando por montes, páramos inaccesibles y peligrosos ríos, llegó á las misiones de los Llanos; alborozóse su espíritu al contemplar desde lejos aquella inmensa llanura del país, como si mirara en ella la tierra de promisión, abundante no menos de sus copiosos frutos que de un inmenso gentío, sepultado todavía más entre la sombra de la muerte que entre la sombría lobreguez de sus amenos valles.

Mas, porque en el discurso de esta historia hemos notado y visto los agigantados pasos de este apostólico varón en la prosecución de las misiones, no será necesario repetir lo dicho, sino referir en compendio que, quitados algunos años, que serían como cuatro ó cinco que le ocupó la obediencia en el colegio de Santafé, en el ministerio de los indios que allí existen en la ciudad, todo lo demás del tiempo lo ocupó por más de cuarenta años ya en estas misiones, ya en el Orinoco, ya en el Airico, y en los desiertos de *Campa*. Fué su principal asistencia en Casanare, en donde por su profundo conocimiento en los idiomas índicos Achagua y Saliva, instituyó y formó un pueblo en el cual, á expensas de sus trabajos, aplicación incansable y singularísima introducción con los indios, tuvo modo de instruirlos para carpinteros, herreros, sastres, zapateros, pintores y escultores.

Sacó este caritativo Padre á sus hombros, por muchas leguas, á algunos niños que faltándoles sus padres quedaban desamparados y á la inclemencia, y los crió á sus expensas y enseñanza como piadosa madre; instituyó cantores de punto y órgano, chirimías, bajones, trompetas y clarines, que consiguió tocasen con perfección; tradujo en verso castellano, para el cual tenía muchísima facilidad y elegancia, algunos libros, y entre ellos el *Comptentus mundi*, y los tres tomos de ejercicios del Padre Alonso Rodríguez; enseñó á sus indios á componer todo género de versos en lengua Achagua, conforme al método español, y en todas las fiestas cantaban en verso en esa lengua. Compuso muchas comedias de vidas de santos y autos sacramentales que habían de representar los indios, con lo que los tenía embelesados, aficionados ó cautivos, para atraerlos por este medio á la enseñanza cristiana, racional y política. Tradujo el catecismo y la doctrina en lenguas Saliva y Achagua, siendo costumbre enseñarles por la mañana en lengua española, para que la entendiesen, y por las tardes en su lengua nativa; en una y otra les

enseñó con singular desvelo varios tratadillos espirituales que tradujo.

Ya se ha dicho de la escuela de música, en la cual estudiaban solfa los niños; aprendían también á leer y escribir los más capaces, muchachos y mancebos, y llegó á conseguir de sus Achaguas tanta facilidad en hablar de cosas espirituales, que por las tardes después de haberles enseñado la doctrina, hacía juntar en diversos corrillos á los indios é indias, y aquellos mancebos más capaces é inteligentes explicaban los misterios de nuestra Santa Fe, y les hablaban acerca de ellos con elocuencia; acabada esta función sentado en una silla el Padre, en medio de la crujía de la iglesia, comenzaba á hablar de Dios, en la materia que le parecía más á propósito; luégo llamaba á uno de éstos ó á una india de las que ya estaban más enseñadas, la cual puesta de rodillas proseguía sobre la misma materia con tanto fervor, elocuencia y fecundidad de palabras, que en tres cuartos y á veces en una hora, no les faltaba de qué hablar en aquel punto.

Fué singularísimo el afecto y ternura con que miró á los indios este fervoroso Padre; no hay madre que así haya mirado á sus hijos, ni que le excediese en esto. Así lo reconocían aquellos desvalidos, quienes con esta confianza apenas se atrevían á apartarse de la presencia del Padre, y hasta los niños venían de motu propio á congraciarse con él y recibir sus caricias, y así á fuerza de halagos pudo ganarlos de tal manera que, como me lo refirió el Padre Cavarte, consiguió en el Puerto de Casanare cuanto le dictó su celo.

Habiendo trabajado de la manera que se ha visto, y puesto en policía este pueblo, al cual agregó muchas familias á costa de mil afanes, residió en *Aritagua* y en *Atanarí*; y habiendo pasado muchas veces al Orinoco y trabajado en él con la Nación Saliva, volvió á las reducciones de los Llanos á causa de la rebelión de los Caribes. De las misiones de los Llanos fué llamado por la obediencia, para que descansase, al Colegio de Santafé, donde desempeñó el oficio de Prefecto y confesor de nuestros estudiantes; tomábales cuenta de las conciencias; dábales los puntos de la meditación y los ejercicios espirituales, así á los de la Compañía como á los externos seculares; hacía continuamente pláticas y sermones muy espirituales y fervorosos de moral, fuera y dentro de casa, para lo cual tenía facilidad grandísima.

En estos ministerios se hallaba el Padre, cuando tratando los Superiores de la misión del Airico, se sacaron despachos del Vice-patrono, el Presidente de Santafé y el Arzobispo, para tomar posesión en dicho sitio y doctrinar á aquellas gentes. Con esa ocasión pasó á los *Amarizanes*, de donde por las dificultades expresadas arriba, salió para Santafé después de algunos años de

asistencia, hasta que saliendo los *Amarizanes* á *Camoa*, cerca del río Meta, entró la última vez á fomentarlos, y allí acabó la carrera de su vida, llena de años y de merecimientos.

Para que sepamos ahora el fin y paradero de los *Amarizanes* sobredichos, es de advertir que á dos días de camino á *Camoa*, hoy una ciudad pequeña con título de *San-Martín*, cuyo Cura es un clérigo llamado Luis Piñeros, que vive todavía cuando se escribe esto. No sé si recién muerto el Padre Alonso ó algunos años después tomó á su cargo á dichos indios, con título de caridad; asistiólos este clérigo y los asiste todavía y les administra los Sacramentos, especialmente el bautismo. Así han ido corriendo hasta aquí y corren todavía algunos, que son muy pocos, por haberse huido muchos de ellos al Airico, á quienes sacó después uno de los misioneros del Meta, como se verá á su tiempo.

Lo dicho en este capítulo consta en su mayor parte de una relación que sacó á luz el Padre Matías de Tapia, si bien por ser muy concisa, le añadí la distinción de lugares y tiempo de que tengo seguras noticias y eché menos en su papel. Es, pues, cosa cierta, que hizo dos viajes el Padre Alonso por este tiempo; el primero fué al Airico, de donde salió para Santafé el año de 1702; el segundo viaje fué de Santafé á *Camoa* el año de 1703: hago esta advertencia por evitar confusiones, que se originan al cotejar papeles, porque aunque es verdad que es una misma cosa en la sustancia lo que dice con tanto acierto dicho autor, y lo que he dicho, podían parecer diversas por el distinto modo, aunque es lo mismo en la realidad.

Vistas ya las dificultades de este Airico, lo impracticable de nuestras misiones en él y lo mal dispuesto de sus naciones para recibir el Evangelio, pasaremos al otro Airico, montaña del Macaguane, en donde casi al mismo tiempo que trataban los Superiores de abandonar á los *Quirasivenis* y *Amarizanes* el año de 1701, nos abría la puerta Dios en otro Airico para entregarnos como nos entregó una nación bien numerosa y bizarra, nunca descubierta hasta entonces, llamada la Nación *Betoye*. Parece que, como Job, cruzó por este tiempo S. M. los brazos sobre los dos Airicos, para conceder á los *Betoyes* por su Divina piedad lo que negó á los *Amarizanes* en castigo de su rebeldía y dureza, como se irá viendo.

CAPÍTULO VIII

PRIMER DESCUBRIMIENTO DE LA NACIÓN BETOYE Y NOTICIAS DE OTRAS NACIONES.

Empezaba ya el año de 1701, cuando no sé si fugitivo ó peregrino (aunque me inclino más á lo primero) salió D. Antonio

Calaima, Girara de nación y cantor de su pueblo de *Tame*, sin más equipaje ni caudal para el viaje que un clarín pendiente del cinto, con pretexto de hallar más conveniencia temporal, pero que sólo fué á buscar trabajos en la realidad, cuando después de haber rodado fortuna por el camino de Pamplona y Tunja hasta la ciudad de Pedraza, oyó conversar en este sitio á unos indios que razonaban entre sí, y aunque su lenguaje le era extraño, comprendió algunas razones por las cuales conoció que aquella lengua dimanaba de la de los Giraras ó de la suya misma, por ser girara la que estaba oyendo. Movido de esta curiosidad por una parte, ó por la semejanza del idioma por otra (que en tierras extrañas es una especie de parentesco), se llegó á ellos y á pocos lances trabó una larga y franca conversación, en virtud de la cual (permitiéndolo Dios) le dieron noticias de cómo eran *Betoyes*, cuyos pueblos están situados en el corazón y centro de aquellas lejanas montañas, de donde casualmente habían salido, y que estaban asombrados viendo cómo además de su Nación había también en el mundo otros hombres de tan diferentes colores y lenguajes, y mucho más se maravillaron de ver que D. Antonio Calaima, sin ser de su nación misma, hablase de manera que le podían entender; tanta era la sencillez de estas gentes y lo escondido que vivían en el retiro de sus montes, pues estaban persuadidos de que sólo se componía el mundo de las personas de su nación, y de algunas otras gentes de las que abrigaba el monte.

Pero volvamos á nuestro D. Antonio: con estas conversaciones fomentadas por la curiosidad natural que asiste á todos, de ver y averiguar cosas nuevas, concibió en lo interior de su pecho deseos vivos de penetrar con sus nuevos camaradas hasta lo interior de las montañas, para registrar y ver hasta los rincones más secretos. Diólo á entender á sus amigos, con la precaución de que lo ejecutaría así, con tal de que fuese permanente la amistad entablada y le sirviesen de amparo en aquellos nuevos y peligrosos países, y de salvo-conducto en cualquier lance ó contratiempo de los que le podían suceder; admitieron este partido los Betoyes, y le ofrecieron cumplirlo, y se entró con ellos á la montaña. Este fué el primer paso y primer viaje de los muchos que ha hecho este noble cristiano indio para la conquista y reducción de los Betoyes, en atención á lo cual y á los innumerables trabajos y riesgos de la vida en que se ha visto en varias ocasiones, le honraron con el bastón, haciéndolo cabeza y Cacique de ese pueblo, que gobernó muchos años.

Mas sigamos los pasos de nuestro Cacique, que ha de ser esta vez el *explorador* de la tierra, antes de la entrada de Josué, y en su seguimiento iremos viendo, con notable gusto, la ferti-

lidad de la tierra y el inmenso gentío, que, temeroso de abrir los ojos como las aves nocturnas á la verdadera luz, se ocultaba sobresaltado en las sombras de la muerte, para no mirar el esplendor sagrado de la doctrina evangélica que le rodeaba por todas partes, y que trataba de entrársele por sus puertas, para manifestarles patentes las del cielo, por medio del sagrado bautismo.

Fué este primer viaje desde la ciudad de Pedraza, situada hacia el Norte y cortando los guías en la línea recta hacia el Sur, á cinco jornadas de montaña y algunas campiñas rasas, llegaron á la Nación de los *Guaneros*, situada en las vegas del río *Sarare*. Aquí fué bien recibido D. Antonio, por el buen oficio que con él hicieron sus amigos Betoyes, y valiéndose de esta buena acogida, se detuvo un mes entero, con el designio de ver si podía sacar á su pueblo de *Tame* algunos gentiles, para volver con honra á su patria, y ganar al mismo tiempo crédito de valiente y de conquistador, como él decía con gracia.

No pudo ocultarse en aquel país noticia tan singular, como era la de haber llegado un indio de diferente nación, y así no sólo concurrieron á verle y hacerle un sinnúmero de preguntas, todas las Capitanías de los *Guaneros*, *Agualos* y *Guaracapones* sino que con algunos de ellos trabó muy estrecha amistad; despidióse de esta Nación, y pasando el río *Apure*, á poco rato se encontró con la Nación *Citujo*, de singularísima afabilidad, tanto, que en ninguna parte fué más atendido y festejado; al despedirse de aquí le siguieron tres familias. Al paso que iban llegando á la Nación Betoye, donde imaginaba ser mejor recibido, se le iba aumentado la comitiva á nuestro Conquistador, que la hubo bien de menester cuando lo pensaba menos; porque dejados los *Citujas*, á pocas jornadas, llegó al pueblo primero de los Betoyes, llamado *Isabaco*, por gobernarlo dos indios muy viejos de este nombre, el uno peor que el otro, siendo gran ministro de Satanás el principal de ellos.

El recibimiento de los *Isabacos* y de su gente toda fué con las armas en la mano, y una gritería tan horrible y tan sobremanera descompasada, que bastaría sola ella á infundir en el pecho más alentado cobardía y horror; gritaban sin cesar los indios, y amagaban á herirle, no con arco enastado, sino con todas las flechas empuñadas, que éste es el preámbulo de sus batallas. D. Antonio y sus valientes compañeros, finos defensores de su amigo en tan peligroso aprieto, hacían los mismos ademanes con sus armas, pero como eran menos en número, y lo más recio del combate cargaba sobre D. Antonio, cerraron contra él por todas partes, y arrastrándole con furiosa barbaridad á uno de sus caneyes, le aseguraron dentro, sirviéndose de la camiseta con que se cubría como de dogal, y sin más procesos ni revistas tra-

taron de ejecutar rabiosos una tan tiránica muerte, que hubiera sido parte sin duda para cerrarles todos los pasos para la eterna y verdadera vida, muerto el único que por entonces había señalado Dios como instrumento para que la consiguiesen después.

Medio agonizando estaba ya el esforzado, si bien vencido indio, y aunque ideaba medios para salvar la vida que ya miraba con horror entre las garras de la muerte, llamaba desde lo íntimo de su corazón á Dios, y como no sabía el motivo por qué se la quitaban, en medio de sus congojas se consolaba al imaginarse que moriría mártir. Entonces aquel Señor que supo abatir los muros de Jericó con los sonidos de las trompetas, inspiró al afligido moribundo un medio muy oportuno, y como venido del Cielo, y fué que arrojando el arco y las flechas, sacase de la manera que pudo el clarín que tenía pendiente del cinto, para que con lo horroroso de su sonido, se estremeciesen y ahuyentasen aquellas racionales fieras.

Encañó aunque no sin dificultad el clarín, y á sus primeros ecos, aunque nacidos del corto aliento que le había quedado, perdieron el suyo los enemigos Betoyes, y en tanto grado, que la precipitación con que corrían despavoridos les negaba para la fuga el paso franco, que duró, en acelerado atropellamiento, hasta lo más secreto de los montes y retiradas selvas.

Alentado con tan feliz éxito, D. Antonio respiró algún tanto, y renovó los ecos del clarín en compasados tonos, no ya como cisne moribundo, sino pregonando la victoria, tanto más alegre y plausible cuanto menos esperada sobre tan poderosos enemigos. Al mismo tiempo que Calaima esforzaba el sonido de su clarín, al cual miraba desde entonces como ruidosa artillería, prosiguieron en su apoyo los amigos Betoyes, y se dividieron por varias partes, siguiendo á los fugitivos, á los que encontraron á poca diligencia, llenos de turbación y espanto, haciendo melancólicos pronósticos sobre las voces que habían oído, nunca percibidas de ellos en el retiro de sus montes. No tuvieron poco que vencer los indios amigos para persuadir á los fugitivos que aquel instrumento, aunque más grande, era bien parecido á las flautas pequeñas que allí se usaban: de aquí pasaron á afearles la acción ejecutada, con un indio que solamente venía á ver sus tierras, patrocinado de sus mismos parientes; con éstas y otras razones los convencieron á que volviesen á festejar á Calaima, como lo hicieron á su modo, con una solemne bebezón que remató en sueño, y se entabló la amistad.

En este pueblo de los *Isabacos*, primero de los Betoyes, estuvo el Cacique algunos días, en los cuales averiguó con precisión todo lo concerniente á esa tierra, y volvió á su pueblo de *Tame*, no ya sólo, como cuando salió, sino acompañado de diez y

seis indios, de cinco diferentes Naciones, nunca vistas ni oídas en las misiones de los Llanos.

Bien se deja entender el aplauso con que sería recibido de nuestros misioneros; y al oírle referir la copiosa mies que estaba escondida en los circunvecinos montes concibieron en sus corazones vivísimos deseos de conquistar para Cristo aquellas almas; y firmes en la esperanza de su consecución, idearon los medios y dispusieron una entrada que se hizo algún tiempo después, y de la que hablaremos ahora.

CAPÍTULO IX

PRIMERA ENTRADA Á LOS BETOYES; SALE UNA TROPA DE ÉSTOS Á POBLARSE; MUEREN Y SE HUYEN MUCHOS, Y PUEBLA CALAIMA EN UN SITIO LLAMADO *Casiabo* Á LOS QUE QUEDARON EN *Tame*.

Corría el año de 1703, y había ya descansado en su pueblo de Tame D. Antonio Calaima un año entero, cuando se vió precisado, por orden de su Cura, que lo era entonces el Padre Juan Ovino, á tomar la derrota de la montaña en busca de los Betoyes, con la advertencia de que procurase disponer sus ánimos á recibir de paz al Padre, que había determinado entrar á sus tierras á solicitar su bien. Ejecutó con puntualidad el mandato, y habiendo llegado á los *Betoyes*, *Lolacas* y *Atabacas*, pueblos situados en las vegas y cercanías del río *Sarare*, fué bien recibido de ellos y festejado con larga bebida según su usanza. Dioles Calaima alguna luz del fin con que había ido á sus tierras, y aunque es verdad que esta noticia era bien corta y pálida, con bastante cautela se divulgó bien en breve por los pueblos y fué muy mal recibida, mostrando desde luégo ceño y enfadosa aversión á semejantes pláticas. No desistió por eso, ni se dió por vencido nuestro Calaima; pintábales las utilidades temporales que de vivir entre cristianos se les seguirían, y como el interés es el primer móvil en el indio, es á esto á lo que dan oídos gratos en su primera conquista.

Pudo tanto el buen término, junto con la constancia de este celoso indio, que después de mucha dificultad, los convenció y redujo á que viviesen entre cristianos. Llegó esta alegre noticia á los oídos del Padro Ovino, quien viendo la grande puerta que nos abría Dios para el remedio de aquellas almas, partió para la montaña, llevando consigo algunos indios Giraras, quienes les servían de escolta; llegó, después de algunos días de viaje, al sitio de los Betoyes, quienes sabedores de la llegada del Padre y de los Giraras cristianos, concurrieron desalados á verle, capita-

neados por Calaima. Fué grande la alegría de los Betoyes, y mucho mayor la fiesta con que se explicaron á su modo; pero dejando aparte estas demostraciones, pasaré á lo principal de mi intento.

Padeció el misionero, y trabajó mucho en reducirlos á salir de sus tierras á la población de *Tame*, porque aunque es verdad que les había persuadido Calaima, como se dijo arriba, pero llevados de su inconstancia, vicio general en los indios, ya querían y ya no querían salir del monte, como lo habían ofrecido; pero Dios, por cuya causa se había tomado esta empresa, les vino á convencer por último, con lo cual dejados sus países se vinieron á *Tame*. Entró triunfante el Padre á dicho pueblo con un número bien crecido de almas, sacadas de la servidumbre de Satanás; señaláronles tierras para sus labranzas, y casas para habitación en el mismo pueblo; mas no pudo sufrir el demonio que le hubiesen quitado de sus manos aquella presa, y permitiéndolo Dios así por sus ocultos juicios, con la mudanza del temperamento fueron enfermando y muriendo hasta quedar sólo la mitad de la gente. Persuadióles el común enemigo de que los indios cristianos de Tame les daban ocultamente veneno, ó les hacían otro maleficio con el cual morían, y pudo tanto esta aprensión en ellos, que no daban oídos á las razones con que se les procuraba sosegar, y sin saber cómo, desaparecieron del pueblo y se retiraron á la montaña. Fué en su seguimiento D. Antonio, como Cacique suyo, y habiendo cogido presos á los dos Capitanes de aquella tropa, trajo otra vez á *Tame* á los fugitivos, si bien muchos de ellos quedaron escondidos en el monte sin poderlos hallar; mas como el demonio les había sugerido tan vivamente el engaño, se huyeron segunda, tercera y cuarta vez, sin ser suficientes las razones con que procuraba persuadirles lo contrario el Padre, ni la porfía de Calaima para que parasen en el pueblo.

Viendo, pues, que aun eran vanas las diligencias, sin que fuese posible hacerles sentar el pie, se tuvo por conveniente, después de visto y considerado todo, y por evitar mayores males, que nueve ó diez familias de las que habían quedado y que estaban ya despechadas y resueltas á volverse á sus montes si no las dejaban vivir en pueblo aparte, se retirasen con Calaima á un sitio llamado *Casiabo*, cerca del río *Cravo*, que corre á las espaldas de *Tame*. Con estos pocos gentiles (que serían como cuarenta almas), estuvo viviendo el Cacique, con licencia que para ello tuvo del Superior de las misiones; allí los mantuvo firmes hasta el año de 1715, haciendo oficio de misionero en cuanto alcanzaba á enseñarles la doctrina, en especial los días de fiesta; y dándoles esperanzas de que tendrían algún Padre aparte, como los otros pueblos.

Averiguado ya el fundamento y origen de la fundación nueva de nuestro Padre *San-Ignacio de los Betoyes*, haremos punto y cortaremos el hilo de nuestra narración, dejando á D. Antonio Calaima tan bien ocupado como se ha visto con su pequeña grey, hasta el año de 1715, en el cual se les dió un misionero, pues debemos aguardar á que éste acabe sus estudios en el Colegio de Santafé, se ordene de sacerdote y tenga su tercera probación en el colegio de Tunja. Recurriremos en el ínterin á explorar con más atención la montaña de Macaguane y recorrer la tierra.

CAPÍTULO X

SITUACIÓN DE LA NACIÓN BETOYE, SUS COSTUMBRES Y RITOS, Y NOTICIAS DE OTRAS NACIONES.

No será fuera del caso que antes de entrar á esta espiritual conquista, demos una corta noticia del sitio de la nación, sus costumbres y notable diversidad de las otras que habitan allí, para que se aprecien mejor los trabajos apostólicos de su misionero; porque aunque es verdad que se habló algo de esto en el Libro II, se añadirán ahora algunas circunstancias que se omitieron entonces, y vienen mejor aquí como en lugar propio.

Hablando, pues, en particular de la situación y territorio de los Betoyes, será bien hacer reflexión sobre la cordillera que en sentir del Padre Acosta ciñe las dos Américas. Esta, pues, por la parte que mira al Norte, y se sepulta en el mar, á no larga distancia del golfo, forma con sus riscos y cumbres nevadas una hermosa media luna, que ocupa de Norte á Sur la corta distancia de cuarenta leguas, poco más ó menos; corresponde á este semicírculo de fragosa serranía, otro de mayor diámetro formado de espesas selvas y montañas, de árboles envejecidos y corpulentos, que, junto con la inmensidad de maleza que sustentan á su sombra, niegan el paso aun á los naturales más prácticos de la tierra. De estos dos fragosos semicírculos se forma un óvalo de espesa montaña bastantemente capaz, y á todo juicio humano reputado por inaccesible hasta nuestros tiempos, y por tanto muy á propósito para que el demonio eternizara en él la cátedra de sus infernales dogmas, sin recelo alguno de guerra ni contradicción. Es fértil y agraciado el país, y ameno por la inmensidad de aguas que por todas partes le bañan de varios y caudalosos ríos que lo atraviesan y ciñen, porque primeramente por la parte del Sur baja de Poniente á Oriente el famoso río *Sarare*, que dando un maravilloso salto, bien parecido al de Tequendama (maravilla de este reino en las cercanías de Santafé), al despeñarse de un co-

llado al profundo de una anchurosa abra, pierde el primer nombre de *Chitagá* y empieza á llamarse *Apure*, *Cuiloto* y *Sarare*, según los sitios por donde pasa. Por la otra banda que mira al Norte, baja el Uribán, recogiendo casi todas las vertientes que por el Poniente desaguan en los Llanos, hasta que incorporándose los dos forman un triángulo, dentro del cual se oculta la nación Betoye. La tierra produce variedad de frutos sin exigir grande diligencia en el cultivo; aves peregrinas, cuyas hermosas plumas sirven á los naturales de adorno; muchas especies de animales, como dantas, puercos espinos, ciervos, osos, tigres, leones y otros que omito en gracia de la brevedad, entre los cuales se cuenta el salvaje, del cual hice mención en el Libro I, al Capítulo V, como de haberle visto en este monte el Capitán D. Domingo Zorrilla.

Mas volviendo á lo que hace al caso, estaba poblado en ese tiempo dicho territorio de muchas naciones gentiles, de las cuales hay todavía vestigios, pues además de las que hemos dicho, conviene saber: *Betoyes*, *Guaneros*, *Agualos*, *Guaracapones* y *Situjas*, la habitan asimismo los *Quilifayes*, *Aibalis* y *Mafilitos*, de quienes se compone hoy la reducción nueva de los Betoyes, como se verá después.

Desde las cumbres donde habitan los Guaracapones, se alcanzan á divisar algunos humos de la nación *Cabaría*, y entre los riscos de la cordillera, la nación *Mesoy;* todo este inmenso gentío lo alberga entre sus malezas la circunvecina montaña y su serranía próxima, de manera que el celo apostólico tiene abundante mies en donde echar la hoz de la predicación evangélica, si el fervor y constancia de los misioneros, por una parte, y los socorros naturales por otra, se unen y mancomunan para tamaña empresa.

Pasemos ya á tratar de sus costumbres: son en su trato muy brutales; no usan casi el vestido, pudiendo decirse con más exactitud que andan casi desnudos, aunque algunos de entre ellos suelen ponerse como distintivo de autoridad unos vestidos de ciertas cortezas de árboles que, poniéndolas á fuerza de industria algo flexibles, les sirve de camiseta; son dados á la embriaguez y lascivia, y se hallan entre ellos insignes hechiceros y brujos; la india que ostenta más piedad con sus hijos, en siendo niña la que nace, la entierra viva, para que acabe los trabajos de este mundo, porque dicen que la india no nace sino para el trabajo; el conservarse vivas algunas niñas, es debido á la vigilancia y amenaza de sus propios padres.

Recién fundado el pueblo de los Betoyes, dió á luz una india é iba ya á enterrar viva la criatura por ser niña, cuando otra india cristiana la amenazó con el enojo del Padre misionero, quien noticiado del caso, fué á toda prisa y la aseguró cuanto antes por medio del santo bautismo.

CAPÍTULO XI

PROSIGUE LA MATERIA DE LOS USOS Y ABUSOS DE LA NACIÓN BETOYE.

Me ha parecido conveniente introducir este capítulo, para dar algunas noticias curiosas acerca de los usos y costumbres que observan estos indios en su montaña, porque aunque bastaba lo que se ha dicho de ésta y las otras Naciones, pues casi todas corren parejas en este punto, conviene anotar algunas cosas particulares que ayudarán al misionero para poderlos instruír mejor en la fe, después de conocidos sus errores.

Empezando por el conocimiento de Dios, noticia la principal de todas, no reconocen Dios alguno; sólo imaginan erróneamente en el sol algún género de deidad, aunque me inclino más á que lo reconocen por Dios: me fundo en el nombre que le dan, "Es," que sólo difiere en una letra de la palabra Eos, que significa Dios, y puede ser aquélla contracción de ésta, como sucede en otras lenguas; sin embargo, no hago hincapié en esto, y de cualquiera manera que sea, no le dan adoración, ni le hacen caso chico ni grande, ni para temerle ni para adorarle. Creen en la inmortalidad de las almas, pero no se extiende su capacidad á pensar que hay cielo ó cosa equivalente á él, ni infierno ni purgatorio á donde pueden ir después de esta vida; sólo piensan que el alma del que muere se queda allí cerca de sus ranchos; y por esta causa su principal cuidado es no privar á la pobre alma de su alivio en el estado de la separación, y á este fin hacen una sepultura grande en la cocina de la casa del muerto, y allí lo entierran con todos sus menesteres y equipaje, para que no le falte nada en la otra vida: el arco, flechas y macanas para defenderse, totumas para beber, calabazo para coger agua, y finalmente todo su ajuar y bienes que poseía vivo, para que parta consolado de este mundo. Hecha esta diligencia, pensando que el sitio donde vivía tiene la culpa de esta muerte y desgracia fatal, lo desamparan luégo y mudan el pueblo á otra parte, donde se aseguran de la muerte.

No tienen permanencia en sus casamientos: á poca causa dan libelo de repudio, y buscan otra mujer, como se dijo de los Achaguas: raros son los que tienen dos mujeres, no porque les falte inclinación á este vicio, sino porque se hallan pocas entre ellos, por lo que se dijo de matar las madres á sus hijas, porque dicen que nacen sólo para el trabajo, y así es; pues el indio se contenta con rozar y quemar las malezas de sus labranzas, pero todo lo restante, á saber: sembrar, limpiar, coger el maíz y cargarlo á casa, quien lo revienta y trabaja es la miserable india, en tanto grado, que en todo el año no ve el marido el maíz sino reducido

á chicha para emborracharse; él viene muy grave de la labranza con su arco y flechas y nada más, y la triste mujer viene cargada como una mula detrás del marido, con un hijito al pecho, otro de la mano y el canasto con maíz á las espaldas, sin contar otros varios cachivaches de totumas, ollas y leña sobre la cabeza; en esto convienen casi todas las Naciones de esta parte de Indias, pues tengo hecha la misma observación con los Salivas, Achaguas y Chiricoas, que tratan á sus mujeres como á bestias. Por lo común para casarse el indio, no tanto repara y pone la atención en el rostro de la india, cuanto en la espalda y manos, y quien se metiere á casamentero con estas gentes y la quisiere acertar, déjese de todo lo demás y alabe la espalda de la novia; diga que tiene buenos lomos, que es huesuda y tiene mucha fuerza en sus muñecas, y con estas solas prendas (si las hay) está seguro el casamiento.

Cosa ridícula parece lo que voy á decir, pero sucede en realidad, y es, que cuando da á luz la mujer, el marido es quien ha de gozar de las atenciones consiguientes, y no la miserable mujer, de modo que apenas sale del cuidado la india, cuando luégo el marido con ademanes de quien salió de un grave aprieto, se recuesta muy quejumbroso, y le cuida la mujer con tanto esmero, como si de ello dependiera el buen logro de su casa; fundan estos agüeros, supersticiones y ridículas ceremonias, en que dicen que si en aquellos días anda el marido, pisa la cabeza del infante; si raja leña, le raja la cabeza al niño; si flecha aves en el monte, flecha sin remedio al muchacho, y otros disparates que creen semejantes á éstos.

Sus guerras son á gritos, y el que más grita es el que puede más; si no dan gritos no pasan á las armas, porque juzgan que si no vencen á voces, tienen perdida la victoria; su estudio de casi todo el día es sobre el canto de las aves ó los bramidos de las fieras, sobre lo cual forman sus discursos, y tienen conferencias muy largas, discurriendo cada uno acerca de lo que le sucederá después, por lo que oyó en el monte cuando cantó el pájaro ó bramó algún animal.

La medicina que usan para curarse en sus enfermedades se reduce á soplar y más soplar al enfermo, como lo hacen los *Giraras*, y matarse á fuerza de ayunos él y la parentela. Su Gobierno civil es obedecer al más viejo, y nada más. Desde niños de un año los casan, y así van creciendo niño y niña hasta cumplir la edad; el viudo, para pedir mujer, no habla, sino que obsequia á la pretendida con aves ú otra cosa del monte, ó con pescado del río, hasta que ella dice que lo quiere, y con esto quedan casados, sin más contrato; su convite de boda es una solemne bebezón, á la cual no han de asistir los novios, sino que los llevan á su casa,

y allí los dejan. El indio que no tiene rajadas las piernas con la sierra de un pescado llamado *raya*, no se atreve á pescar; el que no tiene señalado el brazo derecho con hueso de puerco de monte, no cazará puercos de monte (aunque lo maten), para que no le suceda alguna fatalidad; el que no tiene zajado el brazo izquierdo con la canilla de algún pájaro, no caza, porque le parece imposible el acertarle con la flecha; quien no tiene el cuerpo hecho una criva de cicatrices de heridas voluntarias, no es valiente; ni la india es buena trabajadora sin estas marcas, y el que no se raya toda la espalda con espinas agudas, es un gran perezoso (y después de todo esto lo son) por andar huyendo de la muerte y de las almas de la otra vida. No tienen pueblo en forma, sino rancherías y malas casas, como que las han de dejar luégo que muera alguno de ellos. Creen que el demonio mata á la gente, y que un indio manda á una culebra que pique á otro; creen mil disparates y cuanto sueñan, y así el que soñó que vió culebra, se arranca las pestañas para que no le ofusquen la vista, y todo el día anda ojiabierto y atónito. La contra para la picadura de culebra es pintar en las piernas muchas culebras, para que el veneno de las pintadas ahuyente el de las vivas. Son escrupulosos en respetar el parentesco para casarse, de tal manera que aun en el cuarto grado se tienen por hermanos, y hasta ahora están en ello los ya cristianos, ni acaban de creer lo que hay sobre el caso, por más que se les procure persuadir; guardan con gran rigor el año de viudez, que llaman año triste, y aun los que ya son cristianos no se casan hasta que no pase su año triste. Otras cosas y usos indignos, propiamente inventados por el demonio, tienen estas gentes, que paso en silencio por no ofender los oídos, pues basta lo dicho para que se vea su ciega ignorancia, el abismo horroroso en que se encuentran engañados por el demonio, la necesidad que tienen de doctrina, y el trabajo indecible de los ministros evangélicos para quitarles de la cabeza tan disparatados dogmas. Esto, junto con su incapacidad y rudeza, y la falta de policía, pide, para desvastarlos y reducirlos á la verdad de nuestra Santa Fe y policía cristiana, un celo no vulgar de la salvación de las almas, una paciencia grande, una caridad ardiente, virtudes muy sólidas, y principalmente sagacidad y prudencia para ganar sus voluntades, instruírlos en la fe y desarraigar sus vicios.

CAPITULO XII

SALE DE CASIABO CON SU GENTE D. ANTONIO CALAIMA AL PUEBLO DE TAME; PIDE MISIONERO AL PROVINCIAL; SEÑÁLASE SITIO PARA LA FUNDACIÓN NUEVA, Y ENTRA A DOCTRINARLOS UN PADRE.

Gobernaba esta provincia del Nuevo Reino el Padre Mateo Mimbela, su Provincial entonces, que era el año de 1715. Yendo, pues, á la visita de las misiones de los Llanos, y sabido por D. Antonio la venida del Provincial, partió para el pueblo de *Tame*, desde el sitio de *Casiabo*, con su tropa de indios, á quienes había conservado hasta ese tiempo, con el designio de conseguir lo que tanto deseaba, y era un sacerdote misionero que doctrinase no solamente á aquellos gentiles sino á otros muchos de las diversas naciones que existían en la montaña dicha. Habló el Cacique al Provincial, quien oyendo tan buenas nuevas, y la petición de aquellos gentiles, que tan vivamente solicitaban un Padre que los instruyese en la fe, los consoló dándoles esperanzas ciertas de enviarles un misionero que los dirigiese. Buscó sitio acomodado para la fundación nueva, que fué en las orillas del río *Tame*, por la banda del Norte, y enarbolando una cruz que sirviese de señal, dió la vuelta para el Reino, con intentos de cumplir su promesa á la mayor brevedad que pudiese.

Estaba por este tiempo cumpliendo su tercera probación en el Colegio de Tunja el Padre José Gumilla, valenciano de nación; y habiendo llegado á dicho Colegio el Padre Provincial, puso los ojos en el expresado Padre, prometiéndose de su buen celo, que tomando por su cuenta aquella gentilidad, había de dar el lleno que pedía tan apostólico ministerio.

Enviole el Superior cuando le parecío conveniente, y llegó al sitio destinado para la fundación, que era un desierto sin habitación algúna, y sin más principio de culto del verdadero Dios que una cruz enarbolada entre las malezas, pronóstico quizá de la pesada cruz que había de cargar sobre sus pobres hombros, mas no por eso se acobardó el Padre, aunque encontraba dificultades para la fundación, pues teniendo que levantar aquella nueva cristiandad desde los primeros cimientos, había que fundar iglesia, fabricar casas para sus indios, sacar habitadores de la montaña, buscarles matenimiento y vestidos, y asistirles de tal manera, que no echando menos la fertilidad de sus países, viviesen contentos fuera de ellos.

Al principio tuvo que albergarse en un pequeño bojío, donde moraba un mulato de costumbres ruines y de procederes tales,

que vino á parar por ellos en ser, no mucho después, ajusticiado, como lo merecían sus delitos y desbaratada vida.

Pasó luégo al sitio de *Casiabo*, y halló las diez familias con su Cacique, por todos como 50 almas, y habiéndolas traído á las orillas del río *Tame*, lugar de la fundación, trató de que se hiciesen casas para su habitación propia y para la de sus indios, lo cual se ejecutó con la mayor brevedad que se pudo, siendo todo como de prestado, según lo pedía el tiempo, porque su casa se reducía á una pequeña ramada, semejante á las que hacen para sí los indios, y para iglesia servía la casa del Misionero, en donde se ponía el altar para celebrar la misa. Este fué el principio de la fundación nueva de los Betoyes, una de las más lucidas de cuantas tenemos hoy en los Llanos; el modo de adelantarse se pondrá por su orden en los capítulos siguientes, en los cuales se referirán las entradas y lo sucedido en ellas bien por menudo, pues contienen mucha enseñanza para la práctica y porte que deben tener los Misioneros con estas gentes.

Piensan los que están en la Europa, y se hallan movidos á pasar á las Indias para convertir infieles, que lo mismo es salir del mar y pisar la arena de estas playas, que hallar á los primeros pasos ciudades habitadas por gentiles ó pueblos muy numerosos como en la China y en el Japón; suben luégo al espacio imaginario, y con un Cristo en la mano y con el dón de lenguas, empiezan á hacer prodigios, convirtiendo en muy pocos días y bautizando innumerables gentes. De aquí nace que cuando pasan á estos sitios y ven las dificultades, y que para formar un pueblo se necesita de una constancia invencible de muchos años; que es necesario aprender su lengua á costa de mucho estudio, que hay que sacar á los indios de las montañas y entrar á cazarlos como á fieras; que es preciso vestirlos y mantenerlos al principio, hasta que formen sus labranzas; que ya se huyen unos y se revelan otros; y que apenas tienen de racionales la figura exterior, caen de ánimo, suspiran por la Europa, su patria, ó empiezan á poner los ojos en otras empresas como las de la China y el Japón, como si allá no hubiera dificultades que vencer, y tal vez mayores que las que se presentan aquí. Pues para desengaño de estos tales, y para que cuando pasen á esta América vengan desengañados en orden á las sobredichas dificultades, quiero poner por menudo los pasos y lances que ha costado fundar este pueblo, porque aunque se puede colegir esto de las demás fundaciones que llevo descritas en esta historia, todavía se podrá comprender mejor con lo que se dirá ahora.

CAPÍTULO XIII

ENTRADA Á LA NACIÓN LOLACA, Y NUEVAS DIFICULTADES QUE SE OFRECEN PARA SU REDUCCIÓN.

Antes de emprender el viaje para la montaña, será bueno traigamos á la memoria lo que dijimos en el Capítulo 9.°, y fué: que asustados los indios con la aprensión de que los mataban con veneno los indios cristianos, se huyeron despechados al monte, el año de 1709, cerrándose la puerta desde entonces para su reducción. Aumentó las dificultades de reducirlos un caso que sucedió después de la fuga, y fué de esta manera: Deseosos esos gentiles de recibir el bautismo, enviaron á llamar desde la montaña á uno de nuestros misioneros; dispuso el Padre Provincial Jiménez Marín su viaje con gran contento, viendo tan buena disposición para recibir la fe en la Nación *Lolaca*, mas para que se vea cuánto aborrece Satanás la conversión de una alma, tomó por instrumento suyo á un mal indio cristiano, quien sabiendo la determinación del misionero, se adelantó y los indujo á que se retirasen, porque los españoles entraban de mano armada á sus tierras para quitarles la vida. Esta noticia falsa, aumentada con sus antiguos recelos, fué bastante para hacerles abandonar sus tierras, casas y sementeras, y huírse despavoridos á un sitio muy retirado, que es una isla cercada de pantanos é intrincada espesura.

Muy ajeno estaba el Padre de lo que pasaba, y así, prosiguiendo su viaje y llegando al sitio de la Nación, halló desiertas las casas, con el sentimiento que es de suponerse. Viendo malogrado el lance, trató de volver á su pueblo como lo hizo, teniendo por ocioso ir en busca de los indios ; no obstante, el Capitán de la escolta, llamado Toribio Sánchez, con sus 14 soldados, prosiguió la derrota, y con pretexto de descargar las escopetas para cargarlas de nuevos, y lo más cierto por estar poseídos de miedo, recelosos de alguna emboscada de los bárbaros allí cerca, mandó á sus soldados que disparasen las armas, contra el parecer de los más cuerdos que se oponían á tan imprudente acción. Obedecieron los soldados, haciendo una descarga cerrada con pavoroso estruendo, resonando el estallido en los profundos valles y en los oídos de los amedrentados gentiles; confirmaron sus sospechas, durándoles por muchos años el recelo de que los buscaban para matarlos.

En tal estado se encontraban las cosas de la montaña por los años de 1716, y aumentando los obstáculos cada día más y más, se imposibilitaba la reducción de esta pobre gente.

En el mes de Enero de 1716 le pareció al Padre José Gumilla, que era tiempo de hacer su primera entrada á los gentiles, por tener establecido su pueblo, aunque con tan pequeño número de indios como dije arriba. No se puede hacer entrada alguna sin dar primero parte al Superior de las misiones; con este conocimiento pidió licencia al Padre Juan Capuel, como Superior que era, pareciéndole que con pedirla estaba allanado todo, mas no fué así, porque el Superior, juzgando prudentemente que esta empresa era tan difícil como peligrosa, y que no había de tener buen efecto, hubo de negarle la licencia, golpe bien sensible para su celo.

Dispuso no obstante el Superior que hiciese la entrada uno de los Cabos principales con algunos soldados para tocar vado sin que peligrase el Padre.

Marchó la expedición, y después de un penosísimo viaje de muchos días, y de haber padecido infinitos trabajos, dieron vista á la isla. Poco prácticos nuestros militares en semejantes empresas, y más entendido el Cabo en las conquistas de Flandes que en las espirituales de los paganos, pensó ganar á éstos con la fuerza del militar estruendo y no con el buen modo y agasajo, junto con las razones. Hizo alto con su gente cerca de la isla, esperó á que llegase la media noche, y marchando con gran silencio, llegaron á un caney ó casa grande, en donde estaba durmiendo un crecido número de Betoyes y Lolacas. Entraron de repente, y cerrando con los descuidados indios, dieron sobre ellos con tan descompasada gritería, que ella sola habría bastado para aterrarlos, y aun para que muriesen de susto. Bien se deja comprender la confusión alborotada que habría entre los pobres indios con tan repentino caso, y á media noche, cercados de españoles, á quienes no podían mirar sin extraordinario horror, aterrados con el estruendo de las armas, impresionados con sus antiguos recelos, viendo brillar los estoques y alfanjes, y finalmente viendo que los aprisionaban como si fueran reos, sin tener otra culpa que el uso del derecho natural de vivir en los lugares donde los crió Dios. Todo era una babilonia de gritería confusa, sin entenderse unos á otros: alaridos de mujeres, llantos de inocentes niños y furia de leones en los bárbaros, mirándose cercados y presos de aquellos que aborrecían, y esto cuando se juzgaban más seguros en su isla y montañas.

No fué esto lo peor, sino que escapándose muchos de los que estaban en el caney, y llevados en alas del terror á las demás Naciones, contaron lo que pasaba, y añadieron, como suelen, más de lo que pasó; estas noticias alborotaron toda la comarca de tal manera, que fué como echar aceite al fuego para avivarle más. Estos resultados absurdos se siguen cuando en semejantes empre-

sas no se halla presente quien con espíritu de prudencia y celo por la salvación de las almas, supla la falta de discreción de los que por su profesión y estado no tienen obligación de saber la suavidad y modo con que ha de ser tratada esta gente.

Mas nuestros conquistadores quedaron tan ufanos con esa memorable hazaña, que les pareció haber cortado la cabeza al gigante Goliat, puesto una pica en Flandes y haber vencido algún Tamerlán de Persia. Hubiérales sido mejor no haber entrado jamás á la montaña, que haber cometido tan perjudicial yerro. Llegada la mañana tomaron la derrota para las reducciones, trayendo por despojos 35 gentiles que cogieron desprevenidos y durmiendo. Pasan el río *Sarare*, y pareciéndoles que estaban ya seguros los indios, les quitaron las ligaduras con que venían maniatados; llegaron al pueblo de los Betoyes, al parecer gustosos nuestros Lolacas, fuese por el buen trato que les dieron en el camino, ó porque les propusieron algunos motivos temporales de utilidad si vivían entre los cristianos. Recibiólos el Padre con entrañable amor, estrechándolos entre sus brazos y agasajándolos con algunos donecillos, con lo cual respiraron ellos y salieron del recelo que les traía acongojados.

No se le ocultó al Padre el modo como salieron del monte, que llevó muy á mal, pues sobre ser tan ajeno de razón había de ser en adelante gran impedimento para las demás entradas; ni le pareció conveniente bautizarlos hasta reconocer en ellos inclinación á recibir la fe; pero Dios, que sabe sacar aciertos de nuestros yerros y traer á su Iglesia muchas almas por medios extraordinarios y al parecer torcidos, dispuso que la violencia con que salieron de la montaña estos indios parase en sujeción voluntaria, abriendo los ojos á la verdad por medio de las exhortaciones del Padre; lo cual visto, los bautizó después de asegurados é instruídos, con tanto consuelo de sus almas, como alegría del misionero, viendo aumentado el rebaño de Cristo con 35 cristianos más, reducidos á nuestra santa fe por tan irregular medio, y confiando en Dios, había de tener mejor éxito la entrada que ya ideaba para el año siguiente, no obstante lo arduo de la empresa, por haber quedado las cosas tan alteradas como se ha visto. No le salió vana su confianza en Dios, porque pasando el año, dispuso su jornada para el monte, la cual tuvo más feliz suceso que la pasada, y tomaron distinto semblante las cosas, aunque no dejó de hacer guerra el demonio para impedirlo, como se verá.

CAPÍTULO XIV

ENTRA EL PADRE JOSÉ Á LA MONTAÑA, REDUCE CIEN GENTILES, Y NOTICIA DE VARIOS SUCESOS.

Suele Dios dilatar con altísima sabiduría el cumplimiento de lo que deseamos, para que se tenga después en mayor estimación, y se reconozca al mismo tiempo que es dádiva de su liberal mano. Esto se ve en nuestro misionero, que habiendo esperado mucho tiempo (que él empló en el estudio importantísimo de la lengua Betoya, que aprendió con eminencia) consiguió no sin dificultad licencia del Superior para la entrada dicha. Emprendióla con tanto fervor y aliento cuanto se puede imaginar, después de tan repetidas ansias de verse en el campo que le preparaba Dios para sus gloriosas empresas. No ignoraba la dificultad de la entrada, pues aun resonaban en el monte los ecos de los pasados alborotos, y subsistía el horror de los naturales, y las especies melancólicas del antecedente año; todo esto podía hacer desmayar al ánimo más valiente, y acobardar al más alentado espíritu, pero Dios que reparte las fuerzas según la carga, é infunde el valor á medida de las dificultades, se lo comunicó de tal suerte á su misionero, que despreciando peligros y atropellando dificultades, armado de la oración y confianza en Dios, armas las más seguras de sus soldados, partió para la montaña al principio del año de 1717 en compañía de su Cacique D. Antonio Calaima, y de algunos soldados para su resguardo, quienes llevaron por cabo principal al Capitán Zorrilla.

Habíanse retirado los indios Lolacas desde que los amedrentaron con aquella carga cerrada de que se habló arriba, á una isla casi inhabitable por sus muchos pantanos, y casi inaccesible por las circunvecinas ciénagas; es aquella otra isla distinta de la que dijimos en su lugar, y de donde salieron los 35 cautivos; á esta isla, pues, llamada de los *Pantanos*, y á esta Nación de Lolacas que la habitaban, tan bárbaros en sus costumbres como empedernidos en sus vicios, entró esta vez el Padre á conquistarlos para Cristo, padeciendo incomodidades y trabajos que no es fácil referir, pues no pudiendo transitar por allí á caballo, por la inmensidad de maleza, fué preciso caminar á pie con un bordón en la mano y su breviario debajo del brazo, 15 á 16 jornadas de tierra adentro, por ríos, pantanos, ciénagas de media legua y aun legua de travesía, y por sitios tan intrincados y fragosos, que sólo la industria de los peones que iban delante rozando la montaña con machetes, daba paso á la comitiva para proseguir el viaje. Todo lo venció el deseo de ganar estas almas para Dios, el cual le co-

municaba fuerzas á la medida de tan indecibles trabajos y tan desmedido afán.

Después de los quebrantos dichos, llegaron al primer pueblo de los Betoyes-Lolacas, ó pueblo de los *Pantanos*. No se puede fácilmente ponderar la turbación de los bárbaros al ver en su tierra á los españoles, y en un sitio en que se juzgaban tan seguros: ya quisieran, si les fuera posible, y lo permitiera su turbación, echar mano de las armas para quitarles la vida, ó retirarse despavoridos huyendo del peligro que temían, acordándose de los pasados disturbios; pero para que se vea que la más poderosa arma para conquistar las voluntades por agrestes que sean, es el agasajo y buen trato, supo decirles el Padre tales cosas, y hacer con ellos tales demostraciones de cariño, que aquellos pechos á quienes no habían podido quebrantar los reforzados tiros de las armas, quedaron tan rendidos á la voluntad del Padre, y tan convencidos de que no los buscaban para matarlos, como imaginaban, que se sujetaron como corderos, deseosos de dejar sus tierras y venirse con él.

No obstante, muchos niños y mujeres, en quienes suele hacer mayor impresión el miedo, se retiraron á los bosques por el horror á los soldados, pero quiso Dios que por medio de un niño que se llamó después Javier, supiese el Padre el sitio donde se habían ocultado; entró la montaña adentro, y acompañado del muchacho, á pocos lances se encontró con la chusma de mujeres y niños. Hablóles el Padre en su lengua, que es un hechizo para ellos, llamólos con agasajo, vinieron sin recelo alguno, se le agregaron y empezaron á conversar con él los niños con tanta familiaridad, como si toda la vida hubiesen sido amigos; tal es el poder de la modestia religiosa, que se hace respetar y amar hasta de los hombres bárbaros, y destierra el temor aun de los pechos más agrestes; trájolos á los *Pantanos*, y dejando las cosas en tan feliz estado, pasó á otro pueblo llamado de las *Lagunas* también de Lolacas, á dos leguas de distancia, dejando en aquél al Capitán Zorrilla.

Había corrido por la montaña la noticia de la llegada del Padre, y un buen viejo, gentil, llamado *Siculaba*, se puso en camino para verle y traerle, llevando consigo, en señal de su estimación y afecto, una barqueta llena de los regalos que aprecian allá, y consistían en *iguanas*, animal muy parecido al lagarto, y tendrá de longitud tres ó cuatro cuartas, cuando más. Llegó el buen anciano al primer pueblo, y viendo que el Padre había pasado al otro, se puso en camino, siguiéndole por la huella, hasta encontrarle, con el contento que puede suponerse así de uno como de otro.

Tuvo el Padre José en este pueblo tan feliz despacho como

24

en el primero, conquistando á fuerza de agasajos las voluntades de estos indios, quienes quedaron resueltos á seguirle. No pudo salir toda la población esta vez á causa de no haber cogido sus sementeras; pero hicieron pacto con el Padre de salir sin falta para el verano siguiente, el cual pacto celebraron con mucha solemnidad, al son de pífanos y atabales, y no contentos con esto, en señal de que era firme su palabra, le entregaron en rehenes dos gandules, hijos de los Capitanes, que es la escritura más ejecutiva entre ellos y el sello de mayor firmeza. Pidiéndole señas para saber que era el Padre el que iba á visitarlos á sus tierras, y no otros de quienes se pudiera recelar, díjoles que las señas serían oírse unos tiros de escopeta, como de quien va por el camino cazando pavas, y el ir él delante de todos, el primero. Este fué el concierto que se hizo, éstas las señas que se dieron, y esto lo que no se ejecutó, con indecible dolor del Padre, á quien impidieron la entrada; y esta fué la causa de las desgracias lamentables de que trataremos después.

Visto ya lo que se hizo en esa entrada, no es justo que pasemos en silencio algunas cosas memorables que sucedieron antes de regresar á las reducciones; y son en la manera siguiente:

Serían las seis de la noche con poca diferencia, cuando en el interior de la montaña se percibía, aunque algo lejos, un pavoroso ruido de tambores, pífanos y otros instrumentos de guerra; temió el Padre, y no sin grave fundamento, que fuese alguna rebelión de los indios, instigada por el demonio y sus hechiceros, que es cosa muy ordinaria entre ellos, y que en semejantes ocasiones pueden trastornar los ánimos, y deshacer en breve tiempo lo que se trabajó en mucho. No fué su recelo vano, porque venían de hecho (según se averiguó después) con ánimo de matarle, juntamente con el Capitán de la escolta. Con estos pensamientos andaba receloso el Padre, cuando ve que aumentándose con la cercanía el ruido, empezaba á salir de la montaña un escuadrón bien ordenado como de 50 gandules; venían todos ellos de guerra, pintados como acostumbran, de variedad de colores, adornadas sus cabezas con hermosas y matizadas plumas, armados con sus arcos y flechas, todo lo cual, junto con los tristes y repetidos ecos de caracoles que tenían, y el alternado estruendo de las cajas de guerra, causaba admiración al paso que infundía horror; veníansele acercando, capitaneando el escuadrón un viejo feroz y de terrible aspecto, con trazas de fauno ó de salvaje, con apariencias de hombre: estatura menos que mediana, ojos pequeños y traidores, barba larga y cana, y finalmente, grande ministro del demonio, quien se lo llevó después con ocasión de una peste que hubo en el monte, de la cual murió gentil. A éste lo respetaban como á oráculo, y seguían como á caudillo los indios, y le miraban como á padre, por su autoridad y canas.

Ya se habían acercado á proporcionada distancia, cuando pensativo el Padre de lo que había en aquel caso, y conociendo el riesgo, se le ocurrió mandar á un indio cristiano de los que le acompañaban, que se adelantase al viejo y le ofreciese las armas; hízolo así el cristiano, que sin duda fué inspiración del cielo, porque quedó el bárbaro tan sumamente pagado de tan generosa acción, que correspondió al punto entregándole también al cristiano sus propias armas, siendo el trueque de los arcos, esta vez, pacto firme de seguridad y paz, cuando se temía un diluvio con inundaciones de sangre; con esta acción se le acercó el Padre, saludándoles y les habló en su propio idioma, rematando con amigables abrazos y alegres obsequios, con los cuales festejaron, lo que hubiera sido quizá una tragedia lamentable, privándoles de la vida.

Grande fué el pesar que manifestó el demonio viendo malogrado el lance en que pensaba quedar ganancioso, logrando de un solo tiro matar al Padre y al Capitán por medio de sus secuaces, y recuperando al mismo tiempo la presa de los cien indios que acababan de arrebatar á sus crueles garras, lo cual hubiera conseguido sin duda con las dos muertes, porque faltando los dos principales que le hacían guerra, y quedando desamparado el rebaño, sin cabeza que le guiase, y sin pastor que lo dirigiese, se habría dispersado; pero lo impidió el Señor por medio de aquel arbitrio, y manifestó su rabia Satanás del modo que diré ahora.

Al mismo tiempo y hora en que estaba sucediendo lo arriba dicho en el pueblo de las *Lagunas*, en el de los *Pantanos*, que distaba dos leguas, el Capitán de la escolta, D. Domingo Zorrilla, oyó con asombro unos penetrantes silbidos; preguntó qué significaba aquello, á lo cual le respondieron, que un indio gentil estaba llamando al demonio; sería sin duda para que les ayudase á matar al Capitán, como presumían que se habría hecho con su compañero el Padre. Mucho fué el horror que le causó á Zorrilla semejante respuesta, pero mucho mayor cuando al punto empezó á oír en la montaña unos bramidos formidables, y tan grandes y pavorosos, que manifestaron claramente no ser de las bestias del monte, sino que su autor era el demonio, quien infundió tal horror en el pecho del Capitán, con ser hombre de valor, que afirmó después con juramento, que por no incurrir en la nota de cobarde no había huido, y que nunca, en los días de su vida, había experimentado mayor espanto.

Mas, para que se vea cómo reconoció el cielo este peligro, y cuán propicio se mostraba para librar de él á los que se habían arriesgado por su amor, lo manifestó con un caso que se tuvo por prodigioso, y fué, que al mismo tiempo y hora que hemos dicho, en la reducción nueva de nuestro Padre San Ignacio de los

Betoyes, 16 jornadas de distancia poco menos de los pueblos *Lolacas*, una imagen del Apóstol San Andrés, que estaba pintada en un cuadro de la Virgen de Chiquinquirá, empezó á sudar en tanta copia, que corrió el sudor hasta llegar al marco, cuyas señales por mucho tiempo duraron, con asombro de los que se hallaban presentes, que fueron entre otros el Padre Miguel de Ardanaz, de nuestra Compañía, y el Capitán Santilvez, quienes notando el día y hora, hallaron haber sucedido esto al mismo tiempo que salieron de guerra los gentiles y se oyeron en el monte aquellos bramidos horrorosos. Este caso sucedió el día 23 de Febrero del mismo año en que se hizo esta entrada, y añadieron los testigos, que estaban prontos á asegurar el dicho caso con juramento, si fuese necesario.

CAPÍTULO XV

VUELVE DE LA MONTAÑA EL PADRE CON SU GENTE; PONE UN INDIO MALO Á PELIGRO DE PERDERSE EL PUEBLO; HÚYESE CON MUCHOS, Y VA EN SU SEGUIMIENTO EL CAPITÁN

Volvió nuestro misionero con sus compañeros á la reducción de los *Betoyes*, habiendo triunfado tan gloriosamente del infierno, y trayendo conquistadas para Cristo más de 100 almas; esta vez llegaron á la reducción nueva, en donde fueron recibidos de los habitantes con todas las demostraciones que caben en su tosquedad y usanza, regocijándose de ver á sus parientes en el pueblo; el Padre les señaló casas para su habitación y tierras para sus labranzas, de lo cual quedaron muy gustosos; pasados algunos días, y reparados del viaje, trató de instruírles en la fe y administrarles el bautismo á los que se mostraran dispuestos y capaces de recibirle.

Muy gozoso estaba el misionero viendo aumentado el rebaño del Señor, y vencidas con el favor divino dificultades que parecían imposibles, gozando de la bonanza con que empezaba á navegar esta pequeña nave, cuando se levantó de golpe una tempestad brava, en la cual se vió á pique de anegarse y perderse cuanto se había ganado. Pasando en silencio una rebelión que sucedió en ese año, en que se amotinaron los indios con su Cacique, por el incendio de unas casas, y que pudo costar la perdición del pueblo, si el Padre con su prudencia no hubiera atajado el daño, sólo referiré lo que pasó á fines del año dicho, y fué que un indio gentil llamado *Talica*, recién salido de la montaña, soñó que en el pueblo de *Tame*, vecino al de los *Betoyes*, había 50 españoles armados con escopetas; despertó despavorido, y teniendo por

cierto que habían de ser pasados á cuchillo él y sus compañeros, se arrancó despechado las cejas (ademán con que explicó su sentimiento), y hecho cabeza de motín, trató con el mayor sigilo que pudo de amotinar el pueblo, convidándolo para la fuga. No le dió el Señor licencia para tanto: sólo pudo conseguir arrancar del pueblo y llevarse consigo 22 almas, que sacudiendo el suave yugo de Jesucristo, huyeron á la montaña con el designio de volverse al Egipto de donde salieron poco antes. No se pudo saber el hecho con la verdad que convenía para poner remedio, lo uno por el sumo sigilo con que se entregaron á la fuga, lo otro por ser ya crecido el número de los indios y no ser fácil entre tantos echar menos á 22 individuos. Súpolo el Padre á los ocho días con gran sentimiento, viendo descarriadas del redil del Señor, por envidia de Satanás, aquellas almas, que á costa de tantos afanes había sacado del desierto. Trató luégo del remedio con la mayor eficacia y brevedad que pudo; avisó para este efecto al Capitán Zorrilla, quien salió á toda prisa con alguna gente, buscando por el rastro á los fugitivos; y quiso Dios que encontrase, no sin grande dificultad y muchos días de camino, la mitad de ellos, porque los otros se ocultaron de tal manera con *Talica*, que no fué posible hallarlos; pero lo que causa mayor lástima es que sembró el embustero allá en el monte tales mentiras y patrañas, que los pobres indios quedaron impresionados nuevamente de sus recelos, se renovaron las llagas antiguas y pusieron las cosas en peor estado de lo que se miraban antes, sin más fundamento que el sueño del indio revoltoso.

Confirmó las mentiras de *Talica* otro célebre embustero llamado *Culusiaba*, indio cristiano de Macaguane. Huyóse éste, y después de haber confirmado cuanto decía *Talica*, añadió que el Padre que había venido para cuidarlos se comía á los indios, y que en testimonio de verdad, y ser muy cierto lo que decía, tenía dicho Padre en su dormitorio un crecido número de calaveras de indios de los que se había comido. Quedaron tan persuadidos de ello, que algún tiempo después, con ocasión de haber salido á poblarse á la reducción nueva muchos de estos Betoyes, se llegó uno de ellos al Padre, y con toda ingenuidad y llaneza le dijo que lo llevase á su dormitorio, porque quería ver las calaveras de los indios que se había comido. Vean, por amor de Dios, los que llegaren aquí, qué puntos de meditación éstos para mover con eficacia á esta miserable gente para dejar sus tierras, vivir entre cristianos y agregarse al Padre, cuando se persuadían y creían que el entrar á sacarlos de sus montes era para cazarlos como á ciervos y hacer provisión en la despensa de sus carnes saladas para pasar el año.

Pero volviendo al Capitán, cogió la mitad de los fugitivos,

como se iba diciendo, después de muchísimos trabajos, que fuera largo referirlos, porque habiéndosele acabado el corto bastimento que sacó, estuvo tres días sin otro mantenimiento que los cogollos de los árboles. Le libró Dios también de una india fugitiva, que rabiosa como una tigra, corrió á cortarle la cabeza con un alfanje, á traición; libróle asimismo de un arpón con que le flechó un indio. Volvió últimamente Zorrilla al pueblo de los Betoyes, contóle al Padre lo que pasaba, entrególe los indios y trató del remedio para los demás en la siguiente entrada.

CAPÍTULO XVI

ENTRADA Á LOS QUILIFAYES Y MAFILITOS Y SU INFELIZ ÉXITO.

Dignos son de venerarse con profundo silencio los investigables juicios de Dios, quien con secreta providencia permite muchas cosas que parecen desaciertos á nuestro errado juicio, y que el enemigo de que habla el Evangelio siembre cizaña en su heredad, cuando lo podía impedir. Sembró *Talica* en la montaña la cizaña que dijimos arriba, y sin perder tiempo como otro Judas para pervertir los ánimos y conjurar á los Aliados contra el Padre y los españoles, trocó de tal manera los intentos de los que en el año antecedente habían prometido salir, que todos, y principalmente los Capitanes que celebraron con tanta solemnidad el trato, dando á sus mismos hijos en rehenes, no pensaban en otra cosa que en ejecutar venganzas y desfogar su enojo con la muerte de los españoles.

En ese tiempo, en que el Padre necesitaba más industria y destreza gara sosegar los ánimos, principalmente cuando estaba con la espectativa del resultado del pacto, y de que tal vez lo que esperaban los indios para dar crédito ó no á los embustes de *Talica*, era el cumplimiento de las señas convenidas, recibió orden de pasar á otro pueblo, dejando en su lugar á otro misionero, que aunque de buen espíritu é igual celo por la reducción de los gentiles, no tenía experiencia de las cosas, ni práctica en el manejo de los indios, y sobre todo, sin saber la lengua; circunstancias muy necesarias que se debían haber pensado con maduro juicio para el buen éxito de semejante empresa.

Tendría fines altísimos el Superior para disponerlo así, que no es prueba en contra de la discreción y prudencia el que no tengan feliz suceso las órdenes de los Superiores, quienes á fuer de hombres no están obligados á proceder con previsión de ángeles sino con prudencia humana; mas dió á entender el infeliz suceso que no tenía Dios reservada esta empresa para otro que para aquél á quien había tomado por instrumento desde el principio.

Fué señalado, pues, en esta ocasión, que fué el siguiente año de 1718, el Padre Miguel de Ardanaz, misionero europeo, para los *Quilifayes* y *Mafilitos*, al territorio de los pueblos Lolacas, en donde habitaban con éstos y que quedaron pactados para salir en ese año. Llevó consigo el Padre Ardanaz al Capitán Zorrilla y algunos soldados españoles y otros indios amigos, entre los cuales iban los dos hijos de los Capitanes dados en rehenes, y un indio recién bautizado llamado Carlos Macicala y otros dos catecúmenos, de los cuales el uno se llamó después D. Baltasar en el bautismo y Federico el otro. Dieron vista al sitio de los *Quilifayes* y *Mafilitos*, después de dilatado y penoso viaje, y pareciéndoles á los tres guías Carlos, D. Baltasar y Federico que ya era tiempo de adelantarse y dar aviso á sus parientes para que los recibiesen de paz, entraron á la montaña hasta llegar al pueblo, sin observar el orden de lo pactado, faltándose á las señas que aguardaban, con lo cual se confirmaron los gentiles en su error, dando ya pleno crédito á los engaños de *Talica;* que los felices ó infelices sucesos de la guerra suelen depender tal vez de observarse ó no una sola circunstancia al parecer insignificante, como pareció en esta vez.

Entraron los inocentes indios al sitio de sus paisanos, en donde hallaron un excesivo número de *Mafilitos* y *Quilifayes*, entre los cuales estaba un viejo llamado *Totodare*, padre de Carlos, en compañía de *Talica*. Empiezan á maliciar la entrada de los españoles, y disimulando los bárbaros el enojo que tenían y quería ya reventar en llamas de furor, los saludaron con palabras fingidas de amistad; y en esta conformidad largaron las armas los incautos indios, lo cual visto por los traidores, que no esperaban otra cosa para ejecutar su traición, rompió el silencio *Totodare*, y descubriendo la mortal ponzoña que ocultaba su pecho, le preguntó á su hijo Carlos que dónde quedaba el Padre, á lo cual respondieron los tres, que quedaba en el camino, pero que llegaría pronto. —Mentís (respondieron todos), que el Padre nos dijo, en el verano pasado, y dió por señas que vendría adelante; vosotros nos engañáis y traeis aquí á los blancos para enseñarles el camino de nuestras tierras.

Entonces el perverso viejo, olvidado del paternal amor, y revestido de las entrañas de un tigre, levantó el grito diciéndoles á los demás:—Matadlos, mueran, mueran. No habían oído estas voces cuando formando los bárbaros una confusa gritería, y levantando uno de los más atrevidos una pesada macana, descargó un fiero golpe sobre Carlos, al mismo tiempo que flechando sus arcos los demás, dispararon una lluvia de saetas contra los otros dos; cayó Carlos en el suelo sin sentido con la fuerza del golpe; lo cual visto, se adelantó *Talica*, y le disparó un arpón que le atra-

vesó el muslo, y flechando el arco segunda vez le disparó otro que lo pasó de parte á parte, quedando herido de muerte el inocente indio, sin más culpa para tan cruel venganza, que haber entrado en el monte á fin de que saliesen sus parientes y los demás á recibir la fe. Los otros dos andaban en el interín defendiéndose de las flechas de la manera que podían, pero como estaban sin armas, quedaron malamente heridos, aunque no de muerte, guardándolos Dios para que recibiesen el bautismo; los gentiles entonces dejando ya por muerto á Carlos, y temiendo el castigo con la cercanía del Capitán, se huyeron á lo interior de la montaña, sin ser vistos más.

Muy ajeno de lo que pasaba, llegó el Padre al sitio con el Capitán y los soldados, y cuando pensaban estar todo muy compuesto, allanado el camino, y quitados los estorbos para la reducción de aquellas almas, hallaron no sin grandísimo dolor á D. Baltasar herido, flechado á Federico, y luchando á Carlos con las agonías de la muerte. Acudió el Padre al moribundo, y tuvo muy poco que trabajar, pues estaba tan bien dispuesto, que habiéndose reconciliado tres veces en aquel corto plazo de la vida, protestó que perdonaba de corazón á sus enemigos; acción verdaderamente digna de un perfecto religioso, y más digna de estimarse en un mancebo brioso, á quien le hervía la sangre, poco há gentil y recién convertido á la fe de Cristo. Su muerte no dudo sería muy acepta á los ojos del Señor, si atendemos al motivo por el cual le quitaron la vida, al fin que tuvo cuando se puso en peligro, y á la disposición con que murió.

Recobrados del susto el Capitán y soldados, quisieron proseguir entrándose por el monte en seguimiento de la venganza; estorbó esta resolución el Padre, pero no pudo impedir que quemasen los platanales y casas, como lo hicieron, no remediándose la tragedia pasada, antes bien avivándose con estas llamas las del furor de los gentiles, quienes duraron cerrando la puerta para su reducción desde ese año hasta el de 1722, en que se procuró el remedio y se castigó á los delincuentes.

Esta fué la entrada en esa vez; éste el fruto que se sacó; éstas las almas conquistadas; ésto en lo que paró el concierto del antecedente año; y ésto lo que se hubiera evitado tal vez, si se hubieran dispuesto de otra suerte las cosas.

Volvieron nuestros conquistadores á las reducciones de los Llanos con un desconsuelo que no se puede explicar, viendo tan malogrado su viaje, sin otro fruto que el de la paciencia, que la hubieron bien menester, pues además de los trabajos dichos, se perdieron á la vuelta en el monte, sin saber de otra cosa en el espacio de cinco días, que de pantanos y más pantanos, y de profundas ciénagas, que caminaron á pie, casi desnudos; y habiéndo-

seles acabado el mantenimiento, les fué preciso echar mano de la flor llamada *ceiba*, la cual cocían en agua sola y comían hasta llenar el vientre, y por ser de ninguna sustancia, mas les servía para dilatar la muerte que para sustentar la vida. Llegaron á salvamento transidos de hambre y quebrantados de trabajos, de los cuales le cupo buena parte al Padre Miguel de Ardanaz, cuyo fervoroso celo le puso en estos aprietos y calamidades. Paso en silencio el desconsuelo del Padre José cuando lo supo, viendo tan malogrado su intento, y el sentimiento de los indios cristianos, por las noticias del difunto, como por el peligro en que estaban los dos que salieron de la refriega heridos, y pasemos á dar noticia de la entrada subsiguiente.

CAPÍTULO XVII

ENTRADA A LOS ANIBALIS; RECIBEN DE GUERRA A LOS ESPAÑOLES; Y PACIFICACIÓN DE LA NACIÓN.

Muy alborotadas quedaron las naciones de los *Quilifayes* y *Mafilitos* en aquella parte de la montaña, y así fué necesario, después de considerarlo bien, tomar al año siguiente la derrota por otro lado, no pareciendo conveniente por entonces seguir á los acosados, ni entrar á pacificarlos, especialmente cuando se temía con grave fundamento una celada de los naturales para defender la vida, temiendo el castigo de su culpa.

Partió, pues, el Padre Gumilla al verano siguiente á la Nación de *Anibalis*, abriendo camino nuevo, siguiendo el rumbo del *Abujón;* no llevó consigo al Capitán Zorrilla por haberse enfermado desde el viaje antecedente, cuya falta experimentó cuando lo pensaba menos, pero llevó de los españoles y de los indios amigos hasta 60 soldados por lo que podía suceder.

Pasando en silencio los trabajos inseparables del monte y sus continuos riesgos, llegaron después de unos días á un camino abierto de industria, aunque estrecho, y á los primeros pasos encontraron los guías un aparato formado con ramas de árboles que imitaba la figura de un torreoncillo pequeño. Grande fué la turbación de los indios al verlo, porque tienen la creencia de que en semejantes invenciones está escondido algún moján ó hechicero, el cual guarda sus casas con mayor seguridad que si dejaran para su defensa un bien guarnecido muro, tanta es la ignorancia de estos pobres y tal el crédito que dan á supersticiones semejantes.

Viendo el Padre su turbación, y conociendo por otra parte ser ardid de Satanás para estorbarle sus intentos, se adelantó á todos, y caminando hacia el torreoncillo, le derribó y deshizo entre sus

manos con asombro de los indios que lo miraban, pues les parecía que había de venir todo el infierno junto y aniquilar al Padre por virtud de aquel moján; desengañólos al mismo tiempo, diciéndoles que no había por qué temer, que era engaño del demonio con el cual pretendía espantarlos; que si hubiera allí escondido algún hechizo, se hubiera manifestado, supuesto que lo habría cogido y despedazado entre sus manos.

Algo alentados quedaron con esto los caminantes, mas prosiguiendo su camino encontraron otro embuste de hojas como el primero, y de allí á pocos pasos otro. No fué posible quitarles á los indios su recelo aun con la experiencia pasada, porque para ellos estas creencias disparatadas son de tanta fuerza como los dogmas de fe para los católicos. Mas, viendo que el Padre deshizo intrépidamente estos dos espantajos, como deshizo el primero, y viendo, por otra parte, que no le había venido daño ninguno, como ellos imaginaban, se desengañaron en parte, aunque no del todo, porque temiendo ya alguna emboscada de los *Anibalis*, se iban quedando atrás tanto los blancos como los indios, sin que bastasen las exhortaciones con que el Padre los animaba, quien viendo esto, trató de hacerse guía de los demás, acompañado únicamente de un soldado que quiso seguirlo.

Pasaron aquel camino, y á poca distancia divisaron un pueblo cercado de platanales, lo cual los consoló mucho por la esperanza de encontrar una crecida población; aceleró el Padre el paso, y acercándose con gran silencio á uno de los caneyes, advirtió que los indios habían desamparado el pueblo para ir á otro lugar á celebrar sus borracheras, pues era el tiempo de festividades de entre año, y esta fué la causa de haber dejado para resguardo de sus casas y platanales aquellos tres castillos tan fuertes que quedan dichos. Corrió la voz de que estaba vacío el pueblo, llegaron todos, y fué providencia de Dios el hallarle sin estorbos para proveer á su necesidad, porque iban nuestros soldados bien sencillos de estómago y fatigados del hambre, la cual pudieron matar á su salvo con un montón considerable de plátanos y piñas que encontraron dentro de las casas y pendientes de las matas, que pasados ya de sazón se habían de malograr. Reportados de su fatiga algún tanto, trataron de proseguir su viaje hasta encontrar lo que buscaban.

Penetraron la montaña adentro, y á poca distancia encontraron otro pueblo; aquí se pusieron todos en orden, y con gran silencio para no ser sentidos de los gentiles, fueron marchando poco á poco hasta que se acercaron á las primeras casas, aplicaron el oído y oyeron el murmullo de un gran gentío, con el gozo que es de suponerse, viendo que habían encontrado en aquellos montes lo que habían buscado tantos días á costa de mil afanes.

Después de haber instruído el Padre á los soldados sobre lo que debían hacer para no malograr el lance que les ofrecía Dios, se adelantó á las casas de los indios á disponer sus ánimos para que recibiesen de paz á sus compañeros. No pudieron menos los infieles, al ver al Padre en sus tierras tan impensadamente, que turbarse y alborotarse todos; salieron por enjambres por aquellas calles, espoleados no menos de la novedad que del temor, divisaron la comitiva de los soldados, y con esto se aumentó su recelo. Aquí era ya tiempo de entrar el Padre con la suya, como en las otras ocasiones, dándoles noticia de su llegada á sus tierras, que no era de guerra sino de paz, y otras razones semejantes para quitarles el temor.

Esta era la ocasión en que habían de haber ostentado los soldados mansedumbre y afabilidad, y no la aspereza y el enojo; pero apenas vieron alborotados á los gentiles cuando les pareció que ya eran muertos, y llenos de furor, ó por mejor decir, de cobardía, según el proloquio antiguo, *canes timidi vehemente latrat*, hicieron tal gritería y alboroto, que oyéndola los infieles, correspondieron con otra semejante y aun mayor, como si quisiesen hundir la montaña con tan descompasados gritos. Pasando de las voces á las armas, y despidiendo volcanes de indignación los bárbaros, acometieron como leones á los nuestros, y sin esperar á más plazos, trataban de flecharlos á todos y beberles la sangre; peleaban unos y se defendían los otros; mediaba el Padre y procuraba la paz; pero como era tan grande el alboroto, y la gritería tan confusa, no era atendido ni oído, pareciendo todo una encendida Troya, ó una alborotada Babilonia, y no se esperaba otra cosa que una tragedia lamentable, para que se apagasen las llamas de tan crecido incendio con ríos de sangre, y con la muerte lastimosa de los soldados imprudentes.

Muy afligido se hallaba el Padre en medio de tan furiosa tempestad, sin poder remediarlo, sin hallar medio de poner á los soldados en orden, por falta de Capitán que, como se dijo, no pudo venir esta vez. Hallándose la nave combatida por todas partes, y de tan furiosos vientos, y tan embravecidas ondas, sin piloto que la gobernase, ¿qué otra cosa se podía esperar que el naufragio? En estas confusiones se hallaba, cuando se le ocurrió de golpe mandar al sargento de la escolta que disparase al aire un *esmeril*, y sin duda esta fué inspiración de Dios, porque al oír el estruendo de la pólvora, enmudecieron todos, quedando los indios no solamente mudos sino con las manos atadas para proseguir la pelea; y quiso Dios que se atajase el fuego, sin perecer ninguno en medio de tan evidente peligro.

Hecho silencio, tomó la palabra nuestro misionero, diciéndoles que el motivo de su llegada era el de visitarlos en sus tie-

rras, que no iba á buscar la guerra sino la paz. Estas y otras semejantes razones pudieron sosegarlos algo, aunque no del todo, porque habiendo sido la tormenta tan deshecha como se ha visto, no es de admirar que quedasen las olas murmurando por largo tiempo. No bien había acabado su razonamiento el Padre, y sosegádose la borrasca, cuando se levantó otra, aunque no tan peligrosa como la pasada, y fué el caso que al ruido del encuentro pasado, y al estallido del esmeril, se alborotaron los circunvecinos, presumiendo que estaban ya de guerra sus paisanos, y vinieron á defenderlos, puestos en orden de batalla al son de pífanos y atabales, con su acostumbrada gritería.

Bien fué menester entonces toda la constancia del Padre, su industria y reflexión, porque fué lance en que se vieron á pique de perecer todos; sosegó á estos segundos como á los primeros, y haciendo silencio otra vez, les manifestó que su llegada era para que fuesen sus amigos, les hizo ver las miserias que padecían en el monte, viviendo entre sus malezas como si fuesen brutos; las conveniencias temporales que tendrían entre cristianos, en donde hallarían muchas hachas y machetes para labrar sus rocerías, anzuelos para pescar, lienzo y camisetas con que vestirse y con que vestir á sus mujeres, cuentas y gargantillas, y otras cosas que tienen los blancos, y de que carecían ellos. Muy devotos y atentos estaban los indios al sermón, muy tiernos al oír tantas conveniencias temporales, y muy compungidos viendo que no tenían otro tanto en su tierra, que éste es el sermón más plausible para ellos y el que les mueve más. Prosigue su razonamiento el Padre, y pasa á declararles también, que para los malos hay infierno, y que si no dejaban la ceguedad en que vivían, se los llevaría el diablo; aquí fué donde los gentiles, habiendo estado antes tan devotos, tan tiernos y compungidos, soltaron á grandes carcajadas la risa, haciendo chacota de que hubiese tal infierno, como les decía el Padre, cosa nueva para ellos y que no había llegado á su noticia.

Ya se iba acercando la noche, y trató el Padre de retirarse á descansar, esperando oportunidad mejor para poderlos convencer, y fué bien necesario este descanso, porque no habiendo comido en todo el día, exhausto ya por esta causa y por las pasadas fatigas, le dió un accidente repentino, en el cual, apuradas las fuerzas, le pareció que se moría; declaróle al sargento su accidente, quien reconociendo no ser otra la causa que la que ya se ha dicho, mandó traer agua, bebióla y no fué necesario más remedio; que éstos son los regalos y conveniencias que en sus apostólicas peregrinaciones acompañan á nuestros misioneros; fatigas imponderables, innumerables riesgos y falta de lo necesario, aun de agua. Entróse á un caney para tomar algún descanso,

como decía, y cuando había de reparar las fuerzas y respirar para volver á la faena después, oyó que los indios decían entre sí, en su lengua, que habían de matar á los blancos aquella noche, y de hecho lo tenían intentado, porque habían enviado secretamente á llamar para este efecto á un indio principal y de mucha autoridad entre ellos, llamado *Seisere*, diciéndole que los blancos habían matado á muchos indios, y que entre ellos á *Toloquia*, que era uno de los principales de aquel pueblo, y tan brutal, que tenía nueve mujeres por suyas. Bien echó de ver el Padre el riesgo que corría y la falta que le hacía el Capitán Zorrilla, y más cuando veía tan acobardados á los soldados, á vista de tantos bárbaros como tenían presentes, y el escuadrón con que *Seisere* había de venir en breve á defender á los suyos, y otros que nuevamente gritaban en la montaña, con resolución de pelear aquella noche.

Poniendo el Padre su confianza en Dios, y empeñado ya en aquel aprieto, en el cual hubieran perecido todos sin duda, tomó el oficio de Capitán en aquello que no desdecía de su profesión y estado; reunió su gente á toda prisa, mandó que se doblasen los centinelas por todos cuatro lados, repartidos por varios sitios del pueblo; que arrasasen los circunvencinos platanales y echasen por tierra algunas casas que estaban al derredor, á fin de quitar estorbos á los suyos y escondederos á los indios, en donde pudieran hacer sus emboscadas y formar un campo raso capaz para las maniobras. Hizo también que se cerrasen las puertas del principal caney en donde estaban los gentiles, y que se dejase abierta una sola para el trajín; todo lo cual ejecutaron puntualmente los soldados. Parecía que todos los indios de la montaña habían apostado á cuál podía más en ese día y esa noche, para inventar modos de molestar al Padre y á los que traía consigo, pues no contentos con la escaramuza pasada empezaron á gritar desde la montaña segunda vez, diciendo que querían pelear aquella noche, pues persuadidos de que los blancos habían matado á *Toloquia*, no querían dilatar la venganza para otro día. Sabida la causa, les envió el Padre á *Toloquia* para que se desengañaran con su vista; no basto esto, porque estaban tan ciegos en su enojo, que no obstante que lo veían y palpaban, gritaban todavía y porfiaban en que se diese la batalla aquella noche. Viendo el Padre la necia porfía de los indios y su pertinaz empeño, fué á donde ellos, y hablándoles con entereza, les dijo que los blancos no habían venido á buscar guerra sino paz, pero que si querían pelear lo dejasen para la mañana, pues la noche es propia para que peleen las lechuzas y no para que peleen los hombres. Este es el medio mejor para refrenar á los indios cuando se muestran insolentes, y no hay arma más fuerte para sujetarlos que mostrarles valor, según lo que se ha experimentado,

y lo que diré después, Aprovechó el remedio, porque sin otra diligencia, se retiraron á sus rancherías, cesó el alboroto, pudieron descansar los nuestros, aunque con el sobresalto natural del que se encuentra en medio de tantos enemigos y rodeado por todas partes.

CAPÍTULO XVIII

PROSIGUE LA MATERIA DEL PASADO, SALEN DE GUERRA POR LA MAÑANA, ESCARAMUZA CÉLEBRE Y SU FÍN, VIENE SEISERE CON LOS SUYOS, COMPÓNENSE LAS MATERIAS DE PAZ Y VUELVEN Á LAS REDUCCIONES.

No desistieron de su intento los infieles, porque deseosos de que llegase la mañana para romper con los cristianos, apenas divisaron las primeras luces del día, cuando dieron la primera alborada con una descompasada gritería, y tal, que puso en cuidado á los nuestros; prosiguieron gritando más y más, sirviendo de clarín con que publicaban la batalla, y hacían la señal de acometer. Pusiéronse los bárbaros en orden, armados con arcos y saetas, y marchando con mucho concierto y disciplina militar, al compás de sus pífanos y tambores, se colocaron á vista de los soldados, á proporcionada distancia para cerrar con ellos; lance verdaderamente terrible, en el cual se veían comprometidos los nuestros, pues era mayor peligro volver las espaldas que acometer á los contrarios, no obstante su multitud y braveza.

Resueltos á defender sus vidas del furor de los bárbaros, salieron á campo raso los 70 soldados capitaneados por el Padre; formaron entre sí una bien concertada media luna á vista de los gentiles, con orden de tener abocadas á tierra sus armas, sin ofender á nadie, aunque sí podían defenderse cuando lo pidiese el caso. Obedecieron puntualmente los soldados, y el misionero hecho pastor para defender su rebaño de aquellas fieras racionales, y hecho Capitán por Cristo, como lo pedía el tiempo, armado con la confianza en Dios, y con la poderosa intercesión del grande Apóstol de las Indias, se puso en medio de los dos escuadrones, cercano á la media luna.

Aquí será preciso hacer una advertencia muy importante para que no se condene por temeraria esta acción del Padre, de situarse de la manera dicha á vista de los contrarios. Es máxima entre estos gentiles, muy aceptada, y fundada en sus agüeros y supersticiones, la de no acometer al enemigo en guerra viva hasta no reconocer quién da muestras de cobardía ó flaqueza, para lo cual sale á tentar vado uno de sus Capitanes, el más valiente, persuadido de que si muestra ánimo y valentía, el contrario pier-

de la victoria; pero si muestra flaqueza, se dan por victoriosos los otros, y acometiendo entonces el que se ostenta valeroso, luégo al punto acometen los demás al escuadrón contrario y se traba la pelea entre los dos ejércitos. El Padre, pues, como experimentado en estas máximas y supersticiones, estaba bien noticioso de semejante agüero, y así tuvo por cierto que era remoto su peligro, pues con mostrar valor y hacer rostro al Capitán con muchos gritos, estaba atajada la batalla, sosegada la tormenta y hechas las amistades.

Estaban, como íbamos diciendo, los dos escuadrones careados, y en medio de ellos el Padre para ser la piedra del toque y el blanco de sus experiencias. Entonces un gandul de pocos años llamado *Balivasi*, Capitán en quien corrían parejas la soberbia y el valor, dejando su escuadrón, partió con toda ligereza y se le encaró al Padre con el arco tirante y la flecha tendida sobre él, y vibrándola con tanta prisa y horribles ademanes, que bastaba á poner horror; entróse le de esta suerte, y con la acción de quien dispara, tiró con violencia de la cuerda y le apuntó al pecho. Paróse el indio, y mirando con atención al rostro del Padre, observó si mostraba cobardía, pero éste, esforzando cuanto pudo la voz, le dió un formidable grito, y le echó al mismo tiempo la mano para arrancarle la melena, no para ofenderle sino para mostrar valor, para que desistiese de su intento; pero aunque anduvo con tanta ligereza el Padre, la tuvo mayor *Balivasi*, porque desprendiéndose de sus brazos partió para su puesto. Volvió segunda vez el indio, haciendo los mismos ademanes que la primera, y al flechar el arco para dispararle la saeta, paró muy atento mirándole los ojos para reconocer en ellos si flaqueaba. Hizo el Padre la misma diligencia que la primera vez, y el Capitán corrió para los suyos; repitió estas escaramuzas el bárbaro tercera, cuarta y quinta vez, y otras tantas su entereza el Padre José, quien viendo que ya bastaba de pruebas y de experiencias tan pesadas, hizo silencio á todos hablándoles á los contrarios con un largo razonamiento que oyeron muy atentos.

—Hijos míos, les dijo, nosotros no venimos de guerra, ni mi profesión lo pide, que soy Sacerdote y misionero; bien estáis mirando los soldados que traigo en mi compañía, armados de tantas bocas de fuego, arcos, flechas y macanas, y si ellos quisieran haceros guerra, ya la hubieran hecho desde luégo, pues no les falta valor para defenderse y ofenderos, ni armas más poderosas que las vuestras. Venimos de paz en solicitud de vuestra amistad y gloria, y con deseo de que mejoréis de fortuna; para eso dejé mis conveniencias, para eso trajiné por tantos montes, navegué ríos, arriesgué mi vida y puse en peligro mi persona, sólo mirando vuestro bien; pues estando vosotros en este monte, como si

fuerais brutos, y sin conocer á Dios, ¿ qué otra cosa podéis esperar después de una amarga vida, que la perdición eterna de vuestras almas?

Estas y otras semejantes razones les dijo el Padre, con las cuales, obrando Dios, y convencidos sus ánimos, trocaron la pasada saña en una amigable paz, vinieron de común acuerdo todos, y *Balivasi* el primero, con los arcos y carcaces debajo del brazo, en señal de benevolencia, dando fin á esta temida guerra, con amigables abrazos con que los estrechó el Padre y los suyos, atajando Dios tan manifiesto riesgo con medio tan oportuno. De aquí pasó un indio cristiano, que ahora es Capitán de los *Anibalis*, á afear á *Balivasi*, hermano menor suyo, con un razonamiento más discreto que lo que ofrece la capacidad de un indio, y que le hizo saltar las lágrimas al Padre, la acción tan infame que había usado, recibiendo de guerra á quien pretendía la paz y su mayor bien, razones que avivadas con su justo enojo y el derecho que le daba el ser su hermano mayor, le compelieron á castigar su atrevimiento con un pescozón. No era menester tanto para irritar el ánimo del soberbio *Balivasi*, y así, aunque hermano menor, revestido de los humos de Capitán y de la presunción de valiente, correspondió al punto con otro pescozón, con lo cual los dos se iban agarrando. Sosególos el Padre, trocando el enojo de los dos hermanos en tiernas lágrimas de cariño, nacidas de no haberse visto los dos mucho tiempo hacía, y de saber *Balivasi* cómo aún vivía su madre en el pueblo nuevo de los *Betoyes*.

Ya parecía que quedaba allanado todo, ajustadas las paces, sosegados los ánimos, vencido el riesgo y trabadas las amistades; pero cuando se prometían el descanso, y cantar la victoria con repetidos plácemes, sobrevino otro peligro en nada inferior á los que quedan dichos. Ya advertimos que la noche anterior habían enviado á toda prisa los *Anibalis* un mensajero á *Seisere*, con el aviso de lo que pasaba, para que viniendo con los suyos castigase á los españoles, y refrenase su osadía; era este indio muy poderoso y principal entre las naciones, no sólo por su hacienda, sino por su valor, con el cual se sobrepuso á todos y se hizo Jefe, con el título de Régulo, y así le llamaremos por ahora. Acabada, pues, esta refriega se apareció el Régulo con un crecido escuadrón de indios *Guaneros*, *Situjas*, *Quilifayes* y *Guaracapones*, todos gente de valor y ejercitados en la guerra. Fácil es imaginar cuál vendría *Seisere* contra los españoles, impresionado con las falsas noticias de la muerte de sus vasallos, y en especial de *Toloquia*, uno de sus principales; entró acompañado de los suyos, con tal sigilo, que cuando menos se pensaba se hallaron con él los nuestros, hecho un león de cólera, que despedía llamas de indignación y enojo, armado de una larga y gruesa macana, y

cantidad de dardos, y lo primero que habló fué preguntar en dónde estaban los indios á quienes habían muerto los blancos; tomó el Padre la palabra, hablándole por intérprete, por ser su nación de distinto lenguaje, y desengañóle diciéndole que le habían mentido, que allí estaban vivos *Toloquia* y sus demás vasallos, y que ellos habían ido á sus tierras únicamente en solicitud de su amistad.

Aquí mostró *Seisere* sus buenos respetos y la nobleza de su sangre, pues aunque gentil tenía costumbres de cristiano, muy dado á la piedad en socorrer á los desvalidos, sin reconocer más mujer que aquélla con quien estaba casado, que es cosa bien rara en un indio principal y poderoso, virtudes morales que le premió Dios; llamándole no mucho después á su Iglesia; mostró, como iba diciendo, sus nobles respetos, porque desengañado ya y reconocida la verdad, todo el enojo que había concebido contra los soldados y el Padre, lo convirtió contra los suyos, y fué mucho no haber ejecutado entre ellos un ejemplar castigo, que tal vez omitió por respeto al Padre y á sus compañeros, á quienes vuelto entonces con afabilidad generosa, digna de un príncipe cristiano, profesó desde este tiempo una tan estrecha amistad, que fué gran parte para el copioso fruto que se recogió en aquellas Naciones el año de 1722. Le cortejaron los nuestros todo cuanto permitió el tiempo y circunstancias; de lo cual quedó no menos agradecido que pagado, viendo el porte de la gente española.

Acabadas ya todas las discordias y pacificados los ánimos de los naturales, explicó el Padre á los principales de la Nación más detenidamente el motivo de haber entrado á sus países; diéronle oídos gratos, pero le replicaron que tenían que consultar entre sí lo que juzgasen conveniente. Parecióle bien al Padre su determinación, viniendo de buena gana en petición tan justa, pues el plantar la fe ha de ser con la fuerza de las razones y no con la violencia de las armas. Entraron en consulta los *Anibalis*, y después de varios pareceres, resolvieron que no era conveniente dejar sus tierras hasta no informarse primero de la verdad de cuanto les prometían; que enviarían á algunos de la Nación en el verano siguiente, para que viendo por sus ojos el estado de la cristiandad nueva, y las conveniencias del territorio para sus roserías, pudiesen con mejor acuerdo salir; esto resolvieron, y esta fué la respuesta que dieron al Padre, quien viendo por una parte la razón que les asistía y por otra la buena disposición en que quedaban, no quiso porfiarles más, sino esperar al verano siguiente, en la confianza de que estarían más sazonados para recibir la fe con las noticias que les darían sus exploradores; y estando entablada la amistad con los *Anibalis*, los *Situjas* y principalmente con *Seisere*, se despidió de éste, dándole palabra de ir

á verle á su tierra en algún tiempo, y juntamente á todos los demás, con lo cual dieron la vuelta á la reducción de los Betoyes, contentándose con dejar sembrada la palabra de Dios, que había de fructificar á su tiempo.

Quiero concluír este capítulo con un caso que sucedió á la ida, que, aunque no lo califico de milagro, pues pudo ser cosa natural, manifestó Dios en él la paternal providencia que tiene con sus criaturas. Habiendo caminado nuestros peregrinos todo un día, que fué el 25 de Febrero, por unas tierras muy ásperas, atormentados por el agüijón de la sed, sin haber encontrado una sola gota de agua, eran las tres de la tarde, y trataron de hacer alto; fueron á buscar agua, y habiendo andado varios por distintos sitios, se vinieron sin ella por no haberla hallado, con gran desconsuelo suyo, pues sobre perecer de sed, se hallaban sin tener modo de preparar su comida, y fué cosa maravillosa que, cuando estaban en su mayor aflicción, se toldó el cielo, cayó un golpe de agua, llenaron cuantas vasijas tenían á mano, quedaron varios pozos en el suelo, y pudieron beber y sazonar su pobre alimento, alabando todos al Padre de las misericordias por tan singular providencia, que atribuyeron á la poderosa intercesión de San Francisco Javier; y como si las nubes no hubieran sido enviadas por Dios para otro fin que el de satisfacer la necesidad de los caminantes, no volvió á llover hasta que volvieron de la montaña, después de muchos días de lo sucedido.

CAPÍTULO XIX

ENTRADA Á LOS ANIBALIS Y OTRAS NACIONES; PRENDEN Á CURUSIABA Y Á TALICA Y SON PÚBLICAMENTE AJUSTICIADOS; COPIOSO FRUTO EN ESA OCASIÓN.

Por instantes se esperaban en el año siguiente los resultados de lo pactado con los *Anibalis* y *Situjas* sobre la venida de algunos de ellos á registrar las tierras, y dar noticia á los otros para que saliesen del monte, ó se dispusiese otra entrada para facilitar la reducción. Pasóse todo el año, que fué el de 1720, sin noticia alguna de ellos, porque preocupados con el miedo, según se supo después, no se atrevieron á salir para explorar la tierra. Llegó el año de 1721, y viendo que no salían, pareció conveniente entrar á reconvenirlos; entraron, pero no tuvo efecto el viaje, porque llamado el misionero por el Padre Francisco Antonio González, Provincial entonces, quien había llegado á las misiones con ocasión de la visita, hubo de dejar la empresa comenzada y volverse desde la mitad del camino; prosiguió no obstante la derrota el Capitán Zorrilla, y habiendo llegado á los *Anibalis*, lo halló todo

trastornado con motivo de una peste que se había introducido en los pobres indios, visto lo cual se volvió, sin conseguir cosa alguna.

Supieron los gentiles la llegada del Capitán, y, ya fuese por haber sido tan pacífica como lo pedía el caso, ó porque hubiesen desechado sus temores, resolvieron cumplir el trato hecho y mandar once gandules, *Anibalis* unos y *Quilifayes* otros, algunos de ellos hijos de *Seisere*, y llegaron todos once á *Coribabare*, pueblo de las misiones, en donde estaba el Padre Provincial con su Secretario. Alegráronse sobremanera los Padres de ver aquellas nuevas plantas que disponía el Señor para el jardín de su Iglesia, y se esmeraron con palabras y con donecillos en granjearles la voluntad, diligencia que aprovechó mucho para que, vueltos á sus tierras, aficionasen á sus paisanos á nuestra Santa Fe, viendo la afabilidad y buen trato de los que la profesaban; miraron con atención el país, observaron sus habitadores, registraron la cristiandad nueva, vieron el adorno del templo, admiraron la gravedad y concierto de la Religión Católica, junto con las entrañas de caridad que les mostró su misionero, y la afabilidad de los nuevos cristianos. Volvieron muy contentos á sus tierras á dar noticia á sus paisanos de cuanto habían visto.

En esta buena disposición se encontraban aquellas Naciones por ese tiempo, cuando llegándose el año de 1722 pareció conveniente que se hiciese otra entrada, tanto para recoger aquella mies sazonada ya, como para encarrilar algunas ovejas descaminadas desde la fuga de *Talica*. No se había olvidado el Capitán Zorrilla de la rebelión de los *Quilifayes* y *Mafilitos*, la muerte de Carlos, y mucho menos la necesidad de castigar la alevosía de *Talica* y sus aliados, que habían concurrido á tan injusta muerte, lo cual, junto con estar en la montaña un cristiano apóstata de Macaguane, llamado *Curusiaba*, contra quien estaba sustanciada la causa con sentencia de muerte, por las muchas que había hecho (19 por todas), y huyó del cuartel en donde estaba preso, le ponía alas al Capitán para entrar á sangre y fuego en seguimiento de la venganza.

Entraron, pues, á la montaña el Padre José y el Capitán Zorrilla, aunque con diversos fines: el Padre á ejercitar su oficio de misionero, y el Capitán el oficio de Juez; aquél á lograr el fruto de sus pasados riesgos y sudores, y éste á poner en ejecución lo que por razón de su oficio no le era lícito omitir. Pusiéronse en camino á mediados de Enero con todas las prevenciones necesarias para tan árduo empeño, á saber: un grueso escuadrón de indios amigos y de españoles, bien prevenidos de armas, con víveres para muchos días, porque andando como gitanos *Curusiaba* y *Talica*, no se podía medir el tiempo ni la detención del via-

je, por no saberse con certidumbre dónde estaban; y por abreviar mi relación, llegaron después de muchos días por caminos inciertos á la otra banda del *Sarare*, y habiéndose dirigido á un sitio casi desconocido por lo poco trajinado, pararon en la orilla de un brazo de cierto río pequeño, por el cual habían ido embarcados. Era ya algo entrada la noche; registraron aquel paraje, y aunque encontraron señales de habitación de indios, no los hallaron, y es el caso que como los *Quilifayes* y *Mafilitos* llevaban arrastrando la soga de sus delitos con la muerte de Carlos, no tenían sitio fijo en el monte, pues la mala conciencia nunca se juzga segura aun en el rincón más escondido. Por esta causa, y para dormir de noche, dejaban sus rancherías por miedo de los blancos, y se retiraban como fieras á lo interior de la montaña, porque le habían pronosticado á *Talica*, un año antes, que moriría ahorcado, y era muy duro para él el cumplimiento de semejante profecía, y así procuraba guardar el pellejo de mil modos, hurtando el cuerpo á los peligros cuanto le espoleaba el temor.

Pero para que veamos ahora cómo buscaba Dios la sangre de los inocentes en las manos de los homicidas injustos, sin saber el Capitán ni los soldados si había gente en aquel paraje, ó no la había, quedándose el Padre en la ranchería, se repartieron los demás entrada la noche, unos por este sitio y otros por el otro, para rastrear en ellos si había algún ruido ó señal de gente, cuando á pocos lances oyen en lo retirado del monte llorar á un niño; empezó á correr la voz de que había gente, fueron con gran sigilo los soldados, pensando que estarían por allí cerca *Talica* ó *Curusiaba*, que era su intento principal; llegaron poco á poco, y debajo de la espesura de unos árboles, percibieron un gran bulto como de mucha gente, y sin esperar más plazos se echaron de golpe sobre ellos. Bien se puede suponer el alboroto de los indios cogidos á tales horas, en tales circunstancias y en tal sitio: levantáronse despavoridos, y alzando el grito, resistiéronse unos, huyeron otros, y aunque los soldados anduvieron ligeros, sólo pudieron haber á las manos cuatro indios; sacan luz á toda prisa, y, cosa admirable! repararon en ellos, y hallaron no sin admiración suya, que estaban entre los cuatro *Curusiaba* y *Talica!* Fueron en seguimiento de los demás, después de asegurados éstos, y aprehendieron á varios de los culpados, y los aseguraron también, con lo cual, logrado este lance, que era el de su mayor cuidado, se fueron á descansar hasta la mañana, dejando guardias á los presos.

Llegada la mañana, trató el Padre de su negocio, que era ir en busca de sus indios, y en cuanto á lo primero fué á casa de su amigo *Seisere* en compañía del Capitán (que llevó consigo los presos para mayor seguridad). Mas como abandonar el país

propio, las posesiones y el mando, y sobre todo la libertad, sea de no pequeña dificultad, mostró el viejo alguna displicencia, y aun recelo del Padre, quizá por el alboroto que no se pudo evitar. El Padre le habló en su propia lengua, diciéndole que eran amigos, que sólo pretendía verlo, y diciendo esto sacó un ceñidor muy curioso que para el efecto llevaba, y con muchas ceremonias de que se pagan bastante, se lo puso al viejo. Algo agradecido quedó *Seisere* de esta acción, con la cual y con la algarabía que levantó su mujer para que se saliese del monte, se determinó á seguir al Padre. Ya quisiera ponerse en viaje desde luégo, pero le detenía no poder caminar, por tener acancerado el dedo de un pie.—Ahora bien, le dijo el Padre. ¿Si sanareis, os vendréis conmigo?—Sí, respondió *Seisere*; entonces el Padre José, encomendando á Dios este negocio, y á San Francisco Javier, le hizo la primera cura, y fué cosa digna de notarse, que siendo el cáncer en esta tierra de tan conocido riesgo que raro sana, á las cinco curas que le hizo se alentó el viejo, en tanto grado, que pudo ponerse en viaje desde entonces.

Conseguida esta ventaja, como la principal de todas, trató de buscar á los indios. Estos estaban amedrentados, porque no habiéndose podido hacer la prisión de los prófugos con sigilo sino con tanto alboroto, natural fué que corriese la voz y se divulgase por el monte. A más de esto, la poca estabilidad que tienen los indios, que hoy hacen aquí su pueblo y mañana lo mudan á otra parte, por causas leves nacidas de sus agüeros, sin tomar punto fijo de asistencia, dió al Padre tanto que padecer en estos días que no es fácil comprenderlo, porque caminando de sol á sol en busca de sus indios, ya por rancherías, ya por los montes, valiéndose de algunos gentiles de quiénes tenía confianza y estaban prácticos en sus guaridas, anduvo á caza de estas fieras á costa de tan desmedido trabajo, que un día no pudiendo su naturaleza llevar tan grande peso, cayó rendido en tierra, y dijo á un indiecito que le acompañaba:—"Hijo, yo me muero;" enternecido el niño, y temiendo que se le muriese el Padre, procuró cuanto pudo socorrerlo en aquel desamparo y soledad, y teniendo á la mano un poco de vino del que servía para las misas, trájolo con un pedacillo de pan que encontró, y le dió de comer y beber; volvió en sí de su accidente, que no era otro que una gran debilidad, nacida de lo que en ese tiempo sudó y trabajó, estando tan mal alimentado. A costa de estas fatigas consiguió reunir á los *Anibalis* y *Situjas* que le habían dado palabra de salir en ese año; conquistó asimismo las voluntades de los *Mafilitos* y *Guaneros*, que estas piedras preciosas no las concede Dios sino por precio muy subido, y no se sacan estas plantas para el jardín de la Iglesia de los montes y tierras de las Indias, sin ser antes regadas con el sudor

de los misioneros evangélicos, y arrancadas con gran trabajo de entre los arcabucos y malezas.

Conseguida una partida de más de 300 almas, sacadas del gentilismo, se pusieron en viaje para la redución nueva; llegaron á las orillas del *Sarare*, y embarcados poco á poco, pasaron á la otra banda, en donde fué preciso parar, y cumplir con su oficio de Juez el Capitán Zorrilla; traía consigo presos los delincuentes *Talica* y *Curusiaba*, porque á los demás reos, por no haber tenido tanta culpa en la muerte de Carlos, se contentó con castigarlos ligeramente; allí, pues, en esta playa, y á orillas del río, mandó levantar una horca para poner en ella á los delincuentes, no queriendo dilatar el castigo para después por haber mucho peligro en la tardanza; procuró estorbarlo el Padre, rogando encarecidamente que por lo menos suspendiese el castigo hasta salir del monte; temeroso tal vez de que se huyese su gente si no se ejecutaba entonces, respondióle Zorrilla con igual cortesía y entereza, que sentía no poderle servir en lo que pedía, y así que no le impidiese ejecutar su oficio.

Levantada la horca, rogó el Capitán al Padre que confesase á *Curusiaba* como cristiano que era, y catequizase á *Talica* para que recibiese el bautismo; hízolo así el Padre, disponiendo al uno y al otro para que muriesen bien; hecha esta diligencia, á la cual se prestaron ambos con muestras de arrepentimiento de sus culpas, arrebataron los soldados á los miserables reos, á quienes ataron á un leño; el sargento hizo su oficio disparando un trabuco al uno y otro al otro, con lo cual dieron fin á sus delitos el valiente *Talica* y el temido *Curusiaba*, regando las arenas del *Sarare* con su sangre, á vista de aquel gentío, para escarmiento de la montaña y freno de sus naturales.

Ejecutado este suplicio, los suspendieron en el aire, colgándolos á vista de todos en la horca, cuyo temeroso espectáculo causó tanto horror á los gentiles, que no pudiendo sufrirle huyeron despavoridos, no á la montaña como antes, sino á buscar el camino para mejorar de fortuna en la redución nueva, abriendo los ojos con este golpe y reconociendo los peligros de quien se obstina en contra de la verdad. El malvado *Totodare*, padre de Carlos, que fué el principal culpado en la muerte de su inocente hijo, ya había sido llamado mucho antes á otro más severo Tribunal, á dar cuenta de tan enorme culpa, muriendo en su ceguedad, negándole sus auxilios Dios para que se convirtiese á la fe, en castigo de un delito tan execrable y tan impío parricidio. Dieron sepultura á los cadáveres, y pacificada la montaña, habiendo triunfado del infierno, conquistando para Cristo un tan crecido número de infieles, prosiguieron el viaje al pueblo de los Betoyes.

CAPÍTULO XX

PROSIGUE LA MATERIA DEL PASADO, LLEGAN LOS NUEVOS GENTILES Á NUESTRAS MISIONES, Y SON RECIBIDOS DE LOS CRISTIANOS CON SOLEMNIDAD Y AGASAJO, EN EL CUAL SE ESMERAN TODOS.

No quiso Dios que el gozo que traía el Padre con tantos hijos, dejase de mezclarse con el acíbar de mayores quebrantos que experimentó al venir, porque como el viaje fué más largo que de lo ordinario, y la comitiva tan crecida, fué natural que, acabándoseles el matalotaje, experimentasen el hambre, con gran dolor de su misionero, que miraba perecer de necesidad á sus hijos, sin hallar modo de remediarlo. Llegó la necesidad á tanto, que uno de los que venían cayó de flaqueza al suelo, sin otro achaque que el de no comer, caso que atravesó de dolor las entrañas del Padre, y no hallando otra cosa á mano, que un pequeño panal de miel que casualmente encontraron, se lo dió, y confortado algún tanto, pudo proseguir su camino; repartió con todos el corto mantenimiento que le había quedado, pero como eran tantos fué preciso que les tocase muy poco. Duró esto algún tiempo, hasta que los consoló el Señor con dos socorros bien abundantes que salieron uno tras otro á recibirlos al camino, sabida la necesidad por el misionero de Macaguane, quien los despachó al punto.

Salieron finalmente del desierto como otros israelitas, á dar vista á la tierra de promisión de nuestras reducciones. Llegaron á la boca de la montaña, cerca de la misión de Macaguane al otro día de Ceniza, que fué uno de los más placenteros que experimentó este pueblo, que alegró al cielo y á la tierra, á los ángeles y á los hombres, viendo salir triunfante, libre del poder de Faraón aquel pueblo escogido de Dios, que por tantos siglos había estado en tan dura servidumbre en el Egipto de los montes. Habiendo llegado la noticia á *Macaguane*, alegres todos con tan plausible nueva, salieron á pendón tendido, desde el menor hasta el mayor, á recibir y agasajar á los nuevos; iban los indios principales en sus caballos por aquel campo, con un solemne recibimiento á su usanza, de tambores, clarines y estandartes, y toda la chusma con señales de tal alborozo y alegría, que la comunicaban á todos. Fué muy conveniente esta demostración para que viendo los gentiles el regocijo con que eran recibidos de los cristianos, desechasen los recelos que de ordinario les acompañan, y más cuando sabían los disturbios que habían precedido en los antecedentes. Ya se venían acercando los del monte, como lo manifestaba la alborozada consonancia de tambores, clarines y pí-

fanos, y su inseparable gritería, no ya manifestadora de sus enojos, como en las batallas, sino de regocijo y contento, por el que traían en sus almas; salieron, en fin, los guías, y tras ellos, con mucho concierto y orden, aquella numerosa comitiva de 300 infieles, acompañados de cristianos, enternecidos al contemplar en este triunfo no menos el poder de Dios, que lo infinito de su piedad; venía en medio de todos su misionero, á pie, con su bordón en la mano, macilento y maltratado con los trabajos del camino, no ya sólo como antes, sino acompañado de tantos hijos cuantos había sacado de las gargantas del infierno, y conquistado para Dios.

Acabaron de salir todos, y extendidos en el campo raso, dejaron apreciar su crecido número, la gallardía de sus adornos y el júbilo con que venían, y alternándose los ecos de los atabales, pífanos y clarines, el volar de los estandartes por el aire, y la alborotada gritería de los que iban y venían, recreaban el oído y la vista con el adorno de hermosas y matizadas plumas, que servían de guirnaldas; aunque venían desnudos todavía, disimulaba la falta de vestido decente, la variedad de matices con que estaban pintados de gala, y los arcos y flechas de que venían armados; mas entre todos ellos se señalaba con especialidad *Seisere*, quien á título de Régulo venía con una corona de vistosas plumas, y mucho acompañamiento, con su paje que le guiaba, armado. Encamináronse con este concierto y orden á nuestro pueblo de *Macaguane;* entraron en el templo, y después de saludada la Santísima Virgen, como especialísima abogada de esta espiritual conquista, con una solemne música, se repartieron los nuevos entre las capitanías del pueblo, quienes se esmeraron todo el día en agasajar á sus huéspedes con muchas vasijas de bebida, que éste es su mayor regalo.

Desearon los recién venidos visitar la iglesia segunda vez; fueron por la tarde muchos de ellos, y era motivo de gran ternura y edificación verlos hincar de rodillas delante de la Madre de Dios (cuando les explicaron que lo era) y pedirle á grandes voces que intercediese por ellos, lo cual hicieron con especialidad cuando llevados delante del Sagrario, oyen decir que estaba allí escondido, vivo y hecho hombre el Dios de los cristianos; allí estuvieron por largo tiempo pidiendo misericordia al Señor, quien sin duda la usó con ellos, porque saliendo al otro día de este pueblo, y llegando á su reducción de los Betoyes, de quienes fueron recibidos con gran cariño, quedaron muy contentos, permanecieron en él gustosos, y ya cristianos los capaces de recibir el bautismo, y con el tiempo todos después de bien instruídos, procuraron su salvación, asistiendo á la doctrina y sacramentos.

Fué bautizado *Seisere* con gran solemnidad, á quien pusie-

ron por nombre *D. Ventura Seisere* y honraron con el puesto de Teniente-Justicia mayor del pueblo, honra bien merecida en premio de lo que dejó, y puesto que ejercita con gran celo todavía cuando se escribe ésto. Recibió el bautismo en el mismo día su mujer, á quien dieron por nombre *D.ª María;* fué padrino de los dos el Gobernador de estos Llanos, D. Joaquín de Mendigaña, quien con cristiano celo, digno de la nobleza de su sangre, quiso autorizar este suceso. Tal fué el resultado de la entrada del año de 1722, pasando en silencio varias cosas, y entre ellas una emboscada que tenían los gentiles para quitar la vida al Padre, cerca de los *torreoncillos* arriba dichos, según se supo después, de la cual le libró Dios con haberse retirado los indios á sus borracheras. Concluyamos este capítulo con un caso que sucedió á la venida, y con el cual acreditó Dios el Sacramento del bautismo.

El día 10 de Febrero del año de 1722, estando ranchados en las playas del río Sarare, se moría un niño de pechos, hijo de una gentil; estaba tan en lo último y tan acabado que no tenía ya sino la piel y los huesos; súpolo el Padre, fué á toda prisa y dijo que si aquel niño se bautizaba se iría al cielo en muriendo, y que tal vez por el bautismo sanaría. Bautizóle, y fué tan notoria la mejoría del muchacho, que advertida de los gentiles pidieron esa misma noche que bautizase á otros tres de sus hijos enfermos; hízolo así el Padre y fué Dios servido que sanasen todos; admirados los gentiles traían aún á los que estaban sanos, porfiando para que los bautizasen también, tanto, que fué menester decirles que en el pueblo se haría con más solemnidad al son de chirimías y clarines, con lo que desistieron de su porfía; el niño primero sanó totalmente y se crió bien robusto, llamándolo *Waldo*; así premió Dios la buena fe de los que buscaban el bautismo para que lo supiesen estimar.

CAPÍTULO XXI

ÚLTIMA ENTRADA Á LA NACIÓN BETOYE; AGRÉGANSE NUEVAS FAMILIAS, Y LOS PROGRESOS EN CRISTIANDAD DE ESTA REDUCCIÓN.

Muy semejantes á las pasadas en las penalidades y trabajos fueron las dos entradas que se hicieron después; por esto y por habernos detenido en esta fundación más de lo que había pensado, trataré con brevedad ahora de lo que se consiguió en ellas, y de los progresos nuevos de esta reciente cristiandad. Así, viniendo á los dos años siguientes, después de la salida de *Seisera*, entró á recorrer la montaña dos veces el Padre; en la primera se agregaron hasta 52 almas de los *Anabalis*, y en la otra logró sacar

otros muchos, siendo el número de los reducidos en estas dos entradas 190 por todos; con lo cual se acabó de reducir la Nación Betoye, y se puso la última mano á la fundación nueva, que pasaría el día de hoy de 800 almas, si las frecuentes epidemias de que adoleció el pueblo no lo hubieran disminuído mucho.

Para pasar ahora á los progresos de esta reducción en el culto divino, será bueno volver los ojos atrás y mirar atentamente lo que noté de paso. Se dijo que la casa del Padre era una pequeña ramada, muy semejante á la de los indios, y que servía de iglesia, siendo todo como de prestado; así fué pasando con estas incomodidades algunos años, sin más ornamento que el altar portátil, y sin más campana para llamar á misa que con un tamborcillo con que se convocaba al pueblo. Cuando le pareció que era tiempo, trató de levantar iglesia, sin otro caudal para ello que la confianza en Dios, finca segura y principal de los misioneros; fabricóla bien capaz, y la enriquició con ornamentos y alhajas, estatuas y pinturas para su adorno, cálices, candeleros de plata y otras muchas cosas necesarias para el servicio, con dos campanas y tres altares bien adornados, y en especial el mayor, en el cual ahora se ha levantado á todo costo un lucido tabernáculo de cedro en que están colocadas muchas imágenes en sus nichos, siendo lo principal de todo un rico y vistoso camarín con muchos espejos de cristal y ricas cortinas, en donde campea con mucha hermosura y gloria una estatua de la Santísima Virgen.

Es al presente una de las iglesias más bonitas de cuantas tenemos en misiones de los Llanos, á la cual ayudaron muchas personas devotas al buen celo del Padre, quienes le franquearon cuanto alcanzó su piedad para la fundación nueva; liberalidad que sobre ser tan agradable á Dios, vivirá eternamente en nuestra estimación y agradecimiento; muchos han sido los benefactores que concurrieron á esta empresa, pero el señalado entre todos fué un religioso de los nuestros, de cuyo celo fervoroso en fomentar no sólo estas misiones de los Llanos, sino las del Meta, se podía decir mucho, si por vivir todavía no pareciera lisonja cuanto en elogio suyo se escribiese. Puede decirse con verdad, que estándose á pie quieto en Santafé este Padre, ocupado en la lectura de su Cátedra de Teología moral, ha sido el segundo fundador de la misión de los Betoyes; así lo manifiestan las muchas alhajas de iglesia, y los crecidos envíos de lienzo, camisetas, cuchillos y otras muchas herramientas y variedad de cosas que ha remitido á los Betoyes y á la reducción del Meta para su fomento, caridad que le premió Dios escogiéndole para piedra fundamental de otra reducción del Meta, de que trataré pronto; baste este pequeño elogio, nacido de mi agradecimiento, por lo que le está reconocida la fundación en donde me hallo.

Volviendo á nuestro misionero de los Betoyes, no contentándose con la fábrica de la iglesia, procuró con todas sus fuerzas fundar una escuela de música, para lo cual escogió á los niños más hábiles y de mejores voces, y les buscó maestro á su costa para que les enseñase, y es para alabar á Dios oír ya en aquel sitio, poco antes habitado solamente de fieras, una tan bien concertada música de casi 30 cantores que, hablando sin ponderación, puede competir y aun exceder á todos los coros que se hallan en estas misiones, que son muchos y muy diestros en la solfá, y en que con particular cuidado se han esmerado y se esmeran nuestros misioneros. Y causa mayor admiración ver se halle esta destreza en unos niños tan montaraces y agrestes como los Betoyes, sacados del monte como brutos; buscó para este efecto variedad de instrumentos de mucho valor, tanto de cuerdas, como de chirimías, clarines y bajones, en cuyo manejo están ya bien diestros los indios el día de hoy, lo cual muestra bien claramente el cuidado con que Dios ha tomado esta cristiandad nueva, viendo que un pobre religioso, sin más caudal que el de la pobreza evangélica, haya podido adquirir tanta multitud de alhajas que importan una considerable suma, para que quien fuese llamado de Dios á semejantes empresas no desmaye, viendo cuán liberal concurre á la perfección de sus obras.

Mucho se pudiera añadir aquí sobre los progresos de este pueblo, que omito por la brevedad, como la policía racional con que viven, hallándose ya en esta reducción muchos oficios útiles para el común, tales como carpinteros, herreros, tejedores y sastres; y lo principal de todo, la puntual asistencia á la doctrina y funciones cristianas, y muy especialmente la devoción cordial á la Santísima Virgen, cuyo Rosario cantan por las calles en los días de fiesta con mucha solemnidad, como en las ciudades de cristianos, á lo cual les ayuda mucho el ejemplo de los blancos, que con ocasión de visitar la prodigiosa imagen, de quien han recibido y reciben singulares favores, acuden en romería de todas partes á sus novenas. Por estos medios, y principalmente con las pláticas frecuentes que el Padre les hace en su propia lengua, á la cual se aplicó con eficacia sacando bocabulario y arte, traduciendo en ella el Catecismo, van abriendo los ojos á la verdad estas gentes para conocer á Dios y buscarle, como lo da á entender la frecuencia de los Sacramentos de confesión y comunión.

Dejo finalmente de referir otras muchas cosas pertenecientes á este capítulo, y los muchos y buenos oficios de caridad que con sus indios ha usado y usa su misionero, que podía formar un largo catálogo, y es preciso pasar en silencio por ahora, siguiendo el consejo del Espíritu Santo, *Ne laudes hominem in vita sua*. Bien entendido tienen esto los Betoyes, mirándole con afecto filial,

como á su propio padre, no obstante ser tan montaraces y agrestes; y recelosos de que el Padre Provincial se lo quitase para llevarlo á Santafé, tuvieron una larga conferencia con él para que lo dejase en su pueblo, y le siguieron por muchas leguas á su partida con esta importuna demanda. Á tanto llegó su afecto, junto con su brutalidad, que sabiendo que venía en otra ocasión á la visita, fueron con grande empeño á donde el Padre José á que les diese grata licencia para salir al camino á flechar al Provincial, y lo hubieran puesto en ejecución si el Padre no les hubiera quitado de la cabeza y afeado tan detestable desatino. No por eso le faltó al Padre en medio de la fineza de sus indios, la ingratitud de muchos, que si en el Apostolado hubo un Judas, no es de extrañar que haya algunos en una población de gentiles.

Muchas son las ingratitudes que ha recibido de los indios en premio de su agasajo, ya con desvíos, ya con palabras malas y con demostraciones de indignación, tanto, que el año de 1721, uno de los principales tenía ya amotinado el pueblo contra el Padre, con intención de dar la estampida, huyéndose á la montaña desde el mayor hasta el menor, y tuvo atrevimiento el indio para entrársele á su casa y decirle :—"Tú eres nuestro mayor enemigo," sin más fundamento que sus brutales aprensiones á que dan crédito con la misma facilidad que á lo que sueñan. Fué providencia de Dios que entrase este Betoye á hablar al Padre, aunque con tan malos términos, porque descubriendo la raíz de aquella falsa aprensión, le habló y desengañó con tan evidentes razones, que convencido con ellas, y reconociendo la verdad, él mismo, habiendo alborotado al pueblo, lo sosegó otra vez y persuadió á que desistiese de la fuga, siendo desde entonces uno de los más finos y constantes cristianos.

CAPÍTULO XXII

REFIÉRENSE ALGUNOS CASOS SINGULARES.

Muchos son los casos particulares que podía poner aquí, pero por evitar el fastidio que suele traer consigo el amontonar muchas cosas, cuando son semejantes, sólo pondré algunos en este capítulo. Sea el primero de todos el que sucedió el año de 1722 con una india gentil de más de 100 años de edad; era esta anciana sorda como una piedra, impedimento bien notable para que le entrase la fe; hizo varias diligencias el Padre para instruírla, pero como esto ha ser por el oído, eran ociosas las palabras, y aún las señas, para que por ellas cayese en la cuenta de lo que le enseñaba. Pensando, pues, el misionero algún medio oportuno para instruírla, vino por último la india á levantar las

manos al Cielo y pronunciar esta palabra: *Dios*. No sé á la verdad cómo pudo oír esta palabra, pues aun los mismos gentiles que la habían tratado en el monte decían que la habían conocido siempre sorda. Pudo ser que oyese algo, aunque con dificultad, y sucedió que de allí á pocos días, habiendo salido al monte esta gentil, uno que la acompañaba vino corriendo á donde el Padre y le dijo cómo la india vieja se había caído muerta de repente allí cerca; no había muerto todavía, como lo pensaba el indio; fué volando el Padre con agua, por si acaso la encontraba con vida, miróla y reparó que dió una boqueada; lo mismo fué darla que tener sobre sí el agua del santo bautismo, y para que no se dudase si lo recibió viva ó muerta, apenas acabó de bautizarla cuando dió otra boqueada, que fué la última para morir en este mundo y para empezar á vivir eternamente en el Cielo, como de la divina piedad se espera.

Añadiremos otro caso semejante que sucedió con otra india gentil, muy vieja, el año de 1716, Viernes Santo en la noche: había ido dicho Padre á visitar al Cura de nuestro pueblo de *Tame*, cuando de repente le sobresaltó el cuidado de sus Betoyes que quedaban solos; trató luégo de volverse á toda prisa, en tales circunstancias que lo extrañó el otro Padre; sin duda fué este pensamiento enviado de Dios, porque apenas llegó á su pueblo, cuando le dijo un indio, que en un rancho que estaba allí cerca se moría una enferma; entró adentro y le dijo la gentil:—"Padre, te estoy esperando para que me bautices, bautízame." Instruyóla lo que bastaba y la bautizó; apenas recibió el santo bautismo cuando espiró la nueva cristiana, con prendas bien seguras de su salvación.

El que sigue ahora sucedió estando el Padre José en la montaña, el año de 1717, y fué que el Padre Miguel de Ardanaz, de quien hicimos mención en otra parte, quedó supliendo en ínterin la reducción de los Betoyes, y fué por una casualidad al sitio de *Casiabo*, población antigua de estos indios, á donde Dios, que le llevaba para otro fin, le condujo á un ranchito pequeño en donde estaba agonizando una Betoye gentil, con una criatura al pecho; ya estaba instruída esta india por el Padre José, pero no la había bautizado por no ser tiempo todavía. Luégo que miró la india al Padre Ardanaz le dijo en su lengua:—Padre, agua, señalando á la cabeza; no entendía el Padre lo que quería decir con aquello por no saber la lengua, ni llevar intérprete que se lo declarase. Viendo la pobre gentil que se moría sin remedio y sin bautismo, por no entender el Padre su lenguaje, avivó por señas todo cuanto le dictaba el peligro, y el deseo de su salvación; levantaba las manos al cielo y se daba golpes en el pecho, señalaba la cabeza con la mano y repetía en su lengua *ocubabí*, "agua

Padre." Tan vivas señales persuadieron al Padre de que pedía el bautismo, que la bautizó luego y juntamente á la criatura, mostrando Dios que su intento al inspirarle al Padre aquel viaje tan intempestivo era el de salvar aquellas dos almas, pues á poco murió la india, y de allí á unos días el niño, volando desde las aguas del bautismo á la bienaventuranza del cielo.

No solamente ha manifestado Dios su singular providencia en favor de las almas de esta gente, sino también de su salud corporal y de sus bienes temporales. El año de 1719 murieron en poco tiempo muchos párvulos de un pestilencial romadizo, sin que bastasen remedios humanos para atajarle; acudió á los divinos un nuevo cristiano llamado Pedro Luisise, á fin de librar á un hijito suyo muy enfermo; quemó ramo bendito y dió la ceniza con agua bendita al niño; miró Dios la buena fe de su recién convertido, porque quiso S. M. que mejorase y viviese el muchacho, habiendo muerto los demás niños que adolecieron del mismo achaque. Con el mismo remedio del agua bendita favoreció otro indio su rocería, y fué el caso, que el año de 1718 un cristiano nuevo, viendo que se perdían las sementeras por cierta plaga que se produjo en ellas, tomó agua bendita, y yendo á su labranza, roció con ella por varias partes: no salió vana su confianza en Dios, porque quedó libre de la plaga entre las muchas rocerías que se perdieron en aquel año.

Perdíanse por falta de agua los maíces de los Betoyes el año de 1721. Hicieron una rogativa á la Santísima Virgen para conseguir por su intercesión que lloviese; al acabar la procesión se toldó el cielo y tronó, y al otro día cayeron diluvios de agua, que se continuaron por espacio de ocho días, quedando con esta singular merced no sólo remediados en el cuerpo con las mejorías de sus labranzas, sino también en el alma, confirmados en la fe y en la devoción de esta celestial Señora. Pararon de golpe las aguas al fin de los ocho días, hasta el día del Corpus Cristi, y peligrando sus maíces segunda vez, díjoles el Padre entonces:—"La vez pasada, por Mayo, la Madre de Dios os dió agua, pues ahora también su Hijo os dará agua si tenéis fe;" hicieron la procesión de Corpus Cristi con un sol tan ardiente como el que de ordinario suele experimentarse por ese tiempo, y parece que avivaron la fe los nuevos cristianos, porque luégo cayó un copioso aguacero con que quedaron remediados, alabando al Señor por la merced que les hacía, enviándoles tal socorro en tiempo de la mayor necesidad.

Esta liberalidad y misericordia del Señor la han experimentado también en sus enfermedades por los méritos del glorioso Apóstol de las Indias San Francisco Javier: en el año de 1722 hubo en el pueblo una epidemia de que enfermaron muchos; hi-

cieron una rogativa sacando al Santo en procesión, movido el Padre del dicho de un cristiano nuevo que dijo:—"Si San Francisco Javier saliera en procesión, todos estuviéramos con salud;" premió el Santo la confianza de este indio y la fe de los demás, pues apenas paseó las calles cuando cesó el contagio totalmente. Otros muchos casos han sucedido que eran dignos de saberse, como el de un vecino de estos Llanos, que, sufría del mal de piedra, é hizo la novena de San Javier para alcanzar la salud; al quinto día echó una piedra bien grande con abundancia de sangre corrupta. El mismo vecino, cuyo nombre es Ignacio González, en otra ocasión, encomendándose al Santo, casi para morir, arrojó otra piedra y mejoró.

Estas y otras misericordias ha hecho el Señor en esta cristiandad nueva, como en la Iglesia primitiva, para confirmar á los fieles, pues así como en ese tiempo obraba prodigios para que aquellas nuevas plantas se arraigasen, así en éste ha usado y usa de estas singulares mercedes, para afianzar en la fe á los que nuevamente se convierten, y esperamos en su infinita piedad que continuará estos favores, para que, alentados con ellos los nuevos hijos de la Iglesia, la miren como á madre, perseverando en su servicio con gloria de Dios y bien de las almas.

Quiero concluír este capítulo y el Libro 5.° también con un riesgo de ahogarse que tuvieron el Padre José y sus compañeros, y del cual los libró Dios en el río *Sarare;* favor que reconocieron todos y atribuyeron á la poderosa intercesión de Nuestro Padre San Ignacio: fué el caso que, navegando en ese río, en una de las entradas que hicieron al monte, al revolver de una ensenada dieron en una arrebatada corriente; volaba y zozobraba la embarcación con precipitada ligereza; no era posible detenerla ni gobernarla, por componerse de unos leños atados entre sí con bejucos. Diéronse todos por perdidos, y más cuando vieron que iba ya la balsa á estrellarse contra un tronco. Faltos de consejo, no pensaban ya sino en salvar la vida echándose á nado al río y clamar al Cielo con la eficacia á que les compelía el peligro; clamaron á voces, "San Ignacio!", y fué cosa de notar, que lo mismo fué invocar al Santo que hallarse, sin saber cómo, á orillas de una playa en un remanso del río; favor especialísimo fué este que reconocieron hasta los indios chontales, que aunque no temen al agua por estar ejercitados en nadar, clamaban también, "San Ignacio!" Esto sucedió el 17 de Febrero de 1717, y de ello fueron testigos cuantos experimentaron el riesgo, y entre éstos el mismo Padre, quien afirma que no sabe cómo ni de qué manera fué aquello de hallarse de repente en la playa cuando se daba por perdido; lo mismo atestiguan el Capitán Zorrilla y otras muchas personas de crédito que se hallaron presentes.

Todos estos pasos y peligros, y otros muchos que omito, ha costado la reducción nueva de Nuestro Padre San Ignacio de los Betoyes, á la cual no deja de hacer guerra todavía el común enemigo para arrancarla del jardín de la Iglesia y volverla á las malezas del monte, donde la tenía antes como suya. El año de 1727 estuvo á pique de perderse todo el pueblo; una noche no se oía otra cosa que clamores de guerra, estrépito de tambores y gritería de ánimos despechados para volverse á la montaña, tanto que un indiecito de pocos años, viendo la rebelión de sus parientes, fué corriendo á donde el misionero y le dijo:—"Padre, que se pierde el pueblo." Allí se vió en peligro de morir el Capitán Zorrilla, que había concurrido á sosegarlos, porque ya un indio le tenía apuntado al pecho un arpón para matarle con él. Todo se sosegó por fin con la prudencia y buen modo del Padre, desvelado casi toda la noche en sosegar á unos y á otros, precaviendo todos los lances que podían suceder. Se ve bien claramente cuánto caudal de celo, de constancia, de sagacidad y de prudencia sean necesarios para dominar á estas gentes tan bárbaras y montaraces, cuánta caridad para sobrellevarlas y sufrirlas, y cuán necesario sea para el feliz éxito de semejantes empresas un ánimo constante y varonil, que no se rinda fácilmente á las dificultades, ni vuelva las espaldas al enemigo, antes bien, poniendo su confianza en Dios, ha de estar preparado con ánimo heroico y espíritu de soldado de la Compañía de Jesús, á vencer las dificultades, acometer los peligros, y más cuando se ven vencidos con el favor de Dios tantos obstáculos, desencastillado el demonio, y librados de su tiranía tantos infelices que hoy día pasan de 1,200 por todos, contando los que fallecieron y los que quedaron vivos; ocupando aquéllos las sillas de la triunfante Iglesia por caminos tan extraordinarios, y floreciendo la Iglesia militante con éstos; reducido lo que poco antes era habitación de fieras á un pueblo numeroso y cristiano, edificado un templo tan rico de alhajas y ornamentos, para honra y culto del verdadero Dios, y finalmente trocadas tantas naciones de racionales fieras en cristianos por los apostólicos trabajos de su misionero; y espero en Nuestro Señor que ha de ser de gran gloria suya este pueblo, y ha de perseverar constante en la fe, á lo cual no dudo concurrirá Su Majestad, pues ha tomado por tan suya esta cristiandad nueva, según lo ha manifestado hasta aquí con los singulares favores que se han visto, y más si el Señor de la mies con su divina Providencia es servido de enviarnos muchos varones apostólicos que nos ayuden á echar la hoz de la predicación evangélica, para poblar las sillas de la gloria, la cual sea dada á Dios y á su Madre Santísima.—Amén.

LIBRO SEXTO.

Del entable de otras nuevas reducciones á las orillas del Meta y sus circunvecinos ríos, constancia de algunos de estos pueblos é inconstancia de otros.

CAPÍTULO I

DÁSE PRINCIPIO Á LA REDUCCIÓN DEL BEATO JUAN FRANCISCO REGIS DE GUANAPALO, Á LAS ORILLAS DEL RÍO META.

Vivía violentado el celo de la Compañía de Jesús en las estrechuras que hemos visto, porque si bien se entretenía en las empresas referidas, quedaban muchas otras naciones que avivaban aquel fuego sagrado, heredado de su Santo fundador. Santamente impacientados sus fervorosos hijos, se lamentaban de la tiranía del demonio, que tenía en las prisiones del gentilismo tanto número de infelices, y quisieran, como sacres generosos, levantar el vuelo y abalanzarse á la presa, pero los detenían las dificultades que les salían al paso, cuando la divina Providencia, que tiene echados sus compases desde abeterno con su sabiduría infinita, y que á su tiempo llama á los gentiles, según los secretos incomprensibles de la predestinación eterna, nos abrió la puerta para nuevas empresas y reducciones, en esta forma.

La nación Achagua, que estaba dividida en varias parcialidades que se hacían continuas guerras, fué menoscabándose, porque se mataban unos á otros, ya ocultamente con veneno, ya descubiertamente en batalla campal. Eran muchas las capitanías al principio y bien populosas, pero reducidas con el tiempo á corto número, entraron en bien fundados temores de que subiendo la Caribes los cautivarían á todos, por ser tan aventajados éstos así en el valor y las armas como en el exceso de la gente.

No se les ofreció otro medio más oportuno, que buscar á su antiguo Padre, que los había acompañado tantos años en el Airico, aunque sin fruto, y sin embargo de distar sus poblaciones muchas jornadas del río Meta, se vinieron á él algunas familias y se poblaron en un sitio llamado *Juaría*, como á media legua de distancia de dicho río. Asistióles en este paraje, por orden de los Superiores, el Padre Cavarte, como dos años, pero se reconocían muy pocas medras en la fundación nueva, y las esperanzas que daba de su aumento eran muy cortas, sobre tan pequeño número

de almas como allí había, que serían como 100. A los Superiores les parecía cosa dura tener ocupado en tan pequeño pueblo á un misionero que podía dar en otra parte mayor gloria á Dios, con más utilidad de las almas; pero, como es tan propio del fuego cebarse en lo primero que halla, aunque sea pequeño pábulo, prosiguieron en fomentar estos pocos indios, á lo cual ayudó el haber salido su Cacique y otros de los más principales á la ciudad de *Pore* á pedir con muchas instancias al Padre Ignacio de Meauris, Provincial por ese tiempo, que les dejase al Padre Cavarte para que los doctrinase. Así se hizo, pero con la condición de que dejando el sitio de *Juaría*, en donde estaban poblados, se acercasen á nuestras misiones, donde sería más fácil asistirlos por la cercanía de los pueblos.

En esta conformidad, trasportó el Padre José Cavarte á su pequeña grey, como cuatro días de navegación el Meta abajo, aunque con grandísima repugnancia de los indios, por el horror que tienen á la vecindad de los blancos. Escogióse para el nuevo entable un sitio bien á propósito, á las orillas de un pequeño río llamado *Guanapalo*, que desagua en el Meta á corta distancia, de temperamento benigno y fresco la mayor parte del año, la tierra sana, los ríos y quebradas circunvecinas abundantes de pesca, la montaña fértil. Hízose la fundación bajo el amparo del *Beato Francisco Regis*, y en ella estuvo algunos meses el Padre Cavarte, viviendo en el monte donde estaban ranchados sus indios para hacer sus labranzas, y sin más casa que un toldo viejo. Increíbles trabajos padeció el buen viejo en ese tiempo, pues á la pesada carga de su prolija edad, que estaba ya bien cercana á los 70 años, se le añadió la sobrecarga de los rigores del hambre, gaje inexcusable en las fundaciones nuevas; no podían socorrerle aunque quisieran sus indios, porque carecían en un todo de víveres, y se veían obligados á salir á los montes en busca de frutas silvestres, mientras fructificaban sus labranzas. Todo lo llevaba con notable alegría el santo anciano, por la que sentía en su alma, viendo que se abría la puerta á sus designios, y se ponía en planta su deseada fundación; pero cuando parecía que todo estaba allanado, y que, como el anciano Simeón, podía entonar con su reducción recién nacida en los brazos, el cántico *nunc dimitis*, para morir en ella como lo deseaba, le fué preciso dejar la empresa comenzada, y retirarse otra vez á los Llanos, con el desconsuelo de ver retardados sus deseos.

A la verdad, se miraba como muy poco útil esa desgraciada reducción, que había de ser algún día de tanta gloria de Dios, porque informados los Superiores de la poca gente que había, después de tanto tiempo de asistencia, y de las esperanzas tan remotas de que se le agregasen más familias, tuvieron por acer-

tado que se ocupase el Padre en otros ministerios en las misiones de los Llanos, No por eso dejaba él de luchar como otro Jacob con Dios, ni de herir una y otra vez como Moisés la piedra hasta sacar el agua de entre los duros pedernales; instó repetidas veces sobre su fundación de *Guanapalo*, asunto ordinario de sus pláticas, objeto de sus discursos, y blanco á que se dirigían sus tiros; podrán parecer estas instancias hijas legítimas de la decrépita edad, la cual suele declinar en caduquez, achaque inexcusable de las canas; y sin embargo, los Superiores tantearon las materias despacio, y concibieron algunas esperanzas de que podría adelantarse ese pueblo si se fomentaba con fervor. Informaron de todo al Padre Francisco Antonio González, que había sucedido al Padre Ignacio de Meauris en el Gobierno de la Provincia, y después de pedir nuevos informes, resolvió que pasase á los Achaguas de los llanos de Guanapalo á probar fortuna otra vez.

No se puede fácilmente ponderar el alborozo del anciano Padre al recibir aquella orden tan poco esperada y tan combatida antes por contrarios pareceres, aunque prudentes y bien fundados en la experiencia. Al punto emprendió el viaje por tierra, acompañado del Padre Juan Capuel, Superior de las misiones entonces, y llegaron á *Guanapalo* por el mes de Noviembre de 1721; bautizó dicho Superior á los párvulos, 30 por todos, y dió las órdenes convenientes para la estabilidad del pueblo y para lo que podía conducir á que saliese más gente á poblarse. Con este nuevo fomento fueron animándose los indios, y levantaron casas de vivienda y una pequeña ermita, en la cual decía misa el Padre y juntaba á los niños todos los días para enseñarles la doctrina, y á los adultos el domingo, y les hacía pláticas muy fervorosas en su lengua; recogía á los más capaces á su casa y los instruía más despacio para que sirviesen de levadura en el pueblo. Empezó Dios á premiar su constancia y á enviarle más almas cuando lo pensaba menos, pues en el mes de Abril del año siguiente, que fué el de 1722, salieron por su voluntad, y sin ser llamados, algunos indios, por todos 56 almas, y en Diciembre otras dos familias, por todos, 12, con los cuales se contaban ya 170 almas, que estaban emparentadas con otras muchas familias de tierradentro.

CAPÍTULO II

FOMÉNTASE LA REDUCCIÓN DEL BEATO RÉGIS; ENTRA UN MISIONERO MÁS Y SE AGREGAN MUCHAS FAMILIAS.

No obstante las noticias que corrían de que no era tan inútil

como parecía antes la reducción nueva, no faltaron contrarios pareceres que salieron al paso, oponiéndose á la resolución dada con razones fundadas en la experiencia, por estar la gente esparcida y ser tan incógnitos sus retiros, que apenas se sabía dónde estaban desde que los dejaron en el Airico; pero sucedía en este caso lo que sucede al ver desde lejos una tajada serranía, que apenas puede aquietarse la razón, aunque se multipliquen los discursos, sobre que sea posible la subida para ganar la cumbre, mas poniéndose los medios para ganarla, se halla por experiencia no ser tan difícil esto como parecía antes, llegando después de muchas vueltas y rodeos á su encumbrada cima. Bien reconocía estas dificultades el Provincial, pero mirando que se perdía muy poco en tentar vado, determinó enviar un misionero de refresco á la reducción del *Beato Regis*, con orden de que se noticiase más de cerca del estado de la fundación y de las esperanzas que daba de su adelantamiento, para quedarse en ella si se reconocía utilidad, ó que se volviese á los Llanos para asistir á los Betoyes, en caso de verse que era poco útil esta empresa.

En esta conformidad partió el Padre Juan Capuel como Superior que era, en compañía del nuevo misionero, quienes embarcados por el río Cravo y por el Meta, llegaron después de cinco días de navegación aguas abajo á las riberas del Guanapalo el día 26 de Octubre de 1722, y hallaron el pueblo bien fundado, repartidos los oficios de Alcaldes, Alguaciles, Fiscal y Teniente, y levantadas muchas casas, curiosamente fabricadas. Tenían entre manos entonces la vivienda del Padre y la Capilla interior, que había de servir de iglesia mientras se hacía otra más capaz. Regocijóse el anciano misionero, viendo que se daba importancia á su fundación nueva, aunque no dejó de recibir susto, y bien grande, con la inesperada llegada de los dos Padres, pensando que era para quitarle la presa de las manos. Acabado el hospedaje de algunos días, y habiendo regresado el Superior á las misiones de los Llanos, empezó el nuevo misionero á informarse de todo, valiéndose de los prácticos.

Estaba con el cargo de Teniente el buen indio de quien hemos hecho mención algunas veces, llamado Chepe Çavarte, á quien llamaremos D. José. Este había rodado mucha tierra, y estaba bien noticiado de los sitios y parajes en donde se hallaban las familias de la nación Achagua, y otras que entendían la lengua, aunque eran de naciones diferentes; todo se encomendó á la pluma y se sacó un informe para presentárselo al Provincial. En el ínterin fueron bautizándose los adultos, y poniendo á raya á muchos cristianos que había con sólo el carácter de tales, y en lo demás gentiles; muchos de ellos estaban casados á su modo con mujeres infieles, y otros con dos ó tres, y solamente se halló un

viejo cristiano que se hubiese confesado, no habiéndose dignado los demás en muchos años, aunque tuvieron ocasión para ello, buscar el remedio de sus almas en el Sacramento de la penitencia. Todo se fué allanando con la Divina gracia, casándolos *in facie ecclesiae*; confesando á los cristianos, y reduciendo á vivir con una mujer sola á los que tenían muchas.

Corriendo el año de 1723, á fines del mes de Enero, entró á visitar esta reducción el Padre Provincial Francisco Antonio González, con muchos deseos de saber si fructificaba esta nueva planta en las cercanías del Meta. Se le presentó el informe, y viendo estar bien fundadas las esperanzas de progreso, y que podía ser ésta un atractivo para la nación Saliva por estar emparentados muchos de éstos con D. José Cavarte, se resolvió fomentar con empeño la empresa. Habían salido á ese tiempo á comerciar con los del *Beato Regis* algunos de los dichos Salivas, mozos todos ellos, y de gallardo talle, á quienes mandó llamar el Provincial; hablóles por medio de intérprete sobre que se poblasen, á lo cual respondió el hijo de su Cacique, que venía haciendo cabeza, que por ser todos ellos muchachos no podían determinar nada sobre este punto, pero que volverían á su tierra y consultarían con los viejos. Pareció muy cuerda la respuesta á los que se hallaron presentes, viendo que aún los mismos gentiles hacen aprecio de las canas, para ejemplo de los cristianos mozos, que suelen hacer punto de menos valer el consultar á los años. El resultado de esta conferencia, y algunas otras que se siguieron después con ocasión de haber vuelto á salir dicho indio á esta tierra, fué, que pasados seis años se quedó éste en ella, y está poblado con algunos de los suyos de quienes es Capitán, y cuyo hermano es Cacique, por herencia de su difunto padre. Él ha enviado á convocar su gente, la cual estamos esperando de día en día, y lo que resulte se tratará después á su tiempo. Esto es más de admirar si volvemos los ojos á lo que pasó cuando estaba el Provincial presente: habían los Salivas comprado dos niñas de tierna edad á los Achaguas de Guanapalo, para llevarlas cautivas á sus tierras, en donde pensaban revenderlas á los holandeses ó á los Caribes, como lo hacen de ordinario. Hirióle vivísimamente al Padre este hecho cuando lo supo, y no le pareció justo disimular el que los lobos arrebatasen los corderos á vista de los pastores; llamó á los que hacían aquella venta tan bárbara como suya, y tan disonante á la razón como injusta é inicua, y asiéndoles comprender que no les era lícito sacar de entre los cristianos las almas para entregarlas á los gentiles, se descompuso el trato en los mejores términos que se pudo, y quedaron en el pueblo entrambas, á quienes bautizó el mismo Padre, con grande consuelo suyo, por haber arrebatado esta presa de las manos de

Satanás; honró á una de ellas con su nombre, llamándola Francisca Antonia, la cual permanece todavía en la reducción, con señales bien notables de ser una de las almas escogidas de Dios por su puntual asistencia á las funciones cristianas, devoción á la Santísima Virgen y frecuencia de Sacramentos de confesión y comunión; á la otra la aseguró su amo entregándola á los cristianos y librándola de gentiles.

Pero, volviendo á mi intento, sintieron vivísimamente aquel caso los susodichos Salivas, que bramaban como tigres hambrientos al quitarles la presa; regresaron rabiosos á su pueblo muy mal contentos con los Padres por lo ejecutado con ellos, pero como la causa era de Dios, supo Su Majestad volver por ella y sacar de la boca del león el dulce panal de miel, á pesar de su natural fiereza, porque pasados seis años, como se dijo arriba, salió el Capitán con algunos de los suyos, en el mes de Mayo de 1723, en que lo dicho se escribe, á tentar vado y registrar la tierra, y habiéndole parecido bien, se quedó en ella para poblarse, y tiene ya despachados indios á convocar su gente como se advirtió poco há.

Concluída la visita de que hablamos, y habiendo dado algunas órdenes, encaminadas á la estabilidad y adelantamiento de la reducción nueva, dejó dispuesto el Provincial que entrasen algunos de satisfacción á tierra-dentro á recorrer los sitios y convocar algunas familias, de quienes había noticia. Arreglóse cuanto antes la entrada, y escogióse para ella á los indios más hábiles y de mayor empeño; entraron al río Guaviare, en donde tenían noticia de que vivían algunos indios *Caquetíos* y *Cajuanacenis*, y volvieron el 15 de Abril de 1723 con algunos nuevos, que juntos con dos familias que habían salido una semana antes, compusieron el número de 48 almas. Salió en esta ocasión una india cristiana, llamada Lucía, que era la madrina que los gobernaba á todos, y quien los persuadió á que saliesen á poblarse, no obstante la suma distancia, que era de más de 100 leguas desde el Meta. Habíase huído Lucía despechada por haberle muerto violentamente á un hijo suyo otro indio; mas reconociendo su yerro, se acogió al aprisco del Señor. La viveza de su fe nos dejó admirados á todos, porque habiendo entrado á la capilla con los suyos, y visto un crucifijo en el altar, tomó la palabra, y habló tan altamente sobre el misterio de nuestra redención, que no pudiera haber hablado mejor el más fervoroso misionero; todavía vive ésta en el pueblo, dando ejemplo de cristiandad, estímulo muy poderoso para mover á los suyos.

Con las pausas que hemos visto se iba formado este panal, se delineaba esta imagen, y se levantaba la fábrica de la militante Iglesia y cristiandad reciente de *Guanapalo*, que no siem-

pre están á punto los materiales para fabricar de golpe una obra, ni llega á tanto la habilidad del artífice que pueda levantar en pocos meses lo que pide muchos años hasta dar la última mano. Ya se contaban por entonces cerca de 230 almas, con lo que animados los misioneros á vista del fruto, y las esperanzas bien fundadas de su mayor aumento, trataron de poner policía á la reducción, y de fundar escuela de música para celebrar con ella los divinos oficios, medio muy importante para que conciban aprecio estas gentes de las cosas sagradas; buscóse maestro de solfa, y se escogieron los niños más hábiles y de mejores voces, quienes empezaron á cursar el día 8 de Noviembre de 1723, con tan feliz estrella, que se tributaron las primicias á la Reina del Cielo con una solemne y bien concertada letanía, que cantaron los niños, nada acostumbrados en sus soledades bárbaras á semejantes conciertos.

No se descuidaba el demonio, viendo tan buenos principios, de hacer guerra oculta, como lo tiene de costumbre, para arrancar si pudiese la nueva planta de la heredad de Dios; entre los que salieron en ese año había un indio, cristiano y fugitivo de otro pueblo, tan viejo en años como en costumbres depravadas; era de condición altiva, muy preciado de gran entendimiento y de que lo sabía todo; él era el consultado en las dudas, y oían sus pareceres los indios como si fuese un Platón; picaba de gran cabeza para el gobierno, por lo cual sentía gravemente que no se echase mano de sus escogidos talentos para la utilidad común, y no halló otro desahogo su ambición que trazar ocultamente la fuga, y arrastrar á mucha gente del pueblo para tener á quien mandar en su tierra. Súpose su determinación por medio de un indio fiel, la víspera de nuestro Santo patrón el Beato Regis, circunstancia bien digna de notarse; y como se supiese la enfermedad del buen hombre, que no era otra cosa que una desenfrenada ambición, se le aplicó la medicina para evitar los daños, honrándole sin ser año nuevo con el título de Alcalde y la investidura de Capitán; éste fué el corte que se dió, pero lo dió mucho mejor el mismo Dios, enviándole una grave enfermedad que en bien corto plazo le arrebató la vida, antes que empuñase la jineta, que más hubiera servido de cayado para ahuyentar las ovejas, que de bastón de Capitán para guiar el pueblo; ya había dejado en testamento encargado á los suyos, que en tal caso se huyesen á su tierra muerto él, consejo que no siguieron esta vez, perseverando constantes; murió, sin embargo, con bastantes señales de arrepentimiento de sus culpas, recibidos los Sacramentos é invocando en su favor á la Santísima Virgen.

CAPÍTULO III

MUERTE DEL PADRE JOSÉ CAVARTE Y BREVE NOTICIA DE ALGUNAS DE SUS VIRTUDES.

Parece que cuando se necesitaba más de la experiencia y práctica del Padre José Cavarte, y de su destreza en los idiomas Achagua y Saliva para el manejo de estas gentes, le había de haber conservado Dios muchos años, hasta poner la última mano en la empezada obra; pero Su Majestad, cuyos altísimos juicios son investigables á la capacidad humana, nos lo quitó al mejor tiempo, para coronar en la gloria, como se espera de su piedad, las fatigas apostólicas de muchos años, padecidas por la gloria de Dios y conversión de los gentiles. Parece que le conservó Su Majestad la vida el tiempo que se requería precisamente para que muriese con el gozo de haber visto ya fundado aquel su tan deseado pueblo, cuyas primeras líneas había tirado 28 años antes en las montañas del Airico; porque apenas estaba ya fundado con la formalidad dicha la doctrina corriente, alhajada aunque con pobreza la capilla interior, la frecuencia de los Sacramentos entablada, y todo lo que se requería para lo esencial de un pueblo, empezó á enfermar del estómago, sin duda, por la abstinencia inexcusable en tantas y tan largas peregrinaciones, y las inclemencias padecidas en ellas. Agregábase á esto la vejez, la falta de medicinas, el ningún regalo en estas desiertas soledades, en donde no es conocido, hasta que postrado en su pobre cama, y rendidas las fuerzas, entregó, después de recibidos los Sacramentos, el alma á su Creador, á principios del mes de Febrero de 1724, como á las 7 de la noche.

Esto dicho así en general, será razón que se especifique ahora, tratando más en particular de su dichosa muerte y sus virtudes, reconocimiento bien merecido de su apostólico celo y religiosos procederes. Son tan cortas las noticias que tenemos de sus virtudes, por haberlas ejecutado el Padre José, á fuer de solitario misionero, en los desiertos retirados de las misiones, y por el recato y humildad que sentía de sí mismo y de sus cosas, cuando concurría á los demás pueblos, que les habré de reducir á las pocas que adquirí en este sitio, en el espacio de 15 meses que le acompañé, desde que bajé al Meta. Por todo este tiempo, y con la confianza de compañero, le fuí sacando de lo interior de su pecho algunas cosas memorables de sus peregrinaciones y trabajos padecidos en ellas, considerando que su muerte no podía estar muy lejos por su mucha vejez. Tuve la curiosidad de encomendar á la pluma, para la edificación común, muchas de estas

noticias, y de ellas me he valido hasta aquí en lo que llevo escrito cuando se ha ofrecido hablar de las empresas de dicho Padre, y de ellas me valgo ahora para decir algo.

Nació el Padre José Cavarte en la ciudad de Zaragoza, célebre en el Reino de Aragón, no menos por su antigüedad y nobleza, que por haberle escogido la Madre de Dios por sitial de su grandeza, trono de sus piedades y dosel en que ostenta sus liberalidades de Reina sobre el milagroso Pilar. En esta iglesia renació por la gracia del bautismo el Padre José, donde parece se le infundió afecto cordialísimo que siempre tuvo él á esta Celestial Señora; fué hijo de padres ricos y nobles, como lo muestra todavía el escudo de armas, bien conocido en Aragón, con que se ilustra su noble casa; deseosos éstos de realzarla con nuevo lustre por medio de este hijo, le enviaron á la ciudad de Salamanca á que estudiase facultades; aplicóse después de la filosofía tomística á la jurisprudencia; era suma la aversión que á los Jesuítas tenía, sin otro fundamento para mirarlos mal que aquellas opiniones contrarias con que saliendo á campo los ingenios, miden las espadas de la sabiduría las dos escuelas; no podía oír el apasionado joven el nombre de Jesuíta sin inquietarse luégo, pero Dios, que le tenía reservado para que lo fuese, y para que le sirviese en las Indias en la conversión de los infieles, á pesar de su genio y voluntad adversa, le dió un espantoso grito, como á otro Saúl, con que le postró en tierra, cerrándole los ojos del cuerpo á las vanidades del mundo, y abriéndole los ojos del alma para reconocer la verdad, como se verá ahora.

Tenía cordialísimo afecto D. José á la Santísima Virgen, y estando haciendo un día el ejercicio de la Buena Muerte, delante de una imagen del descendimiento de la Cruz, se halló súbitamente y sin saber cómo, trasportado y en éxtasis, adormecidos los sentidos, vivas y muy despiertas las potencias del alma, representáronsele en visión imaginaria dos personajes graves y de incomparable majestad, pero no conocidos, y en traje de Jesuítas, quienes levantando el grito le dijeron á voces ¡ *Cavarte!* Bien pudiera este mancebo preguntar, á semejanza de Saúl derribado en el suelo á las voces pavorosas de tan espantoso grito: "*Domine, ¿ quid me vis facere?*" Señor, ¿ qué quieres que haga? pero ya que no lo dijo con palabras, expresó con las obras el sometimiento á la voluntad del divino oráculo, que le llamaba para la Compañía de Jesús, quedando tan trocado desde ese tiempo, que empezó á estimar á los Jesuítas cuanto los aborrecía antes, pidiendo ser admitido para ser uno de ellos, como se ejecutó, haciendo voto de emplearse en la conversión de los gentiles, la cual aprobó nuestro Padre General, Tirso González, enviándole la licencia desde Roma para que pasase á las Indias. Consultóse la visión referida con algunos

sujetos espirituales y doctos, entre quienes hubo sobre el caso pareceres diversos; pudo ser Nuestro Padre San Ignacio que le llamaba á la Compañía, y San Francisco Javier el otro, que le llamaba á las misiones; lo cierto del caso es lo que llevo dicho, de lo cual yo tenía alguna luz, por ciertas expresiones enfáticas que le oí al Padre, con que para averiguarlo de raíz le rogué (estando para morir) que me dijese lo que había en esto; él entonces, obligado de mis instancias, me lo refirió por entero, con todas las circunstancias arriba dichas.

Embarcóse para las Indias el hermano José, y habiendo dejado los estudios mayores en el Colegio máximo de Santafé, se aplicó á las ciencias morales y se ordenó de sacerdote. Hecho ya ministro hábil para evangelizar á los gentiles, entró á las misiones de los Llanos, ejercicio en que se empleó toda la vida, cumpliendo fielmente el voto con que se obligó á Dios. Bien se echó de ver desde luégo en sus fervorosas ansias de convertir infieles, haber sido su vocación extraordinaria. Estudió las tres lenguas más comunes en estos sitios, como son la *girara*, *achagua* y *saliva*, difíciles todas ellas y muy diferentes entre sí; predicó en todas tres con mucha destreza y elegancia, y sacó mucho fruto en la nación Girara, en los Salivas del Orinoco y en los Achaguas de Casanare y del Airico y en la reducción del Meta.

Revolviendo yo algunos papeles de los que dejó el Padre, encontré en uno de ellos un principio de gramática, que en su vejez estaba componiendo de la lengua *Enagua*, por las esperanzas que tenía de que se pudieran conquistar los que la usan; tenía encargado con mucho empeño á la ciudad de Quito el arte de la lengua *Inca* para estudiarla, por lo que podía suceder sobre las conquistas de los Incas, de los cuales hay tradición que se retiraron de Quito en el calor de las batallas.

Parece que le tocó en suerte al Padre José, en el misterioso carro de las misiones, la ocupación del buey, por la firmeza con que pisaba, por la invencible fortaleza y constancia en los trabajos y la perseverancia en ellos. Como sabían los superiores esta valentía y aliento para cosas difíciles, le encomendaban las empresas más árduas y las fiaban á su valor; una de ellas fué la que apunté arriba, en la exploración de un nuevo camino para la comunicación del Airico con las demás misiones. Emprendió este viaje de más de 100 leguas, á pie, con el corto matalotaje de que usan los indios, que se reduce á unas costras de cazabe y alguna vez á unos granos de maíz tostado, atenidos en lo demás á lo que diese la fortuna en la sabana, en los ríos y montes. Perdiéronse en el camino, y les fué preciso descaminar lo andado, que era mucha distancia; ya se les había acabado el bastimento que tenían, y la Divina Providencia se hacía desentendida para probar

la fe de su siervo; halláronse tan fatigados todos del hambre, que un blanco que traía consigo hubo de aplicarse el estómago á la caliente arena de una playa para fomentarle con su calor y no morir; no padecía menos necesidad el Padre, quien confesó que iba faltándole la vista por la flaqueza suma; así fueron pasando hasta la noche, y el reparo que hallaron para conciliar el sueño fué un pantano donde ranchar, sin más huéspedes que los recibiesen y regalasen que un ejército de mosquitos, sedientos de humana sangre; venía en su compañía entonces aquel su inseparable compañero Chepe Cavarte; éste salió á probar fortuna y á buscar qué comer; quiso Dios que encontrase un *irabubo*, animal bien conocido en esta tierra, y es á manera de jabalí, quien vive de ordinario en el agua, tiróle un machetazo con tan buena fortuna, que lo mató y lo trajo.

Respiraron los caminantes dando repetidas gracias á Dios por su admirable Providencia; era ya tanta la necesidad de nuestro hambriento misionero, que luégo en divisando la presa pidió que le trajesen el hígado para comerlo crudo, sin ser poderosos sus alientos á esperar á que lo asasen, pero cuando trataba de comerlo le saltó al rostro un tan violento corrimiento y dolor de muelas, que ni crudo ni asado pudo comer, hasta el otro día, con que hubo de pasar la noche el buen Padre lidiando con los mosquitos, con las humedades del pantano, con el dolor y el hambre hasta el día siguiente.

Fuera nunca acabar si hubiéramos de referir por menudo todas las aventuras que sobre este punto padeció en sus empresas, porque como fueron tantas y tan repetidas las peregrinaciones en que trasegó estas provincias, por espacio casi de 40 años, sería muy difícil reducirlas á la concisión que pretendo, y parecería repetición por la semejanza que tienen; baste decir, para concluír en breve, que apenas hay sabandija en la Sabana de cuyo sabor no pueda dar noticia por haberle servido de platillo; su regalo más ordinario eran ciertos gusanos gordos y rollizos de cabeza vermeja que se crían en los huecos de las palmas, y son del tamaño del dedo pulgar; cuando faltaban éstos, se valía de otros gusanos menores y de más baja esfera, parecidos á las orugas de España, tostados en las brasas, y llegó su necesidad á tanto en una de estas empresas, que no teniendo de qué echar mano para dilatar la muerte que le amenazaba, no con otra guadaña que la del hambre, hubo de echar en la boca unas hojas de tabaco que bien masticadas y deshechadas las trasladó al estómago, fomentando con la fortaleza de ellas el corto calor que le quedaba. Estos eran los banquetes con que pasaba en las misiones el que en la opulencia de su noble casa se crió entre regalos. Si se contara lo que queda dicho, de los antiguos ermitaños asombraría al

mundo, pues se admiran en el Bautista sus langostas y miel silvestre, en San Francisco sus mendrugos; y sus ayunos á pan y agua en los Anacoretas más austeros; así no debe menos admirarse una abstinencia tan rara por haber sucedido ahora en los presentes tiempos, no en el retiro de una cueva, á pie quieto y con la seguridad del pan, sino entre afanes indecibles, prolijas peregrinaciones, á la inclemencia de los tiempos, cuando sería el pan un gran regalo, y mucho alivio el tener agua á todas horas, como la tenían en el yermo los anacoretas.

No se limitaban á los caminos las necesidades dichas, experimentándolas grandes y muy grandes, aunque estaba de asiento; cuando residía en las misiones solía pasar quince días sin comer cosa de jugo, atenido á las frutillas silvestres que salía á buscar en persona por los montes; años enteros se le pasaron únicamente con lo que le solían dar los indios, movidos del interés de algunos anzuelos ó cuentas, con que correspondía el Padre, ó del temor quizá de que les achacasen su muerte, si le dejaban morir; no supo en muchos años qué cosa era tener sal, y se veía obligado á comer sin ella tal cual pescadillo ó mono que le deparaba su buena fortuna, ni supo tampoco en ellos qué cosa fuese lavar la ropa, y se le caía á pedazos del cuerpo. La pobre sotana con que entró, llegó á maltratarse tanto, que no siendo ya capaz de remiendo hubo de arrimarla del todo, sustituyéndola con una ruana, que es á manera de camiseta de indio, y ésta fué su sotana mucho tiempo.

Bien pudieran los bárbaros admirar estas finezas de su amoroso Padre, que á fuer de solícito pastor estaba ya vestido de su piel y de su librea misma; haberle mirado como á tal y seguídole como hacen las ovejas al mirar á su pastor vestido con la zamarra, pues ellos, más irracionales y brutos que las ovejas mismas, se le mostraban más rebeldes y le extrañaban más; pretendían, á lo que se presume, los Airicanos, obligar al Padre José, negándole las temporalidades, á que se volviese á Casanare y los dejase á sus anchuras; solían venir con disimulo y acecharle en su casilla, para ver si se había muerto, y espantado uno de ellos de encontrarlo vivo todavía, en medio de tamaños trabajos, le dijo con admiración.—Padre! ¿no te has muerto todavía? No era la admiración sin fundamento, porque eran tales las miserias en que yacía el buen Padre, que bastaban ellas solas para privarle de la vida, si con singular providencia no se la hubiese Dios conservado para sus altos fines.

No será necesario, por lo que queda dicho, tratar de la pobreza evangélica del Padre José, pues queda tan recomendada ya, que puede llamarse sobrada riqueza la del mendigo más mísero de los que habitan en las ciudades, en comparación suya, y así

pasando á la pureza de cuerpo y alma, fué tan extremada en el Padre, y tan vigilante su recato entre los bárbaros, que podría llamársele excesivo, si en este punto llegara á haber demasía; y porque suele la ociosidad ser enemigo declarado de esta celestial virtud, trajo guerra continua contra el ocio, sin que le faltase que hacer algo para ocupar el tiempo. Para estudiar las tres lenguas que supo con propiedad, y adquirir el hábito de hablarlas, gastó muchos años de trabajo y continuado desvelo, pues no se adquiere una lengua en pocos meses, como lo juzgan muchos; son necesarios años enteros para saberla bien, so pena de exponerse á errar y aún á predicar desatinos contra nuestra Santa Fe, por falta de cabal conocimiento, y ya se ve cuán ocupado estaría el Padre por muchos años en el estudio de tres lenguas, cuando una sola dió tanto que hacer al bienaventurado San Jerónimo, como se sabe ya.

Aún en su cansada ancianidad, cuando el peligro es menor, buscaba en qué ocupar el tiempo para evitar el ocio; emprendió fabricar por su mano propia y puso en ejecución una puerta de cedro, mesas y puertas de ventanas para nuestra casa, y también bastidores para algunas imágenes de pincel. Era cosa que me causaba admiración ver á un anciano venerable de casi 70 años, seco y con la piel sobre los huesos, nevado de canas, empeñado como si fuese un joven en el oficio de carpintero, manejando la sierra y otros instrumentos del arte, como si desde su niñez se hubiera criado en ese oficio; cuando le faltaban las ocupaciones exteriores las buscaba en el retrete de su alma con el recurso á Dios; tenía un decenario de cuentas, y éste lo recorrió muchas veces con oraciones jaculatorias; eran muy frecuentes en su boca las palabras de los Salmos, con las que se inflamaba su espíritu y recibía nuevo aliento; luégo recurría á los Libros Santos y gustaba muchas horas, sacando, como de un panal la miel de la devoción que destilaba en su alma; esta era la espada que jugaba el soldado de Cristo contra el enemigo doméstico, y éstas las armas con que defendía la cándida azucena de la castidad y pureza para salir triunfante.

Requiérese no pequeño caudal de humildad para obedecer en todo caso, y habiendo sido la vida de este apostólico varón una serie continuada de empresas sumamente difíciles, y aun repugnantes, bien se deja entender no haber sido vulgar y ordinaria su rendida obediencia. Paso en silencio los repetidos viajes que hizo por orden de los Superiores al Orinoco, y al Airico, al río del Meta y á la ciudad de Santafé, venciendo, por obedecer, la repugnancia natural de las incomodidades indecibles que padeció en esto, y sólo referiré un caso que confirma su rendimiento, y que en mi estimación no es inferior á los demás.

Diéronle por compañero á un Padre mozo, con veces de superior, en el Beato Regis, y era cosa admirable y de edificación ver la rendida sujeción con que obedecía el viejo, no queriendo traspasar los límites que le ponía el otro Padre. Había llegado á la edad decrépita, y no era extraño que declinase á las debilidades de niño; en esta conformidad solía pedir, como lo hacen ellos, que le perdonase el rezo de la doctrina cristiana, el rosario ó el catecismo, sin título suficiente para semejante indulgencia; negábale la licencia el compañero, el buen anciano bajaba la cabeza con humildad, y se iba sin replicar á la distribución dicha; tal vez se le concedía la licencia, respetando sus canas, y entonces era de ver el júbilo que mostraba, en nada inferior al que revelan los niños.

Su preparación para la muerte fué un continuado acto de amor de Dios, con tiernísimos coloquios á San Francisco Javier, su modelo y patrón. Exhortó en lengua achagua á los indios del pueblo que acudían, instándoles vivamente que perseverasen constantes en la religión y en la observancia de la ley de Dios que les había predicado; y era tal el hábito que tenía de hablar en esa lengua que se ayudaba á sí mismo á bien morir en el lenguaje achagua; estuvo en su entero juicio hasta en los últimos alientos, y perdidos éstos, entregó su fatigado espíritu en manos del Creador, á los 70 años de edad, y muchos de Compañía y de Coadjutor formado. Grande fué el sentimiento de los indios, que ya le miraban como á padre, y se acordaban de los innumerables trabajos que había padecido por ellos en el Airico. Veláronle toda la noche, entrando unos y saliendo otros en su pobre casilla; sepultóse al otro día en la Capilla interior, y se trasladaron después sus venerables restos al sitio nuevo á donde se mudó el pueblo, por ser más cómodo. Escribió sobre sus virtudes el Padre José Gumilla, como Superior que era entonces, en carta que sobre ellas envió á la ciudad de Santafé, en donde se hallan otras cosas de mucha edificación, que omito por la brevedad, y para pasar ahora á tratar de otras empresas nuevas que se intentaron recién muerto el Padre, y se prosiguieron después, dando principio á ellas por la conversión de *Chacuamare*.

CAPÍTULO IV

INTÉNTASE LA REDUCCIÓN DEL FAMOSO CACIQUE CHACUAMARE; PUÉBLASE CON SU GENTE Á LAS ORILLAS DEL RÍO META, Y EL ESTADO QUE AL PRESENTE TIENE ESTE PUEBLO.

Entre los Caciques afamados que han conocido los sitios del caudaloso Meta, cuyas arenas son testigos de sus atrocidades ti-

ránicas, fué uno muy celebrado por su valor, y no menos temido por sus armas é insultos, aquella fiera insaciable de sangre humana, de quien en el Libro 1.°, al capítulo 12, se hizo mención, y se llamaba *Chacuamare.* Este Cacique lo era de la Nación *Chiricoa*, á quien rendían vasalleje otros Caciques y Capitanes de la misma Nación. Heredó su arrojo y su bastón su hijo mayor llamado también *Chacuamare*, el cual vive todavía, no obstante su mucha edad que será de 100 años. Las orillas del Meta y el dilatado campo que llega á las riberas de Vichacha, son el mayorazgo y herencia que le dejó su padre; él es quien recorre estos sitios, capitaneando sus tropas, si bien son como centro y corte las orillas del Meta, y pasa desde sus márgenes á los Achaguas del Beato Regis, con quienes tiene amistad desde que se hicieron las paces, como apunté arriba. Allí, sin más interés que la ley de amistad, ayudan con buena voluntad á los Achaguas á desmontar sus rocerías, á fabricar sus casas, y á todo lo que les mandan, y no ha sido pequeño auxilio contra las naciones enemigas, la confederación de Chacuamare y los suyos con los del Beato Regis, pues además de los buenos oficios que llevo dichos, ha sabido sacar la cara alguna vez, como diré á su tiempo, tomando las armas contra los Chiricoas enemigos, vengando con la muerte de muchos de ellos la de solo un Achagua.

Asentadas estas causas como noticia previa, referiré que estaban el Cacique Chacuamare y los suyos á la otra banda del río Meta, á dos leguas de distancia de nuestro pueblo, el año 1724, y no obstante la fama que tienen de vagamundos, andariegos é inconstantes, pareció que se perdía poco en tentar vado y hablarles sobre las ventajas de que se poblasen, para ver si reunidos en un puesto cerca del Beato Regis, se podía coger algún fruto, por lo menos de párvulos y de algunos adultos, administrándoles en necesidad el Sacramento del bautismo. En esta esperanza, y con orden del Superior de las misiones, que para ello tuve, pasé con algunos españoles y algunos de mis indios Achaguas á la otra banda del río Meta el día 12 de Febrero de dicho año; costeamos por tierra cosa de dos leguas de camino, hasta llegar á las rancherías donde estaban el Cacique y sus tropas, dímosle razón de nuestra entrada á su tierra, sin ser necesario intérprete, porque aunque hablan otro lenguaje, entienden muchos de ellos el Achagua, y le hablan, aunque muy mal, por infinitivos abstractos y otros modos irregulares que inventan de su cabeza pero de manera que se les entiende.

Habiendo oído el razonamiento el viejo, encaminado todo á que se poblasen y á que admitiesen Sacerdote que los doctrinase, pues por este medio se prometían segura la amistad de los españoles y el patrocinio de los Padres que los miraban como á hijos,

mostró suma repugnancia á ello; recelábase de los españoles, y temía no sin fundamento la cercanía de ellos, pues no ignoraba las invasiones antiguas y otras que se dirán después; temía, como las demás naciones, que fuese éste algún arbitrio ó inventiva nuestra para tenerlos más seguros, por este medio, de que cayesen en la trampa. Hízose el esfuerzo posible para desvanecer sus temores, en lo cual trabajó no poco el Teniente de nuestro pueblo D. José Cavarte, quien le aseguró no ser los españoles de este tiempo como los que había antes, que aunque es verdad que los antiguos habían ejecutado con los indios lo que decía el Cacique, los españoles de este tiempo eran otro género de gentes y de mejores respetos que los pasados. Para dar eficacia á estas razones y asegurar el tiro, se echó mano de las últimas y más fuertes, que son las dádivas, artillería la más segura para batir, y que quebranta muros; ya iba prevenida entre otras cosas un collar muy vistoso de cuentas, y una montera colorada, que ellos estiman mucho, sartas de avalorio y puas de fierro; y como Chacuamare tenía un nietecito de tierna edad, que era todo su ídolo y encanto, pareció medio muy á propósito llevar una camiseta al niño bien curiosa, de lienzo, y pintada; pusiéronle la montera y el collar al Cacique, y la camiseta al nietecito, que estaba en los brazos de su abuelo; luego se repartieron las puas á los varones para que pescasen con ellas, y á las mujeres las cuentas para su adorno y gala.

Ablándose el corazón del buen anciano, y dió orden á los suyos para que enarbolasen una cruz en donde mandaba el Padre que había de estar el pueblo; ya estaba señalada una campiña muy vistosa, á las orillas del río Meta, por la parte más cómoda y cercana al del Beato Regis, y así, compuesta las materias, y habiéndonos despedido, vinieron los indios Chiricoas en nuestra compañía hasta el puesto dicho, cerca del embocadero, en donde dejamos las canoas; allí paramos á descansar, y en el ínterin fabricaron los Chiricoas mismos una gran cruz, que se levantó con demostraciones de piedad cristiana, adorándola por su turno de rodillas y besándola tanto los españoles como los indios. Lo mismo hicieron los Chiricoas á nuestro ejemplo, si bien es verdad que no dejaron de convertir en risa una acción de suyo tan seria y de tanta piedad; el modo de besar estas gentes es oler, y como veían lo que nosotros hacíamos, parecióles que era este negocio de oler el palo, y fueron unos tras de otros puestos en cuchillas á oler la cruz á grandes risadas; un Chiricoa viejo quiso desempeñarlos á todos, y pareciéndole que quedaría corto si no excedía á los demás en el modo, oliendo sin cesar y con extraordinario ruido de las narices, desde la peaña hasta lo alto cuanto alcanzó y pudo, rematando con que olía muy bien la cruz. A la verdad, no había

llegado á su noticia el misterio de nuestra redención, ni las virtudes de aquel leño, con que no hay que extrañar esta indecencia, nacida de su ignorancia y capacidad corta.

Concluída esta función, y habiendo dejado orden de que fabricasen sus casas en este sitio, dimos vuelta á nuestro pueblo. No muchos días después tomaron con empeño la obra y la fabricaron en breve; luégo se empezó á fomentarlos, repartiéndoles hachas y machetes para el desmonte de sus rocerías, camisetas y lienzo para vestirse. Con ocasión de visitar el Padre Provincial, Francisco Méndez, la reducción del Beato Regis de Guanapalo, pasó á la otra banda del Meta, poco después de poblados los Chiricoas, á ver la nueva población de la Santísima Trinidad (esta es su advocación); lo mismo hizo el Padre Diego de Tapia como visitador; así uno como otro procuraron se fomentase con eficacia, repartiéndoles lienzo para vestirse, cascabeles, cuentas y otros donecillos de los que traían de Santafé, para tenerlos gratos y conquistar por este medio sus voluntades; pasóse á lo principal, que fué enviarles misionero que los doctrinase, como se hizo, enviándoles un Padre de los recién venidos de España poco antes con el Padre Mateo Mimbela. Asistióles algunos meses el misionero, que padeció no poco en estos climas tan distintos de los de Alemania, su patria, y de cuyos afanes y trabajos podía decir mucho, pero se pasan en silencio por vivir todavía el Padre; fuéle preciso pasar á Santafé á solicitar algún socorro para sus pobres indios; volvió bien aviado de la Corte, con lienzo y otras cosas para repartirles, y un ornamento muy bueno para la iglesia; mas, antes de pasar al Meta, le pareció al Superior necesaria la asistencia del Padre en otros ministerios de los Llanos, no menos gloriosos para el intento que la misión de los Chiricoas, y más cuando en el Beato Regis quedaba á la vista su misionero para la asistencia de unos y otros, mientras se daba providencia de un operario más, con lo cual quedó la reducción sin sacerdote que estuviese de asiento, y sin más asistencia que la del Padre dicho. Este iba y venía de cuando en cuando al pueblo de la Trinidad, así para que se persuadiesen los indios de que no les dábamos de mano, como para ver si había enfermos que necesitasen del bautismo. Fué Nuestro Señor servido de que se lograsen por este medio algunos párvulos que volaron al Cielo, después del bautismo: el primero que gozó de esta dicha de ser cristiano y de asegurar la gloria, fué un hijo del mismo Chacuamare, como de año y medio, quien, como Capitán de los niños, fué adelante de todos para que le siguiesen los demás.

Así fué corriendo algún tiempo, hasta que enseñó la experiencia no ser á propósito este sitio para la estabilidad del pueblo, y es el caso que como hay otros indios Chiricoas que se mantie-

nen de hurtar, y de lo que cazan, venían al pueblo de Chacuamare, y á título de amistad robaban cuanto podían de sus labranzas y los dejaban sin víveres, viéndose obligados los pobres indios á desamparar el pueblo y salir por esas sabanas á buscar qué comer; juzgóse con mejor consejo, para evitar estos daños, mudar la reducción á otro sitio del lado acá del Meta, entre la población del Beato Regis y la Concepción de Cravo, y así lo hicieron los Chiricoas, y fundaron de nuevo su pueblo á las orillas de un río pequeño llamado *Duya*, en donde al presente asisten y en donde tienen sus labranzas. Informado el Padre Provincial, Francisco Méndez, de la mudanza de los Chacuamares á *Duya*, de su perseverancia en este sitio y de la mucha dificultad de ser asistidos por el misionero del Beato Regis, por estar muy distantes y ser los caminos muy malos, en tiempo de aguas especialmente, señaló á otro Padre Alemán para doctrinarlos, y lo trajo consigo cuando entró á visitar segunda vez.

Parece que no había llegado todavía la hora en que viniese su remedio á esta pobre gente, y parece que se mostró y se muestra inexorable Dios, negándoles misioneros á estos desdichados indios; acordóse de las maldades y tiranía del bárbaro Chacuamare, ya difunto, castigando en sus descendientes sus atrocidades inauditas hasta la tercera y cuarta generación. Vínoles misionero, como dije, mas le lograron poco tiempo, porque disponiéndolo Dios así por sus secretos fines, empezó á probarle mal el temperamento, y consideradas las cosas, fué preciso que sacrificase sus fervorosos deseos de convertir indios, y mudase de clima, como se hizo, después de haber labrado su entendimiento en el estudio de la lengua, que había aprendido ya. Quedó la reducción sin misionero, como lo estaba antes, y lo está todavía há más de tres años. Verdad es que por este tiempo se les ha procurado asistir, aunque con mucha dificultad, cuando lo pide el caso de necesidad extrema, bautizando á algunos párvulos y adultos que peligraban; cuéntase entre estos cristianos á nuestro Cacique Chacuamare, que en caso de necesidad, después de instruído bastante, recibió el santo bautismo y se llama Don Fortunato; se les va manteniendo en este sitio, dándoles herramienta como antes para que rocen sus labranzas, que tienen ya muchas y muy abundantes de maíz y yuca; además de sus casas han hecho vivienda para su misionero (si les viene) y capilla para la misa, dentro de la cual se han celebrado ya los divinos oficios, y rezado la doctrina cristiana algún tiempo en que estuvo como de paso el Superior de las misiones; cuéntanse ya entre ellos cerca de 100 cristianos, y será toda la tropa de los que viven en el pueblo de 400 almas; otras muchas Capitanías hay sujetas á Chacuamare, aquí cerca, de indios amigos y algo domésticos, que todos juntos podían formar una población de 700 almas.

En esta posición se halla al presente el pueblo de la Trinidad, y no dudo que la Piedad divina se ha de inclinar hacia estas gentes sobremanera míseras, movida de los ruegos de sus escogidos, que piden continuamente por la conversión de los gentiles, y especialmente de los ruegos de los que, recibido el bautismo en su inocente infancia, piden por sus parientes ante el trono de Dios y solicitan su remedio.

CAPÍTULO V

DASE NOTICIA DEL FIN QUE TUVIERON MUCHOS PUEBLOS ANTIGUOS DE CHIRICOAS Y GOAGIBOS; PUÉBLANSE ALGUNOS DE ELLOS EN EL BEATO REGIS Y SE HUYEN POCO DESPUÉS.

Con ocasión de haber tratado sobre la fundación de los Chiricoas en las cercanías del Meta, me parece se habrán excitado en el lector las especies antiguas acerca de nuestros primeros pueblos de Chiricoas y Goagibos, en donde quedó como suspenso el ánimo, desde el capítulo 14 del Libro 2.º de esta Historia; ahora, pues, para satisfacer á la curiosidad, pondré en este capítulo la resulta y fin de sus primeras fundaciones ó poblaciones y lo que se hizo para poblarlos en Guanapalo, junto con los Achaguas del Beato Regis, el año de 24.

Ya dijimos cómo en las barrancas del río *Ariporo* estuvieron poblados y muy contentos, por haberles dado por misionero á un Padre mozo, que, como decían ellos, no tenía barbas todavía, y por haberse ido para Santafé el Padre Dionisio Mezland, á quien miraban con horror, así por lo muy barbado, como porque los castigaba con azotes y corregía sus delitos. No le pareció muy á propósito el sitio al Padre que los doctrinaba; mudólos por esta causa á la falda de una serranía, en cuyo sitio echaban de menos los indios aquella abundancia de pescado de que gozaban en el primero, y una vez que se les negó la licencia de bajar al Llano á sus pesquerías, se fueron sin ella con ánimo de volver; el Padre, que estaba á la vista de lo que pasaba, pensando con bastante fundamento que se le huían sus indios, despachó la escolta de los soldados tras ellos para que los trajesen; dieron con ellos á pocos lances y los encontraron pescando, desarmados, y sin señal de fuga; uno de los indios Goagibos, viendo cerca de sí un soldado con escopeta, y juzgando quizás que le quería matar, le previno con el arco y le disparó una flecha con que le quitó la vida; juzgáronse por reos de muerte todos con la referida desgracia, se entregaron á la fuga y se deshizo la población desde ese tiempo, después de haber asistido con los Padres cosa de 7 años ó más. Este ha sido el origen del horror y la prevención que han tenido

los españoles contra esta desgraciada gente, porque, como si el pecado de este indio fuese la culpa original que hubiese contaminado á sus descendientes y á los Goagibos de ese tiempo, quisieron que pagasen la pena todos, como si la hubieran contraído; esta fué la causa para perseguirlos con tanto empeño, que salían á cazar indios Goagibos como si fueran fieras, matando á los de crecida edad, muchos en número, y cautivando á los párvulos para servirse de ellos, pagando una muerte sola con muchas muertes, perjuicios y daños en sus casas y sementeras, varias veces quemadas por dichos blancos. Hostigados los tristes indios con tan continuas baterías, trataron de dar de mano á sus propias tierras y buscar seguridad en las ajenas, tomando la derrota para Barinas, en donde estuvieron poblados y asistidos por espacio de 10 ó 12 años por la caridad y religioso celo de la sagrada familia de Predicadores, de cuyos apostólicos trabajos en doctrinar á estos y á otros muchos, pudiera decir no poco, si no temiera deslucirlos con la tosquedad de mi pluma, y ofender la modestia del M. R. P. Fray Ignacio Landazábal, su misionero, por vivir todavía.

Mas, para que veamos ahora la inconstancia natural de esta desgraciada gente, no obstante lo bien asistidos que se hallaban en Barinas, como digo, dieron la estampida de golpe, como quien huye de la muerte, y se volvieron al *Ariporo*, su tierra, con ocasión de una epidemia de que enfermaron; pero como la raíz del morir la lleva todo viviente consigo, apenas llegaron al *Ariporo*, cuando enfermaron casi todos, y murieron los más, sin asistencia de Sacerdote en necesidad tan extrema; justo y merecido castigo de tantas ingratitudes y deslealtades á Dios. Allí quedaron regados sus cadáveres, y sus esqueletos y osamentas en los campos, como si fueran brutos, faltándoles aún la tierra después de pisarla tanto, sin saber estar quietos. No dejó de reconocer ser este castigo de Dios uno de los Goagibos que quedaron vivos, y se llamaba Orichuña:—*Este es castigo de Dios*, decía, porque dejamos á nuestro Cura.

Pero pasando ya al otro pueblo de Chiricoas y de indios Goagibos, fundado en el territorio de Curama, advirtieron éstos, después de algunos años de poblados, que ya les faltaban montes para sus rocerías en ese sitio; reconvinieron de repente y de noche á su misionero sobre este punto, diciéndole que se habían acabado los montes para sembrar, y sin esperar la respuesta y determinación del Padre, hicieron de las que suelen, se quitaron de cuentos, y fueron recogiendo sus ajuares de ollas, pilones, muriques y cuanto tenían en sus casas, con lo cual, dándose á sí mismos licencia, tomaron las de Villadiego y le dejaron solo. Viendo el misionero su inconstancia, y que se perdía tiempo en machacar sobre estas gentes, y sujetar sus pies más inquietos que



el azogue y que los cuernos de la luna, se retiró á la doctrina de Pauto, y los dejó del todo, con lo cual se acabó el pueblo.

Fueron corriendo los tiempos hasta el año de 24, y ya estaban como apagadas las especies de sus pasadas fugas; quisimos probar fortuna con ellos, y agregar al Beato Regis algunas familias que andaban todavía por las orillas del río Pauto; enviélos á llamar con un indio de los que tenía en mi pueblo, de nación Goagiba, quien siendo Cacique de ellos se había retirado de los suyos para venir aquí; salió á llamarlos este Cacique por el mes de Enero de dicho año, y volvió poco después, por Febrero, con una pequeña tropa de 56 almas; agasajóseles á todos y se les repartieron camisetas, puas y otros donecillos; fabricaron sus casas bien capaces, y entablaron labranzas; pero poco nos duró el consuelo, porque apenas empezó Dios á probarlos con algunas enfermedades de que murieron 11, cuando empezaron á decir que les hacían algún maleficio los de este pueblo, y fuéronse desapareciendo por esta causa, de modo que el día 1.° de Junio del mismo año hicieron la fuga general, huyendo á media noche, excepto 6. De éstos se huyeron 5 de allí á poco, no quedando de toda la tropa de 56 almas sino los que estaban en los sepulcros bien asegurados, con harta tierra, y una niña Goagiba, parienta del sobredicho Cacique, quien permanece hasta hoy en la Concepción de Cravo.

CAPÍTULO VI

PORFÍASE CON LOS GOAGIBOS Y CHIRICOAS FUNDÁNDOSE DOS REDUCCIONES DE ESTA GENTE; NO TIENE EFECTO NUESTRA PRETENSIÓN, Y SE DESISTE DE LA EMPRESA.

Podría parecer á muchos, si de tejas abajo se considera esto, no muy conforme á la prudencia el porfiar con los Goagibos, teniendo ya tantas pruebas de su inconstancia; pero si miramos á los fines de Dios, y á lo severo de su justicia, luego cesará el reparo. Quiere S. M., antes de pronunciar la sentencia, justificar su causa, y por eso mueve muchas veces á sus Ministos con extraordinario impulso para que *oportune et importune* prediquen, como dice San Pablo. Muy bien tenía entendido la Sabiduría divina que no habían de oír á sus profetas los del pueblo Judaico, ni mejorarían los Ninivitas después de la predicación de Jonás, y sin embargo los envió y aun los compelió á ello, y bajó el Verbo encarnado á predicarles la verdad.

Así, pues, no obstante las repetidas exigencias de nuestros misioneros antiguos, y las que se hicieron después para la conversión de los Goagibos, quiso valerse Dios del celo de varios operarios,

que predicasen á estas gentes, quizá para echar el fallo de la sentencia última. Parecióle al Superior de las misiones que las extorsiones de los blancos de que hicimos mención poco há, serían causa de no poblarse los Goagibos y parar en un sitio, y para corregir estos daños, y para facilitar por este medio su reducción, alcanzó de la Real Audiencia de Santafé una Real provisión, que ordena y manda á todos los vecinos blancos y moradores de aquellos sitios, que no persigan, maltraten ni cautiven, ni hagan trabajar por fuerza á los tales indios; intimóse á los españoles el Real rescripto, al cual obedecieron plenamente, y los malos tratamientos con que los perseguían antes, cesaron. El mismo Padre Superior dió noticia á los indios de estar ya libres, por orden del Rey, y que podían salir á poblarse sin temor, pues se les había perdonado el delito cometido en la pasada muerte; fué necesaria esta advertencia, porque estaban persuadidos de que iban á pagar todos ellos la muerte de aquel soldado á quien flechó el Goagibo.

Asegurados ya los indios con este salvoconducto de las extorsiones de los blancos, determinaron salir á poblarse, como lo hicieron; parte de éstos fueron de los que quedaron vivos desde el contagio ya dicho de la disentería, los otros eran de una Capitanía que había estado mucho tiempo escondida en un riachuelo llámado por los naturales *Cuilotico*. Dióseles el sitio que escogieron ellos mismos para poblarse, y fué en las orillas del río *Tame*, á dos leguas de distancia de los Betoyes, y se empezó la fundación por el mes de Octubre de dicho año; fabricaron sus casas y levantaron su iglesia, que se adornó después con imágenes, alhajas de plata y sagrados ornamentos, y se le dió la advocación de *Santa Teresa de Jesús;* agregáronse en poco tiempo cerca de 200 almas. A fines del mismo año salieron de tierras bien remotas 50 indios de esta nación, que llegaron sin ser llamados, y preguntados por qué habían venido, respondieron que así se lo decía su corazón; averiguando el día en que salieron de sus tierras, se ajustó ser el día de Santa Teresa, patrona de este pueblo. En esta suposición, y viendo los deseos que mostraban de perseverar constantes con tal de que les diesen misioneros, les enviaron para su asistencia á un Padre alemán, como cortado á su talle, por su natural angélico; mas ¡oh! válgame Dios! y cuán dificultoso es que mude el etíope su piel, y la variedad de sus colores el pardo, como lo dice Dios por boca de Jeremías.

No habían cumplido ni dos años en la población, cuando sin ser bastantes los agasajos y caricias de su misionero, que los mimaba como á hijos, hasta quitarse el bocado de la boca para tenerlos gratos, de la noche á la mañana se desapareció el pueblo quedando desierto el sitio como lo estaba antes. La causa de esta

fuga fué un castigo ligero de azotes, usado en los demás pueblos, que le impusieron á una india, y supongo que no sería porque la encontraron oyendo misa ó rezando el rosario, pues como si estos azotes hubieran caído sobre todo el pueblo y levantado ronchas, no los pudieron tolerar, aun en cabeza ajena; tomaron la derrota para Barinas; mas, antes de llegar al término, les salió la Divina Justicia al paso en una tropa de Chiricoas enemigos, que les arrebataron con violencia casi todas sus mujeres, y hubieran perdido ellos la vida á no valerse de los pies.

Bien pudieran entonces los Dominicanos misioneros, justamente ofendidos por la pasada fuga, haberles dado con las puertas en los ojos por su rebeldía é inconstancia; pero acordándose del buen Pastor y del Padre del pródigo, recibieron entre sus brazos á tan ingratos hijos; mas, ¿quién podía apostarlas con el viento para tenerle sujeto en las entrañas de la tierra sin que trastorne montes? ¿y quién podrá poner freno á un impetuoso río cuando sale de madre? Apenas se estuvieron un año en la población de Barinas, cuando fatigados de tanto parar en ese sitio, salieron como de represa y se retiraron á las vegas de un caño, entre Casanare y Barinas, que llaman el "Canalete;" enviaron los religiosos como buenos pastores á algunos soldados de la escolta para que volviesen al aprisco sus descarreadas ovejas; halláronlos en ese sitio, y sin intento de hacerles daño, les hablaron con buen modo y convidaron con la paz; no la querían ellos porque les parecía muy cara y demasiado el precio que les pedían por ella: el de estarse de asiento y tener los pies quietos en un sitio sin trasegarlo todo, montes, sabanas, ríos y cuanto calienta el sol. La respuesta de un Goagibo atrevido fué levantar el arco y atravesarle á un soldado de parte á parte la garganta con un arpón que le quitó la vida; viendo los soldados el atrevimiento del indio, y teniendo ya por cierto el motín y la rebelión de los demás Goagibos, cerraron con ellos y mataron á muchos. Pusieron tierras de por medio los que quedaron vivos y se retiraron á los montes y no han parecido más desde el año de 27 en que sucedió esto, hasta el día de hoy. Castigo justísimo de Dios y bien merecido por su inconstancia, que quien deja por amor de la tierra y desordenada libertad el camino del Cielo, perderá no sólo éste sino la tierra y la libertad.

Pasando ahora al otro pueblo de Chiricoas y Goagibos, antigua feligresía nuestra, desde el tiempo del Padre Mezland, es de advertir que cuando se fugaron por faltarles montes y dejaron solo al misionero, se pasaron á otro sitio llamado *Macarabure*, distante como un día de camino del primero; allí estuvieron ranchados hasta el año de 25, en que les habló el Superior de las misiones para que se poblasen. Andaba por allí cerca, en las vegas

de *Guachiría* y *Tale*, otra Capitanía de Chiricoas llamada de los *Curitos*, por ser su Capitán de ese nombre; formóse de todos éstos la reducción de *San-José*, en las barrancas del río *Pauto*, paraje que escogieron ellos mismos, por ser á propósito para sus pesquerías y por los muchos montes para sus rocerías; allí estuvieron algunos meses esperando sacerdote que los doctrinase, y llegando el tiempo, les fué á visitar el Superior y les llevó un Padre alemán, quien se quedó con ellos desde el día 14 de Diciembre del año dicho; hallaron ya agregados entonces más de 250 almas, que con singulares muestras de alegría los recibieron; hicieron casas de vivienda para sí y para el Padre, en donde se formó una capilla mientras se hacía iglesia; en ella se colocó la imagen de San José, como Patrón suyo, y se enviaron ornamentos para el culto divino; repartiéronse lienzo y camisetas, y empezó á florecer aquella cristiandad nueva, con esperanzas no mal fundadas de mucho fruto, como lo mostraba la puntual asistencia á la doctrina cristiana y el aprecio que hacían de los eternos bienes. Murióseles por ese tiempo un párvulo, á quien había bautizado poco antes el Padre, y empezaron á lamentarse con muchos alaridos y clamores, como lo hacen siempre cuando muere alguno, pero advirtiéndoles el misionero que no era materia para llorar aquella muerte sino de mucho júbilo, porque gozaba ya en el Cielo aquel ángel, callaron al punto, y convirtiendo el llanto en alegría encendiéronle luces al cadáver del niño, y veláronle hasta que le dieron sepultura.

Así volaba ya la reducción de *San-José de Macarabure*, cuando suspirando los *Curitos* por sus montes, se echó en sus embarcaciones por el río *Pauto* gran parte de ellos, buscando su desahogo y libertad de la otra parte del Meta; no la encontraron como pensaban porque hallaron su merecido en la ira de Dios: saliéronles al encuentro los Chiricoas enemigos, que los flecharon y mataron, siendo bien pocos los que escaparon de su fiereza bárbara; testigo de vista hubo que me aseguró haber visto los cadáveres en ese sitio, á los cuales las aves de rapiña habían ya sacado los ojos.

Observóse con el tiempo ser anegadizos esos montes en donde estaba el pueblo, con que fué preciso pasarlos á otro sitio llamado *Itiro;* al mes cabal se renovaron las enemistades antiguas de unos y otros en la primera bebezón, por lo cual se dividieron en bandos, quedándose unos en *Itiro* y volviéndose otros á *Macarabure,* y con esto se empeoró todo. Últimamente, para que sepamos el fin, habiéndolos asistido el Padre como año y medio, vino á la visita de los Llanos el Padre Diego de Tapia, como Provincial que era, quien, tanteadas las materias y visto lo poco ó nada que nos podíamos prometer de semejante gente, los

crecidos gastos, y que se habían huído muchos y dividido en bandos los demás, viviendo en distintos sitios que imposibilitaban su asistencia, y que, sobre todo esto había enfermado el Padre que les asistía, fué de parecer que se suspendiese la empresa, como se ejecutó luégo, sin haberse porfiado más con ellos hasta el día de hoy.

CAPÍTULO VII

FÚNDASE EL PUEBLO DE LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN DE CRAVO, SUS PROGRESOS Y ESTADO QUE AL PRESENTE TIENE.

Por el mismo tiempo que la Compañía de Jesús trataba de la fundación de los Goagibos de San-José, extendía sus brazos á nueva gente para reparar por este medio en las cercanías del Meta, la ruina que causó la inconstancia en las riberas del río Pautó, y premeditaba desde entonces la fundación de la Purísima Concepción, que humillase al demonio la cerviz en las arenas del río Cravo. Estaban repartidos los Goagibos por varios ríos y distritos, porque algunos de ellos vivían á las orillas del *Cusiana*, que desagua en el Meta, y otros en diferentes sitios. El Padre José Gumilla los tenía palabreados y había buscado sitio para poblarse á las orillas del río Cravo, y es uno de los mejores territorios de cuantos se hallan por aquí cerca, pues además de lo alegre del país, coronado por todas partes de amenos y vistosos árboles, domina el río á proporcionada distancia ó altura, tiene á la vista de la otra banda una dilatada isla, ceñida de los dos ríos Cravo y Meta, los cuales se dan la mano y se juntan como á una legua de distancia; está cubierta la isla de muchas y variadas especies de palmas, que alegran aquel distrito con la gallardía de sus copas, de donde penden sus racimos á manera de dátiles, regalo el más apetecido de los Goagibos. Es el terreno pingüe y el más á propósito para sembrar, por el jugo que le comunican los dos ríos de ésta y de la otra banda; cójese arroz en él, yucas, maíz, batatas, con abundancia todo, en especial los plátanos; es abundante este río de peces, y sus arenas de muchos patos reales, como se ve á cada paso en las copiosas pesquerías que hacen los indios, y en la caza de que vienen cargados, valiéndose de las flechas.

Pero pasando ya á la fundación de estos Goagibos, estando palabreados y señalado el sitio, se dió aviso á la ciudad de Santafé para que se diese providencia de un Padre que los viniese á doctrinar. Fué señalado para la fundación un Padre español llamado Juan José Romeo, cuyas fervorosas instancias para emplearse en las misiones por las cuales dejó á España, obligaron á

los superiores á condescender con su fervor, no obstante su mucha edad y debilidad de fuerzas, y la cátedra de Teología moral que á la sazón leía; partióse de Santafé y llegó á la reducción de los Betoyes, en donde estaba el Superior; concluído el hospedaje de algunos días, tomaron la derrota los dos Padres y se pusieron en camino para el pueblo del Beato Regis y llegaron á él por el mes de Diciembre ó á últimos de Noviembre de 1722. Tratábase por ese tiempo de la entrada al Airico, en busca de los Amarizanes; con esta ocasión y con la de haber de visitar el Superior á los Chacuamares y proseguir su viaje el Padre Juan José á sus Goagibos de Cravo, nos embarcamos en el Meta todos tres el día 5 de Diciembre, dividiéndose cada cual á pocos días de navegación para seguir su rumbo; ahora, pues, mientras se hace la entrada á los Amarizanes de tierra-dentro y se ve su resultado, seguiremos los pasos del Padre Juan José y los notaremos despacio; bien quisiera la pluma volar en su seguimiento y aun remontarse, pero habrá de medir el aire con lo que el Patriarca dijo: *Si vis laudari morere;* más bien elegiría esto último que lo primero, si le diera opción el misionero de que hablamos, de modo que habré de referir con relación sencilla lo que sigue ahora.

Llegó al sitio señalado después de 4 ó 5 días de navegación río arriba; con la noticia que se les dió á los indios de que ya había venido el Padre, fueron saliendo de sus países para poblarse en *Cravo*, y en el espacio de dos meses, y aun menos, se había congregado ya un crecido número de familias; mientras se hacía el pueblo, estuvieron ranchados en un monte, allí cerca, á orillas del mismo río, en ramadas de palma para vivir ellos al pie de los árboles, y otra para el misionero, bien parecida en todo al portal de Belén; iban en el ínterin haciendo sus labranzas, que esto ha de ser la base principal para formar un pueblo, y haciendo una casa de vivienda con su capilla interior para que viviese el Padre: administró éste á los párvulos el sagrado bautismo, y procuró ganar con dádivas la voluntad de los adultos, repartiéndoles lienzos, camisetas, puas y cuchillos, de todo lo cual había venido cargado como mercader evangélico, de la ciudad de Santafé, pues este es el precio con que se compran las margaritas de estas almas. Ya había emprendido por ese tiempo el estudio difícil de su lenguaje bárbaro, haciendo sus anotaciones en un cuaderno que encomendaba á la memoria, y empezaba á hablar á sus indios, teniéndolos por este medio sobremanera gratos. En esta altura tenía ya su fundación el Padre, cuando al cabo de dos meses volví á verle de paso, con ocasión de pedirle barquetas para el trasporte de mi gente nueva, que salió esta vez del Airico, y de que hablaré después.

No se pueden decir en pocas palabras los trabajos y miserias

que de allí á pocos días se le siguieron; porque primeramente, como se componía de palmas secas su portal de Belén, un día, sin saber cómo, se prendió en él con tanta celeridad el fuego, que lo abrazó todo y lo redujo á cenizas; y no fué poca fortuna librar del incendio las alhajas de la iglesia, y la ropa que allí tenía para vestir á sus indios; éstos lo dejaron solo antes de acabar la casa que se había empezado, porque siendo nuevo entable como lo era éste, y no teniendo qué comer todavía, fué necesario darles grata licencia para que saliesen por esos montes y ríos en busca de pescado y frutas; solían volver de cuando en cuando á verle, y en estas idas y venidas le acabaron la capilla y casa, y estuvo en esta soledad casi un año, sin más compañía para su consuelo que la de Dios y la de algunos domésticos que le asistían.

Vióse nuestro Juan José, cuando menos lo pensaba, empeñado á dar el lleno á sus nombres, y á imitar el ejercicio de sus dos santos; del primero tomó la soledad en el yermo, y del segundo la carpintería. Aplicóse (sin haber sido discípulo antes) á ser maestro de facultad para el adorno de iglesia y casa; fabricó con sus manos puertas de cedro, ventanas, mesas y asientos que existen todavía; para eso tenía sus instrumentos de carpintería muy buenos, y los aprendió á manejar, y aun industriaba á otros como oficiales; él era el primero que empuñaba la azuela y la sierra, y el que tomaba los compases; á su industria y buen celo debe la reducción las obras de carpintería que dejó. No se limitó su habilidad al ejercicio dicho, extendióse también al arte de la escultura, é hizo un tabernáculo con muchas columnas y seis nichos para la iglesia, y aunque es verdad que no era de cedro sino de varas y de barro, aun así servía de mucho adorno, por estar en proporción las columnas con los pedestales y capiteles, y con la cornisa y molduras, dado de color blanco todo, que parecía de yeso; colocó en los seis nichos, y en los lados, varias imágenes de pincel, con una estatua muy devota y ricamente vestida, de la Purísima Concepción, patrona del pueblo; al lado de este altar hizo otro tabernáculo pequeño, y colocó en él otra estatua bien graciosa de la Virgen del Carmen y muchas láminas de varios santos. Todas estas pinturas, estatuas, santos y mucha variedad de ornamentos bien ricos, y otras alhajas de iglesia los consiguió el Padre para la fundación de su pueblo, que, bien claro está, le había de haber dado Dios á manos llenas para su nuevo entable, al que había fomentado con sus cuantiosos envíos las misiones, como apunté arriba, en el Libro 5.°, capítulo 21.

Con estos trabajos tan desmedidos, y sobre todos ellos, las necesidades extremas y la falta de lo necesario, se fueron agravando sus enfermedades, las cuales obligaron á los Superiores á descargarle, para que no muriese con un peso tan grande.

Salió para el Colegio de Tunja, y luego al de Santafé, después de haber formado el pueblo, su iglesia y las labranzas de los indios, y de haber domesticado á éstos, habiendo asistido en Cravo como año y medio. Quedóse en el ínterin para resguardo de la iglesia, de la casa y de un principio de hato de ganado vacuno, recién puesto, un seglar de satisfacción, mientras se daba providencia de un Padre. Dióse ésta como un año después, y entró á proseguir el ministerio el Padre Mateo Rivas, de nación Valenciano. Sobre estos fundamentos va prosiguiendo la fábrica; hace más de un año que los asiste; y aunque es verdad que se han ausentado muchos indios, permanecen constantes hasta hoy como 300 almas que componen el pueblo. Hará dos meses que fuí á verle, y noté la puntual asistencia á la doctrina cristiana y frecuencia de sacramentos, en especial la confesión, sin ser llamados ni compelidos. Por su voluntad han hecho muchas casas y están fabricando otras; las labranzas que tienen son bien pingües, y en nada inferiores á las de los demás pueblos antiguos; á todo da calor el misionero con su eficacia, yendo él mismo en persona á visitarles sus labranzas, comprometiéndolos con este cuidado á trabajar, punto muy necesario y de que depende el pueblo, pues estando abastecidos los indios, se verán obligados á estar quietos, sin ser necesario salir á los montes á buscar qué comer, como lo hacían antes; ha emprendido el estudio de su idioma con empeño, y lleva ya escritos varios cuadernos; y va devastando su rudeza, que la tienen estos indios en especial, y conciben muy al revés las cosas aunque les hablen en su lengua; fiamos no obstante en Dios y en la poderosa intercesión de la Concepción Purísima, quien como Patrona suya los tiene bajo su amparo, que ha de ser este pueblo la excepción de la regla, y se ha de pulir en cristiandad y perseverar constante. Si no se consiguiese esto, por lo que no alcanzamos no habrá faltado por su parte el celo de los misioneros á los Goagibos, sino los Goagibos al celo, y habrá perdido poco la Compañía en haber entresacado de estas gentes á muchos que la divina Providencia tenía predestinados, y en haber justificado la causa de Dios para que los rebeldes é inconstantes no puedan alegar en su favor la ignorancia.

CAPÍTULO VIII

NOTICIA DE LA ENTRADA Á LOS AMARIZANES DEL AIRICO, Y LA RESULTA DE ELLA.

Embarcámonos en el río Meta el día 5 de Diciembre de 1725, como apunté arriba, con 3 soldados españoles y algunos indios; á los nueve días de navegación, parte por el mismo Meta y parte

por el *Manacasia*, que desemboca en él con caudal bien crecido y arrebatada corriente, llegamos á una ensenada para buscar el camino de tierra por este sitio. Allí dejamos aseguradas las embarcaciones para la vuelta, y algún matalotaje de cazabe, y al siguiente día, repartidos los víveres y el bagaje que habían de cargar los indios á hombros, se prosiguió el viaje.

Tiene el Manacasia á sus orillas unos cerros muy altos que traen su origen desde muy lejos, y van prosiguiendo encadenados hasta llegar al Meta y servirle de costas, como el espacio de cinco leguas donde rematan; subimos por estos cerros y alturas con bastante fatiga, y cojimos tierra llana, cuando después de dos jornadas bien cortas, deslumbrados los guías desconocieron el rumbo, diciendo uno de los que guiaba que hasta allí se veía y nada más.

No dejó de desconsolar á todos esta especie, pero empeñados ya, hubimos de proseguir la derrota y caminar á ciegas, á Dios y ventura y á lo que diese el hado; así se caminó muchos días sin senda que nos guiase, atravesando pajonales y pantanos, y saliendo á los cerros, que hay muchos por esa parte, para ver si se descubrían algunos humos. Quiso Dios que habiendo caminado algunas leguas, hallásemos un camino de Chiricoas con señales bien frescas de haber andado por ella poco antes, y aunque no nos constase que guiase á los Amarizanes, se hacía dictamen no mal fundado de que iba hacia los Masivarivenis, población de Chiricoas gentiles que tienen amistad con los indios Achaguas; con esto y con la mira de reforzar los víveres en ese pueblo, como de tomar lengua sobre el camino del Airico, seguimos, y después de muchos días de viaje, llegamos al río del *Tebiare*, á cuyas orillas se juzgaba que estarían los Chiricoas poblados; pasamos á la otra banda, y se nos aguó el contento, porque hallamos quemada la población y sin gente, que así lo hacen estos indios cuando se cansan de vivir en un sitio y se han de mudar á otro; aquí creció la perplejidad sin saber qué consejo tomaríamos, porque estaba muy lejos todavía el Airico, y muy cerca de acabarse los víveres, sin haber dónde reforzarlos en tan dilatados desiertos y esterilidad de tierras; cansados de tanta dilación y fatigados del hambre, cuatro Goagibos que nos guiaban se quitaron de ruidos y se huyeron esa noche, con que nos quedamos sin guías. Proseguimos no obstante, fiados de la Divina Providencia, aunque bien desconsolados todos y caminando á ciegas; no tardó mucho tiempo Dios en consolarnos, porque á las 8 de la mañana, con poca diferencia, se divisaron unos humos al parecer cerca, pero en realidad bien lejos; alentáronse los indios con esta vista y se adelantaron tres ó cuatro de ellos á toda prisa, para investigar qué gente era aquélla, si serían por ventura los Masi-

varivenis sus amigos. Mientras se averiguaba esto, pareció conveniente que se esperase la respuesta de lo averiguado y visto en uno de aquellos montes, como se hizo luego, ranchándose los demás hasta saber el fin.

Estuvimos todo el día esperando hasta la noche; estaba ya bien entrada ésta, y todavía no parecían los exploradores, ni venían con la respuesta; todo era discursos melancólicos en este tiempo; todo desconfianza y todo caimiento de ánimo. Ya se iban echando ideas de abandonar lo comenzado y restituírse al Meta otra vez, porque siendo el matalotaje corto, lo que restaba de camino mucho, el encontrar á los Amarizanes muy incierto, pues no se sabía dónde estaban, aunque corrían voces de que vivían en el Guaviare, parecía sobrado arrojo y temeridad exponerse á morir de hambre en el camino, sin conseguir nada. Así estaban suspensos todos, juzgando cada cual de la feria como le iba en ella, cuando á las ocho ó nueve de la noche se oyeron unos gritos que venían de lejos; juzgando los que estaban ranchados que serían los indios Achaguas que habían salido aquella mañana á registrar los humos, correspondieron gritando al mismo tono, para que guiados de las voces diesen en nuestros ranchos los que venían; llegaron por último tres ó cuatro gandules Masivarivenis que venían en busca nuestra, enviados por los Achaguas, que habiéndoles encontrado ya bien tarde, los mandaron con el aviso para que nos guiasen á su pueblo.

Preguntamos por los Amarizanes, y todo era malas nuevas de que se habían retirado muy lejos, pero sin embargo, juzgando no sin fundamento que nos mentían estos indios, como lo tienen de costumbre, especialmente si son blancos los que preguntan, máxima muy antigua entre ellos, que parece han hecho voto de no decirles palabra de verdad en nada, proseguimos al siguiente día el viaje, guiándonos estos indios. Llegamos á buen andar como á las tres de la tarde á su población llamada *Macuberra*, como su Cacique, quien prevenido de los Achaguas que se adelantaron, nos recibió de paz y nos hizo mucho agasajo, lo mismo que su gente, que serían por todos 150 almas.

Aquí será bueno hacer pausa, para que notemos de paso la infinita providencia de Dios y lo admirable de su piedad, que sabe predestinar por medios bien impensados y conducir á Jerusalem á los que estaban á las puertas de Babilonia. Preguntamos si había enfermos en aquel pueblo, y sabiendo que estaba casi á la muerte una india, y algo achacosos algunos niños, pasamos á visitarlos. Entramos á un bojío y hallamos en él á la india, que según la fisonomía y aspecto me pareció sin ponderación que pasaría de 100 años; estaba tan consumida y acabada, que parecía un esqueleto, sin que se viese más que huesos y la piel arrugada que

los cubría; apenas podía echar la palabra de la boca, por la suma flaqueza, y parece que tenía Dios depositada el alma contra la exigencia natural, en aquel saco de huesos y cementerio vivo, hasta conseguir la gracia por el Santo bautismo para volar al Cielo. Entendía algo de la lengua Achagua esta india, y así pasamos á instruírla en los misterios de la fe, lo que precisamente bastaba, valiéndonos de los dos idiomas Chiricoa y Achagua para que entendiese mejor; después de catequizada la bauticé, y á un niño como de 3 años que corría riesgo; murieron ambos de allí poco, lográndose estas almas por medio tan contingente como el que queda dicho, y para que se confirme con esto lo que San Juan dice, que vió aquella innumerable multitud delante del trono de Dios y del Cordero: *ex omnibus gentibus, et tribubus, et populis, et linguis.*

Enterados en este sitio del camino que guiaba á los Amarizanes, y de que éstos habitaban á las orillas del río Guaviare, proseguimos nuestro viaje durante cuatro días.

Dimos vista al primero y tan deseado pueblo del Airico, el 27 de Diciembre, como á las dos de la tarde. Ya tenía noticia previa, aunque mal recibida, su Capitán, llamado *Camuibay*, por habérsenos adelantado algunos indios, y salió á recibirnos éste, acompañado de los suyos, á la plaza del pueblo, sólo por el bien parecer, pues quería evitar nuestra vista de buena gana, porque no podía ver á los blancos, como él decía; salió muy de república, con casaca colorada, diciendo que no nos hacía la salva con su escopeta por carecer de pólvora; no me pareció conveniente darle noticia de nuestra entrada ese día, para dar lugar á los cumplimientos y otras ceremonias que ellos usan con sus huéspedes, y se reducen á muchas vasijas de bebida, y sus celebrados *mirrayes* de que trataré después. Apenas hubo indio en el pueblo que no fuese á dar la bienvenida al Padre y cumplir con su obligación, llevándole, según su estilo, cuanto tenían; fué tan crecida la ofrenda, que parecía que celebraban ese día y el siguiente la conmemoración de los difuntos; ya no sabíamos qué hacer con tantos *muriques* de bebida, ni bastaban los compañeros á consumirla, por más que se esforzaban, en especial los indios; quiso Dios que se prendiese fuego allí cerca, y para ocurrir al daño hubo de apelarse á los muriques y echar mano de la bebida, con la cual se apagó el fuego.

Concluídos los cumplimientos de ese día, mandé llamar al Capitán *Camuibay*. Es este indio uno de los más habladores, soberbios y de indigesta conversación de cuantos he conocido en los Achaguas, por lo común humildes; apenas hay quien le pueda ver entre los suyos, por los males que les ha hecho, y la condición precipitada con que avasalla á todos. Después de un largo

razonamiento en que le propuse mi llegada á su tierra; la ceguedad en que vivía; las conveniencias que se le seguirían á él y á los suyos si se pasaban al Meta para vivir con sus parientes; los males que padecían en el Airico causados por sus enemigos y por los hechiceros; y después de estas razones y otras que se ofrecieron al intento, respondió *Camuibay* según su estilo y en tono de demente:—No quiero ir allá, Padre, y prosiguió con el mismo tono de voz, como si estuviera loco, diciendo iniquidades de los blancos, y concluyó por último, que allá en el Airico podían tener muchas mujeres, pero entre los blancos no, porque se las quitarían.

A la verdad, no estaba sazonado este indio, ni lo estará tan presto, pues tiene muy arraigadas las ideas que su difunto padre le había sugerido varias veces, sobre las antiguas extorsiones de que tratamos ya y nos refirió él mismo; procuróse no obstante darle salida á todo, y aunque es verdad que no quedó enteramente convencido, se consiguió por último algo: remitióse al parecer y voto de su Cacique llamado *Irrijirre*, que vivía en un pueblo, á la otra banda del río Guaviare, como á un día de camino. Era el intento de *Camuibay* huír de la dificultad por este medio, como se vió después, mas como era menester tratar de hablar á *Irrijirre* sobre este punto y sobre su salida para poblarse en el Meta, determinamos pasar á su pueblo. De lo conseguido en él y de nuestra vuelta del Guaviare á la reducción del Meta daré razón en el capítulo que sigue.

CAPÍTULO IX

TRÁTASE CON EL CACIQUE IRRIJIRRE DE LA SALIDA CON SU GENTE Á POBLARSE; LO QUE SE CONSIGUIÓ ESTA VEZ, Y NUESTRA VUELTA AL META.

Tan mal despachados, como se ha visto, salimos del primer pueblo, después de habernos afanado en solicitud suya por camino penosísimo y dilatado de tantas leguas, que estos son los gajes que nos dejaron á los que predicamos el Evangelio los estruendos de los conquistadores en los tiempos antiguos. Pasamos á visitar á *Irrijirre*, por ver si nos abría la puerta que nos cerró *Camuibay* con tan obstinado empeño; es el Cacique *Irrijirre*, aunque criado entre gentiles, indio de respuestas nobles, apacible condición y sobremanera manso; tenía largas noticias de nuestras antiguas misiones, y especialmente del Padre Neira que lo bautizó cuando era muchacho y le puso D. Pedro; estas cortas centellas de cristiandad las conservaba en su noble pecho, si bien es verdad que, con la falta de cultivo, y la gentílica

licencia, estaban muy encubiertas con las cenizas frías del vicio más común entre ellos, que es la sensualidad; vivía muy enredado D. Pedro, y sustentaba á sus expensas muchas mujeres á pesar de su avanzada edad; fuéselas quitando Dios poco á poco, hasta dejarle una sola, y es la que al presente tiene, que para semejante ceguedad suele ser el único remedio este agraz fuerte exprimido en las niñas de los ojos, con el cual los abre Dios; una de estas concubinas murió tan aceleradamente cuando pasé al Guaviare, y estaba ya de asiento en el pueblo, que, por mucho que alargué el paso, al tener aviso de que se moría, la encontré ya difunta, y por eso murió sin el bautismo. Poco tiempo antes me había llevado de comer esta india á mi casa; lastimónos á todos este severo juicio de la Divina justicia, viendo malograr en esta gentil la única y más oportuna ocasión que había tenido en toda su vida de ser cristiana, y conseguir el Cielo por el Santo bautismo.

Sabiendo *Irrijirre* nuestra llegada á su pueblo, nos envió á recibir al camino con algunas frutas y matalotaje, y asimismo embarcación para pasar el río; no fué necesario navegarlo todo, sino que cogida la otra banda, costeamos por sus orillas bien pobladas de montes, hasta llegar al pueblo. Entramos en él el 31 de Diciembre de dicho año, como á las nueve de la mañana; nos recibió con muchas muestras de agasajo, en su propia casa, una de las mejores, más capaces y curiosamente trazadas de cuantas he notado entre indios. Era redonda, como si hubieran trazado la planta con un compás; toda ella parecía una media naranja de las que fabrican en los templos; podían acomodarse en ella 500 hombres, como se acomodan los pasajeros en un navío; esta era su casa de respeto, donde vivía con su familia, que era mucha, y para dormir de noche, porque para los otros oficios y menesteres domésticos tenía cocina aparte. En esta casa grande se hizo el recibimiento á los huéspedes, según estilo y usanza de la Nación; mas como no hemos dicho todavía sino de paso aquellas especiales ceremonias y *mirrayes* que usan en ocasiones semejantes, será bueno parar aquí, como quien descansa del viaje, para decir algo, por haberlo prometido así desde el 2.° Libro.

Ya estaban prevenidos los asientos y algunas sillas de respaldo, que las fabrican muy curiosas y las aforran de pieles de leones, tigres ó de lobos de agua; fuéronse sentando por su turno los huéspedes, muy callados y graves, con sus armas en la mano; hizo seña el Cacique entonces á los suyos para que saludasen á los *primos*, que así se llaman en tales casos aunque nunca lo sean; vinieron muy en orden, puestos en filas con sus macanas embrazadas, uno después de otro, como quien va en procesión, y muy serios; el que guiaba á los demás hizo la venia al

primer huésped, diciéndole en voz baja y tierna: *mude*, que signica *primo;* luégo pasó al siguiente llamándole del mismo modo, y así los fué recorriendo á todos, hasta llegar al último; al mismo tiempo venían corriendo la estación sin parar, uno después de otro, los que formaban la fila, llenando la boca de *primo* en sucesión repetida, hasta concluír la tanda. La correspondencia de los huéspedes fué con el mismo tono de voz, sin responderles otra cosa de por sí cada uno, que esta palabra *cha*, con gran ternura, la cual significa *pues;* recorridos por este orden, y de esta suerte, se volvieron á sus asientos los gentiles; luégo se siguió la bebida, como lo principal de todo; empezó desde el primero á recorrer la totuma, luégo pasó al segundo, y así prosiguieron corriendo multitud de vasijas, que se atropellaban unas á otras é iban trayendo las mujeres como quien va de apuesta.

Acabada la función de la bebida, en la cual se gastó harto tiempo, empezó lo más solemne, como punto muy sustancial de su política, y es lo que se llama *mirray;* derívase esta palabra del verbo *numerraidary*, que significa perorar, con que es este *mirray* cierta oración retórica, compuesta en estilo elevado que estudian desde niños y la enseñan con mucho cuidado los padres, y esta es su cortesía con los huéspedes, como lo dicen ellos; para éstos la aprenden con gran desvelo, como los niños cristianos el catecismo, enséñanles el tono de la voz y el modo de poner la cabeza y las manos mientras oran, que no basta cualquier estilo y tono para el efecto.

Siéntase, pues, el orador en un asiento bajo ó en cuclillas; pone sobre las rodillas los codos, y en la mano izquierda las armas: la derecha ha de estar ociosa totalmente ó puesta sobre la mejilla, si le pareciese mejor; ha de estar cabizbajo mientras ora, y con los ojos en el suelo; empieza luego su *mirray* en tono de oración de ciego, medio entre dientes, y con velocidad suma como cosa estudiada; así se está recitando largo tiempo, callando todos hasta concluír la primera parte de su sermón, que tiene muchas: al acabarse ésta, remata con tono de lamentación, ó como se acaba de cantar una epístola, levantando un poco la voz y dejándola caer de golpe; apenas acaba éste, cuando responde el que hace cabeza, á quien se dedica el *mirray*, y habla de la misma suerte por largo tiempo, rematando del mismo modo; luégo prosigue sus puntos el primero, y así se están sermoneando cerca de hora y media, y ya uno, ya otro, como si rezaran á coros; quedándose después muy serenos, sin otros parabienes al predicador, ni más aplausos, que levantarse cada cual de su asiento y salirse á digerir la bebida por el pueblo para beber más.

No quiero detenerme en declarar el asunto sobre que tratan en la oración, que sería materia muy larga, y sólo diré en breve,

que lo que tratan en esta plática es darle la bienvenida á los forasteros, diciendo que se alegran mucho que hayan llegado con felicidad á sus tierras, el mucho gusto que tienen de verlos y otras cosas semejantes; esto lo repiten de mil modos y con circunloquios varios, y esta es la razón de gastar tanto tiempo, cuando podían acabarlo todo en un cuarto de hora cuando más.

Acabadas las funciones el día 31 de Diciembre, llamé á nuestro Cacique *Irrijirre* el día siguiente, díle razón de nuestra entrada, en la forma que se la dí al Capitán *Camuibay;* oyó con mucha cordura D. Pedro, quien propuso con la misma muchas dificultades, que siempre trae consigo esto de dejar la patria, haciendo hincapié sobre la libertad, porque aunque no se le quitaba ésta, se le coartaba mucho, habiendo de sujetarse á la profesión cristiana; diósele salida á todo, y viéndose cogido por esta parte, apeló á la dificultad más fuerte, y era estar muy enferma, de riesgo, una de sus mujeres, y la principal de todas; dijo verdad en esto, porque consumida de achaques iba corriendo la posta á la muerte, en la cual fué más venturosa que la pasada, pues instruída despacio en los misterios de nuestra santa fe, recibió el santo bautismo y murió algunos días después de nuestra partida del pueblo. Dijo no obstante *Irrijirre*, que daba firme palabra de salir con su gente á poblarse en el siguiente verano, cuando pusiesen huevos las tortugas. Este es su calendario, y el modo con que se gobiernan y distinguen los tiempos.

No me pareció cordura apurarle más, especialmente cuando no sólo dió palabra de salir, sino que aceptó otro partido que se le propuso, y fué que se viniese con nosotros al Meta uno de sus sobrinos, con alguna gente, para que previnieran las labranzas para cuando saliesen los otros, y en esta composición se ajustó una tropa pequeña de 28 almas que concedió el Cacique, y empezaron á tratar de viaje y prevenir sus víveres, sobre la palabra que habían dado; bauticé á los párvulos por el riesgo que corrían en el trascurso de un año de morir algunos de ellos sin el santo bautismo, lográronse algunos niños por este medio, que murieron cristianos; no quiero pasar en silencio la piedad que usó Dios con un niño antes de salir yo de ese pueblo.

Estaba muy en riesgo la Cacica, por la enfermedad que padecía, y se hallaba en días de dar á luz; dije á un indio de confianza que en tal caso estuviese muy sobre aviso, y me diese á toda prisa noticia, cuando la criatura naciese; no pasó mucho tiempo, cuando vino corriendo el indio con el aviso de que había nacido ya, fuí á toda prisa con el agua, hallé al niño sobre la tierra, tan sin señales de estar vivo, que me pareció difunto, lleno de inmundicia y tierra; dije á su madre entonces, que si ya estaba muerto el niño; vivo está todavía replicó ella; miréle con aten-

ción y noté que se movía un poco; apenas advertí esto cuando lo bauticé al punto, quien sintiendo sobre sí la frialdad del agua confirmé que estaba vivo porque empezó á llorar, púsele por nombre Ignacio, y apenas pasó medio cuarto de hora voló al Cielo.

Ajustadas las materias, y compuesta ya la salida de este pueblo para el año siguiente, dimos la vuelta para el nuestro; vinieron acompañándonos *Irrijirre* y los suyos, hasta las orillas del río, bien agasajados todos, especialmente el Cacique, con muchos donecillos de los que ellos aprecian y se repartieron antes. Sobre las instancias que hice en orden á *Camuibay*, le volví á instar de nuevo á la despedida, para que procurase reducirle á que se poblasen en el Meta, él y su gente, en el siguiente año; ofrecióme hacer de su parte cuanto pudiese, y con esto nos despedimos, y volvimos de paso al pueblo de *Cumuibay*, tan terco como antes y tan rebelde como siempre, no obstante que sabía ya la determinación de *Irrijirre*; agasajámosle, sin embargo, por ver si se ablandaba su dureza con las dádivas, y se disponía su ánimo para después; y dejando las cosas en tal estado, y esperando que se madurase con el tiempo, proseguimos nuestro viaje para el río del Meta.

Después de los trabajos inexcusables, en los cuales no me detengo, por ser comunes, y que traen siempre consigo semejantes empresas, llegamos al Manacasia, en donde quedaron las piraguas y algún matalotaje escondido para la vuelta; cuando todos pensábamos ya allanadas las dificultades, concluídos los trabajos y vencidos los riesgos, en especial del hambre, nos hallamos bien burlados en ese sitio, y es el caso que fueron delante de nosotros unos indios de la nación Saliva, llegaron al Manacasia muertos de hambre, y faltos de embarcaciones para pasar el río, lograron la suya los buenos Salivas: hallaron canoas prevenidas y matalotaje hecho, no obstante que sabían que eran nuestras, y el avío también, y que nos acercábamos ya; sin reparar en cumplimientos y respetos humanos, agarraron cuanto pudieron del cazabe, y de las dos únicas curiaras se llevaron la una, con que quedamos desaviados.

Acomodóse la gente como pudo, unos en la canoa y los demás por tierra, hasta donde se pudo caminar; ésta fué la razón de haberme adelantado á mi gente, río abajo, á la Concepción de Cravo, como apunté arriba, en busca de embarcaciones; consiguiólas el Padre Juan José Romeo, y se remitieron río arriba; llegaron algunos días después á la boca del río Cravo, y proseguimos desde aquí al pueblo del Beato Regis, en donde entramos el 16 de Febrero de 1726. Fueron recibidos los nuevos con el agasajo y caridad que usan los Achaguas siempre con los recién venidos, á lo cual ayudó no poco la presencia del Padre Superior,

con su acostumbrado celo, quien había quedado cuidando de estos indios. Habíanse agregado antes de esta entrada al Airico unas 38 almas de la misma Nación, que llegaron con su Capitán á orillas del río Cravo, y vinieron por su voluntad á poblarse en el Beato Regis; así que, con la salida de los nuevos, iba tomando cuerpo y ganándose tierra cada día más en la reducción de Guanapalo, que estuvo tan en riesgo de dejarse como del todo inútil.

CAPÍTULO X

ÉNTRASE AL GUAVIARE SEGUNDA VEZ, Y LA RESULTA DE ESTA ENTRADA.

Muy poco hay que fiar de las palabras de los hombres, y si tiene lugar esta verdad en todos, ó la mayor parte, la tiene en los indios especialmente, en cuyo pecho vive la inconstancia como en su propio nido, ya quieren, ya no quieren, sin tener más firmeza en sus resoluciones, que los gallardetes de las naves, y las veletas de las torres, expuestas á la mudanza con que las rige el viento. Notamos sentimientos nobles en *Irrijirre*, como se dijo ya, pero al fin era indio, que aún los que tienen la cara blanca suelen atropellarse á veces, á pesar de la honra y de su noble sangre. Dió palabra el Cacique de salir en el siguiente verano, pero la distancia de la tierra y del tiempo le habían borrado las especies, y estaba tan lejos de cumplirla, que ya tenía entabladas nuevas labranzas en el Guaviare para eternizarse en él; todo esto se descubría en el Meta sin verlo, y era fácil de preverlo á quien conoce á los indios.

El deseo de llevar adelante la comenzada empresa, y no perder los afanes de la pasada entrada, nos hizo intentar la segunda á últimos de ese año de 1726. Pareció conveniente que entrase en esta ocasión el Capitán Zorrilla con 8 soldados españoles y buen número de indios flecheros, que siempre es necesaria la cautela con estos bárbaros, por más que se muestren mansos y afecten docilidad; dispuestos ya los víveres, las municiones y las armas, salimos del Beato Regis el 4 de Diciembre, mas no pudo ejecutarse la salida con la presteza que quisimos, porque nos atajó los pasos Dios, y parece que fué pronóstico de los muchos que sobrevinieron después, y que diré á su tiempo.

Ya estábamos á punto, todos embarcados en las piraguas, en las bocas del Guanapalo para pasar al Meta; empezaron á repetir "*el buen viaje*" y á ejecutar su oficio los remeros, pero á los primeros impulsos se volcó la curiara en que íbamos, y dió con los navegantes en el río, en donde caímos de cabeza todos y

cuanto iba en ella. Turbados los de la orilla y paralizados del susto, quedaron hechos estatuas, sin acudir al riesgo; andábamos hundidos en el ínterin en lo profundo del río, haciendo sus posibles cada cual para escapar la vida. Yo no sé lo que pasaría por los otros en este lance, lo que podré decir de mi persona es que en tan conocido riesgo no pensaba en otra cosa que en buscar debajo de las aguas algún brazo de qué agarrarme para salir afuera, porque no dejaba de reflexionar en medio de la turbación, que entrarían á sacarme pronto los que me miraban desde la orilla; ello sucedió así, porque viendo el Padre Superior (que había venido desde los Betoyes otra vez) la inadvertencia de los indios, que no acertaban á moverse de susto, les empezó á gritar y á compelerlos para que entrasen á sacarnos; echáronse luego al río, buscando por todas partes, y alargando los brazos; entonces encontré con uno del cual me agarré fuertemente y salí. Quiso Dios que nadie se ahogase, pero se mojó el avío y la pólvora, y tuvimos que volver al pueblo á mudarnos de ropa y á prevenirnos de nuevo avío para proseguir por la tarde.

Recobrados del susto, y repuesto nuevamente lo que se perdió en el río, volvimos ese mismo día á embarcarnos, con mucho recelo y bien avispados del pasado susto. Cada paso es un riesgo en estas embarcaciones, y parecería temeridad fiarse de ellas, si no hubiera sancionado la costumbre, y facilitado el uso, lo que causaría horror si se inventara nuevamente, al verlas balancearse en el agua como un *brizo*. Cogimos con facilidad la otra banda del Meta esa tarde, y no quisimos seguir en esta vez el rumbo de la anterior, yendo por Manacasia, sino caminando de Norte á Poniente, desde la derechura de Guanapalo, porque aunque es más largo este camino, á causa de los muchos rodeos, y sumamente molesto por sus muchos pantanos y ríos que le atraviesan, es más trajinado y hay la comodidad de poder volver por tierra hasta el Meta, sin ser necesarias embarcaciones, como en la vez pasada.

Estaban muy despoblados esos sitios, pues aunque penetramos hasta *Barragua*, en donde era tan copioso el gentío, como se dijo en su lugar, lo encontramos desierto por esa parte, por haberse muerto los indios, ó por haberse retirado; sólo encontramos algunos caneyes vacíos, á la otra banda del Vichada, en donde habían estado poblados los Chiricoas; de uno de estos caneyes salieron corriendo dos leones al acercarnos, los cuales se habían ranchado dentro, como en su propia casa, y se retiraron á lo interior del monte al percibir el ruido de los que llegaban; entramos por último al pueblo de *Camuibay* el día de Noche-buena por la tarde, á los 21 de viaje desde el Beato Regis. Turbóse no poco el indio al ver en su población tan no esperada comitiva co-

mo la que iba entonces, y fué necesario confortarle y amontonarle razones de consuelo para que no temiese; pensaría sin duda que de hecho entrarían á horcarlo por haber galleado tanto la vez pasada; díjosele que los soldados no pretendían hacerle mal, ni podrían hacerlo, aunque quisiesen, delante del Padre, á quien miraban con respeto; que iban en su compañía por si salían enemigos para defenderle de ellos; esmeráronse los soldados en tratarle con afabilidad y agasajo, abrazándole en señal de amistad; siguiéronse los donecillos de anzuelos, cuchillos, cuentas, y otras niñerías de éstas, que ellos aprecian mucho; convidámosle con la paz, y se le propusieron, como antes, muchas razones de conveniencia, si siguiendo nuestro consejo salía á poblarse en el Meta, acompañado de su gente. No se mostró tan duro *Camuibay* como la vez pasada, no sé si sería la causa de esto el miedo ó el interés, pudo ser efecto de uno y otro; pues son estas dos cosas los ejes en que se mueve el indio: siempre es menester algún temor mezclado con interés, y si faltara esto, pronto se desbaratarían las reducciones, aún de los ya cristianos, siendo como son estas gentes de la calidad de los niños, y haberlos de gobernar como á ellos. Por esto decía el Padre Lucas de la Cueva, como soldado viejo y experimentado en nuestras misiones del Marañón, que más fruto se hacía entre los indios con una escopeta á la vista, que con muchos operarios por fervorosos que fuesen.

Pero volviendo á *Camuibay*, después de agasajado así él como sus hijos, á quienes tocó buena parte, dijo que quedaba contento, y que se iría con nosotros; quiera Dios que no se arrepienta después de la palabra dada. Habiéndole cogido ésta, y dado orden en su pueblo para que previniesen sus cazabes, partimos á la otra banda del Guaviare, al de D. Pedro Irrijirre. Estaban algo dispuestos los ánimos desde la primera entrada, por lo cual hubo menos que hacer en esta, especialmente con el Cacique, pues habiendo dado palabra de salir en el verano, no fueron necesarias más razones, sino reconvenirle con ella. Las primeras salutaciones, luego que llegamos al pueblo, fueron decirle así: "el año pasado nos dijiste que saldrías á poblarte con tu gente cuando pusiesen las tortugas sus huevos, pues si ya empezaron á poner, vámonos." No replicó el Cacique; dió orden á los suyos para que previniesen matalotaje, no obstante que se habían arrepentido de la palabra dada, según lo daban á entender sus labranzas que estaban recién plantadas, y derribado mucho monte para sembrar maíz.

Había otra población pequeña de Achaguas Masanavenis, algo lejos de allí, á 4 días de viaje; enviólos á llamar Irrijirre con sus parientes, á quienes acompañaron dos soldados; ya estaba deter-

minado el Cacique de ellos, y oído el recado de que esperaba el Padre á salir con los suyos, hallábase presente un mal indio cristiano, de los que entraron con nosotros, quien en lugar de ayudarnos, supo decirles tanto mal de los aires que corrían en el Meta, que arrepentido el buen Cacique por lo que oía, desistió de la empresa. Salió no obstante un Capitán con una pequeña tropa de su gente, á los 8 ó 10 días, con ellos se ajustaron por todos como 200 almas, y se trató de conducirlos al Beato Regis.

CAPÍTULO XI

SALEN DESDE EL GUAVIARE LOS AMARIZANES PARA EL RÍO META Y SE HUYEN EN EL CAMINO CAMUIBAY Y SU GENTE.

No pierde tan presto la vasija de barro los olores del primer licor que se embebió en ella, ni tardan mucho tiempo los abrojos en brotar de la tierra, por más que lo desmientan las apariencias exteriores, si subsisten las raíces. Estaban muy hondas éstas en el corazón de *Camuibay*, y tenía muy embebido desde su tierna infancia el horror á los españoles, por el que les tenía su padre, y lo traspasó á las venas de su hijo en las conversaciones domésticas desde sus primeros años; tan poderoso así es el ejemplo de los padres, sea malo ó bueno, en la crianza de sus hijos. Ya se había resuelto este indio á dejar de hecho su tierra, pues además de los motivos temporales que le movieron á ello, había concurrido Dios por su parte con otros motivos superiores y más fuertes para arrancarle de ella, y trasplantarle á otra, donde mejorase de sitio: tres muertes repentinas habían sucedido en ese tiempo, una después de otra, y en pocos días: la primera, de una indiecita como de 13 años que murió tan aceleradamente una mañana, habiendo estado buena poco antes, que por mucho que adelanté el paso al tener el aviso, para bautizarla, se había adelantado la muerte más ligera, y arrebatado el alma, de manera que murió gentil; la segunda fué otra indiecilla casi de la misma edad: el primer aviso que tuve fué de que había muerto de repente; espiró, como la otra, sin el santo bautismo, cosa verdaderamente lamentable y que atemorizó á todos; veneremos la Divina equidad, y lo severo de su justicia, alabando sus juicios, que dan tiempo á unos, y lo quita á otros, por lo que no sabemos.

Iba Dios reforzando con estos casos la batería, pues aunque bastaran estos dos tiros para el desengaño, y para que abriesen los ojos, todavía disparó el tercero, y más sensible, en especial á *Camuibay*. Tenía un sobrino éste como de veinte años, muy estimado y querido de todo el pueblo; asaltóle una mañana

á este mozo un accidente repentino, y fué tan ejecutivo el achaque, que apenas vivió lo que bastaba para ser bautizado; harto feliz sería si consiguió la gracia en medio de tanta prisa con que se dispuso para ella, lo cual alcanzan con dificultad hombres de estragada vida, aun cuando mueran despacio. Estos ejemplares frescos, espuela grande fueron para dejar sus tierras, horrorizados del peligro. Atribuyen estas muertes á hechicerías y maleficios de otros indios, á quienes llaman *mojanes*. Así, pues, logrando la ocasión, yéndoles con la suya, se les apretó fuertemente á que dejasen esa tierra, que, como decían ellos, estaba tan llena de mojanes que les hacían mal; pero se olvidaron pronto, como ahora diré.

Salieron por último del Guaviare como 200 almas; empezó á caminar la comitiva cargada de sus ajuares, de muy poca importancia todos ellos, conviene saber: sus ollas, hamacas, canastos y muriques y la provisión de cazabe; pero sobre todo una masa fabricada de yuca, de la cual hacen su bebida; quemáronse los dos pueblos antes, y quebráronse las vasijas que por pesadas y muy grandes no querían llevar, función que ejecutaron los muchachos con mucha risa y señales de gusto; iba muy despacio la gente, porque como venían tantos y casi todos cargados, no sólo de sus ajuares, sino de sus pequeños hijos, además de su nativa flojedad, pareció que no se podían hacer largas jornadas, por lo cual gastamos siete días hasta llegar á los Goagibos Masivarivenis, camino tan moderado y corto que se podía hacer en tres ó cuatro días; esta detención fué causa de muchas penalidades y quebrantos que sobrevinieron en el viaje, pues dilatándose éste, y no llevando más víveres que los que cargaban los indios, faltaron casi del todo á la mejor del tiempo.

Llegamos á los Masivarivenis, como iba diciendo, que ojalá no hubiéramos pasado por sus tierras, aunque hubiera sido necesario rodear muchas, y allí formaron sus *mirrayes* las dos Naciones, en medio de una montaña en donde estaban ranchados, lejos del pueblo, que estaba quemado ya; parecía un vivo retrato del infierno la descompasada gritería que armaron, porque siendo los congregados entre Goagibos y Amarizanes más de 350, y hablando todos casi á una, hundían á gritos el monte. La resulta de estos mirrayes que presidía el demonio sin duda, fué la que dice San Jerónimo: "las malas conversaciones matan las buenas costumbres." Esforzaron los Goagibos su elocuencia para pervertir á los nuestros: "¿Para qué vais con esos blancos? (les decían); mirad que os llevan engañados; nos quedamos admirados de vosotros que siendo entendidos como lo sois, y sabiendo la dura servidumbre que por su causa padecieron vuestros antiguos, y contaron nuestros tíos y abuelos, os dejéis engañar;

abrid con tiempo los ojos, tened más cuenta con vuestras vidas, y con la libertad de vuestros hijos; éstos pasarán su vida en mísera esclavitud, y viviréis vosotros consumidos de penas, además de quitaros las mujeres, si antes no entregan vuestros cuellos al dogal ó al cuchillo."

Ya se ve claramente la sangre que semejantes pláticas engendrarían en las venas de los Amarizanes, y muy especialmente en *Camuibay*, que la conservaba en ellas mezclada con el horror con que miraba á los españoles; mucho veneno fué éste, y muy activo, que les brindaron los consejeros de la maldad, y no habrá por qué maravillarse ahora de que hiciese un estrago tan notable como el que hizo después, por más que apliqué la contra de buenas razones y agasajos, con que procuramos desmentir los embustes de los Goagibos. Fingieron éstos que se querían venir con nosotros en buena compañía, para hacer pueblo aparte en las cercanías del Meta, y disimularon aquéllos la resolución que tenían de huírse, fingiendo que venían contentos. En esta conformidad salieron de aquel monte todos y se pusieron en camino.

Apenas habían caminado dos jornadas los indios Goagibos, cuando de la noche á la mañana mudaron de rumbo sin decir nada, y se desaparecieron. No nos cogió de sorpresa, porque así lo usan ellos, ni se pretendió buscarlos, porque no les habíamos dado crédito de que se poblarían en el Meta como decían. Lo mismo hubiera hecho *Camuibay* entonces, pero como astuto y más certero, dilató la fuga para después, receloso de los soldados que venían muy sobre aviso para impedirlo; pero la logró después como lo había imaginado, porque de allí á dos días, al pasar una montaña en que era muy fácil esconderse, y muy difícil á los soldados por no ser vaqueanos en la tierra encontrarlos, dieron estampida de golpe, como toros cerriles, guiados de *Camuibay*. Echóse de ver la fuga de allí á poco, y fueron en seguimiento suyo los soldados al advertirlo, quienes ofuscados en la maleza, y como desatinados en el laberinto de su espesura, buscando en todas partes, sólo pudieron hallar algunos despojos de la fuga, como canastos y otros trastos, con alguna herramienta, que iban dejando por el monte, ocupados del susto y temor á los blancos.

Día fué éste de confusión, y sobremanera sensible, como lo dejo á la consideración de cada uno; malogróse el trabajo casi con la mitad de la gente ahuyentada en los montes, por instigación de Satanás, como á la mitad del camino; y dejando por desahuciados á *Camuibay* y los suyos, proseguimos nuestra derrota con los de la parte de *Irrijirre* y algunos Masivarivenis. El Superior de las misiones tenía ya noticia de que nos acercábamos, por carta que se le envió; sabiendo éste la cercanía, como la ne-

cesidad grande que por falta de matalotaje venían padeciendo todos, despachó á toda prisa un envío bien cuantioso, que encontramos en el camino á día y medio de distancia del río Meta; respiraron los pobres indios con el nuevo socorro de cazabe y carne, que se les fué repartiendo por su orden; con esto cobraron nuevos bríos para caminar en breve lo que restaba; dimos vista por último al deseado Meta el día seis de Febrero de 1727, y entramos al siguiente al Beato Regis.

Mucho fué el regocijo de los nuevos al verse sobre las playas del río, pasados los raudales del Meta, río Jordán para ellos, y tierra de promisión, y allí sobre la playa se pusieron de gala antes de entrar, según su estilo; sacaron sus embijes y sus plumajes más vistosos; pintáronse á toda ostentación, y se coronaron con sus llautos. Salieron los del Beato Regis con aparato de fiesta y clarines, á lo cual concurrieron con salvas de arcabucería algunos españoles que estaban á la sazón en el pueblo, capitaneados por el Padre Superior, obsequio que estimó *Irrijirre* viendo el aprecio que los blancos hacían de su persona y gente; repartióseles lienzo, camisetas, cuchillos y otros donecillos de que había prevenida gran cantidad, matóseles un novillo para que comiesen ese día, de lo cual quedaron admirados, porque los más de ellos no habían visto esta especie de ganado hasta entonces; serían más de cien almas las que se lograron esta vez, número, aunque pequeño, de mucha estima, por poderse decir de él con verdad que fué traído desde los últimos confines de sus tierras. Respecto de la contingencia en que estuvieron de huírse con *Camuibay* todos, arredrados por los embustes con que los aterraron los Goagibos, á persuasión de Satanás, no la pudo lograr éste del todo, como se verá ahora, porque como la causa era de Dios, no pudo prevalecer sino en aquellos límites á que se estrechó la licencia que se le concedió entonces.

Quedáronse en el camino unos indios acompañando á una enferma, deuda muy cercana de *Irrijirre*, que murió por último cristiana en el camino; viniéronse los indios que la acompañaban al Beato Regis en seguimiento de los suyos; algunos de los fugitivos, arrepentidos de la fuga, ó no sé por qué razón, se les agregaron después, y se juntó una tropa de veintiseis almas, que llegaron al pueblo á los seis días, el 13 del mismo mes. En Agosto de 1728 vinieron por su voluntad otras veintidós personas de las que se huyeron con *Camuibay*, ofendidos de los agravios que les hacía éste, con lo cual se añadieron al número estas cuarenta y ocho almas que se tenían por perdidas. Así supo Dios medir derecho con tan torcida regla, y sacar del veneno la triaca, como supremo artífice, pues está el corazón de los Reyes en su mano para inclinarlo á donde quiere.

CAPÍTULO XII

CUIDADO EN QUE PONEN Á LOS DEL BEATO REGIS LOS CHIRICOAS, GUERRA QUE SE LES HACE Á ÉSTOS PARA PREVENIR LOS DAÑOS.

No hay por qué maravillarnos de que siendo como lo era pueblo escogido de Dios el de los hijos de Israel, tuviese á los Saduceos que lo pusiesen en cuidado, y lo obligasen á tomar las armas, aun cuando gozaban ya de la tierra de promisión, en la cual esperaban el descanso debajo de su higuera y de la parra; y pues siendo pueblo escogido de Dios el del Beato Regis, claro está que no habían de faltarle enemigos que le pusiesen en apretura para que viviese alerta.

Entre la infinidad de Chiricoas que abrigan las sabanas del caudaloso Meta y sus costas, se cuenta una capitanía de *Chiricoas sicuanis*, numerosa y guerrera, cuyas hostilidades y bravatas han hecho tocar á rebato muchas veces á los Achaguas de Guanapalo. Llegaron á tales términos el recelo y temores, que ni aun de su casa á la iglesia se atrevían á caminar sin traer embrazada su rodela, con las demás armas, de arco macana y flechas, de que venían prevenidos; y éstas las arrimaban á la puerta del templo, en donde formaban su cuerpo de guardia mientras rezaban, por lo que podía suceder. No andaban con menos recelo los soldados, quienes para resguardar al misionero (que había tenido dos ó tres avisos de que le querían matar) tenían formado también en el corredor de su casa otro cuerpo de guardia, con la arcabucería del cuartel y otros instrumentos de guerra.

No dejaba de ir acompañado esto de los recelos impertinentes de los Achaguas, sobre manera tímidos, y en especial las mujeres, sumamente hazañeras y que de una nada se asustan; pero sobre todo esto había algún fundamento para la prudente cautela, además de las experiencias de Atanarí, de que se habló ya, y lo que se experimentaba nuevamente con los *Sicuanis* y contaré ahora. Tenían éstos por Cacique á un afamado chiricoa llamado *Chavinumari*, bien conocido en estos sitios por su mucho valor; éste con los de su tropa miraban mal á los Achaguas, con quienes tenían enemistades muchas y grandes, desde que estaban en tierra-adentro, y las expresaron varias veces con amenazas al pueblo, y aunque es verdad que todo había parado en palabras y algunos hurtos, sin derramamiento de sangre, todavía explicaron su rencor el 21 de Julio de 1727 de la manera que sigue:

Salió un indio cristiano de este pueblo el dicho día á una de las islas del Meta, en donde tenía su labranza, á recoger sus maíces; estaban en asechanzas en ella, y agazapados entre la espe-

sura tres chiricoas Sicuanis, prevenidos con flechas de veneno para desfogar su rabia, y estos bárbaros, no menos diestros que crueles, una tras otra le tiraron tres flechas que le clavaron una en el vientre, en lo superior del brazo derecho otra y la tercera en la garganta que la atravesó de parte á parte, con lo cual rindió la vida sin sacramentos. Dieron aviso en el pueblo, distante dos leguas, y fuimos á toda prisa; pero llegando al sitio, como de allí á dos horas, hacía otras tantas que había espirado, y sólo se consiguió dar sepultura al cuerpo.

Sabedores los del Beato Regis de la referida desgracia, se echaron en sus embarcaciones río abajo, y tomando las armas en seguimiento de los homicidas; no les pudieron dar alcance porque espoleados por la gravedad de su delito, se acogieron á la seguridad y refugio de la banda del río Meta; sólo encontraron los vestigios de muchos indios Sicuanis que habían pasado al lado de acá del Meta; vueltos al Beato Regis hicieron consulta los Capitanes sobre la materia, y modo más oportuno para el castigo, y para refrenar á los Sicuanis, y lo que se resolvió fué pedir auxilio á los blancos y á los amigos Chacuamares, para que pasando al Meta, confederados todos, fuese más seguro el castigo y la victoria más cierta; no se pudo efectuar por entonces la determinación dicha, por algunas dificultades que se ofrecieron, no siendo la menor de ellas el estar inundadas las sabanas, por ser tiempo de aguas, en el cual era muy difícil á los españoles caminar y seguir al alcance. Dilatóse la facción hasta el mes de Diciembre, que por ser de verano, según el clima de las tierras, son trajinables los caminos.

En el ínterin crecieron los recelos de que vinieran los enemigos de mano armada á destruír el pueblo. Cada día se oían novedades de que venía el Sicuani, y de esto se hablaba en los corrillos sin tratar de otra cosa; algunas serían verdades, pero las más soñadas; lo cierto del caso es, que estando cerca los Sicuanis en la otra banda, no era para despreciado el peligro, y más cuando estaban encarnizados con la reciente sangre. Por vía de buen convenio se aumentaron los soldados que teníamos de continuo en el pueblo, para resguardo de los indios y del Padre; se entabló la centinela de noche, en la cual era muy fácil al enemigo quemarlo todo, y el no haberlo ejecutado hasta ahora ha sido, según se piensa, por la fama que hay entre ellos de que existen blancos en este pueblo cuyas escopetas temen.

Con estos continuos sobresaltos fuimos corriendo desde Julio hasta el mes de Diciembre; dióse aviso al Superior de las misiones y al Capitán de la escolta de la hostilidad de los Sicuanis y destrucción que se temía del pueblo, si no se ponía oportuno remedio. Púsose éste á su tiempo, enviando algunos soldados de

refuerzo, sobre los que ya había en la reducción; dióse asimismo aviso á Chacuamare, Cacique de los amigos Chiricoas, para que viniese con su tropa á las orillas del Guanapalo, y anduvo tan fino éste, que sin embargo de su prolija edad, y de estar enfermo de un pie, cuando recibió el aviso se puso en camino luégo, desde la Trinidad de Duya, con tres Capitanías de los suyos, que traían por principales Cabos al Capitán Bavare, á Churivana y al Cacique Guayamacoa, diestros todos tres en el manejo de las armas, sin contar la experiencia de Chacuamare en semejantes guerras. Pusiéronse los tres regimientos á la vista del Beato Regis el día 7 de Diciembre, guiados por su General Chacuamare, quien alentaba á todos, aunque anciano, no sólo con su presencia sino también con su valor, que conserva todavía como centellas de fuego entre la ceniza de las canas; pero será bueno antes de que lleguen, que hagamos pausa para notar de cerca el orden y disciplina militar con que venían y que usan en sus batallas.

Antes de llegar al pueblo se pusieron en forma de guerra, como á tiro de mosquete, ó para ensayar á sus soldados, ó para hacer alarde de su destreza y armas; ocuparon el campo con admirable orden y formaron sus filas, distribuyendo el ejército, repartidos los Cabos y Capitanes en sus lugares y sitios. Venían prevenidos de carcaces y macanas, y pintados con envijes, que es la librea que usan, y empezaron su escaramuza á la vista del pueblo, con muchos caracoleos y vueltas que daban por aquel campo, con su acostumbrada gritería; correspondieron los Achaguas, y se pusieron también de guerra como si entrara el enemigo, con sus rodelas embrazadas, con sus lanzas y flechas. Fuéronse acercando los Chiricoas con este orden, y con tal algazara y ademanes, que si no se supiera ser esto un ensayo de guerra, pusiera en confusión y grima aun al más animoso.

Al fin se trabaron los dos ejércitos, y fué materia de admiración á los que se hallaron presentes, y en especial á un europeo que podía dar voto sobre materias de campaña, ver, digo, el orden y destreza con que se trabaron entre sí, sin descomponerse las filas; aquí se flechaban unos á otros con dardos de botón en la punta, que paraban en las rodelas; allí se acometían con las macanas como quien las iba á descargar; enfurecíanse aquéllos, y levantaban el grito todos, como en batalla viva; luégo se siguió el saqueo de la plaza, con que remató la fiesta; dividiéronse, corriendo en cuadrillas los Chiricoas por todo el pueblo, y entraron á las casas al pillaje de *Macos*, y de cuanto había en ellas. Con estas graciosas burlas se ensayaban para las veras los Achaguas y Chiricoas, delante de Chacuamare, quien estuvo á la vista, notando desde su asiento la destreza y gallardía de sus soldados, cayéndosele la saliva de la boca, efecto de su complacencia y de sus muchos años.

A estas prevenciones de guerra y ensayos previos se siguió el pasar á la otra banda del Meta, al día siguiente, ocho soldados de la escolta y como cien indios flecheros, de los más escogidos entre Chiricoas y Achaguas, quedándose los demás de reserva en el pueblo por lo que podía suceder. Con ocasión de sus cacerías se habían retirado las Sicuanis, y dividido en tropas por esos campos, que así lo acostumbran ellos para lograr la caza de varios sitios, para que les toque más. Habiendo pasado los soldados los raudales del Meta, marcharon en busca de los enemigos algunos días, rompiendo pajonales horribles; y después de varias jornadas, divisaron unos humos, coligiendo por ellos que no podían estar muy lejos los Sicuanis; doblaron el cuidado los nuestros, así para lograr el lance sin espantar la caza, como para reconocer las emboscadas y ardides que suelen ser muy frecuentes entre estos bárbaros, y de peligro grande, pues clavan en los caminos y sendas agudas puntas, retocadas en veneno, y las cubren de yerba; pisadas incautamente, son otras tantas víboras que matan á quien punzan.

Al quinto día de marcha reconocieron nuestros soldados estar cercano el enemigo, y que tenía sus reales en un monte, á orillas de una quebrada llamada *Cipa*, que desagua en el Meta; plantó nuestra infantería su real allí cerca, hasta que llegase la noche para disponer el cerco. Estando ésta bien entrada y sin peligro de ser vistos, se prepararon para la batalla, que habían de dar ese otro día, con las primeras luces; previnieron sus flechas de veneno en el ínterin, pusieron á punto las rodelas y templaron los arcos; se reconocieron las armas de fuego y se ajustaron á los cañones las balas. Los Achaguas y Chiricoas se dieron con tierra blanca por todo el cuerpo, para reconocerse unos á otros por la librea, y no peligrar en la batalla á manos de sus amigos, por la equivocación de colores, en el cual se diferencian poco los indios, que esta industria de guerra la tienen ellos dictada de su discurso.

Estando ya á punto todo, se dividieron en cuadrillas por todas partes, cercaron el monte con gran silencio, y en especial las trochas por donde podrían escapar los enemigos; así estuvieron en vela y pasaron la noche tan cerca de éstos, que oyeron sus pláticas y lo que trataban en ellas; oyeron que decían entre sí al chispear del fuego donde se estaban calentando, "mucho chispea este fuego, los enemigos están cerca;" sacaron una consecuencia verdadera de ese antecedente disparatado, fundados en sus agüeros, vicio general entre indios. Íbase acercando el alba, y ya trataban los Sicuanis de zafar rancho, no sé si recelosos de lo que anunciaba el fuego, ó por coger con tiempo la mañana para su cacería de armadillos, como lo tenían ideado desde la tarde anterior.

No sabían los tristes indios, ni había llegado á su noticia el cerco que les ponía Dios, ni que ese monte había de ser teatro de la Justicia divina, en el cual se representase la tragedia de su muerte, buscada por sus propias manos cuando derramaron la sangre inocente que estaba clamando al cielo desde el 21 de Julio, y la que maquinaban todos juntos, para ejecutarla en los Achaguas, alentados por su Cacique Chavinumari, que sólo esperaba ocasión para satisfacer su odio, y que con sus propias manos había flechado al indio, como después se supo, acompañado de otros dos.

Advirtieron nuestros soldados que ya los indios Sicuanis levantaban áncoras á toda prisa para zafar del monte, por lo cual, sin esperar á la mañana, hicieron la seña de acometer, con una carga cerrada de arcabucería, y gritando: *Santiago!* Turbados los Sicuanis con esta salva tan no esperada, y á tales horas, temblaron de espanto; unos corrían como locos, sin saber á dónde iban, otros trepaban á los árboles; andaban sin consejo todos, en atropellada fuga, dando estampida para huírse los que estaban en tierra, pero como ya los pasos estaban cogidos, daban con sus contrarios que les quitaban la vida con sus macanas á porrazos, y flechaban á otros; arrojáronse á la quebrada muchos, pensando que por aquella parte tendrían el paso franco para refugiarse en el Meta; mas ya el Capitán Bavare tenía ocupado el puesto, y fué quebrando cabezas con la macana, sin que se le escapase ninguno de cuantos llegaron á sus manos.

Había venido el día, y con la luz del sol fueron recorriendo la montaña, y era cosa de ver los muchos que se habían trepado, como si fueran monos, á las copas de los árboles; era tanta la altura, que apenas les alcanzaban las flechas; á éstos los derribaron á balazos con escopetas largas, y cayeron á tierra, en donde los ayudaban á morir á porrazos y lanzadas, con lo cual remataban la vida. Esta era solamente una cuadrilla, como noté arriba, y quedaron en el sitio diez y seis muertos, entre ellos uno de los asesinos, sin daño de nuestra parte. Muchos se escaparon entre sanos y heridos, y llevarían bastante que contar á su Cacique Chavinumari, que estaba con otra tropa.

Así quiso Dios mirar por su escogido pueblo y confundir á los contrarios, que no es cosa nueva en su Majestad enviar al Rey Saúl á la destrucción de Amalec, como ni el erigir Capitanes que hieran á los Filisteos, y una valerosa Judit para confusión de los Asirios. Volvieron pesarosos nuestros soldados de ver malogrado su valor con tan pequeña victoria, cuando pensaban haber dado con todo el grueso de la gente y su Cacique. Escarmentaron desde entonces los Sicuanis, sin atreverse á inquietar el pueblo como lo hacían antes; es necesario después de todo

andar con reflexión, sin descuidarse de las armas, porque semejante gente suele disimular por 20 años, y fingir amistad, para reventar al 21 el rencor, y vengarse con alevosía y traición.

CAPÍTULO XIII

PROGRESOS EN CRISTIANDAD Y EN EL CULTO DIVINO DE LA REDUCCIÓN DEL BEATO REGIS.

De buena gana omitiría yo el capítulo que voy á escribir, porque cualquiera cosa que se diga á favor de los hijos, se hace sospechosa, por aquella regla vulgar que dice, que quien á feo ama hermoso le parece; se sabe que por feos que sean los hijos propios, les parecen más hermosos á sus madres que los hijos de su vecina, con que habiendo de decir algo sobre este punto, y dejando como sospechoso mi propio dicho, me habré de valer ahora del ajeno, de lo que es público y manifiesto á todos, y de lo que personas cuerdas y desapasionadas han notado en el pueblo con edificación suya.

Mudóse éste del sitio en donde estaba antes, el año de 1727, á otro mejor, entre Guanapalo y Meta, como á dos leguas de distancia del primero,y se han levantado muchas casas curiosas y bien capaces para vivir los indios; no se había fabricado casa para Dios, ni aun en el sitio viejo, sino solamente una capilla, como se dijo antes, que servía de iglesia, con tanta pobreza todo, que todas las alhajas del templo se reducían al altar portátil, un lienzo de San Javier, muy maltratado, y una Concepción de madera, sin encarnar, como de una cuarta de altura. Las puertas eran de cuero, y en lugar de campana había un tamborcillo para llamar á misa. Nunca salen las obras desde sus principios con la perfección que alcanzan con el trascurso de los años. Para que la palma descuelle y se cubra de dátiles, tiene que pasar primero por su pequeñez humilde, en la cual puede confundirse con la más vil de las plantas. Por grande que sea un río, debe de tener su origen en raudales pequeños; y las nuevas fundaciones nunca pueden tener á sus principios el lleno que han adquirido las antiguas; y así, no hay por qué extrañar la pobreza de este pueblo en sus primeras horas.

Fabricóse la iglesia el año de 28, de materiales pobres como los da la tierra, pero hermosa y capaz, y de tan linda vista por dentro, que todos los que vienen tienen algo que admirar en ella. Inventaron los Achaguas para lo vistoso del techo cierto tejidillo artificioso de unas hojas gruesas y largas como de palma, y de la hechura de una palma; éstos las entretejieron con tanta prolijidad y arte, que miradas de lejos parecen un artesonado muy

29

vistoso de curiosas labores y de color de cedro. Quedó tan admirado de esto el Superior de las Misiones, que no se hartaba de mirar, viendo la proporción y hermosura que se notaba en todo, de lo cual hizo al Padre Provincial una descripción muy prolija.

Se ha adornado el templo con mediana decencia con obras de carpintería. Enviónos la Divina Providencia un carpintero sevillano, el cual, sin más interés que hacer méritos para ser admitido en la Compañía en el humilde estado de Hermano coadjutor, y entrar también á la parte en la reducción de los infieles, ha fabricado obras de iglesia, como puertas, ventanas, cajones de sacristía, confesionarios, trasaltares y asientos largos para el Cabildo, con otras muchas de su arte que podían lucir aun en las iglesias más ricas. Ya se miran las paredes de la casa de Dios adornadas de muchas obras de pincel, de tal manera que en sólo el altar mayor se encuentran en sus nichos seis lienzos grandes de cuerpo entero y tres de medio cuerpo, con otras láminas pequeñas que dan mucho lustre al tabernáculo, que es pintado de perspectiva en la misma pared.

No son muchos los ornamentos ni las alhajas, pero ya se han adquirido seis de los primeros, con algunos cálices, custodia y un curioso copón, todo de plata, y campana para llamar á misa. Hay también algunas estatuas, entre las cuales es notable la de la Santísima Virgen y también la del Beato Regis.

Celebróse la dedicación del templo el 26 de Mayo. Para todos fué ese día como de gloria; los indios se esmeraron en el adorno de la iglesia, con muchos arcos triunfales de vistosas y rarísimas flores, y multitud de luces de cera silvestre que trajeron del monte. Fueron muchas las danzas y demostraciones de alegría que hicieron; y la misa fué muy solemnizada con la música y canto del pueblo, que ya había alcanzado al punto de solfa con el ejercicio de siete meses.

Ya es reverenciado el verdadero Dios en esta su casa, y, como dice Isaías, da saltos de placer la tierra desierta en otro tiempo de hombres de razón, y habitada de fieras, que se han trocado en hijos de Dios por el santo bautismo. Siendo casi todos cristianos, ya se oye de noche en las casas rezar la doctrina y catecismo, en vez de los mirrayes disparatados con que la ocupaban antes, y en lugar de sus chubayes y procesiones gentílicas, se ven por las calles procesiones de Semana Santa y Corpus Christi; éstas con demostraciones de alegría, vestidas las calles y cubiertas de flores, y aquéllas con compunción, y vestidos de penitencia muchos que derraman su sangre movidos de devoción; y esto lo hacen no solamente los varones, sino que hasta las mujeres lo harían si el Padre no les negase la licencia para esta clase de penitencias, sobre lo cual referiré un caso que pasó en este año de 1729. Una

india llamada Margarita, viuda de un Capitán, vino á pedir licencia para salir de penitente el Jueves Santo, diciendo que eran muchos sus pecados y quería pagar por ellos en esta vida. Disuadíla de su pretensión dándola por pretexto que ya estaba vieja y no tenía fuerzas para resistir la disciplina.—" Sí las tengo, Padre, replicó, pues aunque vieja no he tenido familia, y me hallo alentada para azotarme." Por vía de transacción y convenio se le permitió una penitencia decente y suave, á la cual agregó ella la de llevar á cuestas una cruz de madera durante la procesión.

Dejando, por no extenderme demasiado, otras cosas de mucha edificación sucedidas entre estos nuevos cristianos, trataré solamente de lo más especial y general entre ellos, que es la frecuencia de los Sacramentos de la confesión y comunión, la cual es tan notable, que fué advertida y admirada del Misionero de los Salivas y del Superior de las Misiones. No aguardan á la Semana Santa, ni á las fiestas principales del año, sino que los domingos y aun los días de trabajo concurren tanto las mujeres como los hombres al confesionario, al cual llaman en su lengua " *Juisirrúmica yarro*," que quiere decir lugar de misericordia, y no hay duda que la alcanzarán del Señor, pues la imploran con sencillez y confianza. Y si esta diligencia en los adultos es de mucha edificación, lo es mucho más en los párvulos, que suelen aparecerse en tropitas cuando menos se espera, bien vestidos y aseados, aunque sea con ropas prestadas, y hay que atenderlos pronto, porque si el Padre tarda en salir á confesarlos, vienen á reconvenirlo para que vaya presto.

Como estos medios son los arcaduces de la gracia, son maravillosos los efectos que se experimentan cada día en sus almas, de lo cual podía poner aquí un catálogo muy grande. Dios sabe entenderse con estos pobres sencillos, y enseñarles á su modo y según su capacidad aquella sabiduría que revelada á los pequeñuelos se les pasa por alto á los hinchados y soberbios del mundo. Conócese palpablemente la mano invisible de Dios que los conduce al cielo, infundiéndoles horror á las culpas, y santo temor á las penas eternas. Con frecuencia se oyen en su boca estas palabras:—"Yo no quiero pecar porque tengo mucho miedo al infierno," y á veces se ve perplejo el confesor en orden á la confesión por falta de materia cierta.

Es notable el afecto con que miran á la Santísima Virgen y á su Santo Patrono. Las fiestas de éste las celebran con grande esmero; el Cabildo nombra los que han de correr con ellas, dos en cada año, y el Santo Regis no ha dejado de mostrar su poderosa intercesión á favor de los que mira como alumnos. Por el mes de Junio de 1722 hubo una epidemia de calenturas y dolor de costado de la cual morían muchos; día hubo de tres y aun de cuatro

entierros, y por esto andaban sumamente afligidos los pobres indios, y resolvieron recurrir al amparo del Santo Regis, por medio de una novena que se le hizo, con el concurso de casi todos los que aun estaban sanos. Fué el Señor servido de que cesase la mortandad al quinto día, y que fuesen sanando los que estaban enfermos, de lo cual quedaron agradecidos los indios.

Hacia la primavera del precedente año estaban perdiéndose sus sementeras por falta de agua. Los maíces recién nacidos se habían puesto amarillos, y en tan miserable estado, que al verlos un vecino de los Llanos, muy práctico en la materia, dijo que muchas de estas sementeras no volverían aunque lloviera, según lo tenían experimentado los labradores. Clamaron en este aprieto los indios á su santo Patrono el Beato Regis, y éste no se hizo sordo á sus ruegos, pues á poco cayó un aguacero tan copioso que revivieron las sementeras, y hubo abundancia de maíz en ese año, y como si la lluvia no hubiera venido para otro fin que para el efecto dicho, no volvió á llover en muchísimos días. Con este reconocimiento ofrecieron al Santo como primicias las primeras mazorcas, y las colgaron en el altar.

Otras muchas cosas pudiera referir aquí que recomiendan la fe sencilla de estos nuevos cristianos y su confianza en Dios; las ansias de recibir el bautismo para asegurar el Cielo; su fidelidad en la costumbre de poner en público junto á la pila del agua bendita las cosas que otros perdieron, para que su dueño las encuentre; su asistencia á la doctrina y á las pláticas que se les hacen los domingos; su moderación en la bebida, sin los desórdenes de antes; la vigilancia de los jueces y sus rondas de noche, lo mismo que el castigo de los delitos cuando lo pide la ocasión.

No por lo que queda dicho quiero santificarlos á todos. Ya se sabe que hay corderos de Cristo y cabritos de Satanás; de todos hay entre cristianos, y aun entre los muy antiguos no han faltado ni faltarán muchos malos que han dado que hacer á la población. Muchos escándalos ha habido, y necesario es que los haya, y éstos han obligado á las cabezas al castigo severo, encarcelando á unos, aplicando azotes á otros y desterrando del pueblo á los díscolos, para defender el trigo de tan perniciosa cizaña.

El pueblo está fundado con alguna policía, y se han introducido muchos oficios útiles para el común. Hay quienes sepan tejer lienzo; otros trabajan en herrería, y los muchachos más hábiles de manos se aplican al oficio del pintor, uno de los cuales sabe ya buscar la vida con sus pinceles, vendiendo á los Españoles varias imágenes de santos. Saben leer y escribir otros, y algunos han salido bien diestros en la música de arpa, vihuela y chirimía con que solemnizan sus fiestas.

El número actual de almas, á causa de algunos fugitivos y

de los muchos muertos, se ha reducido á 424, sin contar á los indios Salivas agregados por ahora á este pueblo hasta que se muden al suyo, que serán unos 80, los cuales, con el auxilio de Dios, se han de aumentar y formar un pueblo lucido, pues no falta gente en el Airico, ni celo en los Superiores, ni socorros Reales de la Majestad Católica que con pecho magnánimo y munificencia real fomenta á los Misioneros á expensas de su Real Caja.

CAPÍTULO XIV

FUNDACIÓN DE SAN-MIGUEL DE LOS SALIVAS, EN LAS CERCANÍAS DEL META.

De Dios es, y propio de su sabiduría y omnipotencia, hacer obras grandes y conseguir fines altísimos para mayor gloria suya y provecho nuestro, con medios que la prudencia humana no tuviera por proporcionados para la grandeza de los efectos. ¿Quién había de pensar que el ser arrojado al mar el Profeta Jonás, y el ser tragado por una ballena, era el medio de que se valía Dios para que navegando en ese monstruo marino, como en un seguro esquife, diese fondo en las cercanías de Nínive, y predicase á Sardanapalo y á sus vasallos la santa ley? ¿Quién pensara que el ser vendido José como esclavo, y ser llevado á Egipto, era traza divina para que allí encontrasen asilo sus hermanos y fuese la cuna del pueblo escogido, del cual había de nacer el Redentor de los hombres?

Ya queda dicho en el Libro I, capítulo II, cómo aquel indio llamado José, de quien hemos hecho mención tantas veces, fué aprisionado por los Chiricoas y vendido á los blancos. Tenía muchos hermanos este indio, y estaban emparentados éstos con otros muchos de la nación Saliva, por ser de la nación misma, hijo de su Cacique principal, y heredero del cacicazgo cuando muriese su padre. Como Dios le tenía destinado para que por medio suyo saliesen sus hermanos del Orinoco y poblasen en el Meta, dispuso su Divina Majestad que viniese rodando fortuna y parase en los Llanos al amparo del Padre Cavarte, quien lo bautizó y educó, y después de haberle acompañado muchos años en las misiones, mostrando talento en el gobierno de los indios, se le dió el cargo de Teniente en la reducción del Beato Regis, como se dijo arriba.

Tenían ya noticia los Salivas de la nueva reducción y de que José corría con el gobierno del pueblo, con lo cual, atraídos éstos por el natural amor y simpatía de la sangre, que les atraía á José, á quien miraban con respeto, por ser el mayor de todos, determi-

naron dejar su tierra y venirse á habitar con él en las riberas del Meta, como lo verificaron el día 30 de Octubre de 1725, en número de 50 almas. Esta parcialidad de indios es muy distinta por su porte y sus maneras de las otras tribus. Su presencia es gallarda, vivo su entendimiento, serios en su trato, pero afables, y dilatado su corazón. No se contentan ellos, para gozar de la vida, con la cortedad que otros; procuran siempre lo mejor para el servicio de su casa y la decencia de sus personas, y hacen las diligencias posibles para conseguirlo. Vinieron bien provistos de su tierra, con ajuares muy buenos, y trajeron muchas hachas para el desmonte, herramientas de carpintería y trastos de cocina muy buenos, hechos de hierro, que les importaron buenas cantidades de plata.

Précianse mucho del adorno de sus personas para presentarse en público, especialmente en verano. De suerte que para entrar en el pueblo se colgaron en el pecho, aseguradas con cordeles, unas vistosas medias lunas de plata, y narigueras de lo mismo, sobre el abrigo de colores que cubría sus cuerpos hasta los pies. Al recibirlos nuestros soldados y todo el pueblo con salvas de artillería, correspondieron ellos disparando sus escopetas largas y pesadas con gran despejo y garbo, y así vinieron desde el río, alternándose los tiros de los Españoles con los de los Salivas, quienes cargan con presteza y disparan al aire como el mejor soldado.

Salió en esta ocasión uno de los principales Caciques, llamado Cajuirro, hermano menor de D. José Cavarte, y un sobrino de éste llamado Carmaneja, Capitán de los suyos. De esa época en adelante han seguido saliendo algunas cortas familias, que serán como 80 almas, entre las cuales han recibido el bautismo 34, contando al Cacique y su mujer. Las raíces que han echado éstos en el pueblo aumentan cada día nuestras esperanzas de que perseverarán en el bien. Han adquirido muchos vestidos, yeguas y caballos, en los cuales saben dar sus carreras como el más diestro; han fundado su hato de ganado vacuno, contando en la actualidad como cincuenta reses que pastorean ellos mismos; y sostienen sus labranzas dando ejemplo de muy grande aplicación al trabajo.

Para el mayor fomento de estas gentes, y que puedan formar su pueblo aparte, nos han concedido los Superiores otro misionero, nombrando para este puesto al Padre Manuel Román, con lo cual se han colmado los deseos de este fervoroso sacerdote, que anhelando dedicarse á la conversión de los gentiles dejó á España y se vino á América.

Está ya demarcado el pueblo en una hermosa campiña cercada de bosques en forma de media luna, en medio de dos que-

bradas de aguas saludables y agradables, y cercana al río Meta para que los nuevos pobladores tengan la comodidad de sus pesquerías. Queda hacia la mitad del camino entre la Trinidad de Duyas y la Concepción de Cravo, sirviendo de eslabón entre estas misiones y la del Beato Regis. Los Salivas han quedado contentos y alborozados con esta demarcación, y han formado sus labranzas en ella: aguardan que venga la cosecha para fundar el nuevo pueblo en el lugar en donde han enarbolado una gran cruz, y mientras tanto el nuevo misionero estudia y aprende la lengua saliva.

Diósele por tutelar á la nueva población á San Miguel Arcángel, y no dudamos que los poderes soberanos de tan prodigioso Príncipe han de hacer de ésta una de las reducciones más lucidas y numerosas de las que tienen nuestras misiones.

Ya queda dicho que entre los que salieron estaba un Capitán. Éste envió mensajeros á llamar á su gente y parientes; pero volvieron con la mala nueva de haberse enfermado los más, y de que con haber sido en demasía las aguas que han caído en este invierno y tener anegados los caminos, ha sido perdido su viaje, y se espera la salida para el verano. Créese que saldrán muchos más, sobre todo porque el Padre Román intenta entrar en ese tiempo á sus tierras y comprometerlos á venir.

Los pueblos ó caseríos que existen á las orillas del río Vichada no pasarán, según dicen, de seis ó siete, y todos ellos poco poblados; pero recogiéndolos en uno solo, darán bastante que hacer á uno ó dos misioneros de buen espíritu, y pueden aumentarse con el tiempo en crecidas familias. No pasaban de 66 los descendientes de Jacob cuando llegaron á Egipto, y con ser tan pocos, se multiplicaron como las estrellas del cielo y las arenas del mar; con que si un número tan corto se multiplicó tanto, las quinientas ó seiscientas almas que contendrán los siete pueblos podrán multiplicarse siquiera con los que nazcan en la verdadera tierra de promisión que es Cristo Nuestro Señor.

Ahora es preciso que digamos algo de la muerte de nuestro José Cavarte, pues así lo prometimos desde el principio de esta historia, y lo debemos de justicia. Habiendo reunido á sus hermanos, como queda dicho, y fomentádolos con su autoridad y gobierno y con mucho acierto y prudencia en la nueva reducción del Beato Regis, algunos años en que trabajó constante, con celo verdaderamente cristiano, hasta verla fundada, empezó á enfermar de un achaque no conocido, pero en mi concepto sin remedio; discurrióse que fué maleficio, gaje que sacan de ordinario los que viven entre gentiles, cuando por razón del oficio, ó por otra causa, se oponen á sus desórdenes. Habíase opuesto D. José con cristiana entereza á los desórdenes del pueblo que le encomendó Dios;

no mucho después de haber reprendido á algunos, comenzó á vomitar sangre, sin saberse la causa. Ya dije en otra parte cómo usan estos indios Achaguas cierto pelo de unas culebras, á manera de menudas cerdillas, que clavadas en las entrañas, quitan al paciente la vida. Se presume que le dieron este veneno, y que el vómito de sangre provenía de las punzadas que recibían sus entrañas, aunque bien pudo ser otra la causa de su enfermedad. Lo cierto del caso fué que estuvo penando muchos meses, y que siendo de suyo corpulento, se consumió de tal manera que se vino á reducir á la piel y los huesos, hasta que rindió la vida el 31 de Octubre de 1727.

No fué desprevenida su muerte; claro está que miraría por su propia salvación el que había mirado por la ajena con tanto celo. Dió muy buenos ejemplos de cristiandad en el pueblo, en el tiempo en que lo conocí, efectos de la buena crianza que le dió el Padre Cavarte desde su tierna edad. Él era el primero en las funciones cristianas y frecueñcia de Sacramentos, y el que movía á los demás no sólo con su exhortación, de la cual sacó mucho fruto con los indios, sino también con el ejemplo, que es más poderoso. Fué admirable en su paciencia, y en su larga enfermedad pedía al Beato Regis, de quien era muy devoto, no la salud del cuerpo, sino que le alcanzara de Dios un mes más de vida para padecer más y penar en su cama. Quince días antes de morir pidió que le llevasen un Crucifijo y lo colocasen á su vista, juntamente con una imagen de la Santísima Virgen. Careábase con los dos, y eran muy tiernos los coloquios con que recreaba su espíritu; hablaba ya al Hijo, ya á la Madre para alivio de sus penas. Bien presumía D. José con fundamento vulgar, que era maleficio éste, y sospechaba del autor, como quien había vivido entre indios y conocía sus maldades; y sin embargo, estuvo tan lejos de irritarse contra él y desearle mal, que muy al contrario, lo encomendaba á Dios y le pedía con instancia que le alumbrase el entendimiento para que conociese sus yerros y pidiera el perdón, como perdonaba él á éste y á cuantos le habían ofendido.

Confesóse muchas veces en su enfermedad y recibió los Sacramentos con la devoción y fe de un cristiano fervoroso. Su muerte fué generalmente sentida hasta de los mismos españoles que le habían tratado. Dejó encargado á sus hijos que no se separasen jamás del lado de los Padres; tanto era el aprecio que hacía de ellos, por la santidad y buena doctrina que había notado en los Misioneros en el tiempo que los trató. Temía que, muerto él, habían de vivir sus hijos entre gentiles y pasarse á su bando, y esta era la causa de su sentimiento y dolor.

Basta este corto y muy merecido elogio de D. José Cavarte, honra de la Nación Saliva, y operario infatigable con hábito de

seglar en la conversión de los gentiles y en servicio de los Misioneros en el Orinoco, en el Airico, en la reducción del Meta, á más de su asistencia en los Llanos, y largas peregrinaciones con calamidades indecibles, que la Piedad Divina le habrá premiado en el Cielo.

Aquí será ya razón concluir mi historia. Muchas son las cosas que se podían añadir y que le darían algún lustre; pero la falta de documentos nos ha privado de muchas noticias, y entre ellas las del V. P. Pedro de Ortega, que con tesón infatigable trabajó con los Giraras treinta años; de los Padres Lanzamani, Pedroche y Niño, que dejaron sepultadas sus noticias entre la tosquedad de los Tunebos; el Padre Castro en Casanare; el Padre Radiel en el Orinoco; el Padre Gómez en Tame; el Padre Campos en Pauto; los Padres Monteverde y Castán en los desiertos del Meta; pero aunque falten en la tierra las noticias y memorias de estos heroicos hechos, no faltarán jamás en los archivos del Cielo, habiendo de estar el justo, como dice Dios, en eterna memoria. Y aunque falte aquel consuelo de los ejemplos de su vida, lo tenemos, y muy grande, viendo que en lugar de estos Padres, tenemos á la vista á los que ellos hicieron hijos de Jesucristo; cuéntanse el día de hoy en los pueblos de estas Misiones 4,991 cristianos y 496 catecúmenos, hijos de las oraciones con que ellos interceden en el Cielo.

FIN.

ÍNDICE.

LIBRO PRIMERO.

Noticia de los Llanos y caudalosos ríos de Casanare, Meta y Orinoco, Naciones y sus conquistas y nuestros primeros Misioneros.

LIBRO SEGUNDO.

Entable de las reducciones de Casanare, Tame, Macaguane, Pauto, Goagibos y otros pueblos.

LIBRO TERCERO.

De las Misiones de los Llanos y del río Orinoco, progresos de nuestras reducciones, trabajos de los Misioneros y hostilidades de los enemigos contra la Nación Achagua.

LIBRO CUARTO.

Entable de nuestras Misiones en el río Orinoco y trabajos de los Misioneros hasta perder la vida en la rebelión, y hostilidades de los indios Caribes.

LIBRO QUINTO.

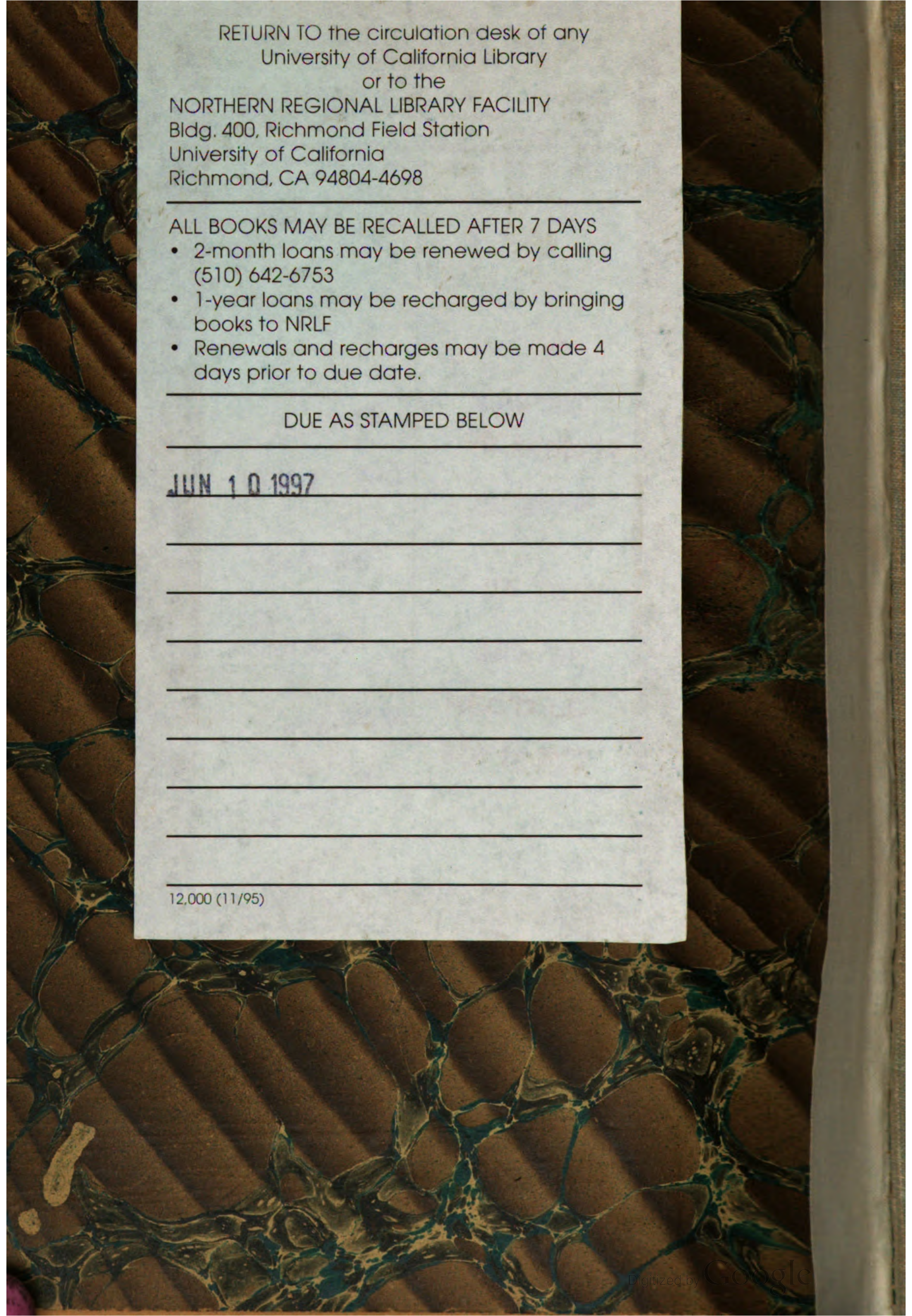
Nuevas entradas de nuestros Misioneros á los dos Airicos; procúrase el entable de algunas reducciones y padecen muchos trabajos en esta empresa.



LIBRO SEXTO.

Del entable de otras nuevas reducciones á las orillas del Meta y sus circunvecinos ríos, constancia de algunos de éstos é inconstancia de otros.

LAUS DEO.




YD 10662
777422
BV2853
C7.R6
UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY
Digitized by Google

